

# EL ENTE

Frank De Felitta



Lectulandia

La vida de Carlotta Moran, una joven madre soltera con tres hijos, se convierte en una pesadilla cuando «algo» comienza a atacarla cada noche en su cama. Esta fuerza invisible y brutal atenta contra su vida y aterroriza a sus hijos, pero la peor parte es... que nadie le cree. Entre los escépticos está un psiquiatra, el doctor Sneidermann, quien piensa que Carlotta es psicótica y representa un peligro para ella y para los niños. Sin embargo, dos estudiantes de posgrado en parapsicología tienen una teoría diferente: Carlotta es atormentada por una poderosa entidad que existe más allá de la realidad, el espacio y el tiempo... Un «ente», que es algo más que una deformación mental de Carlotta o una impalpable aparición sobre una mesa de espiritistas.

Basada en hechos reales documentados que sucedieron a una mujer de California en 1974, Frank De Felitta construyó esta novela de terror, provocadora e inquietante, centrada en la figura de una mujer que se encuentra a merced del poder devastador de un adversario espectral.

*El ente* se convirtió en un clásico de la literatura oculta, fue un éxito de ventas en todo el mundo y fue adaptado al cine en 1982 en una película protagonizada por Barbara Hershey.

**Lectulandia**

Frank De Felitta

# **El ente**

ePub r1.0

Titivillus 16.12.15

Título original: *The Entity*  
Frank De Felitta, 1978  
Traducción: Fernando Aragón  
Diseño de cubierta: M. S. Corley

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para mi hijo Raymond*

*Ente = SER.  
EXISTENCIA, algo que tiene  
existencia propia y distinta del sujeto,  
ya sea real o imaginaria.*

## *Agradecimientos*

Un gran número de personas me ayudaron, de una u otra manera, a escribir este libro. Ellos son: Steven Weiner, quien trabajó conmigo todo el tiempo; Barry Taff; Kerry Gaynor y Doris D., en cuyas vidas me inspiré en parte, los doctores Jean y Edward Ritvo, que compartieron conmigo su saber e imaginación; el doctor Donald Schwartz, que me proporcionó valiosa información; Barbara Ryan, cuyo talento y profundidad significó un estímulo constante; Ivy Jones, por su talento para recrear situaciones dramáticas; Michael E. Marcus, Tim Seldes y Peter Saphier por su impulso y espíritu lógico; William Targ, mi editor, cuyo espíritu crítico ayudó notablemente a mejorar la novela; y a Dorothy, mi mujer, por su constante fe, amor y alegría.

También quisiera agradecer a la doctora Thelma Moss, cuyos escritos y cuyo seminario sobre Parapsicología tanto me ayudaron en la observación de los fenómenos, convirtiéndome en un fervoroso creyente de la probabilidad de lo improbable.

3 de marzo de 1977. Declaraciones del sospechoso, Jorge (Jerry) Rodríguez, acusado de asalto en primer grado. La grabación se realizó en presencia del oficial John Flynn, N.º 1730522.

R: Sí... Pero estoy liquidado. Y nuestra relación ha terminado. Fue demasiado. Yo no lo soñé. Había algo, algo allí, con Carlotta. Algo estaba pasando en esa habitación. Y yo... No vi a nadie, pero sí vi lo que le estaba haciendo. Ella se... estaba preparando, ¿comprende?, y también yo me estaba preparando para meterme en cama con ella. Me di la vuelta y la vi... La verdad es que antes de volverme la escuché. Sí, la escuché. Claro que la escuché. No sé si me entiende... ella estaba gimiendo, ya sabe, como si estuviera haciendo el amor, pero también sonaba asustada, como si no le gustara lo que sentía...

Pensé que estaba actuando, quiero decir que estaba haciéndome una escena y que quería decirme: Estoy esperándote, cielo. Estábamos muy unidos, siempre muy unidos. Era una buena relación... Bueno, entonces me di la vuelta para mirarla... y vi que algo... no sé qué... estaba encima de ella... ¿Comprende lo que quiero decirle?... Carlotta estaba desnuda y... algo le acariciaba los senos... No sé cómo explicarlo, pero no eran las manos de ella... Y pensé que me estaba volviendo loco. La vi y me dije que me



estaba volviendo loco. Se me ocurrió que con tanta conversación con esa gente de la Universidad yo también había empezado a ver cosas... No, no estaba soñando. Sacudí la cabeza y me aproximé, diciéndome que era una comedia, que tenía que ser una comedia, una escena que ella había preparado...

La llamé. Dije: Carlotta, Carlotta. Pero no me respondió. Cada vez gemía más fuerte... como si le doliera algo. Había unos dedos acariciando, estrujando sus senos... Pero no había dedos, sólo su huella... recorriendo los pezones... Y entonces el cuerpo de Carlotta... empezó a moverse como... si tuviera un hombre encima... ¡Dios mío! Yo no podía entender lo que estaba pasando... Y vi que le abrían las piernas, que se las empujaban para que las abriera, y ella empezó a gritar... Pero todo el tiempo parecía estar abrazada a alguien... Pensé que la estaban atacando, que aunque yo no pudiera ver nada, alguien la estaba atacando... Creí enloquecer, no sabía qué pensar ni qué hacer. Entonces... con lo primero... que encontré... Estaba a su lado con... con... la silla y golpeé para librarla de... tenía que hacer que la dejara, tenía que salvarla...! Yo la amaba... la amaba... No quería hacerle daño a Carlotta, sólo sacarle esa cosa... esa cosa de encima que... la aplastaba... y estaba... jodiéndola... Ella se quejaba... Entonces lo atacé con la silla...

(Llora). JURO POR DIOS, SÍ, POR DIOS QUE ME ESTÁ ESCUCHANDO, QUE ESO ES LO QUE PASÓ. VI ALGO, Y ELLA TAMBIÉN LO SENTÍA, QUE ESTABA ENCIMA DE CARLOTTA. NO LO VI CON LOS OJOS, PERO TIENEN QUE CREERME QUE ESTABA ALLÍ, SE LO JURO.

(Llora). ME ESTOY VOLVIENDO LOCO. Si logro salir de... este lío... me marcharé lejos. Carlotta era una buena chica... Me gustaba mucho. Fuimos muy felices... pero había alguien con ella...

sí, había alguien con ella. Algo se apoderó de Carlotta, y la pobre está metida en un lío muy serio. Algo se apoderó de ella, no sé qué es, pero Carlotta está en peligro...

Fin de la grabación.

## PRIMERA PARTE

CARLOTTA MORAN

*¡Venid a mí espíritus del mal,  
cambiadme el sexo aquí y ahora,  
llenadme de la cabeza a los pies  
con la más implacable crueldad...!*

SHAKESPEARE

# 1

*13 de octubre de 1976. 10:04 de la noche.*

No hubo ninguna advertencia. Nada que permitiera predecir lo que ocurriría. Nada en absoluto. Se bajó del coche. Le dolía la espalda. Más tarde recordaría haber pensado entonces que el seguro de desempleo era una buena cosa, a pesar de que uno tiene que hacer lo que ellos quieran, y tendría que trabajar como secretaria. No le importaba hacerlo, pero le resultaba divertido. No sabía muy bien por qué encontraba cómica la situación. Sintió un pinchazo de dolor al cerrar la puerta del coche.

Tenía que cruzar la calle para llegar a casa. No valía la pena estacionar el pesado Buick al otro lado de la acera al volver de la escuela viniendo del extremo norte de Kentner Street. El garaje era dominio de Billy. Lo necesitaba para guardar sus máquinas, coches y sepa Dios qué otras cosas más. De modo que atravesó la calle con su dolor de espalda. Se la había dañado el año anterior al ayudar a un chico a llevar un cubo con platos sucios. Había sido una estúpida.

El viento era seco. Arrastraba las crujientes hojas secas, haciéndolas rodar por la acera. Las hojas nunca parecían desaparecer en la zona oeste de Los Angeles. Daban la impresión de estar rodando todo el año, pequeños objetos inanimados pero dotados de vida propia. Se podía sentir la sequedad en la garganta. Esa desoladora sequedad que provenía del desierto y la deprimía mortalmente.

Carlotta miró el final de la calle mientras la cruzaba. La estación de servicio Shell se divisaba en la distancia, cubierta de brillantes luces, como si se la estuviera observando con un telescopio puesto del revés. Qué lejana parecía toda actividad humana. Las casas estaban a oscuras, silenciosas. Eran construcciones regulares, con diminutos jardines y cercas para protegerlas de los perros. Pero hasta los perros parecían dormir en ese momento. Reinaba un gran silencio, interrumpido por el ruido lejano de la autopista, que producía un sonido distante, parecido al de un remoto río, en medio de las sombras del vecindario.

Kentner Street era una calle sin salida, cerrada en uno de sus extremos por el bordillo, que servía para hacer girar los coches. Y allí estaba ella en ese momento, al final de la calle.

Al entrar en casa escuchó a su hijo Billy en el garaje. La radio emitía un murmullo distante. Echó el cerrojo de la puerta. Siempre lo hacía. Billy disponía de una entrada lateral para entrar desde el garaje. Se quitó la chaqueta beige y suspiró cansada. Recorrió el *living* con la mirada. No había nada fuera de sitio. Sus cigarrillos estaban en la mesa junto al sofá, sus zapatos en el suelo, su ropa y revistas en el lugar de costumbre, lo mismo que la taza para el café y el viejo calentador, que sonaba cada vez que el termostato indicaba un cambio de temperatura. Era como ponerse un par de zapatillas viejas. Confortable. Allí dentro, Carlotta se relajaba. En ese sitio no

penetraba el mundo exterior, que se detenía en la puerta de entrada. El seguro de desempleo pagaba el alquiler, pero era el hogar de Carlotta. Una casa idéntica a otras mil construidas en la ciudad, apenas un poco más grande que una caja de galletas, pero era de ella, el lugar en el que podía estar junto a sus hijos, en familia.

Fue a la cocina y encendió la luz. La bombilla sin pantalla hacía que las paredes se vieran muy blancas. No había cerveza en la nevera; le habría gustado beberse una, pero ya no quedaba ninguna. Se sentó un momento en la blanca y lúgubre cocina antes de decidirse a recalentar un poco de café.

Eran las diez y algunos minutos, no muchos, ya que tardaba alrededor de veinte minutos en llegar a casa desde la escuela. Todavía no eran las 10:30, hora en la que Billy dejaba el garaje y entraba para irse a la cama. Ésa era una norma que se cumplía exactamente, un acuerdo entre ellos. Para que Billy pudiera utilizar el garaje tenía que estar en casa a las 10.30, a más tardar. Y Billy siempre lo hacía, de modo que tenían que ser entre las 10:00 y las 10:30. Era miércoles, 13 de octubre. Al día siguiente tendría que volver a la escuela para secretarías, y sería un día igual a todos los otros. Estudiaba mecanografía de 9 a 1 y taquigrafía dos veces por semana.

Carlotta se levantó de la silla. No pensaba en nada especial. Apagó la luz y caminó por el estrecho pasillo hacia su dormitorio, deteniéndose un momento para mirar a las niñas.

Julie y Kim dormían profundamente. La luz de la lámpara, un animal peludo con una bombilla dentro, iluminaba tenuemente sus caras. Parecían mellizas, a pesar de que una de ellas tenía dos años más que la otra. No eran hijas del padre de Billy. Hermosas como ángeles. Algún día, si Dios quiere, pensó Carlotta, ya no dependeré del seguro de desempleo. Y saldremos de aquí. Iremos a un sitio mejor. Cerró la puerta de la habitación de las niñas y se dirigió a su propio dormitorio.

La cama estaba sin hacer. Un lecho enorme, absurdo, que el último arrendatario no había podido sacar porque habría tenido antes que derribar todas las puertas de la casa. Poseía cuatro columnas y zarcillos y ángeles esculpidos en la cabecera. Era imposible moverlo, todas las partes estaban encoladas. Había sido construido con amor, en esa misma habitación. Quien lo construyó tuvo que haber sido un hábil artesano, un artista, un poeta. Debió sufrir mucho al no poder llevárselo con él. Carlotta amaba esa cama. Era única, y constituía su posibilidad de escapar de la vulgaridad de su vida. Jerry también amaba esa cama. Jerry. El confuso, nervioso Jerry, siempre preocupado por no saber muy bien en qué se estaba metiendo al mantener esa relación con ella. Pobre Jerry, se dijo Carlotta y se perdió en una serie de pensamientos confusos.

Se quitó la ropa, se puso una bata roja y fue a la ventana. Después, cerró las dos ventanas del baño y comprobó que estaban puestos los cerrojos de las persianas. Era una precaución necesaria debido al viento; si no se aseguraban bien, daban golpes toda la noche.

Sacó algunas horquillas y el pelo negro cayó hasta los hombros. Carlotta se miró

al espejo. Sabía que era hermosa. Cabello oscuro, tez blanca, suave y delicada. Su rasgo más bello eran los ojos, muy negros y expresivos. Jerry solía decir que sus ojos brillaban de puro negro que eran. Se peinó. La luz le llegaba por detrás de la cabeza, y parecía tener un halo que iluminaba hasta los hombros, destacando las solapas oscuras de su bata roja.

Estaba desnuda bajo la bata. Tenía un cuerpo frágil y suave, de huesos pequeños. Poseía una delicadeza innata para caminar y gesticular. Los hombres nunca la trataban con rudeza. No había nada en ella que un hombre quisiera dominar, controlar. Apreciaban su vulnerabilidad, sus formas y flexibilidad. Miró sus pequeños senos, las caderas estrechas, contemplándose como sabía que lo hacían los hombres. Le faltaba un mes para cumplir treinta y dos años, pero las únicas arrugas estaban alrededor de los ojos, y parecían el producto de la risa más que de los años. Se sentía satisfecha de su apariencia.

No había cerrado la puerta del armario. Dentro podían verse los zapatos, perfectamente ordenados. Mientras buscaba las zapatillas decidió ducharse. Era imposible que alguien pudiera meterse dentro del armario, una especie de caja construida en la pared.

La casa estaba silenciosa, parecía que el mundo entero dormía. Pero esto no se le ocurrió pensarlo hasta después que sucedió todo.

Se cepillaba el pelo, y al minuto siguiente se encontraba en la cama, viendo luces de todos colores. El golpe, dado con la fuerza de una embestida, la arrojó sobre el lecho, en el otro extremo de la habitación. Aturdida, se dio cuenta de que le cubrían la cabeza con los almohadones, presionándolos contra su cara.

Aterrada, intentó respirar. La presión de los almohadones era cada vez mayor, y parte del relleno de algodón se le había metido en la boca. No le llegaba el aire. La presión era terrible, la obligaba a hundir la cabeza en el colchón. En la oscuridad, Carlotta pensó que estaba a punto de morir.

Un gesto instintivo la hizo aferrar el almohadón, intentar alzarlo y mover la cabeza de un lado para otro. Ese segundo de lucha le pareció una eternidad. Demasiado breve para alcanzar a darle tiempo de pensar, tuvo, sin embargo, la sensación de que hacía un siglo que se estaba defendiendo. Peleaba por su vida. Vio desfilar luces amarillas detrás de los párpados. El almohadón le cubría todo el rostro, los ojos, la boca y la nariz, y sus desfallecientes brazos no lograban quitárselo de encima. Su pecho estaba a punto de estallar.

Debió haber estado debatiéndose con el cuerpo, porque se lo sujetaron con fuerza.

Carlotta estaba a punto de asfixiarse cuando sintió las inmensas manos sobre las rodillas, recorriendo sus piernas, los muslos, que fueron separados, obligados a abrirse cada vez más. Entonces comprendió en un instante lo que le estaba ocurriendo, y desde las brumas de su inconsciencia surgió una nueva energía. Se llenó de una fuerza salvaje retorciéndose y pateando. Agitó los brazos y cuando se retorció de nuevo para volver a patear, dispuesta a matar si era necesario, un horrible

pinchazo le recorrió la columna vertebral, dejándola impotente. Separaron sus piernas, que quedaron abiertas sobre la cama, y el mástil, el duro y áspero poste la penetró, abriéndose camino, distendiéndola, forzándola hasta que no hubo ya más que una llamarada de dolor. Carlotta sintió que la destrozaban por dentro. Cada arremetida parecía quebrarla entera. La cosa que tenía dentro era la más cruel de las herramientas de tortura, y le provocaba una agónica repulsión. La penetraba más y más. Tenía todo el cuerpo hundido en el colchón, sepultada por el peso de un espolón que la estaba desollando. Carlotta movió la cabeza y su nariz recibió un poco de oxígeno, respiró por un costado del almohadón.

Se escuchó un grito. Era Carlotta que gritaba. Y el almohadón volvió a hundirse contra su cara. Podía sentir la mano que lo presionaba, una mano inmensa con dedos que apretaban sobre sus ojos, nariz y boca.

Carlotta se hundió en la oscuridad. No había alcanzado a ver nada, apenas a vislumbrar el vago color de la pared por entre el chisporroteo de luces que danzaban ante sus ojos, antes de que el almohadón volviera a cubrirle la cabeza. Desfalleció. Carlotta se sentía morir. Pronto estaría muerta. La oscuridad se hacía más densa, el dolor la atenazaba inexorable. ¿Aún estaba viva?

Vio luz. Era la lámpara del techo. Billy estaba de pie en la puerta. Tenía los ojos desorbitados. Carlotta se enderezó de un salto, bañada en sudor, y miró a Billy con ojos vidriosos.

—Mamá...

Carlotta tomó la sábana para cubrir con ella su cuerpo maltrecho. Gemía, se quejaba, sin saber muy bien quién era Billy. Sentía un fortísimo dolor en el pecho y ante sus ojos parecían bailar círculos y estrellas.

—Mamá...

Era la voz de Billy. El conmovedor tono asustado de su voz la hizo recuperar instintivamente las fuerzas. Necesitaba controlar la situación, actuar.

—¡Billy!

El chico corrió hacia ella. Se abrazaron. Carlotta lloraba, estremecida de asco. Tuvo conciencia del dolor en su sexo, que subía por los muslos y llegaba, incluso, hasta el abdomen. Parecía estar destrozada por dentro. Una ira sorda creció en su interior, y nada parecía capaz de detenerla.

—Billy, Billy, Billy...

—¿Qué pasa, mamá? ¿Qué pasa?

Carlotta miró a su alrededor. Aterrada, se dio cuenta entonces de lo peor de todo: no había nadie más en la habitación.

Se dio la vuelta en todas las direcciones. Las ventanas tenían puestos los cerrojos. Llena de pánico contempló el armario. Sólo había ropa y zapatos.

—¿Hay alguien aquí?

—No hay nadie, mamá.

—¿Está cerrada la puerta de la calle?

—Sí.

—¡Tiene que estar en la casa!

—No hay nadie, ¡nadie!

—Billy, quiero que llames a la policía.

—No hay nadie en la casa, mamá.

—Entonces tiene que estar afuera.

La mente de Carlotta era un torbellino. Billy parecía bastante sereno. Sólo se había asustado al verla a ella en ese estado. Con la cara tiznada la escrutaba con una tierna mezcla de miedo infantil y de inquietud de adolescente.

—¿No has visto a nadie? —preguntó Carlotta—. ¿No has escuchado nada?

—Te escuché gritar y vine corriendo del garaje.

Julie y Kim aparecieron en la puerta del dormitorio. Estaban aterradas y miraban a Billy.

—Mamá estaba soñando —les explicó Billy—. Era una pesadilla.

—¿Una pesadilla? —repitió Carlotta.

Billy seguía hablando con las niñas.

—A veces ustedes tienen pesadillas, ¿verdad? Pues ahora le ha sucedido a mamá. Vayan a acostarse.

Las chicas siguieron inmóviles, como incapaces de dar un paso y observaban a Carlotta.

—Miren en el baño —ordenó.

Como autómatas, las niñas se marcharon.

—¿Y bien?

—No hay nadie —respondió la voz de Julie.

La extraña conducta de su madre la tenía al borde de las lágrimas.

—Tranquilízate —dijo Billy—. Es hora de que todos nos vayamos a la cama. Vengan conmigo.

Sin poder convencerse, Carlotta se envolvió mecánicamente en la sábana, sujetándola con las axilas. Intentó controlar sus estremecimientos. Se sentía perpleja, con el cuerpo dolorido como si la hubieran golpeado. Había una gran calma en toda la casa.

—Dios mío...

—Era una pesadilla, mamá. Una pesadilla espantosa.

Carlotta recuperó la lucidez. Parecía salir de un sueño, después de todo. Era un despertar, una escapada del infierno.

—Santo Dios... —murmuró.

Miró la hora. Las 11:30. Un poco menos. Tal vez se había quedado dormida. Pero Billy estaba vestido con los vaqueros y la camiseta. ¿Qué había ocurrido? Intentó sentarse en el borde de la cama. No pudo, pues le dolía todo el cuerpo.

—Haz que las niñas se acuesten, Billy, por favor.

El chico empujó suavemente a sus hermanas para que salieran de la habitación.



Carlotta buscó la bata que no era más que un montón rojo y arrugado en el suelo. Ni siquiera estaba cerca de la silla donde siempre solía dejarla.

—Ánimo —se dijo.

Se puso la bata y se sentó en el borde del lecho. Estaba exhausta. Se miró los brazos. Tenía verdugones alrededor de los codos y le dolía el dedo meñique, que se había torcido luchando. ¿Luchando? ¿Contra quién?

Se alzó. Apenas podía caminar. Se sentía desmembrada. Y durante la fracción de un segundo experimentó la extraña sensación de no saber si estaba dormida o despierta. Pasó pronto. Se palpó el sexo, que estaba ligeramente húmedo. No había sangre ni rastros de... no, nada. Envolviéndose en la bata salió del dormitorio. Sintió, por primera vez en su vida, que la cama era algo monstruoso, un instrumento de tortura. Cerró la puerta.

Carlotta no tenía la menor duda de haber sido golpeada y violada. Se sentó en una silla en la cocina. Julie y Kim bebían leche y comían galletas. Billy estaba sentado cerca de la puerta y parecía incómodo. Tal vez pensaba que ya era hora de que las niñas estuvieran acostadas. ¿O acaso ocurría algo malo?

Pensó que daba la impresión de que hubiera muerto alguien de la familia, y que todos sabían que más tarde se consolarían, que la vida recuperaría un ritmo normal, que terminarían por olvidar, pero por el momento no podían evitar vivir con la sensación de estar solos en un pozo oscuro, perdidos y asustados, sin saber cuánto duraría este sentimiento.

—Basta de galletas —dijo Carlotta—. Se enfermarán.

La boca sucia de chocolate de Kim se curvó en una sonrisa. Julie bebía la leche sorbiendo ruidosamente. Se veían tan vulnerables.

—Vamos a ver la televisión —propuso Carlotta.

Se sentaron en el sofá. Billy encendió el televisor y unos actores que Carlotta no pudo identificar aparecieron muy estirados en lo que parecía ser un ático muy lujoso en Nueva York. Billy se sentó en la mecedora cerca del ventilador. Todo parecía normal e irreal al mismo tiempo. Como si contemplaran la escena a través de un vidrio que lo distorsionara todo.

Carlotta era una persona muy realista. Su visión del mundo estaba determinada por sus necesidades y la propia experiencia. Tenía pocas ilusiones sobre sí misma y su futuro. Algunas personas viven de ficciones, intentando ser lo que no son, sin saber muy bien en qué consisten sus vidas; pero la pobreza, la mala suerte y las dificultades obligan a saber exactamente dónde se está en el mundo. Por eso, además del dolor físico, lo que más inquietaba a Carlotta era no ser capaz de diferenciar lo que era real de lo que no lo era.

—¡Mirad, ése es Humphrey Bogart! —dijo Billy—. Ya he visto esa película.

Carlotta sonrió.

—Tú ni siquiera habías nacido cuando la filmaron.

Billy la miró a la defensiva.

—Sí que la he visto. En YMCA. Al tipo ése lo matan.

—Siempre lo mataban, en todas sus películas.

Billy se reclinó en la mecedora murmurando.

—Sé todo lo que pasa en esta película.

Miró a sus hijas sentadas en el sofá. Parecían dos muñecas envueltas en una manta que una de ellas había sacado de la cama, y dormían, olvidadas de todo, chupándose un dedo con suma seriedad y concentración.

—Baja un poco el volumen, Billy, por favor.

Al avanzar la noche se durmieron. Carlotta se sobresaltaba de vez en cuando. Tenía los pies apoyados sobre la mesa. Billy había puesto una pierna sobre el brazo de la mecedora. Sólo el parpadeo de la televisión, casi silenciosa, proporcionaba algo de vida a la casa.

Carlotta se estremeció y su cuerpo despertó de inmediato. Echó una ojeada al rectángulo de la pared iluminado por el sol. Billy seguramente había apagado el televisor durante la noche, porque ya no estaba encendido, y el chico se encontraba durmiendo en su propio dormitorio. Las niñas cabeceaban en el sofá, y Julie apoyaba una pierna en el estómago de Kim. Carlotta miró el reloj de la cocina. Eran las 7:35. Dentro de media hora tendría que marcharse a la escuela para secretarias. Pensar en ello la deprimió.

Sentía la cabeza pesada como plomo, nunca antes había dormido tan mal. Pensó en la noche que acababa de terminar. ¿Era posible que sólo hubiera sido la noche pasada? Sintió náuseas al recordar sus sensaciones, el asco que había experimentado. Luchó para ponerse en pie y fue al baño, donde permaneció limpiándose los dientes durante cinco minutos.

En el pasillo que conducía al dormitorio había un canasto con ropa limpia y, aunque aún no estaba planchada, prefirió sacar algo de allí que ponerse antes que tener que abrir el armario de su habitación. Sacó un sujetador, bragas y una falda azul de algodón. Todas las blusas estaban arrugadas. Se puso una que cubrió con un chaleco, y deseó que no hiciera demasiado calor.

Sonó el despertador junto a la cama. Lo escuchó mientras miraba desperezarse a las niñas. Billy, medio dormido, en slip y camiseta, atravesó el pasillo para apagar el timbre del reloj. Sin mirarla, volvió vacilante a su dormitorio y se sentó en la cama, bostezó e hizo un esfuerzo por reunir la fuerza necesaria para vestirse.

—Gracias, Billy —dijo Carlotta.

Le dolía cada músculo del cuerpo. No tenía tiempo para tomar una taza de café. Los del seguro de desempleo se pondrían furiosos si faltaba un solo día a la escuela. Se sentía muy desdichada.

Puso fruta y *corn flakes* sobre la mesa de la cocina para que los chicos desayunaran. Antes de marcharse despertó a las niñas, pues no quería que dejaran de

ir a la escuela. La casa olía a encierro, y le provocaba claustrofobia. Salió a la brillante luz del día, subió al coche y partió hacia la escuela para secretarias.

*17 de octubre de 1976. 1:17 de la madrugada.*

Carlota dormía en la inmensa cama. Despertó al escuchar ruido de ratas al otro lado de la pared. Oía cómo rasguñaban y se abrían paso; después, le llegó un hedor espantoso, a carne putrefacta. Se sentó.

Recibió el golpe en la mejilla izquierda. Fue de una tal violencia que casi la hizo salir fuera de la cama. Alzó un brazo para protegerse. Se lo sujetaron. La obligaron a hundir la cara en la manta. Algo empujaba su cabeza, presionándola con mucha fuerza por detrás.

Empezó a patear, pero golpeaba en el aire. Un brazo poderoso la cogió por la cintura, obligándola a levantar el cuerpo hasta quedar en cuatro patas. Le subieron la camisa de dormir y la violaron. El enorme miembro, de dimensiones gigantescas, encontró rápido su objetivo y se introdujo sin ninguna consideración, como si ella no fuera más que un objeto, no un ser humano.

La manta que le cubría la cara no era una mordaza tan compacta como lo había sido el almohadón, que había estado a punto de asfixiarla, y pudo lanzar un grito que atravesó la lana del tejido. Por mucho que lo intentara, la mano que la aprisionaba no pudo evitar el grito aterrado de una mujer desesperada.

Escuchó una carcajada. Una risa demente que no era ni de mujer ni de hombre, obscena, lasciva. Alguien la estaba observando.

—*No te resistas...* —dijo burlona la voz.

Carlotta mordió la mano que la sujetaba. ¿Había hundido los dientes en algo material? Sí, era una sustancia flexible que se liberó fácilmente. Recibió un golpe en la cabeza y ramalazos de colores desfilaron ante sus ojos. ¿Hasta cuándo tendría que soportarlo? Toda la cama se sacudía con los empujones.

Se encendió la luz. Igual que la otra noche. Pero esta vez no era Billy el que estaba de pie ante la puerta, sino Arnold Greenspan, su vecino. El hombre se veía ridículo con esas rodillas abultadas, un abrigo sobre el pijama y un hierro en la mano. ¿Qué podía hacer un pobre viejo como él con esa barra de hierro? Estaba aterrado.

—¡Señora Moran! —gritó—. ¡Señora Moran! ¿Se encuentra usted bien?

Parecía tan extraño que diera esos alaridos estando tan cerca de ella. ¿Por qué lo hacía? Sin duda porque Carlotta, a su vez, también gritaba. Intentó controlarse, pero su cuerpo no dejaba de sacudirse en espasmos y estremecimientos.

—Señora Moran... —Era lo único que el viejo podía decir.

La cara espantada de Billy apareció por debajo del codo del hombre. Carlotta los observaba inexpresiva, temblando y retorciéndose igual que una bestia aterrada. Greenspan miraba sus pechos hinchados y enrojecidos, que parecían haber sido estrujados. Finalmente, dijo:

—Billy, llama a la policía, diles que...

Carlotta hizo un esfuerzo por ordenar sus ideas.

—No —dijo—, no lo hagas.

—Pero, señora Moran, acaban de...

—No quiero que venga la policía.

Greenspan bajó la barra de hierro y se aproximó a la cama. Tenía los ojos húmedos y al hablar mostró claramente su preocupación.

¿No sería bueno que hablara con alguien? Hay policías mujeres...

Greenspan no tenía dudas sobre lo que había ocurrido, para él no se trataba de ninguna pesadilla.

No quiero tener que responder preguntas —explicó Carlotta—. Por favor, déjenme sola.

El hombre la observaba cada vez más confuso. Billy se acercó para decir:

—Lo mismo ocurrió la otra noche.

—¿La otra noche? —preguntó Greenspan.

Carlotta estaba menos histérica y, poco a poco, la razón se abría paso por entre el oscuro laberinto de miedo de su cerebro.

—Santo Dios... ¡Santo Dios! —exclamó llorando.

Greenspan no le quitaba los ojos de encima.

—Escuché ruidos la otra noche —dijo—, pero pensé que... y como mi mujer dijo... bueno, supuse que eran cosas... vaya, un hombre y una mujer discutiendo. Me pareció escuchar algo más, sin embargo yo...

—Está bien, no se preocupe —dijo Carlotta.

Y sólo entonces se dio cuenta de que estaba desnuda en presencia del anciano. Se cubrió con la sábana, sujetándola bajo los brazos. Hubo un largo silencio.

—¿Querría una taza de café? —preguntó Greenspan—. ¿O un poco de chocolate caliente?

Su voz sonaba distinta, daba la impresión de haber perdido el tono preocupado que tenía hasta entonces. El deseo de ser de alguna utilidad reemplazaba la inquietud. ¿Por qué este cambio molestó a Carlotta? Respondió:

—No, gracias.

—¿Está usted segura? ¿No hay nada que pueda hacer para ayudarla? Cualquier cosa que necesite usted o los niños... Tal vez podrían pasar la noche en mi casa. Puedo acomodarlos a todos si desean dormir allí. Mañana podríamos conversar un poco, porque creo que debería permitir que alguien la examinara...

Carlotta había recuperado su serenidad.

—No —dijo—, gracias. Ya me encuentro bien.

Y en ese momento descubrió qué era lo que le molestaba de la actitud del anciano señor Greenspan. ¿Por qué había dejado de empuñar la barra de hierro? ¿Por qué parecía no creer ya que hubiera algún intruso en la casa, alguien escondido en el armario? ¿Por qué no examinaba las ventanas? Carlotta se dio la vuelta. Las ventanas

estaban cerradas con cerrojo. ¿Qué ocurría que el anciano ya no estaba asustado? ¿Por qué no iba al baño y golpeaba detrás de la cortina de la ducha con esa absurda barra de hierro?

—Se ha hecho usted daño, señora Moran, y alguien tendría que curarla un poco.

Eso era. Greenspan ya no creía posible lo que le había parecido al verla en el momento en que encendió la luz, cuando, aterrado, creyó que la habían golpeado antes de violarla. Ahora se mostraba demasiado amable, excesivamente gentil.

—Mi mujer puede ayudarla, incluso podría quedarse a dormir aquí, si usted quiere.

Sin duda, pensaba que estaba borracha o drogada, se podía adivinar por la expresión de sus ojos que observaban curiosos los síntomas de una reacción tan extraña y desacostumbrada. Lo odió por pensar una cosa así.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las dos —dijo Billy.

—¿Ha estado sola toda la noche? —quiso saber el señor Greenspan.

—Sola con los niños. Ya estoy bien. Tuve una pesadilla horrible y debo haberme asustado muchísimo. Pero ya me encuentro perfectamente, sí, ya estoy bien.

Se puso la bata antes de quitarse la sábana, que arrojó sobre la cama. Mientras anudaba el cordón en torno a la cintura se dijo que necesitaba dormir.

—Salgamos de aquí —propuso.

Caminaban por el pasillo que conducía al *living* cuando Carlotta dijo:

—Creo que ya puede marcharse, señor Greenspan. Ya pasó todo.

—Bueno, la verdad es que yo no estoy tan seguro...

—Sí, sí. Me encuentro perfectamente, no se preocupe.

Greenspan la miró a los ojos y dijo:

—Ya sé que tanto mi esposa como yo somos mucho mayores que usted, señora Moran, pero eso no significa que no podamos entender cierto tipo de problemas. Creo que debería hablar usted con alguien, sincerarse. Puede venir por casa cuando guste a tomarse una taza de café y a conversar.

—Gracias, así lo haré. Buenas noches, señor Greenspan.

Después que el anciano se marchó, Carlotta cerró la puerta con llave. Billy la miraba en silencio. Hubo una larga pausa. Ella no sabía qué hacer ni qué decir y su mente giraba como un carrusel.

—No quise echarlo de casa, pero deseaba estar sola para poder pensar un poco —explicó.

—Ya lo sé.

—¿Piensas que me he vuelto loca?

—¡Por supuesto que no!

Lo abrazó. «Mi querido Billy», se dijo. Era difícil tener un hijo tan bueno, especialmente en estos tiempos.

—¿Qué crees que debería hacer? —preguntó.

No obtuvo respuesta.

Las chicas aparecieron en la puerta del *living*. La escena parecía una macabra reproducción de la que había tenido lugar la noche anterior, sólo que esta vez hacían ruido al sorber por las narices, como si estuvieran acatarradas. Parecían asustadas.

Carlotta se sentó en el sofá. Le dolían los senos como si los hubieran arrancado del pecho. Billy se recostó en la mecedora, pero a nadie se le ocurrió encender el televisor. Carlotta no pudo dormir. Algo había ocurrido sin que pasara nada realmente. Era un hecho y, al mismo tiempo, parecía no serlo. Había estado despierta y, sin embargo, tuvo que despertar para escapar de la pesadilla. Le dolía todo el cuerpo. Su mente repasaba los acontecimientos, tratando de ordenar lo ocurrido durante esas dos noches.

Había habido un brazo, sí, puesto que lo había palpado, y un pene real, urgente y verdadero a pesar de no haber sentido su calor, sino tan sólo su erección. Hubo alguien encima de ella. Aunque sobre eso tenía sus dudas. Era una presión más que un peso concreto, una corriente que la había postrado con su aterradora fuerza. No, nunca había sentido un cuerpo sobre el de ella, nada más que un par de manos y un pene.

Se sobresaltó. No podría dormir, y ya era la segunda noche sin poder hacerlo. Sentía la cabeza como si la tuviera rellena de algodón. Y cada ruido, cada movimiento de los niños, cada rumor, crujido, rasguño que sonara en la casa la hacía sobresaltarse.

¿Y qué pensar de esa voz, esa demencial voz que había escuchado? Parecía provenir de un cuerpo muy pequeño, de un viejo que, no sabía por qué, imaginaba deforme, sin piernas. Pero la verdad es que no había nada. ¿De verdad había escuchado una voz? ¿La había imaginado? ¿Y cuál era la diferencia?

La oscuridad de la noche se transformó en el gris del amanecer y un rectángulo de luz se dibujó sobre una de las paredes. Ya era de día. Sonó el despertador. Billy despertó en la mecedora, pero estaba demasiado cansado para moverse. Carlotta no podía ni deseaba levantarse. La campanilla siguió repiqueteando lejana como el zumbido de una mosca hasta que dejó de sonar.

Carlotta miró el reloj de la cocina. Ya eran casi las ocho. Tendría que darse prisa. En la escuela de secretarías pasaban lista y hacían un informe si se faltaba a clases. Tenía el cuello rasmillado. Anudó con fuerza el cordón de la bata alrededor de su cintura. Pensó en Jerry. ¿Dónde estaría? Aún le quedaban seis semanas en las carreteras. Terminado ese tiempo volvería a verlo. Lo necesitaba. Él era fuerte y ella precisaba un hombre fuerte a su lado, especialmente ahora. Tuvo una premonición. Algo iba a pasarle, algo horrible iba a ocurrirle de un momento a otro. ¿Por qué? Se recostó, cruzó los brazos y se quedó dormida.

Al despertar, Billy ya se había marchado. Su confusa mente intentó ordenar el

rompecabezas. Se sentó en el borde del sofá, el cuerpo dolorido. Eran ya casi las cuatro. Las niñas habían vuelto de la escuela y jugaban afuera. Las oía divertirse en la acera, incluso antes de asomarse a la ventana para observarlas escribir en el suelo con tizas de colores. Fue a la cocina y recalentó un poco de café.

Había una inmensa quietud y se podía escuchar el zumbido del reloj en la pared; era un silencio extraño, parecido al de una pausa entre dos tormentas. Intentó racionalizar su situación; si lo de la otra noche volvía a ocurrir... entonces, ¿qué? Se detuvo, la taza ante los labios. Entonces tendría que marcharse, dejar la casa. Sentía que el origen de sus problemas estaba allí, en la casa. Sí, una vez más y se irían. Pero ¿dónde? ¿A casa de Cindy? Seguramente Cindy los recibiría por un día, quizá dos. Tendría que inventar alguna historia, algo así como que todo se estaba apolillando. Qué diablos, Cindy era una buena amiga, y no necesitaría inventar nada. Se podrían quedar una semana si era necesario. Tal vez Jerry volviera antes de lo previsto. A veces lo hacía. Iba a visitarla entre su trayecto por dos ciudades y se quedaba una noche o un fin de semana. Sonrió desganada. ¿Por qué no dejaba jamás un número de teléfono al que pudiera llamarlo o por qué no la telefoneaba? Bebió el café, que ya se había enfriado. ¿Qué pasaría si Cindy no podía tenerlos en casa, si George se oponía? Carlotta arrugó el ceño pero no se le ocurrió ninguna solución. No había respuesta a sus preguntas. No tenía más remedio que esperar para ver qué pasaba, y confiar que nada...

Billy volvió de la escuela. Mientras el resto de la gente daba por terminada su jornada y regresaba a casa, ella empezaba ahora a despertar. Una sensación de oscuridad flotaba en su cerebro; tal vez toda su vida se estaba deslizando hacia un abismo si no prestaba atención y tomaba las precauciones necesarias.

—Hola, mamá —saludó Billy.

—¿Por qué estás tan contento?

—Porque en la escuela me acaban de nombrar secretario del club de mecánicos de coches.

—¡Fantástico! Te lo digo en serio. Piensa que yo lo único que conseguí en la escuela fue ser reemplazante de la chica que dirigía a los que animaban en las pruebas deportivas.

Billy le mostró un ajado y grasiento cuaderno gris, que desde luego había sobrevivido a varios semestres.

—Aquí tengo todos mis apuntes técnicos.

—¿Y nunca te han visto la ortografía?

—Mamá, ¡por favor!

—Era una broma. ¡No arrojes ese cuaderno sobre el sofá! Creo que dormiré en él esta noche.

Se produjo un silencio. Billy dejó los libros en la mecedora y se marchó al dormitorio para ponerse unos pantalones viejos y poder así seguir trabajando en el garaje.



Carlotta bebió otro poco de café. Sí, esta noche dormiría en el sofá, y si a pesar de todo...

Vieron la televisión comiendo leche y galletas que Billy había ido a comprar al almacén. Después, Carlotta desvistió a las niñas y las metió en cama.

Alrededor de las once y media se recostó en el sofá, cubriéndose con una manta. Sin decir nada, Billy dejó abierta la puerta que comunicaba con su dormitorio. Carlotta permaneció inmóvil, pensando siempre en las dos últimas noches. Empezó a sentirse más y más inquieta. La perturbaban los ruidos de la casa, la visión de los focos de un coche, que dibujaba extraños rectángulos distorsionados sobre el suelo del pasillo. Y no podía dormir. Las sinuosidades del sofá le producían dolor de espalda; cada vez que cambiaba de posición, su cuerpo encontraba un botón o un bulto, no había espacio ni una superficie lisa y plana. Sus músculos se ponían tensos en cualquier posición que adoptara. Finalmente, lo intentó sobre el lado derecho y se dedicó a mirar la oscuridad.

A las dos y media debía estar durmiendo porque despertó sobresaltada. El ruido provenía del ventilador, un ligero crujido al apagarse el termostato. Escuchó atenta. Nada. Podía oír la rítmica respiración de los niños durmiendo en sus dormitorios. Fuera de eso, nada. Cerró los ojos, incapaz de volver a dormirse, hasta que lentamente fue cayendo en un sopor, una inconsciencia detrás de la cual percibía restos de imágenes que desfilaban por su retina. Más tarde se quedó dormida.

Durante todo el día siguiente, sábado, un ligero optimismo invadió a los habitantes de la casa. No había ocurrido nada anormal la noche anterior y, fuera de un leve dolor de espalda, Carlotta se sentía de buen humor. Fueron todos al parque Griffith, varios kilómetros de colinas boscosas, lo que en Los Angeles se considera una verdadera selva. Allí, rodeada de otras familias, volvió a sentirse formando parte del género humano, integrada a las mismas acciones que ejecutaban los demás, compartiendo con ellos sentimientos parecidos. Billy estuvo un rato jugando a la pelota y todos volvieron exhaustos a casa.

También el domingo transcurrió sin novedades. Carlotta limpió toda la casa, menos su propio dormitorio. Billy se encontraba en algún lugar, dedicado a armar o desarmar quién sabe qué cosas, era imposible saberlo con exactitud. Las niñas estuvieron viendo la televisión y ella practicó un poco de taquigrafía, lo que era muy aburrido pero sumamente importante para su futuro. Y así fueron pasando las horas. Había sido un día normal. Incluso la noche fue normal.

Al llegar al lunes empezaron a suceder cosas. El señor Reisz, ese delgado e increíblemente exigente profesor de taquigrafía, llamó la atención de Carlotta respecto a sus calificaciones; su exactitud y velocidad habían disminuido, sin que ella se hubiera dado cuenta siquiera. Le molestó el hecho de no haberse desempeñado bien en las clases. ¿Qué pasaría si no lograba diplomarse como secretaria? ¿Qué

ocurriría si su camino resultaba mucho más duro de lo que ella había planeado? ¿Era prisionera de un nuevo fracaso, de algún sistema destinado a frustrarla? ¿Había límites para sus aspiraciones? Y, de pronto, se sintió muy inquieta ante sus deficiencias en exactitud y velocidad. ¿Temía no ser capaz de salir adelante?

Al llegar a casa encontró a sus hijos muy alterados. El ambiente parecía cargado de tensión, pero nadie podía definir las causas. Julie y Kim se estaban revolcando en el suelo. Más tarde, al recordar la escena, recordaba que, entonces, le había parecido un presagio de horrible significado.

—¡Julie me ha golpeado con el cenicero! —chilló Kim.

—¡No es verdad!

—¡Sí que lo es!

—¡No!

—¡Callaos y dejadme ver! —dijo Carlotta.

Era verdad. Una señal rojiza empezaba a extenderse por la nuca de Julie.

—¿Ves, mamá, cómo era cierto? ¡Me arrojó un cenicero a la cabeza!

Pero Julie aseguraba ser inocente y Carlotta supo, como lo saben las madres, que su hija estaba diciendo la verdad.

—¡No me mires a mí! —dijo Billy—. ¿Crees que me dedico a lanzarle ceniceros a la cabeza a niñas pequeñas para divertirme?

—Está bien, está bien. Dejad de gritar. No me siento con ánimo para seguir discutiendo, así que creo lo mejor será que nos quedemos un rato en silencio. ¿De acuerdo?

El silencio estaba cargado de intenciones.

—Yo no fui —insistió Billy.

Dos días con sus noches sin problemas, pero si Carlotta seguía durmiendo en el sofá acabaría con la espalda mal para el resto de su vida. Y ella detestaba a los médicos, que sólo servían para aumentar los dolores. Tal vez con un buen descanso en su propia cama la molestia desaparecería sola. No era la primera vez que le dolía la espalda. Abrió la puerta del dormitorio y echó una mirada.

La vista del enorme lecho, con su madera tallada y sus ridículos ángeles de estilo europeo, adquirió un aspecto siniestro, como un gesto de burla. Las mantas y sábanas aún estaban en el suelo, tal como las había dejado la última noche que había dormido ahí. Después de un ligero titubeo entró en la habitación. No se percibía ningún olor extraño, nada, fuera del desorden de las sábanas. Sacó toda la ropa e hizo de nuevo la cama.

Eran las once y diez. Necesitaba descansar. Necesitaba mejorar sus calificaciones en la escuela. Necesitaba impresionar al señor Reisz. Tenía que demostrarse a sí misma que estaba de nuevo en el buen camino. Se metió entre las limpias y frescas sábanas y cerró los ojos.

El tiempo se deslizaba lentamente. Su cuerpo se sentía aliviado, suspendido, tranquilizado por la dureza del colchón. Y sin embargo apenas sí podía dormir. A

cada momento abría los ojos. Había dejado abierta la puerta que comunicaba con el pasillo, porque sabía que también Billy había dejado abierta la puerta de su dormitorio por si pasaba algo.

Debía de ser casi la medianoche. Miró a su alrededor en la oscuridad y pudo distinguir la vaga forma del aparador, el espejo, el lejano reflejo de la cama en la oscuridad.

Respiró hondo. Nada. Ningún olor. No pasaba nada. Entonces, ¿por qué seguía despierta? Tuvo la intuición de que algo se estaba aproximando a ella desde kilómetros de distancia por sobre un paisaje fragmentado, y que habría llegado en pocos segundos. De un salto abandonó el lecho.

—¡Billy!

El muchacho salió corriendo de la cama. Se encontraron en el pasillo mientras ella terminaba de abrocharse el vestido. Carlotta dijo.

—Algo está por llegar.

Hubo un ruido a sus espaldas. Se dio la vuelta para mirar: la lámpara se había caído de la mesita de noche, que estaba volcada contra la pared. Cerró la puerta y gritó:

—¡Marchémonos de aquí!

Su dormitorio se sacudía detrás de la puerta cerrada con el ruido de muebles que se estrellaban violentamente. Más tarde se escuchó el estrépito del espejo que se quebraba en pequeños trozos.

Billy la miraba aterrado.

—¡Mamá!

—¡Tú saca a Kim de la cama, yo me encargo de Julie!

Corrieron al dormitorio de las niñas. Billy levantó a su hermana, la manta se enredó en torno a las piernecitas de la niña.

—¿Llevo la manta también? —preguntó gritando el chico.

Estaba aterrado.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Tómala y sal de una vez!

Sus zapatos, el tocador lleno de cosméticos, fueron arrojados contra la puerta cerrada. Mientras corrían por el pasillo, Carlotta alcanzó a ver sacudirse la puerta, después apareció una hendidura en la madera.

—¡Santo Dios! —murmuró.

Atravesaron deprisa el *living*. Parecía que estuvieran destruyendo todo el dormitorio, pieza por pieza y a toda velocidad. No se trataba de una explosión sino de la obra sistemática de alguien que destrozaba furioso una cosa tras otra, descargando sobre los objetos la furia que le había producido no encontrar a Carlotta en el dormitorio. De pronto, las pesadas cortinas, se rasgaron como si fueran de papel, y el sonido repercutió por toda la casa.

—¡Maldito, maldito! —gritó Carlotta.

Lágrimas de miedo e ira le corrían por las mejillas. Estaba frente a la puerta de

entrada, pero con Julie en los brazos no podía descerrar el cerrojo. Se inclinó, apoyando a la niña contra la puerta y Julie dejó escapar un quejido de dolor. Carlotta pudo abrir la cerradura. Algo, arrojado contra la puerta del dormitorio, la destrozó convirtiéndola en diminutos fragmentos.

—¡Abre las piernas, mierda! —gritó la voz.

Se lanzaron a la noche y subieron al Buick. Parecía que, detrás de ellos, lo que quedaba del dormitorio estaba siendo destrozado por completo, como si todos los miembros de un equipo jugaran a la pelota en su interior. Carlotta puso marcha atrás, golpeó contra unos arbustos, pudo zafar el coche y, en medio de los crujidos, rugidos y chillidos de los neumáticos, se lanzó a toda carrera por Kentner Street.

—¿Escuchaste esa voz, Billy?

El muchacho no respondió. Petrificada, Carlotta volvió la cara para mirarlo.

—¿No escuchaste una voz? —repitió.

—Sí, sí.

La observaba de una manera que a ella le pareció extraña. El muchacho tenía los ojos brillantes de lágrimas.

Pasó un semáforo en rojo sin detenerse y siguió de largo ante la solitaria intersección. No había tráfico. Conducía en forma maquinal por entre un laberinto de calles, cruzando frente a casas que parecían todas iguales en las sombras de la noche.

—¡Disminuye la velocidad, mamá, vamos a más de ochenta!

Miró el indicador de velocidad y disminuyó la presión sobre el acelerador. El espanto que les había impulsado a la huida parecía haberla cegado y no se daba muy bien cuenta de lo que estaba haciendo. Se movía como en un vacío, por puro instinto, igual que un animal aterrado.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En Colorado Avenue —respondió Billy—. Es por allá, detrás de esa fábrica.

Instintivamente condujo por Colorado Avenue. Redujo un poco más la velocidad hasta los sesenta kilómetros por hora.

Procurando controlar la histeria de su voz dijo:

—Escúchenme, niños. No nos ocurrirá nada malo, ¿comprenden? ¿Están todos bien?

Miró por sobre el hombro y vio a Julie en el asiento trasero. La niña estaba silenciosa, asustada y silenciosa. A su lado, todavía envuelta en su manta, Kim respiraba con dificultad, demasiado aterrada incluso para llorar. A pesar de su propio pánico, Carlotta observó divertida que Billy estaba en calzoncillos.

—Sería mejor que también tú te cubrieras con la manta, Billy —dijo—. Iremos a casa de Cindy.

Subió por Colorado, giró al Norte y condujo, respetando el límite de velocidad, hacia las brillantes luces de los cines y hoteles que señalaban la proximidad de West Hollywood.

—¿Dónde diablos...?

—Dobla a la izquierda —indicó Billy y se envolvió con la manta—. Está casi al llegar a Hollywood.

Milagrosamente, como si el coche se condujera solo, fueron recorriendo calles que les parecían familiares con sus inmensos bloques de edificios que dominaban las sombrías y destartaladas construcciones de un solo piso.

—Ahí es —señaló Billy.

Carlotta se detuvo ante una gran construcción de color rosa con un letrero en frente que decía *El Escobar*. Era lo único que lo distinguía de otros edificios similares a lo largo de la calle, eso y los globos luminosos rojos y azules que alguien había tenido la exótica idea de poner allí para iluminar las palmeras, que bajo esa luz parecían plantas monstruosas y enfermas.

Subieron las escaleras. Billy hacía esfuerzos para que no se le cayera la manta de la cintura.

—Déjenme hablar a mí —dijo Carlotta—, y recuerden que lo que yo diga es lo que pasó. Si alguien les hace preguntas cuando yo no esté deben repetir lo que yo haya dicho, nada más.

Miró a su alrededor. Las niñas asintieron.

—Así lo haremos, mamá —aseguró Billy.

Carlotta apretó el timbre. «Qué cuadro tan ridículo debemos formar», pensó. El timbrazo resonó en la noche, partiéndola en dos. No hubo ninguna reacción. ¿Y si no salía nadie? Una mano descorrió parte de la cortina de la ventana e, inmediatamente, abrieron la puerta.

—¡Carlotta! —exclamó Cindy—. ¡Y Billy y...! ¿Qué ha pasado?

—¡Cindy!

—No llores, mujer, y entra. Pasen, pasen todos.

Cindy estaba en bata de levantarse y con la cabeza llena de onduladores, pero a Carlotta le pareció muy hermosa. El apartamento, repetido por miles en toda la ciudad con su alfombra dorada, gastada en los bordes, las paredes que se descascaraban al cabo de un par de años y las sillas y mesa de la cocina haciendo juego, le pareció a Carlotta un lugar tan hermoso y deseable como el paraíso.

—¿Qué pasó? —preguntó Cindy—. ¿Un incendio?

—No —dijo Carlotta—, nos arrojaron fuera de casa.

—¿Quién pudo arrojarnos fuera de casa?

—Bueno... Tuvimos que marcharnos...

—Pero ¿por qué?

Las niñas empezaron a llorar.

—Calma, chicas, calma. ¿Quieren quedarse aquí? No hay ningún problema. Por supuesto que no.

Cindy se levantó de la silla que ocupaba enfrente de Carlotta, fue el armario y volvió con un montón de mantas y algunas almohadas. Desde el dormitorio llegaban los sonoros ronquidos de George, el marido de Cindy. Era un milagro que hubiera

podido seguir durmiendo, a pesar de todo.

—Gracias, Cindy —dijo Carlotta—. No sé qué habría hecho sí...

—Para estas cosas estamos los amigos, ¿no?

Cindy acostó a las dos niñas en el sofá y las cubrió con un par de mantas. Billy se acomodó sobre unos grandes cojines. Cindy se inclinó hacia Carlotta y dijo en voz muy baja:

—¿Cosa de hombres? ¿Jerry tuvo la culpa?

—No, no. No volverá hasta dentro de seis semanas.

—¿Quieres esperar a que los chicos estén en la escuela para contarme?

—Sí, por favor.

Cindy terminó de arropar a las chicas. Carlotta se quitó el vestido y se acostó en el suelo.

—¿Podrás dormir ahí?

—Me hará bien para la columna.

—Niños, si quieren ir al baño háganlo enseguida. Está allí.

—Que Dios te bendiga, Cindy. Siento tanto...

—No te preocupes, ya conversaremos mañana.

—Buenas noches —dijo Julie.

Era todo tan absurdo. Parecían estar de paseo, tan educados, como si no supieran por qué estaban allí.

—Buenas noches, cariño —respondió Cindy—. Que duerman bien.

A través de las delgadas paredes del dormitorio, Carlotta escuchó a Cindy que murmuraba alguna explicación a George, hubo algunas quejas pero pronto terminó el diálogo. Billy ya se había dormido en el silencio del apartamento de Cindy, y también las niñas. Su sensación de pánico empezó a disminuir; cada segundo que pasaba la hacía sentirse con menos energía. Sus ojos se llenaron de lágrimas, producto del cansancio, la frustración y el miedo. Lloraba en silencio. De pronto, fue incapaz de seguir llorando o de pensar en nada. Se quedó dormida. Todos durmieron. Sin soñar.

### 3

La luz del sol iluminaba los narcisos sobre la mesa de la cocina y llenaba de reflejos el suelo. Cindy parecía perpleja.

—¿De verdad viste esas cosas atravesar las paredes?

—No las vi, las sentí —respondió Carlotta—. Así me pareció, al menos.

—¿Y los animales?

—No sé qué eran.

—¿Qué te hicieron?

—No mucho —mintió—. Caminaron a mi alrededor, trataron de tocarme.

—¡Santo cielo!

—Arañaron las paredes, volcaron las cosas...

—¿Estabas despierta?

—Te juro, Cindy, que estaba tan despierta como lo estoy ahora. ¿Crees que no he pensado en todo esto miles de veces? Estaba completamente despierta, muerta de miedo, pero despierta.

Cindy movió la cabeza silbando. Preguntó:

—¿Y cuándo empezó todo?

—Hace casi una semana. Ocurrió dos veces, y anoche había empezado de nuevo. Tuve tanto miedo que tomé a los chicos y escapé de casa.

—Sin duda era lo mejor. —Frunció el ceño preocupada y dijo—: Te conozco lo bastante como para saber que no estás loca, y si te asustaste es porque había motivos. Eres una de las personas más equilibradas que he conocido en mi vida.

—¿Qué crees tú que pasa, entonces?

Cindy se quedó mirando la taza de café y no dijo nada durante un largo rato. Después alzó los ojos y dijo:

—Se trata de Jerry.

—¿Qué?

—Tiene que ser Jerry. El tiene algo que ver con lo que te ha pasado, estoy segura, tanto como de que ahora estoy aquí, sentada frente a ti.

Carlotta inhaló el humo de su cigarrillo. Un animador sonreía a un grupo de damas maduras en la pantalla de televisión, pero el volumen estaba muy bajo y no constituía más que una presencia absurda que se agitaba sin sentido.

—¿No me crees? —preguntó Cindy.

—No.

—Escucha, cuando alguien se derrumba psicológicamente es por algún problema interno. Nadie decide que una noche cualquiera, la del jueves, por ejemplo, es el momento apropiado para tener una crisis nerviosa, ¿verdad?

—No lo sé.

—¡Claro que lo sabes! Siempre hay una causa, algo muy importante en nuestra

vida que nos está destruyendo por dentro.

Carlotta echó una mirada a la pantalla del televisor y después se dio la vuelta hacia Cindy.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó.

Como si le hubieran hecho un gesto autorizándola a exponer su filosofía de la vida, Cindy se inclinó hacia adelante y empezó a hablar, rápida y decidida.

—Aunque no lo sepas, tú estás sufriendo mucho. Y no has hecho otra cosa que decirte que todo marcha bien y es perfecto, cuando la verdad es todo lo contrario. Y Jerry es el responsable.

—No veo ninguna relación...

—Por supuesto que no. Nunca parece haber una relación directa. Recuerda a mi tía que se volvió loca. ¿Qué relación podía haber entre el hecho de que se dedicara a conversar con un inexistente agente del FBI en el *living* de su casa y su verdadero problema? Ninguna, ¿verdad? Su tragedia era el rechazo de esa infeliz de Jewel, su hija. La chica se había escapado con un artista, vivía entre basuras y quería dinero, incluso amenazaba con suicidarse si no se lo daban. Una treta repugnante, pero que hizo enloquecer a mi tía. Pero entre una cosa y la otra parecía no haber relación alguna. Siempre la verdadera causa de nuestros problemas está oculta en alguna parte, y hay que ser capaz de descubrirla, de ver dónde está la auténtica raíz de nuestros males. Tienes que averiguar qué es lo que te está pasando por dentro.

—¿Pero qué tiene que ver lo que me ha ocurrido con Jerry?

—Él quiere casarse contigo, ¿no es así?

—No lo sé, Cindy. Nuestra relación nunca ha estado tan... clara. Lo pasamos bien juntos, nos gusta estar juntos, pero no sé si él quiere casarse conmigo. Compartimos cosas, tal vez más de las que pensé que podríamos compartir cuando empezamos.

—Pasarlo bien con alguien es una cosa, y casarse es otra muy distinta.

Carlotta suspiró y dijo:

—Tú deberías haber sido psiquiatra.

Cindy sonrió complacida.

—Ya lo sé. Por eso leo todo lo que puedo sobre el tema. No tengas miedo. Hay soluciones a las que se llega casi sin pensarlas. Si actúas con inteligencia verás cómo todo se arregla de la mejor manera posible.

—Tal vez sea bueno poder decir las cosas con claridad. Puede que tengas razón. Lo cierto es que yo no había pensado mucho en lo del matrimonio.

Cindy puso una mano en el brazo de Carlotta. Le sorprendió sentirlo tan caliente, casi bañado en sudor, y la invadió una oleada de compasión.

—Piénsalo. No hay ningún problema que tú no puedas resolver. Sólo tienes que ser sincera contigo misma.

—De acuerdo. La posibilidad de casarme con Jerry me parece muy remota, pero lo pensaré.

—Y verás cómo todo sale bien.



En la pantalla del televisor se veía a un hombre elegantemente vestido de pie ante un atril. Parecía querer vender algo a juzgar por su sonrisa comercial; de pronto, alzó una inmensa Biblia y la aproximó a la cámara. Carlotta tuvo la sensación de que acababa de arrojársela a ella.

Era de noche cuando Carlotta despertó. Le dolía la cabeza y todos los huesos. ¿Dónde estaba? George roncaba suavemente en la habitación de al lado. El reflejo de los faros de los coches danzaba sobre las paredes de la estancia. Cerca estaba Billy, el cabello sobre los ojos le ocultaba la cara. Las niñas dormían en las sombras. Había una gran paz. No corría ni la más leve brisa. Pensaba vagamente, casi sin formular sus ideas. ¿Qué ha pasado que estoy durmiendo aquí, en el suelo del apartamento de Cindy? Sí, ahora recuerdo. Todavía estoy dolorida. ¿Qué me pasa? ¿Qué sucede a mi alrededor? ¿En qué me estoy convirtiendo?

Allí se encontraba a salvo, era imposible que algo malo pudiera ocurrirle. Había demasiada gente. Cindy correría en su ayuda mientras George continuaba durmiendo. Todos serían testigos, todos menos George. Todos verían que Carlotta estaba loca. Se vio a sí misma rodeada de doctores en un larguísimo corredor. Gritaba y se debatía. ¿Sería así? ¿Cuándo se traspone el límite de la cordura se sigue teniendo conciencia? ¿Se sabe cómo se llama uno? ¿En qué se convierte?

Las imágenes de lo ocurrido las noches anteriores danzaban en su cabeza: las luces relampagueantes, el sabor del algodón en la boca, la sensación de haber sido... de haber sido... Pero ya no estaba segura. No había sido ni un sueño ni realidad. ¿Y quién en ese apartamento, quién en toda la ciudad de Los Angeles, podía explicarle qué había pasado exactamente?

El día siguiente transcurrió plazeramente. Carlotta no fue a la escuela y se marchó de compras con Cindy, que adquirió un bolso de piel en Olivera Street, una calle cuyos viejos guijarros han sido rodeados por una doble fila de tiendas de artesanía mexicana, llenándolos de cerámica y piñatas. Después regresaron a casa y jugaron al *backgammon* hasta que llegó la hora de que Carlotta hiciera el largo trayecto hasta West Los Angeles para ir a buscar a los niños. Había sido un día muy agradable. Relajante. El sol otoñal le había hecho bien y se sentía como si hubiera tomado una medicina. La claridad del aire y su frescura, los gritos de los niños y la alegre música mexicana le habían levantado el ánimo. En el fondo de su mente persistía una pequeña preocupación, pero ninguna de las dos la mencionó.

Al llegar la noche, Cindy pudo comprobar con sus propios ojos un cambio en la personalidad de Carlotta, que se fue poniendo nerviosa y parecía asustada. ¿Le preocuparía algo? ¿Tal vez la torturaba algo más que el ver cosas en la oscuridad? Cindy no estaba segura.

Más tarde, George volvió a casa. Tenía la camisa manchada de sudor bajo los sobacos. Titubeó al ver a Carlotta y sin decir una palabra se marchó al baño. Se

escuchó el ruido de las cañerías y después el de la ducha.

—¿Está enojado conmigo? —susurró Carlotta.

—No, siempre es así.

—Escucha, si te resulta molesto...

—Por supuesto que no...

—De verdad, si...

—Me encanta tenerles aquí. Pueden quedarse todo el tiempo que quieran.

—Pero parece que George...

—No le hagas caso. Nació malhumorado.

Cindy aprovechó el momento para hacer un gesto con la cabeza a Carlotta, invitándola a que la acompañara a la puerta. Sorprendida, Carlotta la siguió.

—Tengo que hablar contigo —dijo Cindy—. Salgamos.

Salieron y cerraron la puerta. Cindy miró a Carlotta a los ojos.

—Hay algo que no me has dicho. ¿Qué es?

—Te lo he contado todo.

Cindy captó el intento de evasión en la cara de Carlotta. No sabía qué le estaba ocultando, pero parecía ser muy importante para su amiga. Pero ¿hasta dónde se puede interrogar a la gente?

—Lo único que quiero, Caray, es que te mejores pronto. Me crees ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—Pero no puedo ayudarte si no me lo permites.

—Te juro, Cindy, que te he dicho la verdad.

Pero en los ojos de Carlotta había algo oscuro, una verdad no revelada que Cindy tendría que averiguar por la fuerza si quería llegar a conocerla.

Cindy hizo que Carlotta la acompañara lejos de la puerta de la calle y caminaron hasta la pileta donde el agua saltaba sobre las rocas, imitando una cascada hawaiana. Sobre los techos, detrás del edificio, dos gatos peleaban en el tejado rojo. El sol se estaba ocultando y parecía una pelota naranja entre la neblina. El frío súbito y extraño hizo estremecer a Carlotta.

—¿Has estado tomando drogas? —preguntó Cindy.

—¿Yo? ¿Drogas? ¡No, por Dios!

Cindy miró fijamente a Carlotta en los ojos para comprobar la veracidad de la respuesta.

—Cuando se toman drogas se tienen visiones —dijo—, aunque no se quiera tenerlas.

—Te juro por Dios que no he tomado drogas, Cindy.

—Franklin Moran era un drogadicto.

Carlotta se detuvo de improviso. El recuerdo del hombre recio, de rostro severo y sonrisa de niño, vino a su memoria, así como esas extrañas noches y las agridulces mañanas.

—Sí, pero yo nunca tomé drogas —dijo Carlotta en voz baja—. Ésa fue una de

las cosas que nos separaron. La primera cosa que nos distanció —concluyó con un deje de amargura en la voz.

Cindy titubeó antes de preguntar:

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Nada. Además, no quiero seguir hablando del tema.

—No deseo ser desagradable, Carlotta, pero no debes ocultar lo que te ocurre, porque te destruirás.

Carlotta levantó la mirada. Había estado intentando encender un cigarrillo, pero la brisa apagaba una cerilla tras otra. Al alzar los ojos los tenía llenos de lágrimas.

—Me han violado —explicó.

Cindy se llevó las manos a la boca. Estaba verdaderamente sorprendida.

—Violado... —repitió Carlotta. El cigarrillo apagado temblaba entre sus labios y la palabra fue pronunciada en un tono casi inaudible.

—Dios mío... —murmuró Cindy.

Carlotta se dio la vuelta. ¿Podría liberarse alguna vez de esta sensación de estar contaminada? Una vez más se sintió sucia de la cabeza a los pies, sumergida en una mugre que no había manera de limpiar.

—Santo Dios —fue lo único que Cindy pudo decir antes de que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Extendió una mano y la puso con gran delicadeza sobre el hombro de Carlotta. Se abrazaron.

—Lo siento... No sabía... No podía imaginar... —dijo Cindy.

—¡Oh, Cindy! —Carlotta lloraba—. Fue... Me siento... arruinada, destrozada por dentro...

—¡Pobrecita, pobre amiga mía! Pero ¿cómo pudo pasar?

—Estaba sola en mi dormitorio y algo se me lanzó encima y... me inmovilizó... casi me desmayé... todo se puso oscuro.

Carlotta se separó de los brazos de Cindy. Tenía cada vez más frío. La brisa nocturna le agitaba los cabellos, moviéndolos gentilmente sobre su frente, y los ojos, repentinamente gélidos, dejaron de mirar a Cindy.

—¿No lo comprendes, verdad? —preguntó.

—Bueno, yo...

—No te menté cuando dije que había cruzado la pared.

Cindy se quedó mirándola fijamente.

—¿De qué me estás hablando? —susurró.

—Trata de entender. Estaba ahí y no estaba. Me golpeó y violó pero no había nadie en el dormitorio... Creí que iba a morir cuando encendieron las luces y me di cuenta de que estaba sola.

Cindy, que no lograba comprender, murmuró:

—¿Y por qué no llamaste a la policía?

—¡Cindy, Cindy, siempre tan cuerda! Estaba sola en mi cama... cuando

encendieron la luz... El hombre o... lo que haya sido... se había marchado, desaparecido... igual que en una pesadilla...

Cindy permaneció inmóvil con una mano en la garganta como si le fuera imposible cambiar de postura, sin poder entender la explicación más simple para el fenómeno más extraño del mundo, ni siquiera después de haberla escuchado.

—¡No lo comprendo! —dijo—. ¿Te... violaron o no te violaron?

—¡Te he dicho que sí! Me golpeó, casi me estrangula, y después me violó. Y al encenderse la luz desapareció, y era como si nunca hubiera estado allí.

Cindy se apoyó en la barandilla; estaba segura de que su amiga le había dicho la verdad, lo sabía por la manera como rehuía su mirada, por la humillación y vergüenza que reflejaba su expresión al revivir la escena, aún viva en su recuerdo. Un inmenso pánico empezó a envolverla.

Carlotta se dirigió a Cindy y dijo:

—¿Comprendes? ¿Te das cuenta de que no hay explicación? Ocurrió y no ocurrió, es verdad y no lo es. ¡Dos veces me desmayé!

—¿Y ha vuelto a ocurrir?

—Sí, a la noche siguiente. ¿Por qué crees que huí de casa cuando empezó de nuevo la tercera noche?

—¿Y estando en el apartamento conmigo...?

—No, no ocurre nada si estoy contigo. Pero no sé cuánto puede durar y tengo miedo de volver a casa, tengo miedo de quedarme sola.

—Es natural, y lo comprendo —respondió Cindy.

Se sentía perpleja. Durante mucho tiempo ninguna de las dos habló. La noche azul estaba iluminada por el resplandor de los focos rojos y verdes que brillaban abajo, junto a las palmeras. Carlotta tiritaba de frío. Cindy, siempre tan aguda y rápida, estaba perdida en el interminable laberinto de sus propios pensamientos. No sabía cómo resolver el problema. Finalmente dijo:

—Quédate en el apartamento todo el tiempo que quieras.

Carlotta asintió con la cabeza. Tenía la mirada perdida en el espacio mientras procuraba volver a pensar racionalmente. Se sonó con un pequeño pañuelo y arregló su cabello desordenado por el viento.

—Creo que deberías ver a un psiquiatra.

—No tengo dinero.

—Puedes ir a una clínica gratuita.

—No para enfermedades mentales.

—Te equivocas. Puedes ir a la clínica de la Universidad, el pago es voluntario y si vives del seguro de desempleo no te costará nada.

Carlotta sonrió asintiendo.

—¿Piensas que estoy loca, verdad?

—No sé qué te pasa, pero me asusta.

—Está bien. ¿Volvemos al apartamento?

Cindy aceptó con un gesto de la cabeza y marcharon cogidas de la mano hasta la puerta. Allí se separaron antes de entrar.

—No le digas nada a George. Tú ya sabes cómo es.

—No se lo habría contado a nadie más que a ti en todo el mundo —respondió Carlotta en un susurro.

—De acuerdo. Sonríe y entremos.

Cindy abrió la puerta. Billy y las niñas la miraron con curiosidad. Carlotta pensó que buscaban descubrir por la expresión de su cara lo que estaba pasando; siempre parecían saber intuitivamente cuándo ella se veía envuelta en esa pesadilla, casi como si pudieran leer en su mente. Después volvieron al juego de anagramas que tenían extendido sobre la mesa de la cocina. George apareció con un periódico doblado, echó una breve ojeada a Carlotta y después a Cindy.

—¿Se podría comer a alguna hora en esta casa?

—Dentro de un minuto, George —dijo Cindy.

—¡Qué barbaridad! —refunfuñó.

George se dedicó a recorrer los diversos canales de la televisión. Billy dejó caer al suelo algunas piezas del juego. Carlotta sacó del bolso un libro, se sentó y fingió leer. Parecía que cada vez que hablaba o pensaba en esas noches, la sensación volvía y dominaba su vida, se apoderaba de todo su mundo, rodeándola como una niebla malévola y maloliente. La única nota alegre era el canturreo de Cindy en la cocina.

Pasó el jueves. Llegó el viernes. El extraño olor a ozono que flotaba en el aire nocturno deprimió a Carlotta.

Julie y Kim dormían en el sofá y Billy lo hacía recostado junto a la pared en la que estaba el televisor. George había refunfuñado al tropezar con el muchacho cuando se levantó por la mañana. La comida había sido silenciosa y tensa. George ponía guisantes en el tenedor y luego los aplastaba con su cuchillo.

Carlotta no había ido al psiquiatra; el problema parecía cada vez más remoto, y el mundo se reorganizaba de una manera menos amenazante, más amistosa. Se sentía bien, dormir en el suelo era bueno para su columna, y el estar junto a Cindy le ayudaba mucho. Todo parecía volver a estructurarse.

Durante el día, Carlotta había estado tensa detrás de una inmensa máquina de escribir en la Escuela Cárter para Secretarías. El señor Reisz, alto, delgado y con mucho menos pelo que en su juventud, se paseaba por el pasillo con un cronómetro en la mano. La habitación retumbaba con el estruendo de cuarenta mecanógrafas dedicadas febrilmente a su actividad.

—Y... ¡Deténganse! —ordenó el señor Reisz—. Treinta palabras. ¿Alguna escribió treinta palabras? ¿Usted escribió treinta y cinco? ¡Excelente! Cuarenta palabras. ¿Alguien escribió cuarenta palabras?

Carlotta alzó la mano. El señor Reisz se aproximó a ella y estudió la página.

—Tenga cuidado con las mayúsculas —dijo—. Pulse firme con un solo golpe.

Al otro extremo del pasillo otra chica alzó también la mano y dijo:

—Juanita también ha escrito cuarenta palabras, señor.

El profesor se aproximó a ella, frunció el ceño y explicó:

—Su dedo meñique aún no tiene suficiente fuerza, debe pulsar con decisión.

El señor Reisz volvió a su escritorio frente a las alumnas. La Escuela dependía del Ayuntamiento de Los Angeles y la mayoría de las chicas, un conjunto alegre y simpático, vivían del seguro de desempleo. Algunas de ellas estaban embarazadas.

Carlotta miró por la ventana. Unos adolescentes larguiruchos lanzaban una pelota contra el cesto que colgaba de una pared en el desocupado solar vecino. Tenían las caras brillantes de sudor. Era un día caluroso y pesado, con olor a ciénagas secas y a moho, y el polvo que flotaba en el aire, sin que se supiera su procedencia, se posaba sobre escritorios y ventanas.

Qué hermosa es la vida, pensó Carlotta. ¿Quién hubiera podido pensar que la hija de un pastor protestante de Pasadena iba a sentirse dichosa de pulsar mayúsculas en una máquina de escribir gracias al seguro de desempleo? Y, sin embargo, era feliz. Se sentía a gusto con las chicas, con el anguloso señor Reisz, tan absurdamente formal y tan amable al mismo tiempo. Le gustaba aumentar día a día el número de palabras que era capaz de tomar en un dictado. Después de todo, se dijo, una vida agradable está hecha de cosas simples y comunes; el tipo de cosas en las que Bob Garret había creído, enseñándole a apreciarlas; pequeños detalles que constituyen la trama de una sensación de plenitud y riqueza interior.

La pesadilla de esas dos noches se fue disolviendo en una nube cada vez más lejana; y así, la visita al psiquiatra dejó de parecer importante.

Carlotta temía a los psiquiatras. La gente que recurría a ellos nunca mejoraba. Con Cindy se sentía segura. Estaba en una fortaleza de gruesos muros. Tenía tiempo para reflexionar, para analizar su pasado.

Se metió en la bañera. La pálida luz se filtraba por entre las plantas que adornaban la ventana, y arrojaba sus rayos sobre el agua burbujeante.

¿En qué condiciones estaría su casa? Quizá sólo sería un montón de escombros de entre los cuales sólo sobresalieran el water y el refrigerador. Imaginó al señor Greenspan en ropa interior, corriendo de un lado a otro para ayudar a los bomberos, a la gente que observaba cómo volaban por el aire los ladrillos y las cañerías. Sus pensamientos le parecieron inverosímiles, el producto de un ataque de locura de un enfermo mental en uno de sus peores momentos. Las cosas no ocurrían de esa manera. Carlotta tuvo la sensación de ser un inmenso pájaro que volaba en grandes círculos aproximándose a la tierra. Todo había vuelto a su cauce. No había más realidad que la presente.

Salió de la bañera y se secó los hombros con una gran toalla amarilla. Tenía

arrugado el entrecejo a causa del esfuerzo de concentración; debía volver a casa, era preciso que supiera qué había ocurrido. ¿No sería mejor esperar que Billy volviera de la escuela para poder ir juntos? ¿Por qué no aprovechar y hacerlo ahora, cuando aún había sol? Se puso las bragas y el sujetador antes de dirigirse al dormitorio para terminar de ponerse una camisa y unos pantalones que le había prestado Cindy. No tenía ropa suya en el apartamento de su amiga, ni dinero para comprarla.

Se peinó. Al mirarse al espejo volvió a encontrarse hermosa. La tranquilidad había devuelto el atractivo a sus rasgos. Sintió que había recuperado la confianza en sí misma. Y salió a la calle, las llaves del coche en la mano.

Detuvo el coche un poco antes de llegar a Kentner Street. La fachada de la casa parecía completamente normal; permaneció observándola un momento. No había nada fuera de su sitio. Se bajó del coche.

La sorprendió la sequedad del aire que la golpeó al abrir la puerta; era opresivo, sofocante, asfixiante. Miró el termostato, pero debía haberse estropeado la noche que huyeron de casa, ya que indicaba 34 grados. Lo apagó. Reinaba una gran calma, interrumpida apenas por el vuelo de algunas moscas que revoloteaban sobre los platos sucios del fregadero de la cocina. Una zapatilla de Julie estaba en el suelo del pasillo. Carlotta se asomó al dormitorio de las niñas; no había más que un oso de juguete, ropa y algunos libros sobre la silla. Sacó varias prendas de vestir del armario para que las niñas pudieran cambiarse. La habitación parecía incluso más silenciosa que las otras, ni siquiera se escuchaba el ruido del tráfico. Después salió al pasillo y miró la puerta cerrada de su propio dormitorio: no había grieta alguna ni señales de haber sido quemada, nada. La abrió empujándola con el pie. Las sábanas se habían caído de la cama, la lámpara yacía en el suelo con la pantalla fuera de su sitio y torcida. Abrió la puerta un poco más. Un frasco de agua de colonia se había derramado y la habitación olía a violetas.

Avanzó unos pasos hacia el interior del dormitorio. Hacía más frío que en el resto de la casa. Las ventanas estaban abiertas. ¿Ella las había dejado abiertas? La mesita de noche había dejado una marca sobre el enlucido al golpear contra la pared, y varios frascos de perfume yacían desparramados detrás del escritorio. Pero ¿dónde estaban las huellas del enlucido destrozado, las paredes rotas, el techo fraccionado por la explosión? El escenario sólo hacía pensar en la huida precipitada de alguien que se hubiera lanzado fuera del lecho, volcando la mesita de noche y que, al tropezar contra el escritorio, hubiera hecho caer los frascos. En su prisa por escapar, había arrastrado consigo las sábanas casi hasta llegar a la puerta. Eso era todo. Sorprendida, Carlotta recorrió lentamente la habitación. Todo parecía normal; no encontró señales de nada extraño.

Pudo, entonces, comprender lo que había ocurrido y sintió pena por la aterrada mujer en la que se había convertido aquella noche, hasta el punto de escapar de su

propio dormitorio de esa manera. Cerró la ventana y puso los pestillos.

Abrió el armario. Estaba oscuro y no podía encontrar la cadena de metal para encender la luz, así que tuvo que inclinarse hacia adelante para examinar el conjunto de faldas, pantalones y vestidos. Hizo una selección de ropa y se la colgó del brazo.

Escuchó un lejano gruñido.

Se enderezó de inmediato para escuchar. Nada. Se dio la vuelta, aguzando el oído, procurando descubrir algún olor extraño. Nada. Esperó. Un pájaro trinaba afuera, y un muchacho pedaleaba en su bicicleta. Volvió a examinar el armario. Un sonido distante, metálico, de poca intensidad, hizo estremecerse los cristales de las ventanas. Carlotta giró rápida y salió del armario. El ruido gutural se intensificaba por segundos y parecía intentar articular, con mucha dificultad, algún sonido humano. Carlotta retrocedió hasta la puerta y buscó a tientas la manija hasta encontrarla. El gruñido decreció de intensidad.

Carlotta abrió un poco la puerta y escuchó. ¿El ruido provenía del pasillo? Tenía miedo de salir del dormitorio y volvió a cerrar la puerta, recostándose contra ella para escuchar con el oído apoyado contra la madera. Un sonido remoto, sordo, constante, que cambiaba de intensidad y se hacía cada vez más lejano. Corrió a la ventana. Sobre el cielo, muy alto, se divisaba la doble estela de un par de *jets* invisibles, pero su rugido sonaba como un trueno repetido y demencial hasta el punto de estremecer los cristales cada vez con más intensidad.

Miró el infinito cielo azul. Parecía tan puro, tan profundo, como un sueño sin fin. Las estelas de los aviones empezaron a desintegrarse lentamente en medio de nubecillas blancas que desaparecían como plumas en la inmensidad azul.

Eran aviones, no voces, lo que había escuchado. No había voz alguna. ¿Soy yo la que vive soñando o estoy a punto de despertar?

Se alejó de la ventana para dirigirse al dormitorio de Billy. Reunió varias camisetas, ropa interior y algunos pantalones y camisas. Cargó toda la ropa en el coche y la dejó en el asiento trasero. Los esbeltos árboles agitaban sus hojas bajo la fresca brisa mientras ella se alejaba de allí.

Cuando Carlotta y sus hijos entraron en el apartamento, ella percibió que algo preocupaba a Cindy, pero no pudo descubrir de qué se trataba.

—Hoy se te ve muy bien.

—Lo estoy —respondió Carlotta—. Me siento estupendamente.

—Me alegro. Me alegro mucho.

Hubo un silencio incómodo. Cindy esbozó una sonrisa y Carlotta se entretuvo secándose las manos con una toalla que colgaba de la percha. Cindy puso queso a gratinar.

Más tarde, esa noche, Billy preguntó:

—¿Cuándo nos marchamos de aquí, mamá?



Carlotta trató de ignorar la pregunta, pero Billy insistió.

—Tengo trabajo en el garaje, no puedo quedarme aquí para siempre.

—No nos quedaremos aquí para siempre.

—Entonces, ¿cuándo nos marchamos?

Carlotta suspiró.

—Pronto.

De espaldas, miraba el techo. Una delgada capa de polvo se agitaba movida por una corriente de aire cerca de la lámpara de cristal. Se oían voces sofocadas en el dormitorio. Giró la cabeza y vio cómo se filtraba la luz por las rendijas de la puerta cerrada.

—¿Por qué diablos no se lo has dicho?

—No pude, George —gimoteó Cindy.

—Te lo advertí.

—No tiene a dónde ir.

Carlotta se alzó, apoyándose en un codo, para oír mejor. Se escucharon algunos murmullos.

—¡Shhhh!

—No me importa que me oiga —dijo George.

Cindy empezó a llorar.

—¡Lo que faltaba ahora!

—Lo siento, George —lloriqueó Cindy.

—¡Sí, sí!

—Ya he dejado de llorar.

Cindy hizo varios ruidos con la nariz antes de sonarse y las voces se silenciaron. Se apagó la luz del dormitorio. Carlotta comprendió que la protección que le proporcionaba el apartamento de su amiga estaba a punto de evaporarse como el rocío matutino.

—Ya sabes lo que debes hacer —dijo George.

—Sí.

—¿Cuándo lo harás?

Cindy murmuró algunas palabras ininteligibles.

—¿Cuándo? —insistió George.

—Mañana —dijo Cindy—. Temprano.

—No dejes de hacerlo.

—¡Pero, George...!

—Escucha, tengo que levantarme a las siete, y alguien tiene que ganar el dinero en esta casa, ¿no?

Silencio. Carlotta se recostó sobre el colchón de mantas y se puso a contemplar el techo mientras se mordía el labio. ¿Y ahora qué?, se preguntó.

El sol de la mañana se filtraba por entre el parabrisas y hacía que Carlotta tuviera que entrecerrar los ojos para poder mirar las calles familiares de West Los Angeles. Billy estaba sentado en silencio a su lado, mientras que en el asiento trasero Julie y Kim discutían a gritos.

—A ver si se callan de una buena vez —ordenó Carlotta por sobre el hombro—. No quiero riñas.

Lanzó un suspiro de alivio al dejarlas en la esquina del colegio, pero también algo de remordimiento por la forma cómo había complicado la vida de sus hijos.

Llegaría tarde a la escuela esa mañana, pero no podría evitarlo; tenía que hacer algo antes en el apartamento de Cindy.

Su amiga estaba planchando cuando ella regresó. Sus primeras palabras sonaron forzadas, artificiales. Después Carlotta dijo:

—Tengo que agradecerte por todo lo que has hecho.

—No tienes por qué, y tú lo sabes.

—Nos hemos quedado aquí una semana, pero cuando vinimos no pensé que sería por tanto tiempo.

—Carlotta, ojalá yo pudiera...

—Ya estoy recuperada del todo. No creo que vuelva a tener pesadillas. Y ya es hora de que los chicos y yo nos marchemos de aquí.

—Si de verdad te sientes bien...

—Sí, estoy perfectamente.

—Porque si quieres quedarte aquí puedes hacerlo todo el tiempo que quieras...

—Lo sé, lo sé. Pero nos hemos quedado aquí demasiado tiempo y los chicos extrañan su casa. Mi intención no era instalarme a vivir aquí para siempre.

—Tú sabes que George tiene su carácter...

—George ha sido muy amable al permitir que nos quedáramos. Agradécele sus atenciones, de verdad.

—Lo haré.

Hubo una pausa. Era obvio que Carlotta no deseaba levantarse de la silla y empezar a recoger la ropa de los niños. Cindy revolvió el café, a pesar de que ya debía estar frío.

—¿Vuelves a casa?

—Creo que es lo mejor.

—No lo sé. He estado pensando y me parece que sería bueno que te cambiaras a otro sitio.

—Pero eso es imposible...

—¿Por qué?

—Porque tengo firmado un contrato y si no lo cumplo el seguro social tendrá que seguir pagando el alquiler.

Cindy movió la cabeza y dijo:

—¿De modo que estás condenada a vivir ahí?

—Sí, pero no creo que mis problemas tengan nada que ver con la casa. Soy yo la que no funciona muy bien.

—No estoy muy segura de eso. Nada ha pasado en la semana que llevas aquí, todo ha marchado bien.

—Y eso es algo que tengo que agradecerte, Cindy. Me has dado la posibilidad de recuperar la normalidad.

Cindy lanzó un suspiro.

—Estoy preocupada por ti.

—No me ocurrirá nada. Creo que iré a pasar un par de días con mi madre...

—¿Con tu madre? ¡Pero, Carlotta...!

—¿Por qué no? Un par de días en Pasadena. Su casa es grande y los chicos tendrán espacio para jugar. Además, Julie y Kim no conocen a su abuela.

—Lo sé.

—Sólo por un par de días. Buenos desayunos en la terraza y descanso. Es todo lo que necesito ahora.

—Bueno —dijo Cindy sin ningún convencimiento—, tú sabrás lo que haces.

Se produjo un silencio. Cindy estaba conmovida, sabía exactamente lo que significaba Pasadena para Carlotta. Se sonó y dijo:

—No sabes cuánto lo siento, Carlotta. Ojalá yo pudiera...

—Vamos, mujer, me encantó haber pasado algunos días contigo y con George, pero ya es hora de marcharse. Eso es todo.

—Está bien, está bien —dijo Cindy sin mirarla. Apoyó el mentón en una mano y repitió distraída—: Está bien.

Carlotta se puso en pie. Los pijamas que les habían prestado Cindy y George se veían desproporcionadamente grandes sobre el sofá. La idea de marcharse de allí la asustó.

—¿No tenías una funda para el saco de dormir? —preguntó.

—Sí, está en el armario. Yo la buscaré.

Cindy fue al armario. Del reloj de la pared surgió una lúgubre campanada. Ninguna de las dos hablaba, y Carlotta comenzó a sentirse cada vez más deprimida.

Cuando faltaban unos quince minutos para llegar a Pasadena, Carlotta empezó a reconocer el paisaje, las secas colinas con su extraño césped parduzco y las cercas cubiertas de hiedra. La noche parecía exhalar una niebla peculiar, que hacía que las casas parecieran esfumarse. Mientras corría por la autopista, comenzó a tener cada vez más clara conciencia de la oscuridad que la rodeaba; el camino y la noche formaban un solo largo túnel ante ella.

Sabía que después de la cuarta pendiente, la carretera subía por el siempre húmedo puente de hormigón, oculto por la neblina, que llevaba por sobre su negrura y estrechez hacia el Orange Grove Boulevard. Después, la carretera se ensanchaba, flanqueada a ambos lados por esas absurdas e impresionantes mansiones con inmensos prados y grandes palmeras. Pero ella sabía que también allí, y era como si lo oliera en el aire, habitaban seres amargados, fantasmas vagos y anhelantes, de sonrisas ambiguas.

Respiró diversos aromas y su recuerdo fue concretando la imagen de habitaciones sombrías, cortinajes pesados, pasillos que conectaban el salón con el gran piano y la terraza, frente a la cual se extendía la roaleda. Por la noche las rosas emitían un perfume mezcla de basura y productos químicos. Su madre solía trabajar por las noches en el jardín. Las manos protegidas con guantes se dedicaban a fumigar los rosales con insecticida blanco. Carlotta siempre se preguntaba por qué esperaba que fuera de noche para cuidar las rosas y sólo entraba en casa cuando su marido ya roncaba con un sonido débil y quejumbroso. Jamás se acostaba antes que su esposo estuviera en cama. Tampoco se hablaban. Sus vidas transcurrían en un silencio tan perfecto como la luz de la luna reflejada sobre caracoles y espinas. Se comunicaban por gestos, actitudes precisas, erráticas, nerviosas. Platos rotos, vasos destrozados transmitían una tensión misteriosa que, a veces, recorría la casa como una corriente fluvial. Y, de alguna manera, esta situación era culpa de Carlotta: las sombras parecían envolverla a ella, los silenciosos la rodeaban a ella, la amargura silenciosa le gritaba que ella era la culpable.

La porcelana, la vajilla de Limoges, la cristalería de Waterford, orgullosos símbolos de la riqueza heredada por su madre, resplandecían sobre la mesa, relampagueantes bajo la luz del sol. Las mañanas de los domingos se llenaban con el canto de los pájaros y las conversaciones en el jardín. Y ella, vestida como un girasol con su traje amarillo, servía *hors d'oeuvres* a las damas, les hacía reverencias, sonreía encantadora, y fascinaba a todos con cada uno de sus gestos. Una perfecta muñeca mecánica. Su rostro palidísimo de porcelana correspondía exactamente al estilo lento y formal, a las carcajadas contenidas como una brisa veraniega de los asistentes. ¡Y las voces masculinas! Sonoras y lejanas, parecidas a un trueno gentil, a dioses ocultos en las nubes. Entonces él, parecía imposible que ese hombre fuera su padre, abría la

Biblia para leer: «... y confortará tu alma, y te apoyará en tu vejez... quien te ame...». Era una voz musical, retumbante, como de metales azotados por el viento. Y parecía tan lejos de todos, tan similar a una sombra que temiera la luz del sol que bañaba a todos los demás. Se reunían todos los domingos aquellas damas elegantes y esos señores distinguidos, algunos de ellos famosos y otros muy ricos, para celebrar un rito lleno de perfección. Carlotta no creía que nada de eso pudiera ser verdadero, lo sentía falso, pero era incapaz de decir nada.

Unas voces la habían despertado por la noche. Eran ellos. Se los podía escuchar por toda la casa. Se asustó. Nunca se había oído nada semejante vibrar por las inmensas habitaciones. Había visto a su padre arrojar el libro de cuentas parroquial contra la pared gris. ¿O acaso lo había dirigido contra su esposa? ¿Por qué gritaban? ¿Qué quería decir «hipoteca»? Parecía ser que su padre había hecho algo malo, algo que estaba escrito en ese libro de cuentas parroquiales. Y entonces él se dio cuenta de que Carlotta los observaba y la golpeó entre los gritos de su madre. Dos meses más tarde había aparecido un abogado. ¿Qué quería decir «divorcio»? ¿Por qué su madre quería divorciarse y su padre se negaba? Pero el abogado les dijo que siguieran juntos, porque sería mejor para Carlotta.

Y a partir de entonces ya nada tuvo sentido. Decían y hacían cosas sin ningún objetivo, con una cólera que nunca se expresaba en palabras. El divorcio, del que hablaban en repentinas explosiones verbales sentados bajo los quitasoles, sin saber que ella los estaba escuchando desde el jardín, no se materializó nunca. Permanecieron juntos a causa de Carlotta. Ella era lo único que los ataba. Y en ella descargaban su agresividad y encontraban una razón para existir. Los tres estaban encadenados dentro de la misma oscuridad.

Con cada año que transcurría iba aumentando la esterilidad de sus vidas. Su madre había trasladado su cama a una habitación al final de un pasillo; su padre adelgazó y perdió el cabello, su piel se cubrió de erupciones con la misma intensidad con que buscaba escalar puestos dentro de la Iglesia.

El cuerpo de Carlotta empezó a cambiar; a pesar de todos sus esfuerzos por impedirlo, no obtuvo resultado alguno. Su pecho se hizo suave y blando y le salió vello entre las piernas. Un día tuvo una hemorragia. Enterró las bragas en la rosaleta, pero la sangre se presentaba todos los meses.

A solas en su dormitorio, escuchando el silencio de la casa vacía, se sentía invadir por extrañas sensaciones, y era como si un amistoso desconocido hubiera ido a visitarla. La amable noche primaveral, la luz de la luna que entraba por la ventana, jugaban con el mobiliario europeo de roble y con las flores, haciendo que danzaran para ella, convertidos en animales fantásticos que ejecutaban cabriolas sobre el resplandor plateado. Pero las sinuosidades que descubría en su propio cuerpo no eran imaginarias.

Toda su atención se centró en su anatomía, concentrada en un solo punto con una dedicación casi dolorosa. Y sus sensaciones se fueron haciendo cada vez más intensas

y más rápidas hasta que la luna y las estrellas parecieron explotar en una multitud de fragmentos líquidos. Lentamente recuperó la respiración y se preguntó sobre lo que le había ocurrido. ¿Dónde había estado? ¿La habrían escuchado?

Y una noche su madre descubrió las bragas manchadas, sucias de sangre ya mohosa. Escuchó hablar de nuevo a sus padres por primera vez en mucho tiempo.

La obligaron a desvestirse e intentaron bañarla, pero ella no podía soportar que la tocaran y no se los permitió.

—¡Carlotta, mírame a los ojos!

En el dormitorio discutían los cambios que había experimentado el cuerpo de su hija, y la enfermaba escuchar esas explicaciones de sus labios. La mano de su padre se convirtió para ella en algo frío y repugnante.

Parecían observarla constantemente, y había algo obsceno en la forma como la miraban. ¿Qué esperaban que hiciera?

Cuando cumplió catorce años tenía la sensación de ser una mujer prisionera en la forma de una niña. Trataban de amoldarla a su manera y ella se escapaba, pero siempre la obligaban a volver. Rezaban por ella, la amenazaban, le decían que había en ella un gran mal, que por eso huía de sus cuidados. Le compraban cosas infantiles: una casa de muñecas con su mobiliario y una familia completa, animales de trapo de largas orejas, todo un mundo falso. Querían que siguiera siendo una niña, de manera que pudiera conjurar con encanto e inteligencia el cúmulo de deseos que la invadían. Si resistía, nunca se arruinaría, jamás nada la atormentaría y no se vería obligada a vivir una existencia infernal por culpa de esos deseos.

Esas extrañas sensaciones que la sacudían al atardecer, cuando estaba con algunos amigos, al escuchar música suave, cada vez que la luminosidad de las olas se reflejaba sobre la playa, fueron reprimidas por una cascada de voces, las voces de sus padres, que querían transformarla de acuerdo a sus deseos. Ella quería vivir, pero ellos la encerraban en un espacio limitado. Casi podía saborear la vida que vibraba a su alrededor y que, sin embargo, estaba tan enloquecedoramente lejos.

Su instinto la impulsaba hacia los muchachos serios, mayores que ella. Sólo así podría encontrar a alguien con el valor necesario para llevarla lejos de la telaraña que sus padres habían tejido a su alrededor. Le fascinaba tomarse una copa de vino con alguno de ellos, la rudeza de sus modales. Quería que la casa de muñecas se rompiera, la familia de juguetes se desintegrara y aparecieran seres humanos para sustituirlos.

Un día, al salir del colegio, vio pasar a un joven en moto. Era muy mayor para estudiar, pero le gustaban las chicas que aún eran estudiantes. Se llamaba Franklin Moran.

«Franklin, tú eres fuerte, tú puedes llevarme lejos de mis padres», le murmuró al oído una noche recostada a su lado sobre la arena mojada. La besó en la boca. Una llamarada le recorrió el cuerpo. ¡Deseaba tanto vivir! Los impulsos de su cuerpo se fueron haciendo cada vez más urgentes, estremecida por ese fuego prohibido, ese

delicioso éxtasis que la sacudía. Sintió el pecho del hombre alzarse y descender rítmicamente sobre sus senos. Era tarde, y la hora pendía sobre ella como una nube amenazadora. «No tenemos tiempo, Franklin», susurró, «llévame contigo, llévame contigo ahora...».

Al volver a casa tenía el pelo húmedo y cubierto de sal marina. Franklin la esperaba afuera en su coche, sin saber si debía entrar con ella o no en la casa. Escuchó los gritos en la cocina y el llanto de Carlotta. Les explicó que deseaba casarse con ella. Pero lo echaron de la casa entre alaridos. Y ella se marchó con él. Los dos estaban asustados, los oídos llenos de maldiciones y gritos de odio, y se preguntaban qué podrían hacer ambos en el mundo. Mientras Franklin hacía los cambios, Carlotta supo que el hechizo estaba roto. Fuera lo que fuera lo que tuviera que sufrir, cualquier cosa que el destino le exigiera como retribución, no eran más que el precio que tenía que pagar por su independencia.

Y desde ese momento sus padres habían muerto para ella. Hasta ahora...

Mientras conducía por amplias avenidas, Carlotta se preguntó si la muerte habría calmado las angustias de su padre; si la aniquilación podía haber tranquilizado a un alma tan confusa y llena de autodesprecio. Tal vez lo único que él había deseado siempre había sido desaparecer. Sin duda era mejor que vivir junto a esa mujer histérica y hostil que, por accidente, le había dado una hija.

Las palmeras parecían flotar como en un sueño. Nadie estaba despierto, ninguna luz encendida. Incluso para una ciudad como Pasadena todo estaba extrañamente silencioso. En una de esas grandes casas, oculta en la propiedad llena de estatuas, vivía su madre. Una desconocida, delgada, embalsamada en su propia renuncia y miedo. ¿Saldría a recibirla hasta la puerta? ¿Querría aceptar a unos niños fruto de una unión ilegítima, o aullaría como si la atacara una legión de demonios antes de darles con la puerta en las narices? Tal vez con la edad se hubiera suavizado y fuera más caritativa.

Mientras se aproximaba, las avenidas resultaban familiares, lo mismo que el paisaje, y nuevos recuerdos la asaltaron. La imagen de una muñeca mecánica que luchaba por su vida. ¿Cómo pudo una madre criar a su hija en una atmósfera semejante? ¿Cómo pudo sacrificar todo lo que había aprendido, todo lo que era, de esa manera? ¿Qué quedaba ahora de su madre? ¿Una mujer quebrada y humillada? ¿Una vieja amargada y frustrada de mirada desconfiada y cabellos blancos? ¿No sería mejor dejar el pasado entre las sombras? Con los ojos llenos de lágrimas, Carlotta dobló, disminuyendo la velocidad al ver la casa.

Ahí estaba, tal como había permanecido siempre presente en su memoria, grande y sombría, clavada al terreno con columnas, de macizo techo. Pero ahora parecía extraña, casi fantasmagórica. Había luz encendida en la cocina. ¿Estaría sentada allí su madre a solas? Las estrellas sobre la casa dieron la impresión de parpadear malévolas. Aquí está el origen de todo, se dijo Carlotta. Cuanto me ha ocurrido, todas mis decisiones tienen esta casa por origen. En ella la habían engendrado, formado y

moldeado hasta sentir, satisfechos, que ella no era más que una proyección de la imagen de sus padres. Y ahora había vuelto. ¿Qué mejor prueba de que ellos habían triunfado? Los muertos habían ganado. Los muertos vivientes eran los vencedores. Perseguida por sus propias pesadillas, Carlotta estaba a punto de volver a hundirse en ese mundo sombrío que detestaba. Desaparecería, se dejaría retorcer como un alambre, ya no lucharía más.

Casi sin darse cuenta, hizo girar el volante del Buick. La casa fue retrocediendo hasta desaparecer, lo mismo que las avenidas conocidas. Todo había terminado. Y Carlotta respiró mejor al tomar la carretera que conducía a la autopista que la llevaba lejos de Pasadena para siempre.

Aflojó la presión sobre el volante. Iba en dirección a Santa Mónica y se alejaba de West Los Angeles. Pasó cerca del distrito industrial. Vivir como un títere es peor que no vivir, se dijo. Los árboles familiares y las calles que conducían a Kentner Street hicieron su aparición. Avanzó hacia la última manzana.

Billy se frotó los ojos, cargado de sueño, y dijo:

—¡Creí que íbamos a Pasadena! —chilló Kim.

—No iremos ahora.

—¡Yo quiero ir a Pasadena! —chilló Kim.

—Cállate o mamá se enfadará —advirtió Billy.

—¡Yo quiero ir a Pasadena!

—Shhhh.

Las niñas estaban nerviosas. Era fácil darse cuenta. Había algo eléctrico en el coche. También Billy se sentía incómodo. Carlotta se dio cuenta de que todos los árboles de Kentner Street habían sido cortados por la mitad, y sólo quedaban en pie los troncos deformados. Las ramas yacían amontonadas en el suelo, atadas con cuerdas y con una bandera roja encima.

—¡Santo cielo! —exclamó Carlotta—. ¡Miren! Han hecho una carnicería con todos los árboles de la calle.

—¿Por qué los han cortado? —preguntó Julie.

—Sólo cortaron la mitad superior —dijo Billy—, porque seguramente les había afectado alguna enfermedad. ¡Qué raro!

Carlotta frenó. Habían llegado a casa. Detrás, las palmeras alzaban sus siluetas sombrías recortándolas contra el azul, gris y rosa del cielo. Con la luz del atardecer resultaban amenazantes. Ésta ya no era la acogedora casa de hacía un mes. Las sombras se alargaban hasta salir al encuentro de Carlotta, la oscuridad interior era cada vez mayor.

—¿Quién sabe lo que pasará? —dijo Carlotta y entraron en la casa con el equipaje.

Dentro, todo parecía tranquilo, con olor a encierro.



—Abre una ventana, Billy, por favor.

Sobre la cocina, un enjambre de moscas se apiñaban encima de una galleta rancia.

—¡Qué desastre! —exclamó Carlotta.

La noche estaba fría, las hojas susurraban agitadas por el viento cada vez más fuerte.

—¡Mamá! —gritó Billy desde su dormitorio—. ¡Me han roto la radio!

—¿Qué dices?

—¡Que mi radio está hecha pedazos en el suelo!

—¡Se habrá caído!

Buscó detergente bajo el fregadero. Había cucarachas. Sacó jabón y cerró la puerta. Billy, que acababa de entrar del *living*, traía trozos de plástico, alambres y redes metálicas. Gimoteó:

—¡Mira, mamá! La había fabricado yo mismo, ¿recuerdas? Cuando estaba en el séptimo curso. ¡Y ahora está hecha pedazos!

—¿No puedes volver a soldar las piezas?

—No —dijo desconsolado. Se marchó de la cocina con los hombros inclinados—. Es como si alguien la hubiera roto...

Carlotta abrió el grifo, que gorgoteó y tembló antes de que saliera agua. Sucia. Más tarde, caliente. Y el vapor subió. Las ventanas empezaron a cubrirse de una delgada película opaca en los bordes. Cada vez hacía más frío afuera.

Desde el dormitorio de Julie y Kim llegaron los gritos de una niña.

—¡Me van a oír! —se dijo Carlotta y se dio la vuelta, pero en ese momento un vaso la golpeó en el brazo antes de caer al suelo, donde se quebró en miles de astillas—. ¡Maldición!

Apenas terminó de hablar percibió el silencio de la casa y su corazón empezó a latir con fuerza.

Billy estaba en la puerta de la cocina con una llave inglesa en la mano.

—Se cayó un vaso. ¿Qué creías que había pasado?

También Julie asomó su cara cubierta de lágrimas y más tarde hizo su aparición Kim con una trenza deshecha.

—Vuélvete al dormitorio, Kim, y ponte el pijama para que te acuestes. A ti te necesito, Julie, para que me ayudes en la cocina. ¡Vamos! ¡Muévete de una buena vez!

Julie miró insegura a su madre. Tenía miedo.

—¡Vete ya, Kim!

Carlotta avanzó amenazadora hacia la niña y Kim se marchó a toda carrera al dormitorio. Segundos más tarde se dejó oír el ruido que hacía al cerrar con fuerza los cajones mientras se desvestía.

—¡No golpees los cajones!

Se hizo el silencio.

Julie secó los platos que Carlotta iba lavando. Billy hacía ruidos metálicos en el

garaje. Ramas secas golpeaban el techo de la casa al ser arrancadas de los árboles por la fuerza del viento. Un viento seco.

Llamaron a la puerta. Carlotta y Julie se miraron inquietas.

—Vete al dormitorio, Julie.

Sonó el timbre una vez más. Julie se marchó a su habitación y cerró la puerta. Carlotta fue a abrir la puerta y divisó una vaga silueta que ocultaba la luz de la calle. Su corazón dio saltos en el pecho.

—¡Cindy!

—En persona.

Carlotta, después de luchar contra el cerrojo y la cerradura, logró, finalmente, abrir la puerta.

—Disculpa la demora. No sabía que eras tú, pero ¿qué estás haciendo aquí?

—¿No te importa que haya venido?

—¿Importarme? ¡Estoy encantada! Sólo que no te esperaba.

—Estaba segura de que no volverías a Pasadena.

—A ti no puedo engañarte, ¿verdad, Cindy?

Fueron a la cocina. Carlotta estaba feliz.

—¿Quieres un café o una cerveza? No tengo nada más que ofrecerte. Ésta es la noche en que la familia Moran se dedica a la limpieza. ¿Qué te ha traído por aquí?

Cindy traía una pequeña maleta.

—Pensé que te gustaría tener compañía, no sé, al menos en la primera noche que pasas aquí y...

—¿Qué dirá George?

—Le dije que iría a casa de mi hermana en Reseda —dijo Cindy y se rió—. ¡Y la verdad es que no creo que me extrañe demasiado!

—Que Dios te bendiga, Cindy. La verdad es que estaba empezando a preocuparme. ¡Estoy tan contenta de que hayas venido!

—Dormiré en tu sofá.

—Perfecto.

La noche transcurrió sin incidentes y hasta la hora de acostarse Cindy, Carlotta y Julie jugaron a las cartas. Julie ganó. Después, las dos mujeres metieron a las niñas en cama y Cindy miró cómo Carlotta les daba un beso de buenas noches, mientras ella les hacía un gesto amistoso desde la puerta. Apagaron la luz, y las chicas quedaron en completa oscuridad.

—Felices sueños —les susurró Cindy.

Se sentaron un rato en el *living*. Había una sola lámpara encendida, y su tenue luz arrojaba un pálido resplandor sobre la pared contra la cual se reclinaba Cindy, instalada en el sofá. Carlotta se había sentado en la mecedora. El resto de la habitación estaba sumida en sombras oscuras.

—¿Tienes frío? —preguntó Carlotta.

—Un poco.

Carlotta se acercó hasta el termostato y subió la potencia de la calefacción.

—¿Tienes miedo?

—No es miedo, nada que me pase por dentro, como cuando uno cree que le va a estallar el cerebro. No. Es una sensación física, algo así como una premonición. Nada más. Y me asusta un poco. Siento que esta noche va a venir.

Cindy analizó la cara de su amiga, dibujada apenas bajo la difusa luz. Era el rostro de una persona que había luchado antes de sobrevivir, y que sabía que estaba de nuevo en dificultades, con muchos riesgos por delante.

Las cañerías crujieron bajo la casa. En el garaje, Billy se quitaba la grasa de las manos en un balde de detergente blanco; después, se las secó con una toalla sucia aprovechando la luz de una linterna. Entró en casa, saludó a Cindy e hizo un gesto amistoso a Carlotta y se marchó a su dormitorio.

—¡Ha crecido mucho! —comentó Carlotta en voz baja.

Cindy asintió.

Hace que me sienta tan vieja —dijo Carlotta—. Santo cielo, Cindy, van a ser dieciséis años. ¡Dieciséis años! Ya soy una anciana.

—Tienes un aspecto magnífico.

—Puede ser, ¡pero bastante trabajo me cuesta! Cada vez más.

Cindy rió.

Después de un rato escucharon el ruido de la cama crujir bajo el peso del cuerpo de Billy. Apagó la luz, se oyó el roce de las sábanas y se hizo el silencio. Carlotta dijo:

—Creo que ya es hora de acostarse.

Pero no se movió de su sitio.

—Son las once y media —comentó Cindy.

—¿Tan tarde ya?

—Yo lavaré los platos. Tú vete a la cama.

Carlotta permaneció inmóvil en la mecedora.

—Mañana tengo que volver a la escuela. Parece que no terminaré nunca.

En la cocina, Cindy metió los vasos en el fregadero y se dio la vuelta señalándola con un dedo que no era más que una sombra confusa en la oscuridad.

—Márchate a la cama, Caray. Dormiré perfectamente en el sofá.

—Está bien.

—¿O tú preferirías dormir en el sofá?

—No, es fatal para mi espalda. No te preocupes por mí.

—Deja abierta la puerta.

Carlotta se puso en pie desganada.

—Que duermas bien, Cindy, y gracias por todo.

—Descansa.

—Lo intentaré. Buenas noches.

—Buenas noches.

En el dormitorio el aire era seco y más frío que en el *living*; tal vez se debiera a la construcción de la casa, ya que esa parte había sido agregada después y, quizá, el material no fuera el mismo, más hormigón y menos madera. En cualquier caso, hacía más frío. Se situó ante el espejo y se desvistió deprisa.

En la penumbra sus senos parecían dos manchas oscuras; sólo los diminutos pezones rosados reflejaban las distintas luces exteriores. Su vientre plano era apenas perceptible en la oscuridad, y el vello púbico desaparecía en las sombras de la noche. Parecía una figura esculpida en materiales nocturnos. Se veía extraordinariamente vulnerable.

Abrió la cama y se metió entre las frías sábanas. Pronto el lecho se entibió. Miró el techo. No podía dormir. Escuchó a Cindy que estiraba una manta sobre el sofá, se acostaba y después de acomodarse se quedaba quieta. Billy roncó un instante y luego se calló. Lentamente, Carlotta empezó a dormir. Las cañerías rezongaban bajo las tablas del suelo; un crujido que la madera ahogaba hasta apagarlo. Abrió los ojos para mirar el techo. Nada. Cerró los ojos, apoyó la mejilla contra la blanda almohada de algodón y se hundió en la noche con un profundo sueño.

*25 de octubre de 1976. 7:22 de la mañana.*

Carlotta sintió olor a carne, no, a tocino. Se levantó rápida. La luz del sol entraba por la ventana y hacía destellar las botellas situadas junto al espejo. Gritó:

—¡Cindy! ¿Qué haces?

—¡El desayuno! —respondió su amiga desde la cocina.

Carlotta se puso una bata y las zapatillas y caminó tambaleante a la cocina.

—No te molestes en preparar el desayuno. ¿De dónde has sacado el tocino?

—Lo compré.

—Pero ¿qué hora es?

—Casi las siete y media.

—Eres fantástica.

Carlotta bostezó mientras se masajaba la cara. Dijo:

—Debo estar horrible.

—He de reconocer que no tienes un aspecto precisamente elegante con esa facha —bromeó Cindy.

Julie apareció vestida con la camisa de dormir, y tras ella venía Kim sólo con las bragas puestas; las niñas sonreían adormiladas y se frotaban los ojos.

—¡Vaya, vaya! Mirad quiénes están aquí —dijo Cindy—. Siéntense que los cereales ya están sobre la mesa.

—Cindy, tengo que vestirme, volveré enseguida.

Carlotta volvió a su dormitorio y escogió una falda plisada. La chaqueta tenía anchas solapas y sobre la blusa blanca formaba un conjunto que destacaba su figura. Era uno de sus trajes favoritos.

Billy entró a la cocina subiéndose los pantalones.

—Buenos días, señora Nash.

—Buenos días, señor Moran.

—¿Qué hay para desayunar?

—Siéntese, señor Moran, que yo lo atenderé personalmente —contestó riendo Cindy.

Billy se sentó. Miró por la ventana el esplendor de un día radiante; zapateaba con sus pies descalzos sobre el suelo de la cocina. El sol entraba a raudales por las

ventanas y afuera las hojas se veían amarillentas y brillantes al recostarse contra la sombra de la casa. El cielo estaba de un color azul claro.

—¡Qué hermoso día! —comentó Carlotta al volver a la cocina.

—En efecto —corroboró Cindy.

Cindy tomó la vajilla sucia y la llevó al fregadero.

—¿Qué vas a hacer?

Nada que te importe. Tú márchate a la escuela, yo llevaré a los chicos al colegio y limpiaré un poco la casa.

—¡De ninguna forma!

—Si no te marchas llegarás tarde.

—Cindy...

—Te lo digo en serio. Mira la hora, son más de las ocho.

—Tienes razón. ¡No me había dado cuenta!

Cindy se secó las manos en el delantal.

—Me parece que esta noche volveré a casa —dijo.

Carlotta hizo una brevísima pausa antes de decir:

—Por supuesto. Te estoy muy agradecida por todo.

—Por nada. Y ahora será mejor que me dé prisa. Márchate, yo vestiré a las niñas.

—Eres un ángel, Cindy.

Carlotta tomó su cuaderno, el libro de taquigrafía y una carpeta de un gris desteñido que había sobre la mesa de la cocina.

—Adiós.

Hubo un coro de voces que se despidieron de ella.

Carlotta caminó bajo el sol. La brisa sacudía las hojas de los árboles a ambos lados de la acera. El coche estaba demasiado frío para arrancar enseguida y pudo saludar con la mano al señor Greenspan, que bebía su café al estilo europeo en una taza diminuta en la terraza de su casa. Él le devolvió el gesto amistoso mientras mordisqueaba una tostada, hizo una inclinación de cabeza y sonrió.

Carlotta encendió la radio, estuvo buscando un programa interesante pero terminó por apagarla. Cruzó un semáforo con luz verde y se detuvo ante uno que estaba rojo.

Hay ciertas diferencias entre Santa Mónica y Los Angeles, aunque es probable que los visitantes no las perciban. Los árboles son más grandes, más viejos y frondosos; se ve gente de más edad por las calles; algunos de los edificios son anteriores a la Depresión. Cuando se recorren las soleadas calles en un gran Buick es como pasear por una avenida color crema bajo un cielo azul. Lo más hermoso del mundo. El aire frío y vigorizante de la mañana hace destacar prados y flores a la luz del sol. Y a lo lejos, tan lejos que es preciso saber dónde se encuentra para mirar en esa dirección, es posible percibir un vago trazo azul en el horizonte: el Océano Pacífico.

—*¡Buenos días, hembra!*

Carlotta se quedó helada.

Miró hacia afuera por el polvoriento parabrisas. La calle se extendía interminable bajo los inmensos árboles, las gasolineras y las esquinas de las manzanas. Se concentró. Esperaba. No podía ser. ¡No en pleno día! Comprobó que la radio estaba apagada. Miró por la ventanilla lateral.

Dos hombres de aspecto latino la observaban desde un camión. Sus caras tostadas por el sol, con sendos bigotes, estaban próximas a ella y los ojos recorrían lascivos su cuello, hombros, senos y caderas. El coche que se hallaba detrás del suyo hizo sonar la bocina. Carlotta aceleró. El camión dobló a la izquierda, y vio cómo desaparecía por el retrovisor.

—*¡Golpéala! ¡Dale un empujón!*

El corazón de Carlotta empezó a latir a saltos. Giró la cabeza para mirar hacia atrás, de donde parecía provenir la voz. No había nadie en el asiento trasero. Enderezó el volante para no hacer una maniobra peligrosa en el tráfico denso de la mañana y se llevó una mano a los labios.

—*¡Haz que se salga de la carretera!*

—*¡Llévala a otro carril!*

La cabeza empezó a girarle. Tenía los ojos desorbitados por el miedo. Miraba a su alrededor. Buscaba una explicación, pero no había nadie más que ella en el coche. Abrió la ventanilla y aumentó la velocidad, a pesar de sus intentos por apartar el pie del acelerador. Una fuerza la obligaba a presionar cada vez con más fuerza.

—*¡Sácala de la carretera! ¡Sácala de la carretera!*

—*¡Rómpele el volante! ¡Haz que abra las piernas!*

Eran dos voces cascadas, demenciales, que sonaban como el chirrido de una puerta. El coche iba cada vez a mayor velocidad por Colorado Avenue.

—*¡Basta! ¡Basta, ya!* —gritó Carlotta.

—*¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!* —respondió una carcajada múltiple, chillona, que lastimó sus oídos.

Una voz muy cercana, grave, retorcida, le susurró:

—*¡Acuérdate de nuestras noches!*

El volante se le escapó de las manos y el coche se deslizó hacia la derecha. Carlotta hizo un esfuerzo por volver a sujetarlo, pero apenas podía controlar el vehículo que corría por la calle principal de Santa Mónica en dirección al océano. Diminutas garras de ratas le revolvían el cabello.

—*¡Aráñala! ¡Aráñala!* —chilló una voz.

—*¡Golpéala!* —gritó una voz enloquecida y sibilina.

El volante parecía haberse convertido en plomo y el pie no podía moverse del acelerador, que se había paralizado o era presionado por alguna fuerza extraña. Inmóvil, aumentaba la velocidad con su peso.

—¡Dios mío, Dios mío! —gemía Carlotta entre sollozos.

Intentó quitarse el cinturón de seguridad, pero el cierre estaba atascado en la división de los dos asientos delanteros.

—¡Dios, Dios mío!

El pestillo de la puerta bajó con un ruido sordo y el cristal de la ventanilla empezó a subir con un suave murmullo. La gente que empezaba a cruzar la calle vacilaba antes de retroceder para mirar indignada al coche que corría a toda velocidad.

—¡Dios mío! Me arrepiento de todo lo malo que he hecho en mi vida y te ruego...

—¡Cállate!

—¡Qué mala! ¡Métele el mechero encendido entre las piernas!

El mechero del coche empezó a ponerse rojo.

Carlotta lanzó un grito. Sabía que el final estaba próximo, que su alma quería volar pero aún era prisionera de su cuerpo. Avanzaba hacia el monumento a Santa Mónica y las piedras blancas de la estatua refulgían a la luz del sol. El cielo azul. Y allá abajo, como una cinta de hormigón, se extendía la autopista del Pacífico, apenas perceptible entre las rocas.

—¡Más rápido!

Y algo obligó a su pie a hundirse aún más sobre el acelerador. El coche dio un salto. A Carlotta le zumbaba la cabeza; el borde que protegía la carretera del acantilado se encontraba cada vez más próximo.

—¡Adiós, Carlotta!

Lanzó un grito.

Aferró el volante con tal fuerza que el automóvil describió una curva entre chirridos y se precipitó hacia unos edificios.

—¿Qué estás haciendo? ¡Vuelve atrás, perra!

El volante realizó la maniobra necesaria para retroceder, pero el neumático delantero se subió a la acera después de golpear contra el bordillo. Dos hombres, que caminaban por la sombra de la calle, parecieron volar en cámara lenta hacia atrás cuando el coche volvió a la carretera. Como si estuviera suspendida en la eternidad, vio a los clientes del segundo piso de un bar que observaban la maniobra.

—¡Por favor, Señor, no permitas que me maten! —Rezaba Carlotta sin muchas esperanzas.

La ventana estalló como una ola; detrás de los ojos cerrados sintió el golpe de las astillas sobre la cara y los hombros, golpecitos parecidos a los de la lluvia. La parrilla metálica y los guardabarros se confundieron con el motor al saltar el capó del coche. Se sintió arrojada con violencia hacia adelante, el cinturón de seguridad frenó el impulso, y volvió a ser lanzada contra el respaldo del asiento. Estaba mareada. No tenía otra sensación que la de un largo relampagueo de sonidos de metal y cristales al explotar, y un ligero dolor. Y entonces se dio cuenta de que todo movimiento había



cesado.

Un hombre golpeó la puerta.

—Hay que sacarla de adentro, está saliendo humo.

—Es mejor no tocarla.

—Déjenla ahí si no quieren que después haga una demanda judicial por malos tratos.

—Llamen a una ambulancia.

—Calma, calma.

Una cara se asomó por entre los cristales rotos de la ventanilla. La expresión era amistosa a pesar de tener una cicatriz.

—No le haré daño, señora. El motor está humeando y creo que sería más prudente que saliera usted del coche.

Carlotta deseaba decirle que sí, que saldría del coche apenas le permitieran abrir la puerta; pero era incapaz de abrir la boca siquiera. Todas las palabras parecían estar sepultadas en alguna inmensa y desértica región de su cerebro. Lo miró atontada.

—Creo que ha sufrido una conmoción.

—No, sólo está mareada.

—Abran la puerta.

Dos hombres lograron abrir lo que quedaba de la puerta.

—Fred, quítale el cinturón de seguridad.

—No puedo, está atascado. No, ya se soltó.

—Espacio.

Sintió que la sacaban del coche. Quiso decir que podía ponerse de pie. Deseaba marcharse a casa. Sin embargo, lo único que hizo fue colgarse del cuello del hombre y echarse a llorar.

No le ha ocurrido nada, fuera de algunos rasguños.

—Ha sido un verdadero milagro.

—Pero el Buick está destrozado.

Carlotta miraba las caras desconocidas, curiosas, dubitativas que flotaban a su alrededor. Lloró mientras la llevaban al bar.

—Intentaron matarme. ¡Van a matarme!

## SEGUNDA PARTE

GARY SNEIDERMANN

*¿Para qué el martillo? ¿Y la cadena?  
¿En qué hoguera ardió tu cerebro?  
¿Para qué el yunque?  
¿Con qué pavor se puede asir  
el broche mortal de tal terror?*

BLAKE

## 5

El atardecer cubría las paredes de una luz anaranjada. Los fluorescentes del techo parpadeaban y las manos de Carlotta tenían un tono blanco verdoso. Su imagen deformada se veía reflejada en una de las ventanas: chaqueta y falda.

Hubo un murmullo de voces y se abrió una puerta. Carlotta volvió la cara para mirar. Un muchacho alto, con chaqueta blanca y largo cabello oscuro acababa de entrar. Cerró la puerta.

—Soy el doctor Sneidermann —dijo.

Y sonrió. Una sonrisa inexpresiva y profesional. Le señaló una silla ante un escritorio. Carlotta se dirigió lentamente a la silla mientras el médico se sentaba, no sin antes subir un poco los pantalones para que no se deshiciera la raya. Después se inclinó hacia adelante. Tenía un rostro atractivo y juvenil y sus ojos eran de un celeste grisáceo.

—Formo parte del equipo psiquiátrico de planta de esta clínica y estoy de guardia esta tarde —explicó.

La observaba atentamente: el rostro cubierto de cortes diminutos, una contusión que oscurecía la barbilla, ojos de animal aterrado. Parecía a punto de perder el control.

Carlotta entrecerró los ojos para poder enfocarlo en medio de la bruma que parecía rodearla, y sacudió la cabeza con violencia un par de veces. ¿Estaban solos en ese pequeño despacho? ¿Qué había pasado con toda esa gente cargada de formularios? No recordaba haber llegado a la clínica.

—Creo que nos entenderemos perfectamente —dijo el médico.

Ella le echó una mirada cargada de desconfianza.

—¿Tiene usted frío? A veces se producen aquí algunas corrientes de aire.

Carlotta hizo un débil gesto negativo con la cabeza y miró a su alrededor. La puerta seguía cerrada y estaban solos en la habitación. Observó al doctor. Debía estar en alguna parte, oculto detrás de esa máscara juvenil de sonrisa artificial.

—¿La ha examinado antes un psiquiatra?

—No.

El hecho de que ella respondiera a su pregunta pareció relajarlo. Se aclaró la garganta. No sabía muy bien cómo proceder. Movié la silla de detrás del escritorio para estar más cerca de ella.

—¿Cómo desea que la llame?

—Car... Carlotta.

—Bien, muy bien, Carlotta.

Se escucharon voces fuera y pareció que había gente ante la puerta del despacho. ¿Enfermeras? Miró al médico.

—Carlotta...

Alguien la llamaba. ¿Quién era este muchacho de chaqueta blanca y cómo sabía su nombre?

—Tenemos que conversar, Carlotta. Usted debe decirme todo lo que la inquieta, lo que la asusta. De esta manera descubriremos la causa de su problema.

Ella continuó mirándolo y se mordió el labio. Daba la impresión de estar pensando en otra cosa. De pronto, algo pareció aterrorizarla, porque giró rápida en la silla en dirección a la ventana.

—¿Dónde está usted ahora, Carlotta?

—En una clínica.

—Así es. ¿Y por qué ha venido?

Lentamente pareció volver a la realidad, como si un gran peso hubiera caído sobre su cuerpo, recordándole las magulladuras del accidente. Tensa de miedo, enrojeció. Tenía los dedos agarrotados, sin sangre, fríos.

—Me rodeaban por todas partes —dijo desesperada.

—¿Quiénes?

—Los que estaban en el coche.

Sneidermann hizo un gesto que pasó inadvertido para Carlotta, absorta en la contemplación de sus propios dedos, que entrelazaba y soltaba una y otra vez.

—¿Me podría describir el accidente, Carlotta?

Separó las manos y se sentó muy erguida en la silla. Ante ella había un joven de chaqueta blanca que se inclinaba atento. Estudió su cara. Angular, intensa, sin arrugas; era más joven que ella.

—¿Carlotta?

—¿Qué?

—¿Podría decirme qué pasó en el coche?

Lenta, muy lentamente, como tierra mojada que se cubre de agua, se le llenaron los ojos de lágrimas. Temblaron las aletas de su nariz. La relajaría si pudiera llorar. No lo hizo. Se limitó a mover la cabeza.

—¿Le resulta difícil explicarme lo que ocurrió?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—No importa, Carlotta.

Pensó que ahora estaba a salvo. ¿Por qué? Porque la puerta seguía cerrada y allí adentro reinaba una gran paz. Aquí todo era diferente. El médico la miraba dándole ánimo, con aire profesional, amistoso.

El único indicio de la incomodidad que experimenta Sneidermann ante la ruptura de la comunicación era la manera como recorría con el dedo una pequeña hendidura en la cubierta del escritorio. Se sorprendió repitiendo el gesto y se detuvo. Su rostro era una máscara impenetrable, y sin embargo le asaltaba un torbellino de pensamientos mientras contemplaba a la mujer.

Carlotta miró su falda; su cabeza se movía con la lentitud de alguien que hace mucho que no duerme. Estaba atrapada. No podía contarle al médico lo que había

ocurrido y no se atrevía tampoco a marcharse.

—¿Iba alguien en el coche con usted?

—No... Al principio no.

—¿Y después?

Hizo un gesto de asentimiento. Al mirarlo vio que él le sonreía. Una sonrisa cauta, profesional. No le inspiraba confianza; había imaginado un médico totalmente diferente. Con éste era como hablar con Billy.

—¿Después hubo más gente en el coche?

—Sí.

—¿Le hablaron?

—Sí.

—¿Puede decirme qué le dijeron?

Negó con la cabeza.

—¿Le resultaría desagradable repetirme lo que le dijeron?

—Sí.

—Está bien, Carlotta.

Pareció relajarse, al menos exteriormente.

Carlotta empezó a darse cuenta de que ésa no era una conversación convencional. El médico insistía en preguntar lo que le interesaba saber. La confundía con sus palabras.

—Carlotta, tal vez las voces provinieran de la radio.

—Estaba apagada. Me rodeaban por todas partes.

—Comprendo.

Sacó un pañuelo de papel del bolso. Se sentía tan humillada que era incapaz de volver a mirar a Sneidermann.

—Querían matarme. —Logró susurrar.

—Pero no lo lograron y vamos a impedir que vuelvan a aparecer.

—Sí.

—De acuerdo.

Por primera vez sintió que se comunicaba con el hombre de blanco. Detrás de la máscara, de la pose, había algo con lo que se podía establecer contacto. A él le importaban sus problemas. Lo miró con más detenimiento. Sí. Sus ojos grises demostraban preocupación.

—¿Es la primera vez que le pasa algo semejante?

—No. La primera vez fue distinto.

Empezó a latirle con fuerza la vena del cuello y destrozó el pañuelo de papel hasta convertirlo en diminutas bolitas. Su respiración se alteró.

Sneidermann analizaba la hermosa cara y los ojos asustados, que a veces relampagueaban de fuego, miedo u hostilidad y que, ahora, eran dos pozos hondos, sumidos en la defensa de un misterio que se negaba a revelar.

—¿Quiere hablarme de esa primera vez?

—No es algo de lo que me gustaría hablar.

—¿Le costaría hacerlo?

—Sí.

—Está usted en la consulta de un médico, aquí no hay secretos.

Carlotta inhaló hondo. Están escuchando. Te quitarán la ropa y te golpearán. Estaba desarmada. Lentamente alzó los ojos para mirar al médico y dijo:

—Me violaron.

Su voz era apenas perceptible. Se nublaron sus ojos y levantó la cabeza; Sneidermann no era más que una sombra borrosa.

—Me violaron —repitió, sin estar segura de que él la hubiera escuchado la primera vez.

—¿En su casa? —preguntó con amabilidad.

Sorprendida de que no hubiera hecho otro comentario, ella se limitó a asentir. Volvió a observarlo. No parecía haber habido modificaciones detrás de la máscara. Y una vez más comprendió que esto era algo más que una simple conversación.

—Comprendo.

La estudió. Ella se mordió el labio en un esfuerzo por no llorar, pero no pudo controlarse; su rostro se distorsionó en una mueca y en un gesto de remordimiento y, como una marea negra, afloraron el terror, el asco y la humillación. Intentó cubrirse la cara con las manos.

Deseaba que el doctor dejara de mirarla. Lloró.

—¡Fue tan repulsivo! ¡Tan sórdido!

Respiraba entrecortada. Estaba rodeada de fealdad por todas partes; podía sentirla, saborearla, siempre presente.

—¡Estoy degradada!

Llevó los restos del pañuelo a los ojos. Estaba hundida en el asiento y sollozaba desconsolada. Sneidermann sintió una gran piedad por ella. La señora controlada que había entrado a la clínica acababa de derrumbarse por completo, y se había convertido en una niña pequeña sin ninguna dignidad.

Poco a poco el llanto fue disminuyendo. El reloj zumbaba en la pared. Sneidermann, sentado junto a un extremo del escritorio, esperaba sin hacer un solo movimiento. El silencio terminó por unirlos.

—Sólo quiero morirme —dijo Carlotta en voz muy baja.

El médico abrió la boca para decir algo pero se arrepintió; era mejor esperar aún un poco más de tiempo. Se felicitó a sí mismo por haber podido conservar la calma.

—¿Llamó a la policía?

—¿Para qué? No había nadie en el dormitorio.

La respuesta lo cogió desprevenido y, por un instante, la máscara de su cara se resquebrajó. La miró como si no hubiera comprendido bien y se dio unos golpecitos sobre el labio con un dedo. Después, procuró recuperar la fachada profesional lo mejor que pudo.

—¿Puede decirme lo que pasó?

—¡Me violaron! ¿Qué más quiere que le diga?

Él se aclaró la garganta. Tenía el ceño fruncido en un esfuerzo por concentrarse; miles de posibilidades se hicieron presentes en su mente, y ahora tendría que actuar con cautela.

—¿Estaba usted sola en su dormitorio?

—Sí.

—¿Y quién la violó entonces?

—No lo sé. —Hizo una larga pausa antes de repetir—: No había nadie en el dormitorio.

—Carlotta, cuando usted dice que la «violaron», ¿qué quiere decir con eso?

—Que me violaron.

—¿Puede ser más precisa?

—¡Más precisa! ¡Todo el mundo sabe en qué consiste una violación!

—Sí, pero para algunas personas tiene un sentido metafórico y a veces emplean la palabra en sentido figurado.

—Yo la he empleado en sentido real.

No quiso discutir, pues deseaba que ella sintiera que él estaba de su parte.

—¿Quiere decirme lo que pasó? —preguntó con tono amable—. Puede que le resulte penoso hacerlo, pero es preciso que yo lo sepa.

Carlotta se recogió en sí misma. Al hablar su voz no tenía matiz alguno, se refería a sí misma en forma fría e impersonal.

—Me estaba peinando frente al espejo. Creo que con la luz apagada...

—¿Y entonces?

—Me aferró.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Qué sucedió después?

—¿Qué sucedió? —repitió con amargura—. ¿Qué cree usted que sucedió? Creí que iba a morir. Me asfixió.

—¿Intentó estrangularla?

—No. Me cubrió la cabeza con la almohada. ¡No podía respirar!

—¿Intentó usted resistirse?

—Sí, pero era demasiado fuerte.

—¿Y la violó?

—Sí, ya se lo he dicho.

—¿Hubo penetración?

—Sí...

—¿Y luego?

Carlotta lo miró con un resplandor de furia en los ojos.

—¿Luego? Después de abusar de mí desapareció.

—¿Huyó?

—No... Se marchó...

—¿Por la puerta?

—No, porque estaba cerrada. De pronto estaba encima de mí y al minuto siguiente había desaparecido. En ese momento apareció mi hijo.

Sneidermann asintió distraído. Estuvo un rato pensando antes de dirigirse a Carlotta para escuchar el resto de la historia.

—Su hijo ¿vio a alguien?

—No, yo estaba sola cuando entró en el dormitorio al escuchar mis gritos.

—¿Qué sucedió después?

—Todos... mis hijos y yo... pasamos la noche en el *living*. Yo tenía mucho miedo.

—¿Temía que el hombre todavía pudiera estar en la casa?

—No. Ya se había marchado.

La miraba en silencio. Y Carlotta se dio cuenta de que el médico no sabía muy bien qué pensar.

—¿Qué le hace pensar que no fue un hombre de carne y hueso el que la violó?

—El hecho de que se evaporara cuando Billy encendió la luz.

—Pudo escapar por la ventana...

—Estaban cerradas con pestillo. Le digo que se evaporó.

—¿Sintió su cuerpo sobre el de usted?

—Sí.

—¿Era el cuerpo de un hombre?

—De un hombre muy grande.

—Al forzarla, ¿sintió dolor?

—Sí, por supuesto.

—¿Qué pasó después?

—Nada. Pero a la noche siguiente...

—¿Volvió a ocurrir lo mismo?

—Esa vez me violó por detrás.

Sneidermann se frotó una ceja. Parecía incluso más joven que antes y Carlotta se dijo que tenía que ser muy inteligente para ser médico cuando apenas era un muchacho.

—¿Qué dijo su hijo?

—Estaba con un vecino. Creyeron que había tenido una alucinación.

—¿Por qué?

—Porque me encontraron gritando y no había nadie en el dormitorio.

—¿Alguna vez ha tomado drogas?

—Nunca.

—Bien. ¿Qué pensó usted de lo que le había pasado?

—No sabía muy bien qué... Pero me dolía y me sentía muy mal. Hay cosas en las



que una mujer no se equivoca. Podía sentir su olor en todo mi cuerpo.

—¿Tenía algún olor especial?

—Sí, muy hediondo.

—Ya, ya.

—Pero no estoy segura de si... si...

—¿Si eyaculó?

—Sí... Aunque creo que sí. Cuando se encendió la luz tuve la sensación de estar despertando, de salir de algo muy oscuro. Nadie estaba asustado, nadie creyó que hubiera habido nunca otra persona en el dormitorio.

Sneidermann asintió. Parecía haber descubierto la manera de hacer hablar a Carlotta.

Analizó de nuevo las reacciones físicas de la mujer: los signos faciales, los gestos del cuerpo, el tono de su voz. Necesitaba información para plasmar la teoría que estaba empezando a formular en su interior.

—La escena se repitió una tercera vez, ¿verdad?

—No exactamente. Supe que iba a venir. Pude olerlo cuando se aproximaba y escapé del dormitorio.

—¿Y?

—Tomé a los niños y huí lo más rápido que pude. Fuimos a casa de una amiga.

—¿Qué pasó entonces?

Carlotta se encogió de hombros antes de responder:

—Nada. Me quedé una semana en casa de Cindy. Allí me sentía bien, y los chicos también, pero no podía quedarme a vivir con mi amiga. Volví a casa ayer. Cindy me acompañó anoche y todo anduvo perfectamente. Desperté contenta, desayuné e iba en coche a la escuela para secretarias de West Los Angeles...

—Y entonces escuchó las voces...

Asintió. Parecía haberse relajado y sólo sus ojos, asustados como los de un conejo, pedían consuelo y apoyo.

—¿Qué le parece, doctor? Por favor, dígame la verdad.

Buscó un cigarrillo y al encenderlo le temblaban las manos. Sneidermann esperó hasta que se hubiera calmado un poco. Era imprescindible que ella confiara en él, no podía mentirle.

—Creo, Carlotta, que es algo bastante serio.

—¿Estoy loca?

—La locura es una palabra que tiene significados diferentes para cada persona.

El médico sonrió; pero Carlotta advirtió que en su sonrisa no había nada personal. Seguía siendo un profesional que disimula sus verdaderos sentimientos. No se relajaba nunca.

—¿Hay alguien que pueda acompañarla?

—Mi hijo Billy.

—¿Qué edad tiene?

—Quince años.

—¿Y su amiga Cindy no podría quedarse con usted?

—Hoy no, quizá dentro de algunos días.

—Quiero que alguien esté siempre cerca de usted, Carlotta. No debe quedarse sola.

—Está bien.

—Ahora tendré que hacer que le practiquen algunos exámenes médicos y *test* psicológicos. No duelen.

—¿Tiene que ser ahora mismo?

—Si quiere podemos dejarlos para mañana.

—Tengo que ir a la escuela. Vivo del subsidio de desempleo y son muy estrictos con la asistencia a clase.

—Hablaré con la enfermera cuando salgamos de aquí. Generalmente llegamos a un acuerdo con los del seguro de desempleo.

Ella apagó el cigarrillo a medio consumir y dijo:

—¿Entonces no hay nada que usted pueda hacer?

—No hasta que determine exactamente el origen del problema. Tengo un par de teorías, pero necesito los exámenes para estar seguro.

—Y mientras tanto yo habré muerto.

—No creo que la situación sea tan grave.

—Hoy trataron de asesinarme.

—No le pasará nada si hay alguien siempre cerca de usted.

Carlotta se quitó el cabello que colgaba sobre su frente. Se escuchaban voces lejanas en la proximidad de la puerta.

—La verdad es que no sé qué hacer —dijo con gran simplicidad.

—Creo que al venir a la clínica ha hecho lo más importante, Carlotta.

—¿Le parece?

—Sin lugar a dudas. Este primer paso suele ser el que más cuesta dar.

Hubo un largo y tenso silencio. Después de esperar un poco, Carlotta se puso en pie y se alisó la falda. Caminaron juntos hasta la puerta.

Afuera, había un laberinto de corredores brillantemente iluminados, que Carlotta no recordaba haber visto antes. A la izquierda estaba Recepción. Sneidermann se inclinó para hablar con la enfermera. Tampoco al entrar había visto ella esa sección de la clínica. El médico volvió a su lado desde el otro extremo de la alfombra naranja. Y ella tuvo la sensación de que su cara era la única que le resultaba familiar en todo el mundo.

—Aquí tiene una tarjeta con el número de la clínica. Si necesita algo llame, y aquí me pondrán en contacto con usted.

Guardó la tarjeta en el bolso. Sus modales correspondían a los de una burguesa bien educada y, sin embargo, vivía del seguro de desempleo. Extraño.

—Muchas gracias doctor —dijo en voz baja.

—Me llamo Sneidermann. Le escribiré mi apellido en la tarjeta.

La observó marcharse, abriéndose paso por los pasillos que indicaban el camino con una franja de color pintada en el suelo, finalmente, desapareció. Y Sneidermann respiró hondo. Estaba agotado.

—Has estado mucho rato con ella, Gary —dijo la enfermera.

—¿Cómo dices? Ah, sí. ¿Estás segura de que nunca ha visitado a otro psiquiatra?

—Eso es lo que ella dice.

—¿Y nunca ha ingerido drogas?

—No, si estás dispuesto a creerle.

—Increíble.

Llenó un vaso de papel con café. No podía dejar de pensar en Carlotta.

—Estaré en la oficina de antecedentes clínicos, tengo que escribir algunas notas sobre el caso —dijo.

Caminó por el pasillo mientras terminaba de beber el café.

Llevaba una carpeta bajo el brazo, pero no había tomado ningún apunte. Sus pasos resonaban sobre las baldosas del edificio.

En la biblioteca, Sneidermann encendió un cigarrillo, se quitó la chaqueta, y exhaló una nube de humo. Se levantó las mangas de la camisa y quedaron al descubierto sus brazos musculosos. Tenía excelente memoria y pudo reproducir la totalidad del diálogo mientras lo escribía en una carpeta negra que llevaba su nombre.

En un extremo de la sala, otro interno estaba absorto en la consulta de diversos textos y ninguno de los dos se preocupó por la presencia del otro.

La biblioteca era inmensa y vieja, con baldosas en el suelo y puertas de madera tallada. Tenía escalerillas para alcanzar los estantes más altos. Era un lugar silencioso. Y a esa hora de la noche casi no había nadie en esa ala del edificio. Sneidermann se puso de pie, se apoyó en la silla y se reclinó para leer lo que había escrito.

Ella había dado los primeros pasos. Y él no estaba ante el caso de un ama de casa frustrada por no poder desempeñar su profesión. Tampoco se trataba de una obesa secretaria que compensaba su soledad comiendo todo el día. Todos sus otros casos parecían no tener importancia. Casi no podía creer lo que había caído entre sus manos; y quería hacerse cargo solo del tratamiento, poder diagnosticar antes de que los demás también descubrieran de qué se trataba. Temblaba de excitación.

Sacó un texto de una de las estanterías más altas y lo llevó a la mesa. Un tipo de alucinación que incluyera sensaciones visuales, táctiles, orales y olfativas era un fenómeno extraordinariamente desusado. En general, correspondían a una psicosis o a una neurosis histérica. Sneidermann se sentía satisfecho de haber logrado tranquilizarla, de haber reducido su histeria hasta el punto de establecer contacto con ella. Había logrado que mantuviera una conversación racional con él, lo que le había parecido imposible al verla por primera vez, allí, de pie, perdida e indefensa en medio

de la habitación.

Sabía que éste era un tipo de caso perfecto para él, que tendría, también, que dedicar largas horas a la investigación de los clásicos sobre las alucinaciones múltiples. Estudió sus apuntes. La voz de la mujer no tenía inflexiones al describir el asalto sexual, hablaba como si se tratara de otra persona. Por tanto, era posible que hubiera indicios de disociación. Tal vez se trataba de un caso típico de gran histeria. Pero, por otra parte, su ego estaba intacto y tenía un buen contacto con la realidad.

También cabía la posibilidad de que se tratara de una psicosis. Las alucinaciones habían sido de tal magnitud, y su convencimiento de que eran reales tan completo, que en algún momento tuvo que haber perdido contacto con la realidad. Sin embargo, mientras más hablaba y se tranquilizaba, más racionales eran sus explicaciones. Decidió que era imposible adelantar ningún tipo de diagnóstico hasta no conocer su historia clínica. La psicosis y la esquizofrenia generalmente aparecen poco después de los veinte años de edad.

Su curiosidad era cada vez mayor, y se sentía inquieto. Un estallido de violencia psíquica de una parte del ser contra el resto en un intento de reorganizar la totalidad del sistema de otra manera. ¿Con qué objeto? ¿Y por qué a los treinta y dos años de edad? El caso en sí admitía todas las hipótesis, era como un continente inexplorado, y estaba ansioso por comenzar a trabajar en él.

Solo ahora en la biblioteca, tuvo la repentina sensación de que no podía haberle tocado nada mejor. La imagen de su padre vino a su memoria. Huesos por curar, torceduras por enderezar, era una disciplina que respetaba si se daban las condiciones óptimas. Pero el sacrificio de su padre, disminuido, derrotado, con un perenne olor a desinfectante en las manos, ¿qué sentido podía tener? ¿Lo había hecho por su hijo? Vivía en una ciudad extranjera rodeado de extraños y, para escapar de estos pensamientos, Sneidermann se entregaba por completo a cada uno de sus casos.

Se frotó los ojos, cerró los textos y arrojó el vaso de papel con restos de café al cesto. Deseaba concentrarse, pero el cansancio diluía la cohesión de sus ideas, transformándolas en una incoherencia tras otra. Tomó la carpeta y se marchó de la biblioteca.

La soledad de los psiquiatras residentes no es un secreto para nadie dentro de la profesión. El aislamiento, los corredores solitarios y poco alegres, las salas de reunión sin una nota de buen gusto, las relaciones con los demás que nunca iban más allá de lo profesional, y la feroz competencia no dejaban ni tiempo ni ganas de contactar con nadie. Mientras recorría el patio desierto, las fuentes ya no lanzaban agua y las piscinas estaban silenciosas, escuchó el fantasmagórico ruido de la ciudad por la noche.

Volvió a su dormitorio sin apartar su pensamiento de Carlotta Moran.

Billy estaba inclinado sobre su hombro. Limpiaba su piel con un paño húmedo en

desinfectante. Carlotta tenía el cuello cubierto de arañazos rosa, como si una garra invisible la hubiera acariciado. El muchacho dijo:

—Es un verdadero milagro que estés viva. El Buick está destrozado.

—¿Podrás arreglarlo?

—Puede ser, si consigo algunas piezas de repuesto. El abanico quedó hecho polvo.

Carlotta se estremeció cuando el chico desinfectó las heridas bajo su oreja. Podía ver la cara de preocupación de Billy a través del espejo. También alcanzaba a ver por la ventana las luces de la calle, que iluminaban un solar abandonado. La maleza crecía salvaje y amarilla, constantemente agitada por el viento.

—¿Cuánto costará la reparación del coche? —preguntó.

—Unos doscientos dólares.

—Que no tenemos.

Las niñas observaban la escena desde la puerta, los ojos dilatados de asombro.

—¿El médico te hizo daño? —quiso saber Julie.

—No, no. Sólo conversamos.

—¿Irás mañana de nuevo? —preguntó Billy.

—Sí, cuando salga de la escuela.

Hizo un gesto a Billy para que dejara de limpiarle las heridas y se puso de pie.

—Escúchenme bien todos. En mi bolso hay una tarjeta con el número de teléfono de la clínica. Si me pasa algo deben llamar de inmediato, ¿de acuerdo? El médico se llama, prosiguió consultando el nombre de la tarjeta, Sneidermann.

A Kim le hizo mucha gracia el nombre y estalló en una carcajada.

Una hora más tarde las niñas estaban en cama. Carlotta se acostó en el sofá. Billy le había construido una plancha de madera para que la colocara bajo los cojines. Ya no había ni botones ni depresiones. Y pudo dormir relativamente bien. Esa noche no pasó nada.

Pasó esa primera noche en ese extraño reino de los enfermos, donde todas las reglas han sido modificadas y alteradas. De alguna manera el médico se lo había advertido. La ansiedad era como una nube oscura siempre sobre su cabeza, y llegaría un momento en el que ya no recordaría cómo era vivir lejos de esa sombra.

—Billy —llamó en voz baja.

Ya era de día. Billy se sentó en la cama, las arrugadas sábanas resplandecientes bajo la luz del sol.

—¿Qué?

—Si llama Jerry, por favor, no le digas nada de lo que me ha pasado, ¿comprendes? Y diles a las niñas lo mismo.

—¿Jerry volverá aquí?

El muchacho, ya completamente despierto, se enderezó en la cama. La hostilidad,

difusa pero perceptible, se desprendió de su cuerpo como un torrente. Se apoyó contra el cabezal, los brazos laxos a ambos costados del cuerpo. Su hermoso rostro era el de un hombre ansioso, y los hombros demostraban su tensión.

Carlotta se aproximó y dijo con gran amabilidad:

—Comprendo lo que sientes, Billy, pero a mí me gusta Jerry y él ha hecho lo imposible para que le tengas afecto. Es mi amigo y tu opinión sobre él me tiene sin cuidado. Hacemos una buena pareja y, tal vez, nos decidiremos a vivir juntos para siempre. Sería bueno que te acostumbraras a la idea, porque mientras vivas aquí tendrás que aceptar la situación. ¿De acuerdo?

—Eres dueña de cometer los errores que quieras.

—No creo que valga la pena seguir hablando, pero recuerda que yo también te dejo a ti cometer tus propios errores.

Billy sacó una camisa a cuadros de la silla y se sentó en el borde de la cama para ponérsela. Evitaba mirarla.

—¿Quieres que te acompañe?

—Gracias, sólo voy a la escuela.

—¿No me engañas?

—No. Además iré en autobús.

—Como quieras.

Se levantó de la cama, cogió los pantalones de la silla y se los puso. Mientras se ajustaba el cinturón dijo:

—Si lo deseas puedo pedirle el coche prestado a Jed. Avísame si quieres que te pase a buscar.

—Veremos cómo me siento por la tarde.

La siguió hasta la puerta de la calle. Carlotta llevaba sus cuadernos bajo el brazo.

—Adiós, mamá.

Lo abrazó un segundo antes de marcharse bajo la luz del sol. Al final de Kentner Street, el autobús doblaba despacio la esquina. Pagó y vio a su hijo por la ventanilla, de pie en la puerta de la casa. Como si se sintiera agobiado, el muchacho se dio la vuelta y entró.

—¿Ha dormido bien?

—Bastante bien.

—¿En el dormitorio?

—No. En el sofá del *living*.

Sneidermann asintió con un gesto. Carlotta parecía más relajada y dispuesta a dejarse conducir por él, lo que le produjo una gran satisfacción. Deseaba avanzar en el caso lo más rápido posible; aprovechó la información que ella le había proporcionado el día anterior para preguntar:

—¿Alguna pesadilla?

—No.

Él sonrió. Se sentía animado. Carlotta percibió su reacción y decidió aceptar todo lo que el médico le aconsejara hacer.

—Dormir en el sofá fue una buena idea, Carlotta.

De alguna manera, el doctor parecía recordar cada detalle de la conversación del día anterior.

—¿Ha venido sola?

—Sí.

—Habría preferido que la acompañara alguien, su hijo, por ejemplo.

—Tiene clases hasta media tarde.

—En ese caso podemos tener nuestras entrevistas a otra hora. ¿Qué le parece si nos vemos a las cuatro? ¿Les viene bien esa hora a ustedes dos?

—¿Cambiar de hora no le creará problemas, doctor?

—Puedo arreglar mi horario sin ningún problema.

Carlotta asintió. Tenía ciertas reticencias todavía para entregarse a él por completo; la apariencia juvenil de su cara la perturbaba, le hubiera gustado un médico unos veinte años más viejo.

—Acordamos entonces que nos veremos a las cuatro.

—¿Mañana también?

—Todos los días.

—¿Es necesario?

—Sí.

La perspectiva de un tratamiento tan intensivo no había entrado en los planes de Carlotta.

El médico revolvió algunos papeles sobre el escritorio. La mujer no tenía ninguna de las tensiones del día anterior.

—Le dije que necesitaba algunos exámenes, se trata de una simple formalidad y veo que ya le han practicado casi todos: sangre, orina y algunos de tipo psicológico. Ahora, un psicólogo le enseñará algunos dibujos y usted inventará una historia con cada uno. Nada terrible. Y no hay cosas ocultas detrás de esta prueba. ¿Está dispuesta a hacerlo ahora mismo?

—Si usted cree que es necesario...

—Perfecto. Vamos.

Se puso rápidamente en pie. Carlotta se sintió un poco asustada ante la velocidad con que se estaba desarrollando todo. Con lentitud se levantó de la silla y tomó su bolso del suelo.

—La acompañaré al laboratorio. Es un lugar muy grande y uno puede fácilmente perderse allí adentro.

Salieron juntos en dirección al laboratorio, un sitio ruidoso, con aspecto de laberinto. Sneidermann saludaba a médicos y enfermeras con amables inclinaciones de cabeza. Cruzaron varias dependencias y secciones llenas de técnicos. El doctor era

alto y avanzaba a grandes zancadas, lo que hacía muy difícil caminar a su altura. Giraron en una esquina y esperaron juntos a un grupo a que llegara el ascensor.

—¿Usted no es médico de verdad? —preguntó Carlotta.

Él se ruborizó y riéndose dijo:

—¿Qué quiere decir con eso? Soy médico residente, lo que significa que un doctor supervisa mi trabajo.

—Pensé que todavía no era médico porque parece usted tan joven.

—Pues no lo soy tanto.

Se abrió la puerta del ascensor y salieron pacientes y hombres cargados de paquetes. Entraron; él pulsó un botón y al llegar al primer piso la condujo por una serie de corredores y puertas. Apoyadas contra las paredes había varias sillas de ruedas con ancianos que no dejaban de toser.

—Ésta es la señora Moran —dijo a una enfermera sentada ante una ventanilla—. Aquí está su tarjeta. Quiero que le practiquen un examen físico completo que incluya los formularios naranja, verde y amarillo.

La enfermera bromeó.

—Los tenemos también de otros colores.

—Que sea todo el arco iris, entonces.

La mujer rellenó varios espacios en la tarjeta.

—Dígale que se siente, la atenderemos enseguida.

Sneidermann se aproximó a Carlotta. Los extraños olores del recinto estaban empezando a ponerla nerviosa; además, hacía bastante frío. Por todas partes se veían diales, tubos y probetas. Carlotta tuvo la impresión de que la inmensidad del lugar la disminuía a ella físicamente; se minimizaba entre tanto metal y tanta habitación con paredes de cristal reluciente, con tanto anciano esperando en los corredores.

—No tenga miedo, Carlotta. Ya sé que éste no es lugar muy agradable. Parece un garaje, ¿verdad? ¿Alguna vez le han hecho un análisis de sangre? No sentirá ningún dolor mayor que el de un pinchazo. Créame, yo no le mentaría. Lo peor de estos exámenes es que resultan muy aburridos. Tardarán un par de horas. Trate de no quedarse dormida.

Ella sonrió nerviosa.

—Estaré arriba cuando hayan terminado de hacerle los análisis. Si me necesita para algo, pida que la lleven al INP.

—¿Adónde?

—Al Instituto Neuro-Psicológico.

—Está bien.

Se dio la vuelta para marcharse pero pareció arrepentirse, ella estaba muy nerviosa y no deseaba quedarse sola. Dijo:

—Estaré arriba y podremos conversar un rato, si lo desea. ¿Cómo se siente? ¿Se encuentra bien?

—Sí.



En el despacho, a pesar de su juventud, daba la impresión de ser un hombre autoritario, pero los coqueteos de la enfermera habían dejado al descubierto en él una cosa demasiado juvenil que la enervaba.

—Señora Moran, venga por aquí, por favor —dijo la enfermera.

Carlotta, resignada, entró en una habitación llena de tubos, cilindros, y botellas con líquidos densos y de feo aspecto. Unas máquinas en el interior de recipientes de acero emitían diferentes clases de zumbidos. Algunos técnicos examinaban muestras de sangre sobre los mostradores. Se estremeció. Había dejado de ser persona para convertirse en una pieza más de una inmensa maquinaria médica. Incluso la luz era diferente: verdosa y fría. La enfermera abrió una cortina. Carlotta entró en el compartimento y se desvistió.

## 6

*2 de noviembre de 1976. 5:30 de la tarde.*

Lloviznaba sobre la casa de Kentner Street. Carlotta aún no había vuelto de la clínica. En los árboles, pájaros sombríos piaban una y otra vez en lúgubres tonos, ocultos entre el ramaje. La casa estaba fría y daba la impresión de encontrarse deshabitada.

Billy estaba en el fregadero y tenía una vaga conciencia de su figura, reflejada en la ventana negra. Desde que su madre se había enfermado —o cómo se llamara lo que le pasaba— él se había hecho cargo de lavar los platos, vestir a sus hermanas y preparar el almuerzo. Sabía que tarde o temprano también caerían sobre sus hombros otras responsabilidades; pero, por el momento, se encargaba tan sólo de pequeñas tareas, gestos insignificantes destinados a aliviar a Carlotta de su trabajo.

No era vergonzoso padecer una enfermedad mental. Se contraía como la gripe o tantas otras cosas parecidas. Lo grave parecía ser la falta de una medicina que pudiera curarla; no existía un microscopio que identificara las células dañadas.

Su rostro se puso tenso. Pensar en microscopios y células le había recordado el colegio y las clases de biología, dos cosas que detestaba. Especialmente las malolientes aulas, parecidas a pequeñas prisiones, y esos odiosos profesores, que se divertían humillando a sus alumnos enfrente de toda la clase. Eran seres insignificantes, con unas vidas ínfimas por delante, y ninguna esperanza de que les ocurriera algo interesante. Los odiaba.

Hacía una semana que no iba a clases, y no le importaba nada. Le tenía sin cuidado lo que pudieran decirle o hacerle, que tampoco podía ser muy grave, ya que pronto cumpliría dieciséis años y podría marcharse de la escuela. Sin embargo, algo le preocupaba. Era un mal momento para abandonar la escuela, especialmente ahora, que su madre se encontraba enferma. No quería aumentar sus problemas, aunque ¿qué sabía ella de él, de sus sueños, de sus pensamientos? ¿Qué saben los padres de sus hijos? Ella estaba convencida de que a él lo único que le importaban eran los coches. Incluso bromeaba con Cindy sobre esta manía. Pero se trataba de algo más que de herramientas y grasa; él tenía una meta, un gran objetivo. No deseaba terminar atrapado en un hoyo. Y los coches eran el primer paso para empezar a subir.

Su mirada se perdió en la distancia, y las manos permanecieron inmóviles en el agua jabonosa mientras pensaba en su futuro, que sería incluso más impresionante que el de Stu, el tío de Jed. ¡Eso sí que era tener éxito! Todavía no había cumplido cuarenta años y era el único dueño de la más grande tienda de venta de coches usados en Carson. Poseía un terreno inmenso, en el que a veces se juntaban más de cien coches en un fin de semana. Y Stu se enriquecía con sólo estar sentado detrás de un escritorio, dedicado a comprar y a vender. Sí, ese mismo sería el camino de Billy. Un

día poseería su propia tienda, y no en Carson, sino en Brentwood o Westwood, quizás incluso en Beverly Hills.

Echó una ojeada por la ventana. Por entre la lluvia que chorreaba por el cristal divisó el autobús azul que giraba en la esquina. No se bajó nadie. Miró la hora. Eran casi las seis. ¿Por qué se había retrasado tanto su madre? Esperaba que no le hubiera ni ocurrido nada malo en el autobús, que no hubiera sufrido uno de esos ataques en los que veía cosas extrañas. ¡Qué terrible debía ser enfermarse así! Billy había escuchado hablar de personas cuyas personalidades habían cambiado por completo; seres dulces y tiernos se volvían retorcidos, silenciosos, reconcentrados en sí mismos, perdidos entre las sombras, sin querer salir nunca de casa, reacios incluso a bañarse. El espanto no era la enfermedad, sino los cambios que provocaba, hasta el punto de convertirla en una persona tan diferente que uno podía llegar a odiarla, a desear escapar de alguien a quien se había amado en otra época. Intentó pensar en otra cosa. Aunque su madre cambiara mucho, él no podría abandonarla nunca.

Sus rasgos se endurecieron al recordar a Jerry. Farsante. Siempre tratando de aparentar que era alguien muy importante. Iba de un lado para otro del país como un gángster de Las Vegas y cuando se le ocurría pasaba por casa para quedarse una noche. Usaba a su madre igual que si ella fuera... sí, igual que si fuera una puta. ¿Por qué ella se lo permitía? ¿Qué diablos veía en un tipo como ése? ¿Dónde estaba el atractivo? Maldito sinvergüenza.

Un plato se quebró en el suelo.

—¡Mierda!

Se agachó para recoger los pedazos, ásperos y fríos. Los introdujo en una bolsa de papel que arrojó al basurero. Mientras buscaba las astillas más pequeñas, otro plato se estrelló en el suelo.

¿Qué estaba pasando? Envolvió los pedazos, que parecían trozos de hielo, en un periódico. Los fragmentos del plato parecían flotar dentro del papel, como si no tuvieran peso alguno. Los arrojó al cubo de la basura, donde chocaron unos contra otros, rompiéndose en trozos aún más pequeños. Cerró el cubo con la tapa.

—¡Billy!

Se dio la vuelta. Julie lo miraba desde el *living* en sombras.

—¿Qué quieres?

—¡Mírame!

Julie avanzó hasta el pasillo que unía el *living* con la cocina. Tenía algo extraño en los ojos, como si estuviera embrujada. Todo su cabello estaba erizado.

—¿Por qué has hecho una tontería semejante? ¡Vete a peinar de inmediato!

—No lo he hecho yo. Se hizo solo.

Billy la miró furioso.

—¡No digas idioteces! ¡Vete a peinar! Ahora no tengo ganas de jugar y mamá se disgustará mucho si te ve así cuando llegue.

—Te he dicho que yo no...

—¡Julie!

Su hermana lo miró con expresión ofendida. Pero, de pronto, sus ojos centellearon maliciosos. Dijo:

—Te está pasando a ti también.

Billy se llevó las manos a la cabeza. Su pelo se ondulaba antes de enderezarse, erizado sobre el cuero cabelludo.

—¡Pareces un payaso! —comentó Julie riendo.

—Debe ser esta maldita humedad —dijo Billy peinándose.

—¡Es muy divertido!

El muchacho tomó a Julie de un brazo, la arrastró hasta el fregadero y mojó su peine, con el que la peinó con fuerza.

—¡Me haces daño!

Se abrió la puerta de la calle y entró Carlotta. Parecía cansada, el cuerpo laxo, el abrigo y la cara chorreando agua. Los ojos estaban hundidos en sombras. Intentó sonreír sin conseguirlo.

—Siento haberme demorado, pero el doctor...

—No te preocupes, mamá —dijo Billy—. He comprado raviolos congelados y leche.

Carlotta agradeció con un gesto desganado. Se quitó el abrigo y se dejó caer en la silla junto a la mesa de la cocina.

—¿Y tú, cómo has estado? —preguntó a Julie.

—Bien —dijo la niña y se calló ante la mirada de advertencia de Billy—. He jugado con Kim.

—Eso está bien —comentó Carlotta distraída.

No podía pensar sino en una serie interminable de enfermeras, médicos y técnicos rodeándola mientras ella yacía en una fría camilla de cuero y escuchaba sus explicaciones sin entenderlas. Era bueno haber vuelto a casa. Sus hijos le daban fuerza. Pero estaba exhausta, hasta el punto de ser incapaz de concentrarse siquiera en la comida que tenía delante. Masticaba despacio, sin darse cuenta de lo que hacía. La oscuridad al otro lado de la ventana pareció hacerse más intensa. Las niñas comían apio, un regalo de la señora Greenspan, que lo cultivaba en su propio jardín. Carlotta se inclinó hacia ellas para decirles que no hicieran tanto ruido con la boca, pero algo detuvo su gesto a mitad de camino.

—¿Escuchan eso? —murmuró.

Billy se quedó mirándola con el tenedor en la mano.

—No. ¿Qué quieres que escuchemos?

—Ese ruido bajo el suelo de la casa.

Julie y Kim la miraron, sin saber si se trataba de un juego. Pero pronto comprendieron que no era una broma.

—Yo no escucho nada —dijo Billy.

Hubo un sonido parecido a un lamento en los cimientos de la construcción.

—¿Y ese ruido también es imaginación mía? —preguntó Carlotta con voz estridente.

Salieron a la calle. La lluvia chorreaba desde el alero y las persianas, y en la oscuridad las gotas parecían relampaguear antes de caer al suelo. El agua se arremolinaba junto a los cimientos de la casa, allí donde la construcción se apoyaba en el terreno fangoso.

Viejas planchas y cuerdas húmedas colgaban de las decrepitas vigas. Billy avanzó retorciéndose por un espacio en el que apenas cabía; su linterna recorrió con un haz de luz las cañerías y los bloques de concreto, los trozos de alambre y los insectos deslumbrados por la luz.

—¡No hay nada aquí abajo, mamá!

Rellenó con cartón las partes en las que las cañerías se rozaban unas con otras. Tenía la frente cubierta de serrín y el sudor chorreaba por sus brazos. Hizo una mueca al sentir trepar algunos insectos por su mano.

—¡El ruido venía de debajo del dormitorio! —gritó Carlotta.

Billy avanzó un poco más en la oscuridad, abriéndose paso por entre ladrillos, resortes de metal y cañerías mohosas. Un crujido metálico y violento sacudió la casa.

—¡Billy! ¿Estás bien?

—¡Sí! ¡Creo que lo que cruje son los pilares del dormitorio!

Se inclinó para descubrir el sitio exacto en el que las cañerías se introducían en los soportes. Rellenó los huecos con periódicos viejos y restos de cartón. Después, se recostó contra los soportes. Nada. Ni un ruido. Reinaba un silencio total en la oscuridad.

Al cabo de media hora tenía la camisa empapada en sudor y la cara cubierta de polvo y telarañas; una extraña suciedad había manchado sus pantalones, tenía un olor curioso, parecido al de un metal oxidado. No sin dificultad logró volver a la superficie y se refugió bajo el paraguas que sostenía Carlotta.

—¿Qué pasaba?

—Eran las cañerías que chocaban contra los pilares. Al apoyarme en ellas hicieron ese ruido.

—Y antes de que tú te apoyaras, ¿qué las hacía sonar?

Billy se encogió de hombros y se quitó las telarañas del pelo. La luz de la calle iluminaba el rostro de Carlotta desde un ángulo que suavizaba sus hermosas facciones. Quitó un trozo de cartón del hombro de su hijo. Billy la miró a los ojos e intentó descifrar su expresión. Empezaba a comprender el abismo ante el que se encontraba.

—Ésta es una casa muy vieja, mamá. Seguramente se ha movido un poco, eso es todo.

—Parecía que alguien la estuviera moviendo —dijo Carlotta nerviosa.

Billy rió.

—Hay un mal olor terrible allá abajo. Debe haber alguna rata muerta o algo

podrido.

Entraron en la casa. Billy se duchó y cambió de ropa. Algo había cambiado en la casa y era como si ya no estuvieran solos en ella.

Carlotta se despidió de las niñas con un beso y esperó a que Billy se marchara a su dormitorio. No podía luchar contra la sensación de que todo era diferente ahora; la atmósfera parecía más densa, cargada de electricidad.

Apagó todas las luces menos una. Se quitó la falda y la blusa.

El doctor le había dicho que procurara dormir lo más posible. Se sentía tan cansada que estaba segura de dormirse enseguida. Se metió entre las sábanas y cerró los ojos.

Poco a poco fue relajándose. Como una droga, la fatiga hacía que le pesaran los brazos y piernas y dificultaba sus reflexiones. La sensación de que pasaba algo extraño en la casa se hizo cada vez menos intensa. Sólo el termostato hacía ruido de vez en cuando. Cada vez eran más densas las sombras de su cerebro, extrañas imágenes, distorsionadas, furiosas.

Se sumergió en lo más profundo de su ser. Recordó gente que había conocido, acciones y gestos se delinearon y retorcieron en su búsqueda. Sentía una gran lasitud. Estaba segura de que la buscaban. Por entre corredores y sitios baldíos, alguien la estaba buscando. Y vio su cara, los rasgos destacados por extrañas luces. La cara avanzó con una sonrisa al encuentro de ella. Y la llamó por su nombre...

—¡Carlotta! —dijo Franklin Moran—. ¿Qué te parece? No es gran cosa, pero al menos es nuestro.

Se habían casado. Carlotta recorrió con la mirada la minúscula habitación, la cama bajo los ventanales y la pequeña cocina, que se divisaba al reclinarsse sobre el lecho.

—¡Ven aquí, cariño, tenemos que celebrarlo! —dijo él.

—Pero, Franklin, por Dios, si sólo son las dos y media de la tarde...

Riéndose, la arrojó sobre la cama. Ella tenía dieciséis años y, a veces, la urgencia de las manos del hombre le hacía daño. El rostro severo, ya con varias arrugas, le parecía extraño entonces y la aterrorizaba.

—¡Cariño, eres sensacional en la cama! —suspiró él cuando todo hubo terminado.

—¡Calla! Por favor, no digas esas cosas.

Franklin hizo una mueca; su musculoso pecho se alzaba y descendía rítmico al respirar bajo la luz dorada. En momentos como ése, ella lo amaba con locura. Adoraba su vitalidad, la seguridad en sí mismo, la rapidez de reacción que tenían sus músculos.

—Está bien, no las diré —dijo él con otra mueca—, pero la verdad es que eres sensacional en la cama.

Había dos ventanales, ambos bastante desvencijados. Era verano y las persianas estaban bajas. La oscuridad tenía por objeto que no hiciera calor allí adentro. A Franklin le gustaba caminar en ropa interior por la habitación. Desde la calle llegaba el murmullo constante de martillazos, soldadoras y una radio que sonaba sin parar.

—¿Te gusta estar aquí, cariño? ¿Verdad que es mucho mejor que Pasadena?

—Ya te he dicho que me gusta —respondió ella.

—Y entonces, ¿por qué estás tan triste?

—No estoy triste, sólo...

—¿Qué?

—Nada... ¿De dónde sacaremos dinero?

Él rió.

—No te preocupes. ¿Alguna vez te he dejado sin dinero?

—No, pero...

—Me enferma que no tengas confianza en mí.

Carlotta comprendió que era mejor que no dijera nada más. Cuando él se sentía contento se precisaba muy poco para que se pusiera furioso si alguien no compartía su felicidad.

El baño estaba detrás de un depósito de cubos de acetileno. Para llegar hasta él era necesario bajar y caminar bajo la mirada inquisitiva de los dos mecánicos; a menudo se veía obligada a golpear en la pared para anunciar su presencia, porque los hombres solían dejar la puerta abierta cuando estaban dentro.

Poco tiempo después quedó embarazada y su cuerpo empezó a deformarse.

Lloyd, uno de los mecánicos, usaba un gorro de lana y siempre le decía:

—Oye, tú, hija de un pastor protestante, ¿estás segura de que nadie te ha besado todavía?

A lo que respondía el otro, que era más bajo:

—No, sólo tiene dieciséis años.

—¡Vaya con Franklin! A ése le gusta la carne fresca.

Hacía tres meses que había huido de Pasadena con Franklin, y lo que entonces parecía una aventura se estaba convirtiendo en algo peligroso; la asustaban los dos mecánicos y su estilo de vida, que empezaba a ser también el de su marido. Era como caminar sobre un lodo que terminaría por salpicarlos a todos.

El trabajo de Franklin consistía en conseguir recambios para automóviles, que los mecánicos reparaban y transformaban para venderlos después como si fueran nuevos. Eran muy rápidos en catalogar a los clientes, cuánto podían cobrarles y si se trataba de un tipo capaz de meterlos en un lío.

Conforme avanzaba en su embarazo, Carlotta pasaba más tiempo dentro de la habitación; se sentía mal y se quedaba todo el día en cama con frecuencia cada vez mayor. Franklin empezó a mostrarse impaciente. Quería volver a disponer de una mujer, y ella ya no lo divertía. Además, no estaba dispuesta a aceptar ningún contacto físico que no fuera el único que conocía, y en su estado resultaba imposible.

—Ven aquí —la invitó él—. Ven, cariño.  
—No puedo Franklin.  
—¿Por qué no?  
—Porque el médico ha dicho que sería peligroso.  
—No le hagas caso. No estás muy avanzada.  
—¿Cómo que no? No se me nota, pero son varios meses.  
—¿Qué diablos te pasa? Antes no eras así.  
—Ahora es diferente, Franklin...  
—¡Sí que lo es!

Era un alivio no tener contacto alguno con él; sin embargo, cuando su marido se desvestía a la luz del sol que se filtraba por entre las celosías cerradas, ella no podía menos que admirar su cuerpo de anchos hombros, poderoso cuello y cabeza firme, las largas piernas, las grandes manos y el hermoso sexo. A ella le gustaba acariciarle el pecho y ver los cambios que iba experimentando el cuerpo de él al contacto de sus manos.

El embarazo le ocasionaba problemas; los médicos le habían dicho que hubiera sido preferible no quedar embarazada tan pronto, haber esperado un par de años. Se sentía invadida, sofocada desde dentro, convertida en otra persona. Y había veces en que no soportaba que la tocaran.

El malhumor de Franklin fue haciéndose cada vez más frecuente. Y ella empezó a temerle. A veces pensaba que había otras mujeres en la vida de su marido, pero ¿qué podía hacer ella?

Una noche, él apareció tambaleándose ante la puerta.

—Hija del pastor Dilworth prepárate, voy a enseñarte algo.

Ella supo de inmediato que estaba borracho o, tal vez, que se trataba de algo peor.

—Estás ebrio —dijo Carlotta con disgusto.

Franklin se desnudó, orgulloso de su erección.

—¿Qué te parece? —preguntó oscilando el cuerpo.

—No sabes lo que dices.

—Cariño, quiero que tú y yo...

—¡Déjame en paz! Estoy embarazada de ocho meses, ¿crees que podría soportar tu peso encima?

—Santo cielo... —dijo Franklin. En uno de sus tumbos por la habitación volcó una lámpara. El ruido pareció divertirlo—. Parece que me casé con una mujer frígida.

Carlotta se recostó contra la pared; por primera vez en su vida le disgustaba el espectáculo de su marido, sentado desnudo en la cama, excitado. Era grotesco y repulsivo. Y sintió ganas de volverse a casa. Pero ya no tenía un hogar en ninguna parte.

—Carlotta, ¡ven aquí!

—No. ¡Déjame en paz!

De pronto, él se cayó al suelo. Se envolvió en una manta y murmuró:



—Es frígida. El pobre Franklin se casó con una mujer frígida.

Lentamente se adormeció.

Carlotta sintió que algo se movía en su interior. También eso era grotesco. Estaba atrapada; su vida parecía no tener futuro alguno.

Al otro lado del taller había un camino polvoriento y más allá estaba el río, que se cruzaba sobre una plancha de hormigón que cubría los veinte metros de anchura. Las riberas también estaban protegidas con planchas de hormigón. El agua corría por el medio, en una hendidura vercosa. En ese sitio, Franklin cobraba el dinero por su trabajo y allí, también, los sábados hacían carreras en moto. El premio era un alijo de drogas por el valor de cincuenta dólares. Franklin solía ganar casi siempre. El único problema era la policía.

Un día dos policías fueron a ver a Lloyd, al que acusaban de la venta de anfetaminas. Traían una orden judicial para registrar el lugar. Lloyd se reclinó contra el torno e hizo girar la manivela mientras los policías registraban los cajones; había una infinidad de gavetas, gabinetes, archivos, tornillos, tuercas, implementos mecánicos y trapos.

Carlotta escuchó sus voces desde la cama. Uno de los policías dijo:

—Veamos que hay allá arriba.

—No sería legal —protestó Franklin—. Sólo tienen una orden judicial para registrar el taller.

—Te equivocas, chico. La orden es para registrar todo lo que haya en esta dirección.

Franklin les cerró el paso.

—¡Salgan de mi casa, hijos de puta!

Carlotta escuchó a un policía decir al otro:

—No me ha gustado la manera de hablar de este chico, ¿y a ti?

—Tampoco. ¡Escucha, imbécil, o abres esa puerta o la derribaré con tu cabezota!

Adentro estaba oscuro, muy oscuro, y olía a cerveza rancia. El suelo estaba cubierto de ropa, botellas, ceniceros volcados, envoltorios de comida. Desde la cama, Carlotta pudo ver los ojos del policía, que procuraba acostumarlos a la oscuridad.

—¿Quién es esa mujer?

—Mi esposa.

El policía abrió aún más la puerta. En cama, bañada en sudor, temblando, Carlotta apoyaba la espalda contra la pared.

—¡Pero si no es más que una niña!

—¿Y yo qué culpa tengo?

—¿También la drogas con mescalina?

—Está embarazada.

El segundo policía entró en la habitación e hizo un esfuerzo para ver en la oscuridad. Sonrió a Carlotta, que no pudo devolver la sonrisa, a pesar de sus esfuerzos.

—Franklin, ¿qué pasa? ¿Por qué ha venido la policía?

—Nada grave, señora. Tenemos una orden judicial para hacer un registro, pero no la molestaremos.

—Roy, creo que deberíamos llevarla a un hospital.

El segundo policía se acercó al lecho y examinó la cara de Carlotta: tenía los ojos dilatados y el rostro contraído en una mueca de dolor.

—Llama a una ambulancia —dijo.

—¡Es mi mujer y tendrá al niño aquí!

—¡Calla la boca, chico, de una buena vez!

—Franklin, no discutas con la policía.

Su marido estaba furioso entre los dos policías. Después tuvo la vaga sensación de que la llevaban a alguna parte y le pareció ver a Franklin sentado a su lado en la ambulancia. No estaba segura. Escuchaba el ruido de una sirena.

Franklin levantó al niño por sobre su cabeza y dijo:

—Santo Dios. ¿Yo lo hice?

—Bueno, con mi ayuda.

—Pero el trabajo importante lo he hecho yo.

La acarició en la nuca. La habitación olía a pañales sucios y a vómito.

—Es una broma —explicó.

—¿Pero qué haces? ¡Estoy dando de mamar al niño!

—Él no necesita más que un solo pezón.

—Franklin, ¿nunca crecerás?

La sonrisa de su marido desapareció. Acababa de darse cuenta de que ese pequeño montón de carne quejumbrosa e indefensa que se aferraba al seno de su mujer se interponía entre él y ella. Y siempre se interpondría. Carlotta había sido algo tan especial, ágil, llena de vitalidad, alguien con la que se había unido hacía apenas un año y ahora estaba cubierta de las suciedades del crío. Toda la habitación tenía mal olor. La sensación de haber sido atrapado en una pesadilla lo anonadó.

—¿Adónde vas? —preguntó Carlotta.

—Donde no huela a mierdas de críos —respondió desde la puerta—. Donde no haya hijas de pastores protestantes, ni policías, ni nada.

Cerró la puerta con un golpe. Ella sabía adónde iba: en busca de anfetaminas. Se había enviciado. Y ella lo detestaba cuando lo veía drogado, los ojos brillantes, los movimientos rápidos y espasmódicos, sus bromas macabras.

Franklin se ponía violento con Carlotta cada vez que ella no estaba disponible para él; pero, a veces, también era tierno. Deseaba recuperar a esa muchacha que se había acostado con él en la playa; que andaba en coche a su lado por las calles de Pasadena, aterrorizando a los peatones en las esquinas y dilatando de deseo los ojos de viejos calvos y lascivos. Pero ella se le había escapado de entre las manos. Algo

había cambiado definitivamente entre ellos. A pesar de todos los esfuerzos de él, Carlotta no podía hacer otra cosa que sentarse en silencio y ver cómo se destruía la relación.

Franklin se fue aficionando cada vez más a las drogas y su sistema nervioso estaba destrozado; en unos pocos meses perdió varios kilos. De alguna manera, Carlotta se había convertido en un espejo en el cual él podía ver su propia intrascendencia; y eso lo disgustaba profundamente.

El dinero escaseaba. Franklin ya no ganaba en las carreras, se arriesgaba, y comenzó a traficar con drogas. Procuraba pasar junto a ella el menor tiempo posible, se quedaba en los bares hasta muy tarde para beber cerveza y divertirse con las muchachas que lo frecuentaban. Estaba cada vez más ojeroso, con la mirada sombría. Cuando llegó el otoño, y el frío seco se hizo penetrante, Carlotta empezó a desear con verdadera desesperación que se le presentase alguna posibilidad de escapar.

—¡Nos moriremos de hambre, Franklin! ¿Qué va a ser de nosotros?

—Nadie se va a morir de hambre.

—¿Cuándo vas a actuar como un adulto? ¡Somos tres personas!

Franklin fue a la nevera y sacó una cerveza.

—Mezclas las drogas con el alcohol. Además, la policía descubrirá...

—¡Nunca has sido más que una mierda! —gritó él de pronto, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Nunca fuiste otra cosa!

Ella lo miró. Llena de odio, temblaba de la cabeza a los pies. Quería verlo muerto. Él le devolvió la mirada, prisionero de su propia desesperación, y dijo, en tono cada vez más violento:

—¿Qué te ha pasado? Antes eras una chica encantadora...

—¡Todo ha terminado entre nosotros! ¿Por qué no lo entiendes de una vez? ¡Se acabó la diversión! Billy...

—¡Al diablo Billy! Ojalá no hubiera nacido nunca.

—¡Ojalá tú no hubieras nacido nunca! Ojalá te...

Los ojos de Franklin relampaguearon y ella retrocedió aterrada. Pero él se limitó a permanecer allí, de pie, la cabeza erguida, los brazos delgadísimos a la luz del sol, bañado en un resplandor dorado. Parecía sólo una silueta, un adolescente de veinticinco años. Se había destruido a sí mismo en su esfuerzo por no dejar de ser un muchacho, y no había nada que pudiera llenar su vacío interior. Para Carlotta era como si él hubiera muerto.

—¡Eres una mierda! —dijo él y se enfureció.

Arrojó la cerveza contra la pared, salpicándolo todo; arrancó las persianas y pateó una silla una y otra vez hasta destrozarla contra la puerta.

—¡Qué vida de mierda, de mierda! —gritaba.

De pronto, la habitación quedó en silencio. Carlotta tenía a Billy en brazos. Franklin se dio la vuelta con mucha lentitud, los músculos tensos. La apuntó con un dedo, mirándola fijo, sin quitar los ojos de los de ella, que mostraban el miedo que

sentía.

—Me las pagarás —dijo—. Vas a saber lo que has hecho conmigo.

Fue hasta la puerta, se detuvo y volvió a mirarla. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Ya verás, Carlotta. Ya lo verás.

Salió y cerró la puerta con violencia.

Carlotta se sentó a llorar en el borde de la cama; a esa edad era imposible que supiera qué necesita un hombre de una mujer para sentirse colmado por dentro, confiado, enamorado de la vida. Eso lo descubrió mucho más tarde. Pero en ese momento, con Billy en la falda, sólo era capaz de sentir odio por Franklin, de desear que se marchara lejos, lo más lejos posible. Lo único que quería era poder rehacer su vida, empezar de nuevo.

Él no regresó a casa esa noche ni la siguiente. Al tercer día le preguntó a los mecánicos. Lloyd la miró malicioso. Analizaba su figura bajo la blusa. Franklin había ido a participar en una carrera, y deseaba hacer algo que asombrara a todo el mundo. No, no estaba sobrio. Carlotta subió y se encerró con llave en la habitación.

A la cuarta noche Franklin aún no había vuelto. Carlotta abrió la ventana a medianoche para llamar a Richard y preguntarle si había algún mensaje de su marido. No. No había llamado por teléfono.

Carlotta pasó la noche temblando; tenía el presentimiento de que había ocurrido algo horrible, y no podía apartar esa idea de su cabeza. Despertó bañada en sudor. No había ningún mensaje, nadie la había llamado, ninguna noticia.

Al quinto día por la tarde, tuvo la certeza de que había pasado una desgracia. Richard y Lloyd estaban en el polvoriento camino, las caras pálidas y angustiadas; de vez en cuando alzaban la vista para mirar al apartamento. Fue Richard quien subió los destartalados peldaños y llamó a la puerta. Carlotta vaciló mucho tiempo antes de decidirse a abrir. Finalmente, abriéndose paso por medio del desorden, fue hasta la puerta.

—Franklin tuvo un accidente —explicó con torpeza.

—¿Qué dices?

—Ha muerto...

—¡No digas tonterías!

—Es verdad. Se fracturó la columna.

Las piernas parecieron no poder sostenerla. Por mala que hubiera sido su vida ahora se encontraba sola ante un precipicio. Veía a Richard como si estuviera en el interior de un túnel oscuro, incapaz de entender lo que le decía.

—Se arriesgó demasiado, más de lo que solía hacerlo. Era como... como si se hubiera vuelto loco.

—Richard...

Alcanzó a sujetarla. Carlotta comprendió que estaba a punto de desmayarse. Richard la llevó hasta la silla. Ella movió la cabeza, como si quisiera espantar un mal

sueño, pero al abrir los ojos vio a Richard arrodillado a su lado, el cabello desordenado y revuelto.

—Rodó y ya pareció no detenerse más. Rodaba y rodaba.

El cuerpo de Carlotta pareció llenarse de piedras y, demasiado niña para saber qué hacer, se sintió hundirse en aguas oscuras y profundas. Toda la habitación daba la impresión de colgar en el vacío.

—No llores, Richard, no llores, por el amor de Dios. ¿Qué va a ser de mí?

Se puso de pie. Recorrió con la mirada la habitación, el desorden en el que se había convertido su vida. No soportaba la idea de que Franklin estuviera sepultado. Era como enterrar todo aquello en lo que ella había creído una vez. Metió un poco de ropa en una maleta, tomó a Billy en los brazos y echó una última ojeada a la habitación, que olía a moho en el clima otoñal. Salió y cerró la puerta de una etapa de su vida, la de ella y Franklin. En la habitación quedaba el hedor de anfetaminas, mescalina, y hachís; había grietas en las paredes y manchas en la alfombra. Detrás, quedaban, también, los gritos y las discusiones, el odio, las escenas de celos. Todo, cerrado con llave a sus espaldas. Estaba libre.

—Richard, llévame a Pasadena —pidió.

Él la miró.

—¿Estás segura?

—Muy segura. Saca el coche.

Y así había vuelto a Orange Grove Boulevard, pero ahora tenía un niño. La familia volvió a reunirse en torno a la mesa como antes; almorzaban los domingos igual que en el pasado, pero ella no hablaba con sus padres. Y ellos odiaban al niño. Querían entregarlo en adopción, y cuanto antes mejor. En sus sueños aún recordaba a Franklin; cruzaba la calle para llamar a su puerta, tan serio y tan adolescente al mismo tiempo. Quería hablar con ella, pero estaba muerto. Y veía la moto que daba saltos y Franklin rodaba y rodaba, envuelto en los radios de las ruedas, cubierto de polvo, sin dejar de rodar jamás. Tuvo este sueño recurrente durante casi un año. Después empezó a soñar con el apartamento, con la violencia que parecía llenar esa oscura y lejana habitación. Y un día, Franklin desapareció de su recuerdo, dejando un extraño vacío hasta que, finalmente, no quedó ya nada de él.

Los cimientos de la casa se estremecieron.

Carlotta, que dormía profundamente, escuchó un extraño sonido; estaba segura de que no se trataba de un temblor, y lentamente abrió los ojos.

La pared parecía resplandecer. Un tren lanzó un solitario silbido en la oscuridad. Se levantó del sofá; el resplandor iluminaba la pared, se movió y se deslizó hacia la ventana. El tren rugió como un animal dolorido.

—¡Billy! —llamó en voz baja.

No le respondió nadie.

Miró hacia el pasillo. Estaba oscuro. Billy dormía o aún estaba en el garaje. Se puso de pie y caminó hacia la pared que no estaba iluminada.

—¡Billy!

La zona con luz se estremeció y avanzó hasta llegar a la ventana. Entonces empezó a brillar la lámpara, y detrás de ella un rectángulo de luz iluminó la pared.

—¡Santo Dios! —exclamó.

La lámpara explotó, sumiendo la habitación en tinieblas. Un resplandor azul empezó a aparecer por entre sus restos; crecía y disminuía de intensidad en medio de la oscuridad.

Carlotta gritó.

Las dos luces se fundieron en una sola, formando un resplandor verdoso entre la pared y la mesa. La habitación se llenó de una luz extraña. Sus manos estaban iluminadas en medio de la noche helada.

Poco a poco, la luz fue disminuyendo, se hizo menos brillante, más transparente. Finalmente desapareció. Y todo volvió a estar a oscuras.

La puerta de la habitación de Billy se abrió de un fuerte golpe.

—¿Me llamabas, mamá?

Carlotta estaba apoyada contra la pared y era incapaz de hablar. Tenía la frente cubierta de sudor.

—¿Dónde estás, mamá? No alcanzo a verte.

Carlotta avanzó temblando y se aproximó al pasillo. Allí divisó entre sombras la figura de su hijo. Al encender la luz, Billy parpadeó.

—¿Qué pasa? ¿Te ha vuelto a ocurrir algo?

—No.

—Escuché un ruido.

—Se cayó la lámpara.

Carlotta se recuperó de la impresión al ver que Billy se inclinaba para recoger los restos.

—¡No la toques!

El chico cogió los trozos del suelo.

—Están helados —dijo.

Carlotta sintió frío. Tiritó.

—Alcánzame una manta, por favor, Billy.

Él la envolvió en una manta.

—¿Quieres que llame a la clínica?

—No. Ya estoy bien.

Billy la miró indeciso, como si, de pronto, hubiera adquirido conciencia de que algo extraño le pasaba a su madre.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Sí. Vete a acostar.

—¿No me necesitas?

—No.

Billy se marchó a su dormitorio, y dejó la puerta abierta. Carlotta trató de dormir sentada en una silla, la manta alrededor de sus hombros, la cabeza dirigida hacia la lámpara rota en el suelo.

Sneidermann encendió el cigarrillo de Carlotta y guardó el mechero en el bolsillo. Ella parecía mucho más tranquila que durante la primera entrevista. Sin duda era inteligente, los exámenes señalaban un IQ de 125. Los ojos oscuros de la mujer seguían cada uno de los movimientos del médico. Sneidermann habló en tono relajado, restando importancia a sus palabras, técnica con la que se pretendía reducir las tensiones de su paciente.

—Todo el mundo enfrenta alguna vez en su vida una situación de pánico, algo parecido a lo que se siente al sufrir un accidente de coche. Me dijo que parecía flotar en el espacio antes de estrellarse. Ésa es una sensación típica de pánico.

—Sí, la recuerdo perfectamente.

—De la misma manera, cuando despertó en mitad de la noche también experimentó una sensación de pánico. La mente trabaja a velocidades increíbles primero, y después se serena.

Carlotta inhaló hondo. Sus ojos tenían la expresión de alguien que no cree una sola palabra de lo que se le está diciendo. Sin embargo, Sneidermann sabía que ella necesitaba que la tranquilizaran.

—¿Recuerda que me dijo que había escuchado un ruido?

—Recuerdo haber gritado.

—¿Y antes de gritar?

—No recuerdo.

—Piense. Apenas llegó aquí me dijo que había escuchado un ruido antes de que las luces se apagarán.

—Era un animal. Lo escuché muy lejos.

—No. Lo describió usted como otra cosa.

—Dije que era un sonido solitario, como el de un tren.

—Exactamente.

—¡Por favor, doctor Sneidermann! Usted sabe que no era el ruido de un tren.

—Analicemos la posibilidad de que haya sido un tren. No olvide el estado nervioso en que usted se encontraba.

Carlotta se encogió de hombros.

—Está bien —dijo.

—Un ruido extraño la despertó, algo así como temblor de los cimientos de la casa. Su mente se lanza a elaborar teorías a toda velocidad, sus pensamientos se agolpan uno tras otro con la rapidez de la luz.

—¿Y?

—Acabo de repetir lo que usted me dijo al llegar aquí.

—De acuerdo. ¿Qué más? Le escucho.

—¿Es común el ruido de un tren en West Los Angeles?

—No, al contrario, es muy desusado.

—Entiendo que a veces pasa alguno de las fábricas, ¿no es así?

Sneidermann observaba la lucha interior de la mujer por creer o dudar de sus palabras.

—Y el rectángulo de luz tiene que haber entrado por la ventana, por eso era un cuadrado.

—Pero cambiaba de forma.

—Al tomar el tren algunas curvas.

—¿Y la luz azul?

—La lámpara estaba al borde de la mesa. El tren la hizo caer al estremecer los cimientos, y antes de explotar hubo una llamarada azul. Pero en su estado de ánimo todo adquirió una dimensión desproporcionada, y tuvo la impresión de que flotaba en el aire durante largo tiempo. Pero la verdad es que todo ocurrió en escasos segundos.

—Es usted bastante convincente, doctor.

—Recuerde que cuando se rompió el parabrisas al chocar usted contra el poste de la luz, le pareció que había transcurrido mucho tiempo, y la verdad es que todo pasó en segundos. —Sneidermann sonrió—. ¿O cree que le estoy inventando una historia de ciencia ficción?

—No.

—Aunque yo no estaba en su casa anoche, me parece que mi explicación es perfectamente posible.

—Supongo que sí.

—¿O le parece más racional creer que la visitaron seres extraterrestres?

Carlotta suspiró. Estaba convencida. No era necesario que respondiera nada.

—Bueno, todo me parece claro ahora —dijo—. Creo que puedo pensar con mayor claridad cuando estoy con usted, pero si algo ocurre en casa me confundo por completo.

—Es muy comprensible, Carlotta. Pero no puede vivir en un mundo irreal.

—Por supuesto que no. ¿Pero qué sucederá si no soy capaz de razonar? ¿Si arrojo algo contra mis hijos, convencida de que son otra cosa en vez de mis hijos?

Sneidermann asintió.

—Entiendo lo que me quiere decir, pero no creo que ocurra nunca algo así.

—¿Por qué?

—Por una simple razón médica; no creo que jamás pudiera confundir a personas que son tan importantes para usted como sus hijos con algo diferente.

Carlotta se estiró en la silla y se arregló la falda, gesto que indicaba su concentración. Solía perderse en sus propias reflexiones mientras Sneidermann permanecía en silencio; de hecho, ya había aprendido las reglas básicas de las



entrevistas.

—Cada vez que mi mente me hace ver y sentir cosas que no son reales, o que sólo lo son a medias, entonces siento un gran hielo por dentro. Es como si un demonio me tuviera en la palma de su mano y se riera de mí.

La psicosis es un duro camino por recorrer, pensó Sneidermann. El tratamiento es largo y doloroso. Y las alucinaciones de Carlotta señalaban claramente que se trataba de explosiones psicópatas. Sin embargo, reclinado en una silla en su apartamento se sintió algo más optimista.

Tenía en su poder el historial médico de Carlotta Moran; no había habido antes ningún síntoma de perturbaciones mentales y, aunque no es imposible que se produzca un ataque de esquizofrenia a los treinta y dos años, las probabilidades eran mínimas. Generalmente los síntomas aparecen antes de los veinte años.

Al pensar en la última entrevista también aumentaban sus esperanzas; la distorsión de la luz provocada por un tren estaba cargada de elementos emocionales característicos de la histeria, no de la psicosis.

Sin duda, ella tenía una sensación de irrealidad a su alrededor, y la distorsión de la realidad es una de las indicaciones básicas de una psicosis; sin embargo, una vez que se serenaba era capaz de responder cualquier pregunta con absoluta lógica y sentido de lo real. ¿No lo indicaba así su preocupación por lo que pudiera ocurrirle a sus hijos? Y eso implicaba que sus ataques de enajenación de la realidad eran producto de la crisis, no de un estado permanente.

Cuanto más analizaba los textos apilados sobre su escritorio, y más verificaba sus propias anotaciones de las entrevistas, en busca de una respuesta global y tentativa, mayores le parecían las posibilidades de éxito. ¿No se había quejado ella de tener una extraña sensación por dentro durante sus ataques? Ése también era un síntoma de histeria y no de psicosis.

Se abrió la puerta y apareció Jim. El compañero de apartamento de Sneidermann sonrió amistoso y se dedicó a llenar de cosas un bolso.

Sneidermann lo observaba en silencio. El hecho de ser el único judío en el sector destinado a los médicos residentes, de vivir rodeado de hombres competitivos, la mayoría dedicados a la cirugía o a la odontología, le hacía ser educado y amistoso pero, al mismo tiempo, lejano y reservado. De todos los médicos residentes sólo unos pocos consiguen quedar en la plantilla del hospital, y ésa era su aspiración. Por eso se abstenía de la vida social para concentrarse en el esfuerzo de ser el mejor alumno de la Escuela. El placer de tostarse al sol no era para él más que un espectáculo que contemplaba desde la ventana.

—Jim, ¿no te corresponde tomar el turno por la tarde el próximo semestre?

—Sí, dentro de tres semanas. ¿Por qué?

—¿Cambiarías de horario conmigo?

—Encantado. ¿Puedo preguntar cuál es la razón?

—Ninguna en especial, pero hay un caso que me interesa mucho.

—De acuerdo.

—Gracias.

Jim se despidió con un gesto de la mano y se marchó. Abajo había chicas que llevaban raquetas de tenis y que reían con sus amigos. Sneidermann cerró la puerta.

Carlotta Moran lo intrigaba cada vez más. No podía dejar de pensar en ella. Se sentó, pero estaba demasiado inquieto y pronto comenzó a pasearse por la habitación.

La mujer tenía miedos, sí, pero no fobias. Y sus temores se centraban en objetivos bien precisos. ¿Obsesiones, compulsiones? No. Sneidermann consultó algunos textos tomando notas. Tampoco era depresiva. ¿Ansiedades? Sin duda. Subrayó la palabra «neurosis histérica» al pie de una página, y se detuvo a reflexionar.

Tenía que tratarse de una neurosis, porque era provocada por un mecanismo inconsciente, y ella detestaba los síntomas. Había, también, elementos histéricos, ya que los síntomas comenzaban y terminaban con periodos de intensa excitación sexual. Una vez que se tranquilizaba, sus procesos mentales volvían a ser normales. Sneidermann se frotó los ojos. Su mente parecía funcionar independientemente de su voluntad.

De alguna manera, Carlotta era semejante a esos edificios que existen en los barrios pobres de Los Angeles, y que tienen algún defecto de construcción. Pueden permanecer en pie diez o veinte años sin problema pero, de pronto, se resquebrajan cuando el resto de las construcciones permanece en pie. Ella se había venido abajo en medio de una nube de escombros, y sólo quedaban los andamios de lo que hasta ahora había sido una personalidad estable.

¿Qué le había pasado? ¿Y por qué?

Intentó concentrarse en sus otros casos, escribir una carta a su familia, pero todo fue inútil. Finalmente, metió un par de zapatillas y una camiseta en un bolso y se dirigió al gimnasio. Durante una hora estuvo arrojando una pelota contra la pared.

*11 de noviembre de 1976. 8:16 de la tarde.*

Una incierta oscuridad rodeó la casa de Kentner Street, tragándola con su neblina día y noche. Era densa y parecía impenetrable. La aislaba del mundo real. Cualquier cosa, el cartero, un niño en patines, se veían como si estuvieran a una gran distancia, lejos de la cavidad que envolvía la casa, desesperantemente lejanos e irreales.

No importaba que la televisión estuviera encendida, o que Billy se encontrara en casa, o que Carlotta procurara ocuparse en algo. Todo daba lo mismo. Ya no estaban solos en la casa.

En la noche del 11 de noviembre, Carlotta se sentó en el sofá para remendar camisas y pantalones. Las niñas dibujaban en el suelo y Billy revolvía un cesto de calcetines limpios en busca de un par.

—¡Vaya! —dijo Carlotta.

Billy la miró.

—Mira.

El muchacho se dio la vuelta. Había una grieta en el techo y diminutos trozos de cemento caían sobre la alfombra. Todos la miraron perplejos, porque la grieta se iba haciendo cada vez más larga. Adquirió la forma de una serpiente y después se detuvo. Desde el techo, negro, incompleto, llovían trozos de cemento por la abertura.

—¡Santo cielo! —exclamó Billy entre dientes.

Carlotta logró, finalmente, apartar los ojos del techo. La casa parecía muy frágil. Y la noche todopoderosa.

—¿Qué significa esto, Billy? —preguntó.

—Nada más que una grieta.

—No sé, parece tan...

No acabó la frase. Las niñas parecían asustadas.

—Mamá —dijo Julie—, hay alguien en la ventana.

Carlotta se dio la vuelta.

—¿Dónde?

La noche reflejó su propia imagen, una mano en la garganta, preparada para huir en cualquier momento.

—No lo sé —respondió Julie vacilante.

—¿Cómo que no lo sabes?

Carlotta no quitaba los ojos de las dos ventanas.

—Yo...

Billy fue a la ventana, se inclinó hacia afuera con las manos en torno a los ojos para evitar los reflejos; lanzó un grito, abrió los cristales y agitó los brazos. Hubo un largo silencio. Sólo se escuchaba el canto de los grillos.

—Julie, estás viendo fantasmas —dijo saltando alegre a su alrededor—. Pero deja de decir tonterías, mamá no quiere oír mentiras. ¿Comprendes? Es muy importante.

—No era mentira —dijo Julie.

Carlotta tembló y fue a ver el termostato.

En voz muy baja, Billy preguntó:

—Dime la verdad, Julie, ¿has visto algo o no?

—No lo sé...

—¡Billy! —llamó Carlotta.

El termostato se agitaba enloquecido; el dial subía y bajaba dentro del soporte de metal. Billy lo miró por sobre el hombro de su madre y extendió una mano.

—¡No lo toques!

El muchacho se detuvo y retiró la mano. Dijo:

—Supongo que algo le pasó al soporte. Yo no entiendo mucho de termostatos, pero creo que no tiene nada que ver con el calor. Tal vez se pudrió el metal.

—El metal no se pudre...

—Bueno, corroído, ya sabes lo que quiero decir. Para eso hay esa pequeña cinta.

—¿Para qué?

—Para cuando se descompone el termostato.

—Bueno, parece haberse tranquilizado ahora.

El dial se estabilizó en los veintidós grados, descendió un poco y volvió a subir.

—Parece que ha vuelto a funcionar. ¿Es normal que señale veintidós grados?

—Cierra la ventana, por favor, Billy —dijo Carlotta dándose la vuelta.

—Sí, hay corriente de aire.

Cerró las ventanas mientras Carlotta se sentaba en la mecedora y se mordía el labio.

—Baja también las persianas, por favor.

El chico obedeció. Se hizo un grave silencio. Tanto, que los oídos parecían dolerles.

—Mañana arreglaré el techo —dijo Billy—. Puedo conseguir algo de cemento por la tarde.

—Está bien.

Pero Carlotta parecía ajena a todo, el rostro tenso, el corazón dándole saltos en el pecho.

—Julie, juguemos —propuso Billy.

Sacaron una baraja.

—Ya sabes cómo se juega. Tienes que deshacerte de todos los corazones —  
explicó Billy.

Carlotta los miraba y escuchaba desde kilómetros de distancia.

—La reina de picas es la bruja, tienes que deshacerte de ella.

—Santo Dios... —suspiró Carlotta.

—Tienes dos tréboles, bájalos.

—Santo Dios...

Carlotta se hundió en la mecedora, el rostro hinchado en las sombras. Apenas los  
oía jugar. Esperaba.

Una ranura larga e iridiscente, parecida a una anguila roja, se abría paso por entre la maleza. El océano era inmenso, transparente y cálido. Los peces nadaban todos al mismo tiempo por entre un cañón formado por rocas de coral azul y sus sombras se reflejaban en la arena del fondo. Buscaba algo. En la boca de las cavernas había piedras brillantes, perlas relucientes en el agua azul...

Sonó el teléfono.

Carlotta se sobresaltó y se cubrió la cara con las manos. La luz del sol entraba por las ventanas. Billy estaba sentado en la mecedora, comía *corn flakes* y miraba una carrera de coches en la televisión.

—¿Qué te pasa?

El teléfono volvió a sonar.

—Estaba soñando.

Se levantó del sofá. Intentaba recordar el sueño. ¿Dónde iba el pez? ¿Por qué todo era tan bello? La campanilla sonó una tercera vez y el sueño se desvaneció.

—¡Jerry! —Aproximó el auricular lo más que pudo para escuchar mejor—. ¿Dónde estás? ¿En Saint Louis? ¿Que deberías estar en Seattle? ¿Qué dices? ¿Estás haciendo balance? Bueno, trata de no enviar a nadie a la cárcel...

Enroscó el cordón en los dedos. A Billy le parecía como una estudiante emocionada ante su primera cita con un muchacho y ese espectáculo le disgustó, sin que supiera precisar bien por qué. Miró hacia otro lado.

—¡Oh, Jerry, eso es la próxima semana! —Dijo sonriendo pero con la voz cargada de tensión—. El día 19... ¿Qué?... Sí, comprendo... Por supuesto... Iré a esperarte al aeropuerto.

Estaba completamente despierta. Nerviosa, llena de ansiedad. Sólo tendría que aguantar unos pocos días más. Aturdida, indicó a Billy que bajara el volumen de la televisión, pero el rugido de los motores y del público siguió escuchándose igualmente.

—¡Me alegro tanto de escucharte! ¿Qué?... Sí, yo también... No puedo hablar ahora... no estoy sola...

Se rió. Billy apagó el televisor y se marchó de la habitación.

—Julie quiere saludarte —prosiguió Carlotta.

La niña tomó el teléfono con las dos manos, los ojos brillantes de excitación.

—¿Qué?... ¡No te oigo!... Estaba jugando... ¡jugando! Con Kim... Sí... Te echo de menos... Te mando un beso... —E hizo el ruido de un beso. Después escuchó con gran atención—. Quiere hablar con Kim.

Carlotta aproximó el aparato al oído de Kim y dijo:

—Saluda a Jerry.

—Hola.

Se escuchó la risa de Jerry al otro lado de la línea.

—Pregúntale cómo está —sugirió Carlotta.

—¿Cómo estás? —preguntó Kim con voz insegura.

Carlotta le quitó el teléfono.

—¿Estás seguro?... Sí, está aquí. Lo llamaré, espera un minuto.

Billy no estaba en la habitación. Cubrió el auricular con una mano y llamó:

—¡Billy!

—Se marchó al garaje —dijo Julie.

La cara de Carlotta se oscureció. Quitó la mano con que cubría el teléfono, sonrió y explicó:

—Me parece que ha salido... ¿Qué?... No, creí que estaba en casa... Sí, me acuerdo muchísimo de ti. Sí, por supuesto que sí... Jerry, por favor, ten cuidado. No... Odio despedirme... Será hasta la próxima semana —y en voz muy baja dijo—: Te amo... Adiós.

Estuvo con el auricular en la mano un largo momento antes de colgar. Suspiró.

—Qué bueno que llamara, ¿no? —dijo Julie.

—Sí —respondió Carlotta y estalló en una carcajada.

Se sentía llena de proyectos; tenía que comprar una blusa nueva y una falda, algo con bordados. Pero ¿de dónde sacar dinero? Tendría que conformarse con la blusa. Compraría una que fuera muy alegre. Podía ver a Jerry bajar del avión y saludarla con la mano, ese gesto suyo tan infantil, y después la abrazaría. Irían a algún sitio. Y vio otras imágenes de lo que ocurriría después. Sonrió.

Carlotta cruzó las piernas. Estaba extraordinariamente bella ese día. Un bronceador había oscurecido la frente y las mejillas, los brazos y las piernas. Sus ojos parecían más oscuros que nunca. Miró fijamente a Sneidermann.

—Bien, doctor, creo que ya tiene los resultados de todos los análisis. ¿Cuál es mi enfermedad?

Sneidermann se balanceó en la silla. Era un gesto igual al que hacía su supervisor, pero en vez de calmarlo le hizo sentirse ridículo. Buscó varias carpetas en su archivo y abrió la primera.

—No tengo todas las respuestas, Carlotta, pero sí sé que no tiene usted ningún problema orgánico. Y, hasta donde se puede saber, su intelecto funciona tan bien o mejor que el de cualquier persona normal.

—¿Y entonces?

—Eso significa una sola cosa.

—¿Qué?

Que tiene usted un pequeño problema psicológico, algún conflicto de tipo emocional. Tanto los exámenes como lo que me ha contado así parecen indicarlo.

Carlotta sonrió. Y el médico pensó que algo le había ocurrido, algo que la llenaba

de vitalidad, de confianza en sí misma. Por primera vez parecía tomar su problema con sentido del humor. Se preguntó a qué se debería su optimismo.

—Espero que no le importe, doctor, si le digo, que lo que acaba de decirme me parece incomprensible.

Sneidermann lanzó una carcajada.

—La explicación es muy simple. Hay ciertas experiencias de nuestras vidas que no desaparecen, siguen en nuestro interior y, por alguna razón específica, vuelven a hacerse presentes. Al reaparecer provocan confusión, ansiedad, incluso alucinaciones.

—¿Así de simple?

—Muy por el contrario. Es como si estuviéramos acribillados, llenos de balas. La parte consciente actúa en forma normal; pide una hamburguesa, lee el periódico, regaña a los críos. Pero alguna experiencia anterior muy profunda, perfectamente estructurada, se cuelga como un mago por una puerta cerrada y nos domina en determinados momentos por razones específicas que todavía desconocemos.

Carlotta sonrió, pero sus manos se agitaron nerviosas sobre la falda.

—¿Qué piensa hacer conmigo? ¿Hacerme un electroshock?

Una profunda compasión sacudió a Sneidermann.

—¡No, no! Nada de eso. Quiero que piense que vamos a poner un remedio en su desperfecto interior. Pero es su consciente el que tendrá que descubrir dónde está el daño.

Los ojos de Carlotta se llenaron de lágrimas. La idea de que estaba enferma se le hizo patente, avergonzándola. Sneidermann se dio cuenta de que lo único que podía hacer era tranquilizarla. Ella se puso de pie y él la acompañó hasta la puerta.

—Hasta pronto, Carlotta. La veré mañana para empezar el tratamiento.

—Adiós, doctor Sneidermann.

Sonrió desganada y salió con paso ágil. Se había marchado antes de que él pudiera decirle nada más.

Sneidermann dedicó la hora siguiente a poner al día sus apuntes en el despacho. Era casi la hora de comer, pero no tenía hambre. En una de las salas de conferencias tenía lugar la presentación de un caso, un niño autista de siete años. Sneidermann decidió asistir, al menos durante un rato.

Abandonó el despacho y fue al *hall* principal para buscar café y una tableta de chocolate en una de las máquinas automáticas. Al abrir la puerta del vestíbulo exterior vio a Carlotta, que miraba las puertas de cristales, detrás de las cuales se extendía la negrura de la noche. Estaba tan próxima a los cristales que se la veía reflejada de cuerpo entero. Parecía tener miedo de salir al exterior.

Sorprendido, Sneidermann exclamó:

—¡Carlotta! ¿Le pasa algo?

Extrañada, se dio la vuelta.

—No me han venido a buscar. Y no sé qué pueda haberle pasado a mi amiga, suele ser muy puntual, siempre que su coche funcione...



Sneidermann reflexionó un segundo; tenía guardia toda la tarde y no podía acompañarla a casa. Preguntó:

—¿Quiere llamarla por teléfono?

—Sí, por favor.

Volvieron al despacho. Ella llamó a Cindy y esperó. No hubo respuesta. Colgó. Miró desolada al médico. Sneidermann pensó que ninguno de los dos tenía dinero para pagar un taxi. Miró el reloj.

—¿Vive en West Los Angeles?

—Cerca de la autopista.

Sneidermann se inclinó sobre el escritorio y habló por el interfono.

—Por favor, diga a Tell Boltin que estaré ausente durante una media hora —dijo a la enfermera—. Que me reemplace.

Salieron juntos y abrió la puerta de su coche para que ella entrara.

—Lamento tener que molestarlo.

Sneidermann hizo un gesto para desechar sus disculpas.

Ella se sentó en el asiento del pequeño MG y Sneidermann se instaló a su lado, cerró la puerta con fuerza y puso en marcha el motor. El MG salió rugiendo del estacionamiento y se abrió paso por entre los otros coches.

—Ésta es la prueba definitiva para descubrir el grado de confianza que me tienen mis pacientes. Conduzco a toda velocidad.

Carlotta permaneció en silencio. Él se sintió absurdo por haber tratado de hacerle una broma. Fueron hasta West Los Angeles en silencio, el MG abriéndose paso por entre el tráfico como si fuera un bailarín de *ballet*.

Al llegar a Wilshire Boulevard había tal aglomeración que tuvieron que detenerse. Todos los meses se alzaban nuevos rascacielos en esa calle, como si nunca alcanzaran a cubrir la demanda de la población.

—¿Es usted nativa de Los Angeles?

—¿Cómo dice?

—Si ha nacido aquí.

—Nací cerca, en Pasadena.

Sneidermann buscó sus cigarrillos, no encontró ninguno y dijo:

—Usted es la primera persona que conozco que dice haber nacido cerca. En esta ciudad hay millones de personas, y todos vienen de alguna otra parte.

Carlotta sacó un paquete de cigarrillos de su bolso y le ofreció uno. La capota estaba descubierta y la brisa les revolvía el pelo. Sneidermann la miró por un momento. Se veía muy atractiva allí a su lado, en el asiento delantero del coche.

—Bueno —dijo ella—, también he vivido en Nevada.

—¿En Las Vegas?

—No, en el desierto.

—¿Y qué estaba usted haciendo allí?

—Vivir.

Carlotta inhaló profundamente el humo de su cigarrillo y se relajó contra el asiento, la cabeza apoyada en el respaldo.

Los Angeles pasaba a su lado ante las ventanillas.

Sneidermann se equivocó de camino al intentar cruzar por el sector industrial. Maldijo en voz baja y tuvo que retroceder hacia Colorado Avenue.

—¿Así que es usted de Pasadena? —dijo Sneidermann—. Tengo entendido que allí sólo vive gente adinerada.

—No toda, pero desde luego hay familias de enorme riqueza.

Carlotta hablaba con toda naturalidad. Parecía más relajada fuera del despacho. El médico captó que ella parecía tener un nuevo ritmo interior, algo que jamás había aflorado en el ambiente artificial del hospital. ¿Dónde estaba la auténtica Carlotta? ¿Aquí o era más bien la mujer formal del despacho, un ser aterrado por fantasmas y por el ambiente de la clínica?

—Me gustaría preguntarle algo, por simple curiosidad.

—Pregunte —respondió Carlotta.

—En el formulario del hospital usted dijo que vivía del seguro de desempleo...

—Y así es.

—¿Por qué?

Carlotta lo miró sorprendida.

—Porque no tengo dinero —respondió.

Sneidermann rió nervioso al pensar en el pobre papel que estaba desempeñando ante ella.

—¿Y no podría pedir ayuda a sus padres?

Carlotta reflexionó un momento antes de encogerse de hombros y mirar el tráfico por la ventanilla.

—No quise molestarlos —dijo.

—¿Por principios?

—No. No quería su ayuda.

Hubo un largo silencio. Sneidermann tuvo la sensación de que ella había dicho cuanto estaba dispuesta a decir. No dejaba de ser curioso lo diferente que le resultaba Carlotta fuera del hospital; menos nerviosa, tal vez más introvertida pero sin gestos externos que delataran su ansiedad. Por un momento, él se sintió como pez fuera del agua; prefería relacionarse con la gente, especialmente con las mujeres, en el ambiente formal del hospital. Carlotta suspiró.

—Cuando vivía en Nevada tuve la suerte de vivir con un hombre extraordinario, el padre de Julie y Kim. Con él aprendí la importancia que tiene ser independiente. —Lo miró a los ojos—. El seguro de desempleo es algo temporal, doctor Sneidermann, pronto encontraré trabajo, apenas me haya graduado en la escuela de secretarías.

El médico sonrió.

—Ésa sí que es una buena noticia —comentó.

—¿Por qué?

—Porque la permitirá recuperar su independencia, saber quién es usted y qué desea. —La miró de reojo—. Podrá sacar adelante a sus hijos con su propio esfuerzo.

Carlotta bajó los ojos, como si se sintiera triste, pero casi de inmediato sonrió.

—Me alegra mucho que usted esté contento de mí —dijo en voz baja.

Sneidermann no hizo ningún comentario; sin embargo, algo en su interior se agitaba ilusionado: sus intuiciones habían sido acertadas. Tenía que saber más sobre Carlotta, no como una paciente más, sino como ser humano. En esos minutos mientras la llevaba en coche por las calles cada vez más oscuras de West Los Angeles, había descubierto en ella otras dimensiones, aspectos que antes sólo presentía. Si se hacen mil preguntas durante una entrevista, las respuestas que se obtienen son sólo una infinitésima parte de las que se obtienen al establecer contacto humano con esa misma persona. Hay cambios incluso en la manera de hablar, en el modo de relacionarse y desaparecen también los artificios.

—¿Doctor Sneidermann?

—Dígame.

—Mi tratamiento será largo, ¿verdad?

El médico pensó un segundo. En el despacho le habría dado una respuesta rápida, incisiva; aquí creía que era preferible decirle la verdad. Siempre es bueno que el paciente sepa qué es lo peor que puede esperar. Deseaba poder ofrecerle algo de esperanza, tranquilizarla para que no tuviera miedo.

—Puede ser largo —respondió finalmente.

—¿Meses?

—A veces dura más que algunos meses.

Ella se mordió un dedo y evitó mirarlo. Dijo:

—No puedo dedicarle meses al tratamiento.

—¿Por qué no?

—Porque Jerry volverá a casa pronto.

—¿Quién es Jerry?

—Mi amigo. Vuelve la próxima semana, se quedará sólo una noche esta vez, pero pronto vendrá para no marcharse ya.

—¿Cree que no podrá entender que usted está enferma?

Carlotta negó con la cabeza.

—No le gusta cualquier cosa que tenga que ver con enfermedades mentales. Su madre se suicidó.

Siguieron en silencio por Kentner Street hasta que Carlotta le señaló su casa con un gesto.

«Es una casa como hay miles», se dijo Sneidermann. No tenía nada que pudiera convertirla en el escenario de los terrores de Carlotta. No había luz en el interior y se preguntó dónde estarían los chicos. Apagó el motor. Y, para su sorpresa, ella permaneció sentada a su lado.

—Doctor...

—Diga.

—No entiendo lo que me pasa.

Una cosa tan simple de decir y, sin embargo, qué abismos de desesperación había detrás. Sneidermann sintió una honda compasión por ella.

—Tengo que estar loca —prosiguió Carlotta despacio— para ver y sentir todas esas cosas...

Lo miró. Tímida, vulnerable, en espera de una respuesta, probando sus reacciones.

—Hay mucha gente, Carlotta, que ha visto y sentido cosas. Cosas que no existían.

—No le creo.

—Nunca miento. Escuche, Carlotta, en esa clínica en la que nos conocimos hay una mujer de cincuenta y tres años que habla con un niño inexistente, lo cuida, cambia sus pañales y todo. Y no hay ningún niño. Tenemos, también, a un chico de diecisiete años que trepa escalones que no existen, que choca contra puertas donde no las hay, que se golpea con sillas en espacios vacíos. Otro hombre, un anciano de setenta, tiene miedo de un príncipe renacentista que lo sigue por todas partes, incluso hasta el dormitorio. Son cosas que pasan. Y cada paciente está convencido de que lo que ve, huele o palpa no es una alucinación.

Carlotta no dijo nada durante un tiempo. Después comentó:

—Entonces yo estoy igual que ellos.

—Con una diferencia.

—¿Cuál?

—Ellos están en el manicomio y usted no.

Carlotta giró la cabeza para mirarlo.

—¿Y qué le hace pensar que no terminaré también yo en un manicomio el día menos pensado?

—No es un sino al que no se pueda escapar. Además, usted ha dado los primeros pasos para curarse y, por otra parte, creo que es básicamente normal.

Carlotta se estremeció antes de sonreír para agradecer.

—Gracias, doctor Sneidermann. Creo que me ha hecho sentir casi como si estuviera sana.

—Me alegro.

Se bajó para abrirle la puerta del coche, pero ella ya se había bajado cuando él llegó a su lado. Una mujer independiente, sin duda, pensó Sneidermann.

—Buenas noches, Carlotta.

—Buenas noches, doctor.

Él se despidió de ella con un saludo de la mano, encendió el motor y se marchó. Durante la fracción de un segundo alcanzó a ver su silueta en el retrovisor, después giró y la imagen desapareció. Hacía mucho tiempo que Sneidermann no se sentía tan contento.

La luna colgaba como una naranja sobre el cielo de West Los Angeles y había trazos de nubes marrones en el horizonte.

Carlotta caminaba entre Julie y Kim por esas calles oscuras, bajo un cielo escarlata. Ya estaban encendidas las luces de las calles, que las hacían aparecer muy blancas y con los labios negros.

Había algo iridiscente en el aire, la sensación de que no todo estaba normal sobre las largas sombras de las palmeras y las fachadas oscuras de las casas. La oscuridad era cada vez mayor. El follaje de las hojas daba la impresión de estar apestado. La acera estaba bordeada de florecientes ponsetias sacudidas por la brisa vespertina, los cercos relucían, fríos y húmedos.

—¿Dónde está Billy? —preguntó Carlotta.

Sus pasos resonaban en la noche. Ya se encontraban próximos a la esquina de Kentner Street y Carlotta tenía miedo de entrar en la casa.

Después de haberse despedido del médico, había descubierto a Julie y Kim a oscuras abrazadas sobre la desvencijada alfombra de la entrada. No querían estar solas en la casa. Le dijeron que Billy se había marchado después de regresar del colegio y no sabían dónde estaba.

—No lo sé —respondió Julie, asida con fuerza a la mano de su madre—. Prometió que volvería.

—Tengo miedo —dijo Kim.

Carlotta retrocedió algunos pasos.

—Por supuesto que Billy volverá a casa, pero ya debería haberlo hecho a estas horas —dijo.

—¿Por qué? —quiso saber Kim.

—Porque no se puede dejar sola a mamá.

Allí estaba su casa, al final de la calle. Y a pesar de que el doctor Sneidermann la había convencido de que sus terrores se originaban en el interior de ella misma, y no tenían nada que ver con la casa, al verla sin luz, un rectángulo negro recortado contra el fin del camino, la estructura de madera apoyada en el terreno baldío, tuvo una sensación indescriptible. Entonces supo que si Billy, por alguna razón desconocida, no regresaba pronto, pasarían la noche en la calle. Jamás se atrevería a entrar en esa casa sin él.

—¡Señor Greenspan! —Llamó a la puerta, que tenía una maciza aldaba de estilo europeo—. ¡Señor Greenspan!

No hubo respuesta.

—Supongo que habrán salido —explicó.

Volvió a caminar distraída por la acera.

—¡Ahí está! —exclamó Julie, señalando con el dedo.

—¿Dónde?

—¡Allá!

Bajo los sombríos olmos, simples siluetas negras en la oscuridad, avanzaba Billy

y su manera característica de andar lo hacía perfectamente reconocible en la distancia. Al verlos disminuyó el paso y les contempló molesto, la cara sin el más mínimo color al ser iluminada por la lámpara. Torció los labios en una sonrisa nerviosa.

—¿Dónde has estado, Billy? —preguntó Carlotta.

—Reuniendo piezas sueltas para tu Buick...

—¡Sabes que no debías dejarme sola! Te lo he dicho. ¡Son órdenes del médico!

—Lo siento, pero...

—¿*Lo sientes?* ¿Qué crees que puede hacer por mí un par de niñas pequeñas si me pasa algo?

—Nada.

—Así es, Billy, nada. Y por eso vas a escucharme de una buena vez. Tú eres el hombre de la casa y ya es hora de que empieces a comportarte como tal. Ya no eres un crío.

—¡Pero, mamá, era *tu* Buick el que estaba tratando de arreglar! Después de todo, ¡no fui yo quien lo estrelló contra un poste!

Carlotta cogió a las niñas de la mano. Luego, dijo:

—Entremos en casa, hace frío.

Al encender las luces, las lámparas parecieron incapaces de disipar la oscuridad. Carlotta estaba furiosa y las niñas se daban cuenta de que también tenía miedo.

—Necesitamos mejor iluminación aquí —comentó.

El *living* estaba lleno de ropa de Carlotta; había revistas y frascos sobre la mesa. Ella ya nunca entraba al dormitorio; si necesitaba algo, Billy o Julie iban a buscarlo. El desorden era el mejor indicio de que las pesadillas nocturnas se habían infiltrado, también, en sus vidas diarias.

—Julie, ¡por el amor de Dios deja de mirarme de esa manera! ¿No tienes ningún otro lugar adonde ir?

Julie contempló perpleja a su madre. Ella y su hermana esperaron que un signo, una señal, les hiciera saber que ahora que Billy estaba en casa ya no había nada que temer. Pero no hubo gesto alguno.

—¿Qué hacen ahí? —gritó Carlotta.

Julie se marchó a su dormitorio con la sensación de ser culpable de algo horrible; sabía que su madre no era responsable de lo que pasaba y Kim tampoco. ¿Quién lo era, entonces?

Carlotta se dejó caer en la mecedora y apoyó los pies sobre la mesa. Encendió un cigarrillo. Billy estaba de pie en medio de la sala y Kim, después de corretear por el pasillo, terminó por marcharse al dormitorio. Al menos, con Julie podría entretenerse.

—No me he portado muy bien, ¿verdad? —dijo Carlotta en voz apenas audible.

—No —respondió Billy.

El chico se sentó en el sofá y cruzó las piernas. Apenas resultaba visible en la habitación en penumbras.

—Eres franco pero mal educado.

Carlotta aspiró el humo del cigarrillo. La casa estaba tranquila. Billy permanecía inmóvil en espera de alguna agresión de parte de su madre, y preparó sus defensas.

—Estás harto de todo esto, ¿no es así? ¿Por eso te escapas de casa y no vuelves hasta tarde?

Billy no respondió. Jugueteaba con un cenicero.

—Reconócelo. Tu madre está loca y eso te avergüenza.

—No me avergüenza.

—No te he oído.

—Dije que no me avergüenza, que siento pena por ti.

Se quedó en silencio, malhumorado. Y Carlotta no pudo descubrir qué pensaba su hijo. Mientras jugueteaba con el cenicero, los músculos de sus antebrazos se henchían y distendían. Las sombras no le permitían verle los ojos.

—También anoche estuviste fuera hasta tarde.

—Estaba en el garaje.

—¡No es verdad! Cindy estuvo en el garaje hasta después de las seis de la tarde.

—Estaba en el garaje de Jed.

Carlotta dejó de mirarlo. Aspiró una última chupada del cigarrillo y lo apagó. Sus ojos quedaron prisioneros del resplandor rojo de la ceniza agonizante. Muy serena dijo:

—Billy, te necesito. Puede que te resulte repulsiva, pero piensa en lo que esta enfermedad significa para mí. Tengo que salir adelante por tus hermanas, ¿comprendes?

—Sí.

—Tendrás que ser valiente, Billy. No me falles, y recuerda que ésta es la primera vez que tengo que pedírtelo. Siempre te has preocupado de mí. Además, no tengo a nadie a quien pedir ayuda.

—Lo siento, mamá, ya te he dicho que lo siento.

—Fuera de Cindy y de ti, tal vez el doctor Sneidermann, no cuento con nadie más. Ni siquiera con el matrimonio Greenspan.

—Perdóname.

—No estoy enojada contigo. Sólo quiero saber tu horario y que lo cumplas. Eso no quiere decir que tengas que estar aquí todo el día. Ya buscaremos un procedimiento que pueda ser conveniente para los dos.

Carlotta le sonrió. El muchacho había pasado bien la prueba, aceptando sus responsabilidades como un adulto. Seguía sentado, las piernas cruzadas, la expresión contrita.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No. Pero era *tu* Buick el que estaba reparando, por eso me atrasé.

—Lo sé, pero te necesito en casa, Billy. Estoy muy nerviosa, eso es todo.

Billy estuvo un rato frente al televisor, después lo apagó y se puso de pie. Dirigió

una mirada a la habitación desordenada y después a Carlotta.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches.

Cuando Billy estuvo en cama, Carlotta fue al dormitorio de las niñas. Julie había metido a Kim en cama y cada una se encontraba recostada en su propia cama. Las miró apenada. ¿Qué les estaba haciendo a sus propias hijas? Los niños siempre se sienten responsables de todo lo malo que ocurre; la situación se había convertido en un túnel oscuro que amenazaba con devorarlos a todos. Las arropó con las mantas y les dio un beso de buenas noches. Julie le sonrió entre sueños.

—Deja la puerta de tu dormitorio abierta, Billy. Cuando te duermes no hay quien te despierte.

—De acuerdo.

Carlotta apagó la lámpara, los restos de aquella que se había caído la otra noche. La pantalla estaba sujeta con adhesivos, los alambres reparados de cualquier manera y había una nueva bombilla. La suave luz amarillenta hacía que la habitación tuviera un aspecto menos lúgubre. La casa estaba en paz. Se quitó la falda y blusa, se puso una camisa de dormir y se cubrió con la bata. Esperó que llegara el sueño.

«Ésta es mi cárcel», pensó. «No puedo ir sola a ninguna parte, soy incapaz de dormir por las noches, estoy llena de sombras siniestras, me siento aislada. En autobús a la escuela, a la clínica y de vuelta a casa. Para estar aún más aislada». Pensó que no habría alivio para ella hasta que Jerry no volviera. Sus pensamientos se fueron haciendo menos amargos, más vagos y, finalmente, sintió que le pesaban los brazos y las piernas.

Se quitó la bata y se metió entre las sábanas que cubrían el sofá. Tenía puesto el camisón azul, que a Jerry le encantaba y que ella se ponía siempre que él volvía a casa. Próxima a su piel le daba la sensación de que él estaba allí para protegerla. Lentamente se sintió sumergir en el túnel que conduce a las regiones del sueño.

Ideas vagas pasaron por su cabeza: Sneidermann en un diminuto despacho blanco; el autobús caracoleando hacia la escuela de secretarías; formas y figuras que iban y venían por detrás de sus ojos cerrados. Por fin se durmió.

El olor llegó primero. Era como una lava fría e invisible que reptara desde el pasillo por entre las sombras hasta llegar al *living* para cubrirla. Daba la impresión de irse solidificando a su alrededor. Se quedó paralizada, los miembros yertos. Luces brillantes danzaban ante sus ojos.

Y *él* se rió. Se aproximó a ella y alzó su camisón. Carlotta parecía haberse convertido en una figura de plomo, incapaz de mover un músculo. Y entonces *él* le cubrió la cara con el camisón y aprisionó sus brazos con la tela. Se deslizó sobre ella. Una nube cálida y acariciadora le recorrió el pecho.

—*Estás loca* —murmuró el viento—. *Loca, loca...*



Carlotta intentó dar patadas, pero sus piernas no le respondían, como si estuvieran bajo una gran masa de agua de mar. *Él* volvió a reír. Una mano invisible le acarició el vientre con sus dedos. Ella quiso gritar, se estremeció, la nariz llena de moco. El cuerpo metió un trozo del camisón en la boca de Carlotta, que se retorció, sin poder ver nada.

—*Tranquila*—murmuró la voz lejana—. *Despacio y tranquila...*

Un dolor extraño y perturbador la recorría desde el vientre a los senos. Sus pezones se pusieron erectos.

—*Sé buena... sé buena... tranquila ahora...*

Sintió la caricia de la lengua. Carlotta intentó alzarse, pero fue brutalmente obligada a recostarse de nuevo. La tela del camisón le oprimía la boca. Luces bailaban en uno u otro diseño, luces que daban vuelta por su cerebro aturdiéndola. Sintió que iba a vomitar. Algo caliente, ácido le subió hasta la boca.

—*¡Vamos, perra, colabora!*—gritó una voz senil.

Y entonces, *él* la penetró. Un pene frío, ancho, áspero. Cada sonido se hizo más lejano. Se sintió desvanecer. Cada ruido provenía de una distancia mayor. Sólo el dolor era real. Ese dolor que no terminaba nunca.

—*¡Ahhhhh!*

Hubo un estremecimiento. Después *él* se quedó quieto. Se sintió sucia con una sustancia fría, viscosa, hedionda. Tuvo náuseas. Una voz apasionada y ronca le susurró:

—*¡Muy agradable... muy agradable! Puedes decir a tu médico que eres muy buena en la cama...*

Y se marchó. El peso desapareció de encima de su cuerpo y el camisón se cayó de sobre su cara. Lentamente bajó las manos. Tenía el rostro cubierto de sudor, el cuerpo amoratado, frío y húmedo. Temblorosa, se cubrió el cuerpo magullado con el camisón. No sabía si, en algún momento, había estado inconsciente, o durante cuánto tiempo. No tenía fuerzas. Estaba como muerta.

—*¡Billy!*—llamó con voz enronquecida.

No hubo respuesta. La oscuridad era total. Se daba cuenta de que sólo tenía un hilo de voz. La lámpara no tenía la luz encendida. ¿Ella la había apagado? Billy. Avanzó unos pasos en dirección al pasillo. Billy. Cayó al suelo desmayada. Y allí la encontraron a la mañana siguiente.

Sneidermann miraba sorprendido las hinchazones en torno a los ojos de Carlotta, pero lo que más le preocupaba era la expresión de pánico de su mirada. Nada parecía poder calmarla. La comunicación de dos seres inteligentes que se había establecido entre ellos había desaparecido. Ahora se trataba de encontrar una respuesta a ciegas, por distorsionada que fuera. Supo de inmediato que algo había ocurrido al ver entrar a

Carlotta al hospital acompañada de Cindy. Lo único que podía hacer por el momento era procurar calmarla, hacer que hablara para formarse una idea de lo ocurrido.

Carlotta hacía esfuerzos en vano por encontrar las palabras que buscaba.

—Fue como una ola. Es todo lo que recuerdo.

—¿Qué le hace pensar que no se trataba de una pesadilla?

—No... Llegó... ¡Y yo estaba despierta! No puede haber sido un sueño...

—Está bien Carlotta, cuénteme qué pasó.

—Él me abrazó.

—¿Él? ¿Cómo sabe que era un hombre?

—¡Doctor, por el amor de Dios!

Sneidermann se inclinó hacia ella y le habló con mucha calma.

—Antes dijo que había sido como una ola, y después se refirió a esa sensación como si se tratara de un ser humano.

Carlotta lo miró horrorizada. Se aferró al borde de la silla.

—¿Qué importan los nombres? ¡No podía respirar! ¡Me cubría la cara!

Él le pasó un vaso de agua. Las manos de la mujer temblaban con tal violencia que el médico tuvo que ayudarla a beber. El contacto de su mano pareció tranquilizarla un poco.

—Gracias, doctor.

—¿Le habló algo esa figura que dice haber visto?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Que yo... era muy buena en... la cama...

—Me ha dicho que había otra cosa también sobre su cara, ¿recuerda qué?

—Sí. Un enano.

—¿Cómo lo sabe? ¿Pudo verlo?

—No... pero tengo la impresión de que era un enano.

Sneidermann lamentó la regresión de su paciente. Estaba en mayor estado de ansiedad que durante la primera entrevista. Ella se dio cuenta de que él la observaba. A veces, la mirada de la mujer parecía poder ver a través de él. Carlotta ya no tenía confianza en sí misma ni en él como médico ni en que pudieran salir juntos adelante.

—El enano me ordenó que cooperara —explicó inexpresiva.

—¿En qué sentido?

—¿No se le ocurre?

—¿Algo relacionado con el sexo?

—Sí.

Carlotta respondía con amargura, llena de repugnancia. Sneidermann pensó que tendría que volver a explorar aspectos estudiados en la primera entrevista; no estaba seguro, pero creía que ahora le sería más fácil obtener respuestas concretas, tener un diálogo con ella.

—¿Cooperó usted?

- ¿Cooperar? ¡Lo único que quería era matarlo!  
—¿Lo golpeó?  
—Le he dicho que era imposible, que me tenían sujeta.  
—¿Pero resistió?  
—Intenté patearlo...  
—¿Y?  
—Era más fuerte que yo.  
—Comprendo.  
—Tuve que dejar de luchar.

Sneidermann se sintió ansioso. Esta frase era la más peligrosa que un psiquiatra podía escuchar nunca. Amable, preguntó:

—¿Qué quiere decir con eso de que «tuve que dejar de luchar»?

—Era inútil seguir resistiendo. Yo estaba indefensa, absolutamente indefensa.

*Nadie* podía ayudarme.

—Las otras veces no pensaba así, ¿verdad?

—No. Pero esta vez supe que todo era inútil, que... no había nada que hacer. Era demasiado fuerte para mí.

Su voz reflejaba un enorme cansancio. Sin duda necesitaba dormir. Se preguntó por qué habría esperado hasta la hora de la entrevista para recurrir a él. Se expresaba sin ninguna entonación, los ojos con el mismo brillo enfermizo de aquella primera vez que se habían visto, pero ahora lo miraban desde un cuerpo magullado y vencido.

—¿Está usted herida?

No respondió. Con un gesto mecánico se desabotonó la blusa e inclinó el cuello. Sobre la nuca y hasta los hombros había una serie de raspaduras rojizas, algunas parecidas a picaduras. Sin que él se lo pidiera, se quitó el sujetador y dejó al descubierto sus senos blancos, con venitas azules en torno a los pezones. Toda la zona aparecía amoratada y con huellas de diminutos incisivos. Sneidermann era consciente de que según el reglamento él habría tenido que llevarla a una sala para que la examinaran, protegida con una bata y con una enfermera presente, pero ella no le había dado tiempo.

—También aquí abajo.

Se bajó la falda y se quitó las bragas.

Cuando él terminó de examinarla ella se volvió a vestir y se quedó mirándolo. Sneidermann se sentó detrás del escritorio en un intento por no demostrar la preocupación que le embargaba.

—¿Son reales, verdad? —preguntó ella en voz muy baja.

—¿Las magulladuras? Sí, lo son.

—¿Y están en sitios donde yo no habría podido morderme a mí misma, no es así?

—Así es.

—Entonces son reales.

—Ya se lo he dicho, Carlotta. Las magulladuras, mordeduras y golpes son reales.

Y sus sensaciones también. Pero necesitaré más información antes de poder darle una explicación. Mientras tanto hay algunas cosas que *quiero* que usted haga.

Lo miró como si dudara y a él le pareció ver una sonrisa burlona en sus labios. A pesar de todo, el médico prosiguió:

—En primer lugar, no quiero que duerma sola. Es preciso que haya siempre otra persona con usted en la habitación. Estos ataques no se repetirán si hay alguien junto a usted por las noches.

—¿Recuerda haberme dicho lo mismo cuando me aconsejó que durmiera en el sofá?

—Recuerdo haberle dicho que sería una buena idea dormir en el sofá, no que los ataques no tendrían lugar allí.

—¿Por qué no lo reconoce, doctor Sneidermann? *¡Usted nunca pensó que podría pasarme una cosa así en el sofá!*

—Está bien, lo reconozco. Creí que sería mejor para usted.

—Pero se equivocó, ¿no?

—Carlotta, ¿sería posible que Billy pudiera dormir también en el *living*? ¿Otra cama? ¿Un saco de dormir?

—Supongo que sí.

Le pasó un frasco con píldoras.

—Tome estos calmantes. No la aturdirán. Sólo reducen la ansiedad, que es un estado que puede ser tan peligroso como la peor alucinación.

—Si usted cree que me harán bien...

Fue imposible no percibir el sarcasmo de esas palabras.

—Lo más importante, Carlotta, es que el próximo jueves habrá una conferencia médica, y quiero que usted esté presente.

—¿En una conferencia?

—Como paciente. Asistirán varios psiquiatras muy importantes y le harán preguntas. Celebraremos una consulta médica sobre su diagnóstico.

—¿Está asustado, doctor?

—¡Por supuesto que no! Se trata de una simple rutina.

—No lo es. Teme usted perder a un paciente.

—Carlotta, puedo enseñarle los reglamentos de la clínica. Una de las reglas es que con cada paciente es preciso tener una conferencia con el resto del equipo médico.

Ella se enderezó en la silla. A pesar de sentirse muy frustrado, Sneidermann comprendió que la furia de Carlotta contra él parecía haber canalizado su energía mental. Y, una vez más, podía controlar sus pensamientos y expresión oral.

—Bueno, puede que *ellos* logren descubrir qué me pasa.

—Todos formamos parte del mismo equipo, nos reunimos para celebrar consultas.

Carlotta no dijo nada por un momento. Después, como si se hubieran puesto de

acuerdo, ambos se levantaron al mismo tiempo. Sneidermann comprendió que estaba aún muy asustada. Los ojos de la mujer exploraban los de él, temerosa de descubrir esa condena que creía casi cierta, un juicio negativo.

—Ésta es mi tarjeta, Carlotta.

—Ya la tengo.

—Aquí está el número de mi apartamento, así podrá ponerse en contacto conmigo si me necesita.

Carlotta miró la tarjeta, alzó los ojos, sonrió y la guardó en el bolso. Parecía mucho más tranquila.

—Gracias, es un gesto muy amable de su parte.

—Haga que Cindy la lleve a casa y tome un baño caliente. Relájese. Acueste temprano a los niños y no se olvide de estar siempre en compañía de Billy. Quiero que duerma. ¿Está claro?

—Sí. Adiós, doctor Sneidermann.

—Adiós.

El médico se sentía exhausto. ¿Por qué le había dado su número privado de teléfono? Era un error. ¿Cómo se las arreglaba ella siempre para sorprenderlo desprevenido? ¿Era necesario violar el reglamento para que volviera a tener confianza en él? ¿Había empezado a tratarla como mujer en vez de como paciente?

Se maldijo por su falta ¿de ética? No, por supuesto que no. Por su falta de control sobre sí mismo. La verdad era que él se había sentido muy asustado y se había dejado llevar por sus impulsos. Era eso lo que le molestaba.

Sneidermann estaba confuso. Era preciso que analizara las motivaciones de su conducta, para no volver a cometer los mismos errores.

Carlotta Alicia Dilworth de Moran. Nacida el 12 de abril de 1944 en Pasadena, California. Religión presbiteriana, no practicante. Enfermedades infantiles: varicela, paperas, sarampión. No tuvo problemas con las autoridades escolares. No ha tenido problemas con las autoridades policiales. Dirección actual: Kentner Street 212, West Los Angeles, California.

Trabajo actual: Vive del seguro de desempleo proporcionado por el distrito de Los Angeles, del que también recibe ayuda para la manutención de sus hijos, así como una beca para financiar sus estudios en la Escuela para Secretarias.

Contrajo matrimonio en 1960 con Franklin Moran, vendedor de coches usados y corredor profesional de motos. El marido era de personalidad inestable; consumo de alcohol y drogas, temperamento agresivo. Murió en diciembre de 1962 a causa de las heridas recibidas en un accidente durante una carrera de motos. Tuvieron un hijo, William Franklin.

Más tarde, se casó con Robert C. Garret, en 1964, en Two Rivers, Nevada. Su segundo marido era granjero. Murió de un ataque al corazón el 6 de abril de 1974. Tuvieron dos hijas: Julia Alice, nacida en 1969, y Kimberley Anne, nacida en 1971.

No ha presentado perturbaciones psíquicas anteriormente.

No ha consumido nunca drogas. No bebe alcohol. No hay antecedentes de epilepsia.

Conserva intacta su capacidad de raciocinio. No

presenta bloqueos mentales. Tiene intacto su sentido de la realidad. Excelente memoria, perfecta capacidad de asociación. Manifiesta una ligera resistencia cuando tiene que describir los síntomas. Coeficiente intelectual 125 (IQ).

Los primeros síntomas aparecieron en octubre de 1976.

Síntomas: alucinaciones auditivas y olfatorias, ilusiones somáticas (abusos sexuales, penetración). Posibles tendencias suicidas, ya que presenta contusiones múltiples, rasguños, lesiones menores en los senos, muslos, espalda. Reacciona con ansiedad y pánico. Hostilidad generalizada, que va más allá de los ataques de los que se cree víctima. No hay síntoma alguno de enajenación de la realidad.

Diagnóstico posible: Reacción psiconeurótica de tipo histérico.

Gary Sneidermann estaba sentado en el desordenado despacho de su supervisor. Se sentía nervioso mientras el doctor Henry Weber examinaba una vez más el informe antes de dejarlo caer sobre el escritorio. El supervisor encendió su pipa con la inmensa llama de un reluciente mechero, y aspiró con fuerza. Y dijo:

—Bien, Gary, no comprendo por qué este caso no puede esperar hasta el jueves.

—Porque quería estar seguro de varios detalles antes de la reunión para la conferencia. Y hay algunos aspectos que no están nada claros.

—De acuerdo.

Sneidermann se aclaró la garganta. El rostro nudoso, con arrugas en torno a los ojos y barbilla, del doctor Weber lo miraba con expresión comprensiva. Sneidermann disfrutaba de esos momentos con su jefe pero, al mismo tiempo, lo ponían tenso. Weber exigía una absoluta precisión en todo. El esfuerzo resultaba agotador y, sin embargo, por eso había escogido él la Universidad de West Coast.

—Las lesiones son bastante serias —explicó Sneidermann—. Y me temo que sean el producto de una acción psicópata de autodestrucción.

—También podría tratarse de histeria. A veces produce magulladuras, causa ceguera, caída del cabello. Yo mismo he podido ver llagas y pérdida de la sensibilidad en los dedos de las manos y los pies. Todo ello como producto de una

autosugestión.

—¿También lesiones que parecen hechas por otra persona? ¿Mordeduras, alfilerazos?

—Ciertamente que sí.

—Me sentiría muy aliviado si ésa fuera la explicación, señor. La idea de que pudiera herirse con un cuchillo...

—Ella expresa a través de su cuerpo lo que no puede expresar de ninguna otra manera. Sin duda, en su interior bulle una verdadera caldera.

Sneidermann se sintió tranquilizado. Tomó su carpeta y recorrió veloz las páginas hasta encontrar lo que buscaba. Dijo:

—Hay algo oscuro en su historia personal. Desearía que usted me lo explicara y me indicara a qué se debe.

—Pregunte.

—Sucedió después que Franklin Moran se mató en ese accidente. La paciente volvió a Pasadena con el niño, pero huyó de allí antes de un año, y esta vez a Nevada.

El doctor Weber escuchaba con gran concentración, sin dejar de observar la perezosa ascensión del humo de su pipa. Sneidermann intentó examinar los hechos como lo haría su supervisor.

—Trabajó como camarera en un café, donde conoció a un granjero llamado Robert Garret. Un hombre mucho mayor que ella. Tenía sesenta y cuatro años. Y, a pesar de la diferencia de edad, se casó con él.

—¿Qué edad tenía ella entonces?

—Diecinueve.

—¿Y actuó como ama de casa?

—No. Tuvieron relaciones sexuales de las que nacieron dos hijas.

—¿Y?

—El hombre murió, dejándola viuda por segunda vez. Ocurrió durante las inundaciones de primavera y ella quedó atrapada en la cabaña. Hacía frío afuera. No podía salir de allí, pues los caminos estaban cubiertos de agua. Se encontraba aislada con tres niños pequeños y un hombre muerto.

Weber frunció el ceño.

—No veo la relación —dijo.

—Doctor, cada ataque está siempre precedido del olor de carne putrefacta.

El supervisor miró a Sneidermann y movió la cabeza. No estaba convencido.

—Me parece una relación tan directa que...

—Ése es precisamente el problema. En el inconsciente rara vez se producen relaciones tan directas, a lo más un sueño con caracteres simbólicos. Su tesis suele llevar a resultados negativos.

—Se trataba de una relación idealizada entre ella y su segundo marido, y es natural que la paciente tuviera que reprimir algunos aspectos negativos que, sin duda, existían. Y ahora...



—No, Gary. Puede que se trate de algún otro tipo de relación, y habrá que descubrirlo. Sea sensato, aténgase al esquema básico.

—Como usted diga, señor —dijo Sneidermann con un suspiro.

—Escuche, Gary. La mayor parte de las veces el conflicto tiene su origen en una época muy anterior, incluso en algún tipo de neurosis infantil. Es algo muy simple, pero puede expresarse de diferentes maneras y siempre está presente en todas las manifestaciones de la enfermedad.

—¿Qué quiere decir con eso?

Analice el caso que me ha descrito. Primero se enamora de un adolescente, expresión típica de una muchacha que ha madurado demasiado pronto; juegan a tener relaciones sexuales. Después un hombre viejo, y en ese caso el sexo es algo que no ofrece peligro alguno. Pero en ambas situaciones ella se ha negado a enfrentar una relación real.

—Lo que no le ha impedido tener tres hijos.

El doctor Weber hizo un gesto despectivo con la mano.

—Los hijos nacen como producto de una mecánica, no de una expresión sexual. ¿Quiere que aventure una hipótesis? Se la daré. Lo más probable es que ella se masturbe, nada más. Y ha necesitado dramatizar toda una situación con el único objeto de ocultar algo que hacen todas las chicas.

—¿Y en ese caso para qué llegar a los extremos de...?

—Ése es su problema.

El doctor Weber sonrió. Sneidermann contemplaba ahora a Carlotta bajo un aspecto diferente, el de una personalidad atormentada por una niñita que tiene que vivir en el cuerpo de una mujer adulta.

—Naturalmente —prosiguió el doctor Weber—, no se trata más que de una hipótesis y, por tanto, pudiera ser errónea. Creo que este tipo de riesgos es lo que impide que la psiquiatría resulte aburrida.

Sneidermann nunca lograba comprender cómo se las arreglaba su supervisor para encontrar divertidas algunas situaciones; se preguntó si llegaría el momento en que también él se vería obligado a protegerse detrás de una coraza.

—También es preciso tomar en cuenta que volvió a Los Angeles con los niños.

—¿A Pasadena?

—No. No existe comunicación alguna entre ella y su madre, el padre murió de un ataque hace ya algún tiempo. Se fue a vivir a West Los Angeles.

—¿Vive allí ahora?

—Sí, señor. Trabajó en varios *cabarets*, tuvo algunos amigos, nada serio.

—¿Prostitución?

—No, señor.

—¿Está seguro?

—¿Yo?

—Con usted estoy hablando, ¿no?

—No, doctor, no creo que haya sido nunca prostituta.

—¿Y puede saberse por qué la palabra lo hace sentir tan incómodo?

—Jamás he conocido a una prostituta, señor.

—Por tanto no puede saber si Carlotta ha llevado a cabo actividades sexuales remuneradas o no.

—Aún le queda mucho de la formación que recibió en Pasadena y en muchos aspectos se comporta como una dama. No creo que hubiera podido acostarse con un hombre por dinero.

—Puede que tenga usted razón.

—El año pasado conoció a Jerry Rodríguez, un hombre equilibrado, ambicioso, autodidacta. Trabaja en una empresa que ha crecido mucho, bancos y propiedades.

—¿Se trata de algo serio?

Sneidermann tosió un poco al volver a sentirse examinado por su supervisor.

—Parece haber algunas complicaciones, especialmente entre Jerry y el hijo mayor de Carlotta, que ahora tiene quince años.

—Un triángulo.

—Exacto. Cuando Jerry viene a la ciudad se queda en casa de Carlotta.

—¿Qué sucede entonces, duermen juntos?

—Sí.

—No es una situación muy agradable.

—Jerry y el chico de Carlotta se pelearon a golpes la última vez. Casi fue el final de la relación.

El doctor Weber se meció en la silla; parecía esperar que Sneidermann descubriera algo, pero el joven médico se limitaba a permanecer sentado, sin decir nada. El supervisor preguntó:

—¿La riña ocurrió antes de que aparecieran los primeros síntomas en la paciente?

—Sí. Jerry tuvo que marcharse de la ciudad y prometió reconsiderar la situación.

—Y ése fue el momento crucial para Carlotta, el detonante preciso que puede hacer explotar una crisis de este tipo.

Sneidermann miró al doctor Weber. El viejo parecía gozar con algo que acababa de descubrir. Prosiguió:

—Jerry es un hombre maduro y quiere una relación sexual verdadera, no juegos con adolescentes y ancianos. Enfrentada a la realidad, ella busca maneras de escabullirla y se refugia en su realidad infantil.

El caso empezaba a aclararse para Sneidermann; era como si el doctor Weber lo empujara hacia la luz del día.

—Mi único consejo —dijo Weber— es que sea usted flexible. No le imponga nada, por ningún motivo.

El joven médico advirtió de pronto el sofocante calor de la habitación. Tenía la camisa empapada en sudor y se sentía agotado. Para colmo, el pequeño despacho estaba lleno de humo de la pipa, y sintió deseos de huir, correr por la playa, aspirar a

pleno pulmón y olvidar la tensión de las dos últimas semanas. Se puso de pie y reunió sus apuntes. Tenía la impresión de que el doctor Weber deseaba decirle algo que callaría por el momento.

—¿Nada más, señor?

—No se tome más atribuciones de las que le corresponden, Gary.

—¿Qué quiere decir con eso, señor?

—Escuché decir que deseaba usted transferir uno de sus pacientes a otro médico residente, lo que es legítimo pero no muy buena idea. Es conveniente que tenga usted distintos tipos de enfermos, diversas clases de problemas.

—Lo pensaré, señor.

15 de noviembre, 8:40 de la noche.

Carlotta estaba sentada en las gradas de cemento de la puerta de su casa. La noche era serena, opresiva con el olor a smog que había flotado en el aire todos esos días. Las oscuras hojas de los árboles se agitaban bajo la luz de la entrada, arrojando sombras a sus pies. En medio del silencio se escuchaba a lo lejos el juego de algunos niños.

Su propia infancia parecía tan lejana como un sueño inexistente; había sido una niña pálida, a la que asustaban las sombras que el sol dibujaba sobre el césped; una criatura que corría por la rosaleta húmeda, brillante de colores, refulgente de espinas, y ni el hombre alto del interior de la casa ni la mujer nerviosa que estaba en el jardín le hablaban. A pesar del tiempo transcurrido, Carlotta volvió a tener miedo.

La pobreza la había destrozado para transformarla en algo mucho más simple y más fuerte. Lo irreal ya no la aterrorizaba. Ahora sus problemas eran los hombres, el trabajo, la soledad, la vida dentro de sus proporciones exactas. ¿Por qué, entonces, este miedo de ahora?

Porque, una vez más, había aparecido en su vida algo retorcido, inmaterial y, sin embargo, tan poderoso que era capaz de vencerla. Carlotta acarició las grietas del pavimento con un dedo. «Así de agrietada estoy yo», se dijo.

—¡Mamá!

Julie y Carlotta se encontraron en el pasillo. Las dos corrían.

—¡Le está haciendo daño a Kim!

Fueron al dormitorio. Kim, los labios cubiertos de sangre, gateaba en el suelo.

—Me caí —dijo.

—¡No es verdad! —protestó Julie—. *Él* la empujó. Kim estaba en el baño y *él*...

Carlotta tomó a Kim en sus brazos, la acunó meciéndola con dulzura.

—Te has roto los dientes —dijo Carlotta.

Kim, sofocada, tosía y escupía sangre. Sin dejar de mecer a su hija le limpió la barbilla. Preguntó:

—¿Dónde está Billy? Tranquila, ¡tranquila, Julie! —dijo.

—¡No fue él!

—¿Cómo que no fue Billy?

—No. Ha sido el *otro*.

Carlotta miró a Julie y reconoció su propia expresión de espanto en el rostro de su hija. ¿También Julie estaba enloqueciendo? ¿O era ella la que infectaba a sus hijos con alguna extraña enfermedad?

—Ven a sentarte junto a Kim y a mamá.

Terminó de limpiar los restos de sangre de los labios de su hija pequeña, que estaba tan agotada que se durmió de inmediato, temblorosa.

—¿Por qué has dicho, Julie, que...?

El olor era inconfundible. Aumentaba la presión de la atmósfera. El hedor se definía. Y ella estaba completamente despierta.

—¿Puedes oler algo extraño, Julie?

—Sí. ¡Ha vuelto, mamá!

—¡Dios mío!

Escuchó un crujido en la ventana. Giró la cabeza para mirarla. Tenía puesto el pestillo. ¿Antes también?

—¿Dónde está Billy? —susurró aferrada al brazo de Julie.

—¡Suéltame, me haces daño, mamá!

Carlotta sintió erizarse la piel de su espalda y su cerebro pareció dejar de funcionar; se oían sonidos de leños arrastrados por el suelo, de quejidos metálicos. Se puso de pie, estrechó a Kim y gritó:

—¡Billy!

Pareció como si hubieran succionado el aire. Se estremeció cada poro de su piel, el vello de los brazos erizado. Empezó a retroceder lentamente hacia la cocina.

—¡Billy!

Hubo un portazo en el garaje.

—Abre, mamá. ¡Soy yo!

Carlotta tomó a Julie de una mano. No recordaba haber cerrado la puerta del garaje. La puerta del garaje no se cerraba nunca con llave. Y entonces, las sombras comenzaron a ondular a su alrededor.

—*Ja, ja, ja, ja, ja...*

—Mamá...

Alguien abría la cama en el sofá, la preparaba para ella. Intentó abrir la puerta de la cocina pero, como en una pesadilla, tampoco se abrió. Sacudió la manilla.

Los cristales se quebraron y el suelo se llenó de astillas, que llegaron hasta sus propios pies. Fue como una ola de cristal que reventara. Una presencia la sujetó de un brazo.

—¡Mamá! —gritó Julie.

La arrastraban hacia el sofá. Se retorció, pero le torcieron un brazo por la espalda. Desfallecía. Y, lentamente, la arrastraban hacia el sofá.

—¡Billy! Dios mío...

Billy entró a toda carrera por el pasillo. Tenía el brazo herido en varias partes. Miró a su madre que se debatía sobre el sofá, dando patadas a un agresor invisible. Fue hasta ella y la tomó por los hombros para obligarla a alzarse. Ella tenía una fuerza desconocida en ese momento y una extraña mueca en los labios. Aterrado, intentó apoyarse en el suelo para tener un mejor equilibrio.

—Billy... voy a morir... ¡Billy, me tiene en su poder!

El muchacho trató de asirla con las dos manos, pero ella se escapó, retorciéndose con violencia. Las niñas daban alaridos de pánico. Hacía frío. Pero no había nadie en el *living*.

—¡Sálvame, Billy, sálvame!

Volvió a luchar contra ella, los ojos llenos de lágrimas. Golpeó el aire alrededor del cuerpo de su madre. Gritó a todo pulmón. Nada. Ella seguía revolcándose de dolor.

—¡Mira, mamá, cómo lo echo fuera! ¿Ves? ¡Haré que se marche!

El chico lanzó puñetazos al vacío, hizo mucho ruido y esperó. Carlotta se apoyó temblando contra la pared. Parecía empezar a salir de la pesadilla.

—Billy... esta vez ha sido peor que las otras... es... tan fuerte...

—Sí, ¡pero lo obligaremos a marcharse, Julie, y tú también, Kim!

Las niñas dieron algunos gritos y agitaron los brazos, sin saber muy bien de qué se trataba.

—¡Griten más fuerte! —ordenó Billy.

Las niñas saltaban, aterradas e histéricas, y sus figuras dibujaban extrañas sombras en la alfombra, de la que Carlotta, los ojos inexpresivos, no quitaba la vista. Finalmente murmuró:

—Tengo miedo, Billy. Os matará. Es demasiado fuerte para ti.

En ese momento, Billy fue lanzado contra el centro de la habitación. Como un trozo de papel, le hicieron dar varias volteretas en el aire antes de que cayera al suelo.

—¡Billy!

—¡Mamá!

Algo parecía sacudirlo y el muchacho se protegió los ojos con las manos primero y, después, encogido, se arrodilló en el suelo para que no lo golpearan.

—¡Billy!

Los golpes parecían ir reduciéndolo cada vez más de tamaño.

—¡El candelabro!

Billy alzó los ojos y por un segundo todos permanecieron inmóviles. El candelabro flotaba en el aire a casi metro y medio del suelo; ni subía ni bajaba, se limitaba a flotar hasta que, de pronto, con una velocidad asesina cayó sobre Billy. El chico se cubrió la cara con las manos y el golpe retumbó en su muñeca izquierda.

—¡Billy!

Como un loco, se puso en pie, el cabello desordenado, los ojos relampagueantes,

y comenzó a mover su cuerpo de un lado para otro en forma extraña, errática, furiosa. Sus manos colgaban inútiles, el rostro estaba distorsionado de dolor. Apenas pudo, aferró la lámpara de la mesa y empezó a dar golpes con ella adelante, atrás, al lado. Unas sombras parecían deslizarse por las paredes, largas figuras negras distorsionadas que flotaban sobre sus cabezas.

Carlotta vio la cara atormentada de su hijo, las manchas que parecían reptar de sus fosas nasales. Y lo escuchó gritar al vacío.

—¡No te temo! ¡Vete! ¡Déjanos en paz!

—¡No, Billy, nos matará a todos!

—¡Vete! ¡No te queremos aquí!

—¡No, Billy, por favor!

Billy se dio la vuelta hacia ella, el rostro enrojecido por el esfuerzo, los ojos brillantes.

—¡Se ha marchado! ¡Tuvo miedo y se ha marchado!

Carlotta se aproximó a él. El cuerpo del chico temblaba como una hoja y tuvo que llevarlo hasta una silla.

—Mamá, ¡tenemos que luchar contra él, aquí y ahora!

Su voz era ronca, casi un quejido. Carlotta temió que también su hijo hubiera enloquecido.

—Shhhhh...

—¡Yo no le tengo miedo, mamá, a mí no puede matarme!

—Shhhhh...

—¡Es un matón!

—Billy...

—¡Infeliz! —gritó el chico a las sombras—. ¡Hijo de perra!

Poco a poco comprendió que sus hermanas lo estaban mirando con la misma expresión con la que él solía mirar antes a Carlotta.

—¡No te preocupes, Billy, ya se ha marchado! —gritó Julie.

Billy se cubrió la cara con las manos y cuando las retiró, reclinándose hacia atrás, lanzó un gemido.

—¡Mamá, tenemos que estar juntos!

Carlotta enjugó las lágrimas de su rostro y las del de su hijo. Puso los dedos en los labios del muchacho un segundo, después se quitó el pelo de la frente; lentamente parecía estar recuperándose de la impresión. Madre e hijo se miraron, sin saber qué había ocurrido.

—Tu mano... —dijo Carlotta con voz muy suave.

—No le pasa nada.

—Está rota.

—No, puedo mover los dedos, ¿ves? —Agitó las falanges doloridas—. Lo que se rompió fue el candelabro.

—¿Qué pasó, Billy?

—No lo sé.

La casa estaba sumida en un total silencio. Ninguno de los cuatro sabía exactamente qué les había sucedido. La enfermedad de Carlotta parecía haberse propagado como una epidemia, contagiando a toda la familia. Se sentía culpable. Los había arrastrado a todos al mismo precipicio. Respiraban una misma atmósfera contaminada.

Lavó la mano de Billy con agua helada y le vendó la muñeca; irían al médico por la mañana. No se atrevía a mencionar la escena, a preguntar a Billy. ¿Qué pasaría si también el chico empezaba a confundir lo real con lo que no lo era?

Durmieron todos en el *living*. Billy envuelto en una manta verde; las niñas acurrucadas junto a Carlotta en el sofá. Pero ninguno pudo descansar. Era imposible distinguir las percepciones de lo que tal vez fuera una alucinación. Las paredes parecían cerrarse en torno al pánico a enloquecer que asaltaba a Carlotta. ¿Qué pensaba cada uno de sus hijos allí, demasiado asustados como para formular sus inquietudes en voz alta?

—También su hijo ha empezado a percibir cosas —dijo Sneidermann.

El doctor Weber asintió y se apoyó contra el orinal. La porcelana blanca reflejó su cara mientras las cañerías gorgoteaban encima.

—*Folie à deux*, la locura compartida por dos personas.

Sneidermann se sentía incómodo por haber tenido que quitar tiempo a su asesor, pero este tipo de conversaciones eran corrientes entre colegas. Y al doctor Weber le gustaban, servían para desarrollar una camaradería masculina, el sentido del humor. Le agradaban los residentes tímidos.

—¿Cree que también debería entrevistar al chico, intentar averiguar qué le está pasando? —preguntó Sneidermann.

El doctor Weber negó con un gesto.

—Repetirá exactamente lo que su madre haya dicho. ¿Qué otra cosa espera que le diga, mire a mi mamá y enciérrela porque está loca?

—No, pero...

—El muchacho se limitará a confirmar las alucinaciones de su madre, y eso sólo serviría para que ella sepa que puede contar con un testigo, lo que haría mucho más duro el trabajo de usted.

—Sí, pero las pruebas de que existe algo concreto, fuera de la imaginación de la paciente, son cada vez más numerosas. Anoche hubo una gran escena, con el chico de protagonista. Incluso las niñas sufrieron alucinaciones.

—*Folie à trois, folie à quatre* —explicó el doctor Weber con el esbozo de una extraña sonrisa en los labios—. Los niños sólo procuran proteger a su madre, y por eso participan de las alucinaciones. No se olvide que los vínculos familiares son los lazos más fuertes que existen siempre. Suele ser conmovedor todo aquello de lo que



que es capaz un niño por defender a uno de sus padres.

Sneidermann reflexionó un momento. Después dijo:

—Esta situación puede ser peligrosa para los chicos, ¿verdad? No puede hacerles bien. El muchacho se hirió una muñeca durante el episodio de anoche.

Weber negó con la cabeza.

—Mi respuesta, si he entendido bien el caso, sería negativa. Si hay factores que hayan podido desencadenar alucinaciones en los niños, los antecedentes son muy posteriores a una mera reacción ante la histeria de la madre. Y en ese caso habría que proporcionarles el tratamiento adecuado a sus problemas, no a los de Carlotta. Tengo la impresión de que se trata, más bien, de una simple reacción de apoyo a la petición de ayuda que les ha hecho la madre. Para ella es importante contar con gente que pueda reforzar su ego. Es lógico que tenga miedo del aislamiento que la locura podría significarle. De modo que, aunque pueda parecerle extraño, la alucinación colectiva es mucho mejor que si Carlotta tuviera que enfrentarla sola.

Sneidermann suspiró.

—Es un alivio saberlo.

—Me temo que la casa de Kentner Street se convierta en un verdadero manicomio durante algún tiempo, pero en la medida en que la madre progrese en su tratamiento así, también, los niños volverán a tener una relación normal con ella. Entienda el problema, Gary. Mamá está enferma, los chicos se asustan. Es normal cuando se trata de niños pequeños. —Se cepilló el cabello ante el espejo y prosiguió —: Pero lo importante es asegurarse de que no existe ninguna otra razón para que las relaciones familiares hayan sufrido este tipo de alteraciones.

—No comprendo, doctor Weber.

—No se trata de nada muy preciso. Pero supongamos que Billy tiene interés en que los estados alucinatorios se mantengan. ¿No podría haber allí una relación que no es tan inocente como usted parece suponer?

—Es una hipótesis muy interesante.

—Billy es el único hombre de la casa y, con toda seguridad, ha despertado ya sexualmente. Situación que no existía hace un par de años.

—Puede ser, el chico tiene ahora quince años.

—Tal vez ésta sea una oportunidad para que el muchacho pueda expresar sus sentimientos. Jerry Rodríguez es un rival mucho más peligroso en términos sexuales, y amenaza con instalarse definitivamente en la casa. Tal vez Billy sólo esté tratando de decir: ¿Ves, mamá? Yo puedo cuidar de ti. Comparto tus pesadillas mientras que el otro ni siquiera sabe que existen. Si la teoría es correcta no creo que represente un gran retraso en el progreso del tratamiento, pero es una complicación que usted no debe olvidar.

—Así lo haré, señor. Su idea me parece excelente.

El supervisor agregó en tono mesurado:

—Pero, por otra parte, bien pudiera ser que Carlotta no tenga nada que ver con la

persona que usted imagina que ella es.

*16 de noviembre. 11:05 de la noche.*

Los focos de la Kentner Street lanzaban una luz difusa, que bajo la niebla adquiría tonalidades crueles y azuladas; la humedad giraba de manera perceptible alrededor de los reflectores, y las gotas de agua subían y bajaban arrastradas por las corrientes. Y llenando toda la atmósfera estaba el olor del mar lejano.

—Ya no tiene sentido dormir aquí —dijo Carlotta y señaló el sofá con un gesto.

—Supongo que no —respondió Billy.

—Si *él* quiere venir lo hará de todas maneras.

—Sí.

Carlotta sentía una necesidad desesperada de preguntar a Billy qué había visto la otra noche, qué había sentido. Pero la horrorizaba incluso la idea de tratar de averiguarlo.

—El doctor me había dicho que durmiera en el sofá, con alguien cerca.

—Pero también en el sofá te enfermaste.

«Enfermaste», pensó Carlotta. Billy cree que fue una enfermedad. Lo miró, pero el chico rehuyó sus ojos. El chico parecía extraño. Tal vez él mismo no supiera muy bien qué pensar.

—Creo que puedo volver a dormir en mi cama, donde estoy más cómoda. Además, si de todas maneras voy a enfermarme...

—Como quieras, mamá.

—¿Qué te ocurre, Billy?

—No entiendo lo que nos está pasando.

La simplicidad de la afirmación encogió el corazón de Carlotta. Vivían la misma ambigüedad fatal; ninguno de los dos sabía ya lo que era real y lo que no lo era.

—¿Al doctor no se le ocurre ninguna explicación? —preguntó Billy.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tiene cientos de ideas, pero ninguna parece servir de mucho.

—Bueno, creo que en ese caso es mejor que te vuelvas a la cama. No creo que dormir en el sofá te ayude gran cosa.

Carlotta se sintió angustiada. Sneidermann se había equivocado al decirle que era mejor que durmiera en el sofá, y ahora lo único que quedaba por hacer era procurar

soportar en la mejor forma posible lo que el destino le deparara. E intentar sobrevivir.

—Parece que he vuelto al punto de partida —comentó.

Sacó las mantas del sofá y Billy la observó ir al dormitorio; sin decir nada, tomó las almohadas y la siguió. Carlotta abrió la puerta con el pie; hacía frío dentro.

—Todo parece estar igual —murmuró casi para sí misma.

—Hace frío aquí.

—Billy, si te pregunto algo, ¿me prometes decir la verdad?

—Sí.

Carlotta dejó las mantas sobre la cama deshecha e intentó comportarse de la forma más normal posible. Encendió la lámpara y la luz iluminó su suave rostro. Sus ojos ocultos en la oscuridad, miraron a Billy con una expresión triste, confusa, anhelando una respuesta.

—Anoche, ¿oliste algo extraño?

—¿En el *living*? Nada especial.

—Tienes que decirme la verdad, Billy.

—Te la he dicho.

—Está bien. Sólo quería aclarar algunas cosas que tengo algo confusas en mi cabeza.

Carlotta se sentó en el borde de la cama. Billy le pasó un cenicero al verla golpear un cigarrillo contra la muñeca, pero ella no lo encendió.

—Y ahora... ¿tampoco hueles nada?

—No... no sé, mamá...

—¿Cómo puedes no saberlo?

—Estoy muy confuso. Sé lo que tú hueles, y a veces me parece que yo también siento ese olor, pero es porque tú me lo has descrito.

—¿Ahora? ¿No estás seguro?

—Creo que sí. Yo...

—¿Qué hueles?

—Tú sabes.

—¿Qué?

—Algo hediondo, como si hubiera una persona maloliente.

Carlotta devolvió el cigarrillo al paquete con dedos temblorosos. Billy pensaba que era una *persona* maloliente, y eso era algo que a ella no se le había ocurrido nunca: una persona.

La oscuridad detrás de las ventanas era completa. Pequeñas volutas de niebla cubrían el exterior de los cristales. Carlotta observó el juego de las luces en el agua. Después, lentamente se dio la vuelta hacia Billy.

—¿No sería mejor que volviéramos a casa de Cindy?

—No nos quieren allá, mamá. Tú sabes que a George no le gusta tenernos en su casa.

—Sí, puede ser. Entonces ya no sé qué podemos hacer.

Billy estaba de pie, incómodo, su silueta recortada contra la ventana. Carlotta no se había sentido nunca antes tan sola en toda su vida.

—¿Quieres que me quede aquí, contigo? —preguntó Billy en voz baja.

Carlotta sonrió. Una sonrisa sin alegría, triste y tan desesperanzada que partió el corazón de su hijo.

—La última vez lo obligamos a marcharse —dijo el chico.

—Tú eres lo que más quiero en el mundo, Billy. No soportaría que nadie te hiciera daño.

Billy no comprendió lo que quería decirle su madre. Todo era tan confuso. No se atrevió a despedirse de ella con un beso y se marchó. Sus pasos se alejaron por el corredor.

La neblina se transformó en una ligera llovizna, pero poco después el tiempo mejoró. Carlotta se desvistió. Su figura dibujó sombras alargadas contra la pared. Billy abrió la puerta de su dormitorio para comprobar que su madre no había cerrado la de ella. Alcanzó a ver la silueta en sombras de Carlotta.

«No hay ninguna solución», pensó ella. Ni el médico ni Billy pueden proporcionármela. No existe una explicación racional. Colocada entre dos alternativas igualmente escalofriantes, su mente empezó a divagar. Lo que le sucedía ¿era real o no?

Dormía con la lámpara de la mesa de noche encendida. Se sorprendió de que estuviera apagada al despertar a medianoche.

—¿Billy?

—*Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh...*

Antes de que pudiera lanzar un grito, una mano húmeda le cubrió la boca. Quiso moverse, pero tenía los pies atrapados y las manos sujetas a la espalda.

—*Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh...*

Alguien la sujetaba. El borde de la cama se hundió con el peso de otro cuerpo. Podía verlo y, sin embargo, no había nadie. Sus ojos se desorbitaron por efecto del espanto. Sintió una caricia helada en el muslo. Se debatió con violencia.

—*Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh...*

Un dedo recorrió su pecho con suavidad.

Agitó la cabeza desesperada. Una mano sujetó con fuerza su cabello: una advertencia. Era incapaz de hacer un gesto o emitir un sonido. Durante un segundo no sucedió nada. Todo estaba tan oscuro que Carlotta no alcanzaba a divisar ni el contorno de la pared. Con voz agónica preguntó:

—¿Quién eres?

Los dedos descendieron por su vientre.

—¿De dónde vienes?

—*Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh...*

Con mucha delicadeza le abrieron las piernas. Algo le sujetaba los pies, algo distinto de lo que acariciaba sus muslos. La tensión pareció relajarse, la noche se hizo más cálida. Se erizaron los pelos de sus brazos y la piel pareció recibir el pinchazo de incontables agujas.

—¿Quién eres?

Ella respiraba con dificultad, entre bocanadas.

En medio de las sombras le pareció verse en el espejo. Entonces comprendió que el aire a su alrededor empezaba a solidificarse en algo transparente que brillaba. Un vapor se alzó del suelo ante ella.

—Dios mío...

La transparencia parecía un humo denso del que irradiaba una luz verdosa, fría, letal.

—*Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh...*

Una forma, algo parecido a un brazo, revoloteó en el aire, cada vez más grande y brillante. Todo el cuerpo de Carlotta estaba bañado en la luz verde, sus muslos desaparecían bajo las sombras que producía la extraña iluminación.

—*Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh...*

Después se formaron los poderosos hombros de fuertes músculos, las orejas...

Carlotta intentó liberarse de las sombras y quiso apoyarse contra la cabecera de la cama.

—*Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh...*

La cara que la miraba, desde una gran altura, tenía una sonrisa lasciva.

Todas las paredes refulgían, y parecían abrirse. Llegó un momento en el que Carlotta perdió toda noción del espacio y sólo pudo percibir la luz que tenía enfrente, una luz que no era como las otras. Creyó que deliraba. Tenía calor. Se sentía mareada. Hizo un esfuerzo por respirar.

Las ventanillas de la nariz de la aparición se estremecieron de placer. Los labios eran crueles, los ojos... los ojos rasgados, en forma de almendra y la miraban como si conocieran cada partícula de su cuerpo, cada recoveco de su ser.

La figura estaba completa. Y llevó uno de sus dedos a los labios.

—*Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh...*

Temblorosa, aturdida, se arrastró por la cama, sin saber dónde estaba ni qué hacía. Su cuerpo era como de goma, la voz no brotaba de su garganta. Se sentía afiebrada, acalorada.

Una mano se posó en su cintura y, como una flor, la hizo volverse con delicadeza. Galaxias parecían explotar en su cerebro. Todo estaba dominado por un calor verduzco y ella se dejó absorber, se disolvió en la inimaginable fuerza hasta dejar de existir.

—*Ohhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh...*

—*Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh...*

Una onda de asco le recorrió la espina dorsal y perdió el conocimiento.

Despertó a la mañana siguiente. Estaba atravesada y desnuda sobre la cama, sin fuerzas siquiera para levantarse. Escuchó levantarse a Billy en su dormitorio. Abrió los ojos y lentamente logró sentarse al borde de la cama. Los cristales de la ventana, secos en ese momento, conservaban las huellas del polvo acumulado la noche anterior.

Fue al baño y cerró la puerta para ducharse. Permaneció allí durante casi una hora.

El miércoles 17 de noviembre, Sneidermann se sintió inquieto. Había hecho que otro médico se encargara de uno de sus casos para tener más tiempo que dedicar al estudio de Carlotta. Había descubierto un material muy interesante: grupos de soldados habían tenido alucinaciones en las que veían regimientos completos; varias personas habían oído hablar a cadáveres con los caballos que conducían el coche fúnebre al cementerio; toda una gama de gente había sufrido ilusiones y engaños ópticos en momentos de gran tensión emocional. Pero todos habían recuperado siempre la capacidad de volver a razonar con lucidez. La alteración de sus percepciones sensoriales no había alterado su integridad psicológica. De modo que, cuando Carlotta no fue a la entrevista esa tarde, y él llamó a la escuela para secretarias y le informaron que faltaba desde hacía una semana, su preocupación le hizo pensar que algo no marchaba bien. La llamó a su casa.

—Sí, doctor Sneidermann, ya sé que he faltado a nuestra entrevista. Pero ha sucedido algo que... —Su voz tenía la desagradable tonalidad de alguien que habla sin ser consciente de lo que dice. Hubo una pausa—. Anoche estaba durmiendo en mi cama, porque pensé que no tenía sentido seguir haciéndolo en el sofá, sobre todo después de lo que pasó con Billy... y al despertar... *él* estaba allí...

—¿Está usted bien?

—Sí... Pero no sé qué hacer...

—¿Dónde está Billy?

—Aquí. Hoy no ha ido al colegio.

—¿Quiere venir a la clínica?

—No. ¿Para qué? No sirve de nada...

Sneidermann trató de imaginarla, aferrada al cordón del teléfono, procurando recordar quién era, mientras Billy la observaba desde algún lugar de la habitación.

—Carlotta, dígame qué pasó.

—Bueno... verá... Billy está por aquí... y es tan...

—No tiene que avergonzarse. Es como contar un sueño.

—Lo... he... visto...

—¿Ha visto a un hombre?

—Sí...

—¿Está segura? ¿Podría describirlo?

—Lo he visto, doctor Sneidermann y... era... increíble...

El médico trató de controlar su impaciencia; ahora, por fin, ella había dado apariencia física a su ilusión y, de esta manera robustecía su engaño, hacía que fuera difícil dudar. Sneidermann no pudo dejar de admirarse de la tenacidad con que ella se había fabricado y aferrado a su engaño.

—¿Qué apariencia tenía, Carlotta?

—Alto... De unos dos metros...

—¿Cómo sabe su altura?

—Porque su cabeza sobrepasaba el marco de la puerta... Supongo, entonces, que sería aún más alto...

Hubo una pausa.

—¿Y?

—Era chino.

—¿Chino?

—Sí. Tenías los ojos rasgados... pómulos pronunciados y un rostro oriental... Y, no sé por qué, me dije que tenía que ser chino...

—¿Y no podría haber sido coreano o japonés?

—¡Qué sé yo! Le he dicho lo que me pareció.

—Por supuesto, por supuesto. ¿Qué más?

—Tenía ojos de un azul verdoso. Era muy musculoso, con gruesas venas en el cuello... como un atleta...

—¿Cómo iba vestido?

—Estaba desnudo.

—¿Desnudo?

—Por completo.

—¿Estaba excitado sexualmente?

—Bueno... No del todo... algo.

—Ya veo.

—Era tan alto... que eso fue lo que más me asustó.

—Comprendo.

—Me hacía callar con un murmullo y tenía un dedo sobre los labios, como si quisiera que yo guardara un secreto.

—¿Y él mismo era ese secreto?

—Sí, eso es. Se estaba mostrando a sí mismo.

—¿Por qué?

—Porque yo se lo pedí.

Sneidermann se calló para concentrarse e intentar descubrir lo que se ocultaba detrás de las palabras de Carlotta. A veces tenía la sensación de que ella, con su personalidad dinámica, se recubría de máscaras para recuperar el control; otras, era



como si se escapara de él y sólo dejara palabras detrás.

—Bueno —explicó Carlotta—, en realidad no le pedí que se mostrara, más bien se lo exigí. ¿Quién eres? ¿Qué quieres? Frases así.

—Es lo que cualquiera hubiera hecho en su lugar.

Se produjo un larguísimo silencio. Sneidermann se humedeció los labios; era obvio que aún no estaba dicho todo, pero ella esperaba que él la obligara a decirlo.

—¿Qué pasó después?

—Me siguió hasta la cama y... y...

—¿Tuvo relaciones sexuales con usted?

—Sí. Entonces creo que me desmayé. ¡Fue todo tan terrible! Yo me estaba disolviendo en una luz... una luz que era él mismo... una luz verde y fría. Debo haber perdido el conocimiento.

—¿Cómo se siente ahora?

—Agotada. Sucia de cuerpo y alma... manchada...

—Muy comprensible, Carlotta. Tiene que haber sido una experiencia muy desagradable. ¿Quiere pasar por la clínica?

—No. Prefiero estar sola. Necesito aclarar mis ideas.

—Puedo mandar un coche a buscarla o ir yo personalmente.

—No. No quiero verlo... todavía no...

—¿Vendrá mañana?

—¿Mañana?

—Sí, es el día en que nos reunimos para una conferencia y hacer luego consulta médica.

—¿Hacer el qué?

—Ya le he explicado que los jueves siempre se estudia un caso en común. Es importante que yo pueda escuchar otras opiniones, y también es importante para usted.

—Está bien.

—Puedo hacer que la vayan a buscar en coche. Sólo tiene que llamar a la clínica. Es algo que hacemos muchas veces.

—No será necesario. Estoy bien.

—Carlotta, escuche bien, por favor. Le he explicado que no le ocurrirá nada si hay otra persona con usted en la misma habitación. ¿Recuerda que el hombre se marchó esa noche que Billy luchó contra él en el *living*?

—Sí, pero...

—Le recomiendo que traslade a Billy a su dormitorio y lo haga dormir en un saco de dormir o en lo que sea. Ya sé que puede ser una molestia para los dos, pero no creo que desee volver a tener otra experiencia desagradable.

—Está bien, doctor.

—No deje de hacerlo. De la escuela para secretarias llamaron hoy al hospital y me pidieron que confirmara que estaba usted bajo tratamiento. Su profesor me dijo

que hacía casi una semana que no la veía.

—¿Y?

—No quiero controlar su vida, Carlotta, pero deseaba saber si había alguna razón que justificara su ausencia.

—No tiene ningún sentido que siga yendo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo concentrarme. Además, ¿qué pueden hacerme los del seguro de desempleo? ¿Meterme en la cárcel?

—No se trata de eso, pero...

—Todo eso me parece tan lejano...

—Me gustaría que no faltara a clases.

—Ya estoy demasiado atrasada con las lecciones.

—Tomarán en consideración que ha estado usted enferma y recuperará el tiempo perdido.

—¿Para qué?

El tono monocorde, el desinterés de la voz de Carlotta parecían haber sido reproducidos de un texto de estudio. *La belle indifférence* era el término psiquiátrico. Ella se había disociado de sí misma. Ya no le importaba lo que pudiera ocurrirle, ya no resistía. Intentó restablecer contacto por entre las brumas de la indiferencia de ella.

—Por una razón muy simple. Le están enseñando habilidades que servirán para su propia disciplina. Eso le dará confianza en sí misma, y además, estará mejor preparada para encontrar trabajo cuando tenga el título.

Carlotta no dijo nada durante un rato. Cuando respondió lo hizo sin ningún entusiasmo.

—Lo haré, si eso es lo que usted quiere.

—¡Fantástico! Ya verá como pronto se agradecerá a usted misma el haber vuelto a las clases. Nos vemos mañana. Venga a mi despacho y yo la acompañaré a la sala de conferencias.

—Hasta mañana.

Carlotta colgó el teléfono.

Sneidermann, sentado ante el escritorio, garabateó varias notas finales, las incorporó a la carpeta, y miró la hora en el reloj de la pared. Todavía disponía del despacho durante otra hora más; decidió analizar la alucinación que Carlotta acababa de describirle.

La mente de Carlotta estaba proporcionándole imágenes explícitas y de gran contenido. ¿Por qué? ¿Qué representaban para ella? ¿Cómo pudo su inconsciente elaborar una criatura tan extraña y exótica? ¿Y cuánto tiempo necesitaría él para empezar a adivinar siquiera las respuestas?

La personalidad de Carlotta, como la de todo el mundo, estaba construida sobre una serie de capas, una sobre la otra. E, igual que con las cortezas terrestres, la más importante era la que sostenía a todas las demás. Sin duda, la parte más importante de

Carlotta estaba relacionada con Pasadena y el drama psicológico de sus padres. También existían capas superiores conflictivas. Su relación con Jerry, con Billy, con Bob Garret y Franklin; pero todas ellas descansaban sobre un tipo fundamental de personalidad, que se había formado hacía muchos años, en Pasadena. Allí estaba la clave del problema y, por el momento, ni siquiera Carlotta podía descifrarla.

Pensó que sería buena idea beber un poco de café y fue al *hall* central. A la vuelta pidió un cigarrillo a la enfermera de turno en el escritorio.

Al ojear la carpeta se dijo que todo estaba lleno de vacíos, vacíos, vacíos. Todo el caso estaba lleno de ellos. ¿Cuándo podría llenarlos? Permaneció allí durante una hora. Por cada idea que parecía aclarar algún punto del problema, aparecían otras cien que oscurecían y confundían sus conclusiones. Pensó en todo aquello que aún ni siquiera habían revisado juntos, que yacía en áreas desconocidas. Intentó delinear el problema, descubrir dónde estaba la parte de la estructura más débil, a la que tenía que llegar con mayor urgencia.

Deseó que ya fuera mañana. Tal vez los miembros del equipo de psiquiatras del hospital fueran capaces de llenar algunos de esos vacíos.

Sneidermann y Carlotta estaban sentados en las sillas de color rojo vivo de la salita. Hacía frío afuera. Se abrió la puerta del ascensor y salió un grupo de enfermeras y pacientes.

—Uno de los médicos es una verdadera celebridad, viene del John Hopkins y es algo así como Einstein de la psiquiatría.

Carlotta sonrió sin entusiasmo. Encendió un cigarrillo mientras cruzaba las piernas y agitó la cerilla para que se apagara. Echó una ojeada al reloj de la pared. La sala de conferencias se encontraba situada junto a las oficinas administrativas; no había allí olor alguno a medicamentos o sustancias químicas, ni ruido de altavoces llamando al personal o el ajetreo de gente por los corredores.

—Nunca pensé que un ser humano pudiera desintegrarse de esta manera —dijo ella.

—La mente humana es increíblemente complicada. Sin embargo, aunque usted no lo sabía cuando vino aquí por primera vez, ésta es la mejor clínica psiquiátrica de toda la costa occidental. Así que no se preocupe, está en buenas manos.

Ella volvió a sonreír y él percibió que la sonrisa de Carlotta se había convertido en un gesto vacío y mecánico. Sin duda, había sufrido un retroceso desde la primera entrevista.

Se abrió la puerta marrón y una enfermera con gafas de grueso marco hizo su aparición. Con una sonrisa preguntó:

—¿Está preparado, doctor Sneidermann?

—Sí.

La anciana enfermera mantuvo la puerta abierta para que el médico entrara, pero antes de hacerlo él se inclinó hacia Carlotta y susurró:

—Tengo que entrar primero para presentar el caso. Tardaré unos veinte o veinticinco minutos. Después vendrán a buscarla, ¿de acuerdo?

—Sí.

El médico se pasó las manos por el cabello, comprobó que su pluma estaba sujeta en la chaqueta de modo que no pudiera mancharla, y se enderezó el nudo de la corbata.

—Doctor Sneidermann...

—Dígame, Carlotta.

—Que tenga suerte.

Él le hizo un gesto amistoso.

—Gracias por deseármela, Carlotta.

Y desapareció en el interior de la sala de conferencias. Carlotta alcanzó a echar una ojeada antes de que se cerrara la puerta. Había varios hombres y una mujer bastante mayor, con el cabello blanco muy largo. Se escuchó el murmullo del

intercambio de saludos y después se cerró la puerta.

Se había quedado sin cigarrillos. Las máquinas donde podía obtenerlos se encontraban fuera de la pequeña sala de espera. Buscó monedas y salió a comprar un paquete. Todo el tiempo tuvo conciencia de que la enfermera de guardia no dejaba de observarla. Encendió el cigarrillo y regresó a la sala de espera. De pronto, escuchó sonidos ahogados en el corredor. Parecía una lucha entre dos personas. Giró la cabeza para mirar, pero no pudo ver nada.

En Nevada, pensó, la vida era dura; la gente enfermaba y moría, pero todo era tan natural como una nube deslizándose sobre uno de los cañones. Se aceptaban ciertas cosas como inevitables. Allí no había sondas en las fosas nasales, ni inyecciones intravenosas, ni monitores de televisión junto a las cabezas agónicas.

Carlotta miró hacia un extremo del pasillo; varios empleados administrativos salían en ese momento de una reunión acompañados de tres enfermeras mayores y una secretaria. «No tienen nada de espontáneos», se dijo. «Ni un gramo de sentido del humor. Ni un miligramo de comunicación entre ellos. Puede que sean todos muy inteligentes, pero sin ningún contacto con la realidad. Igual que Sneidermann». Y eran estas personas las que tenían la pretensión de sanarla de su enfermedad.

Tendrían que haber vivido en el desierto. Allí la maleza crece y se apelotona junto a las cercas de alambre; allí la luz del sol se extiende por sobre los cañones como dedos rojos que hurgaran por entre las rocas; allí el ganado chapotea sobre los arroyos y lanza al aire una lluvia de agua fría y frágiles trozos de cristal.

Sí, también era posible sufrir en un lugar así. Había que luchar contra toda la Tierra, y todo podía arruinarse, pero el combate era entre dos fuerzas similares, porque uno formaba parte de la naturaleza que, a su vez, también formaba parte de uno en su inmensidad. Allí no había especialistas ni largos corredores ni falsas esperanzas. No se estaba indefenso.

Carlotta apagó el cigarrillo en un cenicero de pie.

Tal vez algún día regresaría a Montana. Quizá. Era posible. Aunque tal vez a Jerry no le gustara. Él amaba las ciudades. Pero juntos podrían llegar a alguna solución, era un hombre sensato y razonable. ¿Y ahora qué? Su corazón latió con mayor fuerza. ¿Qué hacía ella en un lugar como ése? ¿Por qué no se marchaba? ¿Por qué no escapar?

Los restos del cigarrillo prendieron fuego a un papel que había en la arena del cenicero. Sobresaltada, apagó la diminuta llama. Tomó algunas revistas de la mesa. Revistas para mujeres con historias románticas para viejas soñadoras. Volvió a dejarlas en su sitio. Sabía que no podía marcharse de esa sala, y que si escapaba ya nunca podría regresar a Montana...

Con el último dinero que le quedaba, Carlotta había comprado un billete de autobús a Carson City. Ella y el pequeño Billy miraban como el paisaje se

transformaba en una serie de valles y planicies.

Antes de llegar a Carson City descubrió un poblado que se llamaba Two Rivers. Parecía tan tranquilo que cuando se detuvieron para almorzar ella decidió no volver a subir al autobús.

Estaba situado sobre la carretera que recorría un largo y empinado valle. De vez en cuando los granjeros aparecían por el pueblo para ver una película, beber un café o una cerveza o jugar al billar en alguna de las tabernas. Encontró trabajo en el café Two Rivers y vivía en una habitación que compartía con otra camarera detrás del establecimiento. A la otra mujer no le gustaba Billy. Y pronto todo fue un desastre; recibía proposiciones amorosas de los granjeros; el viento arrastraba el polvo por las calles; el cielo se fue haciendo cada vez más oscuro y el valle más deprimente.

Un día, un granjero de cierta edad entró al café. Tenía el pelo blanco, arrugas y un color cobrizo por efecto de las muchas horas de trabajo a la intemperie. Era delgado y se movía con la gracia de una persona que se siente segura de sí misma. Carlotta supuso que tendría unos sesenta años. Conversaron.

—Sí, hay unas cabañas próximas a Rushing Springs —dijo el hombre, respondiendo a una pregunta de ella.

—¿Podría irme a vivir allí?

—Si pagas el precio. Conozco al dueño. Dile que vas de parte de Bob Garret.

La cabaña era pequeña y estaba aislada. El propietario la miró desconfiado, dudando de lo que pudiera saber de la vida dura campestre una chica criada en la ciudad. Pero la recomendación de Bob Garret era suficiente. Y Carlotta se instaló allí. Poco después compró un Chevrolet del 54 al que faltaban los guardabarros, y en el que viajaba quince kilómetros todos los días para ir a trabajar. La cabaña no estaba bastante protegida contra el frío, y durante las tormentas solía cortarse la electricidad.

Carlotta deseaba que la gente ruda, comunicativa, que la aspereza del paisaje, la transformaran en una nueva persona. Procuró no volver a acordarse de Franklin ni de Pasadena.

—¿Cómo te encuentras en tu nueva casa?

—Muy bien, señor Garret. Gracias. Es un poco fría, el viento se cuela por todas las rendijas.

Garret rió. En su muñeca colgaba una turquesa de un brazalete de plata. Las manos eran rugosas como las de un viejo, pero tenía brazos musculosos y venas que se destacaban como ríos en un paisaje marrón.

—Clava alfombras en las paredes. No será muy decorativo, pero te ayudará a conservar el calor.

—Lo haré. Gracias, una vez más.

—El dueño tiene unas alfombras viejas en el cobertizo. Pídele que te las preste.

Carlotta lo miró ponerse de pie y caminar hasta la caja para pagar. Siempre daba la impresión de estar perdido en alguna profunda reflexión interior, y los ojos parpadeaban de una manera extraña, como si encontrara algo ligeramente divertido

en la gente que lo rodeaba.

—Señor Garret, ¿entiende usted algo de coches?

—Alguna vez he tenido que arreglar un par de motores, ¿por qué?

—Porque desde que llegó el frío me cuesta mucho poner en marcha mi Chevrolet.

Garret observó a la bella camarera; tenía unos ojos tan francos y confiados que le llamaba la atención que detrás de ellos hubiera una oculta expresión de desconfianza. Era vulnerable y cauta al mismo tiempo. Estaba decidida a no depender de nadie, pero no sabía nada de coches, del desierto, de los hombres y mujeres que vivían allí.

—No es nada grave. Lleva el coche a John, el mecánico que tiene el garaje en el cruce de caminos.

Carlotta titubeó al ver que el señor Garret parecía dispuesto a marcharse, se inclinó por sobre el mostrador y dijo en voz muy baja:

—No me gusta ese tipo.

—¿John? Es un...

—Me mira de una manera especial.

—Lo que no tiene nada de extraño. Le gustan las mujeres hermosas.

—Y el garaje está siempre tan oscuro que me pone muy nerviosa.

Garret la miró perplejo al ver miedo en los ojos de la muchacha y durante un tiempo no supo qué decir. Solía ser hombre de pocas palabras. Ella daba la impresión de estar indefensa y de confiar en él.

—No tienes que temerle a la gente de aquí, pues nadie quiere hacerte daño.

—Yo no estoy tan segura.

Él no respondió. Se puso el sombrero y acomodó su pelo blanco. Dio la impresión de estar preocupado; no le gustaba que la gente tuviera desconfianza. No era bueno para nadie vivir así.

—Hay una forma de que nadie pueda hacerte daño...

Y se quedó callado en busca de la mejor manera de expresar su pensamiento.

Mucho más tarde. Carlotta descubriría que Garret era capaz de estar callado un día entero hasta encontrar la palabra precisa para expresar su idea.

—Una persona que sabe lo que es no le tiene miedo a la gente —explicó.

—Puede ser. Pero no iré al garaje de John.

Garret suspiró. La testarudez de la chica lo divertía y enfadaba al mismo tiempo.

—¿Tienes el coche aquí? Llévalo al frente y le echaré una ojeada.

—No era mi intención que usted...

—Volveré en cinco minutos.

—Gracias.

El otoño acabó para dejar paso a temporales de nieve que se sucedían sin interrupción. Carlotta y Billy, aislados en la cabaña por la noche, eran incapaces de resistir el aislamiento de la larga desolación nocturna. Y ella empezó a pensar si no habría otro lugar al que pudiera escapar.

Después, el valle se transformó en una enemiga superficie nevada; el horizonte

desaparecía entre torbellinos de nubes blancas. Carlotta se dijo que había sido una locura quedarse en Two Rivers. Jamás antes había vivido un invierno semejante y su ropa no era lo bastante gruesa como para protegerla del viento helado, y al comprar nuevas prendas de abrigo se quedó sin dinero. El café cerró porque siempre lo hacía la víspera de Año Nuevo. Las tormentas no se interrumpían nunca, las carreteras quedaron bloqueadas y su coche yacía sepultado bajo metros de nieve.

La idea de morir de inanición en una cabaña perdida en la nada le pareció absurda. Toda su vida parecía haberse convertido en una ridícula aventura que no llevaba a ninguna parte. Y esa nieve que caía lenta, suave, amontonándose en las ventanas. Se le acabó la provisión de leña, y empezó a disminuir la de comida. Ya no tenía leche con qué amamantar a Billy. Y Carlotta empezó a temer los desastres provocados por el mal tiempo. Una mañana se congeló la bomba de agua, después sucedió lo mismo con las cañerías del fregadero, y no pudo encontrar la instalación bajo los cimientos de la cabaña. Crujidos metálicos se mezclaban con el rugido del viento. Día y noche ella y Billy esperaban poder salir de la cabaña.

Tenía hambre y la aterraba que su hijo, debilitado por la mala alimentación y el frío, pudiera enfermar. Lo peor era saber que estaba prisionera, próxima a morir de hambre, a tan sólo quince kilómetros del pueblo. La carretera estaba cubierta de nieve y le resultaba irreconocible. Todo parecía demostrar lo insensato de su deseo de ser independiente. Franklin había tenido razón. Él sabía bien para lo único que ella era buena. Eso y nada más. Sus padres habían estado en lo cierto; no era más que una criatura dañina, sin derecho a esperar nada de la vida. Voces del pasado zumbaban en sus oídos por la noche.

Cada mañana, nuevas nubes cubrían los campos nevados y volvía a nevar.

Escuchó el rugido de un motor que se aproximaba. Miró por la ventana y reconoció al propietario de la cabaña en el asiento del trineo. La saludaba con la mano y ella respondió con un gesto desganado.

—Encontré a Bob Garret y me dijo que era probable que tuviera usted dificultades por no estar acostumbrada a este tipo de clima.

—Así es. Me siento tan inútil...

Descargó varias cajas llenas de comida. La presencia de un hombre en la cabaña la ponía nerviosa y quería que él se marchara pronto. Pero el propietario trajo leña de su propio cobertizo, verificó el estado de la bomba de agua y de las cañerías antes de irse. Carlotta, aliviada, lo vio alejarse. Para ella todos los hombres, con la excepción del viejo granjero Garret, no eran más que unas bestias, y la aterraba tener que estar a solas con ellos.

Durante la primavera el lodo corría por las calles de Two Rivers.

Garret volvió a frecuentar de nuevo el café. Llevaba su chaqueta de cazador y las botas de punta estrecha. Sonrió al verla.

—Gracias por todo, señor Garret. Usted me ha salvado la vida.

—Sabía que no eras una mujer práctica, Carlotta.



—Tuve... tuve tanto miedo.

Afuera, la nieve derretida se había convertido en fango, una sustancia espesa que cubría coches, aceras y se adhería a los zapatos. Pero cuando él la llamó por su nombre ella se sintió contenta; de alguna manera, a través del granjero de pelo blanco, había establecido contacto con esa tierra, una relación sin hostilidades.

—Tienes que cuidar de ti misma.

—No creo que pueda. Este lugar es tan agresivo como Los Angeles.

Garret la miró apenado y no dijo nada durante un tiempo. Ella pensó que no la había oído pero, después de beber su café, permaneció en la silla. Eran las dos únicas personas en la cafetería.

—Hay una persona interesada en comprar mi granja y debo enseñársela. ¿Quieres acompañarme?

Carlotta lo miró fijo y sintió desconfianza, aunque no parecían haber segundas intenciones en el tono de su voz. A pesar de todo, se protegió detrás de un aire de indiferencia. Garret prosiguió:

—Desde arriba podrás ver todo el valle.

—Señor Garret, en realidad yo...

—Sólo hay que subir el camino. Desde esas alturas te reconciliarás con el lugar.

—Recuerde que tengo un niño y...

—No tardaremos más de veinte minutos.

Después de cerrar el café, Carlotta se sentó junto a una pareja madura en el camión de Garret. Ella sostenía al niño en su falda. A medida que subían por el camino, el corazón de Carlotta comenzó a ensancharse maravillado. Nunca antes había estado a tanta altura y era la primera vez que contemplaba el paisaje desde allí. Se sucedían un valle tras otro hasta desaparecer en el horizonte; las nubes de primavera parecían jirones de humo en la distancia, y había un río que se bifurcaba en dos por entre los cactus.

—¡Es muy hermoso! —comentó.

—No tiene nada que ver con Los Angeles, ¿verdad?

Ella rió e hizo que Billy mirara por la ventanilla.

—Mira, Billy, eso se llama águila. ¡Nunca habías visto ninguna antes!

—Y ahora tampoco —se burló Garret—, porque ese pájaro es un halcón.

Cuando bajaron del camión, Garret enseñó algunas cosas al matrimonio visitante. Muy lejos, tanto que parecía una visión, una pequeña granja descansaba entre planicies rojizas, y la luz del sol la cubría de una luz dorada. A su lado corría un riachuelo y, más allá, el camino trepaba por la árida montaña.

El aire vigorizante le revolvía el cabello y tenía palpitations, no por la altitud sino a consecuencia de una extraña excitación, una experiencia totalmente nueva en su vida.

—¡Me encantaría poder construir una cabaña allá arriba y vivir para siempre en ese lugar! —exclamó.

Garret sonrió y dijo:

—Ya te he dicho que no eres una mujer práctica. Ahí no hay agua y morirías congelada en invierno.

Ella rió.

Al volver al café agradeció el viaje a Garret mientras descendía del camión. Subió a su destartalado Chevrolet y se marchó a su cabaña, que estaba sumergida en un verdadero pozo de barro. No podía olvidar el espectáculo de la granja dorada en la distancia.

En el verano, el polvo y el polen hacían espeso el aire. Billy empezó a tener una respiración sibilante y a toser. Ella le tapaba la cara con un pañuelo húmedo, pero la causa del problema parecía ser otra. Pronto tuvo temperatura, palidecía o se ponía rojo, y sus ojos daban la impresión de que deliraba. Ni el dueño de la cabaña ni ninguno de los parroquianos sabía qué le pasaba a Billy. El único médico del pueblo se encontraba de viaje en su *jeep* por la parte norte del río.

Billy se encontraba cada vez peor; a veces parecía dejar de respirar y al inhalar era como si el aire raspaba un trozo de cartón. Los ojos y la nariz estaban llenos de mucosidades. Acurrucado en su cama lloraba y hacía esfuerzos por respirar. Desesperada, volvió a ir al consultorio del médico. Una nota indicaba que no estaría de vuelta antes de dos semanas.

El polvo silbaba al ser arrastrado por el viento entre las hojas muertas de los árboles que, al desprenderse, iban a estrellarse contra las paredes de la cabaña.

Carlotta decidió partir en busca del médico. Hizo el viaje en el Chevrolet, el niño respirando apenas bajo las tres mantas que lo envolvían. Iba sentado a su lado y tosía y escupía mientras ella buscaba el camino por entre baches. De pronto, a lo lejos, reconoció la granja que había visto una vez desde las alturas. Condujo hasta la puerta y sacó a Billy en sus brazos. Una pareja de viejos le informó que el doctor se había marchado ahora a la zona sur, al otro lado del Cañón, y que no había teléfonos en esa área. La hicieron sentarse en un sofá repleto de cosas. El hombre fue al teléfono y llamó.

—¿Bob? Te habla Jamison. Tengo a una mujer aquí con un niño enfermo... Alguien del pueblo... ¿Puedes venir? Bien, te esperamos.

Carlotta temblaba; estaba pálida y sudorosa, y era obvio que no se había alimentado bien últimamente. También ella necesita un médico, pensó el viejo, y dijo:

—No se preocupe. Pronto vendrá alguien que sabe mucho de medicina. La aprendió de los indios. Tenga un poco de paciencia y espere.

Después de una hora se escuchó el motor de un camión que trepaba la montaña. Carlotta se puso de pie, y entonces se dio cuenta de que tenía fiebre: las piernas le pesaban como si fueran de plomo.

Garret se bajó del camión con un pequeño maletín en la mano.

Carlotta extendió la mano y esbozó una sonrisa tímida.

—¡Señor Garret, hacía siglos que no nos veíamos!

—No sabía que tú... ¿Entonces el enfermo es Billy?

Sin decir nada más, entró en la habitación en penumbras. Hirvieron agua, mezclaron hierbas y Garret pasó toda la noche sentado en una silla cuidando al niño. Carlotta estaba en el dormitorio. La obligaron a comer algo y luego, ya más repuesta, volvió junto a Garret. Billy dormía a intervalos, la cara bañada en sudor, los ojos vidriosos. Poco a poco se fue tranquilizando hasta caer en un sueño profundo y sereno. Carlotta, al inclinarse para mirar a su hijo hizo que Garret despertara sobresaltado.

—Duerme.

—Parece tener mucha fiebre —dijo ella.

—Ésta es la peor parte de la crisis. Mañana estará mejor.

Amanecía cuando Carlotta se quedó dormida. Garret la cubrió con una manta india que encontró a mano. Los viejos, que habían dormido en el sofá, despertaron e hicieron el desayuno. Billy seguía durmiendo, sin que ningún ruido pudiera despertarlo.

—Ya tiene menos fiebre —explicó Garret.

El granjero hizo una nueva cocción de hierbas, bañó al niño y estudió su respiración. Muchas horas más tarde se dio cuenta de que Carlotta estaba exhausta.

A media tarde Billy se encontraba mejor. La cara ya no estaba acalorada y por la noche abrió, finalmente, los ojos. Garret llevó a Carlotta y al niño de vuelta a la cabaña, seguidos por el anciano matrimonio que iban en el Chevrolet.

Garret echó una ojeada a la diminuta e inmundada cabaña, movió la cabeza y dijo con suavidad:

—No pueden quedarse aquí.

Examinó la estufa y el cañón de la chimenea. Explicó:

—Aquí no hay ninguna ventilación. No me extraña que hayan enfermado. Además, el techo está en muy malas condiciones y se mojarán apenas empiece el otoño. ¿Qué piensan hacer cuando lleguen las nevadas?

Carlotta, en un rincón, lo miraba inspeccionar la cabaña. Como si hablara para sí mismo, Garret prosiguió:

—No sirve. Jamás pensé que estuviera en tan malas condiciones.

—Nunca me atreví a pedir al propietario que hiciera algunos arreglos.

—¿Tienes algún otro lugar adonde ir?

Carlotta titubeó antes de responder:

—No.

—En cinco meses se habrán convertido en estalactitas si se quedan aquí.

—No sé qué hacer.

Garret pateó la pila de leña y los troncos podridos rodaron en pequeños trozos. Ahora sí estaba seguro de que la mujer dependía de él para sobrevivir. La miró y dijo:

—Bueno, supongo que poner un par de vigas ayudaría.

—¡No, señor Garret, no debe molestarse!

—Deberías haberme dicho hace mucho tiempo las condiciones en que vivíais.

Estaba furioso, pero no contra la mujer sino consigo mismo. Hacía tiempo que se había dado cuenta de lo vulnerable que era ella sin la ayuda de un hombre.

—No sabía...

—Tienes que confiar en la gente, Carlotta. Aquí dependemos los unos de los otros.

Pusieron mantequilla en las rebanadas de pan y las cubrieron con gruesos trozos de jamón. Carlotta parecía esperar que Garret tomara una decisión; la fatiga y el aislamiento la habían hecho desconfiar de sí misma, y ahora no tenía a nadie a quien recurrir, fuera de ese hombre de pelo blanco, que parecía absorto en sus pensamientos.

—No es malo huir —dijo Garret—, siempre que se sepa hacia dónde se huye.

Ella permaneció en silencio. Era verdad lo que el hombre había dicho; él no deseaba aparentar lo que no era. Y ella, a su vez, sintió la necesidad de ser sincera y decir lo que pensaba, aunque fuera por primera vez en su vida.

—Temía quedarme donde estaba, y pensé que cualquier cosa sería mejor.

Garret puso a hervir agua para preparar una infusión de té. El grifo goteaba e hizo un gesto de desagrado.

—La vida hay que vivirla mirando hacia adelante, no hacia atrás —dijo.

—¿Es usted una persona religiosa? —preguntó Carlotta.

Él lanzó una alegre carcajada, y sus dientes brillaban en su blancura.

—No, en absoluto. Por lo menos no como se entiende ser religioso. Amo la tierra y la vida. Eso es Dios para mí.

—Mi padre era pastor protestante —explicó ella con disgusto—, y creo que nunca tuvo ni la más remota idea de lo que significaba Dios.

Empezaba a atardecer. Garret volvió de una patada un cajón de madera y se sentó encima. Tomaron té con miel y limón. Lentamente fueron pasando las horas. Carlotta le habló de su padre, ese hombre introvertido, esforzado, a quien la vida había decepcionado en gran medida.

—Es duro vivir solo, Carlotta, si no se ha tenido a alguien que nos enseñe a hacerlo.

La aliviaba escucharlo hablar; era como si le extrajeran un tumor del alma, y empezó a contarle cosas de su vida. Descubrió que tener un ser humano en quien poder confiar era el tesoro más grande del mundo. Él tenía otra escala de valores, más humana, simple y confiada, contenida. Desde esta nueva perspectiva, ella analizó el desastre que había sido su vida hasta entonces. Todo era condenable, pero había remedio. Podía encontrar una nueva forma de vida. Aquí, donde la lucha contra la naturaleza moldea a los seres humanos de otra manera.

—Creo que empieza a amanecer —dijo él mucho más tarde.

—Es verdad. ¡Qué hermoso, qué transparente!

—A mediados del verano el sol saldrá sobre Twin Peaks. Todo cambia en el

transcurso de un año, todo sigue unos ciclos, todo se renueva.

Lo miró largo rato. Ya no era una niña pequeña ni necesitaba serlo. Entre dos personas podía haber una relación adulta. También él la observaba, adentrándose en sus ojos. Los pensamientos inexpresados flotaban en el aire. Fue a la cama y tomó a Billy.

—Su respiración es normal —dijo.

El corazón de Carlotta latía deprisa. Era algo parecido al deseo pero con una calidad más refinada, tan sutil que temió que desapareciera para dejar atrás a la misma Carlotta de siempre, la que huía y procuraba escapar de sí misma. Se dio la vuelta. Él estaba detrás de ella, y sin miedo alguno estiró la mano. Los dedos del hombre apartaron el cabello de ambos lados de la cara de Carlotta. Garret sonrió, triste, comprensivo, con las huellas que habían dejado en él largos años de soledad. A pesar de las arrugas, sus ojos siempre parecían encontrar algo que los alegrara. Ella sintió que, por primera vez en su vida, se había encontrado con un hombre que era también un ser humano, y que la deseaba del mismo modo que Carlotta lo deseaba a él.

—Tienes que cuidar de ti misma, o nunca podrás vivir como mereces.

Ella sonrió insegura; no sabía qué hacer ni estaba segura de haberlo entendido bien. Tan lejos de la ciudad, de la gente, no tenía a nadie en quien apoyarse que no fuera ella misma. Aquí no había códigos rígidos de conducta, ni reglas, ni falsos prejuicios. Sólo un hombre y una mujer a solas en una habitación, mientras el sol entraba a raudales por la ventana y las paredes de madera se llenaban de luz.

Garret la miró a los ojos y dijo:

—Sólo está a treinta kilómetros hacia el Cañón.

Mil sensaciones sacudieron a Carlotta antes de responder:

—Lo sé. Recogeré mis cosas.

Desde el camión echó una última mirada a la destartada cabaña y el Chevrolet hundido en el barro; hacia arriba, apenas a una poca distancia de los postes del teléfono que no se alcanzaban a ver, estaba Two Rivers. Giró la cabeza. Llevaba a Billy en la falda. Ante ella se desplegaba un nuevo paisaje, más desolado, lleno de valles y cadenas montañosas. Era un espectáculo nuevo. No volvería la vista atrás.

La granja de Garret estaba en una pequeña planicie. Más abajo discurrían dos riachuelos, alimentados con agua que bajaba de los Cañones, y detrás de un pequeño prado se alzaba la imponente superficie rocosa, que protegía la granja con su sombra durante el verano, y la aislaba de los vientos en invierno.

Carlotta decoró el interior con tela adquirida en el pueblo. Además, aprendió a cocinar comidas muy simples de maíz, pimientos y fruta. Alimentaba a las gallinas, algunos cerdos y ordeñaba las vacas. Su cara se puso morena y sus movimientos se hicieron naturales y decididos. Había olvidado lo que era tener miedo.

Garret creía en la naturaleza. Si un hombre se aislaba de ella estaba perdido; desaparecía su alegría, su sentido de estar vivo. Había una lección nueva en cada cosa que enseñaba a Carlotta: los pequeños peces que nadaban entre la maleza de los charcos, las flores silvestres y el helecho, el lagarto que se deslizaba por entre las grietas. El ser humano era tan salvaje y pasajero, pero estaba dotado de conciencia.

Él escribía poemas para describir la fuerza del viento; el hielo que se deslizaba por la superficie de las rocas; las huellas dejadas sobre el barro; las flores amarillas que se abrían paso por entre las nieves cuando empezaban a derretirse. Trabajaba cada poesía una y otra vez, hasta que quedaba perfecta, precisa y simple, como los guijarros en el fondo de un río de montaña.

Un día fueron hasta el borde del Cañón. Abajo distinguían el humo de las fogatas de los reductos indígenas.

—Carlotta, quiero que sepas que hay algo que sólo tú podías darme; algo que no te sé explicar, que tal vez sea como si a un río le cambiaran, de pronto, de curso.

—Tú me has devuelto la vida, Bob —respondió ella con una sonrisa—. Siempre fuiste capaz de encontrar tu propio curso, sólo que, quizá, siempre has estado con gente que no te lo permitió.

—Ya no existe nadie más que tú.

Garret miró el humo de las fogatas elevarse y desaparecer arrastrado por el viento. Caminaron sobre la arena roja, sus caras iluminadas por el crepúsculo.

—Las personas de tu pasado ni siquiera existieron para ellas mismas, eso es algo de que ahora estoy segura.

—No los juzgues. Estaban atrapados y no tenían control sobre sus vidas.

—No juzgo a nadie. Sé que hay gente atrapada, pero ése es el tipo de personas a las que no quiero volver a ver en mi vida.

Garret la miró. No le gustaba que ella se enfadara, pero comprendió que la muchacha tenía heridas muy profundas, así que no dijo nada. Confiaba que el tiempo y el desierto las harían cicatrizar.

Carlotta quedó embarazada y Garret descubrió en él una nueva vitalidad en cada una de sus actividades; colgaba mazorcas decoradas con flores silvestres en puertas y ventanas. Garret trajo al mundo a la niña y Carlotta se quedó tres días en cama, dedicada a cuidar a su hija. Después, se levantó y volvió al trabajo, con Julie colgada a la espalda al estilo indio.

De vez en cuando, ella iba a visitar a las mujeres indígenas. Aprendió a teñir telas, a curar las heridas con hierbas, a decorar camisas. Por supuesto, sus dedos nunca adquirieron la habilidad de las nativas.

Nunca volvió a pensar en lo que había sido su vida antes de conocer a Bob Garret. Simplemente no había existido nunca. Ahora lo importante era el sol, los valles, los niños y la granja. Garret percibió el cambio y se lo dijo.

—Tienes algo parecido a los ríos y vientos, tal vez eso sea lo que llamamos alma. No sé, es la única palabra que se me ocurre. Pero se mueve en tu interior y ya no

temes la vida.

Ella sonrió misteriosa.

—¿Qué te hace sonreír?

—Es verdad que hay algo dentro de mí.

—¿Estás...?

—Puedes empezar a decorar mazorcas de maíz.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¡Carlotta, qué cosa tan maravillosa!

—Será niño. Igual a ti. Eso es lo que más deseo.

Era ya noche cerrada y afuera aullaban los coyotes. La cara de Garret denotaba la emoción de la noticia, y rió feliz.

—¿Escuchas al coyote? —preguntó—. Está solo, no tiene a nadie.

Ella puso su mano sobre la mejilla del hombre.

—Pero nosotros no estamos solos y nunca lo estaremos.

Él le besó los dedos con ternura. Y, como si le costara hablar, murmuró:

—Siempre estaremos juntos.

Nació una segunda niña, cuyo parto también asistió Bob. Y las estaciones del año se fueron sucediendo. No había otra vida que ésa. Carlotta no pensaba más que en su existencia de ese momento y no había otra Carlotta sino la que Garret había hecho florecer. Ella era de él por completo, y Garret había hecho aflorar lo mejor de ella misma.

Un día, a comienzos de la primavera de 1974, Garret se sintió tan mal que tuvo que apoyarse contra un poste de la cerca. La nieve aún no desaparecía del todo y el alambre de púas se clavó en los guantes que llevaba para protegerse del frío. Los charcos deshelados comenzaron a danzar ante sus ojos.

Cuando entró en la granja, Carlotta tuvo una sorpresa. Nunca antes había visto a Garret tan agotado. Lloró al verlo tenderse sobre la cama, tan pálido.

—¡Bob!

—No te preocupes...

—Llamaré al médico.

—Déjame reposar un momento...

Durmió todo el día. Por la tarde empezó a llover. La respiración de Garret se fue haciendo cada vez más profunda y más lenta. Con voz muy débil dijo:

—Te amo, Carlotta. No lo olvides.

—Bob, Bob... Iré a buscar al doctor a Two Rivers.

—No, no. Quédate junto a mí... un poco más.

Al volver a dormirse, su sueño se transformó en delirio. La llamaba, parecía buscarla con la mirada cada vez que, de tiempo en tiempo, abría los ojos. Al

amanecer, ella y los niños estaban sentados a su alrededor. Esperaban.

—Carlotta...

Ella se inclinó para escuchar.

Garret intentaba decirle algo, pero las palabras no se convertían en sonidos articulados y era como escuchar el zumbido de abejas. No tenían sentido. Parecían enojadas, furiosas, desconectadas, una lucha contra la muerte antes de ahogarse en la propia saliva.

—Carlotta... no puedo... respirar... No me... dejes... No... me... dejes...

Y cesó la respiración. Garret se había marchado a las tinieblas; detrás sólo quedaba el cuerpo, pesado, pálido, desconocido. Ahora que ya no tenía alma, daba la impresión de ser algo extraño, casi aterrador.

—¡Oh, Bob! —exclamó entre sollozos.

Pero la carne del hombre era pesada y estaba vacía; había algo repugnante al tacto, algo traicionero. Se sentía culpable por pensar así, y sin embargo era verdad. El dormitorio había adquirido un aire siniestro, algo que le resultaba vagamente familiar.

Fue a la cocina a lavarse la cara. Los niños la miraban, sin saber cómo reaccionar, conscientes tan sólo de que se había producido un gran cambio en la vida de todos. Lentamente, mientras la lluvia inundaba el patio, Garret empezó a alejarse de su vida, sus enseñanzas a evaporarse. Por primera vez en casi diez años, Carlotta no sabía qué hacer.

Por la noche lavó y vistió al cadáver. Le quitó la camisa y cerró la puerta. La luna brillaba fantasmagórica a través de los cristales mojados de las ventanas. La cara del viejo se veía marchita y severa; agujeros en vez de ojos. Con una esponja y agua limpió el cuerpo, las estrechas caderas, las piernas largas y los musculosos brazos. Era como limpiar un trozo de madera. ¿Dónde estaba el alma que había animado y dado sentido a la vida de Carlotta?

Vistió al muerto con su mejor ropa, un traje negro que sólo había usado una vez, el día en que se casaron. Ahora era un recuerdo cruel de lo que había sido el comienzo de una nueva vida. Carlotta escuchaba golpear la lluvia contra el techo; podía oír cómo el agua inundaba los cimientos de la casa. Al marcharse del dormitorio cerró la puerta detrás de ella. Pero esa noche no pudo dormir.

A la mañana siguiente había una gran tormenta. No había cesado de llover en toda la noche, y siguió lloviendo durante más de una semana. El camión estaba hundido en el barro. Tenía agua y leña suficiente para quedarse allí durante mucho tiempo, pero no se atrevía a hacerlo con un cadáver en el dormitorio.

Al comienzo tuvo una ligera aprensión que, poco a poco, se convirtió en verdadera ansiedad. Para demostrarse a sí misma que era una nueva Carlotta, que no tenía miedo a nada, fue al dormitorio. La luz plateada y enfermiza iluminaba el cabello blanco, los ojos abiertos, almendrados, inexpresivos. Se inclinó para cerrar los párpados. Y entonces, se dio cuenta de súbito de que si se quedaba en la granja el cadáver empezaría a descomponerse. Un miedo atroz le recorrió la espina dorsal con



la intensidad de una náusea. ¿Qué pasaría si no dejaba de llover? Comprendió que empezaba a perder el control.

Esa noche apenas pudo dormir; los chicos estaban a su lado, envueltos en mantas indias. ¿Dónde podía ir? Deseaba correr, al dormitorio, despertar a Garret y rogarle que volviera a sacarla del pozo negro en el que parecía haber vuelto a hundirse. Pero esta vez no había nadie para tenderle una mano. La Carlotta que Garret había construido con su amor, empezaba a separarse de ella como la piel de una culebra. Y en su lugar surgía la antigua Carlotta, la que necesitaba huir, la que la derrotaba siempre, la que no sabía quién era ni por qué estaba allí.

Al tercer día, cuando vio hasta qué nivel había crecido el agua que la rodeaba, comprendió que estaba prisionera; la naturaleza iba a tomar su venganza por todos los años de felicidad que le había proporcionado y la mataría, pero antes tendría que pagar el precio. Jamás había sentido antes la indiferencia de la naturaleza, una indiferencia tan completa y monstruosa. Estaba en peligro. No a causa de la comida o de la leña o del agua para beber y tampoco porque no dejaba de llover y todo estaba cubierto de barro. Estaba en peligro porque su mente había cesado de funcionar. Tenía que actuar, y pronto. Pero ¿qué podía hacer? Ya no se atrevía a entrar en el dormitorio, y hasta los niños percibían un cambio en ella, que temía incluso el sonido del viento y la lluvia.

Por la noche comenzó a sentir el olor, que salía como una bocanada del dormitorio. Se quedó inmóvil, la cabeza erguida. ¿Eran sólo imaginaciones suyas? La noche le pareció más oscura que nunca, una oscuridad densa e impenetrable. No. Ahí estaba el olor, inconfundible. ¿O era el producto de su mente? Oía ligeramente a carne descompuesta. «Y apenas hace tres días que murió», se dijo. Pero hacía calor en el dormitorio.

Reunió algunas de sus posesiones y subió al camión con los tres niños. Le hubiera gustado volver al dormitorio, despedirse de Garret con un beso, pero sabía que él ya no se encontraba allí; en su lugar había un sustituto odioso que empezaba a descomponerse.

Confió en las informaciones de Billy para encontrar el camino en la noche. El chico se sintió feliz al ser considerado como un adulto, pero también tenía miedo. Juntos, consiguieron llegar a la cima de la montaña. Era monstruoso que la perfecta belleza de esos diez años terminara transformada en una pesadilla grotesca, una caricatura que les recordaba el horror de vivir.

Los niños miraban el desolador espectáculo. Carlotta contempló el Cañón. Todo estaba inundado; el único punto por el cual se podía cruzar se veía cubierto de aguas oscuras y arremolinadas. Los faros del camión enfocaron el cadáver de un animal, que flotaba corriente abajo. Aceleró y después soltó el embrague. Las ruedas delanteras lograron asirse al suelo bajo las aguas rugientes, una cascada de líquido golpeó las puertas del camión, el motor chirrió, se ahogó y las ruedas patinaron ante el impacto de la corriente. Las luces iluminaban el agua negra y la espuma blanca de

los remolinos. Temía avanzar o retroceder. El motor se estremecía. Era demasiado tarde para hacer nada. A su alrededor no había más que oscuridad. Pero, con mucha dificultad, el vehículo logró llegar hasta el tramo de carretera que no estaba inundado. Sentados allí arriba, temblorosos, miraron hacia abajo. En la granja sólo había un destello de luz en la cocina, un resplandor rojizo producido por una estufa que calentaba habitaciones vacías. El dormitorio estaba a oscuras. Ni siquiera alcanzaba a ver las ventanas. Garret yacía allí. Intentó imaginarlo con la chaqueta de cazador, las botas, el pecho moreno, pero lo único que era capaz de recordar parecía ser la oscuridad...

—¿Señora Moran?

—¿Qué dice?

—Los médicos querrían recibirla ahora, señora Moran.

La enfermera ya mayor estaba ante la puerta y sonreía con aire profesional. Carlotta recordó, de pronto, dónde estaba y quién era: un ser anodino entre gente anodina y en un mundo anodino.

—Sí, por supuesto —dijo.

Entró en la sala de conferencias. Al primero que vio fue a Sneidermann, sentado lejos, apoyado contra una pared. Ante ella había cuatro médicos de pie, una mujer entre ellos.

—Siéntese, por favor —invitó el doctor Weber.

Se presentó y fue dando los nombres de los demás. La mujer se llamaba doctora Chevalier. Un anciano de cabello blanco, a quien todos trataban con gran deferencia, era el doctor Wilkes. El último se llamaba doctor Walcott, un hombre fornido y nervioso.

Carlotta se sentó y cruzó las piernas. El doctor Weber propuso:

—Tal vez podríamos aproximar un poco nuestras sillas. No me gustaría que la señora Moran tuviera la impresión de que esto es un juicio.

Se oyó el ruido producido al arrastrar las sillas. Carlotta pensó que todos se veían muy pálidos, casi anémicos; con sus caras inexpresivas, parecían ser profundamente desgraciados, obsesos, solitarios.

—¿Ha desayunado ya? —preguntó la doctora Chevalier—. ¿Querría un poco de café?

—No, gracias.

Era como estar en el despacho de Sneiderman, uno habla y ellos escuchan. Pero no se trataba de una conversación normal, sino de un diálogo que se desarrollaba según reglas que sólo ellos conocían.

—Dígame, Carlotta —dijo el doctor Weber—. ¿Qué siente al encontrarse aquí?

—Bueno, debo reconocer que me parece extraño.

—¿Quiere decir que no es como en una fiesta, en la que todos se conocen,

verdad?

—Así es. Todos ustedes son desconocidos...

—¿Extraños?

—No. Se trata de algo diferente...

—¿En qué sentido?

Carlotta hizo una pausa para mirar cómo la observaban. La sensación era muy desagradable y la puso a la defensiva. Dijo:

—Me resulta curiosa la manera cómo están vestidos. Las corbatas de pajarita dejaron de usarse hace años...

Estalló una carcajada general. Carlotta no había tenido la menor intención de decir nada divertido, pero se alegró de que la tensión se relajara.

El doctor Wilkes acarició su corbata roja de pajarita y explicó:

—Carlotta, los especialistas nos dejamos absorber por nuestro trabajo y olvidamos la marcha de la moda.

Se quitó la corbata y la guardó en el bolsillo.

—Si va a quedarse sin corbata, sería mejor que desabotonara el primer botón de la camisa —dijo Carlotta.

Los hombres rieron cuando el doctor Wilkes obedeció el consejo de Carlotta.

Wilkes le sonrió afectuosamente, y ella empezó a verlos como seres humanos y no sólo como médicos. Poco a poco, sintió que tenía menos miedo. Se hizo el silencio y el doctor Weber preguntó:

—¿Todavía le parecemos extraños?

El silencio era total. Se había reanudado la entrevista. La doctora Chevalier alzó la cabeza y en voz muy suave inquirió:

—¿Tal vez le parecemos seres irreales, Carlotta?

—Sí, creo que ésa es una buena definición. Todo esto es irreal.

—¿Usted cree que sólo fingimos estar aquí?

—Exacto. Tengo la sensación de que podría atravesarlos con un dedo.

—¿Como si no tuviéramos consistencia física?

—Sé que tienen consistencia física. Se trata sólo de una impresión.

—¿Le ocurre lo mismo con todos nosotros?

—Sí.

—¿También con el doctor Sneidermann?

—No, para mí él es un ser concreto.

—¿Usted también es un ser concreto?

—Yo...

Se detuvo a pensar, sin importarle que los médicos la observaran. Finalmente alzó la cabeza y asintió.

—Siento que ni siquiera estoy aquí.

—¿Dónde está usted? —preguntó con voz modulada el doctor Walcott.

—En ningún sitio.

—¿No existe usted, entonces?

—Mi mente y mi cuerpo existen, pero yo no.

—Su yo, ¿dónde está?

Carlotta se agitó en la silla. No había esperado un interrogatorio tan exhaustivo. Los médicos aguardaron su respuesta sin presionarla, con actitud cortés. Pero era difícil explicarles sus sensaciones.

—Es como si recordara la verdadera Carlotta y le tuviera afecto, pero ella hubiera dejado de existir y sólo conservara la imagen de alguien que existió hace mucho tiempo.

La doctora Chevalier preguntó con voz clara y precisa.

—La verdadera Carlotta, ¿ha muerto?

—No. Desapareció.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—¿Cuando usted enfermó?

—Tal vez hubiera desaparecido antes.

El doctor Weber estudiaba a la joven mujer que tenía enfrente. Se preguntó si Sneidermann no le habría hecho más sugerencias de las convenientes acerca de su caso. Los médicos residentes, incluso los mejores, suelen adelantar diagnósticos a sus pacientes. Confiaba en que ella no elaborara un concepto equivocado de su enfermedad, basándose en algo que Sneidermann le hubiera dicho sin darse cuenta. Parecía muy receptiva a las opiniones médicas y estaba muy atenta para descubrir qué podían pensar de ella y por qué. Finalmente, preguntó:

—¿La verdadera Carlotta no regresará nunca?

—A veces creo que no.

—¿Qué necesitaría para volver?

—Sanar.

—¿Eso le devolvería la verdadera Carlotta?

—Sí, porque entonces volvería a ser una persona completa, los ataques desaparecerían y ella y yo seríamos una misma.

—Una manera muy inteligente de decirlo, Carlotta —comentó la doctora Chevalier.

Ahora el doctor Weber ya no dudaba de que ella estaba repitiendo lo que Sneidermann, sin ser consciente de ello, por supuesto, le había sugerido. Tendría que ocuparse de ello.

Volvió a hacerse el silencio en la habitación. Las ventanas estaban cerradas y el aire empezaba a ponerse pesado. Parecían esperar que ella añadiera algo más, pero ya lo había dicho todo.

Fue el doctor Walcott quien rompió el silencio; habló en una voz controlada y con un tono tan agradable que Carlotta tuvo la impresión de que se trataba de una comedia, y se puso en guardia.

—Carlotta, ¿quién es esa criatura oriental y por qué la molesta?

—No lo sé, doctor Walcott.

—¿Siempre ha sido la misma criatura?

—No es una «criatura» sino un hombre. Y hay otros que le ayudan.

—Carlotta, el hecho de que se le haya aparecido a usted, ¿lo hace ser real? ¿Es real como lo soy yo? ¿O es real de otra manera?

Carlotta se ruborizó. Era obvio que el doctor Walcott le estaba preguntando si era loca. Humillante. Pero, a pesar de todo, decidió decir la verdad.

—La primera vez que me atacó pensé que era real. Después me convencí de que había sido algo parecido a una pesadilla. Y cuando me atacó en el coche creía que era irreal hasta que tomó el volante. Cuando de hecho lo vi, más tarde, no me cupo ya ninguna duda de que era real.

—¿Y aquí, con nosotros, sigue pensando lo mismo?

Carlotta titubeó.

—El doctor Sneidermann me explicó que era un sueño muy intenso en sus manifestaciones.

—¿Le creyó?

—Lo intenté, pero ya no puedo creerle.

—¿Por qué no?

Ella tuvo la sensación de estar siendo vivisectada en una mesa de operaciones. Jamás pensó que las preguntas serían tan insistentes.

—Por las marcas con que amanecí en mi cuerpo —respondió, la voz ligeramente descontrolada—. Estaban en lugares en los que era imposible que me las hubiera causado yo misma.

—¿Alguna otra razón?

—Sí. En mi casa hay cortinas destrozadas y grietas en el techo. Yo no he provocado esos destrozos, ni Billy, ni nadie. Los chicos saben que *él* está ahí, pueden oírlo y olerlo. Además, Billy...

—¿Sí?

—Él hirió a Billy.

—Sí, lo sabemos —dijo el doctor Walcott con un gesto afirmativo de la cabeza—, pero usted misma se ha descrito como despertando, de alguna manera, después de estos ataques.

—Sí, le he explicado al doctor Sneidermann que tengo la sensación de deslizarme, de convertirme en algo irreal, cada vez que me ataca. Después, todo desaparece y entonces creo que puede haber sido una fantasía. Pero amanezco con magulladuras en el cuello y en los brazos, o las cortinas están rotas, o ha pasado algo semejante, o los chicos lo ven o lo oyen. Por consiguiente, tiene que ser real.

Carlotta recuperó el control de sí misma. El problema de saber si era real o no la confundía, mareándola, porque no estaba segura de nada. Incluso pensar en los ataques la helaba de espanto.

La doctora Chevalier preguntó:

—¿No le parece extraño, Carlotta, que un oriental le hable en inglés?

—Si he de decirle la verdad, doctora Chevalier, toda la situación me parece muy extraña.

El doctor Weber reprimió una sonrisa.

—Le dice cosas obscenas —prosiguió la doctora Chevalier—. ¿Por qué?

—No... no podría decirlo. Tal vez una doctora de su categoría, una dama... no lo sepa, pero...

—Siga, por favor.

—A algunos hombres... cuando ven a una mujer...

—¿Sí?

—Les gusta usar ese tipo de expresiones. No para ofenderlas, sino como una... manera...

—¿De excitarse?

—Sí.

—¿Por qué trató de hacerle daño en el coche? ¿Por qué hirió a Billy?

—Para advertirme.

—¿De qué?

—De que tenía que colaborar...

Mientras fingía beber café, la doctora Chevalier analizó cuidadosamente a Carlotta.

—¿Por qué la ataca a usted? ¿Por qué no a otra persona?

—Supongo que porque me ha escogido a mí.

—¿No tiene otras mujeres?

—Nunca... había... pensado en eso.

—¿Nunca?

—No.

—Pero ¿por qué precisamente usted, Carlotta?

—No lo sé. Supongo que me encuentra atractiva —respondió ruborizándose.

La doctora Chevalier esperó un momento antes de preguntar:

—¿No le resultaría frustrante que él la abandonara? ¿Que sanara usted?

Carlotta tuvo la sensación de haber sido atrapada de alguna manera por esa mujer con falda de *tweed*. Pensó rápido.

—¡Por supuesto que no! Odio esta situación. Es como una pesadilla de la que no puedo despertar. No me importa nada lo que *él* pueda pensar. Sólo quiero liberarme de *él*.

El doctor Weber habló, porque tuvo la sensación de que Carlotta se había enfadado con ellos.

—Por supuesto que tiene usted razón, Carlotta. Sólo estamos intentando ayudarla, pero no es una enfermedad de la que se pueda sanar con una aspirina o aplicando una venda. Toma tiempo descubrir el origen del desorden.

Ella sacó unas hebras imaginarias de su falda y respondió:

—Comprendo. No me he enfadado, pero no sé qué podemos sacar en limpio con esta conversación.

—Una posición muy razonable.

—Hablar no sirve de nada. Por lo menos con el doctor Sneidermann.

—Crea, Carlotta, que hacemos todo lo posible, dadas las circunstancias.

Asintió, pero parecía retraída, distante. Era como si hubiera perdido la confianza en el equipo médico. Después de algunas frases intrascendentes, se pusieron de pie para despedirse y la enfermera la escoltó hasta la puerta. Los psiquiatras permanecieron en la sala de conferencias. Estaban ligeramente desconcertados por la repentina demostración de desconfianza y hostilidad de parte de Carlotta.

El doctor Wilkes acariciaba su barba blanca, y los demás lo miraban expectantes. Parecía tener la intención de dirigir el debate.

—Doctor Sneidermann, ¿querría aproximarse a nosotros, por favor? —Invitó.

Sneidermann se levantó de la silla situada en uno de los extremos de la habitación y fue a sentarse junto a la doctora Chevalier. El doctor Wilkes revisó la carpeta del joven médico, deteniéndose en cada una de las páginas, que apoyaba en su mesita próxima a la puerta. Al terminar, se dirigió a Sneidermann.

—¿Mantiene usted su diagnóstico original?

—¿Neurosis histérica? Sí, pero con reservas.

El doctor Wilkes movió dubitativo la cabeza.

—Creo que la situación ha cambiado, doctor Sneidermann.

Hubo un silencio denso; el joven médico tragó saliva y permaneció callado.

—Cuando tuvo la primera entrevista con usted, sólo se producía un estado de disociación cuando la paciente se refería a los ataques, ¿recuerda? Ahora parece ajena a toda realidad. Piensa que nosotros no somos reales, sino figuras fantasmagóricas. Ése es el primero de los cambios significativos.

—Así es, señor.

—Al comienzo escuchaba obscenidades nada más que cuando era víctima de un ataque; pero ahora ha elaborado una interpretación del fenómeno, y cree que su alucinación desea hacer el amor con ella. Es el comienzo de una relación. Y eso no me gusta. Ése es el segundo de los cambios.

—Comprendo lo que quiere decirme, señor, pero...

—De hecho, se siente orgullosa de la existencia de esa criatura, porque demuestra que ella posee un gran atractivo sexual —intervino la doctora Chevalier—. Y eso representa un nuevo enfoque del problema.

—Estos cambios son muy importantes —explicó el doctor Wilkes— ya que no estamos ante una adolescente con una crisis de identidad, sino ante una mujer inestable, incapaz de encontrar equilibrio.

Sneidermann se preguntó si había pretendido ignorar el peligro ante el cual se encontraba Carlotta. Pero, si la situación era tan grave, ¿por qué Weber no se lo había

advertido? ¿Era responsabilidad de él percibir las complejidades del caso? ¿O se trataba de enseñar a un médico residente, a costa, incluso, del empeoramiento del enfermo? Todas estas posibilidades parecían absurdas. Sneidermann se sintió molesto, pero pronto comprendió que el resto del equipo médico se sentía tan desorientado como él mismo. Hasta ese momento, el joven doctor pensaba que un médico con largos años de práctica y experiencia tenía que saber siempre todas las respuestas, tal como ocurría en el aula. Pero ahora estas eminencias médicas también tenían que buscar una respuesta a tuestas. La curación de Carlotta le pareció cada vez más remota.

—Ha habido también otro cambio de actitud —dijo el doctor Weber.

—¿Cuál? —preguntó Sneidermann.

—Al comienzo, los ataques tenían todas las características de una violación. De hecho, ella estaba convencida de haber sido violada, ¿no es así?

—Sí.

—Ahora, describe los ataques como si se incorporara al atacante primero y se separara de él después. La alucinación presenta una doble faceta.

—Eso me llamó la atención —explicó la doctora Chevalier—, pero no sabía que se trataba de un elemento nuevo en el desarrollo del proceso.

—Es una faceta nueva —reconoció Sneidermann.

—Y no está orientada hacia un terreno neutro —agregó el doctor Wilkes.

La doctora Chevalier suspiró mientras miraba por la ventana, como en espera de que el sol que iluminaba el patio pudiera disipar la desolación de la sala de conferencias en la que se encontraban.

—Una muchacha muy bonita —comentó distraído el doctor Walcott—. Una lástima verla en esas condiciones.

—Así es —dijo Weber.

Sneidermann se preguntó cuáles serían los pensamientos de sus colegas, que no parecían dispuestos a compartir con él.

La doctora Chevalier, sin apartar la vista de la ventana, explicó:

—Creo que se trata de un caso de reacción psicótica, y que tiene entre sus manos, doctor Sneidermann, una ruptura psicótica de personalidad.

—Conuerdo —dijo el doctor Weber.

—También yo —agregó Wilkes—. ¿Cuál es su opinión, doctor Walcott?

—Todavía no tengo ninguna.

Sneidermann los observaba. Tenía miedo de que lo consideraran un caso demasiado complejo para él, y la idea le produjo la sensación de sumergirse en un río de aguas muy frías. Se obligó a sí mismo a escuchar con atención cada uno de los comentarios de sus colegas.

—Respecto al tratamiento —decía Walcott— creo que es obvio que se ha producido una transferencia positiva.

—Sí, eso está claro —comentó Wilkes.



—Así es —corroboró la doctora Chevalier con una sonrisa desganada—. Esa mujer se está enamorando de usted, doctor Sneidermann.

—Debe tener mucho cuidado —advirtió Walcott.

—La situación es grave —explicó el doctor Wilkes—, porque una transferencia sin base en la realidad puede resultar un peligro para el psiquiatra. El doctor Northshield, un colega mío de la Universidad de Nueva York, fue muerto a tiros por un paciente. Estas emociones reprimidas pueden desencadenar grandes fuerzas interiores.

Hubo otro largo silencio. Sneidermann no pudo dejar de pensar que todas estas afirmaciones, y la confianza que se desprendía de haber encontrado el diagnóstico adecuado, no eran más que una fachada. En el fondo, sólo había escuchado conjeturas, certidumbres vagas, estimaciones tentativas y una gran frustración.

Sin referirse a ninguno en particular, el doctor Walcott preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Un tratamiento antipsicótico para empezar —dictaminó Weber—. Ya conocen mi opinión sobre las drogas, pero no me gusta el cariz que están tomando los ataques y creo que se justifican. Cada nuevo ataque la aleja más y más de la realidad. Creo que sería bueno que pudiera dormir todas las noches, sin verse asaltada por esas horribles visiones.

—¿No habría peligro de suicidio? —preguntó Sneidermann.

—No se suicidará —dijo el doctor Wilkes.

—¿Por qué no?

—Porque no está tratando de destruirse a sí misma. Si ése fuera el problema, ya se habría suicidado hace bastante tiempo.

—¿Y el accidente en coche?

—Sólo demuestra que se encontraba lo bastante enferma como para requerir atención médica, no que quisiera poner fin a su vida.

—¿Y si empeora y decide aumentar la dosis de drogas?

—Si quisiera suicidarse lo podría hacer en cualquier momento. ¡Vaya, parece que lo he sorprendido! ¿Le pareció cruel mi afirmación? Sin embargo, es verdadera. Si Carlotta desea matarse, usted no podrá impedirselo.

Sneidermann parecía terriblemente deprimido. Se hundió en la silla. La reunión dio la impresión de haberse llenado de una atmósfera de presagios funestos. No sólo se había equivocado él con su diagnóstico, sino que la paciente estaba muchísimo más enferma de lo que le había parecido durante un mes.

—Este tipo de ruptura psicótica de la personalidad no es lo peor que pueda pasarle a un ser humano —dijo el doctor Weber en un intento por levantarle el ánimo—. La esquizofrenia es infinitamente más grave.

—Y, después de todo, puede que las magulladuras que presenta la paciente en su cuerpo sean síntomas histéricos —sugirió Walcott en tono animoso.

—Tal vez —intervino Wilkes—. He visto las más fantásticas erupciones cutáneas

en enfermos histéricos. Pero mi impresión es que ella misma se ha producido las heridas con una botella o algún colgador de ropa.

—En ese caso su conducta sería abiertamente psicótica —especificó Sneidermann.

—Usted lo ha dicho.

Los médicos parecían haber llegado a un acuerdo. Sneidermann se sintió muy solo; incluso dudaba que pudiera sacar a Carlotta de esa selva horrible por la que ella había estado caminando durante meses. Y, lo peor, era que no estaba seguro de que hubiera alguien capaz de ayudarla.

El doctor Wilkes se volvió a pasar la mano por el cabello. Tenía un rostro cubierto de pecas, lo que resultaba incongruente en una piel tan llena de arrugas. Hizo un gesto en dirección a la carpeta que descansaba sobre la mesita.

—Sus comentarios sobre la sexualidad infantil, doctor Sneidermann, son básicamente correctos. No tengo nada que criticar.

El doctor Walcott enderezó su corbata y se puso de pie. Los demás lo imitaron.

—Por consiguiente, ¿hay unanimidad respecto al diagnóstico preliminar?

—Creo que sí —dijo Wilkes.

—Por supuesto, es necesario seguir investigando para hacerlo más preciso —agregó el doctor Weber—. La paciente parece estar en el vacío, y nosotros también, al menos un poco.

El doctor Wilkes extendió la mano a Sneidermann.

—Buena suerte. Creo que ha comprendido usted mejor la naturaleza del caso de lo que se imagina.

—Muchas gracias, doctor Wilkes.

—No tema cometer errores. Con los míos podría llenar un libro bastante grueso. Tenga confianza en usted mismo.

—La tendré, señor.

Pero Sneidermann no estaba seguro del sentido preciso de lo que acababa de decir.

Todos se despidieron y el grupo se dispersó por la sala de conferencias. Sneidermann se sentía perplejo. Había comprendido que el caso era mucho más grave de lo que creyera en un comienzo. La iban a someter a un tratamiento con drogas tranquilizantes.

Y lo único que le habían aconsejado era que profundizara lo más posible en su conocimiento del pasado de Carlotta.

—Doctora Chevalier, ¿quiere almorzar conmigo? —preguntó el doctor Weber—. Hay algunos aspectos de este caso que me interesaría conversar con usted.

—Encantada.

Sneidermann hubiera deseado participar. La doctora Chevalier era directora de Admisión. ¿Pensaban hospitalizar a Carlotta? ¿Y luego qué? El hospital sólo recibía pacientes durante un cierto tiempo para que fueran observados; después, si el

diagnóstico así lo exigía, se los enviaba a un manicomio.

—Adiós, doctor Sneidermann —se despidió Walcott—. ¡Y arriba ese ánimo!

—Adiós, doctor Walcott.

El joven médico caminó por el concurrido y ruidoso corredor sintiéndose muy infeliz. Sabía que los manicomios no eran más que unos nidos de víboras, demasiados enfermos y pocos médicos. Sospechaba que buena parte del tiempo mantenían drogados a los pacientes para poder tenerlos bajo control. Estaba cada vez más inquieto. Si, por algún milagro, Carlotta lograba sobrevivir, ¿qué sería de ella? Muy pocos enfermos mejoraban en un manicomio; a menudo se limitaban a vegetar, en cualquier grado de psicosis en el que se encontraran. Ni mejoraban ni empeoraban. Siempre igual, un año tras otro. La imagen de Carlotta Moran se le presentó muy nítida. ¿Qué podría ocurrirle ahora?

El día era brillante, frío y gris.

Carlotta sentía los latidos de su corazón. Al comienzo había sido una manchita diminuta, un punto negro en la indiferencia azul del cielo; después, al inclinarse, las alas refulgieron bajo la luz y, finalmente, el avión se había posado sobre la losa. Al apagarse los motores, el viento le revolvió el cabello. Y entonces Jerry apareció el primero de todos los pasajeros en la puerta.

—¡Jerry!

Él llevaba una chaqueta a cuadros y pantalones oscuros. La saludó con la mano y sonrió con esa sonrisa infantil suya, que ocultaba una timidez difícil de descubrir a primera vista. Pero Carlotta sabía que detrás de esa timidez había toda la fortaleza de una persona que se había hecho a sí misma sin ayuda de nadie.

—¡Jerry!

Allí estaba, casi como en sueños, esperando que la azafata lo autorizara a descender por la escalerilla.

—¡Carlotta!

La estrechó contra su pecho, y ella se le entregó por completo. Por primera vez en un mes se sintió tranquila. Se besaron temblorosos, incómodos de sentirse tan emocionados. Jerry la miraba como si temiera perderla.

—Disculpe, señor —dijo una azafata—, ¿pero podría dejar paso a los demás pasajeros?

Detrás de ellos había una fila de personas en espera de poder desembarcar. Jerry se ruborizó.

—Lo siento, discúlpeme.

Carlotta rió.

Caminaron por la pista de aterrizaje y volvieron a abrazarse. Jerry dijo con voz ronca:

—Te he echado muchísimo de menos.

—Lo sé. Y yo también. ¡Mírame, no he dejado de temblar desde que te vi!

Se volvió a reclinar contra el pecho del hombre y cerró los ojos. El corazón de Jerry latía muy deprisa.

—Déjame mirarte. Estás muy guapo. Pareces un verdadero ejecutivo con esa chaqueta.

—Soy un ejecutivo. Me han ascendido.

Una vez más la estrechó con fuerza; el suave olor de su colonia, el calor del cuello de la mujer, le provocaba estremecimientos de placer.

—Vayamos a algún sitio... —propuso.

Se marcharon del brazo a la sección en la que las maletas eran descargadas desde las entrañas del aeropuerto. Jerry tomó la suya y salieron.

—¡Tienes un aspecto sensacional! ¿Dónde la has comprado?

—¿La blusa? Es mexicana. La compré en el centro.

Jerry llamó un taxi. A lo lejos se veía el Holiday Inn, y más allá el *cabaret* donde se habían conocido, en una época que parecía tan lejana. Al subir al taxi, Jerry se dio cuenta, de pronto, de que no sabía adónde ir.

—Llévame a un lugar agradable —dijo ella—, donde fuimos la primera vez.

Había una urgencia extraña en su voz que sorprendió a Jerry.

—Como quieras. Es un hermoso lugar.

El taxi giró para salir de la fila y tomó la autopista Pacific Coast; luego subió la montaña hasta llegar a esa área desde donde se veía el océano. El sol se hundía en el horizonte como una pelota descolorida. Se detuvieron ante un letrero que decía:

### Sea View Motel Habitaciones disponibles

Jerry abrió la puerta de la habitación.

—Parece más vulgar de lo que recordaba —dijo.

—Está muy bien.

—¿De verdad?

Carlotta rió.

—Por supuesto que sí.

Los bordados de la blusa mexicana se destacaban en el género blanco.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Jerry.

—Ahora no.

Ella puso sobre una silla la falda oscura, con una serpiente verde bordada en la basta, y Jerry contempló el cuerpo de la mujer, las sombras que danzaban sobre su carne en la penumbra. Se sintió incómodo un segundo, después se desnudó.

—¡Eres tan hermosa!

—Tú estás más delgado.

—Cuando viajo me olvido de comer.

Jerry le puso las manos en la cintura y la sintió respirar agitada entre sus brazos, y eso lo excitó mucho.

—Quizá pudiéramos tener una relación permanente —dijo él con voz ronca.

Ella murmuró algo ininteligible, la boca contra su hombro.

—Creo que pueden destinarme definitivamente al Southwest.

—¿Sí?

—A San Diego.

—Eso significa que estarías aquí casi...

—Todo el tiempo. Se acabaron los viajes.

Escuchaba los latidos del corazón del hombre y sonrió. Los labios de Carlotta habían adquirido un color rojo muy especial con la luz del violento atardecer sobre el

Pacífico. La autopista, que serpenteaba por entre los acantilados, parecía formar parte de un sueño lejano.

—Todo sería diferente.

—Sí, muy diferente.

Se sentaron en el borde de la cama. Jerry le acarició una cadera.

—¿Te ocurre algo? ¿No has dejado de temblar ni un solo momento?

—Es porque estoy a tu lado.

Él recorrió con un dedo el cuerpo de la mujer, el vientre suave y plano, los tersos muslos.

Bajo la luz, las paredes de la habitación habían adquirido una tonalidad ocre. El sol estaba ya bajo la línea del horizonte, y las nubes parecían haber adquirido un tono aún más anaranjado, como si hubiera un incendio sobre las aguas. A través de la cortina, el resplandor les iluminaba las caras, los cuerpos, los brazos y piernas.

—¡Oh, Jerry!

Él era siempre muy controlado, amable, considerado. A su lado Carlotta podía relajarse, despreocuparse de saber quién era ella o dónde estaba. Se dejó arrastrar por el deseo.

—¡Jerry!

La estrechó con tal fuerza que tuvo la sensación de que iba a aplastarla. Quería que la aplastara, que desintegrara cada uno de sus huesos, que rompiera su ser entre sus tiernos brazos y la reconstruyera de nuevo después; una persona diferente, tan limpia y fresca como parecía, pero con un alma nueva, un alma que no estuviera contaminada.

—¡Jerry...!

Había perdido toda conciencia, absorta en la percepción de la infinidad de sensaciones que la sacudían. Flotaba en una playa de arenas oscuras. Cuando volvió en sí, tenía la cara bañada en sudor y Jerry la contemplaba. Los pechos subían y bajaban bajo la luz del atardecer.

Ella lo besó en un brazo con ternura.

—Creo haber exagerado un poco... —comentó ruborizada.

—Me encantó.

—Todo el motel debe haberme escuchado.

Jerry rió.

—¡Eso no me preocupa en absoluto!

—Fue maravilloso.

Jerry sonrió complacido, y le acarició la cara. Los ojos del hombre parecían más oscuros y maduros; el aire infantil se había transformado sólo en un recuerdo del pasado. En realidad, el rostro era más anguloso, más autoritario. Tal vez era consecuencia de las nuevas responsabilidades que comporta la promoción; quizás era que estuviera cansado de viajar; o, simplemente, que en esa extraña luz azulada podía mostrarse más auténtico, más sólido y serio.

Las manos de Jerry jugaron sobre los senos de Carlotta antes de entrecruzarse con las de ella.

—Me pareces diferente —dijo él.

—¿En qué sentido?

—Hay algo especial en tu cara, una seriedad nueva.

—También tu cara parece más seria. Estamos envejeciendo. Debo tener miles de arrugas.

—No tienes ninguna. Son tus ojos que...

—Te he extrañado mucho.

—Lo pasé muy mal lejos de ti, Carlotta, y ésa es la verdad.

—No deberíamos separarnos, entonces...

Se produjo un silencio; ninguno de los dos quiso profundizar en el tema, a pesar de que era preciso hacerlo, llegar a alguna conclusión clara y precisa para ambos.

—¿Alguna novedad en Kentner Street? —preguntó Jerry distraído.

—Tuvieron que levantar el cemento y están derribando los árboles.

—¿Para qué?

—Lo llaman progreso.

Jerry, desnudo, se inclinó por sobre la mesa de noche y sirvió mi poco de *whisky* con hielo en un par de vasos. Carlotta lo observó sonriendo.

—A tu salud —dijo él.

—A nuestra salud.

El líquido quemante le sentó bien a Carlotta. La habitación estaba a oscuras. No habían encendido la luz, pero los reflejos de la señal luminosa del motel cubrían el cuerpo desnudo de Jerry de reflejos rojos y violetas. Era compacto, musculoso, mucho más fuerte de lo que parecía vestido. La miraba. Sus ojos siempre parecían sonreír, aunque no pensara en nada especialmente divertido.

—Carlotta, has cambiado. ¿Qué ha pasado?

—Estuve demasiado tiempo sin ti, eso es todo.

—¿Algún problema? ¿Algo que tenga que ver con Billy y conmigo?

—No. Pero cuando estás lejos tengo miedo. Temo perderte.

—Nunca me perderás.

—La sola idea me enloquece.

—Trata de no enloquecer —bromeó Jerry.

—¿Qué pasaría si me volviera loca?

—Bueno, no sería muy agradable, ¿verdad?

—¿Me abandonarías si enloqueciera?

—Supongo que siempre serías mi Carlotta. —Y después de una pausa agregó—: ¿O no lo serías?

Se produjo una pausa. Jerry la observó con atención. La cara de ella parecía presentar las huellas de algún tipo de experiencia que él ignoraba. Tal vez sólo fuera la separación. Para él había sido un fuerte trauma.

El *whisky* circulaba por el cerebro de Carlotta y era como el zumbido de abejas doradas. No bebía casi nunca, pero le gustaba hacerlo en compañía de Jerry.

—¿Quieres otro poco? —ofreció él.

Ella asintió.

Hubo un tintinear de cubos de hielo y el ruido del líquido en los vasos. Observó la gracia natural con que se movía el cuerpo masculino en la oscuridad. Era apenas una silueta.

—¡Tienes la mano helada!

—Perdona, me olvidé que había tomado el hielo con los dedos.

—No, deja la mano donde está.

Jerry escrutó los ojos de la mujer. A Carlotta le fascinó la mezcla a tabaco fino y a alcohol que se desprendía del aliento de su amante; era un olor masculino y casi tan embriagador como el mismo licor. La mano ya estaba tibia. La acariciaba. Se apoyó contra las almohadas para hacérselo más fácil. Tenía los pezones erectos bajo la sábana. Acomodó las piernas. Él le acarició el cuello con la nariz.

—¡Hueles tan bien, Carlotta! —murmuró.

Ella rió con dulzura. Y se quedó inmóvil. Cada uno escucha la la respiración del otro en el oído. Un sonido constante, lejano como un océano en calma, regular y profundo, cada vez más apasionado. Hacía calor en la habitación. La oscuridad era completa. Ella no alcanzaba a divisar ni los pies de la cama. A lo lejos se oía el zumbido de la carretera y de algunos frenazos. Aproximó el vientre al del hombre.

—¡Ahora...! —susurró.

En alguna habitación encendieron la radio; una canción popular, absurda y sentimental. Cuando terminó, apagaron el sonido y se escuchó un portazo.

—Mmmmmmmmm... ¡Sí!

Se abrazaban con tanto ardor que el mundo y todo lo que los rodeaba desapareció. Sólo ellos existían.

—¡Sí... sí... sí...! —jadeaba Carlotta.

Sin darse cuenta de sus exclamaciones, buscó el cuerpo del hombre. Lo deseaba, se dejó desear, y se poseyeron. Era como una danza submarina, una lucha bajo el agua en la que ella luchaba contra él, para aferrarse inmediatamente después a su cuerpo; y la tibieza del encuentro la recorría como una llama creciente. La piel de Carlotta se hizo más suave y brillante, se le humedecieron los ojos, la respiración se convirtió en un quejido suave y rítmico.

—¡Jerry!

Una gran paz la inundó al sentirlo emerger de las profundidades junto con ella. Agotados, ninguno de los dos cuerpos se movió. Ella sonreía, pero estaba demasiado oscuro para ver la expresión del hombre. En silencio, miraron el techo durante un tiempo. No necesitaban hablar. Después, lo sintió buscar un cigarrillo. Encendió el de ella con un mechero antes de tomar uno para él. La luz del mechero hizo brillar el cuerpo de la mujer. Jerry le miró los senos.



—¿Qué te ha pasado, Carlotta? Estás toda rasmillada.

—¿Qué?

—Tienes heridas aquí y aquí.

Ella apagó el mechero, pero él volvió a encenderlo. Y bajo la luz amarillenta, Carlotta pareció encogerse. Sombras y luces ondulaban sobre su cuerpo desnudo.

—No me ocultes lo que te ha pasado —pidió él con dulzura.

—Apaga el mechero, por favor.

—De acuerdo.

Jerry recorrió las cicatrices y rasmilladuras de los pechos con sus dedos.

—No son de ahora, no te las he hecho yo.

—Fue un accidente.

—¿Te has bañado en una piscina de vidrio molido?

—Choqué con el Buick contra un poste de la luz.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No quería preocuparte. No fue nada grave.

—¿No? ¿Y esto? Tiene que haberte dolido mucho.

—Estuve dolorida un par de días, eso es todo.

Jerry le creyó. Volvió a recostarse en las almohadas y lanzó una risa burlona.

—¿Sabes? Parece que alguien te hubiera dado una paliza. —Volvio a encender el mechero—. Todas esas rasmilladuras y cicatrices...

—Apaga, por favor.

Jerry hizo desaparecer la llama.

—Donde yo nací, las cicatrices eran señales de que eras fuerte, de que podías soportar los golpes. Eso significa en mi pueblo estar lleno de cicatrices.

—Preferiría que habláramos de otra cosa, Jerry.

Él puso una mano en el muslo de ella que, de pronto, pareció distante, a cientos de kilómetros de distancia, hasta el punto de sobresaltarse con su contacto.

—¿Te gustaría dar un paseo por la playa?

Ella no respondió.

—¿Qué me dices? Se puede bajar por una escala junto al acantilado.

Tampoco entonces hubo respuesta. Carlotta se levantó y fue al baño. Jerry se preguntó qué le habría pasado; estuvo unos segundos sentado en la cama, y después se vistió.

Desde la playa la luna se veía gorda y pesada. Había casi luna llena. Las olas rodaban bajo un cielo azul verdoso y parecían salir de la nada. Cubiertas de espuma reventaban con el estruendo de un trueno. La playa estaba llena de fogatas. Jerry y Carlotta caminaban tomados de la mano sobre una arena húmeda y compacta. A lo lejos se escuchaba la música de las radios de los coches que los adolescentes habían estacionado en los alrededores.

—Creo que tenemos que hablar, Carlotta.

Ella no dijo nada pero se apoyó con fuerza contra el brazo de él.

—Sabes a qué me refiero, ¿verdad?

—Sí.

—Todo el tiempo que estuve ausente no hice más que pensar en nosotros... y en Billy.

—Billy está arrepentido de lo que hizo. Es muy joven y no puede controlar sus emociones. Cuando vuelvas a casa...

—Lo sé, lo sé.

La tomó de la cintura. El faro en uno de los peñascos hizo circular un haz de luz por la oscuridad. Estaban de pie, inmóviles, mientras la espuma fría les bañaba los tobillos antes de retroceder.

—En cierto sentido, no puedo culparlo. Me gustaría que todo fuera muy claro entre nosotros Carlotta. ¿Comprendes?

Estaba silenciosa. Lo había dicho, tan pronto, en tan pocas palabras. Jerry esperaba respuesta. Ella le tomó una mano y se la llevó a los labios, gesto que lo emocionó hasta dejarlo sin palabras. Intentó decir algo, pero no pudo. Nunca se había sentido tan desarmado antes en su vida. Las cosas no habían salido como él las había planeado. Finalmente, dijo:

—Carlotta, te juro que dentro de unos pocos meses estaré en San Diego. Es una hermosa ciudad y allí seremos felices, todos, tú y los chicos.

No supo qué más decir. La abrazó.

—Seremos felices, Jerry.

Algunas luces parpadearon en la oscuridad del océano, algún remolcador o una lancha dirigiéndose al puerto detrás de las montañas.

—Odio tener que volver a dejarte, incluso antes de haber podido estar con vosotros.

—Pero volverás pronto, y entonces será para quedarte. No te preocupes.

Jerry le sonrió. Rodeó el rostro de la mujer con las manos y lo aproximó al suyo.

—¿Qué quieres decir con eso de «no te preocupes»?

—Para entonces ya no tendré cicatrices.

La besó en la nuca.

—Cuando regreses, estaré completamente curada. Ahora lo sé —dijo Carlotta.

Fuertes espasmos la sacudían sin que supiera si estaba viviendo una agonía o un éxtasis que parecía no terminar nunca; oleadas la golpeaban ininterrumpidamente con un calor que iba de la cabeza a los pies, y se sentía delirar. Habló en voz alta. Los senos se agitaban espasmódicos. Desfallecía. Era como una escena en cámara lenta cuyo foco estuviera en sus genitales. Se retorció en busca de aire. Las sensaciones no cesaban. Sin quererlo, movía los muslos. Poco a poco, el ritmo fue disminuyendo, se

hizo más lento, se detuvo y terminó definitivamente. Había flotado en un océano de placer.

El aire estaba sereno a su alrededor y se disolvió en esa tranquilidad. Le costó abrir los ojos. En la oscuridad del dormitorio, sus pezones erectos se alzaban y descendían en las sombras. Tenía empapado de sudor el cabello de las sienes y la cara toda mojada. Inhaló hondo. Estaba exhausta. Escuchó una risa suave, aterciopelada, segura de sí misma.

—*Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.*

Y él se marchó.

Con mucha lentitud giró la cabeza. El aire estaba perfumado. A la cabecera de la cama vio a dos enanos. Sus ojos eran inexcusables en la profundidad de las órbitas, los brazos les colgaban deformes a ambos lados del cuerpo y la miraban de pie, en silencio.

Carlotta sintió calor por dentro. Estaba mareada, con el vientre dolorido y los miembros inertes por efecto de la fatiga. Con ojos vidriosos, contempló a los enanos deshojar pétalos de rosa sobre sus piernas doloridas. El perfume era exquisito. Después, sin emitir ningún sonido, las figuras se hicieron menos sólidas, transparentes, y dejaron de existir.

En la mañana del 18 de diciembre, Carlotta sintió una curiosa pesadez en los pechos, un agotamiento general que la hizo quedarse en cama todo el día.

Mareada, fue al *living*, pero tuvo que sentarse en el borde del sofá. Todo ondulaba en su interior y tuvo frío. Al ponerse un chaleco se dio cuenta de que sus senos estaban demasiado sensibles. Sin duda esta extraña dolencia de todo su cuerpo tenía que ser alguna enfermedad. Salió a regar el jardín.

Sin saber cómo, se encontró sentada en un columpio que colgaba del roble próximo al callejón. Tenía la frente y el cuello bañados en sudor. La cerca de la casa del matrimonio Greenspan oscilaba siniestra, como una serpiente.

La señora Greenspan, aunque odiaba meterse en las vidas ajenas, había aceptado vigilar a Carlotta. Y ahora la vio tan pálida que se decidió a dejar el tejido a un lado y cruzó la cerca.

—Buenos días, Carlotta —dijo amable—. ¿Cómo se siente?

—Muy bien, gracias. Disfrutaba del sol.

—Está usted muy pálida.

—Desde mi enfermedad he estado demasiado tiempo encerrada en casa.

—Aproveche del sol ahora, entonces. Es una de las medicinas de Dios.

La señora Greenspan se dirigió a un extremo de su propio jardín y sacó las hojas amarillentas de los arbustos.

—¡Me están destrozando por dentro! —gimió Carlotta.

Pero la señora Greenspan no la escuchó y se dedicó a extraer la maleza alrededor

de los pensamientos. Cerca de ella revoloteaban mariposas de alas doradas. Fascinada con el espectáculo, se dio la vuelta para enseñárselo a Carlotta. Sus ojos cansados mostraron preocupación al ver que su vecina intentaba sonreír y que, al ponerse de pie, se tambaleaba.

Los insectos zumbaban a coro; y parecían llenar el jardín, la manzana, todo el vecindario. El cerebro de Carlotta estaba lleno del ruido, el zumbido era como si le hablara a ella.

—Señora Greenspan, ¿cree usted en fantasmas?

—¡Claro que no! —respondió riendo la anciana señora.

—No me refería a seres transparentes que flotan en el espacio, sino a fantasmas del pasado.

—Bueno, creo que los muertos viven en nuestros corazones.

—Pero no nos causan daño, ¿verdad?

—No lo sé. Sólo puedo hablar por mis propias experiencias. Acepte el consejo de una vieja: confíe en su médico.

—Él niega ciertas cosas, que yo veo con mis propios ojos.

—Lo mejor es que confíe en él. Los médicos saben lo que es más conveniente.

Carlotta volvió a casa acompañada por el ruido de los insectos. Este zumbido no tenía nada que ver con el solitario canto de los grillos en Two Rivers; había algo furioso, demoníaco en su sonido. Recordó Santa Ana, y la visión del apartamento que había compartido con Franklin la acompañó hasta el interior del *living*, sin que pudiera sacárselo de la cabeza.

A mediados de enero la figura de Carlotta se había redondeado. Sneidermann supuso que se trataba de un problema de retención de líquido, y lo diagnosticó como un síntoma histérico secundario y, por tanto, sin mayor importancia. También cabía la posibilidad de que fuera una reacción al tratamiento con drogas. Hizo que le practicasen un análisis de sangre. Los resultados fueron negativos. Sin embargo, la paciente experimentaba repentinos cambios de humor. Incluso durante las entrevistas respondía con agresividad, para disculparse luego. Empezó a bañarse dos o tres veces por día. El agua aliviaba el peso que sentía en su interior.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Nada, Julie.

—¡Estás tan pálida!

—Me siento cansada. Creo que me acostaré un momento. Sal afuera a jugar con Billy.

Julie miró a su madre acostada en el sofá, con un chaleco arrebujado alrededor de los hombros. Verla tan enferma la asustaba mucho.

—Vete ya —murmuró Carlotta distraída—, mamá quiere descansar.

Sentía una increíble lasitud, no le quedaba el menor asomo de fuerza. Algo,

dentro de ella, le estaba chupando hasta la sustancia misma de sus huesos, que parecían ahora rellenos de aire.

Intentó alzarse para preparar la comida, pero el cuerpo se negaba a responder, incapaz de realizar ningún esfuerzo.

—Dios... —murmuró.

E intentó levantarse una vez más. Se apoyó en la pared; la habitación comenzó a girar cada vez más rápido.

Julie, que estaba en la puerta, la vio caer al suelo emitiendo sonidos inarticulados. Corrió afuera, hasta donde Billy cortaba el césped, sudoroso bajo el calor del mediodía.

—¡Billy! ¡Mamá está muy enferma!

El chico detuvo la cortadora de césped y le pareció que toda la luminosidad del día se transformaba en una sombra enfermiza alrededor de la casa.

—¿Qué le pasa? ¿Te pidió que vinieras a buscarme?

—Está vomitando.

Billy corrió a casa. Carlotta vomitaba en el baño.

—¿Te sientes muy mal?

No pudo responderle y volvió a inclinarse sobre el lavabo.

—¿Quieres que llame al médico?

Carlotta negó con un gesto. Una violenta arcada la dobló en dos y agachó la cabeza. Billy, sin saber qué hacer, miró hacia otro lado.

—Ya me... encuentro mejor...

Se lavó la cara y limpió el lavabo, después hizo gárgaras. Tenía la cara pálida, fría, húmeda, y le temblaban las fosas nasales.

—Será mejor que te acuestes —dijo Billy.

Pero su madre no hacía otra cosa que contemplarse horrorizada en el espejo.

—¿Qué te ocurre? ¿Quieres acostarte?

Billy y Julie la vieron tocarse la cara, sin quitar los ojos del espejo.

—No... no... no —repitió varias veces Carlotta de vez en cuando.

Después se hizo silencio en la casa.

Sneidermann estaba tan sorprendido que tuvo que reclinarsse en la silla. Preguntó:

—¿Está usted segura?

—Sí. Conozco los síntomas.

—¿Se lo ha dicho a Jerry?

—No. ¿Para qué?

—Bueno, algún día tendrá que saber que será padre, ¿no?

—No es hijo de Jerry.

Sneidermann la miró detenidamente; procuraba discernir las claves tácitas, los signos faciales, los gestos del cuerpo.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque él no puede engendrar. Estuvo enfermo de malaria mientras servía en el ejército. Es un tema del que no le gusta hablar.

—Tal vez estaba equivocado.

—Doctor Sneidermann, si Jerry pudiera tener hijos hace ya mucho tiempo que yo habría quedado embarazada.

—¿Y no cabría la posibilidad...?

—No me acuesto con todo el mundo, doctor.

—¿Qué está tratando de decirme, Carlotta?

—¿No le parece obvio?

—No. Dígamelo usted.

—Estoy embarazada de *él*.

—¿Y quién es *él*?

—No se haga el estúpido.

Como si fuera un castillo de naipes, Sneidermann vio cómo se derrumbaba de pronto todo su intenso trabajo de tres meses de paciente labor. Carlotta había fingido colaborar, pero en el fondo de su ser conservaba intactas todas sus dudas acerca de la realidad. Ahora, con un embarazo histérico, no hacía más que objetivar sus síntomas.

El médico disimuló su desilusión lo mejor que pudo, seguro de que Carlotta no debía descubrir sus verdaderos pensamientos.

—¿Qué le hace pensar que es hijo de *él*, Carlotta?

—Puede que no sean más que leyendas, pero...

—Pero ¿qué?

—Bob Garret me lo contó, allá, en Nevada. Dicen que para que una mujer conciba es necesario que tenga un... orgasmo. Ésa es la señal.

Si hubiera explotado una bomba a sus pies, Sneidermann no se habría sentido tan deprimido.

—Por tanto, ¿debo deducir que usted ha tenido un orgasmo?

—Sí —respondió ella en voz baja.

—¿Con...?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Poco después de que se marchara Jerry. Fue la primera vez.

—¿La primera vez?

Carlotta, ruborizada, asintió.

—Ahora siempre los tengo, pero me daba vergüenza decírselo.

—¿Por qué?

—Porque es... terrible... lo que me... produce. Trato de que no pase, pero no puedo evitarlo.

Sneidermann procuró disimular su angustia y se obligó a pensar en otra cosa. Hizo rápidos cálculos mentales: cerca de dos meses. Sin duda, suficiente para

inventarse los síntomas. Era como haber retrocedido hasta el comienzo. Sintió ganas de llorar. Carlotta se veía tan hermosa y segura, tan normal, que costaba aceptar lo que estaba diciéndole.

—Quiero que me practiquen un aborto.

Cada vez la sorpresa del médico era mayor; no había estado preparado para recibir golpe tras golpe. Pero, de pronto, comprendió. Era lógico que ella quisiera abortar; una vez eliminado el feto, Carlotta podría creer sin problemas en la existencia real de aquella criatura. Se sorprendió por la astucia con que operan los mecanismos psicóticos. La interrogaría con mucha delicadeza para averiguar qué importancia atribuía ella a su alucinación.

—¿Se ha practicado exámenes médicos?

—No los necesito.

—¿Por qué no?

—He tenido tres hijos, conozco los síntomas.

—No creo que esté embarazada, Carlotta.

—Me tiene sin cuidado lo que usted crea, doctor.

—¿Puede probarme que está embarazada? ¿Se sometería a un examen?

Carlotta se agitó inquieta en la silla.

—Sería una pérdida de tiempo —respondió.

—No toma más que unos pocos minutos. Mañana sabríamos los resultados. No duele.

—Estoy hinchada, doctor Sneidermann. Amanezco mareada y retengo líquido. ¿Necesita más pruebas?

—¿Y si el examen demostrara que estaba usted equivocada?

—Hace dos meses que no tengo la menstruación, doctor.

—Pero ¿y si el resultado del examen fuera negativo?

—Entonces tendría mucho más miedo.

—¿Por qué?

Carlotta buscó las palabras con cuidado; una extraña expresión, casi un mohín de desafío apareció en sus labios.

—Porque si no estoy embarazada, ¿qué le pasa entonces a mi cuerpo?

—Puede ser un embarazo histérico, Carlotta. Usted sabe que...

—¡Sí, sí, ya lo sé! ¡Todo pasa sólo en mi imaginación!

Se mordió el labio. Parecía enfadada.

Sneidermann preguntó con toda la gentileza de que era capaz:

—¿Me acompañaría al laboratorio? No tardaremos más de media hora.

—¿Y si el resultado es negativo? —preguntó Carlotta.

—Entonces dejaría usted de afirmar algo en lo que no cree.

Atrapada, buscó el bolso en el suelo. Sacó un paquete de cigarrillos, pero estaba vacío. Se arregló el pelo.

Sneidermann se preguntó si sería prudente presionarla de ese modo; pero quería

llegar al nudo del conflicto y recuperar el tiempo perdido.

—Dios... —murmuró Carlotta.

—¿Qué le pasa?

—He tenido un pensamiento horrible.

—¿Cuál?

—¿Y si los exámenes son positivos?

—No lo serán.

—Pero ¿si lo fueran? Eso significaría que todo ha ocurrido en realidad.

El doctor se dio cuenta con desaliento de que Carlotta ya no sabía si era preferible que los exámenes resultaran positivos o negativos; en cualquier caso tendría que renunciar al síntoma o a una realidad que la aterraba.

—Bien, Carlotta, ¿vamos al laboratorio?

—Vamos —respondió insegura, apenas en un susurro.

*Él* atravesó la pared furioso. ¿Dónde estaba ella? Carlotta, al sentir la presión, retrocedió, acurrucándose bajo las sábanas.

—Déjame en paz —dijo ella en voz baja.

Retrocedió aún más en un intento por escapar a la presencia resplandeciente. Huyó hasta apoyarse contra la pared y alzó un brazo para defenderse.

—¡No, no! ¡Me haces daño!

*Él* se aproximó.

Y, de pronto, Carlotta se encontró en el suelo, entre la cama y la pared. Quiso levantar una lámpara entre ambos, pero él la hizo saltar por los aires hasta el otro extremo del dormitorio.

—¡No! No, por favor...

La alcanzó. Un terrible dolor la golpeó entre las piernas. *Él* trabajaba decidido en ella. Su sufrimiento en el vientre se hizo insoportable.

—Dios... ¡No!

La quemaban por dentro. Gritó sin poder emitir sonido alguno y sus dedos trataron de aferrar una figura que no era más que aire. El peso cayó sobre ella y la aplastó contra la pared mientras *él* la golpeaba.

—Voy... a... morir...

Un líquido pegajoso empezó a manar por entre sus muslos y empapó su camisón. Había olor a sangre. ¿Dónde estaba *él* ahora?

Desesperada, era incapaz de moverse del rincón. Puso una almohada entre las piernas, pero pronto se empapó también del líquido cálido y pegajoso. Empujó el teléfono hacia ella, arrastrándolo del cordón.

—¡Operadora! ¡Operadora...! —murmuró con voz ronca.

Sacudió el teléfono, a punto de desmayarse.

—¿Número, por favor?



—Operadora... —Quiso gritar, pero apenas le salía la voz—. ¡Me estoy desangrando!

Perdió el conocimiento. Una ambulancia fue a buscarla quince minutos más tarde. Billy, pálido y tembloroso, acompañó a los enfermeros y al policía hasta el dormitorio. Carlotta tenía el camisón empapado en sangre, pero la hemorragia se había detenido. Su pulso latía débilmente.

Sneidermann entró en el despacho del doctor Weber, vio la señal en la puerta que decía Adelante, y pasó sin siquiera darle una mirada a la secretaria.

El doctor Weber alzó los ojos y, al ver la expresión del joven médico, bajó la carpeta que tenía entre las manos.

—¿Ocurre algo, Gary?

—Deseo saber si habló usted con la doctora Chevalier sobre la hospitalización de Carlotta.

—Sí, pensé que sería conveniente para la señora Moran.

—Habría que hacerlo de inmediato.

—¿Por qué?

—Acabo de enterarme por Jenkins, el del cuarto piso, de que Carlotta intentó romperse el útero con un instrumento cortante.

El doctor Weber se puso en pie, rodeó el escritorio, apoyó una mano en el hombro de Sneidermann y verificó que la puerta estuviera cerrada. Preguntó:

—¿Está en el pabellón de Urgencias ahora? ¿Se le está administrando plasma?

—Sí. Ha perdido mucha sangre.

—Contrólese, Gary. Estas cosas suelen suceder. Vamos mejor a verla.

El doctor Weber regresó a su escritorio, levantó el interfono y comunicó a su secretaria que estaría en Urgencias durante media hora. Colgó y volvió junto a Sneidermann.

—Doctor Weber, me siento tan culpable... Nunca pensé que ella pudiera...

—Puede que haya sido necesario extirparle el útero. Todavía no lo sabemos, ¿verdad?

—Jamás creí que ese embarazo histérico fuera tan importante para Carlotta que...

—Ahora ya lo sabe, Gary. Y creo que ha sido una buena lección, dada por la vida misma.

Sneidermann compuso su cara para no llamar la atención al caminar junto al doctor Weber por el concurrido corredor, pero la secretaria no dejó de observar el color ceniciento del médico residente.

Caminaron deprisa, por entre el personal médico que iba y venía en uno y otro sentido.

—¿Qué pasaría si ella no estuviera de acuerdo, señor?

—¿Con qué?

—Con la hospitalización.

Se detuvieron ante los grupos que esperaban los ascensores. Weber miró a Sneidermann, que esperaba una respuesta, después desvió la mirada y dijo:

—Si recupera la conciencia no podremos retenerla aquí más de un par de días, Gary.

Entraron en uno de los inmensos ascensores. Junto a ellos había en una camilla un viejo que respiraba por medio de tubos en la nariz. A su lado había dos enfermeras, los rostros tensos y ansiosos. Detrás un par de bronceados empleados administrativos intercambiaban bromas.

Sneidermann procuró no alzar la voz para decir:

—Pero ella se está haciendo daño... Tenemos que protegerla de sí misma.

—El proceso legal para internar a alguien es bastante complicado, Gary.

—¿Aunque se cortara a trocitos no podríamos hacer nada para ponerla en un sitio seguro?

—La ley está siempre de parte del paciente, y más ahora, después de la última decisión del Tribunal Supremo. Sin su consentimiento no podemos hacer nada.

Se abrieron las puertas del ascensor, siguieron la camilla por el *hall* y subieron una plataforma que conducía al cuarto piso.

La cabeza de Sneidermann zumbaba agitada por infinidad de pensamientos contradictorios. Le parecía increíble que un enfermo pudiera tener el derecho a mutilarse. El suicidio era otra cosa, ya sabía. Y si un paciente lo intentaba era legal internarlo por algún tiempo.

—¿Y si intentara dañar a los chicos, doctor Weber? Recuerde que al muchacho estuvo a punto de fracturarle la muñeca con un candelabro. ¿Tampoco este peligro para los niños autorizaría a hospitalizarla?

El doctor Weber negó con la cabeza. Observó cómo Sneidermann trataba de buscar una solución dentro de su casi completa ignorancia de los procedimientos legales.

—Eso es incluso menos factible. Cuesta mucho lograr una sentencia que separe a una madre de sus hijos.

Puesto que parecía no haber manera de obligar a Carlotta a permanecer en un hospital para enfermos mentales, Sneidermann aceptó su responsabilidad. Él la convencería de la gravedad de su caso, del peligro que corría. Tenía que obligarla a luchar contra esa parte enferma de su personalidad, y a buscar protección. Esperaba que ella hubiera recuperado algún grado de lucidez, pero era más bien pesimista al respecto.

—La doctora Chevalier, por favor —dijo Weber.

Fue introducido en un pequeño despacho y de allí se dirigió a la oficina de la doctora sin siquiera golpear en la puerta. Sneidermann esperó fuera. Otro médico residente pasó por su lado y lo saludó; le devolvió la sonrisa sin darse muy bien cuenta de lo que hacía. Pensaba que Billy o Cindy debían estar en alguna parte del

hospital. Intentaría hablar con ellos primero para ver cómo se podía convencer a Carlotta para que se hospitalizara. Carlotta, Carlotta, murmuró para sí, ¿por qué te has hecho esto? Una mujer tan jovial, tan bella, tan llena de vida, y ahora esto tan absurdo, era como si quisiera matar lo mejor de sí misma. ¿Qué le había pasado que se veía obligada a retroceder en su interior en búsqueda de fantasías que fueran más reales que la vida misma? ¿Cómo podría ayudarla ahora? Había descubierto que engañarse a sí mismo era algo más que un simple error de juicio. Representaba un poder, una fuerza semejante a la de las raíces de un árbol que, lentamente, destruyen una roca. Y luchar contra algo así era tarea de toda una vida.

El doctor Weber salió con unos documentos en la mano.

—Tengo todo lo necesario. Supongo que le ayudará saber que físicamente está bien. No ha habido perforación del útero. Más que nada es un estado de agotamiento debido a la pérdida de sangre. Podría salir del hospital esta misma tarde.

Recorrieron deprisa los pabellones pero, instintivamente disminuyeron el paso para evitar dar la sensación de urgencia. Había pacientes sentados en sillas, envueltos en batas, sin nada que hacer. Sneidermann tropezó con un niño que jugaba en el suelo con lápices de colores.

—¿Qué alternativa tenemos si se niega a aceptar la hospitalización?

El doctor Weber se detuvo ante la puerta. Desde allí se veía a Billy que, palidísimo, procuraba sonreír frente a la cama de su madre. Carlotta no se veía desde el exterior. Había otros cuatro enfermos. Dos de ellos, inconscientes, recibían una transfusión de sangre; los otros dos también estaban sometidos a una transfusión, pero miraban aburridos los televisores instalados en la habitación.

—Hay otra alternativa —respondió Weber—. Si Carlotta se niega a firmar, usted continuará tratándola como hasta ahora. Y lo más probable es que ella acuda, como si nada hubiera pasado.

Sneidermann hizo un gesto con la cabeza. Dijo:

—Creo que nos han visto. Ese muchacho es su hijo.

—Bien, dejaré que se haga usted cargo de todo.

—Yo...

—Se verá en muchas situaciones semejantes en su carrera, así que prepárese. Escúcheme bien: sea amistoso y persuasivo, procure no enfrentarse con ella.

—Está bien.

—Estaré en mi despacho. Vaya a verme cuando haya terminado.

—De acuerdo.

El doctor Weber puso con fuerza una mano en el hombro de Sneidermann para darle ánimo, se dio la vuelta y se marchó por el corredor lleno de gente. Los altavoces llamaban a diversos médicos con una voz mecánica. El joven tragó saliva, se pasó la mano por el pelo y entró.

Billy estaba sentado frente a Carlotta. El único parecido entre ambos eran los ojos oscuros. El muchacho tenía una figura atlética, mientras que la madre era menuda.

Aprovechó para observar al chico, que parecía ser el centro de un conflicto de Carlotta con su hogar. Después miró a su paciente. El cabello negro estaba desparramado sobre la almohada, lo que la hacía parecer aún más joven.

—Billy —dijo y extendió la mano—, soy el doctor Sneidermann.

El apretón del chico fue sorprendentemente firme y seguro.

—Doctor...

—¿Te importaría dejarme hablar a solas con tu madre?

—No.

El muchacho salió, pero el médico se apercibió de que lo estaba observando desde un banco del pasillo. Sneidermann se sentó junto a la cabecera de Carlotta, donde Billy no pudiera verlo.

Carlotta lo miró, los ojos ligeramente entrecerrados. Nunca antes le había parecido tan hermosa, se dijo. El rostro palidísimo, casi marmóreo; el cansancio había suavizado todos los rasgos y hacía que los ojos parecieran profundos y soñadores; la delicada piel estaba bañada en una luz difusa, y era como una niña pequeña que acabara de despertar.

—Doctor Sneidermann, creí que estaba soñando.

Su voz tenía una cualidad irreal, remota, serena.

—¿Cómo se siente? —preguntó Sneidermann en un tono que traicionó su emoción.

—Muy cansada. —Le dedicó una sonrisa vaga—. Cansadísima.

—Siento que se haya hecho daño.

Carlotta movió los labios en un intento de encontrar las palabras que pudieran formular unas ideas que ni siquiera en su propia mente estaban claras. Miró hacia otro lado, como si la respuesta pudiera estar entre las botellas que administraban suero a uno de sus brazos.

—No sé qué ocurrió.

—Los exámenes fueron negativos.

Volvió la cara y sonrió. Parecía tener la mente en blanco al preguntar:

—¿Qué exámenes?

—Los del embarazo.

—Todo eso parece tan lejano... como si hiciera cien años...

—Le repito que los resultados fueron negativos.

—Demasiado tarde, doctor Sneidermann. El niño ya no existe.

—No había ningún niño, Carlotta.

—Ahora no.

La agresión todavía estaba grabada en su memoria; la vio palidecer aún más, intentar decir algo, llenársele los ojos de horror.

—Me dijo que estaba dispuesta a creer el resultado de los exámenes, Carlotta. ¿Va a cambiar ahora de opinión?

—Él no quería que yo tuviera al niño. En eso se parece a muchos hombres;

quieren acostarse con una, pero no soportan un embarazo.

—¿Es eso lo que ocurrió?

—Sí. Vino para deshacerse del niño... ¡Dios mío! ¿Y si no lo hubiera hecho así? ¿Qué habría pasado?

—Habría sido el fin de un embarazo histérico, y usted lo sabe.

Cuando se le llenaron los ojos de lágrimas dejó de mirarlo. Sneidermann esperó un momento antes de inclinarse hacia ella para decirle en voz muy baja:

—Carlotta, si yo la acompañara a casa y buscara en su dormitorio tendría que encontrar algún instrumento con sangre, algo largo y puntiagudo, ¿no es así? Respóndame, ¿no es así, Carlotta?

—No sé de qué me está hablando —dijo ella, la voz próxima a quebrarse.

—Sí que lo sabe.

—Tuve una hemorragia. ¡Yo no la provoqué!

—Está defendiéndose de mí, y esto no es un juego.

—Le he dicho la verdad.

Sneidermann suspiró. Acercó la silla a la cama y esperó con la mejor sonrisa que fue capaz de exhibir. Durante mucho tiempo permanecieron en silencio. Él estaba seguro de que si tenía paciencia lograría que se relajara, pero era preciso no presionarla.

—Carlotta...

Ella se volvió con mucha lentitud.

—Carlotta, hace tres meses que nos conocemos y usted sabe que la única razón por la que estoy aquí es porque quiero que sane usted.

—Lo sé —dijo con voz muy débil.

—Siempre se lo he dicho cuando no sé la respuesta a algún problema, y también si creo que estoy haciendo lo indicado.

—¿Qué me quiere decir?

—Deseo que recuerde todo cuanto hemos descubierto juntos; todas esas cosas ocultas sobre sus padres, sobre Franklin; todas sus represiones; todo lo que usted había sepultado en algún rincón oscuro de su mente, porque era demasiado terrible para recordarlo. Piense en lo bien que se sentía después de cada uno de nuestros descubrimientos.

—¿Y?

—Le prescribí tranquilizantes y pudo dormir tranquila, le pedí que siempre tuviera a un adulto cerca, y cuando estaba acompañada no se produjeron ataques. Ahora tengo que pedirle algo. Y quiero que me obedezca.

—Me está usted asustando.

—No se trata de nada que pueda asustarla, Carlotta. Deseo que firme una solicitud de hospitalización por un período de observación de dos o tres semanas. Quiero que también otros médicos puedan examinarla. Y, sobre todo, que no vuelva a ocurrirle ningún otro ataque parecido.

Carlotta se alejó de él.

—No estoy dispuesta a que me encierren.

—No la encerrarán. Se trata de un período corto. Podremos cuidarla mejor.

El corazón de Carlotta daba saltos en su pecho, y miró la habitación con angustia.

—No podría vivir como un animal enjaulado.

—La habitación sería muy distinta de ésta, mucho más confortable, casi como un hogar.

—¿Quién cuidaría de mis hijos?

—Si no pueden quedarse con amigos suyos o vecinos, podríamos conseguir que una familia los recibiera por tres semanas. Es algo que hacemos constantemente.

Carlotta lanzó un hondo suspiro y dijo:

—¿De modo que ya hemos llegado a ese punto?

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. De pronto se vio disuelta, inexistente, fragmentada en algún corredor blanco, sin siquiera recordar a Bob Garret, en lucha desesperada por conservar aunque sólo fuera una décima parte de sí misma.

—¿No podría esperar un poco hasta ver el resultado de mi tratamiento con usted?

—Estamos en un momento crítico, y creo que lo sabe, Carlotta.

—¿Y si me negara?

—Le pediría que me diera razones para ello.

—Porque desapareceré, nunca nadie volvería a verme, me volvería loca.

—Nadie le ha dicho que pueda volverse loca.

Carlotta buscó un pañuelo de papel en una caja y se sonó. Deseaba evitar la mirada de Sneidermann, pero él no le quitaba los ojos de encima. Sintió un pinchazo en el pecho y supo que tenía que tomar una decisión. Pero no quería renunciar a vivir.

—¿Puedo esperar hasta mañana para decidir?

—¿Con qué objeto?

—Tengo que hablar con mis hijos.

—De acuerdo. ¿Vendrá alguien a buscarla?

—Sí, Cindy.

—Hablaré con ella. Si Cindy no puede traerla a la clínica mañana, iré yo mismo a buscarla.

—Gracias.

—Sé que es un paso difícil, Carlotta, pero es por poco tiempo, y lo mejor que puede hacer.

El momento tenía algo especial; ella deseaba llorar y Sneidermann creía que era bueno dejarla sola.

Cuando salió al corredor, Billy alzó la vista. Era un muchacho con una figura extraordinaria para su edad, fuerte como un toro. Sin embargo, sus ojos mostraban el miedo de un niño.

—¿Se pondrá bien, doctor Sneidermann?

—Creo que sí.

El médico fue a sentarse en el mismo banco que Billy, permanecieron quietos un momento, y Sneidermann inhaló hondo, fatigado, vacío de energía. Podía percibir la tensión del muchacho a su lado.

—No quiero que la encierren en un manicomio, Billy.

—Pero de eso estaban hablando, ¿verdad?

—No. Quiero internarla para un período de observación, que es algo muy distinto.

Billy cruzó los brazos. No sabía si confiar en el médico. Sneidermann le echó una mirada de reojo. No se parecía a Carlotta en absoluto. Tal vez tuviera los rasgos de su padre: hosco, decidido, porfiado y sensible. Del tipo de los que se concentran en una sola cosa a la vez y rumian los problemas. Sin duda, ocupaba una parte muy importante en la vida de Carlotta. El médico se mojó los labios y dijo:

—Tengo que hacerte una pregunta muy importante.

Billy lo miró fijo.

—¿Qué piensas de todo esto?

El chico se encogió de hombros y bajó los ojos. Con el pie dibujó figuras sobre las baldosas del suelo.

—Me gustaría que terminara de una vez —respondió.

Sneidermann no dejaba de observarlo, era un muchacho muy serio para su edad.

—Tu madre me ha dicho que lo has visto.

—No, lo sentí.

—¿De verdad?

Billy se ruborizó y miró hacia otro lado.

—Era una escena de locos. Mamá gritaba, mis hermanas gritaban, y todos estábamos muy excitados.

—¿No sería que deseabas ayudar a tu madre? ¿Fingir que había alguien más allí, con vosotros?

—No lo sé, puede que así fuera.

Sneidermann asintió. El doctor Weber había estado en lo cierto: *Folie à deux*. Y ahora Billy también se daba cuenta.

—¿Y qué piensas de esa noche?

—¿Ahora? No sé. No sé si fue real o... lo imaginé. Pasaron cosas tan extrañas...

El médico se aclaró la garganta y se inclinó hacia adelante, los codos apoyados en las rodillas. Se frotó las cejas con los puños, los sopló mientras se concentraba y preguntó:

—¿Quieres ayudarme, Billy?

El chico lo miró. El médico le parecía un tipo decente, pero incluso si quería manipularlo un poco era para el bien de su madre.

—¿Qué quiere que haga?

Sneidermann no le quitó los ojos de encima y con una amable sonrisa dijo:

—No finjas, la próxima vez.

Billy se recostó en el banco.

—Es fácil decirlo, pero las cosas a veces se ponen...

—Ya lo sé, Billy, pero tú y tus hermanas tenéis que devolver la salud a vuestra madre. ¿Comprendes?

—Creo que sí.

—Cuando a ella le parece ver u oír algo, espera que vosotros corroboréis lo que ella dice. Y si lo hacéis, será mucho más difícil convencerla de que sus visiones sólo existen en su cabeza, que son una alucinación.

Billy se quedó en silencio.

—Con tu amor sanará. Pero tendrás que ser muy valiente. ¿Entiendes?

Billy asintió.

—¿Prometido?

—Prometido.

Sneidermann se puso de pie. Miró a Carlotta, a través de la puerta abierta. Tenía los ojos cerrados, pero él sabía que no estaba dormida. Miró a Billy.

—¿Por qué no entras? Quiere hablar contigo.

El chico se alzó lentamente y se dirigió a la habitación de su madre. Sneidermann los escuchó hablar en voz baja. Después, Carlotta lloró en silencio. Y él tuvo que mirar hacia otro lado para luchar contra sus propias emociones.



El sol de la tarde iluminaba las hojas que el viento sacudía en los árboles próximos a la casa; en la distancia se escuchaban voces de niños y, más lejos aún, la música de la radio de Billy, que llegaba muy amortiguada desde el garaje. Cindy se había marchado a casa y Carlotta miraba por la ventana los rayos solares que se filtraban por entre el follaje. El césped se veía muy verde y agradable. El matrimonio Greenspan bebía café en su diminuto *living*. Julie y Kim dibujaban con tiza sobre la acera. Qué hermoso había sido antes pasar una tarde a solas con sus hijos; ahora esa normalidad tan simple parecía muy remota, inalcanzable, quizá para siempre.

Se sentó en el sofá. Había vivido tres meses infernales. Ahora era incapaz de razonar, y no tenía sentido intentar buscar una explicación. Sneidermann tenía razón: debía hospitalizarse por un tiempo. Al mirar a su alrededor, la casa le pareció tan comfortable como una vieja amiga, a pesar de ser igual a todas las demás de la manzana. Durante un tiempo había sido el centro de su vida. Al pensar en dejarla, tenía la sensación de abandonar algo bello y duradero.

¿Cómo sería su vida en el hospital? No tenía ninguna duda de que transcurridas dos o tres semanas le pedirían que se quedara un tiempo más; en ese sentido no se hacía ilusiones. ¿Qué pasaría con los niños? ¿No les quitan los hijos a los locos? Un pensamiento aterrador le produjo escalofríos: ¿se los enviarían a su abuela? No, eso sería demasiado. Después de todo, ella tenía algunos derechos. Sneidermann había mencionado la posibilidad de que una familia se hiciera cargo de ellos durante algún tiempo. Tendría que hacerle varias preguntas la próxima vez que lo viera. ¿Y el seguro de desempleo? Suponía que también incluiría a los chicos, por lo menos hasta que cumplieran dieciocho años.

Era como prepararse para morir. Ante ella no había más que interminables corredores en algún hospital cuyo nombre no sería capaz de recordar. Había sido derrotada por la vida, a pesar de todo lo que Bob Garret le enseñara. Era posible estar vencido, incluso antes de estar muerto.

Se sentía indiferente a su destino; entregada a su sino, había puesto toda su confianza en Sneidermann y ninguna en sus propias fuerzas. Ella era el último eslabón de una larga cadena de gente vencida por la vida; igual que Franklin, una cáscara vacía a los veinticinco años; o su padre, el pastor Dilworth, ese hombre prematuramente envejecido, que se había devorado a sí mismo sin encontrar nunca el sentido de la vida. Había que dejarlos sepultados, que los muertos entierren a los muertos, incluido a Jerry y su infatigable lucha por ser alguien. ¿Qué pasaría si él supiera, si sospechara siquiera, que lo que parecía ser más importante en su vida se había desintegrado?

Ya en el crepúsculo, la luz del día lanzó resplandores de color naranja contra la pared. Una gran tranquilidad la rodeaba. Cuando se ha renunciado a todo, cuando ya

no se lucha más, entonces desaparece el dolor y el futuro se presenta como inevitable, obra de un extraño e implacable Dios. No había que pedir explicaciones.

Se recostó en el sofá secándose los ojos. Sentía pena por los chicos. Si alguna vez hubiera pensado que llegaría un momento en el que se quedarían sin ella, entonces... Pero era mejor no pensar. Procuraría dormir. Dormir por última vez en esta casa ordinaria y familiar, en la que de pronto todo le había explotado en la cara. Cuando se levantara por la mañana, entonces... Todo habría terminado y comenzaría su muerte en vida. Así de simple era. Así habían salido las cosas y no había nada que ella pudiera hacer. ¿Y Jerry? No la volvería a ver nunca más. Jamás iría a buscarla a un manicomio. ¿No era mejor pensar que todo había concluido? Un estremecimiento de repulsión la recorrió entera. ¡Haber llegado a esto! ¡Terminar con una derrota tan vil y repugnante!

Lentamente oscureció. Los niños entraron en la casa, pero al verla dormida no hicieron ruido. Abrieron unas latas de sopa, comieron algo de pan y volvieron a marcharse. Se sentían tristes, era como si su madre estuviera muriendo. Seguiría viva, pero al mismo tiempo estaría muerta. Y eso era algo de lo que ninguno de ellos quería hablar. Salieron a la calle, donde cada vez estaba más oscuro. Billy se dirigió al garaje. Las sombras parecían cada vez más grandes, vacías y desoladoras e hizo esfuerzos por no llorar.

Entretanto, Carlotta se había sumergido en un sueño muy profundo. Estaba en un pozo oscuro lleno de corrientes también oscuras. Lo ignoraba todo, ni siquiera sabía si estaba viva. No obstante, poco a poco empezó a emerger del pozo, con dificultades al comienzo, como un pez que sale del fondo del mar, y empezó a darse cuenta de que ocurría algo extraño.

Le palpitaban las sienes y se sentía dolorida. Cada latido aumentaba el malestar. Intentó sentarse y sólo logró rodar de costado, sujetando la cabeza con ambas manos. Tuvo náuseas. Unas náuseas muy especiales, que subían y bajaban como una marea negra en su estómago, y quisieran debilitarla, obligarla a volver a dormirse.

¿Dónde estaban las niñas? Ya se había hecho de noche. Intentó localizar sus voces, pero los ruidos que le llegaban a través de la ventana eran fragmentarios, inconexos, sin sentido. Tuvo la vaga sensación de que las hojas se agitaban ante la ventana, que estaba cerrada con pestillo. ¿Qué ocurría?

Giró la cabeza para mirar la otra ventana; también estaba cerrada. Nada parecía tener sentido. Estaba todo muy oscuro. Pequeñas manchas desfilaron ante sus ojos. Un martillo le golpeaba las sienes, enloqueciéndola con su ritmo.

Sin apartar las manos de la cabeza, se sentó haciendo un gran esfuerzo. Estaba segura de que vomitaría. La puerta de la cocina se hallaba cerrada, y eso eran tan desacostumbrado que resultaba absurdo. Intentó ponerse de pie sin conseguirlo. Todo el cuerpo le pesaba. Tuvo la impresión de haber caminado un kilómetro antes de llegar al pasillo. La puerta también estaba cerrada, y con pestillo. ¿Qué pasaba? ¿Dónde se hallaba? ¿Por qué habían puesto las alfombras enrolladas junto a ambas

puertas? Estaba encerrada en el *living*. ¿Dónde estaban los chicos? ¿Qué era ese ruido horrible? ¿Se quedaría sorda?

Un zumbido desagradable le llamó la atención. Se cubrió los oídos, pero no se interrumpió con el gesto. No, no estaba sorda. Le llegaba el zumbido del termostato del calentador. Al mirarlo vio que la llama azul estaba apagada y en su lugar no había más que un agujero oscuro. Pero el gas salía, inundando con su olor la habitación.

Tuvo un sobresalto de pánico. *Quieren matarme.*

Se arrastró por el suelo hasta el calentador. Apenas podía ver y la náusea era cada vez más intensa. Intentó no respirar hasta que los pulmones parecieron explotar; y el calentador desapareció ante sus ojos. Pero comprendió que era sólo su visión, cada vez más borrosa, la que lo había hecho desvanecerse.

Miró el agujero negro del calentador; incapaz de reaccionar, permaneció allí como transfigurada, los ojos fijos en ese orificio negro que, como una boca infernal, la estaba condenando a muerte.

—*Adiós... Carlotta... Adiós...*

De modo que *él* estaba enojado con ella por haber confiado en el médico. Y entonces tuvo la intuición de los abismos retorcidos a los que podía llegar la mente del monstruo, que no conocía límites para su depravación.

—No... No —murmuró—. Nunca...

—*Shhhhhhhhhhh... Carlotta, duerme, duerme...*

Con un inmenso esfuerzo se puso de pie para luchar como Jacobo contra el ángel. Nunca antes había experimentado una lasitud semejante, todo su cuerpo deseaba rendirse, aceptar ese cansancio que le disolvía los huesos y tapaba sus ojos con una cortina.

—No... nunca... —murmuró con voz ronca.

Se arrastró hacia la ventana, que parecía estar a millones de kilómetros sobre su cabeza, al final de un interminable túnel.

—*Carlotta... Carlotta...*

Era un sonido sibilante, tan parecido al del gas, que no estaba segura de escucharlo realmente.

Con un grito quebró el cristal de la ventana con la lámpara. El cordón colgaba detrás de la base al salir disparada la lámpara por entre los cristales rotos, pero Carlotta no alcanzó a verlo. Se había desmayado antes de escuchar el estrépito que provocó al estrellarse contra la acera. Tampoco vio los brazos que la rescataban ni los rostros horrorizados de sus hijos, que la contemplaban en la penumbra, allí, en el suelo.

Billy la había alzado en sus brazos para depositarla en el sofá, donde pasó la noche, a ratos hablando incoherencias, a ratos sumida en un profundo sueño. El hedor de gas desapareció lentamente. Las niñas la miraban sentadas en la mecedora y Billy de pie junto a la mesa. Solos, sin confiar en nadie, los tres hicieron vigilia al lado de su madre. Sus siluetas se dibujaban contra el cuerpo de Carlotta. Pasaron la noche en

silencio. Por la mañana, ella ingresaría en el hospital. Y hasta entonces tenían que acompañarla, como en un velorio.

Cuando Carlotta, acompañada de Billy y las chicas, apareció en el corredor sin llevar maleta alguna, Sneidermann le preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

—¿Podemos conversar en el despacho?

—Por supuesto.

Entraron en la habitación blanca. Billy y las niñas estiraron el cuello para poder ver el despacho al que su madre iba todos los días. No parecía tan aterrador como lo habían imaginado.

—Carlotta, ¿recuerda a mi supervisor, el doctor Weber?

—Encantado de volver a verla, Carlotta.

La mujer no parecía inquieta ni por la presencia de sus hijos ni por la del otro médico. Había una nota de decisión en su cara y en cada uno de sus gestos.

—He decidido no firmar la solicitud de hospitalización.

—Carlotta —dijo el doctor Weber al ver la sorpresa de Sneidermann—, creo que mi colega le ha explicado que se trata de un período de observación, un par de semanas.

—Ésa es una argucia legal pero en la realidad las cosas serán diferentes.

Weber miró a los niños, que parecían asustados, sin entender muy bien qué ocurría. Verlos allí le molestó, pero le pareció interesante haber tenido la oportunidad de estudiarlos junto a su madre; estaba seguro de que la apoyaban en sus alucinaciones, sin siquiera darse cuenta. Preguntó:

—¿Por qué no desea hospitalizarse por un período de observación, Carlotta?

—Por una razón muy simple...

—¿Y es?

—Que temo por mi vida.

—¡Pero, Carlotta, qué lugar más seguro, entonces, que un hospital!

—No es tan simple.

Miró a ambos médicos a los ojos. Por alguna razón se sentía más fuerte que ellos dos, y tuvo conciencia de su poder. Tal vez ello se debiera a que sus hijos estaban sentados detrás de ella.

—Anoche se produjo un atentado contra mi vida.

—¿Qué dice? —preguntó Sneidermann sorprendido.

El doctor Weber alzó una mano para calmar al joven médico.

—¿Qué pasó?

—Abrieron el gas del calentador mientras yo dormía. Y las puertas y ventanas estaban cerradas con pestillo. Además, taparon los intersticios con alfombras enrolladas.

El doctor Weber miró a los chicos, pero no pudo descubrir nada en sus caras que desmintiera las palabras de Carlotta. Dirigiéndose a ella explicó:

—Podemos obligarla a quedarse aquí por intento de suicidio.

—No fue un intento de suicidio. Puedo asegurarle que nunca había tenido más ganas de vivir.

—Vamos, Carlotta, usted sabe muy bien que su mente imagina cosas. Por supuesto que fue un intento de suicidio.

—En absoluto —insistió ella—. Fue un intento de asesinato, y digan ustedes lo que quieran, pero yo estoy segura de que *él* me matará antes de aceptar que ingrese en el hospital.

—Fue un intento de suicidio, y puedo conseguir la autorización judicial para retenerla aquí antes de la tarde.

—No hubo testigos y yo lo negaré.

—Muy astuto de su parte, Carlotta.

—Fue una decisión que tuve que tomar por mí misma, sin ayuda de nadie.

—¿Seguir enferma?

—Seguir viva. A pesar de todas las teorías de ustedes, *él* es más fuerte y me matará si lo desea.

—¿Para impedirle sanar?

—Llámelo como quiera, pero la respuesta es sí.

El doctor Weber se inclinó hacia Sneidermann y le susurró algo al oído. El médico residente se puso de pie y pidió a los chicos que lo acompañaran a fuera.

—Quiero que ingrese en el hospital.

—Eso sería firmar mi condena de muerte.

—Hay enfermeras en cada piso, y si lo desea podemos asignarle una enfermera permanente.

—No servirá de mucho. ¡Usted no sabe la fuerza que tiene, lo perverso que es! Vendrá a buscarme. Lo sé.

—Con todo lo que me ha dicho ¿no cree usted que tendría motivos más que suficientes para pedir su hospitalización de inmediato?

—¿Por qué? No le he hecho daño a nadie.

—¿Quién le ha dicho que es preciso que dañe usted a alguien para internarla?

—Una amiga.

—Carlotta, escúcheme, por favor. Podemos ayudarla, si continúa viendo al doctor Sneidermann, pero el tratamiento sería demasiado largo. Y, mientras tanto, arriesga usted dañar a sus propios hijos.

—No los dañaré.

—¿Billy no fue agredido en una muñeca? De eso hace dos meses, y su enfermedad se ha agravado desde entonces.

—Billy se lastimó tratando de separarme de *él*. Ahora sabe que es mejor no intervenir.

—¿Y qué me dice del daño psicológico que está causando a los niños?

Estas últimas palabras la afectaron profundamente. Giró un poco la cabeza para mirar al doctor Weber.

—¿Qué quiso decir con eso?

—Los niños son muy receptivos a cierto tipo de enfermedades, especialmente si se trata de su madre.

—No hay nada raro en mis hijos.

—Puede ser, pero usted sabe que viven en un ambiente malsano.

Ella se quedó en silencio, mirándolo desafiante pero sin tener ya más argumentos.

—Quiero que me prometa hospitalizarse, Carlotta. Nuestro único objetivo es ayudarla a usted y a sus hijos. Queremos que vuelva a la normalidad cuanto antes. Y eso es lo que usted también desea, ¿verdad?

Estaba atrapada. No le gustaba el doctor Weber. Era duro, insistente y reaccionaba más rápido que ella. No se lo podía convencer, como al doctor Sneidermann.

—No creo que usted comprenda bien el peligro, doctor. Estoy dispuesta a hospitalizarme, pero no a permitir que me asesinen. —Lo miró furiosa, con un resplandor salvaje en los ojos—. Usted cree que soy una psicópata, pero eso no tiene la menor importancia. Ya sea que usted tenga razón o la tenga yo, moriré si me hospitalizan. Y si se trata de mí o de otra persona es lo mismo.

El doctor Weber la miró directo a los ojos. Quería obligarla a enfrentarse con ella misma.

—¿Cuáles son, entonces, sus intenciones? ¿Esperar que la maten en su propia casa?

Carlotta se encogió en la silla. Detestaba a ese hombre tan agresivo.

—Me quedaré en casa y continuaré el tratamiento con el doctor Sneidermann. Volveré a la escuela para secretarias, buscaré trabajo. Pero no permitiré que me hospitalicen.

—La golpearán, asustarán y...

—Se equivoca.

—¿Por qué?

—Porque cooperaré con *él*.

La mirada de Weber se suavizó e hizo una pausa.

—¿Vendrá a ver al doctor Sneidermann esta tarde?

—Supongo que sí.

El doctor Weber observó a la hermosa mujer. Estaba frente a la muralla típica que alzan ciertos pacientes ante el psiquiatra, y la había encontrado a menudo en sus treinta años de ejercicio de la profesión. Hay enfermos dispuestos a hacer cualquier cosa para no curarse. Y ésta era una de las más porfiadas que había conocido. Dudaba de que se la pudiera convencer para que se hospitalizara. No había nada que hacer, por lo menos hasta que hubiera dañado a los niños. Tal vez la doctora Chevalier pudiera descubrir alguna fórmula.

—Pueden almorzar en la cafetería. Mi secretaria les dará tarjetas de invitación para usted y sus hijos.

—Muy amable, gracias.

Al abrir la puerta, Weber encontró al doctor Sneidermann con los chicos. Carlotta los llevó en dirección a la cafetería. Weber hizo un gesto al residente para que se aproximara.

—¿Quiere un café, Gary?

—No me vendría mal.

—Algo de mejor calidad —dijo Weber señalando la cafetera automática—. Venga a mi despacho.

Entraron y Sneidermann cerró la puerta. El doctor Weber preparó café, llenó dos tazas y lo bebieron en silencio. El joven médico estudiaba la cara de su supervisor.

—¿Qué piensa, doctor?

—Estoy muy preocupado, Gary.

—¿Para qué habrá traído a los chicos?

—Para mostrarnos que puede ser una madre responsable, para tener más fuerza.

Weber miró por la ventana un avión que se perdía en la distancia. El cielo era azul, y estaba cubierto de una mezcla de nubes y smog. Las lejanas torres de los edificios del centro de la ciudad eran apenas siluetas fantasmagóricas y grisáceas contra la neblina.

—¿Qué opina de los niños, señor?

—Julie es muy inteligente, la otra normal. Billy es el más raro.

—¿En qué sentido?

—Demasiado tenso y con cambios repentinos de humor. No me sorprendería en absoluto encontrármelo aquí como paciente algún día —respondió Weber y terminó de tomar su café.

La gran pregunta seguía sin respuesta. ¿Qué harían con ella? Desde el punto de vista legal, ¿qué se podía hacer? Cada uno estaba sumido en sus propias reflexiones y debates interiores.

—Un caso interesante —comentó Weber.

Sneidermann lo miró con desagrado. Detestaba oírlo hablar de seres humanos como si se trataran de simples piezas en un juego que se podía ganar o perder. ¿Era insensibilidad o algo que se aprendía después de treinta años dedicados al servicio de personalidades histéricas y agresivas?

—¿Cree que volverá a intentarlo, señor?

Weber arrugó la cara en un esfuerzo de concentración. Y lentamente dijo:

—Creo que el único riesgo de un suicidio inmediato sería que usted la liberara de su síntoma demasiado pronto. Cuando se libera a un enfermo de su síntoma, pero no se le ha dado tiempo para que construya nuevas defensas que lo protejan contra el problema de fondo, entonces la ira y el odio se vuelven contra el propio sujeto y puede sobrevenir el suicidio. Ponga mucha atención a cualquier manifestación de este

tipo.

—Tendré cuidado. Pero, tal y como están las cosas, será difícil liberarla de sus alucinaciones.

—Ciertamente se aferra a ellas, ¿verdad?

Se quedaron en silencio un momento. Los ruidos de la secretaria en el despacho contiguo irritaron a Sneidermann y se dio cuenta de que la falta de sueño estaba afectando sus nervios. Procuró controlar su impaciencia. Le habría gustado saber si, algún día, el doctor Weber encontraría una solución concreta y definitiva.

—¿Qué nos queda por hacer? —preguntó finalmente.

—Estamos ante un jaque mate. Vendrá a verlo todos los días si usted se lo pide, pero eso será todo.

Sneidermann se dejó caer sobre una silla y revolvió el café con aire ausente.

—Ni mejorará, ni empeorará.

—Usted ha visto las consecuencias que se producen al presionarla, Gary. Intentó suicidarse. Y antes hubo esa historia del aborto. No puede decirse que le falte imaginación.

—¿Por qué necesita engañarse tan desesperadamente? No comprendo su tenacidad.

El doctor Weber comprobó que la cara del residente tenía la misma expresión ausente que a veces cruzaba por su propio rostro.

—Carlotta corre el riesgo de sufrir una regresión. Está utilizando esa fantasía oriental como una defensa extrema.

—Sí, pero...

Una teoría empezó a tomar cuerpo en su cerebro, y la fue desarrollando con lentitud, a medida de que iba cristalizando.

—El deseo puede ser una fuerza muy poderosa y aterradora.

—¿Y?

—No sé, pero alguien tiene que ocultarse detrás de esa máscara oriental.

El doctor Weber se inclinó interesado y dijo:

—Tenga cuidado, Gary. No le invente motivaciones, evite caer en esa trampa.

Sneidermann asintió, pero su mente seguía elaborando cada vez con mayor rapidez. Se puso en pie y se marchó.

Subió a la cafetería automática para un almuerzo rápido. Deseaba evitar a los otros médicos residentes en la cafetería central. Deseaba estar solo. Tenía mucho que pensar y poco tiempo.

Todos esos juegos, esas ambigüedades, pensó Sneidermann con amargura. El doctor Weber podía creer en veinte teorías al mismo tiempo, como si se tratara de un gigantesco juego de ajedrez. Y pensar que la psiquiatría le había parecido una disciplina tan concreta hacía algunos años, parecida a la cirugía. Una vez descubierta



la enfermedad se la trataba y asunto concluido. Pero ahora le parecía un laberinto compuesto por cientos de vericuetos retorcidos y miles de recuerdos inciertos y diez mil variables desconocidas. Entrevistarse con Carlotta Moran era como asomarse al cerebro de una computadora, con millones de piezas por identificar, y de las cuales una sola, microscópica e insignificante podía ser la responsable de la enfermedad.

Por delante sólo había dos caminos. O la internarían en algún manicomio, como consecuencia de alguna acción espectacular y, contra su voluntad, vegetaría en uno de esos corredores de los hospitales estatales, con escaso personal y cientos de locos aullantes; o se las ingeniaría para continuar el tratamiento con él ahora, y luego con el próximo residente y después con el siguiente, hasta que se cansara u ocurriera algo irreparable. Sneidermann temía los largos años de entrevistas agotadoras. Desconfiaba del sistema, y la mayor parte del tiempo enfermo y médico establecían una relación para intercambiar información sin importancia, en la que nunca se llegaba al nudo del conflicto. Conocía el caso de un hombre que había ido al psiquiatra durante quince años sin lograr decir nada que le sirviera de ayuda. Lo único que quería era la seguridad que le proporcionaba saber que estaba en tratamiento médico. Podía predecir el futuro de Carlotta, una personalidad inválida, incapacitada para funcionar en el mundo real, satisfecha con la ilusión de que el médico, a través de alguna magia misteriosa, podía mejorarla por el solo hecho de escucharla.

¿Cómo llegar hasta ella ahora, antes de que se excluyera por completo del mundo exterior, antes de que las entrevistas se hubieran estereotipado en encuentros sin comunicación alguna? Por el momento ella fluctuaba; a veces escuchaba lo que se le decía. Por eso, aún era tiempo de actuar. Y había que hacerlo con decisión. Dentro de cuatro meses él habría terminado su período como residente y se marcharía. Y entonces sería demasiado tarde para ayudarla.

Sneidermann bebió el café como si fuera una medicina, arrojó el vaso de cartón y se dirigió decidido a su despacho. ¿Qué importancia podía tener que fuera contra el reglamento?

Al ver a entrar a Carlotta atemorizada, prisionera de esa pesadilla que se había apoderado de su vida, supo que para salvarla no tenía otra alternativa.

—Buenas tardes, Carlotta.

—Buenas tardes —respondió ella con cierta frialdad.

—¿Se siente mejor ahora? La experiencia de anoche tiene que haber sido espantosa.

—Estoy perfectamente, gracias.

—Quiero que sepa que no la hospitalizaremos contra su voluntad, aunque podemos conseguir una orden judicial. Pero no nos ayudará a ninguno de dos. Y no deseo controlar su vida.

A pesar de que se relajó visiblemente lo miró con suspicacia.

—De manera que puede seguir viniendo aquí como paciente externa —prosiguió el médico—, y tal vez podamos serle de alguna ayuda. Eso es lo único que nos interesa.

—Está bien, de acuerdo.

—Usted es una mujer muy inteligente, Carlotta, y sé que siempre está dispuesta a escuchar razones.

—Siempre que para mí tengan sentido, doctor.

—Por eso, ahora quiero que conversemos, no más preguntas y respuestas.

—Como quiera...

—Usted me contó que le había preguntado a la señora Greenspan si ella creía en fantasmas, lo que la había hecho reír porque, por supuesto, nadie cree en ellos. Pero hubo una época en la que la gente sí creía en los fantasmas, en las brujas, demonios y duendes.

—No comprendo lo que desea decirme.

—Esos fantasmas y brujas no eran más que ideas, Carlotta, pero la gente los veía. ¿Le gustaría ver algunas reproducciones?

Se dio la vuelta para alcanzar el estante y sacó un grueso volumen. Abrió las páginas ante ella, que las contemplaba entre horrorizada y fascinada. Había cuadros de demonios con alas de murciélago, viejas de orejas afiladas, perros con rostros de niño. Cada cierto tiempo, Carlotta quitaba la vista de las reproducciones, pero siempre volvía a mirar. Hombres colgaban de las galeras mientras los cuervos les picaban los ojos, serpientes aladas y una mujer que bailaba con un toro en el bosque.

—Estos demonios —explicó Sneidermann— eran muy poderosos y solían tener relaciones sexuales con la gente. Incluso se decía que dejaban embarazadas a las mujeres. ¿Comprende lo poderosa que puede ser una superstición?

—No soy idiota, doctor.

—¿Por qué veían esas cosas? Porque de esta manera expresaban algo que los aterrorizaba.

Carlotta lo miró perpleja y burlona. Esperó que continuara, pero su silencio la exasperó.

—Nada de esto tiene sentido para mí, doctor Sneidermann.

—Déjeme explicárselo de otra manera. Supongamos que un hombre bueno y honesto desea a la mujer de su vecino. Y su deseo aumenta cada vez más en intensidad, hasta que se inventa a una criatura con la nariz torcida, verrugas y muy mal carácter. Ese ser no es más que la expresión de su propio deseo, que él no puede aceptar. ¿Comprende?

—No.

—Está bien. Volvamos al presente. Mi supervisor trató una vez el caso de una mujer que había desarrollado una verdadera fobia por el olor de la pintura. La enfermaba hasta el punto de que debía de quedarse en cama, inmóvil. ¿Cuál era la

explicación? Había descubierto un caso de incesto en su propia casa. Su marido se había acostado con su hija mientras decoraban la casa. ¿Comprende ahora, Carlotta? La enferma había suprimido todo recuerdo consciente de la escena, excepto el de la pintura. Y para ella se transformó en el símbolo de lo que había bloqueado.

Carlotta lanzó una carcajada nerviosa.

—¿Se da cuenta de lo ingenioso y, al mismo tiempo, de lo directo que es el subconsciente en su funcionamiento?

Ella unía y separaba las manos sobre su regazo, pero fuera de este gesto se la veía tan serena y tranquila como lo había estado por la mañana.

—Deseo que razone, que piense que sus alucinaciones no son más que expresiones de cosas ocultas en el pasado, que tienen raíces muy profundas, que constituyen los secretos que más intentamos ocultar.

—¿Qué necesidad tendría yo de inventarme monstruos, doctor Sneidermann? No ha habido nada tan terrible en mi vida como para recurrir a algo tan absurdo.

Su voz había ido subiendo de tono y tenía el rostro enrojecido.

—Está bien. Cálmese. Sólo quiero que...

—¡Un oriental! ¿Por qué iba a inventar algo así? No significa nada, ¡y ya lo hemos discutido cientos de veces!

Sneidermann tosió ligeramente, se acomodó en la silla y pareció buscar algo para darle tiempo a Carlotta de calmarse, ya que parecía muy molesta. Era obvio que había establecido un contacto, y ella estaba a punto de comprender cuán enferma se encontraba. Cuando llegara ese momento, ingresaría en el hospital por su propia voluntad.

—Volvamos una vez más al oriental...

—Yo...

—Examinémoslo. ¿Qué sabemos de él?

—Doctor, por favor...

—Es grande, muy grande y musculoso. Asusta la enorme fuerza de su musculatura. Le ha enseñado cosas que usted desconocía. Tiene un poder absoluto. ¿Y quiénes le ayudan? Dígame, Carlotta, ¿quiénes están siempre a su lado? Dos seres muy pequeños, ¿no es así? Hay uno grande y dos pequeños.

Carlotta miró primero el reloj y después pareció que iba a salir disparada de la habitación. Sneidermann supo que se había establecido el contacto, pero ella estaba indecisa entre quedarse o marcharse. Había que profundizar, antes de que pudiera alzar defensas.

—Volvamos a Pasadena. Allí tuvo usted sus primeras fantasías.

—Estoy demasiado cansada...

—Tenga un poco de paciencia, por favor. Estamos haciendo un análisis, nada más.

—Está bien, pero tengo que irme pronto.

—Trate de recordar esa época en California. Usted estaba en una edad

impresionable, la guerra con los japoneses hacía poco que había terminado y empezaba la de Corea...

—¿Y?

—Muchos japoneses habían sido internados en campos de concentración. Les arrojamos bombas atómicas. Los chinos estaban cruzando el Yalu y había muchas víctimas. En esa época, los orientales representaban al enemigo.

—¡Yo era tan joven que...!

—Precisamente. ¿Qué sabe una niña pequeña de la guerra? Nada, fuera de que es algo horrible, algo a lo que hay que temer. Algo habrá escuchado decir, al menos a sus padres.

—Recuerdo algunas cosas.

—¿Qué otra cosa es mala?

Carlotta rió; sin embargo sus carcajadas eran nerviosas y salían como sonidos interrumpidos. Cuando se detuvo, volvió a mirar el reloj de la pared.

—¿Qué otra cosa es mala, Carlotta?

—¡Hay cientos de cosas malas!

—Sí, pero conocemos bastante a su familia, Carlotta, como para saber lo que era esencialmente malo para ellos, lo que la obligó a escaparse de casa, lo que la hacía ocultar las bragas manchadas de sangre, lo que la obligaba a proteger a sus padres para que no tuvieran que enfrentar sus propios miedos, sus desajustes, sus deseos frustrados. Incluso cuando era usted muy pequeña, ya sabía lo que para ellos representaba el mal.

—Sí, el sexo. Lo temían.

—¿Todavía no comprende, Carlotta? Es como en un sueño, todo aparece en forma de símbolo.

Carlotta lo miró con tal determinación que el gesto lo tomó por sorpresa.

—¿Un símbolo de qué, doctor Sneidermann?

Se puso nervioso. Tal vez había ido demasiado lejos. No estaba seguro de que ella pudiera mantener el control de sí misma. Habló en voz baja, buscando con cuidado cada palabra.

—Podría ser un símbolo de una infinidad de cosas, Carlotta. Una persona específica, o el miedo a una persona determinada. Mi intención es que comprenda que...

—¡No hay nadie oculto detrás de esa máscara! ¡Nadie! No tengo nada que ocultar.

—Sus experiencias pasadas le han enseñado que su mente puede engañarla, ponerse máscaras, como ha dicho usted misma...

—Creo que se equivoca.

—Está usted tan enojada que me parece que empieza a creer que no me equivoco.

—¡Su sugerencia es absolutamente obscena, doctor Sneidermann!

—¿Qué sugerencia, Carlotta? Me he limitado a decir...

Ella se puso de pie con violencia. Su mente giraba sobre el vértice de una superficie que el médico había minado. Estaba confundida y lo detestaba. Era preciso que él le devolviera la serenidad, pero su sola presencia la repugnaba.

—¡Es obsceno, doctor, obsceno!

—Cálmese, Carlotta...

Retrocedió al verlo ponerse de pie detrás del escritorio.

—¡Por supuesto que me calmaré! ¡Pero no aquí, donde he sido degradada por una mente repulsiva!

—Disculpe, puede que no supiera expresarlo. ¿Quiere sentarse, por favor?

Lo miró insegura. Tenía miedo de actuar como una tonta ahora que él parecía haber vuelto a ser tan razonable como siempre. ¿Por qué le había parecido que se trataba de una conversación obscena? Tenía mucho miedo, y se sentía a punto de quedar girando en el vacío. Necesitaba aferrarse a algo.

—Creo que... me marcharé, doctor Sneidermann.

—Como quiera. Es usted libre.

—Sí, me parece que es mejor que me marche.

Estaba inmóvil y, al mismo tiempo, parecía vacilar en su sitio. Era como si unas sombras revolotearan cada vez más cerca de ella y cada una la llamara por un nombre sucio.

—¿Desea beber algo antes de irse?

—No... No...

La tomó del brazo y la escoltó hasta la puerta.

—La veré mañana.

No respondió, pero caminó deprisa, casi a toda carrera, por el corredor en busca de sus hijos.

Sneidermann se sintió profundamente satisfecho: había establecido contacto con el demonio. Es verdad que ella había huido antes de que se descorriera el velo, pero ahora dependía de la ayuda del médico. Estaba seguro. No escaparía. Había clavado una pica en la alucinación. Y al llevarla a un nivel consciente, se difuminaría, y podrían hablar de los problemas reales, los verdaderos. Por mucho que le doliera, ya no podría seguir protegida detrás de una fantasía.

—Está usted muy pálido, Gary. ¿Qué pasó? —preguntó la enfermera de guardia.

—Nada... La señora es muy nerviosa, eso es todo.

—Se marchó muy deprisa.

—Puede que la haya presionado demasiado.

Sneidermann estaba exhausto. A pesar del contacto establecido se sentía nervioso. Suponía que ella era lo bastante fuerte como para enfrentar la situación. Sin embargo, una molesta duda se mantuvo en su mente en todo momento. ¿No la habría presionado demasiado?

Un rostro distorsionado, los ojos de un oriental, se reflejaba sobre el reflector de cromo. Billy, sobre el Buick, hacía intentos por reparar el motor del coche, y sus facciones aparecían distorsionadas sobre el metal.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Nada —respondió Carlotta en voz casi inaudible.

Lo observaba trabajar; los músculos de los brazos sobresalían cada vez que realizaba un esfuerzo por enderezar la curvatura.

Una bombilla solitaria se balanceaba sobre el hombro del chico, y otra luz alumbraba el motor. Afuera era de noche y hacía frío. Las sombras y reflejos producían un efecto aún más terrible que la cara deformada de su hijo.

—No es verdad —murmuró Carlotta.

Miró nerviosa a su alrededor. Su familia, el único apoyo con que había contado siempre, su sostén en la enfermedad, también se había convertido en algo peligroso. Estaba absolutamente sola. Y esta certeza la aterró. Se encontraba indefensa, con la sensación de participar en un juego cuyas reglas desconocía, de soñar sin saber hacia dónde iba.

—¿Dónde están las niñas, Billy?

—Adentro, jugando.

Observó una vez más el demencial reflejo de la cara de su hijo sobre la superficie cromada del coche hasta que no pudo soportarlo. Tenía que marcharse del garaje. Un pensamiento horrible le rondaba la cabeza y la hacía estremecerse, la saliva biliosa y amarga como la misma muerte. ¿Su reacción se debía a que era verdad? Tembló.

Se dirigió a la casa, cerró la puerta y comprobó que sus hijas estaban jugando en el suelo del *living*. Se las veía tan contentas con sus muñecas, que hablaban con voces de loca y se asustaban las unas a las otras.

—No hables así, Julie.

—Sólo estamos jugando —protestó la niña.

—¡Pues dejen de jugar!

—¡Pero, mamá!

—Vete a tu dormitorio, Julie. Y tú también, Kim. ¡Ahora mismo!

Perplejas, confusas, las niñas se marcharon con sus muñecas al dormitorio.

Todo estaba en silencio. Pero era un silencio cargado de advertencias, cada una peor que la otra. ¿Nunca terminaría la pesadilla? Carlotta estaba de pie sobre arenas movedizas, se hundía velozmente y, esta vez no tenía ninguna duda, no le sería posible escapar.

Se puso de pie; tenía que hacer algo pronto o se desintegrarla por completo. Jerry estaba a millones de kilómetros de distancia; su familia se había hecho trizas y era tan peligrosa como un nido de víboras venenosas. Fue hasta el teléfono.

—¿Cindy?... Sí, es que... ¿Sería posible?... ¿Puedes venir?... ¡Gracias a Dios!  
Muchas gracias.

Colgó.

—¡Billy!

El muchacho asomó la cabeza por la puerta del garaje.

—Pasaré la noche en casa de Cindy —dijo sin mirarlo—. No sucede nada, sólo necesito un poco de tranquilidad para pensar algunas cosas. Después de todo lo que ha pasado...

—Está bien.

—Cuando lleguen los señores Greenspan quiero que lleves a las niñas a su casa. No habrá problemas. Me han dicho que puedo recurrir a ellos si lo necesito.

—No te preocupes por nada. Me encargaré de todo.

La voz, que se estaba transformando en la de un hombre, tuvo un ligero cambio de tonalidad que a Carlotta le pareció desagradable, como el de una puerta que cruje al abrirse sobre bisagras mohosas. Sí, tenía que marcharse cuanto antes.

Vio a las chicas entrar al garaje. Una a cada lado de Billy, lo contemplaban inclinarse sobre el capó del coche. Dos pequeños y uno grande... Era demasiado, y tuvo que ir a esperar a Cindy a la esquina.

Después de un infinito periodo de oscuridad, en el que las voces de los chicos se mezclaron con el canto de los grillos y el susurro de las hojas, se hizo el silencio. Y el coche de Cindy apareció en Kentner Street.

—¿Soy un monstruo, Cindy?

—¡Por supuesto que no! Eres...

—¡Si lo hubieras escuchado! ¡Era obsceno!

Cindy giró el volante. Estaban en Colorado Avenue y avanzaban en dirección al centro de la ciudad.

—Bueno —dijo Cindy—, el psiquiatra tiene que sondear diversas posibilidades.

—¡Posibilidades! ¡Jamás volveré a verlo!

Cindy nunca antes había visto a Carlotta en tal estado de confusión.

—Cálmate. No quiero que George te vea tan nerviosa. Ya será bastante con que no proteste demasiado al verte...

Estacionó el coche en el garaje subterráneo, subieron los escalones de hierro negro y llegaron al primer piso.

—¿Ya estás mejor?

—Creo que sí...

Cindy abrió la puerta; la luz interior tenía un tono enfermizo, amarillento, y había un olor a vegetales recalentados. George alzó la vista de la página deportiva del periódico.

—¡Vaya, vaya! Miren quién está aquí.

—Hola, George —saludó Carlotta con amabilidad.

—¿Has venido a hacernos una visita? —preguntó George con tono ambiguo.

Carlotta siguió a su amiga al interior y cerró la puerta de calle. Se sentía absurda, de pie allí, sin tener nada que hacer.

—Esta noche Cindy y yo iremos de compras —dijo George.

—Está bien.

Era un alivio saber que no tendría que pasar largas horas en ésa tensa atmósfera. Fue a la cocina, donde se había refugiado Cindy por temor a una escena desagradable. Era obvio que todavía no le había dicho a su marido que Carlotta se quedaría a dormir.

—¿Puedo llamar a los chicos por teléfono?

—Sí, pero usa el supletorio del dormitorio.

Carlotta fue al dormitorio, se sentó en la cama y tomó el teléfono de color azul claro. No respondió nadie. Lo intentó de nuevo. Nada. Marcó otro número.

—¿Señora Greenspan? —dijo con voz tan alegre como pudo—. Sí, estoy muy bien, gracias... No, no, por nada... Muchas gracias... ¿Podría hablar con ellos? —Se mordió el labio y alejó el auricular de su oído. Después, volvió a aproximarlo—. ¿Billy? —Su propia voz sonaba extraña—. ¿Cómo están? No te olvides de que las niñas tienen que estar en cama a las ocho. Y no hagan demasiado ruido... ¿Le has dicho al doctor Sneidermann dónde estaba yo? Bien... No, no quiero hablar con él ahora... Sí, tengo aquí su número de teléfono... ¿Algo más?... Volveré a llamarte mañana.

Al colgar se sentía absolutamente vacía. No le gustó la idea de que Sneidermann la hubiera llamado a casa. Le daba la sensación de que no podría escapar de él, que tenía largos tentáculos con que alcanzarla desde la clínica. Ya no había ningún lugar seguro.

Salió del dormitorio y, tímidamente, fue a sentarse frente al televisor e hizo como que leía una revista. Cindy se sentó, sin hacer caso de las miradas de reojo de su marido y, salvo el sonido de la televisión, hubo un largo silencio.

En un momento en que estuvieron solas, Cindy dijo:

—Hay veces en las que es preciso confiar en el cirujano.

—Ya lo sé.

—Y no importa que la operación sea dolorosa. Tienes que volver a ver a Sneidermann.

—Cindy, es como operarse sin anestesia.

—Valor. Esta noche duermes aquí y verás como no te ocurre nada.

George volvió a entrar al *living*. Carlotta, incómoda, se instaló en una silla mientras George buscaba sus zapatos.

—Estaremos de vuelta en una hora. Pretextaré un dolor de cabeza —susurró Cindy.

—No es necesario. Estoy bien.



—¿Tienes el número de la clínica?

—En el bolso.

—Bien, hasta pronto.

George se recostó contra la barandilla, la lejana luz de la calle rodeaba su cabeza con una aureola azulada, y movió la mano de una manera que a Carlotta le pareció amistosa. Después recuperó la máscara gruñona que era su expresión habitual y él y Cindy desaparecieron por la escalera.

Carlotta cerró la puerta. Pensó si no sería conveniente echar el cerrojo, pero desistió porque podía quedar atrapada dentro. El reloj sobre la repisa dio la hora con sus campanadas metálicas y pesadas. Eran las ocho.

La cortina voló hacia adentro, como si una corriente eléctrica la hubiera separado de la pared. Se estremeció. Empezaba a hacer frío. Miró la temperatura en el termostato: era normal, pero la aumentó un poco.

Por un segundo pensó salir del apartamento, pero desistió al tener la visión de sí misma en la calle de un vecindario desconocido, corriendo por la acera como una loca. Se sentó de espaldas a la pared, así podía controlar toda la habitación.

Había llegado al final del camino. No podía permitirse más equivocaciones; era imposible huir, porque Sneidermann la había obligado a cerrar todas las salidas. El psiquiatra tendría que hurgar en toda su vida, si era preciso. Agitó la cabeza, sacudida por imágenes obscenas que parecían producto del paisaje lunar de un mundo desconocido. Santo Dios, pensó, tengo miedo de mí misma.

Se secó el sudor del rostro. Ojalá estuviera ahora en el despacho de Sneidermann. Necesitaba estar con él, allí, en esa oficina blanca donde estaban todas las respuestas a sus dudas.

Podría llamarlo. El teléfono parecía invitarla a hacerlo. Pero hasta que el reloj marcó las nueve no se decidió a dejar de luchar contra sus nervios.

—¿El doctor Sneidermann, por favor?... ¿No está?... Gracias.

Colgó y buscó en el bolso el número particular del médico. Había empezado a marcar cuando el aparato salió disparado de sus manos y rodó por sobre la alfombra. Escuchó cerrarse el pestillo de la puerta de la calle.

—No... Dios mío... no... por favor...

Se apagaron las luces. Una repisa se cayó de la pared y hubo un estrépito de figuritas rotas sobre el suelo.

—No...

La empujaron hacia el pasillo con un golpe tan violento que la arrojó en la oscuridad más completa.

La tomaron de la blusa.

—No...

La sujetaron del cabello, y tuvo que echar la cabeza hacia atrás. Luces diversas bailaban furiosas ante sus ojos. Le golpearon la cabeza contra la pared.

—¡Cállate, perra!

Unas manos recorrieron su cuerpo, se apoyaron sobre sus senos y la empujaron hacia la pared; apretó los dientes e intentó gritar mientras le tiraban el pelo.

Por entre los labios cerrados logró lanzar un grito. *Él* la quería obligar a entrar al dormitorio. *Él* le arrancó la falda. Carlotta se defendió a patadas, con las mejillas cubiertas de lágrimas. Otro golpe la arrojó de nuevo contra la pared. La dejó sin aliento.

—¡Perra estúpida!

Chispas azules salían del muro y su silueta se reflejaba en las ventanas del *living*. Se veía luchando contra sombras invisibles. Hubo un estruendo metálico al caerse los objetos del pasillo. Ropa, un espejo, un montón de revistas se desintegraron y volaron en trocitos por las habitaciones como si hubiera una tormenta en el interior del apartamento.

—¡Aléjate del médico!

Carlotta logró escapar al *living*, pero *él* la sujetó de un pie, obligándola a retroceder.

—No... por favor... no...

Por entre el estruendo de botones, colgadores y objetos que volaban, pudo escuchar golpes en la puerta. La cadena de seguridad se estiró, dejando un espacio abierto.

—¡Cindy!

—¡Llama a tus amigos! —Silbó la voz—. ¡Hazlos entrar!

Carlotta volvió a gritar y logró zafarse y correr por el pasillo. Vio la manija que se sacudía, golpeaba y, finalmente, cedía.

—¡No entren! —gritó.

Pero la mano de George ya había pasado por entre el borde destrozado de la puerta y quitaba el cerrojo. Entonces, la obligaron a meter la cabeza entre las rodillas, sumergida en la oscuridad.

—¡Santo cielo! —exclamó George.

Por su apartamento parecía haber pasado un huracán y no quedaban más que ruinas de lo que había sido su hogar; muebles destrozados, cuadros, la vajilla, la ropa, todo no era más que un montón de restos en el suelo. Anonadado, contempló las fisuras de las paredes, la alfombra cortada a trocitos, cristales y porcelana desparramados como nieve por todas partes.

—¡Santo Dios! —gritó George—. ¡Esta mujer nos ha destrozado todo el apartamento!

Él apenas podía creer lo que veían sus ojos. A tientas en la oscuridad, descubrió que la instalación eléctrica no funcionaba en el *living*. Con la luz de la cocina pudo ver que el destrozo era total. Todavía rodaban algunos objetos por el suelo antes de detenerse, rotos.

En algún lugar del pasillo, Carlotta lloraba desconsolada.

—¡Cindy!

Cindy, desolada, caminó por lo que había sido el *living*. Encontró a Carlotta en el suelo, la ropa hecha pedazos a su lado.

—¡Cariño! —dijo entre lágrimas.

George estaba de pie, a la entrada del pasillo, y miraba aturdido a las dos mujeres. Como en trance, fue a buscar una toalla húmeda y volvió con ella para ofrecérsela a Cindy, que limpió el rostro de Carlotta, lleno de rasguños y cortes.

—¡Cindy, quería matarme! ¡Y la próxima vez lo conseguirá!

—No hables ahora, calla.

—¡Me matará! ¡Tengo que marcharme! ¡Les matará a ustedes también!

—Calla, calla.

Carlotta lloró apoyada en el hombro de Cindy. George tragó saliva y terminó por enjugar sus propias lágrimas.

—Tal vez sería conveniente llevarla a un hospital —dijo—. ¿Qué piensas tú, Cindy? ¿No deberían internarla? —susurró.

Pero Cindy no respondió. De pronto, Carlotta se dio cuenta de que había algo muy extraño en el silencio de su amiga y la miró.

—¿También tú lo has visto, verdad?

Cindy miró hacia otro lado.

—Respóndeme.

—Era una cosa horrible, Caray, y no sé qué pensar.

George se inclinó, la cara roja, la expresión furiosa.

—¡Vamos todos a un hospital! —exclamó con voz ronca.

—Vete, George —ordenó Cindy—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que Carlotta está desnuda?

Él la miró con los ojos dilatados, se dio la vuelta y miró hacia otro lado.

Carlotta temblaba violentamente. Tiritaban sus labios como si quisiera llorar, pero no había lágrimas en sus ojos. Tenía una expresión peculiar, aturdida, y, sin embargo, había esperanza en su mirada.

—Jamás debí haberle recomendado que fuera al médico —dijo Cindy—. He estado a punto de matar a mi mejor amiga.

Carlotta miró a Cindy con ojos implorantes, parecidos a los de un ciervo aterrado. George se dirigió a ella y gruñó:

—¿Qué dices? ¿Qué sabes tú de esto? Aquí se necesitan médicos y enfermeras.

—¡Éste es un problema espiritual! —gritó Cindy.

—¡Pero qué dices!

—¡Sabes que es verdad, porque tú también lo has visto! ¡Lo sé!

—¡No es verdad!

—¡Mientes! Si la llevamos a un hospital la matará.

George quedó anonadado. Tenía el rostro convulsionado y le temblaban los labios en la oscuridad.

Carlotta estalló en un llanto silencioso, desesperado, que le hacía estremecer los hombros.

—¡Ustedes lo han visto! ¡Ustedes lo han visto!

Cindy se puso de pie y llevó los dedos a la boca en un intento por controlar su pánico.

—Déjenme pensar. Necesito pensar.

—Gracias a Dios que también tú...

—No llores, Caray.

—¡Ustedes lo han visto!

—Sí, lo he visto y vamos a ayudarte. —Se dirigió decidida a George—. Vamos a tratar de descansar Caray y yo. Tú dormirás en el *living* y haz el favor de quedarte callado. Mañana resolveremos el problema. Y vamos a hacerlo como debió haberse hecho hace tres meses.

George, los brazos en jarra, miraba a Cindy como un espantapájaros mientras su mujer conducía a Carlotta al dormitorio. La vio cubrirla con una manta.

—¿Se puede saber qué harán mañana? —preguntó.

—Buscaremos ayuda, verdadera ayuda. —Acarició con suavidad la cara de Carlotta—. Ayuda espiritual.

## TERCERA PARTE

EUGENE KRAFT

Y

JOSEPH MEHAN

*Cuando era un niño, buscaba fantasmas  
y recorrí más de una habitación, caverna y ruina,  
así como bosques a la luz de la luna,  
y con cada paso, temeroso,  
perseguía la esperanza de conversar con los muertos.*

SHELLEY

Con el avanzar de la noche, los recuerdos e imágenes de las dos últimas semanas fluían por la mente de Carlotta como un río de aguas congeladas. Había estado tan hundida en un abismo de espanto que sólo ahora estaba en condiciones de organizar algunos de sus pensamientos. Respiraba en una atmósfera de pánico. El Universo parecía haberse puesto del revés y lo irreal dominaba su existencia por completo. Había miedos y fuerzas cuya realidad ella ignoraba; la vida era infinita, fría y peligrosa y, de alguna manera, estaba inmersa en niveles desconocidos de experiencia.

Después de la noche aquélla en la que Cindy y George habían visto destruido su apartamento, Carlotta visitó curanderos y médiums. George la había llevado en coche a casa de una imponente mujer centroeuropea, que vivía en el sector más elegante de la ciudad, justo enfrente del *Wiskey-A-Go-Go*, en Sunset Boulevard. Encontró interesante el caso de Carlotta, y luego de cobrarle 30 dólares le dio algunos consejos sobre las constelaciones astrales, y su relación para conseguir una exitosa vida afectiva. Carlotta salió disgustada de la entrevista. Los tres amigos permanecieron en la acera sin saber a quién recurrir. Hacía calor y soplaba un viento muy contaminado esa tarde. Carlotta se echó a llorar desconsolada. Cindy sugirió que se hiciera un diagnóstico mentalista.

Al día siguiente fueron en coche a Topanga Canyon, un viaje por el cálido y seco paisaje de las montañas situadas al norte de Los Angeles. En el Centro de Astrología le proporcionaron el nombre y dirección de un fontanero retirado, que vivía en una casa rodante de aluminio. Los hizo pasar. Era un hombre muy delgado, frágil, con grandes cejas canosas. Los escuchó con profunda atención, sin dejar de retorcer nerviosamente los dedos sobre la cubierta de una mesa. Al final, sonrió y tras devolverle el dinero recomendó a Carlotta que se marchara de aquella zona, ya que necesitaba un ambiente más estable. Fuera de eso, se negó a discutir siquiera las apariciones.

Esa misma noche, Carlotta despertó sobresaltada al escuchar el sonido de una carcajada; miró a su alrededor en la oscuridad, porque podía sentir una presencia en su habitación. Las manos heladas le acariciaron el rostro para tranquilizarla mientras con mucha suavidad la obligaban a recostarse de nuevo. *Él* recorrió el vientre de ella y le hizo abrir las piernas. Carlotta no se resistió y *él* no le hizo daño. Durante largo tiempo realizó con ella una serie de juegos amorosos antes de llegar al acto sexual: estuvo allí más de media noche y después se hizo transparente, se volatilizó y desapareció a través de la pared. Carlotta se quedó con los dientes castañeteando, llena de asco de sí misma.

Cindy encontró un grupo *psicho* en Santa Mónica que se reunía en una iglesia abandonada próxima a la playa. Había imágenes religiosas, signos en rojo y azul en

las ventanas, símbolos de una religión desconocida para Carlotta. Los adeptos cantaban, los hombres llevaban barba y unos puntos rojos en la frente, las delgadísimas mujeres vestían camisas inmundas. Carlotta no volvió allí nunca más.

Aquella noche *él* la despertó. Era tan sutil, tan delicado como una mariposa. La torturaba con imágenes extrañas y radiantes, como una película vista a gran distancia, y que fuera demasiado hermosa y terrible al mismo tiempo para comprenderla. A pesar de sus esfuerzos, de su lucha por asirse a la realidad, su cuerpo se excitó y empezó a respirar de forma entrecortada.

Las imágenes se disolvieron en un cálido arco iris y, contra su voluntad, Carlotta gemía de placer. Después *él* descansó. Hubo una pausa. Ella se sentía flotar en una brisa veraniega, ingrávida e iridiscente. Poco a poco recuperó la lucidez. Y entonces, con gentileza, control y suprema maestría, *él* recommenzó el juego.

*Él* también jugaba durante el día, sometiéndola a travesuras perversas y malévolas. Un vaso salía disparado del estante y se estrellaba contra la pared opuesta, con riesgo de golpear a alguno de los chicos; el tostador de pan se alzaba en el aire y desafiaba todas las leyes de la gravedad antes de volver a descender sobre la mesa con la gracia de una pluma. Julie y Kim gritaban aterrorizadas, mientras Billy lo insultaba. A veces el water funcionaba durante horas; y una noche que las niñas estaban viendo la televisión, el aparato empezó a brillar y a pulsar hasta que, finalmente, explotó en miles de trocitos de cristal. Afortunadamente, Julie y Kim habían huido antes dando alaridos.

Cada vez estaba más claro que los chicos corrían peligro. Las niñas se trasladaron a casa de los Greenspan, donde pasaban buena parte del día y todas las noches; Billy cada vez se quedaba más tiempo con Jed. Pero para Carlotta no había escapatoria. Daba lo mismo que durmiera en el apartamento de Cindy o en su propia casa: *él* iba a buscarla por las noches.

Cuando los gritos de Carlotta los despertaban, Cindy y George fingían dormir. Una noche *él* había ido a investigar qué ocurría, y una fuerza violenta y desconocida lo había arrojado contra la pared del pasillo. Al escuchar los gemidos, el movimiento rítmico de la cama, el sonido de las sábanas, George y Cindy se quedaban inmóviles y temblorosos en su cama, temiendo que *él* atravesara la pared y llegara hasta ellos.

La falta de sueño había convertido a George en una ruina y las manos de Cindy temblaban constantemente por efecto de la tensión. Después de una semana y media los tres parecían las víctimas de un naufragio.

Cindy, incapaz de seguir soportando la presión, procuró convencerse de que ella no había visto nada y George, ya muy confuso, se preguntó si no debía pensar lo mismo.

Carlotta, llena de asombro, preguntó furiosa:

—¿Qué quieres decir con eso de que no has visto nada?

—Estaba tan oscuro... —tartamudeó Cindy—. Y todo... bueno... volaba por el aire.

—¿Y crees que yo pude hacer una cosa así?

—No, pero...

—Cindy —imploró Carlotta—, dime lo que viste.

—Ya te he dicho que estaba oscuro, que tú gritabas y quizá todo ello me haya hecho creer que había visto algo...

Carlotta la miró a los ojos. Sabía que su amiga tenía miedo, pánico de tener que enfrentar lo desconocido, y que sólo procuraba conservar su propio equilibrio mental. En voz baja dijo:

—Tal vez deba volver al psiquiatra.

Cindy, que se sentía culpable, no dijo nada. Pero George miró con decisión a Carlotta y dijo:

—Puede que tengas razón. Tal vez él pueda ayudarte.

Carlotta permaneció en silencio. La idea de volver a ese minúsculo despacho blanco y a la interminable serie de preguntas le resultaba intolerable. Sin embargo, Sneidermann era un especialista que, además, sabía muchas cosas sobre ella, sobre su imperiosa necesidad de recuperar la estabilidad.

Al día siguiente amaneció caluroso y con un intenso smog, una nube amarillenta que llegaba hasta los pulmones y oscurecía la visión de las montañas. Carlotta se bajó del autobús en la clínica de la Universidad. El edificio familiar, de piedra rosa, pareció rodearla, llenándola de esa nueva ansiedad que el psiquiatra había inyectado en su vida, hasta la médula misma de sus huesos.

Varias veces llegó hasta la puerta de entrada y, finalmente decidió sentarse en un banco frente a la fuente. Enfermos, residentes y médicos entraban en el edificio. Empezó a sudar. Las columnas, los laboratorios, las oficinas y corredores parecían inclinarse hacia ella, amenazándola con aplastarla. De pronto, vio a un hombre de bata blanca descender los peldaños. Pensó que era Sneidermann, se puso rápidamente en pie y caminó en dirección contraria.

Hasta que hubo rodeado el edificio, donde encontró la cafetería y la biblioteca médica, no se atrevió a darse la vuelta. No era Sneidermann. Temblorosa, entró en la cafetería.

Bebió una taza de café. La ansiedad había desaparecido pero, en su lugar, sentía una extraña náusea. Se preguntó si vomitaría. Hizo un esfuerzo por ordenar sus ideas. ¿Cómo podría explicar a Sneidermann lo que había ocurrido durante su estancia con personas que no eran de su familia y que también habían visto la extraña aparición? Se obligó a comer un trozo de tarta de guinda.

Salió a la calurosa y deslumbrante realidad exterior. Se detuvo; aún no podía subir al despacho del médico. Buscó un parque, un banco, algún lugar donde reposar a la sombra. No lo había. Al ver la biblioteca y sus confortables salones donde había muchos estudiosos que revisaban gruesos volúmenes se decidió a entrar.



Hacía fresco, pero el aire acondicionado no funcionaba con excesiva potencia. Se sintió extraña; los hombres y mujeres que buscaban libros en los estantes o bebían té en las mesas llenas de periódicos científicos, parecían todos tan intelectuales, tan bien vestidos. Y Carlotta no llevaba más que una blusa y falda muy simples. Temía que se acercaran a preguntarle qué deseaba, de modo que avanzó deprisa hacia el interior. Lentamente, las gratas alfombras, la calma y las tranquilas conversaciones a su alrededor, lograron serenarla y empezó a relajarse.

En uno de los altos estantes había volúmenes ilustrados en los que los esqueletos humanos representaban increíbles paisajes: cada hueso y músculo claramente señalado; otro tenía fotografías del cerebro humano, enseñando cada una de sus cortezas. Se estremeció y buscó otra sección, la de psiquiatría. Con cierta vacilación buscó los textos. Estaban llenos de dibujos y diagramas; cuadros de niños bizcos con la lengua colgando. De pronto, reconoció el que el doctor Sneidermann le había hecho ver en su despacho, aquél con los murciélagos alados y los viejos perros de fauces sangrantes. Y se le ocurrió que en esa biblioteca tenía que haber un libro que reprodujera las imágenes que ella veía o que, al menos, contendría algunos textos que las explicaran. Pero los libros que encontró no variaban gran cosa con respecto al que le había enseñado Sneidermann. Desilusionada, devolvió el texto. Se veía sin otra alternativa que subir hasta el despacho del médico y tener que darle una explicación por su ausencia.

Estaba a punto de marcharse cuando escuchó una conversación al otro lado del estante; en un nicho donde había una serie de periódicos sobre una mesa, pudo ver por entre dos volúmenes a dos jóvenes elegantemente vestidos. Discutían sobre un experimento.

—La relación entre el estado emocional del sujeto y la frecuencia de los hechos no ha sido demostrada —decía el más bajo de estatura—. Por lo menos no de una manera satisfactoria para mí.

—Por otra parte, los análisis de probabilidades son deficientes, ya que también figuran ondas heladas en los informes.

—No creo que haya ninguna relación.

—Pero hay cosas que no estoy dispuesto a aceptar.

—¿Y el olor? ¿Qué me dices del olor a carne humana putrefacta? Y eso sí que está bien documentado aquí.

—Incluso así, hay cosas poco claras. Rara vez ocurre que también se muevan objetos.

Carlotta los observaba discutir mientras ojeaban las páginas de un diario, señalando con el dedo algunos de los gráficos. Salió de su escondite y se acercó a ellos. En un murmullo dijo:

—Discúlpenme... —Los dos jóvenes la miraron y advirtieron de inmediato que no la conocían—. Perdonen, pero me está sucediendo a mí lo que ustedes discuten...

El sujeto de nuestra investigación, la señora Carlotta Moran, nos conoció accidentalmente en la biblioteca de la esquina de La Grange. Mi colega, Joe Mehan, y yo estábamos discutiendo algunos aspectos del reciente experimento de Rogers-MacGibbon, cuando la señora Moran nos escuchó hablar. Se nos presentó y daba la impresión de estar nerviosa, asustada incluso. Nos interrogó sobre algunos aspectos de la telekinesis.

Nos informó que fenómenos de ese tipo ocurrían con suma frecuencia en su propia casa. Dado que recibimos cientos de afirmaciones de este tipo cada mes, nuestra actitud fue más bien escéptica. Era obvio, sin embargo, que ella estaba muy asustada, de modo que acordamos visitarla esa misma tarde.

La casa no presenta ninguna característica especial y no hay nada que la diferencie de las demás, excepto que el techo, las paredes y puertas muestran señales de haber recibido el impacto de diversos objetos, violentamente arrojados contra ellos. La señora Moran recordaba la fecha de cada una de las marcas, el objeto que las había producido y la forma como se habían producido. En general se trataba de objetos del tipo de un tostador de pan, un candelabro, una radio, etc. La trayectoria daba la impresión de ser errática e impredecible, y no había rincón de la casa que no presentara alguna señal visible de este tipo de fenómeno.

Se mostró especialmente perturbada al hacernos entrar a su dormitorio; allí no había huella alguna de destrozo en las paredes; los muebles y cortinas

presentaban señales diferentes y la atmósfera parecía cargada de electricidad, hasta el punto de que nuestro cabello empezó a erizarse.

Hablamos con la señora Moran durante varios minutos. Y es preciso dejar constancia de que había estado sometida a tratamiento psiquiátrico como consecuencia del miedo provocado por estos fenómenos. La tranquilizamos y se mostró ansiosa por que investigáramos su casa.

Conseguimos varios termómetros de alta sensibilidad y tomamos la temperatura desde nuestro coche hasta las áreas adyacentes a la puerta del armario y a la de la pared central del dormitorio. Pude detectar varias zonas frías en la habitación en mi primera visita y deseaba verificarlas con exactitud; de acuerdo a nuestras mediciones había cuatro áreas semicirculares, la más grande de un metro diez centímetros y la más pequeña de ocho centímetros de radio. La variación de la temperatura era proporcional a la longitud del radio, y variaba desde 8.24 grados centígrados a 12.36 grados centígrados de diferencia bajo techo.

La señora Moran manifestó creer que las zonas heladas se hacían más definidas cuando había actividad telekinética, así como la certeza de que este fenómeno era más frecuente durante las noches secas y con viento. Conversamos con la señora Moran sobre la posibilidad de hacer un estudio de la casa, a lo que accedió de inmediato, firmando un permiso por escrito.

De modo provisional, hemos clasificado la zona como un lugar de actividad telekinética posible. Las zonas heladas, y las zonas cargadas de electricidad, rara vez acompañan fenómenos de este tipo, por lo que recomendamos una seria investigación. Pendientes de la aprobación del Departamento, sometemos el presente informe como un proyecto de investigación independiente durante el semestre de primavera de 1977. Los detalles sobre el equipo técnico necesario, así como sobre el presupuesto, figuran en los apéndices I-IV.

EUGENE KRAFT

JOSEPH MEHAN

La Sección de Parapsicología de la Universidad de West Coast era una rama del Departamento de Psicología. Sólo contaba con un profesor, la doctora Elizabeth Cooley, y treinta alumnos. La doctora contaba con dos ayudantes: Gene Kraft y Joseph Mehan. Ambos completaban el último semestre para obtener la primera licenciatura en Parapsicología que otorgaba el Departamento de Psicología.

Se acababa de leer el informe que habían presentado, y todavía permanecían de pie ante la clase, dispuestos a responder posibles preguntas.

Kraft era preciso, locuaz y rápido de decisiones; Mehan, bastante más pequeño de estatura, parecía taciturno, los ojos hundidos en un rostro huesudo y anguloso.

El calor de la tarde penetraba por las ventanas y los rodeaba a ellos y a toda la clase de una especie de resplandor dorado. La doctora Cooley cerró las persianas. De inmediato la atmósfera se hizo menos luminosa y más fresca.

—¿Alguna pregunta? —dijo.

Un candidato al doctorado de Religiones Orientales, que manifestaba cierto interés por el estado de alteración de la conciencia y los escritos hindúes de los sacerdotes Vedas, alzó la mano.

—Parece interesante —dijo—. ¿Pero cómo piensan iniciar el proyecto?

—Cada suceso —respondió Kraft— tiene que ser convertido en información demostrable, es decir, medición de la temperatura, desplazamiento de la masa, velocidad, concentraciones de iones y campos secundarios de radiaciones electromagnéticas, todo referido a un tiempo específico.

—La estructura de nuestro experimento —agregó Mehan— está destinada a probar cada información mediante la grabación de todos los fenómenos que ocurran.

El candidato al doctorado preguntó:

—¿No tienen ninguna teoría sobre una posible relación entre la actividad psicokinética y las zonas frías?

—No por el momento —respondió Kraft.

—Estamos en la etapa de reunión de material —explicó Mellan—, y responder algunas preguntas específicas podría entorpecer nuestra tarea. En este momento es preferible no limitarnos sustentando teorías predeterminadas.

Un candidato al doctorado en Psicología Clínica, al que interesaban los efectos sobre la memoria de la meditación a corto y a largo plazo, alzó la mano.

—¿Qué consideraciones técnicas tendrán en cuenta al controlar las influencias ambientales?

—Dicho control es la parte más difícil del problema —respondió Kraft—. Puede que tengamos dificultades en determinar las influencias del ruido en un ciclo de 60,

así como la interferencia de la frecuencia de la radio, etc. Pero el equipo que tenemos a nuestra disposición es suficiente para medir casi cualquier variación física, dentro del campo que nos interesa.

Mehan explicó.

—Procederemos tentativamente y trataremos de desarrollar un sistema fotográfico que nos sirva de prueba documental.

Un estudiante, al que se había becado ese semestre por su trabajo en la posibilidad de computar los ESP, levantó la mano.

—No nos han dicho si piensan entrevistar al sujeto.

—Sería una buena idea —concedió Kraft—, y creo que, de hecho, deberíamos entrevistar a toda la familia.

La doctora Cooley se reclinó contra la ventana, cruzó los brazos y se dirigió a la clase.

—Este tipo de fenómenos está generalmente relacionado con ciertos estados emocionales, tensión, histeria, hostilidad encubierta, rivalidades, por ejemplo. Creo que sería conveniente que averiguaran por qué estaba bajo tratamiento psiquiátrico.

—Por los efectos que tuvieron en ella estos fenómenos —explicó Kraft.

—Pero debe haber algún diagnóstico sobre su caso.

—Eso no sería ninguna dificultad, doctora. Fue paciente en esta clínica.

La doctora permaneció en silencio, lo mismo que el resto de la clase.

—¿La clínica de la Universidad?

—Sí —respondió Mehan.

—En ese caso tendremos que ser muy cuidadosos —dijo la doctora. Y recorrió lentamente la clase mientras pensaba. De pronto se dio la vuelta y preguntó a Kraft y a Mehan—: ¿Aún es paciente de la clínica?

—No, abandonó la terapia —respondió Kraft.

—¿Oficialmente?

—No lo sé.

La doctora se calló mientras decidía qué debía decir a sus dos ayudantes.

A la clase le interesaba y despertaba la curiosidad el proyecto. La mayoría de los alumnos se pasaban la vida en los laboratorios, ya que las verificaciones eran muy complicadas. Kraft había sido ingeniero electrónico y podría medir los datos incluso en circunstancias tan variables. Había el sobreentendido de que ellos y la doctora trabajaban con un alto nivel de maestría.

—¿No hay más preguntas? —preguntó la doctora Cooley.

No las había.

—Bien —dijo—, creo que el proyecto puede ponerse en marcha y trataré de conseguir el presupuesto y el equipo experimental hoy mismo. También me gustaría que seleccionaran una batería de *test* para las entrevistas. Creo que el Solvene-Daccurso podría servir.

—De acuerdo —dijo Kraft.

La clase abandonó el aula. Los alumnos salieron para dirigirse a la puerta, a los corredores o a otras aulas, y algunos entraron en los diminutos laboratorios.

La doctora Cooley echó el pestillo a las ventanas, y para ello tuvo que correr las persianas. Abajo estaban los edificios médicos, la moderna escultura blanca retorcida sobre la fuente. Residentes, médicos y pacientes caminaban sobre las baldosas. Hacía ya treinta años que ella había optado por la parapsicología, y desde entonces se había visto cada vez más aislada, como si fuera una bacteria contagiosa, más reducida a laboratorios minúsculos, lejos, lejísimos de los sectores centrales del edificio. Sólo los miembros de la Facultad que la habían conocido antes de que se dedicara a la parapsicología le dirigían aún la palabra. Como consecuencia de este tratamiento, los alumnos tendían a ser amistosos y a protegerla. Pero su existencia como una sección del Departamento de Psicología era precaria. Y todos lo sabían.

El viento nocturno agitaba las ramas de los árboles. Carlotta sentía la atmósfera seca, el aire pegajoso. Escuchó voces en la puerta de la calle, y al abrir encontró dos caras que había temido no volver a ver en su vida.

—Hola. Adelante.

Quitó la cadena de seguridad y Kraft y Mehan entraron en la cocina. Mehan llevaba consigo varios instrumentos para medir temperaturas. Apenas pusieron un pie en el interior de la casa se quedaron inmóviles, como si hubieran echado raíces. El aire estaba cargado hasta el punto de producir una sensación de sequedad en las fosas nasales. Los dos jóvenes intercambiaron miradas.

—Deberíamos haber traído el detector de iones —dijo Kraft.

—Lo haremos la próxima vez.

Carlotta los miraba desde el *living*, sin saber qué deseaban hacer a continuación. Los muchachos, bien vestidos y educados, permanecieron en la cocina. Hablaban en un susurro.

—¿Podríamos ir al dormitorio? —preguntó Kraft.

—Sí, por supuesto.

Carlotta encendió la luz del pasillo y la bombilla se balanceó sobre sus cabezas. Sus sombras ondulaban lentas por las paredes. Ella abrió la puerta.

—¡Santo cielo! —exclamó Mehan.

—¡Dios mío! —dijo Kraft sobrecogido.

Carlotta los observaba atenta. El hedor alcanzaba ahora hasta la sala, donde permanecían de pie. Parecía tener casi una consistencia palpable a su alrededor y se filtraba por las narices hasta los pulmones; era un olor dulce y desagradable, parecido al del cadáver de un gato en descomposición. Kraft retrocedió hasta el pasillo.

—Si tuviéramos un detector electrónico de olores podríamos determinar a qué huele exactamente —dijo.

—Es peor por la noche —comentó Carlotta.

—No me extraña que usted tuviera prisa por que viniéramos pronto —expresó Kraft.

Mehan hizo algunas mediciones de la habitación mientras procuraba respirar por la boca.

—Frialdad generalizada y pareja —señaló.

—¿Cuándo empezó esto? —quiso saber Kraft.

—Hace tres meses.

—¿Y siempre es lo mismo?

—Sí.

En una conversación con Cindy previa a la visita de los dos jóvenes, habían acordado que Carlotta sólo hiciera mención de los olores, las zonas frías, los objetos

volantes, pero que callara toda referencia a su visitante nocturno y a las agresiones sexuales.

—Últimamente hemos visto demasiados charlatanes —había explicado Cindy—, y si este par sabe algo de este tipo de cosas, pronto descubrirá la verdad. Si sólo son otros estafadores, no habremos avanzado mucho, y cuanto menos sepan de algunas cosas mejor para ti.

Pero ahora Carlotta dudaba si era bueno callar parte de la verdad; de hecho, Kraft y Mehan parecían saber muy bien lo que estaban haciendo e incluso habían detectado de inmediato el extraño olor. A su lado, se sentía reincorporada a la realidad, y pensaba que juntos podrían luchar contra esa pesadilla.

Kraft se cubrió la nariz con un pañuelo y volvió al dormitorio. Se escucharon algunos cuchicheos, pero hablaban en una jerga científica que resultó incomprensible para Carlotta. Mehan depositó el manómetro sobre la mesa de noche, lo encendió y esperó unos segundos para hacer la lectura; después, él y Kraft volvieron al pasillo y cerraron la puerta tras ellos.

Carlotta, la voz temblorosa, preguntó:

—¿A qué se debe?

—¿Podríamos volver al *living*? —preguntó Kraft—. Hay algunas cosas que nos gustaría conversar con usted.

Ella se sentó en el sofá, preparada para escuchar lo peor. Kraft buscaba dar una explicación que fuera lo menos aterradora posible para la mujer, y Mehan, sentado a su lado, observaba atentamente a Carlotta.

—Las marcas en el techo se llaman poltergismo.

—¿Poltergismo? —preguntó Carlotta sorprendida.

—Es una traducción literal del alemán, y significa «espíritu juguetero». Se utiliza para describir travesuras, en fin, jugarretas de tipo infantil.

—Como hacer volar objetos por el interior de una habitación —explicó Mehan—, o encender y apagar las luces.

—Sí —dijo Carlotta con voz inexpresiva.

—Pero es muy extraña esta coincidencia de zonas frías y mal olor, pues casi nunca se dan al mismo tiempo —comentó Kraft.

—¿Qué trata de decirme?

—Es posible que aquí también haya otro fenómeno.

Mehan no quitaba los ojos del rostro de Carlotta. Preguntó:

—Señora Moran, ¿nunca la ha tocado algo, recibiendo un empujón, o ha sido aprisionada por una fuerza que usted no pudiera explicarse? ¿Alguna vez ha visto algo... desusado?

—Bueno... yo... Todo ha sido muy confuso.

—Por supuesto, comprendo perfectamente —dijo Kraft con mucha amabilidad.

—Verá, el asunto es un poco más complicado de lo que pensamos —explicó Mehan.



El corazón de Carlotta latía deprisa; cada nervio, todas las fibras de su ser deseaban gritar, revelarles toda la verdad. Pero se contuvo, en espera de que ellos mismos lo averiguaran.

—Aquí hay más de lo que parece —comentó Kraft.

Permanecieron un momento en silencio. El aire parecía adherirse a su piel, a sus cueros cabelludos; comprendieron lo horrible que debía ser tener que vivir en una casa en esas condiciones. Esperaban que ella dijera algo y la miraban con sus caras juveniles, inteligentes. Todo estaba oscuro y silencioso alrededor del lugar.

—¿Van a hacer una investigación? —preguntó Carlotta temerosa.

—Si usted no se opone —dijo Mehan.

—Por favor, háganla.

—Saldré un momento —explicó Kraft.

Carlotta asintió con un gesto. Kraft sacó una linterna del coche e iluminó con ella los cimientos de la casa. Mehan, entretanto, había ido al dormitorio para hacer una segunda lectura del manómetro y anotar los resultados en una libreta negra. Carlotta los observaba desde la puerta abierta.

—¿Qué es lo que pasa en esta casa? —preguntó.

—Nada extraño. Hay informes de que ha ocurrido algunas veces.

Los miró aproximar el contador al armario; los números empezaron a cambiar donde había estado antes la zona fría. Recorrieron varias veces el sector, y en cada oportunidad hacían nuevas anotaciones.

—Hay algunas cosas que suelen asociarse con este olor —dijo Mehan.

—¿Qué tipo de cosas?

—Hay muchas publicaciones contradictorias al respecto, y muy pocas en las que se pueda confiar.

—Por favor, ¿qué tipo de cosas?

Mehan alzó la vista para mirarla. El tono de voz de la mujer había cambiado: estaba asustada.

—Hay informes de una anciana en Londres. Son los mejor documentados sobre este olor.

—¿Qué le pasó?

—Vivió con el hedor durante dieciséis años.

—¡Dieciséis años!

Mehan se aproximó al armario, donde el olor era más intenso. Palpó las paredes en busca de fisuras, las recorrió con el contador y, finalmente, dijo:

—La pobre señora se estaba volviendo loca al tener que vivir en esas condiciones. Claro que era una mujer muy anciana.

—¿Loca?

—Sí, decía que algo la perseguía.

Cuando el científico salió del armario vio que Carlotta estaba mortalmente pálida.

—¿Se siente usted bien, señora Moran?

—Sí... Estoy perfectamente...

—Espero no haberla asustado. Su caso es completamente diferente.

—Sí... diferente... —repitió sin darse cuenta de lo que decía.

Kraft se metió bajo las vigas de los cimientos; descubrió que los materiales no eran muy resistentes y que las terminaciones habían sido hechas de cualquier manera, con prisa. La parte superior de la casa estaba reconstruida. También comprobó la gran cantidad de cañerías y alambres que se había acumulado allí. Asomó la cabeza para mirar desde abajo el jardín y el callejón. Había grandes transformadores eléctricos apoyados sobre armazones de acero y los alambres formaban una masa compacta. «Un cortocircuito y la casa se electrificará entera», pensó. Golpeó las cañerías. Hubo un gruñido grotesco en respuesta.

Carlotta se sobresaltó.

—Es Gene —la tranquilizó Mehan.

Compadeció a la pobre mujer, que parecía haber llegado al límite de sus fuerzas. Se dio cuenta de que lo mejor que podía hacer era seguir trabajando con calma, metódico. Solía ser una buena terapia para la gente asustada.

Kraft volvió a entrar en la casa.

—¿Me podría dar un vaso de agua, por favor? —dijo.

—Por supuesto.

El científico fue personalmente a la cocina a buscar el vaso de agua, y se recostó contra el fregadero mientras pensaba en la construcción de la casa.

Con el rabillo del ojo vio un movimiento.

El armario se abrió y un cacharro salió disparado, giró en el aire y fue a estrellarse contra la pared opuesta. Los fragmentos volaron por otras partes en la oscuridad.

—¡Gene! ¿Estás bien?

Kraft devolvió lentamente el vaso a su sitio.

—Sí, estoy bien.

Caminó hacia donde los restos del cacharro aún giraban, cada vez más despacio. Los aplastó con el tacón hasta que cesó el movimiento.

—Salió disparado del armario —explicó con un tono de sorpresa a Mehan que había ido a la cocina.

Mehan se inclinó y recogió un pedazo del suelo.

—Pálpalo —dijo.

Kraft lo tocó con los dedos.

—Congelado.

Carlotta acababa de entrar a la cocina en ese momento. Los dos jóvenes la miraron: estaba pálida como el alabastro, el color de su cara acentuado por la suave luz del *living*.

—¿Ven? No eran invenciones mías.

—Ya sé que no lo eran, señora Moran —dijo Kraft. Después se dirigió a Mehan —: Rápido, trae las cámaras.

Mehan corrió al coche.

Kraft volvió a mirar a Carlotta, tan etérea, con la luz bañando sus cabellos como una aureola. Preguntó:

—¿Esto sucede a menudo?

—Todo el tiempo.

Kraft no dijo nada. Observó la cocina; los utensilios, las instalaciones y el reloj de pared parecían resplandecer en la oscuridad.

Mehan volvió con una gran cámara y un trípode con un soporte metálico. Kraft la puso de manera que la lente enfocara la cocina e instaló dentro una placa fotográfica, después de sacarle la cubierta protectora.

—Mantendremos abierto el obturador, así que no se acerquen a la cocina.

Mehan se inclinó e hizo funcionar un diminuto resorte de metal. Carlotta escuchó el ruido y tuvo la extraña sensación de que la cámara parecía absorber la luz, como un ojo mágico, ciego y mecánico. Los tres volvieron al *living*.

—¿Podrán tomar fotos?

—Si se produce el más ligero movimiento quedará registrado como una mancha borrosa. A veces el ojo no alcanza a percibir los movimientos que una lente detecta.

Se sentaron en el sofá y estuvieron charlando hasta la media noche. Carlotta les contó su experiencia con el psiquiatra; parecieron satisfechos de que ella hubiera interrumpido la terapia. Se mostraron curiosos e inquisitivos respecto a Billy y a las niñas. Kraft quería entrevistarlos a todos juntos, lo que era imposible porque Carlotta había enviado a los chicos a casa de una amiga.

A pesar de que la atmósfera era seca, eléctrica y llena de violencia, Carlotta se sintió segura aquella noche en la que, recostada vestida sobre la cama, le llegaba el murmullo de la conversación de Kraft y Mehan en el *living*. Habían traído una cámara más pequeña con un motor adjunto, que probaban de vez en cuando. Kraft disparaba de seis a diez tomas a diferentes velocidades, y el ruido que hacía calmaba a Carlotta como si fuera un metrónomo. Esa noche no pasó nada.

Alrededor de las 2:30, Carlotta despertó de un ligero sueño; dos hombres susurraban a su lado y habían llevado con ellos las cámaras al dormitorio.

—Junto a la puerta —murmuró Mehan.

Se escuchó el ruido de varias tomas de 35 mm.

—¿Está usted despierta, señora Moran? —preguntó Kraft.

Divisó a las dos figuras recortadas contra el umbral de la puerta.

—¿Lo ha visto? —quiso saber Mehan.

Carlotta se alzó lentamente del lecho. Habían cerrado la persiana, pero la oscuridad no revelaba nada extraño. Ella tuvo el presentimiento de que *él* surgía

desde algún distante y odioso pozo en ese momento. Mehan instaló la gran cámara y el trípode junto a la ventana, cerca del armario. Kraft susurró:

—¿Huele usted algo, señora Moran?

—Sí, cada vez más —respondió aterrada.

Toda la casa estaba en silencio. Carlotta se aproximó a Kraft. Se escuchó un sonido suave, metálico cuando las aberturas de la cámara se dilataron. El calentador estaba encendido, a pesar de que no hacía frío.

En ese momento, en la oscuridad opaca empezó a formarse un área azul sobre la puerta; se mantuvo en el aire, próxima al armario, se hizo transparente y desapareció.

—¿Había visto antes algo semejante? —preguntó Kraft en un susurro.

—No... No estoy segura...

Mehan reemplazó la película de la cámara por una nueva. Carlotta se aproximó más y más a un rincón; observaba y aguardaba. Lo sintió moverse titubeante en el otro extremo de la pared.

—Casi no tengo ya película —dijo Kraft.

Mehan sacó un rollo de su bolsillo y se lo entregó a su compañero, que se sentó en el borde de la cama para recargar la cámara. En voz muy baja preguntó a Carlotta:

—¿Ha dicho que había visto antes algo parecido?

—Puede ser. No estoy segura...

Kraft la miró. La cara de la mujer temblaba en la noche; sus ojos iban de uno a otro hombre en un movimiento constante. Estaba aterrada.

—Gene... —murmuró Mehan.

Kraft se dio la vuelta. En la pared opuesta, sobre la puerta del armario, se produjo un resplandor azul que desapareció en las tinieblas. Todo estaba en silencio.

—¿Lo filmaste?

—No. Sucedió demasiado deprisa.

Carlotta observó cómo Mehan reemplazaba la película y Kraft tomaba fotos de la pared.

Lo sintió ahora en el extremo contrario: iba de un lado a otro en su búsqueda.

—¡Gene!

Se había formado una nube que explotó en una infinidad de serpentinas de un gas azulado que desapareció por la puerta.

—¿Lo has filmado?

—Creo que sí.

Por un instante todo estuvo en calma. Carlotta sintió humedecerse la piel. *Él* estaba nervioso y se movía cada vez más rápido, ansioso de que los hombres se marcharan pronto.

Hubo un estallido de estática de una pared y rebotó exactamente sobre la cabeza de Kraft.

—¿Estás bien, Gene?

—No me alcanzó.

Un gruñido metálico se escuchó bajo la casa. Kraft apoyó la cámara sobre una rodilla y aumentó la exposición. Mehan sintió que Carlotta se aproximaba a él, arrimándose contra la pared. Durante varios minutos estuvieron preparados, pero no sucedió nada. Sus ojos ya estaban acostumbrados a la oscuridad. Todo el dormitorio parecía poblado de pálidas sombras a punto de ponerse en movimiento.

Se produjo un centelleo en la pared; cientos de granos de arena iridiscente despidieron luz y desaparecieron devorados por una corriente de aire frío.

—¡Qué mal olor! —comentó Mehan.

—¿Cómo sientes la piel?

—Está ardiendo.

—Debe haber una gran carga eléctrica aquí.

Varias ascuas azules recorrieron la habitación; chisporrotearon, estallaron y revolotearon cerca de la lámpara sobre la mesita de noche antes de caer al suelo y apagarse. La cámara de Kraft funcionaba sin cesar. Mehan le arrojó un último rollo para que la recargara.

—Se ha atascado —murmuró.

Le quitó el motor y empezó a hacerla funcionar en forma manual, de una toma por vez.

Carlotta supo que *él* se paseaba por el vacío. Y se estaba impacientando. Durante mucho tiempo, estelas de nube azul giraron, se retorcieron y reptaron por la pared, próximas al techo. Dejaban caer brillantes bolas azuladas que giraban ardiendo y se extinguían al caer. Kraft extendió una mano: tuvo la sensación de ser golpeado por diminutas sustancias muy frías.

—Enfocado —dijo, después, y apuntó con la cámara hacia abajo.

Mehan puso la última película en la cámara grande.

Nada sucedió durante una hora. Una luz grisácea empezó a dibujarse sobre los árboles de la calle. Kraft alzó la persiana; el frío y el silencio del amanecer imperaban por todas partes. Mehan estaba tan cansado que tenía que sacudir la cabeza para poder mantenerse despierto.

Carlotta miró la casa de sus vecinos, donde sus hijos dormían tranquilos. Por primera vez en mucho tiempo, tuvo la esperanza de que la normalidad volvería a su vida. Kraft le sonrió y con gran amabilidad dijo:

—Ha sido una noche espectacular, ¿verdad?

—Nunca antes había visto nada semejante —comentó Mehan.

Ella los miró como si fueran salvadores venidos de un planeta muy lejano y preguntó:

—¿Nunca había visto nada así?

Mehan negó con la cabeza.

Se preguntó si debía decirles toda la verdad, pero lo cierto era que *él* tenía miedo de aparecer, lo que significaba que, de alguna manera, los dos jóvenes representaban un peligro para *él*.

—Puedo entender perfectamente por qué estaba usted asustada, señora Moran — dijo Mehan con voz cansada.

Kraft, en cambio, parecía excitado por la noche en vela, por lo que había visto y sentido; su mente reflexionaba acerca del equipo que deseaba traer a esa casa. Carlotta se había reclinado en el borde de la cama, y mirándolos a los dos dijo:

—No creo que vuelva nunca más.

—Es posible —afirmó Kraft—, porque estas cosas son muy raras. Puede que no volvamos a verlo.

—¿A quién se refería, señora Moran? —preguntó Mehan, repentinamente lúcido y alerta.

Ella lo miró fijo y sus labios jugaron a formular palabras que no se atrevía a pronunciar, conceptos e imágenes de su cerebro que no se atrevía a expresar en voz alta.

—Estas cosas, a eso me refería —respondió.

Mehan sabía que mucha gente tiende a personalizar sucesos que no puede comprender. Era un reacción normal pero, no obstante, se preguntó si Carlotta no les habría ocultado algo importante.

La luz del día se había hecho más intensa sobre los tejados y árboles.

Kraft dijo como si se disculpara.

—Tengo que revelar las películas.

—¿No le importa si nos marchamos ahora? —preguntó Mehan.

—No. *Él* no volverá, estoy segura.

—Bien —dijo Mehan destornillando el soporte de metal del trípode—, volveremos de nuevo esta noche, si no le importa.

—Al contrario. Y muchas gracias.

Mientras Mehan llevaba el trípode y la cámara al *living* dijo:

—En realidad somos nosotros los que tenemos que agradecerle, señora Moran. Ésta es una gran oportunidad para nosotros.

La brillante luz del sol irrumpió en el *living* y el pelo de Kraft adquirió un brillo dorado.

—¡Qué mañana tan hermosa! —murmuró Carlotta.

Sus ojos se llenaron del resplandor solar, el sendero que dibujaba sobre la alfombra, la luminosidad que confería al aire. Parecía ser el primer día de la creación.

El Volkswagen rojo empezó a separarse del bordillo y Carlotta se quedó mirándolo mientras se alejaba por Kentner Street. Mehan se despidió con la mano y ella devolvió el gesto.

Cuando se dio la vuelta, la casa parecía delineada por el deslumbrante resplandor de la luz del sol. Se sentía contenta; más liviana que el aire, dispuesta a vivir y recuperar la felicidad. Era como haber vuelto a nacer.

Una persiana se alzó en la casa del matrimonio Greenspan. Pronto los chicos tomarían el desayuno. Decidió cocinar una inmensa pila de tortas de mermelada de

mora.

El laboratorio estaba a oscuras. Redes electrónicas, placas fotográficas y un complicado equipo electrónico relucían en el área de trabajo. Los estantes estaban llenos de textos y los cartapacios rebosaban de gráficos. La doctora Cooley permanecía de pie entre Kraft y Mehan, y los tres examinaban un grupo de fotos recién reveladas.

En el rectángulo negro podía verse un halo azul verdoso como una cortina de humedad, que describía un arco en el vacío. La siguiente fotografía mostraba un grupo de nubes estrechamente unidas y de las cuales salían serpentinas que dejaban estelas iridiscentes. Otras fotos señalaban auras luminosas en torno a una superficie opaca, la muralla del dormitorio de la señora Moran. Había también algunas en blanco y negro, más pequeñas, en las que aparecía Carlotta sentada en su habitación; a veces se la veía opaca, a veces más brillante, casi como si estuviera envuelta en un velo menos compacto que la gasa, lo que suavizaba sus facciones y hacía verse más grandes y oscuras sus pupilas, que se destacaban como verdaderos pozos negros.

Kraft dijo:

—Éstas son las que tomamos con infrarrojos la tercera noche. Cada vez que la señora Moran se aproximaba a una de las zonas frías, Joe la fotografiaba constantemente. Cuando está fuera de ellas, las fotos salen normales y es muy difícil conseguir algún tipo de exposición. Pero cuando entra en una de las zonas frías hay bastantes rayos infrarrojos como para conseguir una exposición.

La doctora Cooley tomó la fotografía; parecía extraña, como si dos mitades hubieran sido tomadas al mismo tiempo. En una la primera mitad de ese mismo ser se veía nerviosa, asustada, casi absorbida por la oscuridad; en la otra, estaba luminosa, la piel tersa y brillante, sensual hasta el punto de que el cuerpo parecía diferente.

—Parece tan distinta —comentó la doctora.

—No sé por qué —dijo Kraft.

Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad; la bombilla roja centelleaba sobre las bandejas de agua y sustancias químicas, y su luz se reflejaba sobre la pared, grifos y recipientes metálicos.

—Bueno, no se puede negar que hay una energía electrostática —dijo la doctora.

—Se debe a que siempre estuvo compacta, hasta concentrarse —respondió Kraft a la defensiva.

—Sí, pero dejó estelas.

—Más bien chispas.

—No lo sé. Toma mucho tiempo conseguir algo absolutamente confiable, y es preciso descartar miles de alternativas posibles antes de obtener resultados válidos.

La observaron lavar las fotos en agua destilada.

—Sería interesante investigar la casa, pues siempre cabe la posibilidad de que



haya filtraciones de corriente eléctrica por alguna parte —advirtió la doctora.

—¿Cree usted que sólo se trata de eso? —preguntó Kraft.

—Creo que hay que asegurarse de que no se trata de eso.

—¿Y el mal olor? Tanto Kraft como yo lo percibimos.

—Era como si hubiera el cadáver de un gato. Horrible.

—Tal vez hubiera algún gato muerto en algún sitio.

—Imposible —protestó Mehan—, porque se intensifica durante la noche y disminuye durante el día.

—Tal vez el gato esté cerca de la casa. No hay que olvidar que el viento cambia de dirección por la noche, y sopla desde el océano, de Oeste a Este.

La doctora Cooley siempre se mostraba escéptica ante todo lo que no se hubiera medido o fotografiado: el método científico se basaba en la precisión, los números, las verificaciones. Incluso cuando se sentía inclinada a creer en cosas sobre las que no había prueba alguna, no aceptaba que sus impulsos interfirieran con su trabajo. Se exigía a ella misma y a sus alumnos un riguroso análisis de toda la información conseguida en un experimento o proyecto.

—Creo que lo mejor será que comiencen el estudio por el mundo tradicional, ése de allí afuera. En caso contrario se cogerán los dedos en el terreno científico.

Kraft pareció sorprendido.

—No creo que hayamos llegado a ninguna conclusión precipitada —dijo.

—Es verdad, pero excluyeron desde el primer momento todas las posibles explicaciones naturales del fenómeno.

—Todo dependerá del material que logremos reunir en las próximas noches —dijo Mehan.

—Está bien, pero recuerden lo que les he dicho.

Kraft no podía salir de su asombro. Su proyecto de experimentación le parecía adecuado, pero acababa de descubrir que la doctora Cooley también tenía su punto débil; para ella la respetabilidad era muy importante. Toda su carrera dependía de eso. Había visto a demasiados de sus colegas perder el cargo, ser despedidos de las universidades o no recibir fondos como para arriesgarse. Por eso trabajaba en laboratorios precisos y exactos, inofensivos para el resto de la comunidad universitaria; por eso promovía el estudio de las probabilidades del ESP, que hacía que sus alumnos fueran conocidos. Lo importante eran los experimentos seguros, controlados, que nunca se alejaban mucho de las leyes científicas aceptadas. Tal vez en su corazón aspiraba a ser readmitida algún día en el grupo de los verdaderos sabios. Para Kraft la tradición no tenía la menor importancia; había trabajado con ingenieros y ayudantes de laboratorio durante varios años, y los consideraba esclavos de su trabajo, carentes de toda imaginación. Tal vez llegara el momento en que la doctora Cooley se viera obligada a elegir entre la parapsicología y el futuro, o la vuelta al laboratorio que había abandonado hacía treinta años. Sin embargo, su advertencia no dejaba de ser inteligente: «Comiencen por el mundo tradicional, ése

de allí afuera».

Kraft entró decidido en la Oficina de Planificación de la ciudad, habló con la secretaria y se sentó a esperar. La chica era extraordinariamente atractiva, pero, como a la mayoría de las mujeres, su aire juvenil sólo la divertía. Decidió hacerse pasar por un joven estudiante, y cuando le pidió que se identificara, respondió:

—Soy Eugene Kraft, de la Universidad de West Coast.

La secretaria se puso en comunicación con el asistente de la sección de diseño de la ciudad por el teléfono interno y dijo a Kraft:

—Lo recibirá dentro de un momento. Tome asiento, por favor. El joven lo hizo en una silla que parecía haber sido diseñada especialmente para evitar que la gente estuviera cómoda en ella. Durante unos segundos observó a la secretaria, que tenía largas y esbeltas piernas y delicados tobillos. Después, cerró los ojos.

Diversos pensamientos pasaron por su mente: recuerdos de un pasado que sólo hacía muy poco tiempo habían dejado de ser dolorosos. Su vida de niño había estado llena de inquietudes, de actividades, y siempre había tenido conciencia de ser diferente de sus hermanos. Algo en su interior lo hacía distinto al resto de la gente que conocía. Ni demasiado estudioso ni demasiado aficionado a los deportes, prefería la soledad de su dormitorio, donde podía efectuar interminables viajes con su imaginación y habitar en un mundo de su invención, a veces durante horas. Sus amigos y compañeros de trabajo lo encontraban extraño, se burlaban y lo llamaban «monstruo», lo que solía preocupar a sus padres. Pero Harry y Sadie Kraft estaba ciertos de una cosa: a diferencia del resto de sus hijos, Eugene tenía cerebro... ¡y lo usaba! Un cerebro bien entrenado que, dedicado a una actividad práctica, le aseguraría una vida libre de cuidados y preocupaciones. Con el beneplácito de sus padres, había ingresado en la Universidad para estudiar ingeniería eléctrica. Pero los estudios ordenados, con todos los problemas resueltos de antemano, pronto aburrieron su cerebro inquieto e imaginativo. Después de dos años de carrera, había comprendido su equivocación: sus intereses no estaban en lo práctico, sino en lo teórico. Abandonó la ingeniería por la filosofía, pero las asignaturas eran demasiado abstractas, y él necesitaba alguna relación entre el pensamiento y la vida real. Una tarde le pidieron que ayudara a instalar los circuitos eléctricos que se necesitaban para un experimento en el Departamento de Psicología; después de pasar una noche entera instalando el complicado equipo diseñado por la doctora Cooley se quedó para ver el experimento. Sentía una gran curiosidad. La doctora había organizado una serie de instrumentos que reaccionaban ante el calor animal o los cambios en el sistema nervioso. Habló con ella hasta después de la medianoche y la doctora lo invitó a incorporarse a su sección en calidad de ayudante de investigación. A partir de ese momento, había descubierto lo que le interesaba, y su carrera había progresado con gran rapidez.

—Señor Kraft...

La voz interrumpió sus reflexiones. Al abrir los ojos vio a un hombre calvo y gordo con la mano extendida.

Sentado al otro lado del escritorio, Kraft calibró a la persona que tenía enfrente. Sin duda era uno de los empleados de categoría inferior dentro de la organización jerárquica de la institución. Podía, por tanto, ser intimidado, pero habría que hacerlo con cautela, a la defensiva. Los ceniceros llenos de colillas, manchas sobre la alfombra, el desorden de los libros, indicaban que no era un hombre que supiera organizarse a la perfección. Y Kraft decidió despojarse de la máscara de alumno universitario y actuar como miembro de una organización prestigiosa.

—Pertenezco al Departamento de Psicología de la Universidad de West Coast. Estamos llevando a cabo una investigación sobre la posible influencia de los cambios atmosféricos en los cambios emocionales. Y el proyecto incluye un análisis de las concentraciones iónicas, la interferencia electrónica, los esquemas de microondas, etc.

—Todo eso me suena más a física que a psicología.

—Soy ingeniero electrónico.

El empleado hizo un gesto con las cejas; era obvio que se sentía impresionado por el brillante joven que tenía ante sí. En realidad, había esperado tener que entrevistarse con un jovencuelo tonto, vestido de cualquier manera.

—¿Y en qué puedo ayudarlo, señor Kraft?

—¿Podría proporcionarme duplicados de los planes de un sector determinado de la ciudad? Necesitamos saber las fuentes de algunos fenómenos, y nos interesan las torres de control aéreo, los radiotransmisores, etc. Así podremos estudiar un caso particular, aislándolo del conjunto general de factores. Comprenderá que nuestras informaciones deben ser precisas, y sus mapas lo son.

El asistente asintió. La seguridad de Kraft lo había convencido, le gustaba la decisión del muchacho, su energía, lo rápido y conciso de sus planteamientos. Era una agradable entrevista para cerrar un día perfectamente anodino.

—Siempre estoy dispuesto a colaborar con la Universidad.

—Gracias.

El asistente telefoneó al archivo de planos y Kraft se marchó una hora más tarde con doce rollos bajo el brazo y una invitación para volver cuando quisiera.

En el mismo momento en que Kraft se encontraba en la Oficina de Planificación, Mehan trabajaba en el sótano del Ayuntamiento. Allí, en la biblioteca, había uno tras otro los enormes cartapacios que contenían los títulos de propiedad. La mesa sobre la que se encontraban era larga y estaba cubierta de polvo.

El bibliotecario, un anciano de espesas cejas blancas, observaba con desconfianza cada uno de los movimientos de Mehan que permaneció allí durante cuatro horas. Al

salir, poseía una completa información sobre cada persona que había sido propietaria o inquilina de la casa de Kentner Street.

Condujo su viejo Volkswagen con lentitud hasta el apartamento de Kraft. El motor del coche necesitaba con urgencia una revisión general, pero Mehan nunca lograba juntar el dinero necesario para hacerlo. En realidad, sólo le interesaba tener lo suficiente para sobrevivir, pues cualquier otra actitud sólo le acarrearía problemas. Pensaba en las mentes de todas esas personas que habían dormido, sufrido y muerto en la casa de Kentner Street y ni siquiera miraba la sucesión de coches que desfilaba por su lado, todos con prisa por llegar a casa, por vivir, por volver a sus problemas personales.

Leyó una anotación en su libreta de apuntes y volvió a guardarla en el bolsillo de su camisa. Hizo los cambios para seguir avanzando, y el coche se movió de nuevo con lentitud.

Mehan había sido educado en la Ciencia Cristiana. Era una religión en la que los poderes de la mente se consideran muy superiores a los del cuerpo. Cuando era pequeño solía someterse a diversas pruebas: se abstenía de comer, del agua, y se sometía a intensos dolores físicos. Lo que enseñaba su religión era verdad: mediante la concentración se podía eliminar la conciencia de estas sensaciones desagradables. A los trece años poseía un notable control de sí mismo, y estaba capacitado para aceptar o rechazar sensaciones a voluntad. Se ejercitó en el estudio de la gente, para comprobar si su poder de concentración le serviría como defensa contra la ansiedad que experimentaba ante su familia o cuando tenía que enfrentar gente desconocida. Al poco tiempo descubrió que se las arreglaba perfectamente para hacer frente a cualquier relación personal, con un completo conocimiento de los mecanismos psicológicos de la otra persona. Sus experimentos lo hicieron pronto conocido como un ser extraño, muy lento para responder a los estímulos de la gente, aficionado a mirar fijamente a los ojos de los demás, a sus dedos o a la cara.

Pronto era capaz de saber lo que los otros pensaban con sólo analizar los gestos que hacían, y cuando estaba entre personas a las que conocía bien, casi podía responder a sus pensamientos no formulados. Entonces comprendió que la comunicación entre los seres humanos era algo mucho más complejo que un simple uso de la palabra, boca, dientes y lengua, y de los gestos corporales. Y, naturalmente, se asustó. Podía distinguir entre lo que se decía y lo que en verdad se estaba sintiendo en ese momento; detectaba la hipocresía que se pretendía disimular. Mehan pasó, entonces, mucho tiempo a solas en su dormitorio para evitar la agonía de tener que comunicarse con los demás.

En ese momento conoció a Eugene Kraft, que era profesor ayudante de Filosofía de las Ciencias. Mehan fue su mejor alumno. Y Kraft descubrió por qué. Después del examen lo invitó a su apartamento. Mehan se había dado cuenta de que se trataba de

una prueba, pero reprimió su desconfianza natural; ya había aprendido que llevaba demasiado tiempo viviendo con un secreto que lo torturaba. Esa noche tuvieron el siguiente diálogo:

—Tú no has seguido mi curso porque te interesara la materia, ¿verdad?

—Supongo que no.

—¿Sería indiscreto preguntarte cuál es tu verdadero interés?

—No, pero me costaría explicarlo.

Kraft estudió a Mehan, que parecía atemorizado, aterrado del mundo o de sí mismo.

—La ciencia parece no satisfacerte.

—No. Pero mi idea de ciencia no es estudiar las reacciones de ratas que corren sobre una parrilla electrificada.

Kraft se dio cuenta de que Mehan necesitaba expresarse, salir de su caparazón protector, pero que era preciso darle un empujón para que se decidiera.

—¿Conoces a la doctora Elizabeth Cooley? —preguntó.

—He oído hablar de ella.

—El próximo semestre seré su ayudante. ¿Te interesaría conocerla?

Mehan lo miró con gran atención a los ojos.

—Sí, muchísimo.

Después de dos semestres, Mehan se dedicó a estudiar Parapsicología. Su interés era la transferencia mental de ideas.

Al semestre siguiente era ya ayudante de investigación. Sus padres opinaban que había arrojado por la borda una brillante carrera y le dieron un ultimátum: o seguía estudios que le permitieran convertirse en profesor, o trabajaba con su padre en la fábrica de pinturas, o se marchaba de casa.

Mehan se marchó de casa. Vivió dos semanas en la YMCA antes de que Kraft descubriera su situación y lo invitara a compartir su apartamento.

Cuando Mehan conoció a la doctora Cooley y a Kraft se sintió, por primera vez en su vida, en terreno firme. Dos personas con experiencias muy diversas, eran, también, extraordinariamente receptivas al pensamiento humano. A su lado pudo desarrollar sus potencialidades, y a fines de ese año se le conocía como el ser más dotado para transmitir y recibir imágenes en la Universidad de West Coast. La doctora, sin embargo, le había recomendado que no utilizara esta habilidad sino con extrema discreción, y siempre para fines estrictamente profesionales.

Al enterarse el matrimonio Mehan de que su hijo no sólo se estaba especializando en Parapsicología sino que, también, trabajaba junto a Kraft en esa sección, decidieron desheredarlo. Mehan trató de tomarlo con filosofía; comprendía la ansiedad de sus padres por su futuro, su deseo de que trabajara dentro del mundo convencional. Pero él había dedicado su vida a otra cosa, aunque ignorara adónde podía conducirlo. De lo único que estaba seguro era de que sin Kraft habría sucumbido hacía mucho tiempo en el aislamiento y el ridículo.

—Bien —dijo Kraft—, dime qué has encontrado.

—La casa ha tenido tres propietarios y cinco ocupantes antes de la familia Moran. Fue construida en 1923 por la Owens Real Estate. El primer dueño fue un empleado del ferrocarril, un italiano que trabajaba para la línea Hollywood-Santa Mónica. Murió en 1930. El segundo propietario fue un ferretero, y vendió la casa en 1935. La compró entonces un granjero paralítico de Oklahoma que tenía una familia muy numerosa. La abandonaron en 1944. La casa estuvo un año desocupada.

Kraft hizo un gesto de asombro con las cejas y murmuró:

—Cualquiera pudo ocuparla durante ese tiempo.

—Ya lo había pensado. Cualquiera, gente de paso, vagabundos. No sé qué podría significar este hecho para nuestro trabajo.

—Sigue.

—A continuación viene una japonesa, viuda, que vivió en la casa hasta 1957 y murió en ella. El próximo es un verdulero jubilado, de Ohio. Se marchó en 1973.

—Eso significa que estuvo vacía varios años antes de que la ocupara la señora Moran.

Mehan asintió mientras se guardaba la libreta en el bolsillo.

Kraft se frotó los ojos con gesto cansado y dijo:

—Muchos viejos han vivido en esa casa y hay diversos esquemas psíquicos. Varias muertes. ¿Cuál es tu conclusión, Joe?

Mehan se encogió de hombros.

—No tengo ninguna. Pero algo apareció en esas fotos.

Hubo un largo silencio. Kraft sacó un disco de Vivaldi de su cubierta y lo puso en el tocadiscos; los compases dulces y espirituales de la música barroca llenaron el apartamento.

—¿Qué sabemos hasta el momento?

—Que algún tipo de actividad electrostática puede ser la respuesta más razonable —contestó Mehan—. Tal vez deberíamos consultar al Departamento de Meteorología. Las capas de ionización cambian con las estaciones del año, y eso afecta a la gente.

—Está bien. Yo haré una investigación más completa de todos los esquemas de ondas electromagnéticas que haya en la casa.

Mehan no había terminado de asentir con la cabeza cuando se sintió descorazonado. Dijo:

—Costará mucho dinero.

Kraft se sentó y con un suspiro sugirió:

—Tal vez deberíamos pedir que nos financien el proyecto.

—¿Qué material podríamos presentar? Sólo tenemos algunas fotos...

—Creo que bastarían para demostrar que tenemos un buen material por

investigar.

Mehan movió los hombros indiferente.

—De acuerdo. Hagamos algunos sondeos.

Escucharon a Vivaldi. Kraft parecía optimista respecto a las posibilidades de financiación; las fotos no eran perfectas, pero sí inquietantes. Habría que elaborar un presupuesto detallado para el equipo que necesitarían. Dijo:

—Tengamos confianza. ¿Qué me dices de los aspectos paranormales del caso?

—Puede deberse a cualquier causa, incluso simple telekinesis producida en forma inconsciente por cualquiera de los habitantes de la casa.

—¿Incluso las luces y figuras invisibles?

—¿Por qué no?

—De acuerdo. ¿Qué otra explicación podría haber?

—Que se tratara de una proyección.

—Sí —asintió Kraft.

—En cuyo caso podría estar provocada por algunos de los que viven en la casa o... —Kraft alzó los ojos—. De los que han muerto en ella.

Kraft se recostó en la silla. Los compases gratos y refinados de la música de Vivaldi siempre lo relajaban, ayudándole a pensar.

—Habría una tercera posibilidad —explicó—. Que se trate de algún tipo de información que haya quedado almacenada en la casa y que sea reactivada por la presencia en ella de algunos individuos.

—¿Nosotros? ¡Pero si sólo actuamos como filmadoras o las agujas de un tocadiscos, que sólo reproducen lo que ya está grabado!

—Exactamente, y nuestras conciencias activan el fenómeno.

—¿Qué cantidad de energía sería precisa para provocar un despliegue audiovisual como el que hemos visto?

—Eso, amigo, mío, es lo que tendremos que averiguar.

Se callaron un momento, hasta que Mehan, más optimista ahora, exclamó:

—¡Qué diablos, lo único que podemos hacer es seguir investigando! Tarde o temprano llegaremos a conocer la explicación verdadera.

Kraft se reclinó aún más para poder pensar mejor.

Cualquiera que sea la explicación, espero que lo que la causa vuelva a aparecer.

Sus pensamientos se mecieron a los compases de la música y, casi sin darse cuenta, se centraron en la casa de Kentner Street.

Kraft y Mehan volvieron a la casa aquella noche y lo primero que hizo Kraft fue estudiar las posibles filtraciones subterráneas de electricidad. Había un pequeño índice electromagnético. Sacó varias fundas metálicas del coche y las colgó en puntos claves de la casa. Después entrevistó a Billy y a las niñas, mientras Mehan interrogaba a Carlotta en la cocina. Kraft quedó convencido de que la inteligencia de

Julie era muy superior a la normal, y de que había algo enigmático en Billy.

—¿Qué sentiste? ¿Algo así como una ráfaga de viento?

Billy miraba a Kraft con una dura expresión.

—No —respondió—. Es decir sí, como un viento.

—¿Algún contacto físico?

—Le dio una buena paliza a Billy —dijo Julie.

Billy le dirigió una mirada de advertencia a su hermana, que no pasó inadvertida para el científico. Kraft estaba seguro de que el muchacho ocultaba algo. Hablaba con calma estudiada como si midiera cada palabra.

—A mí me pareció un viento —insistió Billy.

—¿No has visto nunca nada extraño, fuera de los objetos que vuelan?

—No.

—Mamá, sí —dijo Kim.

—¡Cállate, Kim!

—Tu madre ha visto algo, pero te refieres a las luces, ¿verdad?

—Sí, a las luces —dijo Billy.

—¿Cuántas veces las ha visto?

Billy se encogió de hombros.

—Pregúnteselo a ella.

—Te lo estoy preguntando a ti.

—Cinco o seis veces, tal vez más, no sé.

—¿Siempre lo mismo?

—Más o menos.

—Pero cuando tú sentiste esa especie de viento, no viste nada, ¿no es así?

—Así es. No vi nada.

—¿Y tu madre tampoco vio nada en esa ocasión?

—Nunca se lo he preguntado.

Kraft interrogó a las niñas sobre si ellas habían visto algo, y las dos negaron con la cabeza. ¿A qué se debería la hostilidad de Billy? Tal vez no fuera más que una reacción natural de defensa ante lo desconocido. Preguntó a Julie.

—¿Has escuchado ruidos?

—A veces.

—¿Cómo eran?

—Parecidos a los de un avión.

—Son las cañerías de los cimientos —explicó Billy.

—Una vez la llamó...

—¡Cállate ya, Julie! El señor está tratando de ayudar a mamá y tú no haces más que inventar historias.

Kraft se rascó la cabeza; esperaba que Mehan tuviera más suerte en su entrevista con Carlotta. Tenía la impresión de que el fenómeno tenía que ser mucho más complejo pero que Billy, como la mayoría de la gente, tenía miedo de hablar de lo



que resultaba insólito. Con una sonrisa dijo:

—Esto es todo. Tal vez volvamos a conversar más adelante.

En la cocina, Carlotta respondía las preguntas que Mehan leía de una gran cantidad de páginas. Kraft se acercó hasta ellos. La presencia de los chicos había hecho cambiar la atmósfera, que estaba en calma, muy diferente a la de la otra noche.

A las diez, Billy y las niñas se marcharon a dormir a casa de los vecinos. A Carlotta le avergonzó lo que los científicos pudieran pensar de su extraña vida familiar, pero no quería correr ningún riesgo.

Mehan instaló una serie de contadores en el pasillo y el dormitorio. La concentración de iones era alta, pero no demasiado como para considerarla anormal. Sólo había un ligero mal olor en el dormitorio. Era poco más de las diez de la noche. Tendrían otra larga vigilia por delante.

Para no quedarse dormidos, Kraft y Mehan se habían sentado en la incómodas sillas de la cocina. Las cámaras estaban montadas sobre los trípodes, preparadas para filmar. Las ventanas, luces y el espejo estaban cubiertos con papel negro y cinta aislante, lo que les permitía exposiciones más largas de las tomas y fotos.

Alrededor de las tres de la madrugada Kraft se sobresaltó. La cabeza de Mehan le daba golpecitos en un hombro. Se había quedado dormido. Kraft lo sacudió para despertarlo y susurró:

—La atmósfera ha empezado a enfriarse.

—Es el amanecer.

Carlotta dormía. Los dos científicos esperaron un par de horas antes de ponerse de pie, agotados. Ella despertó al escuchar que se preparaban para marcharse. Mientras recogían las cámaras para llevarlas al coche, se puso una bata y fue descalza a despedirse.

—Siento que no haya pasado nada —dijo.

—No se preocupe —respondió Kraft.

Metieron el equipo en el coche. Tendrían que inventar un sistema para que los contadores se activaran en forma automática. No podían pasar todas las noches sin dormir.

—Otra noche así y no sé qué será de mí —dijo Kraft, medio en serio, medio en broma.

Carlotta los despidió con un saludo de la mano mientras se alejaban. Cuatro noches de paz. Cuatro maravillosas noches sin pesadillas. Al despertar con el ruido que hacía Kraft al cargar la cámara pequeña le había parecido emerger de un agradable vacío oscuro; ahora estaba en paz y descansada. Cindy había aceptado no aparecer por la casa durante la investigación, pero Carlotta deseaba comunicarle la noticia. Al mirar el reloj se dio cuenta de que sólo eran las 6:00. Pronto tendría que servir el desayuno a Billy y a las niñas. Se ajustó el cinturón a la cintura y sintió el

frío del rocío sobre la planta de sus pies desnudos al caminar por el césped de vuelta a casa. Admiró las gotas que colgaban de los tallos de las hojas y de las rosas y lirios. Decidió volver a hacer tortas de mermelada de mora. La otra vez los chicos habían estado encantados.

Entró. En el armario encontró la mezcla y el azúcar, pero no quedaba mermelada de mora. Pensó que daría lo mismo si usaba la de fresas, que a Billy le gustaba comer con crema. Había una frescura en el aire como si estuvieran en el campo.

*Hubo un ruido en el dormitorio.*

Puso mantequilla en la fuente y agregó harina para batirlas.

*Un segundo ruido, más fuerte que el primero. Habían arrojado algo contra la pared.*

Dejó la fuente sobre la mesa. Todo estaba silencioso, fresco, seco en el aire. Percibía un fuerte olor a lilas que venía del dormitorio. Fue al *living*: toda la casa olía a lilas.

*Había un repiquetear de cristales en el dormitorio, como el de las campanadas de un reloj.*

Con mucho cuidado avanzó hasta el pasillo y miró hacia el dormitorio por la puerta entreabierta.

*Su frasco de agua de colonia se balanceaba en el aire, próximo a la pared y sobre la mesita de noche.*

Abrió la puerta del dormitorio.

*Una botella de cosmético se levantó de su sitio, se revolvió lánguida en el aire y se partió en dos. La caja de los polvos explotó, llenando la habitación de un polvo rosa de agradable olor.*

—¡Así se irá el hedor! —exclamó en voz alta, riendo.

Entró en la habitación. La luz del sol estaba prisionera de la nube de polvos; parecía casi iridiscente, cambiante y polifacética, mientras la nube descendía hasta el suelo.

*Su mariposa de cristal se alzó y al desintegrarse envió una lluvia de trocitos del color del arco iris por el aire.*

Carlotta golpeó las manos, rió y ordenó:

—¡Más!

Después, golpeó el suelo con el pie y estalló en una alegre carcajada. Había sufrido tanto que ahora esta exhibición absurda le parecía una demostración de la impotencia de su amante diabólico, de su próxima derrota. Y por eso, no podía dejar de reír.

Mientras aplaudía y daba pataditas en el suelo dijo:

—Estoy segura de que puedes hacer cosas aún más espectaculares.

*La cortina se agitó y, rasgándose en dos, se desprendió de la barra. La tela*

*floreada voló sobre ella como alas de una gigantesca mariposa.*

—¿Esto es todo lo que puedes hacer? —se burló, secándose las lágrimas del rostro—. ¡Mis hijas podrían haberlo hecho mejor!

*Todo lo que había en el dormitorio, metales y cristales, líquidos y polvos, onduló en un continuo subir y bajar.*

Carlotta rompió un frasco de perfume con el pie.

Rió feliz.

Saltó sobre las cortinas, que quedaron inmóviles en el suelo.

—¡Has muerto! ¡Has muerto! —gritó.

*Astillas de cristal y restos de una infinidad de objetos la envolvían como un río. Pero ella los pisaba, reía, danzaba y entre lágrimas no cesaba de decir:*

—¡Estás muerto, muerto, muerto!

Carlotta vivía eufórica; a veces tenía la impresión de estar soñando pero, para convencerse de que era verdad, le bastaba mirar la cara de sus hijas, el entusiasmo de Billy por su trabajo, la manera como silbaba y le hacía bromas. Casi no podía creerlo y sin embargo, era cierto. Llevaba toda una semana sin ser atacada por las noches.

A veces hacía frío y el mal olor se insinuaba, para desaparecer y volver a hacerse presente más tarde. A veces las extrañas apariciones la asustaban y el temblor de la pared la aterraba; pero la presencia de las cámaras y sus obturadores automáticos, las grabadoras en el *living*, y la presencia de Kraft y Mehan lo repelían, lo atemorizaban hasta el punto de que nunca se le aproximó man allá de algunos centímetros, para disolverse luego en chispas, nubes y ondas frías. Parecía estar enojado, furioso y, sobre todo frustrado. Era como si lo hubieran rebajado, reducido a la impotencia. Por primera vez desde octubre, Carlotta gozaba al despertar por la mañana, su dormitorio iluminado por los rayos del sol.

Y, lo más importante de todo, era que ella ya no se sentía culpable de haber callado parte de la verdad. ¿Para qué informarles de algo más que lo que habían visto y fotografiado? Todo eso formaba parte de una pesadilla remota y lejana. Si hablaba demasiado, eso podía significar publicidad, el ridículo, e incluso que los del seguro de desempleo se enteraran y la sometieran a una serie de pruebas para determinar si podría seguir haciéndose cargo de la educación de sus hijos. Lo más probable era que se los quitaran. Con estos argumentos, Carlotta justificaba su silencio. Ella, los chicos, Cindy y George, formaban un grupo estrecho y unido en el acuerdo tácito de esconder el secreto al escrutinio de un mundo cruel y cínico.

Sin embargo, había una cosa que la inquietaba. ¿Qué pasaría si Jerry volvía antes de que todo hubiera terminado? ¿Cómo explicarle todo ese instrumental, las cámaras, los manómetros y alambres sobre puertas y ventanas? Si ni siquiera había podido decirle que estaba visitando al psiquiatra, ¡cuánto menos podría explicar el resto de la historia!

Carlotta trató de aferrarse al aspecto positivo de la situación: los ataques nocturnos habían cesado. Sus poderes habían sido socavados y pronto, ojalá fuera antes de la vuelta de Jerry, ella podría reanudar una vida normal. ¡Una vida normal!, pensó, y hubo un estallido luminoso en sus sentimientos. San Diego, Jerry. Se veía retozando en las dunas próximas al océano, cabalgando por las granjas del norte de la ciudad, donde aún no había urbanizaciones y las playas eran largas y solitarias; podía saborear, sentir, el aire salino. No había nada en el mundo que deseara más. Y parecía un sueño tan próximo a realizarse y, al mismo tiempo, tan enloquecedoramente lejano.

Ni Kraft ni Mehan tenían que estudiar sus apuntes para darse cuenta de lo que parecía obvio: los extraños fenómenos habían disminuido en intensidad y frecuencia desde el día en que conocieron a Carlotta. Lo único que ocurría ahora era que de vez en cuando se movía algún cacharro en la cocina, o se producían corrientes heladas en el pasillo que conducía al dormitorio.

Deprimidos, tabularon la información y expusieron los datos ante el curso. La exposición no duró más de cinco minutos.

Kraft se sentó mientras se presentaba el informe de otro proyecto. Estaba insatisfecho, porque sabía que la clase todavía se interesaba por su idea, pero ya no estaba entusiasmada como antes. Para él y Mehan había sido el descubrimiento más excitante de sus carreras después de tres años de investigaciones en laboratorios. ¿Qué había fallado? ¿Por qué no se producían nuevos fenómenos? Sobresaltado, comprendió que si todo seguía así ni siquiera tendrían material suficiente para un análisis estadístico. Desde el otro extremo del aula Mehan lo miraba. Sin duda pensaba lo mismo que él. Por primera vez se les había presentado la oportunidad de hacer algo original, y el proyecto se les deshacía entre los dedos.

Tres plantas más abajo, Gary Sneidermann bajó a los caminos asfaltados del Jardín Botánico. Sobre la pequeña colina la vegetación era abundante: había palmeras de Australia, viñas con flores rojas de Hawai, y plantas duras y espinosas de Nueva Zelanda. Se sentó en un banco. Sólo escuchaba el ruido de la cascada de agua fría en medio del silencio del parque.

Por uno de los lejanos senderos caminaba una muchacha con los libros bajo el brazo; su cabello rubio le llegaba a los hombros. Más allá, un puente de madera describía un arco sobre el estanque, lleno de lirios y flores blancas que se abrían en racimos. Sneidermann acababa de darse cuenta de que hay ciertas cosas que no se pueden analizar y la lejanía de su casa, la soledad y ambiente competitivo de la Universidad lo habían hecho sentirse desgraciado.

La verdad era que Carlotta había significado mucho, tanto en su vida personal como en la profesional. Todo cuanto había hecho giraba en torno a ella con tal intensidad, que se había sentido decepcionado primero y desesperado después al no volver a verla. Sneidermann se daba cuenta de que había ido demasiado lejos y ahora trataba de encontrar los medios para recuperar el equilibrio que en otro tiempo había tenido.

¿Cuál era su relación con ella? Carlotta se había convertido en el centro de su universo, y todo lo que hacía o decía era tan importante para él que, inevitablemente, tenía en su interior muchas imágenes de la mujer. Se preguntó si una cosa así sería normal.

¿A todos los psiquiatras les ocurre que, de vez en cuando, se ven envueltos en una relación tan intensa con un paciente? ¿O era sólo el producto de su inexperiencia? ¿Por qué sus sentimientos se mezclaban siempre con sus planes de acción, cada vez que analizaba cuál podría ser el próximo paso? ¿Acaso se trataba de que su orgullo masculino había sido herido? Todas sus motivaciones le parecían sospechosas y no encontraba manera de superar su confusión. Tal vez el problema fuera más profundo y estuviera relacionado con la naturaleza misma de la psiquiatría, que era una ciencia tan frágil y abstracta. A los seres humanos que se ahogaban en sus pesadillas de horror y culpa sólo se les arrojaban salvavidas hechos de frases brillantes. Carlotta necesitaba una persona en quien creer, alguien a quien amar y que pudiera curar sus heridas; no era una simple pieza de una maquinaria complicada a la que fuera preciso reparar. Ella era mucho más compleja y estaba formada de cosas efímeras, insustanciales y mortales. Y la psiquiatría parecía tan desconectada de la vida.

Los pacientes pasaban su vida entera en ambientes controlados y las psiquis enfermas, las personalidades deformadas no sanaban jamás. Todo era una simple fachada: las entrevistas con el psiquiatra y los brillantes esquemas teóricos. En realidad, era como volar sobre la vida semejantes a mariposas incoloras, mientras enfermos como Carlotta tenían que vivir en el infierno.

Por entre los árboles chinos ginko, Sneidermann vio aproximarse una silueta conocida que salía de uno de los edificios. Se detuvo al reconocerlo y caminó lentamente hacia él.

—Gary —dijo el doctor Weber casi con tristeza—, ¿le importaría si me siento un momento a su lado?

—Por supuesto que no.

El doctor Weber se sentó junto a Sneidermann. El parque estaba casi vacío y ellos se encontraban bajo la sombra fría de los sauces, que arrastraban sus ramas hasta las aguas del estanque.

—Hay un viento muy agradable —comentó Weber.

—Así es.

Hubo un largo silencio; los dos hombres parecían absortos en la frescura del lugar. Por sobre sus cabezas cantaban los pájaros posados en diversos árboles.

—¿Viene usted aquí a menudo? —preguntó el doctor Weber.

—Algunas veces.

—Yo lo hago siempre que quiero estar solo. Hay algo en las flores de este sector que me atrae.

—Es un hermoso lugar.

Volvieron a permanecer en silencio. Dos niños corrieron riendo por el prado antes de desaparecer. El doctor Weber dijo con amabilidad.

—Ha faltado usted a algunas reuniones.

—No me he sentido bien.

—¿Le han entregado los apuntes?

—Sí.

—Tal vez debiera tomarse unas vacaciones.

Sneidermann metió las manos en los bolsillos y se recostó en el banco. Era agradable estar en silencio junto al doctor Weber. Finalmente, preguntó:

—¿Tiene algún consejo que darme?

—Absolutamente ninguno. Usted tiene que resolver sus propios problemas.

—Pero si hubiera de darme un consejo, ¿qué me diría?

Weber sonrió mientras se aflojaba el nudo de la corbata y desabrochaba el primer botón para recibir mejor la brisa primaveral. Las sombras oscurecían sus brazos.

—Le recomendaría unas vacaciones.

—No comprendo por qué Carlotta no ha vuelto más, doctor. Me es imposible encontrar una respuesta.

—Tal vez la golpeará usted en una zona demasiado sensible. ¿Ha tratado de ponerse en contacto con ella?

—Tres veces. La primera no estaba en casa, las otras dos hizo que me dijeran que no tenía nada que hablar conmigo. Su hijo me informó que estaba perfectamente, que nunca se había sentido mejor y que no volvería a verme.

—Entonces eso quiere decir que la hemos perdido.

Sneidermann se hundió en un silencio pensativo; durante las últimas semanas se había vuelto cada vez menos comunicativo, y pasaba mucho tiempo dedicado a analizar pensamientos que tenía dificultad para comunicar incluso al doctor Weber.

—He estado pensando por qué me interesa la psiquiatría. ¿Para ser rico, famoso?

—No hay por qué avergonzarse de ser ambicioso.

—No se trata de eso. No entiendo las relaciones humanas, es decir, cuando yo estoy envuelto en ellas.

El doctor Weber asintió con mucha lentitud. Dijo:

—Cuando se deja de actuar como médico, se convierte uno en un ser humano igual que los demás.

—¿Usted cree que ése es mi problema? —preguntó Gary ansioso.

—Usted perdió todo sentido de la perspectiva. Suele ocurrir.

Sneidermann se sintió invadido por una serie de emociones que Weber podría analizar, pero no quería eso ahora; lo que necesitaba era compartir sus sentimientos.

—Nunca he estado enamorado. Mis relaciones con las mujeres siempre han sido... ¿Ha sido quizás eso? No lo sé, en verdad.

Weber permaneció pensativo un momento antes de decir en voz baja.

—Gary, usted es más que un simple alumno para mí. Siempre lo he considerado un colega y, si me lo permite, un amigo.

Sneidermann, conmovido, fue incapaz de decir nada.

—Y quiero hablarle como amigo, no como supervisor. Dese tiempo para usted mismo, tiempo para estudiar lo que le está ocurriendo, tiempo para liberarse de sus emociones.

El joven residente, ruborizado, se acomodó mejor en el banco. Weber prosiguió.

—Hay áreas de su propia personalidad que usted desconoce y ya es hora de que las descubra.

—Así lo haré.

—Respecto a Carlotta creo que será un caso interesante pero que olvidará pronto. Me atrevo a predecírselo.

Sneidermann, todavía confuso, se mordió el labio. El doctor Weber preguntó:

—¿Le he ofendido?

—No, por supuesto que no.

—Hay muchos pacientes que interrumpen su terapia.

—Lo sé. Pero ella es algo especial para mí.

El doctor Weber lo miró y amable y sincero dijo:

—No se preocupe más de ella. Además, no tiene alternativa, ni como médico ni como hombre.

Sneidermann permaneció en silencio y Weber tuvo la esperanza de que sus palabras hubieran provocado un efecto positivo.

Sneidermann condujo hacia West Los Angeles en su destartado MG blanco. Sin mucha dificultad encontró Kentner Street y estacionó el coche al final del callejón. La casa parecía más pequeña a la luz del día de lo que recordaba, pero se veía mucho más limpia, más alegre con ese jardín florido a un costado. Vaciló antes de dirigirse a la puerta, y entonces vio otros coches estacionados enfrente.

Llamó con suavidad a la puerta. Escuchó voces dentro. Billy le abrió. A pesar de estar muy nervioso, Sneidermann sonrió. La cara de Billy demostró sorpresa, devolvió la sonrisa, pero con gesto preocupado. Todo en la fracción de un segundo.

—Hola, Billy. ¿Puedo ver a tu madre?

—No lo creo, ella está...

La silueta de Carlotta apareció entre los muebles.

—¿Quién es, Billy?

Billy se dio la vuelta, sin saber qué hacer.

—¿Puedo entrar?

—Adelante, doctor.

Sneidermann entró y Carlotta lo vio desde el *living*; detrás de ella había dos jóvenes que manipulaban aparatos electrónicos con diminutos alicates y destornilladores. Al verlo, ella pareció ponerse tensa, se le oscureció el rostro como si recordara algo terrible y lejano. Por último, hizo un esfuerzo y avanzó a su encuentro. Se movía ligera, con gracia, y había recuperado su vitalidad.

—Hola, doctor Sneidermann —saludó de forma simple y natural.

Le extendió la mano, gesto que lo tranquilizó. Ella parecía sorprendida de verlo en otro lugar que no fuera el despacho; como si él no tuviera realidad humana alguna



fuera de allí, y se tratara de un fantasma blanco que iba de un lugar a otro sin tener existencia propia.

—Hola, Carlotta. Está usted muy bien, por lo que puedo ver.

Ella no supo qué responder y pareció confusa. Sus ojos se veían llenos de excitación, de una alegría que no había mostrado nunca en sus entrevistas con él. De alguna manera parecía más femenina, más segura de sí misma, más dueña de su propia casa.

—Estaba preocupado por usted.

—Es muy amable de su parte, pero estoy muy bien.

—Cuando dejó de acudir a nuestras entrevistas, pensé...

—No se preocupe. Nunca me he sentido mejor en mi vida, doctor Sneidermann.

Comprendió que no era bienvenido; podía leerlo en los ojos de Carlotta, en lo distante que se mostraba. Billy no dejaba de mirarlos, preguntándose qué podía ocultarse detrás de sus palabras.

—¿Le molesta que haya venido?

—No. —Titubeó antes de decir—: ¿Por qué? ¿Quiere entrar un momento?

Lo acompañó hasta el interior. La casa estaba muy limpia, las ventanas abiertas y el sol brillaba sobre la alfombra. Una brisa fresca soplaba desde el jardín y hacía llegar un olor a césped y a hojas. Carlotta aún parecía confusa al verlo allí en su casa, vestido con ropa de calle en vez de la chaqueta blanca.

—Quiero presentarle a algunos colegas, doctor. Los señores Kraft y Mehan, que también trabajan en su Universidad.

Sneidermann estrechó la mano fuerte y cálida de Kraft y la menos decidida de Mehan. Sintió celos, que controló de inmediato. Por lo menos no está sola, pensó con alivio.

—No creo conocerlos.

—Trabajamos en el Departamento de Psicología —dijo Kraft.

—¿Psicología Clínica?

—No. En otra sección.

Le pareció extraña la ambigüedad de la respuesta y, de pronto, tuvo una aprensión que no le gustó nada. Así como él no tenía por qué estar allí, estos dos jóvenes tampoco tenían nada que hacer en esa casa. Había algo muy extraño en todo eso. ¿Y qué significaban todos esos contadores negros y esos trípodes?

—¿Están tomando fotos? —preguntó.

—Sí —respondió Kraft—. Hemos estado fotografiando el pasillo y el dormitorio toda la noche.

—¿Con qué objeto?

—Para lograr una imagen, por supuesto.

—Con rayos infrarrojos —dijo Mehan, lo que aumentó la confusión de Sneidermann.

Carlotta rió. Sin duda mantenía excelentes relaciones con los psicólogos.

Entusiasmada, dijo:

—Han hecho toda clase de experimentos. ¿Le gustaría verlos?

—Sí, me gustaría mucho verlos.

Se obligó a no sentir ningún tipo de celos profesionales; si estos jóvenes estaban allí para ayudar al paciente, su obligación era no poner obstáculo alguno.

Siguió a Kraft al dormitorio y tuvo que saltar por sobre pilas de alambre. La habitación era un laberinto de cajas y tubos.

—Gene fabricó él mismo la consola —explicó Mehan.

—Me limité a juntar piezas de otros equipos disponibles —dijo con mucha modestia Kraft.

—Parece muy bien hecha —reconoció Sneidermann, impresionado por el talento que había construido un aparato tan complejo con restos de material electrónico—. ¿Para qué sirve?

Kraft explicó:

—Básicamente es un proyecto para integrar las lecturas de varios equipos electromagnéticos, así como de luces y sus modificaciones en la atmósfera. Hay un cinta de frecuencia modulada que almacena información a partir de nuestros conmutadores. Así, esperamos descubrir cualquier cambio físico que coincida con la aparición del fenómeno paranormal.

Sneidermann tuvo un escalofrío. La realidad había retrocedido varios siglos. Miró con más detenimiento al joven que tenía en frente, tan bien vestido, los ojos negros llenos del entusiasmo de un *boy-scout* en su primera expedición. Preguntó:

—¿Cuando ha dicho paranormal se refería a *psicho*?

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa podía ser?

Carlotta intervino en la conversación para explicar.

—Este señor es el doctor Sneidermann. Durante un tiempo estuve en tratamiento con él.

Kraft lo miró desconcertado.

—No comprendo —dijo.

—Soy médico residente en el Departamento de Psiquiatría.

La hostilidad de Kraft y Mehan fue inmediata, al punto que no pudo dejar de percibirla. Al instante abandonaron su actitud comunicativa.

—¿Y ustedes en qué Departamento están?

—Ya se lo he dicho, en el de Psicología —respondió Kraft con lentitud deliberada.

—¿En qué especialidad?

—¿Qué importancia puede tener?

—Era sólo una pregunta amistosa.

—Trabajamos con la doctora Cooley. ¿La conoce?

—No, pero averiguaré todo lo que pueda sobre ella apenas vuelva al hospital.

Hubo un silencio tenso. Carlotta sintió la frialdad que se había producido entre los

tres científicos. De alguna manera, Sneidermann siempre se las arreglaba para despertar la hostilidad de la gente.

—¿Desea café, doctor Sneidermann? —preguntó Carlotta.

Él se volvió para mirarla; era obvio que ella estaba de parte de los dos jóvenes, pero sabía que era imprescindible que tratara de ser lo más amable posible.

—Sí, gracias.

Lo condujo a la cocina y sirvió dos tazas de café, y después lo acompañó hasta los escalones de entrada a la casa, mientras Mellan y Kraft reanudaban su trabajo.

Mientras él bebía, ella se sentó en la verja de madera, sin mirarlo. Nunca antes habían estado tan próximos físicamente y, al mismo tiempo, tan lejos; nunca antes se había dado cuenta de que el contacto con su enloquecedora paciente era tan frágil.

—¿Por qué no ha querido volver para las entrevistas, Carlotta? ¿Por qué se ha negado a hablar conmigo por teléfono?

Ella seguía sin mirarlo y observaba el revolotear de las abejas en el jardín. El sol bañaba la frente de la mujer, y sus ojos resplandecían hasta parecer plateados. Qué extraño cómo puede cambiar el color de sus ojos, pensó. A veces son negros, y en otras oportunidades adquieren diferentes matices.

—Hay algo que debe comprender, doctor —dijo ella después de un tiempo en silencio—, y es que ahora estoy bien. No ha habido más ataques nocturnos. Y no existe ninguna razón para que vaya a verlo.

No le agradaba conversar con él, parecía amable sólo por cortesía pero estaba seguro de que deseaba que se marchara pronto.

—A estos dos científicos les debo haber recuperado la calma. Han podido reunir pruebas.

—¿Pruebas?

—Sí. Tienen fotos y ellos también lo han visto —contestó, volviendo la cara para mirarlo por primera vez. Tenía los ojos brillantes, risueños, casi como si se burlara de él—. Usted no me cree, ¿verdad? ¡Pero ellos lo han visto! ¡Y ya no volverá más!

Lo miraba como si disfrutara de su incomodidad; tal vez sólo fuera una pequeña venganza por todo lo que él la había hecho sufrir en su despacho.

—Carlotta, ¿sabe quiénes son? ¿Qué capacitación profesional tienen?

—Son científicos —respondió obstinada. Sneidermann se burló con un gesto—. Me está haciendo sentir como si hubiera vuelto a su despacho. Le he ofrecido una taza de café y usted no ha hecho más que agredirme.

—¿Recuerda el libro que le enseñé, aquél con los murciélagos y dragones? Eso es lo que buscan esos científicos: fantasías. ¿Cree que de esa manera podrán ayudarla?

Carlotta procuró conservar la calma bebiendo su café y miró hacia otro lado. La brisa agitaba su cabello en las sienes. Sneidermann nunca la había visto tan encantadora.

—Lo que yo crea, doctor, es problema mío.

—¿Y qué me dice de Jerry?

—No tiene por qué saberlo.

—¿Está segura?

—Lo estoy. La pesadilla ha terminado.

Sneidermann se sintió furioso al divisar a Kraft y a Mehan que trabajaban en el *living*. Sintió el impulso irresistible de destrozarles sus mapas y gráficos.

—¿Y Billy?

Ella lo miró con desconfianza.

—¿Qué pasa con Billy?

—¿Qué piensa él de todo esto?

—Está de acuerdo. Ha visto los resultados.

Por lo menos eso parecía cuerdo, pensó el médico, ya que todos se han decidido a compartir un mismo engaño. Todo era mucho peor de lo que había imaginado. Se dio la vuelta para enfrentarla, pero ella miraba a Kraft, que le hacía señas con la mano.

—Carlotta, Carlotta, ¡por favor, hagamos un trato! Puede verme a mí mientras esos dos procuran ayudarla.

Lo miró distraída.

—¿Y para qué?

—A veces dos tipos distintos de médico... No sé, como si uno fuera especialista en huesos y otro en sangre, pueden trabajar juntos.

—Preferiría que no fuera así.

—¿Qué puede perder?

Kraft la llamaba con más insistencia para que entrara. Ella se dirigió a Sneidermann por última vez.

—Tenía confianza en usted, de verdad. Quería creer en usted, pero cada vez las cosas empeoraban más y más, y cada vez que usted descubría algo nuevo sobre mí, algo peor ocurría. ¿Cuánto tiempo cree que habría podido resistirlo?

—Carlotta...

—Me aburrí de escucharle decir que todo desaparecería cuando llegáramos al nudo del problema. ¡Como si el problema hubiera estado en mí!

Sneidermann se puso en pie. Deseaba estrecharla, sacudirla, obligarla a escuchar. Pero se sentía inseguro. Su contacto con ella había sido tan tenue como el hilo de una telaraña.

Kraft se asomó a la puerta. Se detuvo al ver que el médico aún no se había marchado.

—Señora Moran, necesitamos su ayuda.

Carlotta apoyó una mano en el umbral de la puerta, sonrió cortés y fría y extendió su mano a Sneidermann.

—Creo que ya no hay más que decir.

Él devolvió la sonrisa, le estrechó la mano y la miró entrar en casa. Kraft y Mehan estaban inclinados sobre rollos de planos y gráficos, algunos de los cuales despertaban la curiosidad de Billy, que los miraba apoyado en los codos.

Sneidermann caminó por la acera hasta el MG y lo puso en marcha. El coche se lanzó por Kentner Street hacia la clínica.

Sin ningún aviso previo, el doctor Weber se encontró atrapado entre su despacho y el de su secretaria.

—¿Quiere saber por qué no ha vuelto? —dijo Sneidermann furioso—. ¡Porque ha caído en manos de unos charlatanes que le alimentan sus fantasías! ¡También ellos contemplan las alucinaciones! Tienen toda la casa llena de alambres para observar la reencarnación de sepa Dios quién. Y ella está atrapada. ¡No quiere volver a verme!

El doctor Weber permaneció sorprendido un segundo antes de preguntar:

—¿De qué charlatanes habla, Gary?

—De unos que dicen pertenecer a esta Universidad, científicos, según ellos. ¡Pero eso no es ciencia para mí!

—¿Le han prometido mejorarla?

—Supongo que sí. Tienen filmadoras y cámaras por todas partes. ¡Aquello parece un laboratorio!

El doctor Weber hizo entrar al joven médico a su despacho, cerró la puerta y movió, apenado, la cabeza. Los pacientes vulnerables atraen cierto tipo de gente como la miel a las moscas.

—¿Dice usted que pertenecen a esta Universidad?

—Al Departamento de Psicología, con la doctora Cooley.

Weber hizo una mueca que, a medida que hablaba, se fue haciendo más pronunciada.

—Elizabeth Cooley. ¡De modo que ella está detrás de todo esto! Pero ella no trabaja en Psicología, Gary, sino en Parapsicología.

—Sea lo que sea, tienen atrapada a la señora Moran.

El médico se sentó. Pensaba en algo distante y cercano al mismo tiempo. Dijo:

—La conozco desde hace más de treinta años. Fue uno de los personajes más importantes del Departamento de Psicología.

A Sneidermann no podía interesarle menos la historia de la doctora Cooley; todos sus pensamientos se centraban en la imagen de su paciente rodeada de alambres y ridículos mapas de actividad poltergista. Por cortesía preguntó:

—¿Y qué le pasó?

El doctor Weber se tocó una sien con el dedo y explicó:

—Empezó a ver fantasmas.

Sneidermann se reclinó contra el marco de la ventana, con los brazos cruzados.

—¿Qué hacemos para deshacernos de ellos?

Los sueños y reminiscencias de Weber terminaron de golpe, giró en la silla de cuero negro y miró el rostro desesperado de Sneidermann.

—No son rastreadores de fantasmas, Gary, sino compañeros de nuestro mundo

académico.

—¡Están confirmando las alucinaciones de Carlotta, y por tanto deben marcharse!

—Lo harán cuando pierdan el interés y se evaporarán en un par de semanas. Jamás han conseguido lo que buscan, por una u otra razón, y entonces comienzan un proyecto nuevo.

El joven residente miró hacia afuera por la ventana, los dientes apretados.

—Ya fue bastante que también Billy viera fantasmas como para aceptar que aumente el conjunto de locos.

Weber encendió un cigarrillo. La entrevista con Sneidermann le había hecho perder su aplomo habitual, y sólo ahora se sentía en control de sus emociones.

—¿Habló con Carlotta?

—Se la ve muy bien, llena de energía, los ojos brillantes. Y no ha habido más ataques nocturnos.

—Un caso típico de histeria.

—Sin duda alguna.

—Una vez que ellos se marchen, volverá a usted.

—¿Lo cree así?

—Sí. Ella necesita reajustarse, y hasta entonces insistirá en mantener sus síntomas. No creo que sea demasiado malo en su situación.

Sneidermann movió la cabeza.

—Se trata de algo más. Ella ha desarrollado una verdadera fijación con ese par de tipos. ¡Y tienen que marcharse!

Weber hizo un gesto negativo.

—No hay nada que hacer, ni desde el punto de vista legal ni médico. Se trata de su vida, su casa y su alucinación. Mientras no cruce la barrera que separa a los locos de los cuerdos, nadie puede tocarla siquiera. Y yo no lo intentaría, a no ser que me viera obligado a hacerlo. ¿Recuerda lo que sucedió la última vez que usted lo intentó?

El residente asintió, pero hundió la punta del zapato en la alfombra.

—¿La doctora Cooley es una profesional?

—Según la Universidad lo es. Y sería mejor no tener problemas con ella.

Sneidermann miró disgustado hacia otra parte. El doctor Weber temió que su joven amigo volviera a hacer algo en contra de su opinión, ya que el joven se había mostrado muy porfiado desde hacía un tiempo. Y su instinto ya no era certero, como antes.

—No quiero ningún gesto dramático de su parte, Gary.

No hubo respuesta.

Sneidermann se sentía destrozado por dentro. Furioso consigo mismo y con esos dos cretinos que había visto en casa de Carlotta, con el doctor Weber, cuya relación con él parecía haberse deteriorado.

—Está mostrándose demasiado trágico en todo este asunto, Gary.

—Tengo ciertas responsabilidades que...

—Su única responsabilidad es tratar a sus pacientes de acuerdo al reglamento de la clínica. ¿Está claro?

—Muy claro.

Evitó mirar a su supervisor y se marchó. El doctor Weber tuvo la impresión de que acababa de perder a su mejor psiquiatra residente.

Carlotta decidió hacer un asado. Invitó a Cindy y a George, y no era preciso explicarles qué celebraba, porque ellos lo sabían. Ya había transcurrido casi un mes sin ningún ataque nocturno. Todo era como si la pesadilla hubiera terminado y la nube ya no la oprimiera más con su sombra. Carlotta gastó parte del dinero del seguro de desempleo en comprar comida y fruta para hacer un ponche. También invitó a Gene Kraft y Joe Mehan, pero ellos no aceptaron porque estaban muy ocupados en la fabricación de planchas de corcho negro para cubrir las paredes y el techo del dormitorio.

Llegaron muy temprano por la mañana con las planchas y grandes rollos de cinta adhesiva blanca.

—¿Para qué servirá todo esto?

—¿Recuerda las fotos que tomamos? —explicó Kraft—. Pues bien, en ellas aparecen algunas imágenes pero es imposible determinar en qué parte del espacio estaban situadas o la velocidad con que se desplazaban. Cuando la oscuridad es total, se pierden estas referencias, pero si ponemos estas planchas tendremos un fondo contra el cual medir la rapidez y forma de cualquier objeto que se mueva en una foto de exposición prolongada.

Carlotta suspiró y movió la cabeza con mucha lentitud. Lamentaba que se hubieran tomado tanto trabajo, ahora que ya no era necesario.

—¿Le importaría que claváramos las planchas en las paredes y el techo?

—En absoluto.

—Costará quitarlas después, pero queremos que estén muy seguras y firmes en su sitio —dijo Kraft.

Carlotta trató de alzar una de las planchas de cartón y con una carcajada comentó:

—Espero que algún día puedan quitarlas de mi dormitorio.

Mientras servía un plato de pollo, Carlotta echó algunas miradas a las ventanas de su dormitorio; a través de ellas vio que las paredes estaban cubiertas con un extraño diseño de cruces blancas fluorescentes sobre corcho negro. Kraft y Mehan, subidos en una escalera, trabajaban todavía para cubrir lo que aún faltaba.

Cindy seleccionó un ala de pollo y susurró:

—Nunca les has contado todo, ¿verdad?

—No había ninguna razón para hacerlo.

—¿Y jamás lo han visto?

—Sólo una parte, cuando ya se marchaba.

—¿No les dirás la verdad?

—Tal vez algún día —respondió Carlotta.



George se sirvió una tercera ración de maíz y, mientras la cubría con mantequilla, dijo:

—Mi único comentario es que fue una experiencia muy desagradable.

Desde el dormitorio, Mehan les veía cómo comían en el jardín y escuchaba las carcajadas; cada cierto tiempo, Carlotta daba una ojeada hacia donde ellos trabajaban.

—¿Crees que hemos llegado demasiado tarde? —preguntó Kraft.

—No lo sé.

Un perrito del vecindario jugaba con Kim. Mehan sonrió y dijo:

—Bueno, por lo menos les hemos devuelto la felicidad. —La expresión de su rostro se ensombreció—. ¿Estás seguro de que nos han dicho toda la verdad?

—No. Pienso que ha habido más de lo que nos han dicho y de lo que vimos.

—¿Qué podrían ocultar?

—Lo ignoro.

—George parece ser el más locuaz. Si hablamos con él puede que nos diga algo interesante.

—Lo haremos esta noche —dijo Kraft.

Billy jugaba al *croquet* con sus hermanas; utilizaban viejos mazos y unas gastadas bolas de manera, y en su actitud había algo artificial, como si jugar era algo que hubiera estado ausente de sus vidas durante mucho tiempo.

Kraft y Mehan se llevaron una gran sorpresa al enterarse de que tanto Cindy como su marido habían presenciado la destrucción de su propio apartamento.

Era ya muy tarde. Mehan estaba sentado en silencio en el apartamento de Kraft. No lograba comprender el fenómeno. Parecía como si todo lo que habían hecho hasta el momento, cada diseño, alambre y equipo eléctrico, no tuviera sentido alguno.

—Podría tratarse de la repetición del mismo fenómeno en los dos sitios —dijo Kraft.

—George mencionó algo parecido a luces intermitentes.

Kraft no hizo ningún comentario. Era simplemente imposible analizar dos lugares físicos tan diferentes y pretender encontrar una explicación basada en un esquema de ondas de interferencia. Dijo:

—Antes de mandar al diablo nuestro proyecto, ¿crees tú que hay alguna manera de salvarlo?

No la había. Era preciso buscar otra explicación para un fenómeno que se había repetido a kilómetros de distancia y había sido presenciado por diversas personas, con características psicológicas tan diferentes.

Mehan observó a su amigo. Lo conocía bien y era consciente de que Kraft trabajaba intensamente en un solo problema a la vez. Su mente se concentraba, resolvía las dificultades y, a continuación, pasaba al problema siguiente. Él, en cambio, solía pensar en varias cosas al mismo tiempo, racionalizando cada una,

desarrollándola y descartándola con una nueva serie de ideas. De esta manera podía conseguir una síntesis de una infinidad de detalles que Kraft sólo conseguía si planificaba lápiz y papel en mano. La ventaja era que sus mentes se complementaban en una especie de simbiosis y se conocían tan bien que lograban entenderse con unas pocas frases, a veces con una sola palabra. Mehan sentía los cambios de humor y sensaciones de Kraft, incluso lo que pensaba, antes de que su amigo los formulara en voz alta.

—A no ser —dijo Kraft— que la señora Moran haya sido el agente poltergista en ambas situaciones.

Mehan trató de aclarar sus ideas. Por primera vez en mucho tiempo necesitaba beber una copa. Kraft, sentado en un extremo del sofá, parecía mantener la calma y miraba por la ventana el espectáculo de la ciudad que se extendía en la noche a sus pies.

—Creo que basta ya por hoy, Joe.

Kraft caminó desganado al baño y llenó la bañera. Se sumergió en el agua caliente y se dedicó a observar cómo se elevaba el vapor, casi invisible, de su cuerpo y del agua hasta que desaparecía en el aire. Recordó un estudio reciente que se había realizado en la Universidad de Columbia, un análisis comparativo de algunos ritos mortuorios. En cuarenta y dos grupos culturales, incluidas las Islas Británicas y los Estados Unidos, infinidad de personas que habían visto morir a otras habían declarado haber percibido una sustancia inmaterial que abandonaba el cuerpo en el momento de la muerte. Kraft sabía que algunas culturas habían creado una religión en torno a esta experiencia, así como otras elaboraban un culto religioso determinado o estructuraban todo un sistema religioso sobre la base de esta experiencia. Pero el universo estaba lleno de experiencias para las cuales no había clasificación ni nombre, ni siquiera explicación alguna, excepto uno que otro balbuceo científico. Y si una de esas experiencias, sólo podía justificarse en función de una realidad que estuviera más allá de la aceptada, entonces era preciso sufrir una terrible soledad, aislamiento y miedo.

Y mientras holgazaneaba en el agua, pensó en la señora Moran y en la terrible realidad de la que había sido víctima. Después se secó con una inmensa y vieja toalla y se metió en la cama.

Cuando despertó por la mañana tenía la sensación de no haber dormido nada, pero no se sentía fatigado y era como si una mano amiga hubiera hecho desaparecer sus preocupaciones. Cuando abandonó la agradable pereza del lecho y se dirigió al *living*, Mehan no estaba en el apartamento y el teléfono sonaba insistente. Era su amigo.

—Escucha bien, Gene —dijo—, estoy en el apartamento de George y Cindy. También ha venido Billy y estábamos hablando de coches cuando me enteré que el mismo fenómeno se produjo en el coche de la señora Moran —explicó en voz baja.

Kraft tuvo que sentarse.

—¿Lo mismo del dormitorio?

—No. Esa vez fueron voces.

—¿Qué clase de voces?

—Billy no lo sabe. Creo que sería bueno que interrogáramos de nuevo a la señora Moran.

—De acuerdo. Pero dame un poco de tiempo. Tengo un seminario esta tarde y antes de reunirme contigo me gustaría hablar con la doctora Cooley.

—Está bien. Estaré aquí por la tarde.

Kraft colgó. Ahora había tres ambientes distintos para un fenómeno inexplicable, que incluía la manifestación de auras. No podía entender que los Moran no les hubieran dicho toda la verdad. Había que agradecer a Mehan que hubiera conseguido sacarle parte del secreto a Billy. Además de formas físicas visibles también había habido voces, y era imposible unificar estos dos fenómenos en una sola estructura.

Fue al estacionamiento y se subió al coche para dirigirse sin pérdida de tiempo a hablar con la doctora Cooley.

La doctora Cooley alzó una ceja. Parecía sorprendida, a pesar de su ya célebre escepticismo. Comentó:

—Dos lugares distintos, dos familias muy amigas. Una coincidencia muy extraña. Pero que muy extraña.

—Hay las mismas huellas en el techo. Las hemos visto.

La doctora se sentó y dio golpecitos con un dedo sobre sus labios. Kraft, los ojos brillantes, prosiguió:

—Y hay todavía más.

—¿Qué?

—También sucedió en el coche de la señora Moran.

Ella alzó la mirada con expresión preocupada e inquieta.

—¿La materialización?

—De eso no estoy seguro. Pero escuchó voces. —Kraft hizo una pausa antes de proseguir con cierto titubeo—. ¿Doctora Cooley?

—Dime.

—Joe y yo pensamos que tal vez sería bueno que... usted fuera... a visitar a la señora Moran.

La doctora arrugó el ceño.

—No me gusta intervenir personalmente en los proyectos de mis alumnos, y tú lo sabes bien.

—Pero es que nosotros no tenemos ninguna experiencia en psicología, doctora. Si usted hablara con ella podría llegar a alguna conclusión sobre su personalidad.

—No estoy segura de que...

—Además, así podría usted ver el equipo que hemos preparado. Sería una buena

oportunidad para saber si contamos con todo lo necesario.

Elizabeth Cooley sonrió, pero Kraft la conocía lo suficiente como para saber que estaba muy preocupada.

—Está bien, iré esta tarde.

—¡Fantástico! Después podemos hablar con la señora Moran.

Jerry Rodríguez cambió de posición en el asiento del avión. Su cara, antes dorada por el sol de California, estaba ahora pálida. El invierno en el Midwest había sido uno de los más crudos que se recordara; los coches patinaban sobre el hielo y la calefacción casi no calentaba los hoteles. Se frotó los ojos. El cansancio y la falta de sueño de los dos últimos meses lo habían agotado. La idea de volver junto a Carlotta era lo único que aliviaba su agotamiento. La vida sin ella no era más que una sucesión de habitaciones desocupadas, calles vacías, bares y restaurantes que recorría en solitario. De alguna parte, ella sacaba una energía, una vitalidad que lo hacía sentirse un hombre completo, enamorado de la vida. Donde fuera, hiciera lo que hiciera, Carlotta formaba parte de su vida. Antes de conocerla, un lunes, hacía casi un año, su vida era una serie de encuentros fortuitos, colegas de risa forzada y el desencanto de vivir sin que a nadie le importara lo que él hacía o decía.

Recordó esa noche, una noche que jamás olvidaría.

Había cruzado el amplio bulevar que empieza en el Holiday Inn y había entrado en un *cabaret*. Otros hombres de negocios entraban y salían. Enfrente, detrás del estacionamiento se alzaba el aeropuerto internacional, una mole fantasmagórica en la noche. Se sentía deprimido y había entrado en el *cabaret*.

Había plantas exóticas en enormes y ornamentados recipientes.

La música de *jazz* flotaba en el aire. En esta atmósfera artificial se había sentado a una mesa y miraba las camareras, que servían con poca ropa encima. La iluminación suavizaba sus cuerpos y hacía que sus sonrisas parecieran auténticas. Se las veía aterciopeladas y ligeras, pero no inspiraban deseo alguno. El gusto a ceniza que Jerry sentía sólo era soluble en *whisky*. Viajar, que antes le apasionara, ahora lo deprimía; ante él no había más que una sucesión de ciudades vacías, de mujeres a las que perseguía sin desearlas. Tenía treinta y ocho años. Quería algo distinto.

Pidió un *whisky* doble. Poco después el *jazz* le pareció mejor interpretado, las muchachas más hermosas. Se imaginó a sí mismo con una de ellas en cama, luego con otra. Pero no era más que una fantasía para matar el tiempo; conocía demasiado bien el mal sabor de boca de la mañana siguiente, cuando dos desconocidos despiertan juntos en la fea habitación de un hotel. Pidió que le sirvieran cigarrillos. Y miró avanzar a la chica que los vendía. Sus senos se estremecían bajo la liviana blusa; su sonrisa estereotipada no pretendía disimular su vulnerabilidad. Y Jerry se dijo que muy pronto la despedirían. Las chicas tenían que mostrarse felices ante los clientes. A los hombres no les gusta que se les recuerde que están explotando a alguien.

Había comido algo y bebido otro *whisky*. La muchacha que vendía cigarrillos esperaba junto al bar. Daba la impresión de no ser demasiado astuta y, sin embargo, no temía a los hombres. Curioso, la siguió con la mirada mientras ella iba de una mesa a otra y, de pronto, los comentarios y observaciones de los tipos de la mesa del lado lo irritaron.

Dormía, como acostumbraba hacerlo, en el Holiday Inn, al otro lado del amplio bulevar. Allí, con el rugido de los aviones, las luces rojas que se elevaban por el aire, centinelas de alguna increíble civilización, se sentía cada vez más ajeno a todo ese mundo y tuvo miedo de pasar durante toda la vida noches como ésa, sin sentido, hasta que un día envejeciera, perdiera sus facultades y desapareciera, tal y como había vivido: para nada.

Al día siguiente tenía que telefonar a Vancouver. Y esperaba en el *cabaret* que la operadora estableciera la conferencia. Después de haber pasado el día entero estableciendo contactos con Vancouver, dos horas antes de su vuelo le habían dicho que era probable que tuviera que ir a Sacramento. Malhumorado, se recostó contra la barra del bar mientras esperaba la llamada. Las camareras circulaban por el pasillo. Detrás, sola, estaba la chica de los cigarrillos. Pasó a su lado sin verlo.

Dos semanas más tarde, Jerry y otros dos vendedores habían ido a ese mismo *cabaret* durante una de sus visitas a la ciudad. Matar el tiempo no exige un arte especial, pero no volverse loco en la empresa sí que es difícil. Como todos los *cabarets* vecinos a los aeropuertos, éste estaba lleno de las mismas caras de siempre, inquietas, de paso. Y Jerry se dio cuenta de que él debía dar la misma impresión a los que lo observaban. La música de *jazz* era familiar y le recordó la muchacha de los cigarrillos. Intentó localizarla mientras escuchaba una discusión en el bar. El encargado gritaba a una de las chicas y, al darse la vuelta para ver qué pasaba, Jerry vio que allí estaba la mujer que buscaba. Ella se marchó, sin hacer caso al encargado del bar. Jerry le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada especial. A veces las chicas se ponen un poco difíciles, eso es todo.

—No debe ser fácil para ellas tener que estar aquí casi des nudas.

—¡Les encanta!

—¿Cómo se llama la que vende cigarrillos?

—Carlotta. Pero con esa nada, amigo.

Jerry rió.

—¿Por qué?

Porque los hombres no existen para ella.

Jerry había vuelto a reír, divertido por el evidente disgusto del hombre. Sin duda, Carlotta le había dicho cuatro cosas.

Pidió cigarrillos, pero vino otra muchacha. Jerry pidió a la morena y Carlotta se acercó; mientras pagaba la miró varias veces.

Era una mujer joven, de unos treinta años, de estructura frágil, con ojos negros en

un rostro delicado. Mientras contaba el dinero, parecía mirar por sobre el hombro de su cliente, sin responder a sus miradas. Sonrió y se fue.

—¿No se lo había dicho? Es una monja sin hábito, eso es todo.

Jerry, que en algún momento había perdido de vista a sus compañeros, pagó la bebida y se sintió profundamente deprimido. Sonrió desganado, hizo un gesto amistoso con la mano al encargado y salió al frío amanecer de la calle.

Más tarde, esa misma semana, al hacer el recorrido a Vancouver, pidió la conexión en el aeropuerto de Los Angeles, en vez de Burbank. Sabía por qué: era por aquella muchacha. Se sentía completamente idiota, pero no podía evitarlo. Aún no sabía qué deseaba hacer.

A su regreso la buscó.

—Carlotta —la llamó en voz baja.

Sorprendida, ella se dio la vuelta para mirarlo. Su suave piel se veía tierna y dorada bajo las luces. Lo estudió para ver si era alguien a quien ella conocía.

—Adiviné su nombre —dijo él.

La muchacha se cubrió de una máscara de indiferencia protectora y al ver que no deseaba comprar cigarrillos se marchó. La miró alejarse preguntándose cuántos otros hombres habrían hecho lo mismo que él. Con razón ella se protegía de esa manera.

Jerry se sentó a una mesa. La orquesta descansaba en ese momento. Miró la hora. Había dado instrucciones en el Holiday Inn de que si había alguna llamada para él se la transfirieran al *cabaret*. La estupidez de los clientes era preferible a la soledad de su habitación en el hotel.

—¡Señor Rodríguez! —llamaba Carlotta y buscaba un rostro entre los desconocidos.

Pareció algo sorprendida al descubrir que él era el señor Rodríguez. Avanzó con una nota y se la entregó.

—Lo llaman de Seattle —dijo.

—Gracias.

Él se levantó y atendió la llamada desde una pequeña cabina. Habló durante media hora, tomando notas, sin discutir, pero furioso por dentro. Colgó con violencia y volvió a su mesa. Carlotta, que contaba monedas en su bandeja, estaba por allí cerca.

—¡Me envían a Seattle, a Vancouver y a Portland y a Sacramento y a San Francisco como si yo fuera una pelota! ¡Necesito un descanso!

Terminó su bebida sin sentarse. Carlotta no sabía muy bien si hablaba con ella o no, y sonrió, por si acaso.

—Contigo pasa lo mismo, Carlotta. ¿Te das cuenta de lo que nos hacen?

Sorprendida, ella no supo qué responder. Jerry, resignado y sonriente, dijo:

—Volveré a verte dentro de dos semanas.

—Adiós, señor Rodríguez.

Se sintió contento, dejó una generosa propina y se marchó. Antes de salir del

local se dio la vuelta para mirarla. Ella había recordado su apellido, lo que, de alguna manera lo electrificaba. Trató de identificar su silueta entre la multitud. ¿Lo estaría mirando? «Carlotta», se dijo con una sonrisa, «qué nombre tan hermoso». ¿Quién era esa mujer?

Trabajó de prisa en Seattle, hizo un buen negocio y llevó la buena noticia a su empresa en Los Angeles. La imagen de Carlotta no se apartaba de su mente ni un momento. Esperaba volver a verla y que algo se produjera entre ellos dos. ¿Por qué? Porque ella tenía una manera especial de ser, una seriedad particular. Y había mucho que él deseaba averiguar sobre Carlotta.

—Carlotta —dijo—, no tiene usted cigarros.

—Sólo vendo lo que hay en la bandeja, señor.

—Veo que ni siquiera recuerda mi nombre.

Lo miró desconfiada antes de recordar vagamente la cara que tenía a su lado. Finalmente dijo:

—Usted es el señor González.

—No, Rodríguez. Pero no te preocupes, ha habido peores equivocaciones con mi apellido.

—Lo siento, señor Rodríguez. Si desea cigarros puedo ir a buscarlos al mostrador.

—Por favor.

La vista de sus senos por entre la tela transparente de la blusa lo indignó. Debían estar ocultos, porque el cuerpo de una mujer es algo muy íntimo, y no está destinado a servir sólo de entretenimiento. Jerry miró a su alrededor. Los otros hombres de negocios reían, bebían y cargaban maletas de un lugar a otro. ¿Qué le estaba pasando a él que, de pronto, pensaba así?

—Señor Rodríguez...

—¿Sí? Ah, los cigarros. Toma y quédate con lo que sobre.

Ella sonrió. Y él tuvo la sensación de que se burlaba. Se sintió como un estúpido, confuso, y cuando Carlotta se aproximó, el busto destacándose nítido, procuró sólo mirar su cara, sus ojos. La mujer irradiaba una especie de calor y era una presencia que no pasaba inadvertida, casi intoxicante.

—No, no, quédate con el dinero.

Jerry salió a la calle; los taxis hacían sonar sus bocinas, y un matrimonio maduro discutía sobre su equipaje ante las puertas automáticas del hotel; por sobre sus cabezas se escuchaba el zumbido de los *jets*. Se dio la vuelta y volvió al *cabaret*. Esperó durante horas, hasta que empezó a amanecer, cerró el bar y ella salió vestida de calle.

—Lo siento, señor Rodríguez, pero ya hemos cerrado.

—Lo sé, Carlotta, pero llueve y hay una tormenta terrible. Necesitarás un paraguas y yo tengo uno...

—¡Pero si no llueve! —dijo ella con una carcajada.

Lo miró burlona y él tuvo la sensación de que todo el mundo se había dado cuenta

de su estupidez. Desanimado, se puso junto a la puerta. La sonrisa profesional de Carlotta dejó paso a una sonrisa verdadera. Tiene clase, pensó Jerry, y delicadeza. Y unos modales finos que no sabía de dónde los había sacado. Sin saber por qué, recuperó la alegría, lejos de la falsedad de una fachada que estaba arruinando su vida. Extendió las manos vacías y dijo:

—Tienes razón, no llueve. Y yo tampoco tengo paraguas.

Carlotta rió de una manera encantadora, cubriendo sus pequeños y parejos dientes blancos con una mano. Vestida con una falda negra y una blusa roja se veía mucho más atractiva que semidesnuda. Había gracia en cada uno de sus movimientos, y él ya no temía hacer el ridículo.

—Pero podría llover —continuó—, porque siempre puede llover. El clima suele dar esas sorpresas.

—No en esta parte del mundo.

El encargado del bar cerró las puertas. Afuera la luz tenía un tono grisáceo y era demasiado pronto para saber si el sol brillaría o no por entre las nubes. Lo mismo ocurría con ella, y él no sabía qué hacer. Por un instante parecieron ser una pareja, y la idea lo hizo inmensamente feliz. Pensó que debía decir algo, demostrarle que sabía lo que quería pero, de alguna manera, ella no aceptaba presiones.

Permanecieron largo rato juntos, sin saber quién era el otro ni qué pensar. Ella daba la impresión de tener miedo y, al mismo tiempo, de necesitar a alguien. Lo mismo que él. La vida la había convertido en una persona más simple, con más fuerza y, al suavizarla en su interior, le había proporcionado un caparazón exterior. Igual que había ocurrido con él.

El taxi se detuvo frente al *cabaret* y bajó un pasajero. El taxista no sabía a cuál de los dos le correspondía el turno primero y esperó con la puerta abierta.

—Márchate tú, yo esperaré el próximo.

—Vienen cada diez minutos.

—Vete tú.

—Está bien. Gracias.

Carlotta subió y el taxista puso en marcha el motor, pero antes de que ella cerrara la puerta él se sentó a su lado. El taxi empezó a avanzar.

El corazón de Jerry latía deprisa. Su acción revelaba claramente sus intenciones, y él sabía que cada segundo que pasaba sin que ella protestara era una aceptación de su gesto. Poco a poco, Carlotta se relajó. Jerry la miraba de vez en cuando, pero ella observaba el paisaje, ligeramente ruborizada.

—Suba por esa carretera, por favor —dijo Jerry.

El taxista los dejó en un motel de la colina, una hacienda de estilo mexicano rodeada de palmeras. Antes de que él cerrara la puerta del taxi, ella le puso una mano en el brazo y lo miró a los ojos. Con voz suave y temblorosa explicó:

—Nunca había hecho una cosa así.

—Lo sé —dijo Jerry.



Y le creyó, porque estaba seguro de que esta vez la relación no terminaría como todas las otras. Esta vez sería distinto.

Jerry sonrió a bordo del avión. Carlotta había sido tan franca, tan honesta, pensó. No tenía aristas ocultas y, por primera vez en su vida, él ya no necesitó más su caparazón protector. Al comienzo temía que todo no fuera más que una ilusión; ella era una desconocida que parecía distante y próxima al mismo tiempo. Pero era auténtica y real y lo hacía sentirse también a él auténtico y real.

Tosió ligeramente y tomó una revista. No deseaba pensar en lo que significaba Carlotta en la cama. Esos pensamientos lo habían hecho enloquecer en las habitaciones solitarias de los hoteles durante las últimas ocho semanas. Sin ella, él estaba desprovisto de vida.

Una vez Carlota lo había llevado a su casa y durmieron juntos en esa extraña cama europea, que había quedado allí al desaparecer su dueño hacía ya muchos años. Al amanecer, había escuchado las voces de los chicos, y era como si hubiera estado en su hogar, con su mujer y sus hijos. Una fantasía que lo había hecho muy feliz.

Carlotta compartía sus sentimientos. A los seis meses los dos estaban seguros recíprocamente y ya no podrían vivir separados; sin embargo, cada uno había insistido en su independencia. Sólo que eso ahora ya no tenía sentido.

Se sintió tenso. Casarse tenía sus dificultades, sin embargo, especialmente a causa de Billy. Había dos ángeles y Billy. Se recostó en el asiento e intentó no pensar en el chico, buena figura, fuerte como un toro y cabezón como una mula. Durante cuatro meses, desde aquella primera noche que pasaron juntos en casa, Billy lo había acosado, ridiculizado, incitado a reñir.

Jerry hubiera querido ir a otro sitio, tal vez a un buen hotel, pero al despertar con Carlotta a su lado, el sol iluminando su hombro izquierdo, al escuchar las risas de las niñas en el otro dormitorio y el canto de los pájaros ante la ventana, se sentía lleno de una paz completamente nueva para él. Todo lo que deseaba, a lo que había aspirado en secreto, estaba allí. Sería un buen padre, un excelente marido, lo intentaría todo para que fueran felices, pero estaba Billy de por medio.

Se burlaba de ellos si despertaban tarde, y no se recataba en hacer ruido. No dejaba de decir sarcasmos durante el desayuno hasta el punto de desconcertar a sus hermanas. Jerry no podía hacer nada con Billy en su contra. Y así llegó esa mañana en la que que Jerry, señalándole con un dedo, había dicho:

—¡Ahora te callas, jovencito! No te he hecho nada para que seas tan grosero conmigo, y tú lo sabes.

Billy, desconcertado, miró a su madre. Por primera vez, no recibió apoyo de parte de ella, que miró hacia otro lado. Con los ojos llenos de lágrimas se levantó de la mesa con tal violencia que volcó una fuente.

—¡No vuelvas a señalarme con el dedo nunca más en tu vida, imbécil!

Y sintiéndose ridículo, infantil e incapaz de soportar la furia contenida de su madre, se había marchado de la casa.

—Lo siento, cariño, pero Billy...

—Ya sé que no es más que un crío —dijo Jerry por centésima vez.

Una noche, Jerry salía del baño y se ajustaba la bata a la cintura cuando descubrió a Billy cerrándole el paso al dormitorio de su madre.

—Creo que eres un fresco al venir aquí como si fueras el dueño de la casa.

—Tu madre me ha invitado a quedarme.

—Porque haces que se vea obligada a invitarte.

—Fue idea de ella, chico.

—¡No me llames chico!

—Está bien, Billy.

—Nunca nos has preguntado a nosotros qué nos parece la idea de tenerte aquí o si queremos que estés aquí.

—En eso tú no tienes nada que opinar.

—Es nuestra casa y no te queremos en ella.

—Lamento que pienses así. Y ahora, si te haces a un lado, podré entrar al cuarto de tu madre, que sí me quiere aquí.

—Ella tampoco te quiere aquí.

Se escuchó la voz de Carlotta desde detrás de la puerta.

—¿Qué pasa, Jerry?

—Nada, cariño, sólo...

—¡Mi madre no es tu «cariño»! —gritó Billy y lo empujó contra la pared.

Jerry, humillado, perdió el equilibrio y golpeó contra la pared, el rostro rojo de ira.

—¡Cómo te atreves, pequeño cretino!

Y, lanzándose hacia adelante, tomó a Billy por el cuello de la camisa y lo abofeteó. La cachetada resonó por toda la casa. Carlota gritó y Jerry se dio la vuelta; comprobó, avergonzado, que ella había presenciado toda la escena. Y lo miraba, en camión, desde la puerta.

—¡Cerdo! ¡Hijo de puta! —gritó Billy.

Y se lanzó dando puñetazos contra el cuerpo de Jerry, golpes ciegos, infantiles, que no daban en el blanco. Jerry se cubrió el rostro pero no se defendió. Carlotta procuró en vano separarlos.

—¡Billy! ¡Basta ya, Billy! —ordenó.

Billy se alejó de ellos llorando, los miró y chilló:

—¡Váyanse a la mierda los dos!

Y huyó por el pasillo, derribando las sillas en su carrera por el *living*. Cerró la puerta de calle de un portazo.

—Lo siento mucho —explicó Jerry—. ¡Lo siento tanto! No sé qué me pasó, perdí el control y...

—No te preocupes, Jerry.

—¡Podría cortarme esta maldita mano!

—Está bien, no te preocupes.

Aquella noche Jerry y Carlotta durmieron en el gran lecho; él tuvo sueños perturbadores y violentos, que ella procuró tranquilizar. Pero los dos sabían que la presión era tal que había llegado el momento de tomar una decisión.

Ahora, por fin, se había tomado la decisión. Era muy simple. Vivir sin Carlotta sería como estar muerto por dentro, no ser más que la mitad de un hombre, una cáscara vacía.

Se encendió la luz que daba instrucciones de no fumar y abrocharse los cinturones de seguridad.

Jerry vio cómo se aproximaba la ciudad de Los Angeles, cada vez más, con sus interminables avenidas rectas, con sus millones de casas de techos planos, desparramadas en una vasta e indiferente configuración semejante a la de una colcha. Las casas de los ricos en las colinas, las de los pobres en el centro, grises, parecidas, simétricas. Y el océano, como otro cielo azul, con miles de figuritas humanas sobre el borde de la arena. Y Carlotta. Su Carlotta. La que pronto sería su mujer.

La doctora Cooley se sintió incómoda al llamar a la puerta. Ver los coches estacionados en Kentner Street le produjo malestar pues le recordó tantas de las reuniones a las que había asistido y que, con el nombre de conferencias, reunían a toda clase de gente, dispuesta a recorrer kilómetros para presenciar o examinar algún fenómeno extraordinario. En su vida había conocido a muchos excéntricos, crédulos, asustados y sugestionables. Se daba cuenta que este experimento requería un control científico, ya que tanto Kraft como Mehan parecían inclinados a considerar la parte misteriosa y novelesca de la parapsicología como algo importante. Si era preciso, daría por terminado el proyecto de investigación.

Billy abrió la puerta y la miró parpadeando.

—Hola, soy la doctora Cooley, de la Universidad...

—¿Quién es? —preguntó Carlotta desde adentro.

—Una señora —respondió Billy.

Carlotta salió a la puerta. Era más joven de lo que la doctora había supuesto, y mucho más hermosa, frágil y morena. La dueña de la casa extendió la mano y sonrió con gracia.

—¿Doctora Cooley? Tenga la bondad de pasar.

—Gracias.

Elizabeth Cooley entró en la casa. Varios alumnos de la sección de Parapsicología la miraron sorprendidos y sonrientes. En la cocina había ampliaciones del plano de la casa sobre las cuales se habían trazado las trayectorias de los fenómenos de telekinesis.

Uno de los alumnos la saludó.

—Buenas tardes, doctora.

—No estoy aquí para inspeccionar el trabajo. Sólo deseaba hablar con Gene y Joe.

—Están en el dormitorio.

La doctora siguió a Carlotta a través del *living*, y observó que se movía con la gracia y distinción de una persona que ha pertenecido a un ambiente refinado. Ella parecía fuera de sitio en una casa como aquélla.

Kraft y Mehan estaban con las manos llenas de alambres, dedicados a recortar los extremos de una parte del material.

—Buenas tardes, doctora —saludó Kraft—. ¿Conoce a la señora Moran?

—Acabamos de conocernos. Me gustaría hablar con ustedes antes de marcharme.

Carlotta comprendió que querían discutir algún problema científico, sonrió, permaneció indecisa un segundo en la puerta, y pretextó tener que ir a la cocina para responder algunas preguntas de los alumnos que estaban en la casa en ese momento.

En voz baja la doctora Cooley dijo:

—He estado pensando en esa historia de las apariciones y en todo lo demás. Y hay algo que no me gusta.

—No hemos inventado nada —explicó Kraft.

—Creo que la consigna debe ser precaución. A la larga, ninguno de nosotros puede permitirse correr el riesgo de verse envuelto en algo demasiado extraño.

—Creo que se trata de otra cosa lo que la preocupa, doctora —aclaró Mehan.

—Sí, y es que estoy dispuesta a cancelar este proyecto de investigación.

Kraft y Mehan intercambiaron una mirada.

—Quiero que entiendan que es por el bien del Departamento, así como por el de ustedes.

—Pero...

—No he dicho que sea algo decidido, pero sí que podría pasar y deseo ser franca con ustedes. Todo depende de lo que se descubra respecto a la señora Moran.

—Es decir que si es histérica...

—Exactamente. No deseo que suceda como en algunas de esas sesiones a las que asistí cuando se despertó mi interés por la Parapsicología, gente que entra y sale...

—Lo tenemos todo controlado —intervino Kraft.

—Ya lo veo. Pero iré a conversar con la señora Moran, y después quiero verles.

La doctora Cooley volvió al *living*. Carlotta corregía las fechas de varios de los gráficos que los alumnos le enseñaban. Con un gesto casi imperceptible, les hizo saber que deseaba conversar a solas con Carlotta. Después que los alumnos se marcharon, la doctora se sentó en la mecedora, frente a Carlotta, que estaba en el sofá. Estudió los ojos, las manos y la forma de expresarse de la dueña de la casa con el interés objetivo de una psicóloga.

—¿Le han informado Kraft o Mehan que soy psicóloga profesional?

—No.

—Hay muchas oportunidades en las que dos disciplinas científicas se relacionan estrechamente.

—Sí, claro —dijo Carlotta, sin saber qué pretendía esa mujer de aire tan distinguido.

—Tengo que preguntarle, señora Moran, si los fenómenos que usted ha experimentado son del tipo de los que se palpan y ven o más bien como cosas que se sueñan.

Carlotta rió.

—Es la misma pregunta que me hizo el psiquiatra.

—La respuesta es muy importante.

El rostro de Carlotta se ensombreció.

—Puedo asegurarle que los objetos que volaban, el mal olor y el frío... todo eso, sucedía en la realidad.

—Ya lo sé, pero su hijo ha dicho al señor Mehan que también ocurrían otras cosas.

—¿A qué se refiere? —preguntó Carlotta con tono evasivo.

—A lo que pasó en su coche, por ejemplo.

Carlotta lanzó una carcajada, pero hubo un cambio en la expresión de sus ojos, algo misterioso que los oscureció.

—Choqué contra un poste.

—Sí, pero Billy explicó a Mehan la razón.

Se produjo un silencio. Carlotta buscó un cigarrillo. Por primera vez, volvía a sentir el mismo nerviosismo que durante sus entrevistas con Sneidermann. Se preguntó si un psicólogo no sería lo mismo que un psiquiatra. Examinó a la bella señora de falda y chaqueta de *tweed*.

—Está bien, choqué porque escuchaba voces.

—¿No las había escuchado nunca antes en esta casa?

—No estoy segura, puede ser. Tal vez, algunas veces.

—¿Alguien más las ha escuchado?

—Billy.

—¿Sus hijas?

—No, no lo creo.

La doctora Cooley observó con qué nerviosismo fumaba Carlotta, y ese cambio de conducta le pareció muy significativo.

—Me gustaría saber, señora Moran, por qué sus hijos duermen en casa de sus vecinos.

—Porque esto es peligroso.

—¿Por el fenómeno poltergista?

—Sí.

—¿No hay ninguna otra razón?

—No.

Carlotta sonrió apenas, síntoma claro de ansiedad.

—¿Qué me puede decir de sus amigos?

—¿Qué quiere que le diga?

—El señor Mehan los entrevistó en el apartamento...

No hubo comentario, pero Carlotta buscó un cenicero.

—¿Qué le ocurrió en el apartamento de ellos, señora Moran?

Carlotta se encogió de hombros y respondió:

—No lo sé. No puedo explicarlo.

—¿Pero todos vieron algo, verdad?

—Fue terrible. Casi desaparece el apartamento entero. Tuvimos mucho miedo.

Elizabeth Cooley supo que Carlotta ocultaba algo, pero no podía descubrir qué era. Con voz severa, presionó.

—¿Qué ha visto, señora Moran?

—¿Yo?

—Usted y sus amigos.

Carlotta buscó a tientas cómo expresarse.

—Estaba... tan oscuro... que...

—¿Qué?

—Cuando *él* apareció... sin aviso previo...

—¿Quién es *él*?

Sobresaltada, Carlotta alzó la vista. Billy la llamaba en ese momento. La doctora repitió:

—¿Quién es *él*?

—¡Mamá! ¡Te buscan!

—Hazle pasar.

—No, ven tú.

Sin entender qué pasaba, Carlotta se levantó del sofá y miró por la ventana. Una figura familiar descendía del taxi.

Jerry se quedó inmóvil frente a la puerta y miró a Billy con atención. El adolescente parecía no saber qué hacer; se humedecía los labios, miraba hacia un grupo de personas que estaba en el interior de la casa. Jerry pasó a su lado y entró.

Carlotta lo esperaba a la entrada del *living*. Con una mano se cubría la boca. Varios hombres y mujeres hablaban en voz baja, sentados en el sofá y en las sillas y de vez en cuando examinaban fotos y planos sobre el suelo. Carlotta trató de decir el nombre de su amante, pero sólo consiguió formular la palabra con los labios, pues de su boca no salió sonido alguno.

Jerry extendió las manos, pero sabía que algo marchaba mal.

—¡Cariño!

Ella se arrojó en sus brazos. Jerry rió nervioso y la tomó de la barbilla para hacerla alzar la cara y poder mirarla a los ojos.

—¿Por qué no me avisaste que vendrías?

—Lo intenté, pero cada vez que llamaba me respondía una voz diferente. ¿Qué diablos pasa aquí?

La mirada de Carlotta era la de un animal atrapado.

—¡Oh, Jerry!

—¿Qué pasa? ¿No estás contenta de verme?

—Sí, pero...

Un muchacho bajo de estatura asomó la cabeza en un rincón.

—Señora Moran... ¡Oh, lo siento, discúlpeme!

Jerry se preguntó quién sería ese muchacho. Las voces se hicieron más claras y nítidas. Miró sorprendido a Carlotta.

—Son médicos —explicó ella con voz insegura.

—¿Médicos?

Kraft avanzó, el chaleco demasiado grande flotando en torno a su cuerpo, y

extendió la mano.

—Buenas tardes —dijo—. Soy Gene Kraft, del Departamento de Parapsicología. ¿Usted pertenece a la Universidad del estado de Sonora?

—No.

—Bueno, en todo caso instálese donde le sea más cómodo.

Jerry murmuró al oído de Carlotta.

—¿Quién es ése?

Ella se veía muy pálida, como si estuviera a punto de desmayarse. Tenía la impresión de despertar de un entusiasmo que la había mantenido eufórica durante un mes, y empezó a sentirse deprimida. Hizo un esfuerzo por sobreponerse, por no caer en el vacío que sentía abrirse bajo sus pies. Pero Jerry lo había visto todo: médicos, alumnos, instrumental, equipo electrónico. Y con toda seguridad su último soporte iba a desaparecer y ella vería desmoronarse todo su mundo.

Una mujer alta y vestida con elegancia dijo:

—Soy la doctora Cooley, directora de la sección de Parapsicología de la Universidad de West Coast. Espero que no crea que estamos aquí para molestar. Hemos venido invitados por la señora Moran.

Jerry estrechó la mano de la doctora.

—No me molestan en absoluto. Haga lo que tenga que hacer, doctora Cooley —respondió. Y con un gesto que quería ser una sonrisa se dirigió a Carlotta y dijo en voz muy baja—: Ponte un jersey, Carlotta. Vamos a salir de esta jaula de monos.

—Lo siento, Jerry, no puedo...

—Sí que puedes, ¡y ahora mismo!

Carlotta fue al armario y sacó un jersey. Después habló algunos minutos con Kraft, que protestó por algunos inconvenientes y parecía muy descontento. Jerry la esperaba furioso en la puerta. Juntos se subieron al recién reparado Buick de Carlotta y se marcharon, el ruido del coche imponiéndose al de las voces que discutían dentro de la casa.

Fueron en dirección al océano. Jerry no decía nada. No lograba encontrar qué decir ni cómo decirlo, y no sabía si estaba furioso o asustado. De vez en cuando la miraba. Y de vez en cuando tenía la impresión de que ella tenía un aire enfermizo que lo inquietaba.

Carlotta trataba de evitar las miradas de Jerry, y mantuvo la cabeza en dirección a las casas que desfilaban por la ventanilla del coche.

Jerry condujo hasta los acantilados, desde donde se podía ver el muelle. Bajaron y fueron a un restaurante, cuya especialidad eran los mariscos. Todavía no habían intercambiado una sola palabra.

Dentro del restaurante, colgaban redes de las paredes y la luz de las velas lanzaba destellos anaranjados sobre las mesas. Dentro de unos frascos de cristal se exhibía una colección de estrellas de mar en el mostrador. Jerry encargó la comida de los dos y encendió un cigarrillo después de mirar a su alrededor, como si temiera que le



hubiera seguido la multitud que había invadido su casa. Se reclinó hacia ella y con voz amable preguntó:

—¿Qué es lo que pasa?

Los ojos de Carlotta se llenaron de lágrimas.

—No llores, dímelo.

—Tratan de ayudarme —respondió Carlotta con voz ronca.

—¿A ti?

—Sí.

Sin creer lo que oía, Jerry dirigió una mirada en torno y dijo:

—No entiendo nada.

Carlotta lo miró y vio que él se empezaba a alejar de ella. De alguna manera, ella esperaba que terminara así, sólo que no lo había imaginado en un restaurante especializado en mariscos. Se lo contaría todo, él se horrorizaría, y ése sería el fin.

—He estado enferma, Jerry.

—¿De qué?

—No podía dormir y tuve que ir a ver a un médico...

—Sigue.

—Me pasaban cosas... por las noches...

Jerry palideció. Este tipo de conversaciones lo hacían sentirse enfermo.

—¿Pesadillas?

—Algo parecido...

—¿Y has estado viendo a un psiquiatra?

Ya era imposible evadir la respuesta.

—Sí.

—¿Y?

—Ya no lo veo.

Jerry, aliviado, alzó una ceja.

—Me alegro. Pero ¿qué tiene que ver lo que has contado con toda esa gente en tu casa?

El camarero les sirvió la langosta y ensaladas y se marchó de nuevo. El atardecer lanzaba destellos de color turquesa a través del gran ventanal que dominaba el Pacífico.

—Respóndeme, Carlotta.

—El psiquiatra no pudo lograr que... las pesadillas terminaran. Y esa gente me está ayudando.

Él se quedó pensativo, haciéndose todo tipo de preguntas, hasta que, hambriento, ensartó el tenedor en la ensalada y empezó a comer.

—Hmmmmm —exclamó mientras masticaba—. Una señora dijo que era psicóloga o algo así.

—¿Estás enojado conmigo?

No hubo respuesta durante algún tiempo.

—¿Por qué habría de estarlo? Si no puedes dormir de noche, ¿pues no puedes dormir de noche!

Carlotta se quedó sorprendida. Había esperado que estallara una tormenta y, en cambio, no sabía muy bien qué pensaba él.

—Hace poco que empezó. Fue cuanto te marchaste —dijo.

No tenía ganas de comer, de modo que bebió un poco de vino. Le era muy fácil recuperar la antigua relación con él, ese vínculo agradable, cómodo, que la hacía desear seguir junto a él.

—¿Qué hacía todo ese equipo en tu casa? Había material suficiente para montar una computadora.

—Es para tomar medidas.

Jerry alzó la vista. Sus ojos brillaban, pero era imposible adivinar si estaba divertido o enojado.

—¿Y qué es lo que miden?

—La casa.

—Carlotta, desde que he llegado no hago más que hacerte preguntas que tú no respondes. ¿Me quieres en tu casa, si o no?

—Por supuesto que te quiero en casa —respondió, con una mano sobre el hombro de él.

El contacto físico los serenó a los dos.

—Entonces responde, qué es lo que miden.

—Tienen una teoría, y es que hay algo en la casa que me impide dormir.

Él bebió otro vaso de vino, y volvió a llenar la copa de ella.

—Puede ser, me parece razonable.

Jerry masticaba y tragaba. Durante largo rato ninguno de los dos habló. Y Carlotta sintió que había recuperado el apetito, que volvía a formar parte del mismo mundo que el resto de las personas que comían en el restaurante. Era una mujer que cenaba con su amante, que escuchaba la suave música, que veía desaparecer el sol más allá del horizonte. Había dejado de ser un monstruo. El drama había terminado. Y procuró ni siquiera pensar en su propia casa.

—¡Vaya manera de reencontrarnos! —bromeó él con una sonrisa.

—Debería habértelo dicho, Jerry. Perdóname.

Jerry terminó de comer y le hizo un gesto para que ella concluyera lo que aún quedaba en su plato. Carlotta cada vez tenía más hambre, y era como si también hubiera recuperado el deseo de vivir. Él acarició la suave piel del brazo de su amante, y el brazalete golpeó suavemente contra el mantel blanco.

—Siempre he pensado que sólo hay un remedio cuando uno no se siente bien aquí, en el corazón —dijo él—. Y es amar a alguien que también te ame. Entonces puedes hacer frente a cualquier cosa que se te ponga por delante. Sin alguien que te ame podrás tener millones, pero siempre serás un mendigo. —Jerry se ruborizó—. ¿Me comprendes, verdad? Yo no creo en los psiquiatras, y no me interpretes mal, si

pueden ayudarte a dormir tienes todo el derecho a recurrir a ellos. Pero creo que lo que existe entre dos personas es más importante.

Carlotta sonrió y puso una mano en la mejilla de Jerry.

—Volvamos a casa —dijo Jerry con ternura.

Ella se heló.

—¿Qué te pasa?

—Hay tanta gente —explicó Carlotta.

—Ya deben haberse ido.

—A veces dejan el equipo en casa.

—¿Y eso qué importa?

—Bueno, no es muy romántico, ¿no? ¿Por qué no volvemos al motel, ése desde el cual se veía el océano?

—Porque quiero despertar en nuestra cama, contigo al lado.

Carlotta sonrió indecisa.

—Algo pasa —murmuró él.

—No. Telefonaré para asegurarme de que se han ido.

Se levantaron para marcharse. Carlotta llamó a su casa. Jerry descubrió que volvía a estar irritado, pero no sabía a quién culpar.

Recordó a todos esos muchachos que habían invadido la casa. ¿Por qué lo asustaban tanto? ¿Por qué sentía, incluso ahora, que Carlotta le estaba ocultando algo? ¿Por qué esa llamada por teléfono? De pronto, la relación entre ellos se había llenado de tensión y suspicacias. «Vaya vuelta al hogar», se dijo con amargura y bebió el vino de un solo trago.

Carlotta se colgó del brazo de Jerry. Tenía miedo de la extraña soledad de la casa, ahora que ya no había nadie en ella. ¿Dónde estaba su ejército protector? La noche era oscura, sin luna. Billy estaba en el garaje, desde donde llegaba el sonido de la música de su radio, las niñas se preparaban para acostarse. Todo parecía tan inocuo y, al mismo tiempo, tan peligroso. Dijo:

—Habría sido mucho mejor si hubiéramos hecho el amor en algún lugar lejano.

—Te he traído un regalo.

Jerry le acarició el cuello y la besó suavemente en los labios, pero ella parecía distante, con la mente en otra parte, y no respondía a sus demostraciones de afecto.

—¿Qué es?

—Ya lo verás —respondió él con una sonrisa.

Al entrar en la casa, Jerry encendió las luces. Por todas partes había trozos de papel, cuadernos, restos de alambre, algún destornillador abandonado en el suelo. Abrió la ventana y recibió con agrado la brisa, que hizo volar las cortinas y le acarició la cara. El vecindario se veía tan en calma, con sus rectángulos luminosos desparramados por aquí y por allá en medio del velo de oscuridad que cubría la vegetación. Se preguntó por qué las niñas no dormían en casa. El ladrido lejano de un perro lo distrajo de sus pensamientos. Los focos de la calle parpadearon, la luz disminuyó y luego se hizo más brillante. ¿Qué habría pasado?

—¡Es precioso Jerry!

Tenía extendido ante ella un camisón de seda con cintas negras entrecruzadas en el encaje blanco.

—Espero que sea tu talla.

Ella le sonrió y lo besó. Pero sus ojos no tenían expresión y parecían buscar algo, que no era él. Jerry sintió que los celos lo ahogaban como una nube oscura mientras la observaba llevar la seda del camisón a la mejilla para sentir la suavidad de la tela. Y le pareció contemplar un títere, vacío y desprovisto de sentimientos. Se preguntó quién estaría tirando de los hilos de la marioneta que tenía enfrente.

—¿Te parece demasiado recargado de cintas?

—No. Me encantará usarlo.

—Puedes cambiarlo si no es tu talla. Tienen sucursales aquí y...

—Es perfecto, cariño.

Se sentaron en el sofá y él la miró a los ojos; lo que había visto en ellos la última vez, esa ligera nubecilla de angustia, se había hecho mayor hasta convertirse en una fuerza que la dominaba, controlando cada uno de sus gestos. Esa sensación de distancia que suelen sentir dos amantes después de haber estado separados algún tiempo no iba a desaparecer. Se sintió enfadado y humillado, solo, como la noche que se hacía cada vez más profunda a su alrededor. Inclínandose susurró:

—Carlotta...

Buscó los labios de la mujer, pero los encontró fríos a pesar de que respondieron al beso. Sólo cuando le acarició el cuello con la mano, cada vez con mayor ternura, Carlotta contuvo la respiración y lo abrazó con fuerza.

—Es tan bueno tenerte de vuelta en casa.

La sintió temblar entre sus brazos.

—No volveré a marcharme. Me han hecho una buena oferta en la empresa.

Ella no dijo nada. Jerry no podía verle la cara y se preguntó en qué estaría pensando. Nunca se le había ocurrido que al volver a casa pudiera sentirse inseguro de su amor, y esa sensación le produjo desagrado.

—Quería encontrar un lugar para nosotros en San Diego —explicó—, pero no había vacantes.

Carlotta murmuró algunas frases ininteligibles y lo besó en el cuello una y otra vez. Los ojos de Jerry se llenaron de lágrimas. Se había sentido tan solo, y ahora parecía haberla recuperado de nuevo.

—Podemos decidir juntos dónde vivir, y será mejor así.

—Sí, y tan pronto como sea posible —dijo ella con un temblor ni la voz.

La distancia entre ellos había desaparecido; él sintió el calor del cuerpo de Carlotta, y la intensidad de su deseo lo mareó por un instante.

—Jerry, Jerry...

A lo lejos, un hombre llamaba a su perro y se escuchaba el eco distante del tráfico en Kentner Street. Él cerró los ojos. En ese momento no existía más que Carlotta, el olor de su piel, sus delicadas manos sobre las suyas, el deseo de poseerla en ese mismo momento.

—¿Quieres un poco de vino? —ofreció Carlotta.

Jerry le tomó la cara con las dos manos y la sostuvo próxima a la de él; el miedo había desaparecido de los ojos de su amante, las pupilas parecían inmensas en la oscuridad, el rostro estaba ligeramente ruborizado, y el pelo cubría parte de la frente y de las sienes. Al sonreír, le temblaban las fosas nasales.

—No, gracias —dijo Jerry.

—Bebamos un poco para celebrar tu regreso.

Carlotta fue a la nevera y él observó complacido la gracia de los gestos de la mujer. Ella destapó la botella a oscuras.

—Tengo que decirte que me sorprendió tu recibimiento.

El rostro de ella se ensombreció un segundo y después se alegró junto con su risa. Una risa forzada. Carlotta le ofreció una copa llena de un hermoso líquido transparente. Brindaron por el reencuentro y bebieron.

Jerry no recordaba haberla visto nunca antes tan bella; era como si tuviera una nueva calidad, como si necesitara que la protegieran. De qué, era algo que él todavía no sabía, pero en todo caso, le hacía verla bajo otro aspecto: más indefensa, más pequeña, más morena. Tal vez fuera efecto de las sombras o del vino. Y la deseó y en

los ojos de ella había la misma urgencia.

—Un vaso más —dijo Carlotta.

El delgado brazalete tintineó cuando ella sirvió las dos copas. Jerry alzó la de él y la besó en los labios fríos y húmedos de vino. Se estremeció. La oscuridad se había hecho seductora, una suave presencia que los abrazaba para compartir sus infinitos secretos.

Ella lo tomó del brazo y atravesaron el *living* por entre los contadores. Carlotta se detuvo, se llevó los dedos a la boca y se dirigió a él para decirle:

—Deja que me ponga el nuevo camisón, después podrás entrar.

—De acuerdo.

Carlotta abrió la puerta del dormitorio, entró y sacó una mano con la bata de Jerry. Entre risas preguntó:

—¿De quién será esto que he encontrado aquí dentro?

Se asomó para hacerle un guiño y desapareció.

Mientras Jerry estaba en el baño escuchó una voz que se mezclaba con la música de la radio en el garaje. Era Billy que, reclinado contra su mesa de trabajo, cantaba. Su sombra se recortaba contra el torno. Jerry cerró la ventana con el ceño fruncido; no quería que nada saliera mal esa noche. Finalmente, la voz de Billy se hizo lejana y ya no la escuchó.

Carlotta gemía en el dormitorio. Era como el sonido de un niño que juega, un quejido largo y prolongado. Jerry se puso la bata y sonrió.

Volvió a escucharla gemir.

—Ya voy, Carlotta, Carlotta... —se burló alegre.

Se peinó, examinó su cara en el espejo y se enjuagó la boca. Apagó la luz. Hacía frío y se protegió cerrando la bata en torno a su pecho.

Un nuevo gemido.

Jerry hizo una mueca, la de un tigre que se apronta a lanzarse contra su presa. Rió y buscó a tientas la puerta del dormitorio en la oscuridad. No pudo evitar una carcajada cuando su mano tropezó con una instalación de alambres enrollados. Al llegar él a la puerta, Carlotta volvió a gemir. Pero esta vez el sonido de su voz no le pareció incitante. La puerta estaba cerrada con llave. Presionó la manija primero y la empujó después. Oyó un largo y desesperado quejido.

—¡Carlotta!

La puerta parecía haberse atrancado y con un empujón logró abrirla con tal fuerza que rebotó contra la pared y se golpeó en el brazo. Entre las sombras divisó a Carlotta con el cuerpo arqueado bajo el ligero resplandor de las sábanas. Movía el cuerpo y gemía.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

De pronto, ella se dio la vuelta, se puso rígida y empezó a rotar las caderas con un movimiento ondulante, los muslos desnudos separados.

—Oooooooooohhhhhh.

Pudo ver el contorno del cuerpo de Carlotta, los senos aplastados, como si tuviera a alguien encima, las piernas abiertas.

—Carlotta...

—Oh, Dios...

Alzó la pelvis quejándose. Pero estaba sola. En un segundo, su cerebro buscó mil explicaciones, pero ninguna parecía ser adecuada. Unas nubes empezaron a formarse en el armario. Sin duda un reflejo de las luces de la calle. Su mente parecía dispuesta a jugarle una mala pasada. Con absoluta certeza supo que tenía que marcharse de allí. Carlotta estaba enferma. Y lo más importante era salir de esa habitación cuanto antes, sacarla de allí. A tropezones avanzó y la tomó por un brazo, pero ella se soltó con violencia y gritó:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Jerry retrocedió y se frotó los ojos con los puños. Era obvio que Carlotta era víctima de un ataque, no podía haber otra explicación. Tenía que ser la primera vez, porque él nunca antes la había visto así. Los movimientos del vientre de ella lo enfermaban. Sus muslos parecían estar sujetos a algo que la empujaba hacia atrás, obligándolos a abrirse cada vez más. ¿Sabía ella que él estaba a su lado? Carlotta luchó por respirar, empujó y atrajo al mismo tiempo y, en ese momento, la cama se hundió como si un peso muy superior al de ella se hubiera subido encima, y se inició un movimiento rítmico. Carlotta gemía una y otra vez.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

Jerry se sentía aturdido, estaba a punto de dejarse dominar por el pánico. Y tenía mucho frío. La piel de la mujer empezó a brillar y un reflejo pareció materializarse sobre su abdomen hasta convertirse en una llama azul verdosa.

—¡Basta! —gritó Jerry.

Un grito tonto y absurdo.

Luchó contra el movimiento de los muslos, intentó hacer que los bajara, procuró tomarla por los brazos y entonces recibió un fuerte golpe que le ensangrentó toda la cara. Su ojo derecho había recibido un terrible arañazo de las uñas de Carlotta.

—¡Basta ya! —volvió a gritar Jerry.

El resplandor azul verdoso se hizo más concreto sobre el cuerpo de ella, y adquirió una tonalidad más oscura, hasta que Jerry vio a Carlotta iluminada por ese horrendo resplandor. Con el ojo que podía mantener abierto, observó las nalgas distenderse y apretarse, distenderse y apretarse. Buscó a ciegas en la oscuridad hasta encontrar una silla de madera y la alzó sobre su cabeza. La dejó caer sobre la forma difusa que aplastaba la cabeza de Carlotta contra la almohada, que la obligaba a abrir los muslos y a moverse de esa manera. La silla se rompió y ella dio un alarido.

Hubo una explosión de sangre que manaba de la delicada cabeza de Carlotta, que yacía acurrucada sobre la cama. Las sábanas empezaron a teñirse de un rojo vivo que lo cegaba. ¿No podía ver? ¿Estaba ciego? Todo era posible. Ya nada tenía sentido. Conservaba los restos de la silla rota en las manos cuando se encendió la luz.

—¡Hijo de puta asqueroso!

Al darse la vuelta vio a Billy de pie en la puerta, los ojos semicerrados de furia. El muchacho miró primero a su madre que se quejaba de dolor entre las sábanas ensangrentadas; después a Jerry, con la ropa salpicada de rojo y la silla destrozada entre las manos. Con un grito se lanzó hacia adelante.

—¡Sucio hijo de puta!

—Espera... yo no... —balbuceó Jerry, pestañeando confuso.

Pero Billy lo golpeó con tal fuerza en el pecho que Jerry se vio incapacitado para respirar, y a partir de ese momento tuvo la sensación de estar bajo una cascada de aguas furiosas. Los ruidos, que le parecían tan lejanos, provenían de los puñetazos de Billy sobre su pecho, cara e ingles.

Carlotta rodó sobre la cama hasta llegar al borde, dejó de gemir y se sentó, sujetándose la cabeza con las manos. Lentamente se fue inclinando hacia adelante, cada vez más silenciosa.

—¡Basta, Billy!

Jerry tenía la cara molida a golpes y la nariz sangraba sobre la bata. A ciegas lanzó un puñetazo y escuchó el ruido del impacto de su puño contra la cara de Billy. El chico retrocedió dando tumbos contra la mesita de noche. El cenicero y el reloj se estrellaron contra la pared.

Jerry se arrastró por el suelo. Lloraba desesperado. Carlotta se estaba hundiendo en el charco de su propia sangre.

—¡Asesino! —gritó Billy.

E intentó golpearlo con la lámpara, erró la cabeza pero lo golpeó en el hombro izquierdo. Jerry se protegió el cráneo: lo único que deseaba era poder levantarse, devolver la vida a Carlotta. Tenía los pies enredados en las sábanas. Deseaba estar muerto. Despertar de la pesadilla. No sentir el dolor en el hombro ni ver los restos de porcelana del pie de la lámpara sobre la cama.

Se escucharon golpes.

Los restos de la silla habían caído detrás de la mesita de noche, Jerry vio entre lágrimas y sangre que Billy se cubría el rostro con las manos para evitar que lo golpeará.

Había un policía en la puerta del dormitorio.

¿Quién gritaba?

Jerry hizo un esfuerzo por no desmayarse. Divisó a las niñas en pijama y a una anciana señora.

—¡Carlotta! —gritó Jerry desesperado.

Un policía le tomaba el pulso, otro lo había cogido a él del brazo. Y el dolor del hombro lo inmovilizó.

—No... no... —tartamudeó—. ¡Déjenme! No comprenden, yo no...

Sintió cómo las esposas se cerraban sobre sus muñecas. Lo hicieron sentarse en la cama mientras Billy se marchaba con uno de los policías. Escuchó las palabras



«asesino» y «matar» e intentó ponerse de pie, pero recibió un bastonazo en las costillas y cayó de nuevo sobre el lecho.

—Te levantarás cuando yo te lo ordene.

La dureza del tono, la severidad de la iluminación calmaron a Jerry. Se habían llevado a Carlotta. De ella no quedaba más que su sangre.

—¿Adónde la han llevado? —preguntó.

—Al hospital. Casi consigues matarla, amiguito.

—Yo no...

—Será mejor que te calles, por tú propio bien.

El segundo policía le leyó una declaración sobre sus derechos como ciudadano y le preguntó si había comprendido bien.

—¿Cómo está Carlotta?

Lo hicieron ponerse de pie y lo empujaron a través del *living*. La puerta había sido destrozada. Había gente afuera y la luz roja en el techo de un coche patrulla giraba sin cesar.

Un viejo en pantalones cortos y un abrigo lo señaló y dijo a gritos:

—¡Ése es! ¡Ése es el amante!

Un policía extendió una mano para hacerlo callar.

—Ya lo llamaremos. Vuelva a casa y acuéstese.

Jerry entró en el coche patrulla ciego y a tropezones. Quería salir de la confusión que le nublaba los ojos como una cortina de humo. Entre brumas vio los ojos que los observaban desde el otro lado de las ventanillas, igual que si él fuera una extraña variedad de serpiente venenosa. Le pareció escuchar que alguien decía que Carlotta estaba muerta. Después se desmayó.

El doctor Weber volvió a la realidad y en zapatillas se dirigió a la puerta de la calle, la entreabrió y vio un rostro en la oscuridad, cada rasgo destacado por la luz amarillenta de la noche. Los grillos cantaban un extraño y doloroso lamento que hacía que la noche pareciera aún más dramática. Sin una palabra, abrió la puerta.

—Lo siento —dijo Gary Sneidermann—, pero...

Weber se llevó un dedo a los labios para indicar que alguien dormía en la casa y lo hizo pasar al estudio. Cerró las macizas puertas de madera y miró al joven médico. Parecía confundido, furioso, desesperado; estaba despeinado, la frente bañada en sudor y los ojos tenían una expresión salvaje. En la estancia reinaba un gran silencio, interrumpido apenas por el chisporroteo de los leños en la chimenea. Su luz hacía que la cara de Sneidermann fuera alternativamente amarilla y naranja.

—¿Qué sucede, Gary?

—Se trata de la señora Moran.

El doctor Weber lo invitó a sentarse en una silla de cuero y él se instaló enfrente, sintiéndose muy deprimido. Había perdido a su mejor psiquiatra residente, era así de

simple.

—¿Qué ha pasado con la señora Moran?

—Está inconsciente en la sección de Urgencias.

Weber alzó una ceja.

—¿Por qué?

Sneidermann lo miró con una expresión de intensa angustia, los ojos enrojecidos por falta de sueño, húmedos de lágrimas.

—Su amante volvió de un viaje y le golpeó la cabeza con una silla. Lo han detenido, acusado de intento de asesinato.

El doctor Weber bebió un poco de coñac.

—Una actitud muy extraña para la imagen de Jerry que nos había dado Carlotta.

Sneidermann tragó saliva y dijo:

—Ha hecho una declaración jurada y dice haberlo visto.

—¿El qué?

Sneidermann miró hacia otro lado, la luz del fuego reflejada en sus ojos asustados.

—No lo sé. Lo mismo que Carlotta ve siempre. Intentó luchar contra él y la golpeó a ella.

El doctor Weber movió apenado la cabeza.

—Debe haberse sugestionado, Gary, lo mismo que Billy y las niñas. Carlotta le transmitió su alucinación.

Sneidermann se hundió en la silla pensativo y apoyó la cabeza contra el respaldo. Con voz agotada dijo:

—No sé si Carlotta vive o ha muerto.

Weber tomó el teléfono y marcó un número.

—¿Urgencias?... Habla el doctor Weber... Está bien... ¿Fred? Soy Henry. Apenas tenga el diagnóstico sobre Carlotta Moran... M-O-R-A-N, sí... Llámeme por teléfono, por favor. Gracias.

Colgó. Sneidermann hizo un gesto de agradecimiento y farfulló algunas palabras inaudibles. No sabía qué más podía decir.

—Jerry era su único contacto con la realidad —comentó desesperado.

El doctor Weber buscó un cigarrillo y como no encontró ninguno se sirvió otra copa de coñac. Sneidermann estaba sosteniendo una lucha en su interior, y parecía a punto de perderla.

—Él era su única posibilidad de futuro —prosiguió el joven médico, como si hablara consigo.

De pronto se enderezó en la silla y clavó la vista en la chimenea. Por un instante sólo se escuchó el crepitar y el chisporroteo de los leños. Después, dijo:

—Habría que liquidar a ese par de cretinos, doctor.

—Le dije que no se metiera en eso.

—Se trata de un caso de vida o muerte, si es que ya no es demasiado tarde.

—No se mezcle en ese asunto, Gary.

Sneidermann giró lentamente la cabeza; la mente fría, objetiva y calculadora de su supervisor le parecía aberrante, inhumana. ¿Cómo se podía concebir un médico desprovisto de sentimientos?

—Voy a intervenir, doctor Weber. Quiero que esos tipos se aparten de la vida de Carlotta.

El médico se detuvo con la copa de coñac junto a los labios, y estudió a Sneidermann antes de beber el líquido de un trago.

—No sé qué podríamos hacer.

—Recurramos al Decano.

Weber depositó la copa en una mesa de roble próxima a su asiento.

—Eso significaría un mes completo de debates, Gary. Usted no tiene ni idea de lo complicados que pueden ser algunos procedimientos académicos.

Sneidermann se inclinó hacia adelante y enfatizó cada una de sus palabras con un golpe del dedo sobre la mesa, lo que hacía moverse al coñac dentro de la botella.

—Tiene usted que hablar con el Departamento de Psicología y conseguir que se deshagan de ese par de tarados.

Weber se molestó. No le gustaba recibir órdenes y mucho menos de un médico residente.

—¿Tanto escándalo sólo por la señora Moran?

—Alguien tiene que protegerla.

—No necesariamente usted.

—Estoy dispuesto a hacerlo.

Por último encontró el cigarrillo que buscaba y lo encendió con mano temblorosa. Apagó el mechero de un golpe y lo guardó en el bolsillo. Sneidermann no le quitaba los ojos de encima.

—Está bien, Gary. Recurriré al Decano. Después de todo, me debe un favor.

El médico residente se reclinó de nuevo en la silla con la sensación de haber triunfado. Pero, también, con la certeza de que las relaciones con el doctor Weber se habían ido deteriorando lentamente. Lo miró. Hubo una pausa incómoda. Ninguno de los dos era capaz de expresar la emoción que sentía en ese momento.

—Siento que hallamos llegado a esto, doctor Weber.

Recibió un gesto vago por respuesta.

—Tomemos un coñac, Gary. No somos enemigos, ¿verdad?

Weber sirvió de la botella y el líquido resplandeciente pareció suavizar la tensión mientras llenaba las copas. No hablaron. Hubo un gran silencio, interrumpido tan sólo por el sonido que hacía el reloj cada vez que transcurría un segundo.

Sneidermann ha sido atrapado, pensó Weber. Es humano, tan desdichadamente humano. Analizó el atractivo rostro del joven residente; la vida acababa de comenzar para él y ya estaba aprisionado por ella, le faltaba disciplina. Imágenes del pasado desfilaron ante él; una chimenea distinta de la que tenía enfrente, una habitación llena

de desconocidos. Era el *hall* de un gran hotel de Chicago; distinguidos delegados y psiquiatras caminaban sobre la finísima alfombra, respondían a los llamados de los botones que voceaban sus nombres, saludaban a los huéspedes austríacos, se sacudían la nieve de los hombros. Y allí estaba él, sus estudios recién terminados, junto al doctor Bascom, su supervisor...

El doctor Bascom era anciano y dirigía el Departamento de Psiquiatría de la Universidad de Chicago, y Weber era el único residente al que había permitido que asistiera a la reunión. Pero no le había invitado para que participara en la discusión sobre las últimas teorías e investigaciones del mundo médico. Su propósito era muy diferente.

Weber miró a Sneidermann sin verlo, perdido en el recuerdo doloroso de ese lejano día. El doctor Bascom había estado hablando varios minutos antes de que Weber comprendiera y se sintiera confuso primero, ofendido más tarde y, finalmente, avergonzado. Bascom le recomendaba no ejercer su profesión de inmediato y viajar a Europa, si era necesario. Y él se había quedado anonadado en la contemplación del fuego, igual que Sneidermann ahora.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Blumberg. Bloomfeld. No, Simplemente Bloom. Una chica judía de pómulos prominentes, blanca como alabastro, delicada como una escultura. Las largas tardes de entrevista con la muchacha etérea de ojos negros, tan negros, y de inteligencia tan brillante que la aproximaba a la esquizofrenia, volvieron a su mente. Se llevó la copa a los labios y bebió.

Bascom había tenido razón: él estaba comprometido personalmente con el caso. Y de una manera que parecía una novela. No era amor, en el sentido convencional del término, sino una fijación, la conciencia de que existía un ser que quemaba su existencia como una estrella y él, incapaz de ayudarla, giraba a su alrededor igual que un planeta muerto. Jamás la había tocado. Y durante un año, su carrera se había convertido en un círculo fantástico de ansiedad y terror ante esos profundos ojos negros que imploraban ayuda. Cada vez estaban más cerca, una mariposa junto a una llama, hasta que el viejo descubrió lo que pasaba.

Weber se sonó discretamente. Nunca había visto, y nunca volvería a ver, a una mujer más hermosa. Habría pasado dichoso el resto de su vida al lado de ella. Un enfermo mental es un ser humano, pero diferente del resto. Y el doctor Bascom había planteado la elección con toda claridad: o su carrera como psiquiatra o una vida entera junto a una paciente. Por supuesto que no habla elección posible, y dos semanas más tarde él se había marchado a Europa. Se quedó allí seis meses y a su vuelta se enteró de que ella estaba internada en un manicomio en Wingdale, Nueva York. Muchos años más tarde había tenido la tentación de ir a visitarla, pero...

—Rachel, así se llamaba.

—¿Cómo dice, señor?

—Nada, nada. Un caso parecido al de Carlotta.

Sonó la campanilla del teléfono.

—Dígame. Comprendo... No, tengo plena confianza en usted... Por supuesto... Gracias, Fred. Ha sido muy amable.

Colgó y dijo a Sneidermann.

—Fractura de cráneo. Tiene algunas astillas de madera clavadas. Conmoción cerebral. No hay lesiones cerebrales ni coágulos. Permanece estacionaria.

El joven médico no pudo decir nada, pero tenía los ojos húmedos. Tal vez fuera la hora, el coñac, la angustia de esperar el informe, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Ha tenido suerte —comentó Sneidermann con voz tensa.

El doctor Weber terminó su coñac y ofreció otra copa, que fue rechazada con un gesto de la cabeza.

—Muchas gracias, doctor Weber, por cuanto ha hecho.

—¿Pero no seguirá mi consejo, verdad?

—No.

Weber vio el fuego de la mirada de Sneidermann y se dijo que era una lástima que el muchacho fuera demasiado humano, y estuviera prisionero de su corazón y no de la cabeza. Sintió una oleada de simpatía por el joven.

—Bueno, quién sabe —dijo— si no resultará algo interesante de todo esto. Yo era siempre muy combativo hace treinta años. Y la batalla va a ser como entonces: hacerle la vida imposible al Decano.

Carlotta abrió los ojos. Estaba en el hospital. El techo blanco parecía ondular y unas voces flotaban en el aire, mientras las luces se encendían y apagaban. Le pareció reconocer a Joe Mehan.

—Señora Moran...

Ella movió los labios pero no pudo articular palabra. Mehan se aproximó y acercando una silla se sentó a su lado. En voz baja dijo:

—Sólo me dejarán quedarme cinco minutos.

Carlotta lo miró con atención y la figura del muchacho ya no se movió más ante sus ojos. Se veía tan elegante, tan sólido, tan inteligente. Intentó hablar pero no pudo, porque tenía la lengua hinchada y como si fuera de lana.

—Jerry... —murmuró.

Mehan tragó saliva y respondió:

—Lo han detenido.

—Jerry... —dijo Carlotta una vez más.

Sus recuerdos se hicieron más precisos. Jerry, con una silla sobre la cabeza, flotaba en una nebulosa.

—¿Dónde está Jerry?

—Lo han detenido por intento de asesinato.

Carlotta hundió la cabeza en la almohada. Mehan la observó; nunca había visto sus ojos tan negros, tan llenos de un horror que él sólo podía adivinar.

—¿Qué pasó, señora Moran?

Lo miró con sus ojos oscuros llenos de lágrimas.

—Necesito saber qué pasó —insistió Mehan—, y si está relacionado con...

Ella volvió la cara y se fue alejando hasta quedarse dormida.

—Señora Moran...

Mehan se aproximó a ella aún más. La cara de Carlotta estaba más blanca que las sábanas, más pálida que las luces que iluminaban la habitación.

—Jerry... —murmuró medio dormida y agregó algo ininteligible.

—¿Qué dice?

—¡Haz que se marche! ¡Socorro! ¡Jerry! ¡Socorro!

Carlotta perdía a ratos la conciencia y entre sueños veía imágenes inconexas, escenas fugaces en las que escuchaba gritos de espanto. Con un sollozo ahogado exclamó:

—¡Haz que se marche, Jerry, o me matará!

Mehan se inclinó hasta que sintió el aliento de la mujer sobre la cara y vio el sudor sobre los labios. Los ojos de Carlotta tenían ese aire distante y vago de una persona que está a punto de perder la conciencia.

—¿Quién la matará? —preguntó en un susurro Mehan aterrado—. ¿Quién quiere

usted que se marche?

—Me matará. Me... matará...

Había quedado inconsciente, los ojos abiertos, perdidos en la contemplación de una imagen pavorosa. Después bajó los párpados, contrajo los ojos y se quedó dormida. Tenía miedo de tocarla para que despertara.

Carlotta estaba inconsciente.

Mehan se dio la vuelta. Había una enfermera en la puerta.

—Se ha quedado dormida, señor Mehan —explicó—. Y creo que sería conveniente que usted se marchara.

—Sí, por supuesto.

Se quedó un momento a la entrada de Urgencias. Carlotta dormía tan profundamente, tan olvidada de todo, que su cara parecía una mascarilla de cera, una encantadora escultura blanca.

—¿Hay un teléfono público en este piso? —preguntó.

—Al final del corredor.

Estaba allí cuando reconoció una figura alta, vestida con una chaqueta blanca. Era Sneidermann.

—Ése es —dijo el médico residente, sin referirse a nadie en particular.

A Mehan no le gustó la manera cómo se aproximaba a él, demasiado deprisa y con una extraña expresión en la cara. Buscó una moneda en el bolsillo y se dirigió a una de las cabinas próximas a los ascensores.

—Un momento —dijo Sneidermann y lo tomó de un brazo para hacerlo enfrentar un par de ojos llenos de odio—. ¿Qué diablos hace usted aquí? —preguntó.

—He venido a ver a mi amiga.

Sneidermann retorció el cuello de la camisa de Mehan hasta dejarlo sin respiración. No había nadie más que ellos dos en esa parte del hospital.

—¿Ha venido a rematar su obra, no es así?

Con toda la voz que pudo conseguir sacar, Mehan susurró:

—¿Está usted loco! ¿Quiere que pida socorro?

Sneidermann relajó la presión de sus manos y lo miró a los ojos.

—¿Sabe que casi la mata? —dijo con voz sorda—. Usted con sus cajas mágicas, sus palancas y alambres no ha hecho más que confirmar su alucinación psicótica.

—No es verdad —protestó Mehan e intentó liberarse de Sneidermann.

—¡Escuche bien, idiota! Cuando un paciente es propenso a la sugestión, cualquier cosa puede ayudarle a reforzar su creencia ¡Por supuesto que creerá lo que usted quiera! ¡Y hará que cuantos la rodean lo crean también! Carlotta hizo que su amante se convenciera de la verdad de su alucinación. ¡Usted, con sus malditas apariciones y amantes diabólicos!

—¿Amantes diabólicos?

—La vida es otra cosa, ¡cretino! —Sneidermann le gritaba de tan cerca que su aliento le soplaba en la cara—. ¡No permitiré que...!

—¿Amantes diabólicos? —repitió Mehan.

Logró liberarse y retrocedió. Era inútil hablar con el psiquiatra residente; el pobre hombre estaba histérico, y Mehan tenía que telefonar cuanto antes. Aprovechó la salida de varios médicos del ascensor para caminar a su lado por el corredor. Sneidermann, frustrado, seguía sus pasos.

—Lo demandaré —dijo el psiquiatra.

—Hágalo.

—Y también a su socio.

—No dejaré de advertírselo.

—Y a la bruja que los dirige.

Dos enfermeras pasaron por entre ellos y Sneidermann tuvo que apresurar el paso para colocarse a la altura de Mehan. Gritó:

—¡Haré cuanto sea preciso para que salgan ustedes de la vida de Carlotta!

Mehan no estaba acostumbrado a la violencia y temblaba cuando se dirigió a la cabina telefónica, al final del corredor. Se sentía, también, excitado, al borde de un nuevo descubrimiento sorprendente.

Sneidermann se quedó plantado fuera de la cabina cuando Mehan entró y cerró la puerta. Para hablar, tuvo que inclinarse sobre el aparato, de modo que el psiquiatra no pudiera verle la cara, mientras esperaba que él saliera.

—Gene, estoy en el hospital. Ella está bien, pero escucha... —Se dio la vuelta y vio que Sneidermann se alejaba por el corredor. Sin aliento, excitado, preguntó a Kraft—: ¿Tú creerías en la existencia de amantes diabólicos?

Kraft caminó decidido por los pasillos de los Tribunales de Justicia. Los ruidos tenían un eco más extraño conforme se internaba en el edificio. Se detuvo ante una escalera de madera y subió los peldaños. Llegó a un piso en el que varios hombres fornidos, con trajes elegantes, lo miraron con desconfianza. Era un sector silencioso, oscuro, que presagiaba peligro, tensión, entre las paredes agrietadas y el techo inmundo. Le habían dicho que hablara con el abogado de turno en la sala 135, y llamó vacilante a la puerta:

—Adelante —respondió una voz malhumorada y cansada.

Kraft comprendió que tendría que sacar valor de alguna parte para esta entrevista; se sentía fatigado y nervioso. Trató de sacudirse las preocupaciones, leyó el nombre en la puerta: Matthew Hampton, Defensor de Oficio, y entró. Estudió al hombre sentado tras el escritorio.

Hampton estaba a punto de encender un cigarrillo arrugado. Era prematuramente calvo, con una ligera panza y una cara placida y agradable, disciplinada y cínica. Miró a Kraft con frialdad.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó casi con ironía.

Kraft se había quedado de pie en la puerta, con la mano apoyada en la manija.



Cerró la puerta.

—Me llamo Eugene Kraft y...

—Tome asiento, por favor. ¿Qué puedo hacer por usted?

Hampton hablaba con el tono de alguien acostumbrado a la miseria y a la violencia, y Kraft decidió confiar en él, plantear su problema en forma rápida y precisa, de manera que pudiera impresionar a una mente legalista.

—Usted está a cargo de un cliente y me gustaría poder verlo esta noche.

—Podría ser. ¿Quién es?

—Rodríguez.

—¿El asaltante?

—Sí, señor.

—Ha sido detenido por intento de asesinato, señor Kraft, y nadie que no sea de su familia puede verlo. ¿Es usted pariente de él?

Kraft se sintió lleno de energía, cruzó las piernas, y se dispuso a luchar contra toda oposición.

—No, pero es muy importante que pueda hablar con él.

Hampton alzó ligeramente una ceja en un gesto irónico. Kraft prosiguió:

—Poseo información que puede serle útil, y él tiene la información que yo preciso.

Hampton intentó hacer funcionar el mechero por segunda vez; bajo el resplandor de la llama, su cara se veía vieja y cansada, aunque no debía tener más de cincuenta años. Kraft se preguntó si alguna vez ese hombre habría soñado con poseer oficinas en Wilshire, sillones de cuero y un equipo de secretarías.

—Yo soy quien da las autorizaciones —explicó mientras lanzaba una nube de humo denso por sobre la lámpara de su escritorio—. Pero si usted tiene un mensaje, yo se lo entregaré.

Desconcertado, Kraft se veía en dificultades para explicar el objeto de su visita. Por último, abrió la billetera y dijo:

—Permítame presentarme. Soy ayudante de investigación en la Universidad de West Coast.

Hampton echó una ojeada a la tarjeta que Kraft le había pasado.

—Psicología —leyó en voz alta.

—He estado investigando la casa en la que tuvo lugar el asalto —dijo Kraft no sin cierto nerviosismo.

—¿Investigando?

—No en sentido policial, se entiende. Han ocurrido allí cosas muy extrañas.

—¿Como cuáles?

—¿Conoce el término poltergismo?

—No. ¿Es una enfermedad?

Kraft se acomodó en la silla. Comprendió que Hampton esperaba que explicara pronto por qué estaba allí, que el abogado debía atender docenas de casos y que

trabajaba hasta tarde por la noche por un sueldo mínimo.

—Los objetos de la casa se desplazan sin intervención humana. Había olores extraños y una especie de nubes, que solían aparecer por la noche y que, al disolverse, lanzaban rayos fríos de luz.

—¡No me diga! —exclamó Hampton y lo miró con mayor atención.

—Ciertos indicios nos han hecho pensar que también pasaban otras cosas. Basándonos en las declaraciones de varios testigos presenciales, hemos llegado a la conclusión de que había algo que aterrizzaba a la señora Moran.

Hampton se recostó en la silla; las sombras oscurecieron la parte superior de su cara, de modo que sus ojos brillaron como dos puntos luminosos. No dejaba de observar a Kraft para decidir si se trataba de un loco o no.

—¿Y qué la aterrizzaba?

—Es lo que necesito preguntar a Rodríguez.

Hampton movió la cabeza, sin dejar de observarlo.

—Lo siento, pero es imposible.

—Necesito verificar...

—Lo que usted necesite no tiene aquí la menor importancia señor Kraft.

Kraft no se movió de la silla. Necesitaba una estrategia, pero se encontraba ante un muro impenetrable.

—Sólo deseo ayudar al señor Rodríguez.

Hampton hizo un gesto en dirección a una carpeta sobre su escritorio, en la que se veía escrito el nombre de Rodríguez con tinta negra.

—No se preocupe por él. Ningún jurado condenaría a un hombre en sus condiciones después que se lea su primera declaración ante el tribunal.

La boca de Kraft se secó y sintió calor en la cara.

—¿La declaración está en esa carpeta?

Hampton la tomó y al abrirla la aproximó a la luz. Kraft vio algunas páginas escritas, una copia con muchos puntos suspensivos y números al borde. Después de releerla, Hampton murmuró, desparramando las hojas por sobre el escritorio.

—El pobre tipo está completamente loco.

Kraft clavó los ojos en las palabras escritas y, por un segundo, se sintió lleno de ansiedad. La declaración de Rodríguez era típica de la mente confusa de un hombre que ha sido detenido a las tres de la madrugada, con las manos y la camisa cubiertas de sangre. Pero a medida que leía, su confianza aumentaba.

Y... algo le acariciaba los senos... No sé cómo explicarle, pero no eran las manos de ella... Y vi que le abrían las piernas, que se las empujaban para que las abriera, y ella empezó a gritar. Todo el tiempo parecía estar abrazando a alguien...

... Estaba a su lado con... con... la silla y golpeé para liberarla de... tenía que hacer que la dejara, itenía que salvarla!... No quería hacerle daño a Carlotta, sólo sacarle esa cosa... de encima que... la aplastaba... y estaba... jodiéndola...

... Vi algo, y ella también lo sentía, que estaba encima de Carlotta. No lo vi con mis ojos, pero tienen que creerme que estaba allí, se lo juro.

La cabeza de Kraft era un hormiguero.

—¿Podría entregarme una copia de esa declaración?

Hampton recogió las hojas y negando con un gesto dijo:

—Es material reservado hasta el juicio.

—¿Y después?

—Está a disposición del público.

—Gracias, señor Hampton. Estoy muy contento de que el caso de mi amigo esté en sus manos —dijo Kraft y se puso de pie.

—Haré lo que pueda por ayudarlo.

Hampton le estrechó la mano con un gesto sencillo y se despidieron.

Kraft se dirigió a la puerta. Tenía la frente bañada en sudor al marcharse del despacho. Hampton se quedó mirando la puerta cerrada. Había algo en ese joven que lo inquietaba; tal vez estuviera tan loco como Rodríguez.

El joven se secó el sudor de la frente y caminó por el largo corredor. El abogado acababa de confirmarle que el proyecto original de investigación se había convertido en algo mucho más complejo, y al desmoronarse las paredes protectoras, el peligro acechaba por conceptos diversos. Peor aún, había vidas humanas en peligro.

—Violada por un espectro —murmuró Kraft.

El azul grisáceo de la noche se había convertido en un resplandor magenta. La doctora Cooley les sirvió café en unos jarros de arcilla.

Kraft miró por la ventana del apartamento de la doctora, como si el cambio de paisaje pudiera proporcionarle alguna pista sobre el próximo paso que había que dar.

—Cinco personas distintas han dicho lo mismo, doctora —dijo Mehan y tomó una galleta de un plato—. Hemos querido ignorar los hechos reales mientras nos dedicábamos a leer medidores y manómetros.

Kraft y Mehan esperaban un comentario de la doctora ya que, incluso para una persona como ella, su silencio duraba demasiado. Parecía irritada, tal vez por tener

que enfrentar algún tipo de publicidad. O pudiera haber consideraciones de otro tipo que ella estaba considerando. La doctora revolvió la crema de su café, y miró por la ventana.

—He tenido casos —dijo— en los cuales las mujeres eran pellizcadas y pinchadas en forma misteriosa, pero nunca algo semejante a esto. Ya sé que hay bastante literatura sobre mujeres y hombres violados por espíritus; los términos *incubus* y *súcubus* fueron acuñados hace muchísimo tiempo. Sin embargo, no hay ninguna prueba que los documente en forma irrefutable.

Los ojos de Kraft brillaron de nuevo, pero procuró calmar la excitación de su voz. A la doctora Cooley le gustaba la dignidad y moderación y se mostraba escéptica ante cualquier entusiasmo. A pesar de todo, el tono resultó exuberante.

—Violación por un espectro.

La sala se hizo silenciosa como una tumba y la doctora suspiró. ¿Hasta qué límites se podía inhibir la imaginación de sus alumnos? ¿Qué grado de libertad necesitaban para descubrir cosas por ellos mismos? Un dilema que todo profesor tiene que enfrentar alguna vez en su vida, especialmente si lo que enseña es una disciplina nueva, donde no existen parámetros y las fronteras se extienden hasta el infinito.

—¿Saben bien en lo que se están metiendo? —preguntó.

Kraft y Mehan se miraron; era una pregunta que nunca se habían planteado.

—No precisan fantasmas. Sus carreras seguirán su curso sin ellos —explicó con aire ausente la doctora Cooley.

—No se trata de nuestras carreras —protestó Mehan.

Hubo otra larga pausa. Kraft aprovechó para examinar el apartamento de la profesora; era la primera vez que lo visitaba y para su sorpresa descubrió muchos libros sobre teatro y arte.

—Antes de que esto termine, empezarán a preocuparse por sus carreras.

Mehan se encogió de hombros.

—No creo que eso sea lo más importante. Estamos ante un hecho sorprendente, algo estremecedor...

—No seas romántico —aconsejó la doctora—. No eres invulnerable, nadie lo es.

—Estamos decididos a seguir adelante —aseguró Kraft—. Y creo que lo mejor sería planear una estrategia.

Pero la doctora pensaba en otra cosa. Si el proyecto abarcaba áreas consideradas poco científicas por las autoridades políticas y económicas de la Universidad, su propia sección se vería en serias dificultades. Mehan, que parecía haberle leído el pensamiento, propuso:

—Podríamos trabajar sin los auspicios del Departamento.

—Tal vez. Puede que sea posible presentarlo como un estudio independiente de postgraduado para que la Universidad no se viera comprometida.

Kraft vio cómo la mañana se transformaba en un hermoso color naranja; había

algo fresco en el aire, algo frío, premonitorio. Incluso peligroso. Parecía la primera mañana en un planeta aún sin nombre.

—Vaya, una inteligencia en una entidad descarnada —dijo la doctora con calma, procurando luchar contra su escepticismo y enfrentar los hechos.

Durante las cuatro horas siguientes discutieron el fenómeno que le había ocurrido a Carlotta. Parecía tener existencia real, existir como una mesa o una silla, pero con otro tipo de existencia, tal vez parecida a la del pensamiento, inmaterial. Lo que sí resultaba curioso era el hecho de que parecía poseer una extraordinaria energía. De acuerdo con la declaración de Jerry Rodríguez, tenía la fuerza de un tornado.

Podía tener dos fuentes diferentes; ser el producto de las áreas atrozmente reprimidas del inconsciente humano, ese inconsciente deformado y oscurecido por las presiones emocionales de la vida, y que puede convertirse en el motor de sueños, alucinaciones, ilusiones y, también, de entidades psíquicas proyectadas en el espacio. La doctora analizó la segunda hipótesis: que se tratara de un choque de la psiquis de Carlotta con otra, en la que inconscientemente se proyectara su propio deseo de autodestrucción, de ser humillada contra su voluntad consciente.

En las últimas horas de conversación, después de beber innumerables tazas de café y revisar cartas y boletines de los centros de Parapsicología de Estados Unidos, Canadá y Europa Occidental, decidieron descartar esta segunda teoría.

—Siempre he creído —explicó a Kraft y Mehan un poco antes del amanecer— que hay otro plano de existencia, tal vez varios, distintos y separados y que nosotros, los seres humanos, sólo habitamos en uno de ellos.

—Esta entidad sería, entonces, independiente de la señora Moran —dijo Kraft.

—Es posible.

—¿Y de dónde viene?

—¿De dónde vienen las estrellas? ¿Y la vida? Antes o después el origen de la vida se convierte siempre en un misterio.

Mehan se frotó los ojos enrojecidos y sonrió desganado.

—Se les ha llamado de muchas maneras: demonios, fantasmas, apariciones...

La doctora sonrió.

—¿Podemos ponernos de acuerdo respecto al término adecuado?

—Ente descarnado. Sí, creo que esta definición es la más apropiada. Una existencia que no posee un cuerpo.

El sol se abrió paso por entre las nubes.

—Ente descarnado —repitió Kraft.

Era como si hablara con él, como si le implorara que se hiciera presente, aunque sólo fuera por una vez, en medio de la dura realidad de las certezas científicas.

—¿Cómo lo contactaremos? —preguntó la doctora.

Y se produjo un silencio denso que pesaba sobre ellos. La doctora preparó más café y Kraft se pasó las manos, confuso, por los ojos. Especuló:

—Supongo que podríamos llamarlo; de alguna manera encontrar una forma de

que aparezca en una situación que podamos controlar. Debemos examinar esa posibilidad.

La doctora objetó.

—Eso sería imposible en casa de la señora Moran. Es preciso poder controlar todo el ambiente y cada una de las variables físicas conocidas.

Kraft golpeó la mesa con los dedos.

—Lo importante —prosiguió la doctora Cooley— es que no hay bibliografía alguna que pueda ayudarnos. Es algo que nunca se ha intentado antes.

Mehan cerró los ojos y, cuando parecía haberse quedado dormido, dijo:

Gene, creo que lo que debemos hacer es crear un sistema que nos permita controlar todo el ambiente de la casa de la señora Moran, de forma que el ente se sienta atraído para manifestarse.

—¿Te das cuenta de lo que costaría? —preguntó la doctora.

Pensar en lo que se necesitaría para conseguir el equipo necesario, les hizo tener que enfrentar un obstáculo insalvable. La doctora propuso, vacilante:

—Podríamos pedir fondos a la Roger Banham Foundation.

Los dos la miraron. Ella estaba dispuesta a arriesgar su reputación por sus alumnos. El respeto que sentían por la doctora se hizo perceptible en sus ojos.

Kraft, Mehan y la doctora se reunieron por segunda vez esa misma mañana. Estuvieron encerrados dos horas antes de ir a reunirse con el Decano Osborne. La agenda indicaba que sólo tenía una reunión con miembros de la Escuela de Medicina, que tenían un problema administrativo. Pero la doctora tenía experiencia académica y sabía que en la agenda de un Decano jamás se programan dos reuniones para un mismo día, a no ser que se trate de algo muy importante.

—Se nos echarán encima —dijo.

—Es ese maldito psiquiatra residente, él está detrás de todo esto —se quejó Mehan.

—¿Qué haremos? —inquirió Kraft.

—Aceptaremos lo menos que nos sea posible, pero todo depende de ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Propondrán una investigación para comprobar si somos responsables de algún acto incorrecto desde el punto de vista profesional. Al menos, es lo que deberían proponer si desean ser justos. Lo peor que podemos esperar es que cancelen el proyecto.

—No pueden cancelarlo, porque está fuera de su jurisdicción.

—Pero habrá una amenaza implícita —advirtió la doctora Cooley—. O cancelan el proyecto o cancelamos la sección.

Se escuchó el sonido de una campana lejana. Miraron la hora. Eran las 10:30. Tenían quince minutos antes de la reunión con el Decano.

Muy nerviosos, Kraft y Mehan llevaron con ellos las fotos, los esquemas y manuscritos de artículos que pensaban publicar en revistas científicas. Pretendían convencer con su argumentación, y poder explicar, tanto al Decano como a los miembros de la Escuela de Medicina, la naturaleza de su proyecto de investigación en especial la parte que se refería al ente descarnado. Decidieron que, en vez de situarse a la defensiva, lo que debían hacer era atacar.

A un lado de la mesa redonda se sentaron Morris Halpern, Decano de la Escuela de Medicina, el doctor Henry Weber y Gary Sneidermann, que daba golpecitos impacientes con los dedos sobre una pila de carpetas que tenía enfrente. Kraft comprendió que también el joven psiquiatra se había preparado para la entrevista. Mehan tuvo la misma impresión. La sesión no se limitaría a unas simples discusiones, y la doctora Cooley les había advertido que conservaran la calma y no se mostraran agresivos. No confiaba mucho en los médicos, quienes deberían haberla apoyado.

El Decano Osborne empezó la reunión diciendo:

—Lamento que el Director del Departamento de Psicología no se encuentre presente, pero el doctor Gordon tenía que dar una conferencia y ha presentado sus excusas.

Weber pensó que la verdadera razón de que Gordon no estuviera presente era, sin duda, que no tenía ganas de verse envuelto en una batalla entre académicos. Esta actitud dejaba a la doctora Cooley, sentada a su lado, sin apoyo alguno. Pero él sabía que el Decano Osborne era un pacifista nato, aficionado a las componendas, y con el que era preciso tener cuidado.

Osborne prosiguió:

—Tenemos un pequeño problema que resolver, un conflicto entre dos Departamentos, uno de ellos representado por el doctor Weber y el otro por la doctora Cooley. Creo que podemos empezar la discusión.

Se dirigió al doctor Weber, quien empezó su exposición con mucha calma.

—Bajo nuestra responsabilidad tenemos el caso de una mujer que sufre alucinaciones y un agudo síndrome de ansiedad. Diagnosticamos una neurosis histérica, pero después de observar el rápido deterioro de sus defensas mentales creemos, más bien, que se trata de un caso de esquizofrenia. No sólo sufre alucinaciones visuales y auditivas sino que además tiene el cuerpo lleno de rasguños y heridas, productos de su conducta psicótica. Recomendamos que se la hospitalizara, pero ella decidió interrumpir la terapia.

Weber hizo una pausa. Se dio cuenta de que los dos jóvenes que tenía sentados enfrente, y a los que no había mirado hasta ese momento, se movían nerviosos en sus asientos.

—El psiquiatra residente, a quien se encomendó el caso, visitó a la paciente en su

casa, y la encontró con los dos estudiantes cuyos nombres aparecen en el resumen que hemos presentado. Estos dos jóvenes estaban instalados allí con una serie de elementos electrónicos y gráficos, y su propósito era obtener mediciones físicas de las alucinaciones de la enferma.

El Decano Halpern tuvo que mirar hacia otro lado para ocultar su sonrisa irónica. Weber prosiguió:

—Es importante, Decano Osborne, que comprenda usted exactamente lo que acabo de decir. No discutimos la validez del experimento ni su derecho a hacer un estudio del caso, bajo la supervisión del Departamento al que estos jóvenes pertenecen. De lo que protestamos es de que, al alimentar el convencimiento de la paciente de que sus alucinaciones eran reales, le han producido un grave daño físico y psíquico. Y es respecto a este último punto que la Universidad debe tomar una decisión, y cuanto antes.

—La situación es mucho peor... —interrumpió Sneidermann.

—Un momento, por favor, Gary —dijo Weber.

Se inclinó hacia adelante y habló con toda la autoridad de su experiencia médica, sin quitar sus ojos de los de Osborne, que parecía indeciso sobre qué actitud adoptar.

—Debido a la actitud de estos dos jóvenes, la alucinación de la señora Moran adquirió tales proporciones que logró transmitirla a su amigo, quien, el viernes pasado, le destrozó una silla en la cabeza, convencido de estar golpeando a un ser real en la oscuridad.

Osborne tragó saliva y dijo:

—La Universidad no puede responsabilizarse de eso.

—De acuerdo, pero eso no es lo que se discute aquí. Decano Osborne —dijo Weber—, sino el hecho de que casi la matan. ¡Y no quiero que asesinen a mis pacientes! —Se inclinó aún más para hablar directamente a Osborne—. Lo grave es que las fantasías de la enferma han recibido apoyo de dos estudiantes sin la menor experiencia en psiquiatría; ni siquiera en psicología clínica. Y me veo obligado a solicitar que sean sancionados.

Al darse cuenta de que Weber había terminado, el Decano se agitó incómodo y preguntó:

—¿Tiene usted algo que agregar, Decano Halpern?

—Sí. Cuando un médico asume la responsabilidad de tratar a un paciente, Frank, asume también la responsabilidad de actuar como lo harían otros médicos con ese mismo paciente. Y si no lo hace así puede ser demandado por mal ejercicio de la profesión. Hay límites para la investigación sobre cualquier paciente; es preciso advertirle sobre lo que uno se propone hacer, debe existir una autorización escrita del enfermo, es indispensable que la investigación se base sobre una hipótesis específica, se debe contar con un comité académico que analice los resultados. En otras palabras, estos jóvenes no han llevado a cabo un experimento en la forma en que es obligado hacerlo en el mundo médico y científico.



—Comprendo —dijo Osborne.

—Y lo que he dicho no significa que lo hayan hecho con mala intención —agregó Halpern, dirigiéndose a la doctora Cooley—. La situación es grave, Elizabeth, y espero que comprendas mi punto de vista.

La doctora Cooley tuvo la sensación de haber caído en una trampa; el anonimato había sido su defensa durante los treinta años que había dedicado a la investigación, pero, por otra parte, era obvio que los despellejarían si ella no hacía algún tipo de defensa. El ánimo que prevalecía entre los asistentes era que su sección no ejercía una función terapéutica, sino que muy por el contrario, se trataba de algo perjudicial. Y ella tenía que defenderse. Aceptaría las sanciones que aplicaran a Kraft y a Mehan, pero tenía que asegurarse de que no se tomarían más medidas contra su embrionaria sección de Parapsicología. Con voz serena dijo:

—Se trata de un problema delicado, Frank, pero es preciso entender mejor la situación. En primer lugar, tenemos el consentimiento escrito del paciente; ésa es una precaución que no olvidamos nunca. En segundo lugar, la paciente había interrumpido la terapia antes de ponerse en contacto con nosotros. Jamás interferimos en una relación paciente-médico.

—Firmó la autorización porque estaba enferma —objetó Sneidermann—. Y el hecho de que no hubiera venido a la clínica para nuestras entrevistas no significa que...

—Disculpe —dijo la doctora Cooley—, pero la paciente misma nos informó que había terminado su terapia con el psiquiatra. Y tengo entendido que se negaba a hablar con usted incluso por teléfono. ¿O me equivoco?

Sneidermann se ruborizó intensamente.

—La paciente tenía el derecho legal y médico de hablar con quien quisiera y de invitar a su casa a quien le pareciera oportuno. Sobre la base de esta premisa nos decidimos a actuar. Nunca hemos ofrecido consejos médicos ni tratamiento alguno. Y eso está claramente estipulado en el consentimiento escrito que nos otorgó la paciente, donde se señalan los límites de nuestra investigación. Y por lo que a nosotros concierne, una investigación de este tipo no tenía por qué producir resultados negativos para cualquier tratamiento psiquiátrico al que estuviera sometida.

Osborne precisó:

—Pero la presencia de tus alumnos, Elizabeth, parece haberla convencido de la realidad de las alucinaciones que sufría.

La doctora Cooley titubeó; deseaba evitar verse obligada a defender la disciplina que enseñaba, que era el agujero en el que siempre habían querido hundirla. Habló con cuidado, porque tenía la esperanza de sortear el obstáculo.

—La presencia de nuestros alumnos la alivió y estaba muy agradecida de que nos interesáramos en su problema. Y debo dejar muy en claro que los ataques, que ahora sabemos consistían en horribles pesadillas de contenido sexual, se interrumpieron por

completo durante el periodo en el que instalamos nuestros equipos de investigación. De modo que no puedo aceptar la acusación de que hemos agravado su enfermedad. Todo lo contrario, parecía más confiada, alegre, incluso más segura de que fuera posible su curación.

Osborne se dirigió al Decano Halpern y al doctor Weber, quienes miraron a la doctora Cooley con un respeto mezclado de disgusto.

—¿Qué puede responder, doctor Weber? —preguntó Osborne.

—Todos sabemos que la fase más peligrosa para cualquier paciente es cuando lo liberamos de sus síntomas y queda vulnerable e indefenso. Y en el momento preciso en que la señora Moran se encontraba en esa fase, estos dos jovencitos aparecen para asegurarle que sus alucinaciones eran reales. Por supuesto que tenía que sentirse dichosa. Es una histérica. Y así no tiene que enfrentar su verdadero problema. Y tal como están las cosas no creo que lo enfrente ya nunca.

Osborne miró a la doctora Cooley. Una cierta irritación empezaba a hacerse manifiesta y temía una confrontación desagradable. Odiaba la exhibición de emociones y las discusiones. Y haría lo imposible por evitar que se produjeran.

—¿No estamos omitiendo el verdadero problema? —interrumpió Kraft—. En el fondo, ¿no se trata de saber si es posible tener más de un punto de vista que también sea válido?

Osborne parpadeó antes de preguntar:

—¿Qué quiere usted decir?

La doctora Cooley intervino rápida.

Lo que quiere decir es que si su personalidad se está desintegrando, desde el punto de vista psiquiátrico, entonces lo más probable es que se encamine a un posible suicidio o a una completa desintegración de su personalidad, que podría ser definitiva. Y, por consiguiente, es mejor para ella que no se le destruyan los síntomas de su enfermedad hasta que recupere las fuerzas necesarias. Enfocado así el problema, de hecho estamos ayudándola, siempre desde el punto de vista psiquiátrico.

«Muy hábil», pensó Sneidermann. Sin duda la mujer sabía de lo que hablaba. ¿Quién era y por qué defendía a un par de imbéciles?

—Frank —dijo el Decano Halpern—, las reglas de la Universidad son bien precisas. Si no se es médico o residente bajo la supervisión de otro médico, no se pueden establecer relaciones profesionales con un paciente. Estoy a favor de todo tipo de experimentación, pero dentro de ciertos límites. Y en ese sentido la Universidad es bien clara en su reglamento.

—Así es —confirmó Osborne.

El doctor Weber agregó:

—Nada puede anteponerse al bienestar de un paciente.

El Decano Osborne había llegado a una conclusión y ya era hora que manifestara sus opiniones. Decidido, manifestó:

—Creo que podemos llegar a un acuerdo, Elizabeth. Puedes continuar con tus experimentos, pero no con la señora Moran. Es lógico que su terapia psiquiátrica tenga prioridad por sobre cualquier otra consideración.

La doctora Cooley pensó que había salido mejor de lo que esperaba de la situación e hizo un gesto de asentimiento.

—Está bien, acepto —dijo.

—Un momento —exclamó Kraft.

Osborne miró en dirección a los dos estudiantes sentados en un extremo de la mesa. La interrupción era inconcebible. La reunión había sido dada por terminada.

—¿Qué desea? —preguntó impaciente.

—Que discutamos el verdadero propósito de esta reunión.

—Creo que es mejor que nos retiremos —propuso la doctora mientras juntaba sus papeles—. El Decano Osborne ha sido muy justo con nosotros.

—Por el contrario, lo que quieren es hundirnos.

El Decano Osborne miró a Kraft con irritación, y preguntó malhumorado.

—¿Le parece que lo hemos tratado injustamente? ¿Está usted en desacuerdo con lo que se ha decidido?

Kraft se puso de pie y seleccionó algunas de las carpetas que tenía delante. Las abrió lentamente una a una y desplegó unas fantásticas fotografías de colores iridiscentes que parecían explotar en el vacío. En medio del silencio del grupo, exhibió una y después otra y otra y otra, hasta que, a pesar de sí mismo. Osborne sintió curiosidad por saber qué eran.

—Nada de esto tiene relación con un fenómeno médico —explicó Kraft.

Enseñó una ampliación de una lluvia amarilla de chispas.

—¿Es esto un fenómeno psiquiátrico?

—¿Qué significa este espectáculo? —quiso saber el doctor Weber.

Kraft alzó las dos fotos de Carlotta; en una se la veía normal nerviosa y perdida entre las sombras de la cama; en la otra, era una figura vaga contra la silueta de la pared, y el borde de la cama parecía estar disuelto en luz. Con voz fuerte. Kraft dijo:

—¡Las alucinaciones no pueden fotografiarse. Decano Osborne!

El Decano se sintió profundamente incómodo; era demasiado tarde para hacerlos salir de la sala, y su situación era inconfortable. Se suponía que tenía que responder al alumno y la verdad, no sabía qué decir.

—¿Qué significa toda esta estupidez? —explotó Sneidermann.

Kraft aproximó las fotos al Decano y dijo:

—¿Comprende contra lo que estamos luchando, señor? Se les pueden enseñar fotos, medidas precisas, grabaciones exactas. ¡Nada les hace cambiar de opinión! Y usted es nuestra última esperanza.

Osborne, cada vez más incómodo, miró la hora en su reloj de pulsera. Tenía muchísimo calor.

—La verdad es que no veo...

—¿Quiere estudiar nuestros análisis?

Kraft abrió una de las carpetas y sacó un conjunto de documentos; entre ellos había excelentes gráficos y fichas manuscritas que indicaban un perfecto sistema de anotaciones.

—¿Quiere estudiar nuestra documentación?

Mehan le alcanzó otra carpeta por sobre la mesa. Kraft la abrió y extendió una serie de gráficos y testimonios dactilografiados, cada uno firmado por una persona distinta.

El Decano Osborne contempló estupefacto a los dos estudiantes.

—¡Estudie todo este material. Decano Osborne! Descripciones del fenómeno narradas por personas que lo presenciaron.

La doctora Cooley estaba sorprendida; Kraft tenía dominado al Decano, al menos por el momento. Todo había salido a la luz y los riesgos eran inminentes. Ya no había posibilidad de volverse atrás. O destruían su sección, y con ella su carrera, o no volverían a ignorarla nunca más, y podría trabajar de manera normal, por primera vez en quince años.

Kraft estaba muy erguido; la camisa con un planchado perfecto, corbata, y una chaqueta que se ajustaba a su figura pequeña pero bien proporcionada. Le hablaba directamente al Decano Osborne, porque intuía que era el más fácil de convencer.

—El caso de la señora Moran es el más interesante de cuantos fenómenos físicos se han estudiado hasta el presente. No es ninguna sorpresa que la psiquiatría convencional haya sido incapaz de ayudarla, repito, incapaz. Lo único que han logrado es interferir con nosotros, en su obstinación por convencerla de que este fenómeno, que usted puede ver por sí mismo, Decano Osborne, no era más que el producto de su imaginación. —Kraft giró para enfrentar al doctor Weber—. Es usted quien le está creando una psicosis al decirle que no vive en la realidad, al insistir que está loca, cuando, en realidad, lo único que le ocurre es que ha establecido contacto con un aspecto de la realidad del que sabemos muy poco.

—Gracias por la lección, Einstein —se burló Weber.

—¿De qué tiene miedo? —preguntó Kraft furioso.

—¿Yo? Sólo temo que usted sufra un ataque de nervios.

—No. Teme estar obsoleto. Reconózcalo. La Psiquiatría se encuentra en un callejón sin salida y vive de planteamientos cubiertos de telarañas que heredó del siglo pasado. Viven en discusiones interdisciplinarias, de substanciosas donaciones y elegantes revistas. Pero detrás no hay nada sólido. Ya no. ¿Por qué la gente ha dejado de creer en ustedes? ¿Por qué existen miles de corrientes psiquiátricas confusas, todas en una lucha desesperada por comprender los cambios del Universo?

Osborne golpeó sobre la mesa, pero Kraft había terminado de hablar, convencido de haberlo intentado todo. Mehan le dio una palmada en la espalda.

Sneidermann se preguntó si el daño que habían hecho a Carlotta era irreparable; sabía que a ella la impresionaban los términos científicos e ignorante como era no

tenía armas con que defenderse de tanto sofisma.

El Decano Osborne empujó su silla para ponerse de pie y dijo:

—El acuerdo se mantiene, doctora Cooley. Recibirá instrucciones por escrito esta misma tarde, y me permito recordarle que su cumplimiento es obligatorio.

—Gracias. Creo que ha sido usted justo y cumpliremos sus instrucciones.

Kraft estaba furioso; había resultado imposible influir en una mentalidad como la del Decano, un esclavo manejado por el Decano Halpern y el doctor Weber.

Al salir, Weber se aflojó el nudo de la corbata.

—Nunca antes había escuchado tanta tontería junta —dijo.

Jerry Rodríguez se sujetaba la cabeza con las dos manos. En la confusión de luces y sombras del amanecer en su celda no sabía si estaba cuerdo o loco. Le dolían los brazos y el pecho, su mente era un torbellino. Cada vez que pensaba en Carlotta, veía algo monstruoso brillar en la oscuridad. Con un gemido apoyó la cabeza contra la pared.

La amaba. ¿Pero quién era ella? ¿En qué consistía su poder para hacer que él viera cosas que no existían? Ese poder que la hacía actuar como si estuviera... Se estremeció. Los celos lo golpearon como una pelota de fuego. ¿Qué era eso que la hacía gemir de esa manera, como él no lo había conseguido nunca?

Los ruidos de las celdas vecinas lo sobresaltaron. ¿Dónde estaba? ¿En qué clase de animal se había convertido que era preciso tenerlo en una jaula? Corrió hasta los barrotes y los golpeó mientras gritaba. Un sargento asomó la cabeza en una esquina y Jerry, asustado, volvió al camastro.

Tenía la sensación de que su inteligencia había sido violada, multada por una pesadilla espectral que le hacía dudar de su cordura. Nunca volvería a ser el mismo. ¿Cómo podía Carlotta haberle hecho una cosa semejante?

Intentó cerrar los ojos. Miles de gemidos resonaron en la celda. La vio alzar las caderas para un ser invisible, *invisible*. Abrió los ojos. Tenía el cabello empapado de sudor. Se pasó las manos por la cara, como si quisiera despertar. Pero todo era inútil. ¿Qué había visto? ¿Qué?

Sin duda, ella le había contagiado. Esas cosas ocurrían. Y uno se hace sugestionable. Vulnerable. Indefenso. El amor le hacía a uno esas jugarretas. Y la locura se contagiaba. Y ésa era la peor enfermedad de todas. Jerry lo sabía bien.

Había ocurrido lo mismo aquí, en Los Angeles, detrás de la panadería donde trabajaba su padre. Recordó sus caminatas por las calles de su juventud, por los terrenos baldíos en los que se amontonaban los coches, frente a las manchas de licor de las botellas rotas en los callejones, hasta llegar a la pequeña casa de madera en la que vivían. El olor a aceite de oliva, los viejos periódicos, frijoles y tortillas, los platos sucios en el fregadero, sus hermanas en la escalera con esas muñecas harapientas. Pero todo eso no era nada. La verdadera oscuridad se encontraba en el

interior de la casa.

Incluso entonces, Jerry sabía que hay dos clases de enfermedad. Una era la del abuelo, toses, vómitos y, por último, la muerte. Terrible. Pero había otra que era incluso peor, que avergonzaba. Desde el umbral de la puerta veía a su madre en el maloliente dormitorio cubierto de polvo, recostada sobre la cama con su vieja bata y la cabeza cubierta de vendas sobre heridas imaginarias.

Su madre rezaba a Jesús para que la librara de los guardias fronterizos. Y ellos tenían su pasaporte. Hablaba con una tía. Pero la vieja señora había muerto y estaba enterrada en Ensenada. Jerry la observaba; su conversación era tan animada y amistosa. Parecía tan natural y sana. Pero no había nadie con ella. Hablaba sola.

Entonces, Jerry descubrió que era vulnerable a la locura. No había guardias fronterizos en el vecindario, pero siempre miraba por la ventana antes de marcharse al colegio. Era como si se sintiera obligado a compartir la locura de su madre, como si tuviera que hacerlo. Y cuando ella hablaba con su tía, Jerry sentía la otra presencia, a pesar de que estaba muerta desde antes de que él naciera. Jerry cerraba la puerta del dormitorio de su madre y se quedaba afuera. Incluso cuando ella lo llamaba, él se quedaba afuera.

Lanzó un grito. Y Jerry se cubrió los oídos para no escucharla y permaneció en el patio. No se movió de allí cuando su padre salió de la panadería, las manos cubiertas de harina, y corrió a la casa. Jerry tuvo miedo de entrar en casa. Sabía que su madre estaba entre serpientes, piojos, escorpiones, y él no quería verlos.

Los gritos no cesaban. Su padre salió a buscar ayuda, los ojos desorbitados. Sin saber lo que hacía se subió al camión y fue a buscar a unos amigos. Y ella seguía gritando.

Entró, como atraído por un imán. Sobre la mesa de la cocina había una botella de lejía casi vacía. Jerry supo que ya era demasiado tarde. Su madre respiraba entre espasmos y empezó a temblar como lo hacen los perros que se han comido el veneno para ratas. Inmóvil, observó temblar a su madre.

Jerry se limpió la frente e imploró perdón. Todavía le tenía miedo; ella era el centro de su existencia, pero lo maldecía con cada bocanada de aire que lanzaba.

¿Por eso lo perseguían? ¿Por eso veía monstruos en su imaginación?

Con un suspiro llamó a Carlotta.

La había visto avanzar y retroceder las caderas en la cama, y estaba sola. Era una coincidencia extraña que las dos mujeres más importantes de su vida hubieran sido locas. ¿Había algo en él que lo impulsaba a aceptar como reales las alucinaciones de los demás?

Se dejó caer del camastro. La luna estaba detrás de la cárcel. No había luz en la celda. Su existencia corría peligro. Y no sabía de dónde sacar la fuerza necesaria para separarse de Carlotta. Pero tenía que hacerlo, si no deseaba enloquecer.

Carlotta salió del hospital ocho días después de su ingreso. Billy la llevó en coche a la casa de Kentner Street. Fue un viaje lento, silencioso y fúnebre, con algunas paradas ocasionales para poner agua en el radiador, que aún goteaba. Para ambos era un regreso a la desesperanza.

Carlotta quedó sorprendida al no encontrar a Kraft y a Mehan en el *living*. Tampoco había ningún otro estudiante, y se habían llevado el equipo electrónico. Todo.

Miró a Billy. El chico tenía la vista baja. No había tenido el valor de hacérselo saber, y ahora explicó con sencillez.

—Se han marchado, mamá.

Carlotta movió la cabeza. No podía imaginar por qué. Tenía miedo. Le habían prometido ayuda. ¿Por qué la abandonaban? Si les faltaba dinero, tendrían que habérselo dicho y entonces habría comprendido.

Todavía llevaba la cabeza vendada y el cabello afeitado en algunas zonas. Un dolor sordo le martilló en las sienes.

—Estás pálida —dijo Billy.

—Me siento mareada.

Se sentó en el sofá.

—Sería mejor que te acostaras —aconsejó el chico.

—Sí, me iré a la cama.

Se desnudó y se metió entre las sábanas. Tuvo algún mareo, como le ocurría desde que recibiera los golpes en la parte derecha del cráneo. Sintió una náusea que creció y la recorrió entera antes de desaparecer.

—No te marches, Billy.

—No te preocupes. Estaré siempre contigo.

Poco a poco la habitación dejó de girar y las cosas parecieron estabilizarse; dormitaba y, de vez en cuando, abría los ojos. Vio a las niñas que la observaban. Después ya se habían marchado. Oscurecía. Se sintió caer en el vacío. Una mano cálida tomó la de ella.

—Estoy aquí mamá —dijo Billy.

Ella asintió. Tenía la cara cubierta de sudor, que Billy secaba con un paño suave. Mantuvo la mano de su hijo apoyada contra la mejilla un rato y después se durmió.

La casa estaba cada vez más oscura. Los grillos cantaban melódicos. Un inmenso dolor llenaba el mundo entero. Y Jerry no estaba a su lado. Por todas partes la oscuridad era infinita y gélida. Jerry se había marchado. Nada era normal. Y nunca podría volver a serlo.

Carlotta gimió en su sueño. Las imágenes de Jerry iban y venían por su cabeza. Lo vio recostado a su lado, con una copa de champaña en la mano. Se inclinó para besar sus labios fríos y húmedos. Recordaba haberle pasado la bata. Abrió los ojos y

se secó las lágrimas. Las paredes y el techo se veían extraños, pues no habían quitado las planchas de corcho que los cubrían. Y con un temblor helado recordó lo que significaban esas planchas cubiertas de cruces blancas. Era un instrumento para fotografiar a un monstruo que...

*Escuchó un crujido.*

Miró a su alrededor. Nada. La noche se había convertido en un vacío tan frío como la estratosfera. Y la soledad le agarrotó el cuello con sus punzadas de alfileres y agujas. Escuchó a Billy en la cocina.

*Otro crujido.*

Y un trozo de una de las planchas de carbón cayó al suelo. Se sentó. La pared parecía estar cambiando de forma. Un clavo rodó por el suelo hasta que el sonido desapareció en la oscuridad. La plancha se balanceó antes de caer, rebotar y quedarse inmóvil.

*Dos crujidos.*

Miró en dirección al lugar de donde procedía el ruido. Se rasgó el cartón de la pared opuesta y los clavos saltaron por el aire. Fragmentos de corcho la salpicaron entera. Un trozo de la pared quedó al descubierto al abrirse la plancha, que era destrozada y terminó, finalmente, por golpear contra la puerta.

*—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.*

Una risa suave y viciosa la rodeó.

Todas las planchas se abrieron y el corcho se desintegró; gran des trozos revolotearon por la habitación como si fueran lejanas constelaciones. Todo flotaba en un ritmo lento, y los trozos de cemento de la pared agregaban un efecto de nieve al torbellino. Cuando el corcho adquirió una tonalidad azul y verde, se produjo una calma lenta y multicolor.

*—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.*

Con la segunda carcajada, el ritmo adquirió velocidad. Los objetos se movían cada vez más deprisa y hacía frío, mucho frío. Carlotta ya no podía ver las paredes desnudas: el aire estaba lleno de trozos de corcho, clavos, cintas adhesivas blancas, que adquirirían una tonalidad iridiscente. Un remolino brillante como joyas se coaguló sobre su cama.

*—¡Bienvenida a casa, puta!*



El 4 de abril, el doctor Shelby Gordon, Director del Departamento de Psicología, cumplió las órdenes del Decano Osborne y suprimió dos salas de las destinadas a la sección de Parapsicología, entregándoselas a la sección de Psicología de la Conducta.

—Necesitamos esas salas —explicó a la doctora Cooley—, y puesto que se trata del mismo equipo, fregaderos y elementos eléctricos...

La doctora estaba lívida.

—De manera que mi sección será la misma de esos psicólogos y sus ratas —dijo furiosa—. ¿Y en qué espacio trabajaré yo?

—Puedes trasladar tu equipo al despacho y utilizar las aulas con un sistema rotativo, compartiéndolas con otras secciones.

—¡Necesito el laboratorio!

El doctor Gordon se mostraba evasivo y parecía molesto. Su viejo amigo de tantos años evitaba mirarla.

—¿Es una orden del Decano Osborne, verdad? —preguntó la doctora.

Él no respondió.

—Shel, después de tantos años de amistad, creo que tengo derecho a que me digas la verdad. Es un primer intento para deshacerse de nosotros, ¿no es así?

—Supongo que sí.

—Pero si sólo disponíamos de tres aulas y un despacho.

—¿Qué quieres que te diga, Elizabeth? Ésta no es una decisión que haya tomado yo, y aquí hay que obedecer las órdenes de Osborne.

La doctora encendió nerviosa un cigarrillo.

—¿Crees que pienso quedarme callada?

—No sé qué otra cosa podrías hacer.

—Obligarlo a darme una explicación.

—No te lo aconsejo.

—¿Por qué no? En las condiciones que me ha impuesto me es imposible hacer ninguna investigación. Y tengo el derecho a que se me escuche.

El director hizo girar su silla y al mirarla a los ojos comprendió que Elizabeth hablaba en serio.

—Elizabeth, no solicites una reunión del Claustro. ¿Qué conseguirás rebelándote?

La doctora se paseaba por el despacho mientras fumaba.

—Puede que nada, pero está en juego un principio: el de la libertad académica. Es verdad que nuestra investigación sobre la señora Moran bien pudiera haber estado ciento por ciento mal planteada; pero no se han limitado a suprimir ese proyecto sino que, además, nos quitan el espacio físico mínimo del que disponíamos. Y tú sabes, igual que yo, cuál será el próximo paso.

—No te enfades. Se trata de una medida a la que tienen derecho, un simple

traslado físico.

—¡Tonterías! ¿No comprendes que mi sección es una de las últimas que las grandes universidades han aceptado que se dedique a la Parapsicología? ¿Sabes por qué? Porque yo he sido siempre muy cauta y he evitado lo misterioso como si fuera la peste; no me meto con nadie, no hago ruido, y puedo asegurarte que cada uno de mis experimentos ha sido verificado tantas veces que Freud se ruborizaría por irresponsable si comparara los suyos con los míos. Pero no estoy dispuesta a permitir que me arrojen al cubo de la basura, y ésas son sus intenciones. Detestan la Parapsicología y todo lo que representa.

—Elizabeth...

—¿Cuándo es la próxima reunión del Claustro?

—El Decano te detestará si intervienes, y ése es un error que puede ser fatal.

—No tengo otra alternativa.

El Director abrió una carpeta y una serie de papeles volaron por el suelo. Inscibió la moción de la doctora y dijo:

—Buena suerte, pero dudo de que ganes.

Ella sonrió.

—Ganaré. Lucho por mantener la libertad académica.

La luz del sol se filtraba por entre las palmeras que, en maceteros de madera, estaban colocadas ante las ventanas del gran salón donde se reunía el Claustro. Había más de trescientas personas de distintas edades y razas, trajes y peinados. La mayoría de las mujeres llevaban vestidos muy simples y peinados tradicionales, algunos de los hombres tenían una ligera barba; otros presumían de grandes frondosidades capilares que les llegaban hasta las orejas; uno que otro llevaba el pelo largo hasta los hombros, y algunos tan corto que podía vérselos el cuero cabelludo. Pero todos eran educados, reservados, formales. Detrás de su aspecto controlado había una gran frustración, que sólo se manifestaba en el cruzar y descruzar de piernas, los nerviosos gestos con las cejas, las páginas con el temario arrugadas entre sus manos. Estas reuniones no aportaban nada a sus vidas llenas de ocupaciones y trabajo en la Universidad.

Un hombre delgado, prematuramente calvo, subió al podio.

—El primer profesor que tiene la palabra en esta reunión es la doctora Elizabeth Cooley, del Departamento de Psicología.

El hombre se bajó del podio mientras varios de los profesores que habían llegado tarde, procuraban ocupar, inadvertidos, las últimas filas. Uno de ellos tropezó con una silla y se dejó oír un gran estruendo.

La doctora Cooley se dirigió de inmediato a la plataforma. Ante ella se encontraban los representantes, designados por votación, de los Departamentos de Inglés, Historia, Bellas Artes, en fin, de todas las secciones de la Universidad. Todos

eran iguales y cada uno podía hablar con entera libertad. El grupo al que iba a hablar representaba la última esperanza para su sección. Ni el rector ni el vicerrector perderían un segundo de su tiempo en escuchar sus problemas. No sin cierta aprensión vio entrar a Kraft y Mehan, pero tuvo la esperanza de que no intervinieran.

—Señor presidente, miembros del Claustro. El motivo de mi presencia aquí se debe a un problema, que no habría sido necesario plantear si no estuviera relacionado con uno de los principios fundamentales de nuestra institución: la libertad para realizar investigaciones en forma libre e independiente.

Los profesores se quedaron quietos; se trataba de algo que interesaba a todos. A algunos por razones ideológicas, a otros porque eran conscientes de que una amenaza a uno de ellos representaba una amenaza para todos. Habían aprendido a unirse ante cualquier intento por disgregarlos o separarlos con el objeto de utilizar la Universidad para fines puramente políticos o económicos.

—Soy la directora de una pequeña sección experimental dentro del Departamento de Psicología. Se nos otorgó hace diez años el derecho a investigar en forma autónoma y a hacer publicaciones, y por ese privilegio siempre nos hemos sentido muy agradecidos.

Hablaba bien, modulaba las palabras con serenidad y dignidad. Tenía que hacerlo. Su posibilidad de sobrevivir estaba en riesgo.

—Sin embargo, se han ordenado ciertos cambios que significarían la desaparición de nuestra unidad independiente; esas órdenes no han sido dadas por el Director del Departamento, como estipula el reglamento de la Universidad, ni tampoco por un comité responsable del currículum académico, como se exige para modificar las estructuras de los departamentos. La decisión fue tomada bajo la exclusiva responsabilidad del Decano Osborne, quien nos la impuso en una circular fechada el 4 de abril.

A muchos miembros del Claustro no les gustaba el Decano Osborne. Pensaban que por carecer de un doctorado no tenía la dignidad académica necesaria para ocupar un cargo de tanta responsabilidad. Y la doctora Cooley sintió que parte de los presentes se ponían de su parte.

—Si hubiera habido unanimidad en el Departamento o si se me hubieran explicado las razones para querer nuestra supresión, es probable que yo hubiera aceptado la situación. Pero los hechos no han sido así; muy por el contrario, y tres de nuestros laboratorios han sido destinados a otra sección en la mitad del semestre académico. Además, hemos perdido las aulas y, no tengo la menor duda, muy pronto nos eliminarán por completo.

Elizabeth Cooley hizo una pausa para echar una ojeada a sus notas y vio al doctor Weber sentado en la tercera fila. Todos la escuchaban con profunda atención.

—Pido al Claustro que vote una moción solicitando al Decano Osborne que deje sin efecto la circular del 4 de abril y nos devuelva el espacio del que disponíamos, por lo menos hasta que un comité pueda estudiar el problema, si es que él insiste en su

decisión.

Hubo un murmullo de aprobación.

Ella miró el mar de caras que tenía delante y dijo:

—Me gustaría que se abriera debate sobre el tema.

Un hombre delgado, del Programa de Estudios Latinoamericanos, se puso de pie. Parecía temblarle la mano derecha.

—Tal vez sería conveniente saber qué motivó la decisión del Decano Osborne antes de aceptar la moción de la doctora Cooley. Creo que usted debe probar que se trata de un problema de principios, y no un simple traslado físico, problema que todos sufrimos de vez en cuando.

Lo maldijo en su interior, pero comprendió que, tarde o temprano, habría tenido que enfrentar una posición parecida. Inhaló y se propuso ser lógica y, al mismo tiempo, despertar las simpatías del auditorio.

—El área de nuestra especialidad difiere del resto de las ciencias psicológicas en un solo aspecto. Todas las ramas de la Psicología, como probablemente ustedes saben, están basadas o en la conducta o en las ciencias sociales, lo que significa que se apoyan en informaciones fisiológicas o estadísticas. La naturaleza precisa de nuestras investigaciones es el fenómeno psíquico. Un área que se excluye sistemáticamente de la enseñanza tradicional de la psicología, que no se encuentra en los textos, sobre la cual no se organizan seminarios, que no recibe ayuda económica de ninguna institución, y que no está incluida en programa alguno de experimentación, fuera de nuestra Universidad.

El que había formulado la pregunta se sentó, pero el daño estaba hecho. Hubo murmullos y conversaciones en voz baja entre los asistentes, sentados en las sillas que facilitaba la cafetería para estas reuniones.

Una mujer alta y pelirroja, peinada con un moño, se puso de pie. Tenía en la mano un texto escrito a máquina; la doctora Cooley se dio cuenta de que se trataba de la transcripción de una conferencia pronunciada por Kraft y Mehan. ¿Cómo la habría conseguido? Sin duda, se trataba de algo preparado en su contra. Al mirar al doctor Weber vio que éste fingía encender su pipa. La mujer dijo:

—Tengo en mis manos un documento de la sección de Parapsicología, y creo que su lectura les hará comprender mejor las razones del Decano Osborne para actuar como lo ha hecho.

La mujer se puso las gafas que colgaban de una cadena alrededor de su cuello. Y, finalmente, la doctora Cooley pudo reconocerla. Se llamaba Henderson, directora de la sección de Psicología de la Conducta. La de las ratas. Por supuesto que estaría en contra de ella: quería obtener esas dos salas. Además, los que experimentaban con ratas, la cosa más absurda desde el nacimiento de la ciencia, se caracterizaban por su estrechez de criterio. Todo lo que hacían era medido, viviseccionado, pesado, analizado, clasificado, convertido en un gráfico hasta que los mismos alumnos terminaban por parecer autómatas dedicados a calcular el peso de una rata muerta. La mujer empezó

a leer en voz baja, controlada, con las pausas precisas para destacar su sarcasmo sin manifestarlo abiertamente.

—El primero de los autores del presente trabajo —dijo al leer el título— es conocido como el mejor alumno de la sección de Parapsicología, y antes estudió Ingeniería. El segundo, posee un grado académico en Filosofía y es un receptor...

—¿Un receptor de qué? —preguntó alguien.

—Un receptor, y punto. Según el artículo es receptor a la transferencia del pensamiento de un agente humano.

—¿Eso quiere decir que puede leer la mente?

—Sí.

El Claustro se agitó inquieto, ansioso de saber más; de un caso de libertad académica, que los había unido ante una lucha por una causa digna hasta el punto de estar dispuestos a emprender una lucha heroica contra las fuerzas de un mundo materialista, el problema había degenerado en una simple riña entre defensores de aquellas extrañas asignaturas, incluidas en los planes de estudio debido a la afición de los estudiantes por el ocultismo y lo exótico.

—Ninguno de los autores de este trabajo posee estudios de psicología clínica o de alguna de sus ramas. Se los admitió para hacer estudios de postgrado tan sólo porque se interesaban en la Parapsicología.

—Puede que hayan hipnotizado al Decano —comentó una voz.

La mujer bajó los papeles que estaba leyendo y dijo:

—El problema no tiene nada que ver con lo que la doctora Cooley ha querido hacernos creer. No se trata de una controversia ideológica, sino de un experimento realizado por los dos alumnos cuyo artículo he leído. Un experimento que tuvo por víctima a una mujer, que sufrió conmoción cerebral y varias lesiones físicas, como resultado directo de la acción de estos muchachos. Incluso se la trató por una posible fractura de cráneo en la clínica de esta misma Universidad. Esta mujer seguía tratamiento en la clínica psiquiátrica y estaba, por tanto, bajo la jurisdicción de los responsables de Psiquiatría. El Decano Osborne se limitó a hacer uso de su legítima autoridad para suspender los experimentos. La doctora Cooley ha alzado una cortina de humo para ocultar las verdaderas razones del conflicto. Pero la verdad es que la libertad académica no está en juego.

La doctora Cooley volvió a subir al podio. Esta vez enfrentaba a un público hostil.

—El problema no es tan simple como lo ha presentado la doctora Henderson, quien, a propósito, se quedará con nuestros laboratorios, si nos los quitan.

Se aclaró la garganta. Kraft y Mehan se veían muy deprimidos en la última fila; dependían de ella más que nunca.

—Si se tratara tan sólo de poner fin a un experimento peligroso, ¿por qué el Decano, en vez de suspender los fondos y el uso del equipo para ese experimento específico, ha terminado, de hecho, con toda nuestra sección, reduciéndola a una serie

de clases teóricas?

Hizo una pausa para que todos comprendieran el sentido de su pregunta. Una vez más, los asistentes volvieron a interesarse por el debate.

—Si el Departamento de Educación Física enseña yoga, lo que hace, y alguien se rompe un dedo del pie durante uno de los ejercicios, ¿eso significa que toda la sección de Yoga debe reducirse en un diez por ciento de su capacidad? Si el Departamento de Ciencias Políticas molesta a algún político con alguna investigación de los barrios pobres, ¿es preciso, entonces, cerrar el Departamento? Por supuesto que no. La experimentación es esencial en cualquier disciplina, constituye su sangre, juventud y futuro. Y eso debe continuar, ya sea que los resultados de los experimentos puedan catalogarse de catastróficos, neutros o espectacularmente brillantes. El derecho a experimentar, a hacer investigaciones libres, no importa cuán extrañas y absurdas puedan parecerle a los miembros más conservadores de las diversas disciplinas implicadas, es un derecho fundamental que debemos defender juntos. Si lo perdemos, correremos el riesgo de aceptar más tarde injerencias de tipo político y presiones de tipo económico. No creo necesario explicar lo que eso significaría para la Universidad. Por eso, debemos defender el principio de libertad académica ahora, si no deseamos que el día de mañana algún Decano declare inútil una disciplina y, sin consultar a nadie, la suprima del programa sin explicación alguna. Y ya que para algunas cosas se exige tanto rigor científico, me permitió recordarles que el Decano Osborne posee un grado académico en Educación, no en Psicología.

Se calló. Había vuelto a ganar la simpatía del auditorio. Era preciso conseguir la votación en ese mismo momento, antes de que surgiera algún otro inconveniente. Pero el Decano Halpern se ponía de pie en ese momento. Tenía en sus manos varias fotocopias.

—Antes de votar —dijo—, creo que el Claustro debería enterarse de lo que ocurriría si aprueba la continuación del proyecto que se discute.

La autoridad de su voz tuvo un efecto inmediato en todo el grupo; la mayoría no estaba al tanto de que era el Decano de la Facultad de Medicina, pero su nombre circuló rápidamente de boca en boca.

—Deben juzgar por ustedes mismos si se trata de un problema de libertad académica, como la doctora Cooley ha planteado o de simple competencia. Éste es el proyecto de la sección de Parapsicología para este semestre. Se llama «Ente Descarnado». Pretende optar a los fondos de la Roger Banham Foundation para 1977.

La doctora volvió furiosa al podio.

—¿Puedo preguntar cómo consiguió una copia de ese documento? Se trataba de algo privado, no destinado a su publicación todavía.

—¿Qué importancia puede tener cómo lo conseguí?

—Que lo decida el Claustro. No me parece justo tratar de esa manera a la sección de un Departamento autónomo. Que el Claustro se pronuncie sobre la inviolabilidad

de los documentos privados.

Kraft y Mehan salieron de la sala y en señal de protesta dieron un portazo.

—El proyecto, que se financiaría con fondos privados del Departamento de Parapsicología de la Universidad de Wake —leyó—, permitiría el uso de cámaras holográficas láser, diseñadas para captar en tres dimensiones al ente descarnado que ataca a la señora Moran.

El hombre delgado y prematuramente calvo que presidía, y que había estado hablando en voz baja con la doctora Cooley dijo:

—La verdad, Decano Halpern, es que me parece una falta de ética que se dé lectura pública a un material privado.

Halpern se dio la vuelta hacia el Claustro y preguntó:

—¿Por qué tendrían que ocultar el objetivo de su proyecto? ¿Tal vez porque se trata de algo que excede cuanto se entiende por ciencia en la cultura Occidental? Puedo asegurarles que el contenido de este proyecto los dejará atónitos.

La doctora Cooley respondió:

—El Claustro no está calificado para juzgar la competencia de un proyecto de experimentación determinado. Necesitaríamos horas de explicaciones, en particular a las áreas no científicas, para que entendieran de lo que se trata. Todo lo que pido es que se vote para que el Decano Osborne no tome medidas discriminatorias contra mi sección hasta que un comité haga una investigación, a comienzos del próximo semestre.

El doctor Weber se puso de pie con estudiada lentitud, se quitó la pipa de la boca y se dirigió a la asamblea.

—Soy el doctor Henry Weber, Director del Programa de Psiquiatría para los médicos residentes. Y el caso que se discute compete a mi jurisdicción. Creo que la paciente está amenazada por la presencia, aunque sólo sea por un día más, de los autores de este proyecto de investigación. Jamás antes en mi vida había visto un proyecto tan mal concebido, y que pudiera tener resultados más desastrosos. ¿Cómo se puede pretender medir entes psíquicos en casa de una psicópata? Le producirán una fijación permanente de sus alucinaciones. Yo presentaría una demanda judicial, si estuviera en su lugar, y no me sorprendería nada que alguien lo hiciera.

El silencio era tenso. Todas las cartas estaban sobre la mesa.

—Hay veces —prosiguió Weber— en las que un secreto oculta una infinidad de males. Y ésta es una de esas ocasiones. Me gustaría que escucharan primero, y decidieran después si este tipo de investigaciones merece el apoyo de la Universidad. A no ser que mi estimada amiga, la doctora Elizabeth Cooley, tenga algo que objetar.

Se dio la vuelta para enfrentarla. Atrapada, la doctora dijo:

—Que se escuche el proyecto, pero con una mente abierta, teniendo en cuenta no sólo los avances de la ciencia sino, también, que muchas cosas que hoy son una realidad habrían significado el fin de más de una carrera científica hace apenas cien años. Procuremos no cometer ese error. Los viajes interestelares, las ondas

electromagnéticas, la energía nuclear, no eran más que sueños de mentes enfermas hace cien años. Los miembros de las facultades humanísticas no comprenden muchas veces la rapidez con que ocurren los cambios en las ciencias experimentales, ni lo tenaz que puede ser la resistencia a aceptarlos de parte de los sectores más conservadores. Luchamos no sólo contra la burocracia de los dirigentes académicos, sino también contra una determinada política universitaria y el sensacionalismo de los medios de información. Luchamos contra un concepto antediluviano de lo que es o no válido en nuestras disciplinas, y no contamos más que con la ayuda que los miembros de este Claustro quieran prestarnos. Deseamos que se nos juzgue con justicia. Que se nos devuelva el 1.4 por ciento del presupuesto del Departamento de Psicología y nuestro 2.3 por ciento de espacio físico. ¿Es mucho pedir? Espero que conservemos nuestro derecho a investigar, a equivocarnos, incluso a fracasar, pero que no nos quiten el de existir. Se sentó. Hubo algunos aplausos.

Halpern, rojo de furia, alzó el proyecto escrito y dijo:

—Gracias, doctora Cooley. Y escuchen ahora cuáles son los derechos que están en discusión.

Buscó dónde había quedado interrumpida su lectura y prosiguió en voz alta, clara, mirando a unos y a otros, en particular a sus colegas de las áreas no científicas, que representaban la mayoría y evitaban siempre toda complicación científica.

—«Además del uso de cámaras holográficas láser, con un costo estimado en 250 000 dólares, que se obtendrá de la donación privada...». A propósito, el donante es un expropietario de una plantación de tabaco, que desde 1962 mantiene contacto regular con su esposa, lo que no tendría nada de extraño si ella no estuviera muerta desde ese mismo año. —Buscó dónde había quedado y continuó la lectura—: «Además de las cámaras holográficas láser, se necesitará un equipo de helio capaz de alcanzar el más alto grado de congelación posible, de un costo de 50 000 dólares. Con este equipo helaremos el ente psíquico mediante una succión y helio líquido; una vez conseguido este objetivo el ente se convertirá en un ser corpóreo, que podrá ser conservado y estudiado...». No especifica cómo piensan trasladarlo de un sitio a otro, tal vez en una nevera.

El doctor Weber tuvo un acceso de risa.

—Fuera de todo eso —prosiguió Halpern— aún hay más. «Toda la casa deberá ser rodeada por un muro protector de niobio superconductor y metal Mu...». Y debo reconocer que no conocía la existencia de este metal... «de manera que se neutralicen todos los campos electromagnéticos externos y toda radiación que pudiera interferir con el experimento...». Permítanme recordarles una vez más, señoras y señores del Claustro, que la paciente es una psicópata... «Además, se necesitaría la presencia de varios receptores, con el objeto de que ayuden a la entidad a desplazarse por las diversas habitaciones, hasta llevarla al equipo de helio que la congelará».

Nadie rió, pero sí varios palidecieron y otros se manifestaron horrorizados. Hubo murmullos y algunas nerviosas bromas en voz baja.



Halpern había logrado su propósito.

—¿Qué habrían hecho ustedes si alguien les hubiera presentado un proyecto semejante? —preguntó furioso—. ¡Lo mismo que el Decano Osborne! ¡Rechazarlo!

Se sentó.

El Claustro se mostraba inquieto; deseaban deshacerse de la sección de Parapsicología, que parecía ser demasiado esotérica y extraña. Si se hubiera votado en ese momento, todos habrían apoyado a Osborne, y la doctora Cooley lo sabía.

Una mujer joven y hermosa se puso en pie. Era mucho más joven que el resto de los presentes. Era la delegada de los alumnos. Preguntó:

—¿Por qué no se analiza la causa por la que el Decano redujo a toda la sección de Parapsicología?

Halpern desde su silla respondió:

—Porque este experimento es un exponente de lo que preocupa a la sección de Parapsicología. ¿Quién sabe a qué se dedican detrás de su muralla protectora de secretos?

La alumna no se dio por satisfecha e insistió:

—Creo que se podría llegar a alguna solución satisfactoria para ambas partes.

La doctora Cooley miró a la alumna en medio del silencio que volvía a reinar en la asamblea. «Satisfactorio para ambas partes» era una frase mágica. Cualquier cosa antes que terminar mal. Además, algunos de sus colegas tenían la sospecha de que la doctora Cooley era capaz de organizar un escándalo fuera de la Universidad, lo cual debía ser evitado a cualquier precio.

La alumna prosiguió:

—Parece haber consenso de que, al menos en teoría, la investigación debe continuar; pero, por otra parte, el experimento parece ser tan potencialmente peligroso para la paciente, que se justificaría la prohibición de llevarlo a cabo. ¿No podría hacerse bajo los auspicios de la Universidad?

Halpern perdió todo color y Weber quedó en suspenso, la pipa al borde de los labios. No acababa de creer lo que oía.

—No comprendo... —tartamudeó Halpern.

—Se podría realizar el experimento dentro de la Facultad de Medicina o en el Departamento de Psicología. De esta manera se puede controlar la parte no visible, el fenómeno psi, o lo que sea y al mismo tiempo el personal competente cuidaría de la salud física y mental.

La doctora Cooley avanzó rápida hacia el podio. En silencio agradeció a la alumna; como muchas otras veces, la juventud había sido su única aliada.

—Me parece una excelente idea y una manera muy razonable de practicar la investigación y, al mismo tiempo, satisfacer el legítimo interés y preocupación del doctor Weber.

—¡No lo consentiré! —exclamó Weber.

Varias voces se alzaron en un intento de persuadirlo.

Un hombre con un grueso bigote negro se puso de pie. Su corbata amarilla se destacaba nítida contra la camisa blanca.

—El doctor Weber no tiene nada que autorizar, su jurisdicción no va más allá de supervisar a la paciente, en la medida en que ella es tratada por uno de sus residentes. Tal vez otro miembro del Departamento de Psiquiatría esté dispuesto a informarnos sobre la seguridad de la enferma y, quizá, también sobre la validez del experimento.

—No lo hará nadie que quiera seguir ejerciendo —replicó Weber.

Un hombre bajo, de orejas afiladas, se levantó de la silla. Era relativamente joven, nervioso y no tenía costumbre de hablar en público.

—Soy el doctor Balczynski, del Departamento de Psiquiatría Clínica, y estoy dispuesto a estudiar el proyecto. Debo reconocer que ha despertado mi curiosidad.

—Balczynski no tiene competencia ni para atarse el lazo de los zapatos —dijo Weber a Halpern.

—Doctor, ¿aceptaría usted la responsabilidad médica del experimento?

—Sí. Pero antes me gustaría poder estudiar todo el proyecto.

La doctora Cooley avanzó unos pasos y dijo:

—Estamos dispuestos a modificar el experimento de acuerdo a las instrucciones del doctor Balczynski.

El alivio fue general. Finalmente habían terminado una discusión que parecía interminable.

—Propongo que se vote —dijo una voz.

—De acuerdo.

El presidente del Claustro habló claro y preciso.

La moción es la siguiente. Pedir al Decano Osborne que anule su circular del 4 de abril, en la que reducía la sección de Parapsicología, dirigida por la doctora Cooley, a un laboratorio, y le impedía disponer de aulas propias para las clases. Posteriormente se hará una investigación, tal y como está prescrita por el reglamento para los estudios de postgraduados.

La moción fue aprobada por 254 votos a favor, 46 en contra y ninguna abstención.

Por última vez, la doctora Cooley subió al podio. Su rostro resplandecía de entusiasmo, hasta el punto de que parecía estar iluminada por dentro.

—Muchas gracias —dijo—. No se pueden imaginar las presiones bajo las cuales hemos tenido que trabajar. No me corresponde a mí decir si nuestras investigaciones darán frutos o no, pero el derecho a llevarlas a cabo que ustedes acaban de concedernos con su votación, es una victoria no sólo de nuestra sección sino de todos ustedes. De nuevo, muchas gracias.

Se sentó. Estaba llena de paz. Paz en la mente y en el corazón. ¡La primera victoria después de tantos años! Y se había sentado un precedente. Nunca antes había tenido en qué apoyarse. Era como si soñara.

Escuchó ruido de papeles mientras empezaba la discusión del segundo punto del

orden del día, una huelga en las cafeterías.

El doctor Weber se alzó de su silla y salió con ostensible desagrado mientras exclamaba:

—¡Carneros! Eso es lo que son. Incapaces de saber dónde está el mundo real.

Su salida produjo una cascada de boletines impresos, que estaban en una mesa cerca de la puerta.

La doctora Cooley no pudo concentrarse en nada durante el resto de la sesión. Deseaba que Kraft y Mehan hubieran estado allí para poder conversar sobre lo que se había aprobado. ¿Qué quería decir «dentro de los confines de la Universidad»? La única manera de conseguirlo sería reconstruir en ella el escenario natural de la mujer. No sería demasiado difícil. Y ciertamente la señora Moran aceptaría. Pero había tantas variables relacionadas con la casa; variables que influían en su estado anímico, que cambiaban con la atmósfera, la rotación de la Tierra, la presencia de otra gente, especialmente sus hijos. La doctora trató de imaginar cómo sería. Tenían el dinero y la autorización. ¿Cómo lo harían?

## CUARTA PARTE

### EL ENTE

*Una horrenda prisión rodeada de llamas  
como un gran horno encendido; pero ese fuego  
no produce luz alguna, y en esta oscuridad luminosa  
pueden verse las regiones del horror, las dolientes sombras.  
Es un lugar donde jamás habrá reposo ni paz,  
donde no existe esperanza alguna.  
Y ése es el final definitivo.*

MILTON

Según los términos de la donación de la Roger Banham Foundation, Kraft y Mehan tenían derecho a utilizar la tecnología que estimaran conveniente, siempre y cuando fuera científica y confiable. Sin embargo, según los términos de la votación del Claustro, el experimento no podía realizarse en casa de la señora Moran. Por consiguiente, todo lo que se podía transportar fue trasladado al laboratorio.

El cuarto piso del edificio de Ciencias Psicológicas fue destinado para ser el centro de operaciones. Con la autorización del Decano Osborne, y el malhumorado permiso del administrador, se derribaron las paredes de lo que hasta entonces habían sido cuatro laboratorios separados, lo que permitió disponer a la doctora Cooley y a su equipo de una sala enorme, provista de instalaciones eléctricas, equipo de ventilación, cañerías para el gas, grifos, estantes y armarios, e incluso un gran espacio vacío en el que habrían cabido varias canchas de tenis. Un grupo de obreros se subió a las escalas, se aseguró al altísimo techo, y empezó a acondicionar el lugar para que quedara a prueba de ruido. Las paredes fueron recubiertas con una doble pantalla Faraday, fuera de la cubierta protectora de niobio y metal Mu, de modo que no hubiera radiación electromagnética.

En torno al área central se construyó una plataforma desde la cual se podía ver la zona desde todos los ángulos, de manera que Kraft, Mehan, la doctora Cooley o cualquier otra persona podía recorrer el rectángulo de un extremo al otro y tener siempre una visión completa del interior siete metros más abajo.

El 6 de mayo se reprodujo allí el interior de la casa de Carlotta. La cocina, el *living*, los dormitorios y el pasillo fueron reproducidos con toda minuciosidad. Más tarde se llevaron los muebles y alfombras y se distribuyeron los muebles en la posición exacta que ocupaban en Kentner Street. Zapatos y revistas viejas se desparramaron por el suelo, como si la familia Moran hubiera vivido allí durante años. Parecía el escenario para una obra de teatro, pero con paredes muchísimo más resistentes.

Todo el trabajo estuvo terminado el 10 de mayo, y antes de que se levantara el telón para lo que se conocía como «El caso 142. Ente descarnado», ya se había gastado un cuarto de millón de dólares de la suma aportada por la Roger Benham Foundation. Lo único que faltaba era que Carlotta Moran ocupara su lugar.

La noche antes de que Carlotta se fuera a vivir al laboratorio por dos semanas, tiempo acordado entre el Decano Osborne y la doctora Cooley, le hicieron una visita. *Él* fue a verla a la pequeña habitación del motel donde la había instalado la Universidad.

Se había acostado temprano, apesadumbrada y triste. La ausencia de Jerry era

como un gran nubarrón en su vida. Él todavía estaba en la cárcel y no quería verla ni recibir ninguno de sus mensajes. Carlotta había escrito al abogado para declarar que al tropezar se había golpeado accidentalmente la cabeza contra una silla. Pero, hasta el momento no había recibido respuesta del abogado ni de Jerry. Y ella estaba convencida de que ya no le importaba a su amante. Y mientras estaba sumida en estos pensamientos, *él* acudió a verla.

Se hizo presente sin ruido, tan sólo con el frío que lo acompañaba siempre. La habitación estaba ocupada por Carlotta, y al segundo siguiente *él* se hallaba allí. Procuró que ella participara, estimulándola, excitándola para que respondiera sexualmente. El olor del ente la cubría como una coraza protectora, una cubierta de frío nociva. La cama se movía rítmicamente bajo el peso de los dos, y *él* se puso violento, posesivo, en su intento por controlarla.

—*¡Quiero más!*

Y la obligó a mover las caderas hacia atrás y adelante, sin importar le la náusea de Carlotta, que como una cortina negra, la cubría por entero. La hizo ponerse en una extraña posición y así descargó en ella su lujuria.

—*¡No dejes de enseñársela a tus amigos!*

Carlotta llegó a la Universidad a las 10:30 de la mañana. La acompañaban Kraft, Mehan y la doctora Cooley. A las 11:15 le mostraron su casa, la dejaron en ella y comenzó la espera.

Carlotta tuvo la sensación de que aunque era su casa en cierto sentido, de hecho, no lo era. Una iluminación especial se filtraba como luz solar por lo que parecían ser auténticas ventanas; había polvo en el aire; las alfombras olían como de costumbre, a vejez y humedad; las puertas conducían a las habitaciones exactas; la radio de Billy yacía rota junto a la cama del chico; incluso el juguete de goma de Kim estaba en la bañera. Pero, como en sus pesadillas, lo que veía era real e irreal al mismo tiempo.

En la plataforma no había luz alguna. Toda la escena se observaba mediante monitores a oscuras. Carlotta no podía verlos, nadie podía verlos, aunque hubieran sabido dónde se hallaban.

Arriba, en la oscuridad de un cubículo, la doctora Cooley y su equipo observaban a través de una compleja instalación de monitores de televisión.

Hasta donde ello fue posible, el equipo de vigilancia se organizó de manera que hubiera turnos continuos. Detectores electromagnéticos indicaban automáticamente la presencia de cualquier fuerza eléctrica nueva. Se habían instalado monitores de ionización mucho más sofisticados que los empleados en la casa de Kentner Street. Receptores electrónicos registraban de inmediato los cambios en el nivel de resistencia de la atmósfera al paso de cualquier energía eléctrica que, a su vez, se comparaba con los cambios anteriores.

Tal y como se había acordado, el doctor Balczynski supervisaba el proceso en

medio de la mayor confusión.

—En los últimos meses —explicó Kraft— hemos conseguido poseer una observación detallada de la conducta de la señora Moran y de sus hijos en la casa. Ahora, al reproducir el escenario, esperamos que la presencia aquí de la señora Moran haga que se repita el fenómeno que ocurría en su casa.

—¿Qué se supone que debe hacer ella? —preguntó en tono de sospecha el doctor Balczynski.

—Nada más que vivir aquí —dijo Kraft.

—¿Incluso dormir?

—Sí.

La cara del psiquiatra se demudó.

—Eso significa que también yo tendré que dormir aquí.

Kraft sonrió.

—Espero que usted esté presente aquí cada noche para observarla. Y queremos que firme una declaración asegurando que la señora Moran no está loca. Es para nuestro informe final.

El doctor Balczynski suspiró, lo que en él quería decir que no tenía objeción alguna. Al mirar los monitores de televisión comentó:

—Dudo de que esto sirva para probar nada.

—¿Por qué no?

—Es tan... Bueno, si quiere que le diga la verdad, me parece un juego de adolescentes.

Kraft siguió con la sonrisa en los labios, pero sus ojos se ensombrecieron hasta tal punto que el psiquiatra se sintió amenazado.

—Lo que sí sería de adolescentes, doctor Balczynski, es no creer lo que está demostrado.

El psiquiatra sonrió sin comprometerse; la esperanza parecía estar en conflicto con la experiencia en la mente del médico.

—¿Ella sabe que se la observará en todo momento?

—Por supuesto. Se lo hemos dicho. Pero confiamos en que al encontrarse en una atmósfera familiar pueda olvidarlo, que es, precisamente, nuestra intención.

—Pero con todas esas cámaras... con la certeza de que se la observa día y noche, es como para poner nervioso a cualquiera. Y se justificaría que experimentara una ligera paranoia, ¿no?

—No puede ver las cámaras. Venga, permítame enseñarle el procedimiento.

En la oscuridad, subieron por una escalera metálica hasta llegar a la pasarela. El doctor Balczynski pudo ver a Carlotta, que leía siete metros más abajo, sentada en una silla demasiado recargada de cojines.

—No sabe que estamos aquí —comentó Kraft en voz baja.

El psiquiatra agitó los brazos, pero Carlotta no alzó la vista. Producía una extraña sensación poder observar a otro ser humano en esas condiciones.

Ante una serie de cámaras, Kraft explicó con una sonrisa.

—Éste es un sistema de video por termovisión. Actúa mediante una radiación de rayos infrarrojos y sirve para saber el grado de calor y distribución de cada objeto en todas las habitaciones.

—¿Y eso qué es?

—El refrigerador. Es frío, por consiguiente muestra poco calor en la pantalla y por eso se ve de color verde.

—¿Y esa luz naranja, allá abajo?

—Allí está el motor. Produce más calor que el resto de los objetos y, por tanto, el color es distinto.

El doctor Balczynski volvió a mirar hacia abajo. Carlotta comía una manzana; daba la impresión de actuar normalmente, sin saber que había dos hombres sobre una plataforma que conversaban sobre ella a siete metros de altura.

Kraft dirigió la cámara hacia la mujer; en la pantalla apareció un espectro de luces de todos los colores, una imagen difusa, vaga y listada, que proyectaba su propia luz en la oscuridad.

—¿Ve ese objeto azul? —preguntó Kraft—. Ésa es la manzana.

—¡Santo cielo! —exclamó el psiquiatra—. ¡Se puede ver cómo se la traga!

Fascinado, contemplaba un objeto azul descender por el arco iris que tenía una forma ligeramente humana; el objeto empezó a disminuir la intensidad de su color hasta que, finalmente, fue imposible distinguirlo del resto de la imagen.

—¿Increíble, verdad? —dijo Kraft—. Permítame ahora enseñarle las otras dos cámaras.

Avanzaron con las cabezas inclinadas para evitar las numerosas vigas hasta llegar a un sector en el cual había un segundo equipo de cámaras. Kraft explicó:

—Aquí está el equipo que transmite sin intensidad de color; se trata de algo parecido a un televisor, excepto por las ampliaciones electrónicas del sistema. Podemos tomar fotos en la más completa oscuridad.

—Debe haber costado una fortuna.

—Setenta y ocho mil dólares.

Kraft, complacido, señaló otros controles, desde los cuales salía una cámara sorprendentemente pequeña.

—Ésta es una cámara de televisión en color, con la particularidad de que actúa en forma automática. Está computada, y cuando el experimento termine nos proporcionará miles de filmaciones.

La sonrisa de Kraft inquietó al doctor Balczynski y se preguntó si no lo habrían engañado. Ya se había visto obligado a aceptar mucho más de lo que había previsto al comienzo, antes de saber las enormes sumas de dinero en juego. La verdad es que no había nada verdaderamente peligroso en el experimento. Pero, a pesar de todo, se sentía utilizado.

—Quiero que entienda que pienso controlar este asunto muy de cerca —advirtió



—, y que haré que sea interrumpido si me parece necesario.

—No creo que tenga nada de qué preocuparse —dijo Kraft con gran amabilidad.

El psiquiatra miró de nuevo hacia abajo. Carlotta se había recostado en la mecedora para echar una siesta. Llevaba una falda de *tweed* y una blusa blanca, y el doctor Balczynski no dejó de darse cuenta de que la mujer resultaba muy atractiva. De una manera extraña era seductora con ese cuerpo que parecía cálido, con esa vulnerabilidad con que descansaba, agotada e indefensa. Era un cebo para un monstruo. Pero, puesto que él no creía en la existencia de monstruos no podía protestar, se convertiría en el hazmerreír de la Escuela de Psiquiatría si lo hiciera.

—¿Le pasa algo?

—Nada. Sólo que quisiera que ya hubiéramos terminado con este experimento, eso es todo.

Esa noche, Carlotta se desvistió en su dormitorio y se metió entre las sábanas. La suave luz de la lámpara sobre la mesita de noche bañaba su piel con una iluminación lechosa. Había un gran silencio. El psiquiatra le había hecho llegar un calmante y un vaso de agua en una bandeja. Pero no lo necesitó. Al abrir los ojos vio brillar el sol artificial y escuchó las grabaciones de los pájaros. La doctora Cooley llamaba a la puerta.

—Adelante —dijo Carlotta de excelente humor.

—¿Ha dormido bien?

—Perfectamente.

—¿Ningún problema?

—Soñé que era una niña y estaba en un campo de margaritas. El cielo era muy azul y los ríos cantaban.

—¡Qué sueño tan hermoso!

Una hora más tarde, Kraft y Mehan entraron en la casa.

—Quisiéramos que escribiera cada uno de sus pensamientos e impresiones mientras está aquí —dijo Kraft—. Hemos instalado un reloj digital en su dormitorio, de manera que pueda anotar siempre la hora. Es muy importante que conozcamos sus experiencias subjetivas.

—Y sus sueños —agregó Mehan—. Sus sueños son lo más importante.

—Todo ese material será confidencial —explicó Kraft—. Y se lo devolveremos al terminar el experimento. Si utilizáramos algunos párrafos en publicaciones, no mencionaremos su nombre.

Mehan le pasó un grueso cuaderno y una caja de lápices.

—No importa lo raro que puedan parecerle sus pensamientos, o lo incoherentes o extraños, nos interesa que los escriba todos.

—Trataré de ayudarles —respondió Carlotta.

Tres días transcurrieron sin novedad.

Billy y sus hermanas estaban en casa de Cindy, pero podían visitar a su madre después de la escuela. Kraft, sin embargo, prefería mantener a Carlotta lo más aislada posible. Deseaba que se relajara, que olvidara el lugar donde estaba viviendo, que volviera a su estado psíquico normal, hasta donde eso fuera posible. Ver a sus hijos era el único consuelo de Carlotta dentro de la monotonía y tedio de sus días, y esperaba ansiosa sus visitas.

Había empezado a ajustarse a la rutina y cada vez más, aquel lugar le parecía su casa, aunque faltaba algo: todo era demasiado nuevo y limpio, los olores no eran los mismos y tampoco los sonidos. Se estiró en la cama. Tenía sueño. Una somnolencia pacífica y relajada. Imágenes de flores parecían llenar la habitación. Abrió los ojos, tomó el cuaderno y escribió:

*2:34. Muy tranquilo todo. Hay paz. Eso hace bien. Es como estar en casa antes de que empezara todo. Por fin paz. De nuevo soñé con flores, flores amarillas en un campo. Dormir me hace bien.*

Leyó lo que había escrito. Jerry habría sabido cómo expresar esos pensamientos en palabras dulces y llenas de sentido; él habría podido expresar la sensación de deslizarse hacia un espléndido futuro, la atmósfera de calor y encanto, la delicia de estar a solas y protegida. Pero ella no tenía vena poética, y sus frases fragmentadas le parecieron una pobre expresión del bienestar que experimentaba.

Cuando Cindy, Billy y las niñas llegaron a verla. Carlotta estaba dormida.

Al octavo día, Carlotta estaba terriblemente sensibilizada a cualquier ruido, como si temiera que *él* pudiera hacerse presente; pero, fuera de este cambio, no había ocurrido nada más.

A última hora de la mañana, Joe Mehan entró en la casa simulada con un gran cuaderno en el que había reunido abundante material de visualizaciones de fenómenos psíquicos. Algunos eran dibujos artísticos, otros lo habían hecho las mismas víctimas de las visiones. Su objetivo era calcular el tamaño, forma y apariencia general del espectro que visitaba a Carlotta.

Abrió el libro y fue enseñándole las láminas una a una.

—¿Se parece a lo que le he mostrado? —preguntó.

—No.

—¿Tampoco a éste? Apareció en Francia, una cosa muy desagradable.

—No... Es más... alto.

—¿Así? Éste fue visto en la Patagonia.

—Se parece un poco, sí. Pero no tiene la cara tan redonda.

Mehan se quedó pensativo antes de seguir con la exhibición de dibujos. Las apariciones demoníacas miraban a Carlotta, aterradoras, desquiciadas, todas con el aire de ser producto de una mente desequilibrada.

—No —dijo ella dudosa—, tal vez éste se parezca... aunque, no tampoco. Es más grande y con ojos de tipo oriental.

Mehan cerró el libro.

—¿Le importaría que yo lo dibujara si usted me lo describe?

—Por supuesto que no.

Mehan sacó varios lápices y tizas de color y un gran álbum de dibujo. Trabajó varias horas, mano y muñeca moviéndose con destreza sobre el papel.

—¿Así? —preguntó.

Carlotta miró el dibujo casi contra su voluntad. La imagen estaba ante ella y casi no pudo respirar.

—Sí, así, pero los ojos son más crueles.

—¿Están mejor ahora? —preguntó Mehan después de corregir algunos trazos.

—Sí... Aunque la cara es más... sólida, más...

—¿Musculosa?

Corrigió la línea de los pómulos con algunas manchas celestes y tiza blanca.

—Sí —afirmó Carlotta alejándose de ese rostro odioso—, así es.

Mehan guardó el dibujo en la colección que tenía en el libro, También tomó notas de las descripciones verbales de Carlotta, e hizo llegar una fotocopia a la doctora Cooley, otra a Kraft y la última al doctor Balczynski.

El psiquiatra pasó la suya al doctor Weber, junto con un informe en el que decía

que después de nueve días no se observaba nada anormal, y que si alguien veía una criatura como ésa tuviera la bondad de telefonar al Departamento de Parapsicología.

El doctor Weber estalló en una sonora carcajada y dijo a su secretaria:

—Haga llegar esto al doctor Sneidermann.

Gary lo recibió aquella misma tarde. Desplegó el dibujo, lleno de comentarios del doctor Weber, y no pudo encontrar nada divertido ni en el monstruo ni en los sarcasmos de su supervisor. Era una cara aterradora, que lo hizo sentirse enfermo con sólo pensar en la tortura a la que sometían a Carlotta con esa «investigación».

El doctor Weber revisaba su correo de la tarde. Le habían ofrecido hacerse cargo de un programa para residentes médicos en Guatemala e intentaba dejar organizado todo lo que aún había pendiente en la clínica antes del verano.

—Pase, Gary. ¿Recibió el dibujo?

—Sí, y se parece a Balczynski —respondió Sneidermann blandiendo el papel.

Weber rió, firmó una solicitud, y buscó su cortapapeles.

—¿Cree que éste... experimento pueda hacerle daño?

—¿De verdad quiere mi opinión, Gary?

El residente se sentó receloso en una silla de cuero negro.

—Fracasará, Gary, y ése será nuestro triunfo pero la ruina de Carlotta. Cuando fracasen, y es imposible que tengan éxito, ella habrá escapado de su último refugio contra la realidad, y no tendrá más remedio que volver a nosotros para que le curemos sus ansiedades. Es muy simple.

Sneidermann arrugó un sobre y lo arrojó a un cesto. Durante algún tiempo observó el ir y venir de las enfermeras en el patio. El doctor Weber terminó de escribir a máquina un informe destinado al Director del Programa contra la droga y su adicción.

—¿Cuándo ocurrirá eso?

Weber se encogió de hombros.

—Todavía les quedan cinco días. Agregue algunos más antes de que Carlotta descubra que no tiene a nadie más a quien recurrir.

—Cinco días más... Me siento mal de solo pensarlo.

—Relájese.

—¿Y si fuera a echar una ojeada?

—¿Qué dice el acuerdo del Claustro?

—No prohíbe que se hagan visitas.

El doctor Weber lo miró ansioso.

—Entonces vaya a echar un vistazo. Pero no quiero que arme ningún lío.

Sneidermann salió del despacho del doctor Weber, cruzó el patio y entró en los edificios del Departamento de Psicología, donde tomó el ascensor hasta el quinto piso. Se detuvo a beber agua fría de un surtidor instalado en una esquina y

comprendió que tenía celos. Había estado celoso durante los dos últimos meses. Ellos tenían a Carlotta y él no. Una reacción muy inmadura, que no lo enorgullecía, pero que le era imposible suprimir.

Golpeó a la puerta del despacho de la doctora Cooley. Un alumno le informó que ella estaba en el cuarto piso.

Sneidermann caminó despacio, las manos en los bolsillos, por los pequeños laboratorios. Observó que había hamsters que tenían electrodos en la espalda y extremidades, y se preguntó qué experimentos estarían haciendo con esos pobres animales bajo el pretexto de probar alguna teoría. Escuchó un curioso ruido y se dio la vuelta: un pez lo miraba desde su pecera verde. Era un animal feo y exótico, y de sus branquias salían chorros de agua contra los guijarros del fondo.

En otra habitación había un grupo de estudiantes que colocaban campos magnéticos sobre sus propias manos. Tosió ligeramente, y ellos se volvieron, sorprendidos de la presencia de un desconocido.

—¿Dónde está Kraft?

—En el cuarto piso.

Volvió por el primer laboratorio hacia los corredores y se detuvo un segundo para observar un plano colocado sobre el de la ciudad. Podía leerse: **Sitios activos, semiactivos y no activos**. Kentner Street estaba entre los sitios activos, y al lado se veían los nombres de Kraft y Mehan. Había muy pocos sitios activos, y eso explicaba su interés por Carlotta. Movi6 la cabeza; sin duda cada sitio activo implicaba la presencia de un esquizofrénico en potencia al que se impedía seguir el tratamiento adecuado.

El cuarto piso estaba muy oscuro; las luces habían sido reemplazadas por bombillas de color amarillento. Un alumno lo miró desde su escritorio, que cerraba el paso al corredor.

—¿Necesita algo?

—¿Es usted policía?

—No, pero no queremos intrusos.

—Entonces díales que Gary Sneidermann está aquí.

Después de un tiempo el alumno salió por una entrada que desaparecía en la más completa oscuridad.

—La doctora Cooley desea saber el propósito exacto de su visita.

—Vengo como observador amistoso —respondió Sneidermann y procuró conservar la calma.

—Sígame, por favor.

Lo siguió por el corredor. La luz era cada vez menos intensa y pronto estuvieron a oscuras. Había un gran silencio. Doblaron una esquina y siguieron adelante. El aire era denso, como si todas las salas hubieran sido selladas. Sneidermann comentó:

—Esto es como entrar en una pirámide.

El alumno no respondió y abrió la puerta de la sala de observación. En su interior

había una gran variedad de pantallas, y en algunas de ellas se veía a Carlotta en lo que daba la impresión de ser su propia casa.

La doctora Cooley extendió la mano y dijo recelosa:

—Buenas tardes, doctor Sneidermann.

Se estrecharon las manos y Gary explicó:

—He venido porque he sentido curiosidad, no estoy aquí en misión oficial alguna.

—Así me ha parecido. Si desea hacer preguntas venga conmigo, los demás están muy ocupados.

Sneidermann cruzó los brazos y miró a su alrededor. Los monitores para el video estaban bastante altos, de modo que tuvo que estirar la cabeza para poder mirar. Parecía un instrumental muy caro. Vio a Carlotta en color en las pantallas. En ese momento entraba en el dormitorio. Ella se sentó en el borde de la inmensa cama de madera tallada y empezó a escribir en un cuaderno. Entonces apareció Mehan, y los latidos del corazón de Sneidermann se aceleraron. Miró hacia otro monitor, que enfocaba un área vacía, con sólo un sistema electrónico de aparatos. Kraft se hizo presente en la pantalla y, sin saber que lo observaban, sacó varios instrumentos de una caja. En la pantalla de la izquierda, Carlotta reía de algo que Mehan había dicho.

—Parece muy relajada —comentó Sneidermann.

—Lo está. Duerme perfectamente, sin calmantes.

Le pareció detectar una nota de desilusión en la voz de la doctora Cooley y la miró, pero no pudo adivinar sus pensamientos. En ese momento descubrió la puerta que conducía a la sala de experimentación, que lucía una flamante cerradura nueva. A pesar de no tener argumentos para protestar, se sintió furioso.

—¿Qué significa eso?

—El señor Kraft diseñó el conjunto. Lo instalaremos sobre la plataforma para asegurar de que el nivel de ionización sea idéntico al que se detectó en casa de la señora Moran.

—¿La bombardearán con radiación?

—Se trata de un experimento científico, doctor Sneidermann no de ciencia ficción. Toda célula orgánica en la tierra es bombardeada constantemente por rayos ultravioletas, rayos cósmicos y muchas otras formas de energía. Lo que intentamos es reproducir aquí el ambiente físico exacto que había en la casa de Kentner Street.

Sneidermann pensó que dentro de la locura general que significaba todo el proyecto, esta parte de la operación no era peor que las otras. Sin embargo, tuvo el presentimiento de que la doctora Cooley ocultaba algo.

—¿Para qué? —preguntó.

—Para que el ente se materialice.

La miró. No estaba seguro de que la mujer no hubiera tenido alguna vez una crisis nerviosa.

—¿Piensan atraparlo? —quiso saber, incrédulo.

—Si podemos lo haremos, para observarlo.

—¿Y si no viene?

La doctora hizo una pausa para observar al psiquiatra antes de responder, ignorando el sarcasmo de la pregunta.

—No viene, es muy simple. Se lo he dicho ya, doctor. Aquí no inventamos nada.

—Desearía poder hablar con Carlotta.

—No. Preferimos mantenerla aislada.

—Sólo un momento.

—Es imposible, doctor Sneidermann.

Gary miró al monitor; Carlotta explicaba algo a Mehan y hacía expresivos gestos con los brazos. Después sonrió.

—Como puede ver, doctor, está en perfectas condiciones.

Sneidermann recorrió indeciso el oscuro corredor y, por un momento, perdió el sentido de la orientación. Se encontró ante la puerta de la sala de experimentación. Se detuvo. Tenía que verla, analizar sus propios sentimientos, saber por qué se había convertido en una obsesión para él. La vida así era imposible. Se recostó contra la puerta y, para su sorpresa, descubrió que no estaba cerrada. Sin duda, nadie pensó que él podría entrar. No, se había abierto porque Carlotta lo había hecho desde el interior. Sneidermann quedó confundido.

—Carlotta... —dijo.

Por un segundo ella se sobresaltó. No esperaba encontrar a nadie en la oscuridad. Pero, a medida que sus ojos se habituaban a las sombras, reconoció la figura que tenía delante.

—Hola, doctor Sneidermann.

El psiquiatra echó una ojeada al escenario que ella tenía a sus espaldas: un duplicado perfecto de la casa que había visitado una vez.

Orgullosa, Carlotta explicó:

—Han construido una casa idéntica para poder atraparlo.

—¿Es lo que le han dicho?

—Es lo que están haciendo.

—¿Y usted les cree?

—Quiero creerles.

Sus ojos brillaban en la oscuridad del corredor. Sneidermann quería tomarla por los brazos y obligarla a escuchar, deseaba derribar esos muros que ella había permitido que construyeran a su alrededor.

—Por favor, vuelva... a la terapia... conmigo.

Ella sonrió con tristeza.

—Usted es como uno de esos niños pequeños que siempre desean lo que no se les puede dar.

—Carlotta, yo sé que usted distingue perfectamente la realidad de la fantasía.

—No comprendo lo que quiere decirme.

—Esto es un fraude.

Se dio la vuelta furiosa.

—¡Una y otra vez repite usted lo mismo! Ni siquiera sé por qué se ha molestado en venir hasta aquí.

—¿De verdad no lo sabe?

—¡No!

—Es porque usted... me importa mucho.

Pareció sorprendida, retrocedió mientras se arreglaba la blusa dentro de la falda y le dirigió una mirada confusa.

—Es usted un hombre muy extraño, doctor Sneidermann.

—No quiero que termine usted mal, Carlotta. Debe establecer contacto aunque sea sólo con una persona, o perderá toda noción de la realidad.

—Lo he intentado, ¿y qué pasó? Jerry no quiere saber nada más de mí, es como si hubiera muerto.

—Pero no todos son como Jerry. A veces es preciso buscar, incluso en medio del dolor, la desesperación...

—¿Qué quiere decir, doctor?

En un esfuerzo por recuperar la dignidad, Sneidermann respondió:

—Quiero decirle que usted y yo podemos establecer ese contacto.

Carlotta no dijo nada. Sus ojos tenían una luminosidad animal en el corredor.

—No deseo hacer contacto con usted.

—¿No comprende lo que quiero decirle?

Hubo un silencio. Sneidermann ya no alcanzaba a leer en las facciones de la mujer. Estaba como distanciado de sus propios sentimientos; y sólo sabía que ellos habían ganado, humillándolo en presencia de Carlotta. Nunca antes se había sentido tan solo. Y con toda claridad comprendió por qué el doctor Weber había aprendido a endurecer sus sentimientos ante el dolor de sus enfermos. El dolor, el aislamiento, eran intolerables.

Carlotta puso fin a la entrevista.

—Agradezco su preocupación por mí, doctor.

—No tiene por qué. Pasé por aquí para eso, para hacerle saber que estaba preocupado.

Sin decir nada más, Carlotta abrió la puerta y entró en la sala. La pesada puerta se cerró automáticamente detrás de ella y lo mismo ocurrió con el cerrojo. Pero en una fracción de segundo, antes de que se cerrara del todo, Gary alcanzó a verla, y esa visión lo atormentaría en sus sueños posteriores. Allí estaba de pie, con su hermosa blusa y falda, en una casa de mentira. Sola, los ojos penetrantes, indefensos y demoníacos, destruía implacable su propia independencia. Él sabía que, pasara lo que pasara, sus destinos se habían unido. Y Sneidermann retrocedió y buscó el camino de salida por el corredor.



Una hora más tarde, Sneidermann escuchaba paciente la tragedia de un obeso, quien le explicaba que le resultaba imposible dejar de pedir el postre más grande que hubiera en el restaurante. Pero Sneidermann sólo pensaba en Carlotta, en esa figura que se adivinaba bajo la blusa y en esos ojos, tan negros y brillantes.

Mientras escuchaba el aburrido monólogo del obeso, Sneidermann descubrió una nueva verdad sobre la psiquiatría, una certeza que sólo podía adquirirse con la experiencia. A pesar de toda la disciplina de la que un psiquiatra sea capaz, siempre habrá pacientes que lo aburrirán, irritarán o que, simplemente, le desagradarán. Sorprendido por esta revelación, procuró redoblar sus esfuerzos por ayudar al hombre que tenía delante.

Más tarde, en su apartamento, mientras fumaba pensaba que hasta hacía muy pocos meses no había tenido sentimientos. La psiquiatría era una ciencia fría y precisa, una posibilidad de cirugía del cerebro. Pero ahora, al mirar el cielo y el resplandor naranja producido por el reflejo de las luces en las nubes, comprendió que ningún ser humano es inmune a los sentimientos. Tenía que asumir el caso Moran, y todo lo que significaba para él, o perder para siempre su independencia psicológica.

Suprimió de su mente cualquier otro pensamiento que no fuera el de Carlotta y procuró analizarla desde un punto de vista clínico, lo más objetivamente posible. Una mujer no demasiado joven, bonita, madre de tres hijos, uno de ellos casi un hombre ya. Una mujer enferma, víctima de sus propias represiones y complejos de culpabilidad, que intentaba sobrevivir en una horrenda pesadilla que se había inventado. Hasta ese punto todo era claro y comprensible; el elemento que escapaba a todo análisis era él mismo. ¿Por qué se había situado en el centro de ese paisaje infernal? ¿Qué debilidad le había hecho sucumbir a los encantos de una esquizofrénica? En los círculos psiquiátricos situaciones de ese tipo se consideraban habituales. Y si no estuvieran sustentadas con todos los elementos propios de una tragedia sería como para reírse a carcajadas. Sneidermann, el profesional por excelencia, se había convertido en el protagonista de una comedia de humor negro.

No pudo evitar una sonrisa al imaginar la cara de su madre si él le decía: Madre, ¿adivina qué? Estoy enamorado de una loca que, para colmo, no es ni siquiera judía.

La sonrisa se transformó en una carcajada y pronto se encontró sollozando sin control.

Esa misma tarde, Carlotta recibió una llamada del abogado de Jerry. Le informó que, puesto que ni ella ni Billy habían presentado una demanda judicial, el juez había aceptado la carta de Carlotta explicando que había sido un accidente.

—¿Está libre? —preguntó mordiéndose el labio.

—Sí, al menos en términos legales.

—¿Qué significa eso?

—Que ha sido puesto en libertad, pero ignoro dónde se encuentra ahora.

Carlotta apretó el auricular con más fuerza y tuvo la sensación de que todavía le quedaba otro desastre por enfrentar.

—¿Cuándo lo pusieron en libertad?

—Hace cinco días.

Colgó. Puso una conferencia con la empresa de Jerry en San Diego, pero no le dieron ninguna información, ni siquiera si todavía trabajaba para ellos. Tampoco quisieron aceptar un mensaje para él. Carlotta comprendió de inmediato; esta actitud significaba que Jerry tenía miedo, y en su pánico había huido. No podía culparlo. Pero su ausencia, ahora definitiva, hizo que algo se le quebrara por dentro. Dejó de creer que sanaría o que sería posible que atraparan al visitante nocturno.

Violada por un ente psíquico  
El caso de una mujer embrujada

Exclusivo. Se nos ha informado que una mujer ha sufrido violaciones por parte de lo que ha sido descrito como «una nube verde», pero que tiene los músculos y la voz de un hombre.

La señora Carlotta Moran, exempleada de un cabaret, y actualmente acogida al Seguro de Desempleo, ha sufrido en su propia casa una serie de extraños fenómenos. En una ocasión, destruyeron su dormitorio, mientras una fuerza desconocida la buscaba. La señora Moran buscó refugio en casa de unos amigos, pero también allí fue violada por la «nube verde», que, al parecer, es muy similar a Fu Manchó. Más tarde, al volver a casa los amigos que la habían recibido en su casa, encontraron a la señora Moran prácticamente desnuda, y el apartamento hecho una ruina.

La clínica de la Universidad de West Coast ha confirmado que la señora Moran recibió tratamiento médico por heridas diversas, de las del tipo que suelen acompañar una violación.



Investigaciones posteriores revelaron que esta situación comenzó en octubre, una noche que la señora Moran había vuelto tarde a casa. Al desvestirse, percibió un extraño olor y, poco después, una fuerza desconocida la violó. No había asaltante alguno en el dormitorio cuando ella logró liberarse, y las ventanas estaban cerradas por dentro.

El mismo fenómeno se repitió tanto en noviembre como diciembre y enero, incluso mientras era sometida a tratamiento psiquiátrico.

Ahora el Departamento de Parapsicología de la Universidad de West Coast está investigando el caso y espera por medio de la señora Moran poder atraer al violador hasta un laboratorio. La sección de Parapsicología, a cuyo frente se halla la conocida doctora Elizabeth Cooley, es la encargada de llevar a cabo la peligrosa cacería. Se espera que el experimento dure varias semanas.

Recuerde, este artículo es UNA EXCLUSIVA DEL AMERICAN INQUIRER, y continuará próximamente.

La doctora Cooley arrojó el periódico a la papelera.

—Santo cielo... —murmuró.

Durante el resto del día tanto Kraft como Mehan parecían perros apaleados. Y su furia se hizo cada vez mayor, aunque nadie podía saber con certeza la fuente de la información. El doctor Balczynski negó haber sido él.

—Weber es el responsable —aseguró Mehan.

El doctor Weber encontró al Decano Osborne en la mesa destinada a los miembros de la Facultad. Hicieron cola con sus platos en la mano para esperar que camareros de delantales blancos sumergieran sus cucharones en las grandes marmitas.

Las palmeras se inclinaban sobre las mesas cubiertas de manteles blancos, y podía escucharse un murmullo que recorría todo el alfombrado comedor.

El doctor Weber se inclinó y con una sonrisa irónica dijo:

—He visto un artículo sobre la Universidad hoy.

—Sí, el *American Inquirer* ha publicado algo.

—¿Cuál ha sido la reacción?

—Terrible —reconoció Osborne, el rostro preocupado—. Verdaderamente terrible.

Weber rió mientras pedía un plato de salmón con guarnición, una ensalada saludable y dietética.

—El dibujo no estaba mal —dijo en voz baja.

—¿El qué? ¡Ah, el dibujo!

—Ente, Frank, ése es el nombre técnico.

Osborne no respondió y se dirigió a una mesa próxima a una ventana. El doctor Weber se sentó enfrente después de depositar su bandeja en un estante. Tomaron la sopa en silencio. Osborne parecía malhumorado, y estaba seguro de que Weber lo azuzaría.

—¿No te parece, Frank, que todo este asunto empieza a oler mal?

—Hay muchas cosas que huelen mal, Henry, y no puedo luchar contra todas.

—Pero en este caso...

—¿Sabes a qué se dedican en Artes Decorativas? A cultivar musgo sobre un trozo de pan. ¿Es eso arte, Henry? ¿Qué debo hacer, cerrar el Departamento? ¿Sabes a qué se dedicó el Departamento de Drama el semestre pasado? —preguntó mientras untaba furioso una tostada con mantequilla—. ¡A fornicar en escena! Sí, como lo oyes. A fornicar. Si yo hubiera sabido en mi juventud que así se podía obtener un título...

Osborne bebió su té. Todavía daba la impresión de estar agitado. Muy amable, Weber dijo:

—Frank, sabes que ese experimento es una farsa, y que es una farsa peligrosa.

—No puedo ignorar una decisión del Claustro.

—Y yo no puedo comprender tu obstinación, Frank.

Osborne alzó la vista y volvió a bajarla en dirección al salmón.

—Henry, sabes que no me gusta que me presionen.

—¡Por favor!

—Me has estado presionando desde hace tres semanas y ya estoy harto. Tienen derecho a hacer ese experimento, y puedo asegurarte que no es más descabellado que la mitad de las cosas que pasan en esta Universidad.

—Pero la publicidad...

—Ha sido lo que más me ha molestado, Henry. Yo sé quién proporcionó esa información a la prensa, y ha sido un error de tu parte. Detesto los golpes por la espalda.

Osborne sacudió las migas de pan que habían caído sobre sus pantalones.

—No sé cómo se produjo esa filtración de la noticia —dijo Weber con sinceridad—, pero estoy dispuesto a asumir la responsabilidad.

—Hablemos de otra cosa.

La comida dejó de tener sabor para Weber. Se preguntó a quién podía recurrir ahora. Pero ya no había nadie a quien recurrir.

Pasaron otros dos días. Kraft y Mehan verificaban regularmente toda la instalación de la plataforma desde la cual se podía ver a Carlotta en la réplica de su casa.

Ella parecía no advertir su presencia, a pesar de saber que había monitores y diversos tipos de instrumental que controlaba cada uno de sus movimientos desde la oscuridad.

El interés supremo de Kraft era un hológrafo de doble pulsación; un instrumento que empleaba el sistema láser para producir una imagen tridimensional y, una vez, revelada, transmitirla al puesto de observación en la oscuridad. Eso significaba que cualquier aparición, cualquier suceso, podía verse una y otra vez en color y con su forma exacta, pero en un tamaño muy reducido. Más importante aún, la doble pulsación era muy sensible a los cambios en el objeto que fotografiaba e incluía no sólo la luz visible del espectro sino, también, las regiones ultravioletas e infrarrojas.

Sin embargo, en las grabaciones que se habían efectuado durante las 24 horas del día, no había nada nuevo, fuera de la presencia de una mujer cuya paciencia empezaba a agotarse, cuyos pensamientos parecían cada vez más confusos y aprensivos.

Una noche despertó en la oscuridad. Medio dormida aún, murmuró algunas frases, sin darse todavía bien cuenta de que se encontraba en la Universidad. La habitación era tan extraña, idéntica a la suya y, sin embargo, distinta. Despierta, le

parecía soñar y cuando soñaba era como si estuviera despierta. Una sensación confusa y desagradable. Había un gran silencio. El aire acondicionado zumbaba desde las entrañas del edificio. Las extrañas formas de su dormitorio producían curiosas esculturas en la oscuridad. Incapaz de volver a dormirse, permaneció unos minutos en cama. Después se levantó, se puso las zapatillas y telefoneó al doctor Balczynski.

—Estoy bien, sólo que no puedo dormir. ¿No podría darme alguna píldora para dormir?

—Preferiría no hacerlo. Pero si insiste puedo ordenar que le lleven algún calmante.

—Gracias. Lamento haberlo molestado, pero...

—No se preocupe, para eso estoy aquí.

Media hora más tarde, la doctora Cooley apareció con un vaso de agua y un tranquilizante. Observó a Carlotta tragar la cápsula.

—¿Quiere que le traiga algo para leer?

—No se ría de mí, doctora, pero sólo me gustan las novelas del Oeste.

—Pues le conseguiremos una novela del Oeste.

La miró con atención. La doctora luchaba entre la compasión que sentía por la mujer y la certeza de que el plan funcionaba bien, de que Carlotta se acercaba a su estado emocional anterior al encierro en la Universidad, con lo que aumentaban las probabilidades de que se produjera un fenómeno *psi*.

Kraft y Mehan observaron la escena desde la sala de observación, que estaba a oscuras.

Dormían en un pequeño anexo, sobre sacos de dormir instalados bajo las pantallas; por todas partes había estantes, ganchos y bandejas de metal llenos de alambres, transistores, dibujos y anteproyectos de futuras operaciones.

Cuando la doctora se marchó, vieron que Carlotta volvía a acostarse. Y, al acostumbrarse los ojos de la mujer a la oscuridad, el tranquilizante empezó a surtir efecto, se relajó y su mente se sintió cansada pero agradablemente. La luz en alguna parte del exterior dibujó sombras difusas en la pared. Imaginó formas diversas para las sombras: conejos, gansos, un lagarto. Un lagarto de ojos orientales, de labios gruesos y sensuales que se aproximaba para...

Carlotta lanzó un grito.

—¿Está usted bien? —preguntó la doctora Cooley.

Detrás de ella estaban Mehan y un alumno al que ella no había visto nunca antes.

—No, no... Yo... ¿Dónde estoy?

—En la Universidad. Yo soy la doctora Cooley.

—¡Dios mío!

La doctora se sentó en el borde de la cama. Tocó la frente de Carlotta, que estaba ligeramente afiebrada.

—¿Quiere que uno de nosotros la acompañe?

—No. Basta con que estén cerca. Lo siento.

Desde el escritorio de la sala de observación, Kraft observaba fascinado la imagen de Carlotta ampliada mediante luz en los amplificadores; era una mujer luminosa en cama.

Por milésima vez meditó sobre el sentido del experimento; trataban de encontrar la prueba física de la existencia objetiva de un espíritu en el mundo real, aunque sólo fuera por un momento. Todo el carísimo instrumental tenía un trabajo que cumplir cuando... Procuró no pensar en lo que esperaba ver. Se lo debían todo a la doctora Cooley, a su fe y dedicación, a cada humillación a la que se había visto sometida, a los cientos de investigadores en todo el mundo quienes, a riesgo de hacer el ridículo, habían proporcionado una información que había hecho posible este experimento. Pensó en sus padres sin amargura y se dijo que ni por diez segundos pensarían que valía la pena lo que él estaba haciendo.

Miró la hora. Las 2:35 de la mañana. La señora Moran dormía. Tenía una gran curiosidad por ver el mundo a través de una conciencia ajena: la de la señora Moran. Aunque fuera por un segundo, imaginaba que tenía que ser algo tan diferente que no podía casi concebirse. Y sintió celos, una sensación nueva y desconocida. Anhelaba ver esa aterradora realidad que percibía la señora Moran. Y la sensación era aniquilante y todopoderosa. Pero para Kraft tenía algo de exótico, de prohibido, de última frontera del conocimiento humano. Había visto luces, chispas y zonas frías antes, pero jamás a un ente, un ente corpóreo y completo.

De acuerdo con los apuntes que se tomaron de la investigación, fue en la tarde del día siguiente cuando ocurrió el primer cambio de importancia.

Carlotta había terminado su almuerzo que, como durante los doce días anteriores, le habían llevado desde la cafetería, cuando golpearon a su puerta.

Cindy introdujo la cabeza. Detrás estaban Billy y las niñas.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó Cindy entre risas.

—Sí que lo hay —respondió Carlotta.

Abrazó y estrechó a Kim mientras entraban en la casa. La niña parecía confusa, no sabía si estaba o no en su casa. Pero la verdad era que muy pocas cosas del mundo de los adultos parecían ser lo que eran.

—¿Qué tal la comida? —preguntó Billy.

Carlotta sonrió. Era una de las maneras típicas de su hijo de preguntarle cómo se sentía.

—Perfecta, Billy. ¿Alguien quiere un poco de dulce?

Media hora más tarde estaban todos sentados alrededor de la astillada mesa del *living*. Billy contaba la historia de unos amigos que habían robado cinco tejas de un almacén de madera, y la policía los había obligado a volver a ponerlas en su sitio. Hubo otro golpe en la puerta. Era la doctora Cooley.



—Siento molestar —susurró.

—No es ninguna molestia.

—Tiene visita.

—¿Quién?

—Su madre.

Carlotta se quedó helada y, de pronto, tuvo mucho miedo.

—Santo Dios...

—Puedo decirle que se marche, señora Moran, si usted...

Carlotta miró a sus hijos, que mostraban cierta preocupación al no saber qué pasaba. Cindy observaba inexpresiva, pero tenía los labios apretados.

Era demasiado tarde para hacer nada. Se escucharon unos pasos que avanzaban por el corredor sin esperar invitación alguna. La doctora Cooley nunca había visto una transformación como la que experimentó la cara de Carlotta; hubo miles de expresiones, desde miedo hasta sorpresa, que florecieron y se marchitaron en un segundo.

La madre de Carlotta llegó a la puerta tomada del brazo de una mujer de mediana edad. La señora Dilworth llevaba un sombrero blanco de ala ancha, bajo la cual podía verse un rostro rosa, ojos sorprendentemente oscuros y una expresión que recordaba las máscaras de cera. Carlotta se quedó anonadada. Sin duda, la decisión de visitar a su hija no había sido fácil para la anciana señora, que titubeó sin alzar los ojos y no se atrevió a aproximarse más.

Carlotta miró la cara arrugada, los rasgos familiares deformados por el paso del tiempo y que ahora sólo recordaban vagamente aquellos que Carlotta tenía tan presentes en su imaginación. Finalmente, la señora Dilworth, igualmente sorprendida, miró a Carlotta. Era una mujer adulta, con la misma cara de antes pero ahora consumida por el sufrimiento. Durante más de un minuto nadie dijo nada. Cindy comprendió que pasaba algo desusado y, ante un gesto de la doctora Cooley, se marchó en silencio. Después de luchar con su conciencia, la doctora decidió no encender los monitores.

Julie y Kim estaban asustadas y sorprendidas por un silencio tan prolongado.

—Caray...

La voz era trémula, asustada y, al mismo tiempo, cálida. Con dificultad se aproximó a Carlotta y entró en el *living*.

—Madre... —dijo, y tuvo dificultades para pronunciar la palabra—, hacía mucho que no nos veíamos.

La señora Dilworth extendió las manos para tomar la cara de su hija y besarla, pero Carlotta se puso tensa hasta que logró dominarse y presentar una mejilla para recibir un beso cerca de la boca. Cuando volvió a mirarla, su madre tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Siéntate, madre. Se está muy bien aquí.

La anciana se sentó en el borde del sofá y con ojos cansados recorrió la

habitación, igual a la de una casa verdadera, y escuchó el sonido de miles de instrumentos invisibles, todos enfocados en dirección a su hija, el centro de un extraño fenómeno.

—Es verdad, entonces, lo que decía el periódico...

—Sí.

—¡Dios mío! ¿Cómo pudo ocurrir?

Carlotta la miró furiosa por un instante, hasta que comprendió que no había malicia alguna en la pregunta.

Carlotta respondió con sencillez.

—Yo no tuve la culpa. Sucedió, eso es todo lo que sé.

Billy, Julie y Kim esperaban de pie, junto a la pared, como si instintivamente hubieran sabido que tenían que mostrarse bien educados delante de esta distante y severa señora, a la que no conocían.

—Billy, Julie, Kim... Esta señora es vuestra abuela.

—Hola —saludó Julie incómoda.

—Hola —dijo Kim, imitando a su hermana.

Billy no abrió la boca.

—Perdonen —pidió la señora Dilworth y enjugó sus ojos con un pañuelo de lino blanco—. Me había dicho que no lloraría, pero...

Con el corazón apenado, Carlotta vio a su madre recuperar el dominio de sí misma.

—Julie... Tú, Kim, tienes los ojos de Carlotta... tan oscuros y... tan suaves...

La anciana guardó el pañuelo en el bolso y miró a las niñas como si las analizara, pero sin mala intención.

—Con unos ojos tan oscuros nunca se puede saber lo que hay oculto detrás.

—Madre, yo...

—Al menos ése fue mi caso.

Carlotta comprendió que todo lo que había hecho su madre en la vida había estado motivado por timidez o miedo; temía a su marido, a Dios, a los desconocidos. En el fondo de ella misma, la vieja señora no estaba convencida de haber tenido nunca el derecho a existir. Eso, más que la crueldad, era lo que había torturado a Carlotta hacía más de dieciséis años.

¡Cuánto habría sufrido su madre, primero bajo la tiranía de su marido y luego bajo el peso de los recuerdos! ¿Cuánto tiempo hacía que se había inmolado en un altar fabricado por un egocéntrico? Incluso ahora era una prisionera, y lo sería durante el tiempo que le quedara de vida.

Julie estaba sorprendida de la conversación de su madre con esa señora desconocida y que, de alguna manera, parecía conocerlos a todos. ¿Era en verdad su abuela? Y si lo era, ¿dónde estaban las risas, la alegría y los cuentos que se decía proporcionaban las abuelas?

—Cuando leí el artículo en el periódico, me dije que tenía que invenir a ver si...

podía ayudarte en algo.

—Comprendo —dijo Carlotta con cierta frialdad.

—Desde que te marchaste, he estado analizando mi conducta para contigo...

—Por favor, madre...

—Pero Dios no nos da señales. Ninguna. Conocemos el camino, pero no sabemos cómo llegar a él. Y tu padre tampoco lo sabía.

Carlotta se sintió incómoda. Temió que su madre empezara a hablar del reverendo Dilworth, una perspectiva desagradable para ambas.

—Madre, yo...

—He rezado, Caray, para pedir luz. Y no ha habido respuesta.

Se impresionó ante la enormidad de la confesión de su madre. Dios había sido siempre el centro de la vida adulta de la mujer que tenía delante.

—He ido a diferentes iglesias, Caray, pero nunca ha habido respuesta alguna. Sólo un horrible silencio.

No podía temer ni odiar a esa pobre y débil anciana, tan simple ahora. Los monstruos que la habían encarcelado, perseguido y torturado en esa gran casona de Pasadena habían desaparecido y sólo sobrevivían en los recuerdos infantiles de Carlotta. Por eso, sintió la necesidad de comunicarse con su madre, de hacer desaparecer las barreras que parecían haberlas separado para siempre.

—Dios perdona siempre todo, madre. Y sin duda te perdonó hace muchos años.

La señora Dilworth pareció no haber oído. Miró el extraño escenario en el que se encontraba, y que parecía constituir la mejor prueba de su fracaso y del castigo divino.

—Lamento que Dios no llenara nuestras vidas, Carlotta, con un propósito claro. Que no llenara ni la tuya ni la mía. Si lo hubiera hecho, todo habría sido diferente.

Carlotta sonrió con tristeza. Se puso de pie y besó a la anciana en la mejilla. Volvió a su silla impregnada de un olor a lilas, el perfume de su madre y el mismo que usaba ella. «En el fondo, a pesar de todo, nos parecemos», se dijo Carlotta sorprendida.

—Tendrías que haber tenido más confianza en ti misma, madre —dijo con amabilidad—. Tal vez entonces te hubiera sido más fácil encontrar a Dios.

La enfermera que acompañaba a su madre tosió para recordarles que el tiempo pasaba. Qué extraño, pensó Carlotta, que nada nunca se detenga por completo en este mundo, que ninguna relación humana sea estática. Ahora, en pocos segundos, yo he cambiado para ella, así como ella ha cambiado para mí.

La señora Dilworth miró a sus nietos con afecto y se dirigió a Carlotta para decirle:

—¿Les permitirías visitar a su abuela, Caray?

A pesar de sí misma titubeó. El pensamiento de sus hijos en aquella casa donde tanto había sufrido...

—Es una casa tan grande... y está vacía —prosiguió su madre.

—Sí, lo sé.

Miró a sus hijos. Parecía estar aproximándose a un abismo profundo, el mismo del que había escapado hacía dieciséis años, pero ahora estaba decidida a dar el salto. Sin dejar de mirarlos, respondió:

—Por supuesto que sí, madre, es una casa tan hermosa...

—¿Qué les parece? —preguntó la señora Dilworth—. ¿Querrán venir? Hay una cancha de tenis y una de *croquet* y...

—¿Billy también irá? —quiso saber Kim asustada.

La cara de la anciana se arrugó aún más al sonreír.

—Sí, Billy también irá.

Llegaron a un acuerdo. Carlotta se preguntó si habría saltado sobre el vacío o si habría caído en él. Cuanto más lo pensaba, menos le gustaba la idea de que sus hijos vivieran en aquella casa. Pero parecía la mejor solución. Y no podía retroceder ahora.

Alzó a Kim y la aproximó a su abuela. Con una sonrisa explicó:

—Kim es un pequeño monstruo y hay que tener mucho cuidado con ella si tiene un lápiz en la mano.

La niña se encontró, de pronto, en brazos de una señora que la besó, envolviéndola en su fragancia de lilas. Y la miró, sorprendida.

—¡Qué niñas tan bellas! —comentó la señora Dilworth.

Julie se acercó a abrazar a su abuela y al besarla fue estrechada con fuerza por la anciana.

Con un guiño, la señora Dilworth dijo:

—Sólo faltas tú, Billy.

El chico no sabía si avanzar o retroceder, y no lo supo hasta que dos brazos delgados y viejos lo abrazaron.

—Tengo el coche abajo. Es viejo, pero cabremos todos.

—¿Qué clase de coche? —preguntó Billy.

La señora Dilworth se volvió a su acompañante.

—Explícaselo tú, Hattie.

—Es un Packard, 1932 —contestó la enfermera con voz decidida.

—¡Fantástico! —murmuró Billy.

Carlotta estaba tan preocupada con la idea de que sus hijos vivirían en aquellas habitaciones donde tanto la habían torturado, que se encontró, de pronto, en la puerta mientras los niños estaban todavía en el corredor. Besó a su madre. Tuvo una impresión de huesos muy ligeros, de un leve temblor en los brazos. La muerte parecía hacerse presente hasta en el aliento de la anciana.

La casa de Pasadena se hizo real; no era más que un lugar con rosaledas y setos. El terror no era más que el producto de sus propios sentimientos, y pertenecían a una niña que ya no existía. Besó a sus hijos para despedirse.

Mientras caminaban por el corredor, Kim preguntó:

—¿Mamá no viene con nosotros?

—Iré muy pronto... muy pronto...

—Que Dios te acompañe —dijo la señora Dilworth, dándose la vuelta—. No pierdas la fe de que curarás.

Carlotta entró en casa, la cara mojada por las lágrimas. Y toda su familia se dirigió al ascensor. Se cerraron las puertas y no alcanzó a ver a Julie que agitaba la mano.

Aquella noche, Carlotta no pudo dormir. Se paseó nerviosa por el dormitorio, esa reproducción híbrida, tan parecida y tan diferente a su habitación. Las luces de unos fluorescentes se reflejaron durante un segundo contra las ventanas. Era su cama, su armario, su alfombra, su mesa de noche. Y todo parecía formar parte de una pesadilla, que la había encerrado entre las cuatro paredes de esa parte de la Universidad.

*Todo está aquí, menos él. La soledad, estar separada del mundo y esperar, siempre esperar. Nada es real. Todo está separado de mí: mi cuerpo, mis hijos, mi madre. Hasta mis pensamientos me son ajenos. Kraft está preocupado por las pruebas electrónicas. La doctora Cooley me llena de cuestionarios. Sólo Mehan se interesa de verdad por saber cómo me encuentro. Médicos y científicos son siempre tan fríos y distantes. Nunca saben lo que es tener miedo, verdadero miedo.*

Dejó de escribir. Hay un momento en el que es mejor no hacerlo. Y es preferible callar, no expresar nada, guardarlo para uno mismo. Porque abrir la puerta sólo sirve para que se desborden pensamientos más íntimos, deseos profundos, donde la mente tropieza, pierde el hilo y flota como una pluma en la oscuridad infinita.

Entonces sintió que se aproximaba.

Estaba allí, en la ventana. Se dio la vuelta, pero ya se había marchado. No había visto ni oído nada. Todo estaba en calma. Pero *él* había estado allí durante un segundo y luego se había marchado.

Telefonó a la doctora Cooley.

La doctora despertó, miró el monitor y lo sintonizó. Vio sólo la cabeza y hombros de Carlotta. Se envolvió en una bata de trabajo y cruzó deprisa el corredor hasta llegar a la puerta de la casa.

—¿Está usted bien, señora Moran?

Carlotta abrió la puerta. De inmediato se dio cuenta de que estaba a punto de sufrir un ataque de histeria. Había habido demasiadas emociones con la llegada y la partida de la madre, pero era una reacción excesiva.

—Entre, por favor.

Al hacerlo, notó un olor peculiar, parecido a comida, pero muy extraño.

—Lo he sentido venir.

Era innecesario preguntar a quién. La doctora podía percibir la tensión en la sala;

tal vez la provocara Carlotta, y sin embargo tenía algo eléctrico, palpable.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Pocos minutos. Estaba en la ventana.

La doctora fue hasta la ventana. Detrás del cristal había manchas de polvo y algunas burbujas. Cerró las cortinas.

—Debe ser difícil dormir aquí. Con tanta luz afuera se forman figuras extrañas.

—Doctora, no lo *vi* lo *sentí*.

—¿Qué quería?

—No lo sé, pero ahora es distinto.

—¿En qué sentido?

—¡Tengo miedo! ¡Miedo por todos nosotros!

Cuando faltaban menos de cuarenta y ocho horas para que expirara el plazo concedido para la realización del experimento, la doctora Cooley envió una solicitud urgente al Decano Osborne para que se le prorrogara el plazo otra semana más. La petición fue entregada personalmente por Joe Mehan en la oficina del Decano. Una hora más tarde llegó la respuesta, igualmente formal y en papel con el membrete de la Universidad. Establecía taxativamente, que el cuarto piso tenía que desocuparse en la fecha prevista, ya que estaba programado un estudio de la Science Foundation sobre el efecto de la radiación ultravioleta sobre la retina de los reptiles.

En la noche del 23 de mayo, Mehan soñó con paisajes desolados y retorcidos, con árboles de formas inverosímiles y nubes de gases tóxicos. ¿Dónde había visto antes figuras parecidas? Eran algunas de las imágenes descritas por Carlotta al escribir sus sueños en el cuaderno.

Kraft dijo a Mehan en voz baja.

—Esos sueños son muy importantes, porque indican que se ha establecido contacto.

—Tonterías. Lo único que indican es que estás tan absorto con este experimento que...

—Puede ser pero, en todo caso, hay una aproximación.

—Siempre sueño con mi trabajo —comentó Mehan, recostándose en el saco de dormir.

Sobre sus cabezas los negros y silenciosos monitores los contemplaban en silencio.

En la imaginación de Kraft flotaban formas oscuras que no eran pájaros pero volaban en un cielo irreal y lejanísimo; deseaba ver ese extraño y aterrador mundo que Carlotta había visto, y casi podía palparlo, aniquilante y fascinante al mismo tiempo.

Por la noche el instrumental técnico no reveló nada anormal; la cámara holográfica no era más que una estatua inútil, y sus grabaciones gastaban en vano metros de un material muy caro; los planos de termovisión señalaban nada más que las habitaciones, registradas una y otra vez sin otro cambio que el de la forma de Carlotta que se paseaba o detenía para escribir en el cuaderno.

*El tiempo vuela como el viento. En un momento se es joven, se teme la oscuridad, pero al crecer la oscuridad sigue acompañándonos siempre y no hay ningún adulto que venga a calmar nuestro miedo, a tranquilizarnos con cuentos e historias. ¿Alguna vez podemos escapar de las sombras? ¿Podemos ser libres de verdad?*

Cuando Kraft se quedó dormido, los láser mostraban paredes vacías, salas y dormitorios vacíos. La concentración de iones era muy estable en todas las habitaciones; no se notaba cambio alguno. Pero Carlotta miró la hora.

Eran las 12:43 de la madrugada.

*Esta noche ha vuelto. ¿Cómo es posible que nadie se haya dado cuenta? Siguen con sus pruebas y parece que no hubiera pasado nada extraño. Tal vez el psiquiatra tenía razón y yo estoy loca. Pero ¿puedo estar loca si otros también han visto su poder?*

La mente de Carlota se llenó de curiosas imágenes; primero de Pasadena, que se transformaba en un paisaje desolado que ella nunca había visto antes, retorcido y siniestro como si un cataclismo lo hubiera asolado, desértico e insoportablemente aterrador.

Pasó el día. Todos experimentaban una carga de ansiedad en la atmósfera, a pesar de que no había habido ninguna alteración de la rutina habitual.

Carlotta susurró por la tarde.

—Anoche lo sentí venir, doctor Kraft.

—Lo sé. La doctora Cooley me lo ha dicho.

—Estaba afuera.

—¿En el aire? ¿O fuera del edificio?

—Fuera... del mundo. Quiere llegar hasta donde yo estoy, quiere destruirnos a todos.

—No está muy convencido de que podamos detenerle, ¿verdad?

—Ya no. Es lo más poderoso que hay en la Tierra.

Más tarde, la doctora Cooley examinó los apuntes del cuaderno. Las anotaciones podían clasificarse como los primeros síntomas de la intuición.

Nadie durmió bien aquella noche.

En la madrugada del 24 de mayo, antes de que amaneciera, Mehan escuchó un débil sonido. Abrió un ojo: una luz roja se movía en el monitor. Ya completamente despierto, se aproximó a la pantalla y apretó uno de los botones. Nada, fuera de un dormitorio vacío. Pero escuchó la voz de Carlotta, lejana y deformada por la estática.

—Por favor... ¡Socorro! Señor Kraft... Señor Mehan...

Mehan se puso un delantal sobre el pijama y salió al corredor. Golpeó a la puerta sin obtener respuesta. Dentro, se oía la voz de Carlotta, sofocada, como si intentaran hacerla callar. Sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta. No había nadie en el dormitorio y también el *living* estaba vacío. Fue a la cocina; estaba fría. Carlotta no se encontraba allí. Pero su voz seguía llamando:

—Señor Kraft... Señor Mehan...

Mehan golpeó en la puerta del baño.

—¿Se encuentra usted bien? Soy Mehan.



Entreabrió la puerta. Carlotta, vestida con su bata roja, estaba acurrucada en un rincón, cerca de la bañera que estaba bajo la ventana. Con un hilo de voz dijo:

—Ha venido a buscarme.

—¿Ahora?

—Sí, pero me escapé.

—Cálmese —la tranquilizó mordiéndose nervioso el labio—. Salgamos de aquí.

Fueron a la sala de observación. La doctora Cooley, en respuesta a una llamada de Kraft, apareció en el corredor. Carlotta intentó explicarles lo que había sucedido.

—Me amenazó a mí y a todos ustedes...

—¿De qué manera? —preguntó la doctora Cooley.

—Había odio en su voz.

—¿Contra mí? ¿Contra Gene?

—Contra todos.

—¿Qué quería? —interrogó Mehan con amabilidad.

—No lo sé. Tiene miedo de que ustedes lo atrapen.

La doctora y Kraft intercambiaron una mirada.

—¿Sabía usted que teníamos un plan para atraparlo? —preguntó Kraft.

—No.

—¿Está segura de que nadie se lo había mencionado? ¿Tal vez alguno de los alumnos?

—No sé de qué me está hablando.

Kraft explicó:

—La verdad es que tenemos un plan para atraparlo sin que usted corra riesgo alguno.

Con un murmullo confidencial, Mehan expuso:

—Se trata de helio supercongelado.

Carlotta respondió, también en voz muy baja:

—Si intentan atraparlo los matará.

Kraft explicaba a la clase.

—Partamos de la premisa de que el ente o aparición tiene una existencia independiente de los que perciben; entonces el paso siguiente será determinar si conserva alguna de sus propiedades físicas, además de la capacidad para provocar transformaciones de la luz, fenómenos de aura y táctiles. En otras palabras, se trata de saber si tiene forma, si está compuesto de átomos o moléculas, si existe como un objeto o un gas, o sólo tiene existencia en un plano psíquico, en el que es perceptible por la mente humana, pero donde no se lo puede examinar científicamente.

Los alumnos estaban apiñados en la plataforma sobre la reproducción de la casa de Carlotta. Abajo, con una luz muy brillante, que simulaba una mañana llena de sol, Carlotta hablaba con la doctora Cooley.

—Los monitores, como les he explicado, analizarán las propiedades electromagnéticas o termoiónicas del ente, siempre y cuando podamos atrapar aunque sólo sea un trocito. Sabremos la respuesta a la pregunta sobre si tiene forma o no con el equipo que la doctora Cooley describe a Carlotta en este momento.

Se encendió una luz; Kraft acababa de abrir una puerta doble. Detrás, iluminada por una suave luz violeta, había una complicada red de alambres y tubos de cobre equipados con diales temblorosos, que registraban la temperatura y presión de una serie de botes, tan recubiertos de aleaciones metálicas que sus formas eran invisibles.

Kraft prosiguió:

—Cualquiera que sea el material del ente, las zonas frías que anuncian su aparición nos han hecho pensar que posee cualidades similares a las de un objeto que absorbe calor, y que, por tanto, se nutre de energía a través del medio ambiente. Todo lo que consume o absorbe calor se define como endotérmico y la manera más eficiente y práctica de inmovilizarlo o dejarlo inactivo sería congelándolo. —Kraft señaló uno de los diales a los alumnos, y con voz dramática anunció—: Helio líquido. Cuatrocientos cincuenta y ocho grados Fahrenheit bajo cero, la sustancia más fría que conoce el ser humano, aparte del cero absoluto, que sólo se encuentra fuera del espacio.

»Cualquier parte que se ponga en contacto con esta sustancia sufre quemaduras y una congelación inmediata. Aquí no hay tiempo para procesos lentos, como la gangrena. Todo desaparece de inmediato.

La imagen de un brazo desprendiéndose de un hombro convertido en minúsculos trocitos de cristal pasó por la mente de los alumnos. Varios de ellos se aproximaron a la barandilla de la plataforma en busca de apoyo. Kraft prosiguió:

—Hemos decidido utilizar helio líquido porque estamos decididos a atrapar al ente en cualquier forma que sea posible. Y sabemos que al rociar una sustancia material con helio líquido se le reduce de inmediato la temperatura hasta el punto en que su actividad molecular y atómica prácticamente se detienen, y queda congelado.

Los alumnos se mostraban impresionados por las explicaciones de Kraft. De pronto, el experimento parecía tan real, tan tangible, que había dejado de ser una mera posibilidad teórica, y era como abrir una puerta que daba paso a una zona aterradora, en la que era imposible saber lo que se podía encontrar. Uno de ellos preguntó:

—¿Y si no pasa nada?

—Entonces sabremos que el ente no está compuesto de materia física, al menos como nosotros la entendemos.

—Otra posibilidad —interrumpió Mehan— es que el ente pueda entrar y salir del marco temporal y, por consiguiente, pueda escapar a todo intento por atraparlo físicamente.

Lentamente, los alumnos miraron hacia abajo. Carlotta seguía con la vista los diferentes puntos que le señalaba la doctora Cooley, pero no podía ver a ninguno de

los alumnos situados en la oscuridad de la plataforma que se hallaba sobre su cabeza.

Una joven comentó en voz baja:

—Lo veo muy peligroso. ¿Qué le ocurrirá a la señora Moran?

—El helio, y una sustancia secundaria, serán arrojados por dos surtidores de gran potencia, situados en la pared exterior, casi encima de donde está ahora la cabeza de la doctora Cooley. Los surtidores dispararán en una sola dirección: las esquinas. Tan pronto como la señora Moran salga de una de esas áreas, caerá a su alrededor un muro protector de cristal doble, con un vacío entre cristal y cristal, que la protegerá. De esta manera no corre ningún peligro de sufrir los efectos directos o indirectos del chorro de helio.

—¿De verdad crees que podrás llevar al ente hasta un área tan pequeña? —quiso saber uno de los alumnos.

—Es un ser inteligente, sin duda, pero esperamos poder ser más listos que él.

—¿Empleando a la señora Moran como cebo?

Kraft se ruborizó al responder:

—Sí.

Abajo, Carlotta miró por sobre la cabeza de la doctora. No podía ver los surtidores, instalados en el esqueleto metálico de la estructura de las paredes, pero se alejó nerviosa de la zona en la que se encontraba. Era obvio que la doctora había logrado tranquilizarla, porque muy pronto volvió a sentarse, inquieta al comienzo y sonriente más tarde, a medida que proseguía la conversación.

Los alumnos observaban la escena casi sin atreverse a respirar. Había tanto silencio que se pudo escuchar la voz de Carlotta:

—No tengo miedo. De verdad, no tengo miedo. Si pueden cazar al maldito hijo de puta no tengo miedo.

Pero la doctora Cooley estaba preocupada; nunca antes había utilizado helio líquido e insistió en hacer un ensayo.

Dentro de un pequeño laboratorio en la quinta planta, Krall apagó todas las lámparas, menos una de gran intensidad; hizo girar el instrumental y sus controles para disparar sobre un escritorio de baquelita negra, mientras Mehan, manos y brazos protegidos por gruesas cubetas de género reforzado, sostenía un pulverizador a escasa distancia del pecho. La doctora Cooley puso un hámster, una rosa roja y una pequeña nube de amoníaco, que salía de un trozo de género blanco, en el área de disparo del helio.

—Supongamos que esta zona corresponde al *living* —explicó la doctora— y que protegeremos a la señora Moran.

Hizo un gesto a Mehan, que retrocedió.

Hubo un silbido silencioso, después un rugido sordo, semejante al que produce un metal al retorcerse con violencia, y una pequeña columna de vapor se extendió rápida

por la zona. Primero fueron unas gotas que se esparcieron después hasta transformarse en una oleada que se convirtió luego en una nube de vapor. El escritorio tras el cual estaba Kraft recibió una corriente de viento tan violenta que todo el pelo del científico voló hacia atrás.

—¡Santo cielo! —tartamudeó—. ¿Está usted bien, doctora Cooley?

—¡Sí! ¿Y tú, Joe?

—Estoy bien. Esperemos un minuto para que se caliente.

—¿Está apagada? —preguntó Kraft.

—Con seguro y cerrojo.

—Devuélvanla a su pantalla protectora.

Con mucha cautela, Kraft tocó la rosa y pasó luego la lengua por los dedos.

—Quema —se quejó.

—No la toques hasta dentro de algunos minutos —aconsejó la doctora Cooley.

Mehan trajo unas tenazas a la mesa de trabajo; el vapor goteaba un agua helada a ambos lados del escritorio y el hámster estaba cubierto de una capa blanca helada, la cola rígida y curva, como si fuera un trozo de metal sobre la superficie de malaquita negra. Kraft exclamó:

—Dios mío, se ha congelado.

—¿Comprenden? El agua de las células se congela en sólo unos segundos —explicó la doctora.

—¡Qué muerte tan horrorosa! —comentó Mehan en voz baja.

—Estaba anestesiado y la muerte fue instantánea.

La doctora se aproximó a la rosa, al tocarla se deshojó con un sonido semejante al del cristal al romperse. Como nieve verde y roja, tallo y pétalos cayeron convertidos en polvo.

Mehan lanzó un silbido.

—Fíjense en la nube de amoníaco —dijo la doctora.

—¿Dónde? —preguntó Mehan.

—En esa roca blanca sobre el escritorio.

El amoníaco volvió a evaporarse al normalizarse la temperatura y subió silbando mientras salían despedidos trozos de amoníaco sólido.

—Nunca lo había visto en estado sólido —se maravilló Kraft.

—Cuidado, no te acerques —advirtió Mehan.

Al aumentar la temperatura, el chorro ascendente se hizo más violento, retorciéndose y dando sacudidas hasta casi alzarse del escritorio hasta que, finalmente, se evaporó en una columna vertical de gas.

—Qué mal huele —dijo Kraft.

—Lo que me gustaría saber es si el muro protector de cristal aparece lo bastante rápido como para proteger a la señora Moran —dijo la doctora Cooley.

—Y si el vacío entre los dos cristales es suficiente para impedir el paso del frío —agregó Mehan—. No me gustaría que se produjera una explosión que pudiera herirla.

—Creo que lo mejor será hacer un ensayo con el muro de cristal —propuso Kraft.

Lo hicieron aquella misma tarde. El vacío entre los cristales resistió la presión. Después probaron el mecanismo que hacía descender el muro. Funcionaba en un segundo y medio, pero a Kraft le pareció demasiado lento. Reemplazó los cojinetes de las bolas que hacían rodar al muro y descubrió que podía funcionar en medio segundo. Dudaba que la estructura de cristal pudiera resistir demasiadas pruebas, así que hizo un solo ensayo más antes de darse por satisfecho. Volvería a funcionar cuando se lanzara el chorro de helio contra una de las esquinas del *living*.

Para ayudar a que Carlotta recordara dónde estaba el muro protector, Kraft puso cintas rojas sobre la alfombra y la pared. En verdad, temía que el muro cayera sobre ella y la aplastara con el impacto del golpe.

Sin embargo, no parecía haber razón para estar preocupados. Los esquemas de variaciones de temperatura que registraban los mecanismos operados mediante rayos láser indicaban que no había cambios de temperatura. El equipo con el helio se instaló sobre una plataforma móvil, por si hubiera que desplazarlo de prisa. Por el momento, los surtidores colgaban de las abrazaderas y apuntaban inútiles a la esquina del *living*.

Transcurrió todo el día sin que pasara nada. Pronto, se dijo Kraft en un arrebato de desaliento, tendrían que desarmarlo todo. Sería peor que un velorio.

El doctor Weber tomó el teléfono y marcó. Mientras lo hacía, pudo observar el reflejo de la luz del sol sobre los techos metálicos del edificio.

—El Decano Osborne, por favor. Habla el doctor Weber. Durante unos segundos golpeó nervioso con los dedos sobre el escritorio. Después echó una ojeada a los papeles que le había entregado Balczynski, sentado frente a él con los labios tensos.

—¿Frank? Hola, ¿cómo estás? —saludó jovial—. Yo estoy muy bien, gracias. Escucha. El doctor Balczynski está aquí conmigo. Acaba de informarme que piensan utilizar una sustancia muy peligrosa, helio líquido, y sepa Dios qué más...

Escuchó en silencio durante varios segundos. Sin quitarle los ojos de encima, Balczynski cruzó las piernas.

—Pero nadie en el Claustro pensó que podrían recurrir a un procedimiento así. Una cosa es hacer preguntas o pedir que armen las piezas de un rompecabezas, y otra muy distinta correr un riesgo semejante...

Weber escuchó con expresión de disgusto.

—Ya sé que es la última noche. Pero, Frank, ¿cuánto tiempo se necesita para matar a alguien?

Permaneció en silencio, miró al cielo y colgó.

—¿Qué ha ocurrido?

El doctor Weber se encogió de hombros.

—Ya no entiendo al Decano. Supongo que no sabrá qué debe hacer.

—¿Necesitamos su aprobación? Creo que es de mi competencia cancelar la investigación.

Weber sonrió con amargura.

—Tiene mucho todavía que aprender sobre política universitaria. El Decano Osborne tiene que aprobar cualquier cancelación de esta investigación, doctor Balczynski.

El 24 de mayo, a las 9:30 de la noche, Carlotta se durmió, el primer sueño en veinticuatro horas de insomnio. Kraft la observaba en la pantalla del monitor y se sentía deprimido, consciente de que sólo les quedaban unas pocas horas antes de que todo hubiera terminado.

La imagen de Carlotta aparecía en cuatro monitores diferentes. Se movía inquieta en cama. Las agujas oscilaron. A las 9:53 la doctora Cooley percibió una desviación en el gráfico de los iones, que hasta entonces se había mantenido muy regular, y que indicaba una variación entre el ambiente real y el que habían querido reproducir como idéntico al de Kentner Street. Instruyó a Kraft para que aumentara la concentración de iones en un uno y medio por ciento.

Fascinados, vieron a Carlotta abrir los ojos y sentarse en el borde de la cama para escribir algunos pensamientos en el cuaderno. Kraft no pudo enfocar la cámara sobre la escritura. Más tarde, Carlotta se recostó, sin dar señales de saber que varios pares de ojos observaban cada uno de sus movimientos.

A las 9:58 hubo un estrépito.

Carlotta sintió una corriente de aire frío. Ni siquiera se dio la vuelta para mirar. Los latidos de su corazón se aceleraron, pero tuvo el control de sí misma necesario para recordar dónde se encontraba en ese momento. Sabía que la estaban observando. Giró con mucha lentitud. No había nada.

*Se escapa con facilidad. Como una nube en invierno. Rueda y se mueve como una nube. Pero cuando se mira ya se ha marchado. En el aire. Como un riachuelo del monte que se descongela y mana, mana, mana...*

Hubo otro estruendo. Carlotta contuvo el aliento y miró a su alrededor, pero no vio nada extraño.

Mehan susurró:

—Miren ese plato, ha volado del estante.

La sala de observación era un *collage* de ojos y rostros sudorosos iluminados por el parpadeo de los monitores.

Carlotta fue arrojada sobre la espalda. Le temblaban las comisuras de los labios por efecto del cansancio. Volvió a sentarse y miró, sorprendida de hallarse de nuevo en su casa.

La doctora Cooley dijo en un murmullo:

—Parece haber olvidado que está en un laboratorio de la Universidad.

Tenía el cuerpo tenso y ya no miraba hacia la oscuridad que ocultaba al equipo técnico y a las cámaras.

—Espero que recuerde dónde tiene que situarse para estar a salvo —comentó

Kraft.

—No te preocupes, si no lo recuerda no usaremos el helio —dijo la doctora.

Aproximaron las caras a las pantallas de los monitores.

Carlotta parecía oler algo, tenía el rostro arrugado y temblaba.

—Ha bajado la temperatura —anunció Mehan.

—Revisa la sala de control, puede que sea un fallo del termostato —instruyó la doctora Cooley.

Carlotta se levantó de la cama y recorrió las habitaciones. Después fue a los dormitorios de sus hijos. Daba la impresión de buscarlos. Murmuró:

—Si vienes esta noche te atraparán...

—¿Por qué le hace una advertencia así? —preguntó Mehan.

—Puede que sea un desafío, una manera de atraerlo —respondió la doctora.

Miraron los colores del monitor. Carlotta, marrón con un toque de verde en las extremidades, se acostaba y trataba en vano de dormirse. Era un cuadro espectral. La doctora dijo:

—Espero que no hayamos subestimado la situación.

—¿Qué quiere decir? —interrogó Mehan.

—No lo sé. —La doctora pensó cuidadosamente las palabras antes de proseguir —: Hemos ido muy lejos en este experimento para invitar a una fuerza desconocida para que nos visite. Espero que, si lo hace, no tengamos que arrepentimos después.

Sonó el teléfono. La doctora escuchó durante algunos segundos, después colgó y dijo:

—Era el doctor Balczynski. Viene para acá con el doctor Weber.

Ambos psiquiatras subieron rápidamente las escaleras. Habían estado en una reunión hasta pasadas las 8:30, y luego discutieron el experimento durante casi una hora antes de acordar tomar al toro por las astas y actuar sin el permiso del Decano.

—Le hago una apuesta, doctor Balczynski. Ya verá cómo alguien afirma haber visto al ente esta noche o escribirán un tratado explicando por qué no apareció.

El doctor Balczynski arrugó el ceño.

—Me parece que es usted injusto. Son como todos nosotros, desean estudiar el mundo qué los rodea, sin que se les escape nada.

—Hay muchas cosas que están llenas de gusanos si se las investiga, y un buen científico siempre sabe cuándo ha traspasado las fronteras de una investigación que no puede justificarse.

—En todo caso, ha sido muy interesante.

—Para usted, pero ¿qué me dice de la señora Moran?

—No parece haber empeorado.

—¿Está seguro?

—Estoy dispuesto a apostar mi cargo.



—No apueste algo que todavía no sabe cuánto tiempo conservará —dijo Weber.

Cuando llegaron al escritorio situado a un extremo del largo corredor, un macizo estudiante los miró desconfiado. Dijo:

—Su psiquiatra residente nos ha estado causando problemas.

—¿De quién habla? —preguntó Weber.

—De Sneidermann.

—¿Ha venido aquí?

—¡No podemos deshacernos de él!

Weber intentó seguir adelante, pero el alumno se lo impidió.

—La doctora Cooley lo autorizará a entrar sólo si promete hacer que Sneidermann se marche de aquí.

El doctor Weber lanzó un silbido entre los dientes y se volvió hacia Balczynski para decirle en voz baja:

—Estamos rodeados de nazis.

Al aproximarse a la sala de observación, escucharon una voz cáustica, silenciada por voces que pedían calma. Weber reconoció la voz de Sneidermann, que se paseaba muy agitado.

—Está histérica —explicó a Weber apenas lo vio.

El doctor Weber miró uno de los monitores.

Carlotta iba de un lado para otro en lo que creía era su casa. Llevaba puesta una bata, y se frotaba nerviosa un codo con una mano. Estaba nerviosa y asustada, como si esperara a un visitante, una señal, un ruido repentino. Caminaba de aquí para allá en un área marcada con una pequeña cinta roja.

—Está muy nerviosa —reconoció Weber.

Se detuvo de pronto y miró a su alrededor. Sólo estaba encendida la luz del dormitorio, y la suave iluminación la hacía aparecer de un extraño color amarillo rosa, como si llevara una mascarilla de cera. Gritó muy fuerte:

—¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo?

Lo inesperado del grito hizo que Kraft y Mehan se sobresaltaran sorprendidos.

—Está hablando con él de nuevo —dijo Mehan—. Sin duda siente su presencia en alguna parte.

Sneidermann se inclinó para hablar al oído del doctor Weber.

—Abramos la puerta, aunque tengamos que romperla, y saquémosla de ahí.

—No sé —dijo Weber mientras se frotaba nervioso los labios—. Primero quiero hablar con la doctora Cooley.

Pero la doctora Cooley estaba preocupada en dar las últimas instrucciones a Kraft sobre el uso del aparato del helio, y éste desarrollaba un plan de emergencia por si tenía que subirse a la plataforma para hacer un segundo disparo con el helio líquido.

—Elizabeth, ¿cuánto más durará este experimento?

—Sólo unas pocas horas.

Weber miró su reloj.

—Carlotta necesita dormir —dijo—. Te aconsejo que también tomes en cuenta el aspecto médico de esta situación.

—Nos quedan menos de dos horas, Henry. Por favor, concédeme el derecho a llegar hasta el final.

Weber se marchó furioso de la sala de observación. Y en la oscuridad no pudo encontrar a Sneidermann por ninguna parte. Un alumno le informó:

—Se ha marchado a buscar a la policía.

—No creo que sea necesario.

Informó al centinela del corredor, quien telefoneó a un monitor situado frente a las puertas centrales del edificio. Se interceptó la salida de Sneidermann con un mensaje del doctor Weber en el que lo amenazaba con la inmediata suspensión de su programa como psiquiatra residente si ponía un pie fuera del edificio.

—¿Es una broma?

—Por supuesto que no, puede llamar arriba si lo desea.

Sneidermann corrió a los ascensores.

—¿Ha recibido mi mensaje? —preguntó el doctor Weber.

—¿Entonces, es verdad?

—Sí que lo es. No necesitamos a la policía para nada. ¿Qué le pasa, hombre, por Dios?

—¡Esto es una Universidad, no un circo! No podemos tolerar este tipo de cosas.

Sneidermann miró al rostro cansado y enrojecido del doctor Weber; sabía que en ese momento se había abierto entre ellos una barrera infranqueable. Era verdad que un psiquiatra debe evitar establecer una relación afectiva con un paciente. Pero ahora se trataba sólo de un mínimo de decencia hacia un ser humano que sufría, y si Weber no era capaz de darse cuenta, por haber dedicado toda la vida a una política de componendas que le aseguraban la continuación en el cargo...

Sneidermann prosiguió decidido.

—Ni siquiera le permitíamos dormir sola en su propia casa. ¿Por qué ahora se la entregamos a estos lunáticos?

—No son lunáticos, Gary. Y hay muchos aspectos del problema que considerar...

—¡No me importan sus consideraciones!

—¿Cómo se atreve a hablarme en ese tono?

—¡Durante dos meses lo he visto hacerle el juego a estos maniáticos, y todo en nombre de las buenas relaciones académicas!

—¡Gary, le advierto que...!

—¿Advertir? ¡Ése es otro recurso de su cobardía!

Weber lo miró indignado. Lo que más le dolía era la expresión desilusionada de los ojos del joven médico, como si se hubiera caído una venda de sus ojos y acabara de descubrir que su héroe no era más que un viejo cansado, dispuesto a escapar de cualquier decisión que pudiera implicar comprometerse. Tragó nervioso y dijo:

—No vaya a la policía, Gary. Sólo conseguiría armar un escándalo, que a usted no

lo perjudicaría, pero yo me juego toda mi carrera, mi posición en la Universidad.

Sneidermann le devolvió la mirada con el mismo furor.

—¿Detendrá esta locura ahora mismo?

—No. Están en su derecho de...

Sneidermann giró sobre los talones y se dirigió a la salida.

—¡Gary!

Weber corrió hasta la escalera.

—¡Se lo he advertido, Sneidermann!

Pero no alcanzó más que a divisarlo descender por el hueco de la escalera. Se sintió caer en un pozo. No se había dado cuenta hasta entonces de todo el afecto que sentía por su residente. Después de un momento de perplejidad, fue hasta la ventana; en la noche, las luces del *campus* iluminaban extraños lugares y dejaban al descubierto los soportes del estacionamiento para bicicletas, el de los coches, una cancha para jugar fútbol por la noche. Cuántos años de su vida habían transcurrido dentro de este inmenso y siempre creciente edificio, lleno de hombres e ideas. Qué penosos todos los sacrificios, las discusiones, su dedicación.

Se sentía confuso. Hasta ese momento nunca había dudado de que tanto dolor valiera la pena. Sneidermann había destrozado esa certeza con su mirada, que le arrojaba al rostro el resultado de esos treinta años de seguridad, de luchas académicas, de aislamiento del resto del mundo.

El doctor Weber se alejó de la ventana. No quedaba nada por hacer, salvo volver para supervisar el experimento hasta que terminara y cerciorarse de que no ocurriría nada grave. Después Carlotta volvería a su terapia, tal vez no con Sneidermann. Pero esta idea lo entristeció de tal modo que prefirió apartarla de su pensamiento. Al volver a la sala de observación, escuchó decir a Kraft:

—¡Mirad su cara! Hay fluctuaciones de luz.

—Pueden ser irregularidades del transmisor.

—¡No! Es sólo en esta área de la imagen, como si hubiera allí algo que no alcanzara a salir en pantalla.

Mehan observó detenidamente la imagen. Carlotta estaba sentada en la penumbra, iluminada por una luz que había sobre su cabeza; se la veía como una figura de cera a punto de derretirse. El pelo negro y sedoso brillaba con el resplandor.

—¿No puede hacer girar la cámara? —preguntó Balczynski.

—No —respondió Kraft—. Tiene un ángulo fijo.

Carlotta retrocedió hasta llegar a la pared del dormitorio y miró fijamente a un lugar sobre las puertas del armario, hasta donde no llegaba la visión de las cámaras. El controlador de termovisión indicaba que esa área tenía una temperatura de 7.5 grados por debajo de la temperatura ambiente.

Kraft susurró:

—Ahora... si pudiera hacerlo ir hasta la zona donde podemos disparar el helio...

Lanzó un grito.

Un sonido señaló que una de las agujas había llegado al límite. Los micrófonos dejaron de transmitir. Kraft apretó un botón y los circuitos volvieron a funcionar.

—¡Te atraparán! ¡Te matarán!

—Vuelve a hacerle advertencias —comentó Kraft.

—Para decirlo de otra manera —dijo Weber desde la puerta—, ha entrado en un estado de alucinación psicótica.

—No lo creo —protestó la doctora Cooley.

—Pero, Elizabeth, si tú misma puedes ver que no hay nadie en esa habitación.

—Hemos visto luces sobre la cabeza de Carlotta —explicó Kraft.

—Puede haber sido cualquier cosa, un reflejo...

—Tenían el mismo ángulo que las de su casa.

El doctor Weber calló. Acababa de comprender que no tendría nunca el valor de exigir que abrieran la puerta y sacaran a Carlotta de allí. Le era imposible comprender cómo se había visto envuelto en un experimento semejante. Pero observaba las pantallas con fascinación.

Sneidermann se aproximó al escritorio que vigilaba la entrada. El centinela dijo:

—Lo siento, pero sólo puedo dejar pasar al personal autorizado.

—Tiene mi autorización —dijo el Decano Osborne, que apareció detrás de Sneidermann, las mandíbulas estremecidas de furia—. Soy el Decano Osborne y he venido a inspeccionar el lugar.

—Como usted ordene, señor. Por aquí.

Entraron en la oscuridad del corredor. El decano frunció el ceño.

—¿Qué es lo que huele tan mal?

—¿Cómo dice?

—Huele como si hubiera carne putrefacta.

Dentro de la sala de observación, olía a sudor y humo de cigarrillos. Osborne se aclaró la garganta y dijo:

—Creo que ha llegado la hora de poner fin a este experimento.

La doctora Cooley se dio la vuelta y vio que lo acompañaba Sneidermann.

—No puedes dejarte presionar, Frank. El Claustro...

—A la mierda el Claustro, Elizabeth. Este joven dice que están ustedes torturando a una enferma.

—¡Qué absurdo! Observa por ti mismo.

—Se la ve en muy mal estado.

Kraft giró en la silla, las manos llenas de gráficos y apuntes.

—¡Están cambiando los esquemas del láser debido a la presencia de ondas de baja frecuencia!

—Se suspende el experimento, apaguen todas esas máquinas y salgan de aquí —ordenó Osborne con voz autoritaria.

—¡Pero si está aquí! Estos gráficos lo demuestran, las ondas de baja frecuencia... como si hubiera otro tejido vivo...

—¡Usted está loco!

—Mire usted mismo, Decano Osborne —sugirió Mehan.

En los monitores aparecía una zona coloreada enfrente de las puertas del closet. Lentamente iba proyectándose hacia el suelo. Radiaba una transparencia ligeramente rosa primero, más tarde color naranja y, por último, se transformó en un rojo encendido.

—¿Es un truco? —preguntó Osborne furioso.

Nadie se molestó en responderle.

Carlotta estaba de pie en el pasillo. Exhausta, aterrada, con el pelo en desorden, húmedo de sudor, miraba con expresión enloquecida. La transparencia se deslizaba hacia ella con la lentitud de un caracol.

—¡Así! —exclamó Kraft—. ¡Llévelo al *living*!

Sneidermann insistió.

—Decano Osborne, detenga esta locura ahora mismo.

Pero el decano estaba deslumbrado por las pantallas; la zona roja parecía haberse hecho más sólida y menos transparente, se había arrastrado casi hasta llegar al *living*, pero no daba la impresión de estar muy dispuesta a entrar.

—De acuerdo, abran las puertas —ordenó con voz débil el decano.

En ese preciso momento, Carlotta lanzó un grito.

Todos los ojos se clavaron en las parpadeantes pantallas. La termovisión indicaba que la masa rodante se había hecho cada vez más fría, casi hasta alcanzar el punto de congelación.

Hubo un resplandor y uno de los monitores transmitió una luz blanca y difusa.

—Es la cámara, ha habido un cortocircuito.

—No, simplemente ha registrado una luz muy brillante, Gene, eso es todo.

Carlotta permanecía sin aliento ante la pared del *living*, en plena zona de disparo del helio. Empezó a deslizarse apoyada contra la pared, pero se detuvo y movió la cabeza. Su expresión era la de una persona a la que toda reserva de energía se le ha agotado hace ya mucho tiempo. Se quedó quieta.

—¡Hijo de puta! ¡Cochino y sucio hijo de puta! —gritó.

Se acurrucó contra la ventana. Un globo luminoso, dos veces más grande que los verdaderos, se balanceó a la entrada del pasillo y después avanzó lentamente hacia el *living*.

—¡Hijo de puta! —repitió con un silbido de odio.

Hubo una sacudida que movió la sala de observación e hizo que se desprendieran trocitos de las paredes, que cayeron como copos de nieve.

Los ojos del decano se dilataron sorprendidos.

—¿Es un temblor? —preguntó.

La luz aumentó de tamaño en los monitores. Era parecida a la de un círculo que busca su objetivo. A ciegas y jadeante, Carlotta se aproximó a la cocina.

—¡Ven! ¡Ven ahora, que tengo a mis amigos aquí!

—Es él —susurró febril y dichoso Kraft—. ¡Es él!

Todos lo vieron. El globo luminoso atravesó la entrada al *living*. Se estremecía con cada uno de los insultos de Carlotta, como si los comprendiera.

Sin aliento, Kraft decía:

—Hágalo ir a la zona de disparos...

Sneidermann miraba sorprendido. Ella parecía estar mirándolo directamente a él; su bata estaba abierta y los senos casi al descubierto; sus ojos agotados por la falta de sueño, tenían una expresión de miedo irracional, de alegría jubilosa, de desafío suicida, y un resplandor que era un destello de sensualidad. Observó el cuerpo de la mujer moverse insinuante contra la pared. Carlotta volvió al *living*, la espalda apoyada contra el muro. Y él se ruborizó ante aquella mirada que parecía dejar al descubierto sus deseos más secretos, sus dudas de adolescente. Se había transformado en la mujer, inalcanzable, aterradora, destructiva y al mismo tiempo, irresistible y seductora. No podía quitar los ojos de esa sonrisa que destruía su virilidad con tanto cinismo y amargura. La escuchó decir:

—¡Eres un cobarde, una nada!

Y Sneidermann se sintió sin soporte alguno, perdido en un universo negro.

—¡Cobarde! ¡Hediondo y sucio cobarde! —repetía Carlotta.

Kraft, inquieto, se dio cuenta de que ella se encontraba demasiado próxima a la pared como para poder poner en funcionamiento el muro protector de cristal.

Mehan miraba fascinado cómo el holografo mostraba una habitación en miniatura y tridimensional, hecha con los colores de las luces, en la que aparecía una diminuta Carlotta desafiando algo que no salía en la pantalla sino como un resplandor luminoso. Se dirigió a Kraft para decir:

—El holografo no lo registra, Gene.

Kraft giró en la silla y puso en funcionamiento una máquina grabadora de imágenes, la hizo retroceder y volvió a ver las escenas anteriores. Para su frustración descubrió que tampoco registraba la presencia de la luz. Ansioso, se dirigió a la doctora Cooley para decirle:

—Nuestras cámaras no registran su presencia, doctora.

Pero ella estaba demasiado interesada en lo que estaba viendo en los monitores y decía en voz baja:

—¡Bien, Carlotta, desafíalo, haz que te siga!

Carlotta, que había olvidado que la observaban, se apoyó contra la pared. El globo luminoso colgó inmóvil, como una nube al amanecer.

Durante los minutos siguientes observaron el globo; se movía con tal lentitud que se quedaron sorprendidos al darse cuenta de que había empezado a materializarse. La figura parecía la de un hombre musculoso.

—Está demasiado próxima al helio —se quejó Kraft.

—Cambio de ángulo —dijo la doctora.

—Desde aquí es imposible.

Mehan le gritó a la pantalla.

—¡Desafíelo, señora Moran! ¡Como lo hacía antes!

Kraft se volvió en dirección a la doctora Cooley.

—Cambiaré la posición del surtidor.

—Sí, sí.

Kraft salió de la sala de observación y caminó a tropezones por la oscuridad del corredor. Sus manos encontraron la manija de la sala de experimentación. Abrió. Y quedó paralizado de espanto. Escuchaba el rechinar de los metales. Se deslizó dentro y corrió por la plataforma hasta llegar al equipo proyector del helio. Empezó a corregir el ángulo de disparo. Se cerró la puerta y comenzó a temblar de tal manera que sus dedos no lograban asir las piezas metálicas. Tenía miedo. Pero, a pesar de todo, una fuerza lo obligó a mirar hacia abajo.

Carlotta insultaba al globo luminoso, y con cada epíteto la luz retrocedía como si recibiera una estocada. No había duda de que se había materializado un par de brazos y empezaban a aparecer los hombros.

Aturdido, Kraft corrigió el ángulo y se reclinó peligrosamente sobre la barandilla mientras soltaba el surtidor de la abrazadera.

—¡Ven de una vez, sucio hijo de puta, y muestra tu cara de una buena vez! ¿O tienes miedo? ¡Ya no estoy sola!

La forma retrocedió y osciló en un gesto que hizo pensar en un orador que predica con gestos a un mundo indiferente. Carlotta rió.

—¡Hediondo! ¡Cobarde!

No vio a Kraft en la plataforma ni al surtidor que apuntaba en su dirección.

Las luces interiores del globo luminoso emitieron miles de colores, y Kraft pudo ver la pared y los muebles a través de ellos. Estaba tan impresionado por la masa luminosa que iba adquiriendo forma humana que era incapaz de huir o de acercarse más a Carlotta. Presenciaba todo el esplendor de una alucinación. Los radiantes intersticios del globo mostraban miles de complicadas formas, y todas desaparecían al materializarse otro trozo de la figura. Era como contemplar a un pensamiento mientras se formaba de energía para volver luego a la nada.

La masa se balanceaba y esperaba entre gruñidos tan débiles que los micrófonos no alcanzaban a registrar sonido alguno.

—¡Muere! ¡Muere! ¡Muere!

En ese momento se produjo una explosión abajo. Trozos de cerámica pasaron junto a las orejas de Kraft. Eran los pedazos de un jarrón —recuerdo de Olivera Street— que había sido arrojado contra la barandilla de hierro de la plataforma. Un estruendo sordo hizo moverse toda la estructura. La plataforma danzó bajo los pies de Kraft mientras la figura se retorció en dirección hacia donde estaba Carlotta.

El estruendo hizo oscilar los contadores de la sala de observación y Mehan tuvo que quitarse los audífonos de sus orejas doloridas. Volvió el silencio.

Kraft se había sujetado a la barandilla con la mano derecha y con la izquierda

apuntaba al centro del ente. Tenía el dedo en el gatillo y deseaba apretar pero no se atrevía, porque Carlotta aún estaba en la zona de peligro.

—¡Ven a fornicar conmigo ahora!

La cara de la mujer estaba distorsionada por el odio y tenía una expresión amenazadora que Sneidermann jamás hubiera creído posible. Nunca se había comportado así en su presencia. Parecía maligna y peligrosa, la típica figura de mujer que castra, tan cara a la literatura psicológica. Sus hermosas facciones eran irreconocibles y los ojos resplandecían con un extraño destello de triunfo. Parecía decir que, a pesar de todo aquel equipo tan complejo, era *ella*, y nadie más, quien había conseguido la materialización del ente. Él había ido a la cita a través del universo hasta penetrar en el universo donde ella estaba.

Kraft observaba cómo la mujer se desplazaba ligera y seductora, la espalda contra la pared, la bata caída sobre un hombro, los senos al aire.

La pared detrás de ella se estremeció primero, se rasgó después y, finalmente, sólo quedó la estructura de madera y yeso en pie. A través de la nube del material que se desintegraba se distinguía el muro del lejano laboratorio.

Kraft comprendió entonces la preocupación de la doctora Cooley; era como ponerse a jugar con un pararrayos en medio de una tempestad eléctrica. Resultaba imposible controlar la enorme cantidad de energía que habían conjurado para que se hiciera presente en ese laboratorio. Tragó después de mirar hacia abajo. La fuerza tenía también forma y volumen y era perceptible incluso sin ayuda técnica. Poderosa la musculatura, rasgos faciales severos, potente pene que pulsaba con el deseo de alcanzar su único objetivo: Carlotta Moran.

Era como contemplar la materialización de un sueño, y lo que veía tenía forma y dimensión a través de los poderes receptivos del cerebro. De lo que el ente estaba compuesto —la clase de energía que le era propia— debía llegar hasta las antenas exploratorias del equipo receptor desde kilómetros de distancia. Era poderoso, y puede que ni siquiera tuviera la estructura de una onda, tal vez perteneciera a otro tipo de realidad física. Le zumbaba la cabeza al ver formarse el ente, que en forma lenta se aproximaba al objeto de su retorcido deseo. Y no podía reaccionar, el surtidor en las manos apuntaba en dirección al ente como un harpón, un revólver de material ligero, un arma absurda y mal diseñada para enfrentar a un poder aterrador.

—¡Muere! ¡Muere!

*Hubo un ruido de metales.*

Con el rabillo del ojo, Kraft vio desintegrarse las hojas metálicas que llevaban de la sala de observación a la plataforma; los tornillos volaban por todas partes, y algunos cayeron sobre Carlotta, obligándola a despertar del embrujo que la tenía clavada siempre en el mismo sitio.

Dentro de la sala de observación, las pantallas de los monitores mostraban importantes deformaciones de las formas, y los colores variaban entre un feo marrón rojizo y un verde, cada vez más dominante a medida que la temperatura empezó a



fluctuar en dirección a Carlotta.

El Decano Osborne no lograba comprender lo que pasaba y preguntó tartamudeando al doctor Weber, que estaba a su lado.

—¿Qué ocurre?

Weber hizo un gesto impreciso y dijo:

—Una ilusión colectiva.

Mehan gritó a los monitores.

—¡Dispara ya, Gene! ¡Ahora es el momento! ¡Destruyelo!

En ese mismo momento, Kraft, inclinado sobre la barandilla, gritaba:

—¡Retroceda, señora Moran!

Carlotta se dio la vuelta y miró hacia arriba. No tenía ni la menor idea de quién podía ser ese hombre.

—¡Retroceda!

Volvió a mirarlo y retrocedió un paso, justo fuera de la zona de disparo. La masa, ni líquida ni gaseosa, se retorció con lentitud. Se veía la cabeza, los nervios y musculatura, el pene como una fruta alargada y amenazadora, dirigido hacia la mujer.

Kraft, los ojos dilatados de espanto, alzó el surtidor y gritó:

—¡Salte!

La cubierta protectora de cristal le cerró el paso y Kraft lanzó un chorro de helio. Se oía el rugido del líquido mientras la onda de frío envolvía al ente y oscurecía el sector occidental del laboratorio.

Kraft no vio ni escuchó nada. Le dolían los oídos y le temblaba el cuerpo como efecto del golpe; al salir el helio, la fuerza del chorro lo había arrojado contra la pared. Le dolía el hombro.

Desde detrás del muro protector, Carlotta gritó:

—¡Muere, hijo de puta, muere!

El ente se convulsionó agónico antes de empezar a expandirse furioso y a crecer. Deshizo el resto de yeso de las paredes como si fuera azúcar, y la cocina y el dormitorio se cubrieron de un barniz helado; las sillas se partieron y reventaron antes de iniciar una danza enloquecida sobre el suelo; una lámpara cayó, desparramando cristales que tintineaban con musicalidad al salir disparados para desintegrarse en el aire.

Carlotta rió. En pleno delirio, imaginaba ver a hombres del espacio disparar al ente con lanzarrayos; imaginaba la casa de Kentner Street convertida en una cascada de copos de nieve; imaginaba a todo el mundo cayendo sobre él para sepultarlo definitivamente. Pero era a ella a quien correspondía asesinarlo. Ésa era su misión, aunque él viniera desde millones de años luz de distancia.

El televisor salió disparado por el *living*; el yeso volaba en todas direcciones por la plataforma y planchas que la conectaban con la sala de observación; trozos de alambre de los diferentes circuitos golpeaban contra las paredes protegidas por el niobio, o eran proyectados por el corredor hasta más allá del laboratorio. Era el

apocalipsis de su reino, y Carlotta reía.

Entonces, como un rugido metálico, como un temblor que sacudiera los cimientos del edificio, escucharon su voz.

—*¡Suéltense!*

Era un sonido salido de las profundidades del infierno.

—¿Quién ha gritado? —preguntó el doctor Weber.

—Su alucinación, doctor —dijo Mehan con alegría—. Eso es lo que ha gritado.

De pronto, la única ventana transparente explotó frente a todos en la sala de observación, y una ola de trocitos de pesado cristal se abatió sobre el instrumental y los observadores. La doctora Cooley y Mehan cayeron al suelo con sus sillas, el Decano Osborne tropezó con el doctor Weber, quien se apoyaba en Gary Sneidermann para sostenerse en pie.

—¡Santo cielo! —gritó el doctor Balczynski al intentar ponerse en pie—. ¡Salgamos de aquí!

Pero nadie se movió. Toda la sala estaba inundada de una neblina verdosa y cada una de las caras recibía una luz desde abajo y resplandecía con el extraño fulgor de la masa luminosa que se distendía ante ellos.

—*¡Suéltense!*

La voz repercutió mientras la forma azul y verde se estiraba y crecía hasta llenar la habitación, cada vez más alta y distendida, hasta sobrepasar el muro protector que ocultaba a Carlotta. Ella se acurrucó en un rincón, consciente del vacío, en espera de la inevitable succión que la arrojaría en sus brazos.

Sobre su cabeza, la plataforma se rompió como una cinta en un vendaval.

Kraft vio cómo cedía su único punto de apoyo y se aferró a la barandilla sin soltar el surtidor de helio. Un aura había llenado todo el lugar y se alzaba por encima de las ruinas. Con su resplandor podía verse flotar una infinidad de objetos, y la impresión era la de contemplar el cerebro embrionario de un feto. La figura no cesaba de crecer, alargándose en dirección a la sala donde estaban los observadores, en dirección a la plataforma, en dirección a Kraft.

—¡Mátenlo! —gritó Carlotta.

Kraft abrió la válvula de seguridad y el helio líquido salió disparado por segunda vez. Restos de estalactitas del primer disparo explotaron en una lluvia de pequeños copos helados. Esta vez Kraft estaba preparado para el culatazo y vio el líquido verdoso transformarse en blanco mientras aún volaba en dirección a su objetivo, atravesando el aura, abriéndose paso por entre los diferentes objetos para llegar hasta el centro mismo del ente. Se escuchó el rugido de un trueno, un remolino de aire frío que penetraba hasta la médula de los huesos, y se apagaron las luces. En ese mismo momento la plataforma se desplomó.

A oscuras, dentro de la sala de observación, seis figuras se apelotonaron para defenderse del golpe que estaban seguros recibirían. El estrépito del metal al romperse y el ruido de las paredes al resquebrajarse les golpeaban en los oídos. La

sala se tambaleó como si fuera un juguete en manos de un niño furioso. Parecía que iba a desprenderse del resto de la estructura ya que, después de todo, la sala no formaba parte del diseño original del arquitecto y sus soportes eran muy débiles. A pesar de todo el desastre de un experimento mal concebido, la sala de observación resistió hasta que cesaron las sacudidas y todo se quedó quieto. Todos temblaban, convencidos de que el fin estaba próximo. Pero no era el fin todavía.

—¿Dónde está usted, doctora Cooley? —preguntó Mehan.

—Aquí. Me encuentro bien —respondió ella con voz extraña.

En alguna parte se encendió un fluorescente. Era el increíble frío el que hacía saltar las tablas del suelo y disparaba los clavos como si fueran balas. El Decano Osborne se apoyó contra la pared de la sala. Abajo se escucharon algunas explosiones. Eran los trozos de cristal y de los materiales cuya estructura molecular había sido alterada, que explotaban como fuegos artificiales. De las paredes exteriores del laboratorio empezaron a caer trozos de yeso sobre el corredor.

El personal del edificio, atraído por el ruido, corría por el corredor de abajo. Sus linternas se paseaban por entre las ruinas congeladas mientras caminaban cautelosos en medio de trozos de cristal y metales retorcidos. Con unas escaleras ayudaron a bajar a los que habían quedado atrapados en la sala de observación. Al descender en lo que había sido el escenario del experimento, la doctora Cooley, con la cara color ceniza, fue iluminada por la luz de una de las linternas. Entonces gritó con voz ronca:

—¡Gene! ¡Gene!

No respondió nadie.

—Balczynski —gruñó el doctor Weber.

—Estoy aquí —respondió una voz temblorosa.

El decano se encontró de pie y temblando junto a una selva de metales retorcidos. Sintió que algo se movía y anunció:

—¡Hay alguien debajo de estos metales!

Joe Mehan y la doctora Cooley ayudaron a sacar a Kraft de su nido de metales fríos. Tenía la cara hinchada y chorreaba sangre de la camisa. Estaba vivo e inconsciente. Se mandó llamar a una ambulancia. Mehan sacudió los restos de cristal y alambre de la cara y pelo de su amigo, y le quitó de las manos empuñadas el surtidor de helio. El mismo Mehan estaba palidísimo y sus movimientos eran erráticos, semejantes a los de un títere cuyas cuerdas han sido cortadas. Con ojos angustiados buscó a la doctora Cooley. Gimió.

—Todo ha terminado y no hemos sacado nada en limpio.

—Muy por el contrario —corrigió decidida la doctora—, ha habido testigos del fenómeno.

Sneidermann, aún sin comprender qué había pasado, caminó a tropezones por entre los restos. Hablaba solo y se abría paso por entre materiales congelados y humeantes. Intentaba comprender el significado de lo que acababa de presenciar mientras iba en busca de Carlotta.

Al llegar al muro protector de cristal, y cuando consiguió que sus ojos vieran a través de la goteante superficie cubierta de vapor, no le fue posible ver a Carlotta. Tampoco la encontró entre las ruinas de la casa simulada. No estaba en ninguna parte del edificio.

Mareado, aturdido y desconcertado, le pareció a Gary Sneidermann que dentro de los extraños sucesos de esa noche, no tenía nada de particular que Carlotta, al igual que el ente, se hubiera evaporado en una nube de humo.

Carlotta entró en lo que había sido su casa de Kentner Street.

*(¿Cómo había llegado hasta allí?).*

No había ni un solo mueble. La luz de la luna, un pálido resplandor sobre la ciudad, brillaba sobre el *parquet*; el aire estaba quieto y las sombras eran profundas en los rincones. Habían quedado señales en el suelo del lugar ocupado por el sofá y el televisor. Carlotta cerró la puerta con cerrojo.

*(¿Había llegado a pie?).*

No encendió la luz, pues prefería la oscuridad. Se detuvo a escuchar. A lo lejos, los pájaros lanzaban sus trinos matutinos, signo inefable de los designios de la naturaleza, de la interrelación de todos los seres vivos. Ladraban los perros, a esa hora tardía de la noche y temprana de la mañana.

*(No. Había venido en autobús).*

El aire tenía algo estático, inmovible. Caminó por el centro del *living*, alumbrado ahora por la luz de la luna. Abrió una ventana, reclinándose contra el alféizar. La casa del matrimonio Greenspan. La entrada convertida en un encaje. Y el marco oscuro, pesado, protector de la casa, recostado contra la luz del amanecer.

*(¿Había pagado el autobús?).*

Qué quieto estaba todo. Carlotta miró a través de la puerta abierta que conducía a la cocina. Habían desaparecido todos los utensilios, y sólo quedaban unos rectángulos oscuros sobre el linóleo, indicando el lugar donde habían estado. Todo para que ella se curara. Es decir, para nada.

*(Era demasiado preocuparse pensar si había pagado o no).*

Fue al dormitorio. Quedaban cuatro marcas redondas sobre la alfombra en el lugar donde había estado su cama.

*(¿Cómo la habrán sacado de allí?).*

No había cortinas ni mesa. La luz rayada que entraba por entre los cristales cubiertos de polvo sugería extraños diseños sobre el suelo.

Al abrir la ventana, aspiró el olor de su pequeño jardín: un perfume suave, denso, a ciénaga. Había insectos nocturnos sobre los tallos de las flores y las hojas, incluso sobre el alféizar de la ventana. La brisa al agitarle el pelo la tranquilizó.

Al darse la vuelta encontró a Julie en la habitación. No fue ninguna sorpresa. Sabía que no era real. Nada era real. Producto de su imaginación, Julie venía para observarla de una manera extraña, objetiva, antes de desaparecer lentamente y volver a convertirse en una sombra más sobre la pared. Carlotta miró el dormitorio en el que había dormido durante tantos años. Una habitación que ningún hombre había compartido, salvo Jerry. Pero eso hizo que Billy se pusiera hostil. Como telaraña, flotando de un lado a otro, todas esas relaciones personales estaban presentes allí, en

alguna parte, en espera de ser incorporadas a una totalidad. Había un gran silencio. El resplandor sobre las paredes cambió de forma mientras ella esperaba.

Algunos insectos caminaban por su mano; los observó mover las antenas en la noche. ¿Qué certezas mágicas poseían? Sabía que se movían por instinto, defendidos, invulnerables en su manera de ser; la realidad humana no era más que una nube pasajera en comparación con la sólida realidad de la que ellos se alimentaban y de los impulsos brutales que organizaban sus vidas. Carlotta los observó. Sí, ellos vivían una realidad más verdadera.

Entonces supo por qué había tenido que venir a casa. Era el último refugio, de donde no se podía escapar.

Escuchó un ruido en el *living*. Toses. Caminó hasta la puerta del dormitorio. Jerry estaba en el *living* y tenía una maleta en el suelo. Sonrió tímidamente. Culpable. Confuso. La miró como si pidiera perdón e hizo un gesto de desamparo con las manos antes de sonreír, disculpándose con los ojos.

—Oh... Jerry... —musitó Carlotta.

Corrió hacia él, las mejillas cubiertas de lágrimas. Los brazos de Jerry se abrieron para estrecharla. Le pasó las manos por las mejillas, mirándola con esos ojos dulces. Y ella tembló entera.

Besó las manos de Jerry. Se detuvo y alzó los ojos.

—¡Jerry!

Se había marchado. En su lugar estaba Kim con el cuerpo de un jorobado, y se arrastraba por el suelo del *living* gritando obscenidades. Una luz azul verdosa llenó la habitación desde el centro. Carlotta retrocedió hasta el dormitorio, apoyándose contra las paredes del pasillo. La habitación dejó de oscilar. Escuchó las llamadas de distintos pájaros. Y, lentamente, recuperó el aliento. La luz de la luna se había desplazado algunos centímetros e iluminaba ahora la parte en la que el sujeto se unía a las paredes manchadas.

Carlotta escuchó un ruido. En el dormitorio.

Entre las sombras, Billy se quitó la camiseta y sus músculos se destacaron nítidos bajo la luz. Las sombras del jardín jugaban sobre su pecho. La miró. Los ojos oscuros y pensativos tenían un aire burlón. Billy empezó a desabrocharse el cinturón.

—Billy... ¡No! —murmuró Carlotta.

El muchacho se quitó los pantalones. Las piernas musculosas y los genitales quedaron al descubierto.

—Dos pequeñas y uno grande —se burló grosero.

Dejó los pantalones en el suelo y avanzó hacia ella; los anchos hombros impedían el paso de la luz por las sucias ventanas a sus espaldas. Movía las caderas al aproximarse.

Carlotta lanzó un grito. Se cubrió los oídos con las manos. Huyó al *living*. Descubrió, sorprendida, que Billy no iba tras ella. Se dio la vuelta. Las luces de la calle se reflejaron trémulas donde había estado la vieja alfombra del *living*. Llegaban

casi hasta el pasillo. Todo estaba vacío.

Se serenó. De vez en cuando las imperfecciones de las paredes, típicas de una construcción barata, sugerían las formas de grandes piedras. Cañones, montañas. Y después volvían a convertirse en una pared, ese muro color crema, bañado ahora por el resplandor de la luz de la calle, que iluminaba hasta el pasillo.

Carlotta esperó en su último refugio.

La luz de la luna alumbró más alto la lejana pared del *living*. Había llegado a una zona en la que la parte superior de la ventana le cerraba el paso, y apareció una línea negra sobre el resplandeciente rectángulo. Había mariposas en las roturas de la pared, pequeñas mariposas color crema. Escuchó un coro, una confusa mezcla hipnótica de voces: parecía haber miles de niños, las voces unidas hasta formar una sola que, lentamente, desapareció.

El único ruido era el canto de los grillos en el solar vacío al otro lado de la calle; parecía un grito conmovedor y musical ese canto que entraba por las ventanas. Carlotta alcanzó a divisar los girasoles del solar vacío. Cajas de madera. Una cerca rota. No había sentido del tiempo. El tiempo era una pesada manta arrojada sobre la casa. El tiempo era algo que dificultaba la capacidad de Carlotta para seleccionar sus percepciones. El tiempo ya no formaba parte de su universo.

Así debe ser morir, pensó Carlotta. Por eso Garret la había acusado de haberlo abandonado, cuando era él quien dejaba la vida. Pero entonces no lo había comprendido. Ahora sí. Se daba cuenta de que Billy, Jerry, todos los otros, incluso Kraft y Mehan, de alguna manera la habían abandonado. Se habían ido, dejándola morir. Pero, de hecho, era ella, Carlotta, la que los dejaba a ellos. Desaparecería para no volver a emerger jamás.

El último refugio.

—Oh...

Un resplandor y un golpe. Un reguero de sangre por la mejilla. Tan repentino todo, tan instantáneo como la mordedura de una serpiente.

Franklin, furioso, pateó la pared con la bota. Estaba de pie cerca de la ventana y se pasaba la mano por el pelo.

—*¿Qué se siente, cariño, al sumergirse?*

Lo miró luchar contra cada palabra para poder formar la frase. Llevaba la chaqueta de cuero sobre los hombros, y podía ver su musculoso pecho. Tenía una expresión confusa, hostil.

—Franklin...

Estaba aterrada. Conocía ese estado de ánimo, que aparecía cuando estaba bebido, drogado o ambas cosas a la vez.

Franklin caminó con grandes zancadas, tomó a Carlotta por los hombros y la sacudió:

—*¡Responde, perra maldita!*

—No... Por favor...

Franklin rió. Se suavizaron sus facciones y la miró con infinita nostalgia. Recorrió su cara, cuerpo y brazos con los ojos y dijo:

—*Ven, cariño, ven conmigo.*

Se resistió, pero los brazos del hombre eran demasiado fuertes. La abrazó y puso sus manos bajo el vestido. Lo empujó, tensa, pero él insistía. Y entonces Carlotta se dio cuenta de que podía ver a través de Franklin la pared distante y la ventana, que estaba detrás del hombro y el potente cuello.

Él era invisible y, sin embargo, a pesar de todo, el abrazo se hacía cada vez más estrecho, el calor de su cuerpo más perceptible, la urgencia de su deseo más imperiosa. El olor de Franklin, repulsivo como era, la asaltó haciéndola desearlo. El cuerpo de Carlotta se oponía a su voluntad, imponiendo una necesidad propia.

Franklin lanzó una carcajada cruel y desapareció, dejándola sola contra la pared. El eco de esa risa sádica se fue perdiendo en el aire. La habitación parecía más grande y vacía que antes.

Cantaron los grillos. Cantaron anunciando al mundo que Carlotta deseaba a un hombre muerto. Tuvo que mover la cabeza de un lado a otro hasta que se acalló el canto.

—¿Franklin?

No hubo respuesta.

«Es verdad», se dijo. Necesitaba a Franklin, su fuerza física de hombre. Pero no había ningún hombre.

Le pareció que hacía horas que esperaba y mientras más lo hacía más penetraba en una realidad diferente, hasta que lo que veía de la casa se convirtió en un simple producto de su imaginación, y las voces y apariciones se hicieron reales.

—*Carlotta, mírame.*

El reverendo Dilworth paseaba por el jardín y Carlotta podía ver los montes de Pasadena. Las luces temblaron vagamente.

—*¿Me escuchas, niña?*

Una voz musical y profunda, casi metálica, una voz impresa en ella desde la infancia. Carlotta había entrado en el reino anterior a la formación de la personalidad, donde imágenes y sonidos flotan indistintos, sin estructurar aún, aterradores.

El reverendo sostenía una correa y una mujer —su madre— gemía con unas bragas sucias y llenas de sangre en las manos. Los dos avanzaron a través de una cortina blanca, una gasa que disimulaba lo que hacían. Pero su disgusto era palpable.

—*¡Carlotta!*

Una voz que había aprendido a no resistir; fuera lo que fuera, había que obedecer esa voz profunda y sorda. A pesar de toda su repugnancia, se sintió atraída por la llamada.

De pronto, la correa se agitó en el aire.

El dolor la golpeó en el hombro.

—*¡Padre!*



En un segundo desapareció Pasadena. El reverendo Dilworth se había marchado. La piscina estaba sin agua. Todo era apariencia. No había más que la nada.

¿Qué significaban esas alucinaciones? ¿Por qué se las mandaba? ¿Eran tal vez sus mensajeros? ¿O ella las producía y al hacerlo lo conjuraba a su lado?

Estaba enraizada en las sombras. Entre el mundo físico y el psíquico estaba el de la imaginación. Aferrada al alféizar. Carlotta sintió desvanecerse sus últimas defensas y quedó suspendida en planos que no eran de este mundo.

—*Carlotta...*

Una voz íntima, con la que había soñado. Una voz que la conocía hasta lo más profundo, tan... tan bien...

—*Carlotta...*

Las paredes, que recordaban vagamente a las de Kentner Street, se hicieron transparentes como gasa y se ensancharon hasta convertirse en un resplandor sobre las ventanas rectangulares, y a través de esa transparencia, Carlotta pudo entrar en el infinito espacio negro, en las más distantes galaxias, por entre velos de formas iridiscentes que desaparecían cuando ella los miraba. Un negativo del mundo, donde las aceras eran transparentes y proseguían hasta perderse entre las estrellas, donde no había suelo, ni gravedad, donde un resplandor señalaba la línea del horizonte entre manchones rojos.

Desde remotos cielos sulfurosos, *él* vino hacia ella, con los enanos como edecanes a ambos lados, sus cabellos flameando como llamas brillantes y heladas, lamiendo la negrura que los rodeaba a todos. Con un solo paso, *él* atravesó miles de kilómetros sobre un paisaje remoto, perceptible contra las nubes amarillentas y verdosas, nada más que para reunirse con ella.

Carlotta esperaba sin aliento.

Llamas de luz fría salían de su pelo, de sus ojos resplandecientes, lujuriosos, incapaces de perdonar. Y en la oscuridad del espacio, Carlotta pudo ver el esplendor interior, la rápida formación de su cuerpo al aproximársele cada vez más.

A través de las estructuras que parecían ser —sin serlo— las de la casa, pudo sentir la eternidad, percibirla al adquirir forma. Casi vio cómo la atravesaba con su luz, clavándola en los repugnantes y vagos horizontes que tenía a sus pies.

—Tengo... miedo... —murmuró.

—*¡Carlotta!*

Retrocedió casi ciega, toda envuelta en el olor. La cara, siempre la misma, enojada, dura, sin compasión, compuesta de mil rostros y máscaras sutiles de las que salía una nueva cara cada vez, pero todas con ese brillo asesino en los ojos que la llenaba de terror.

—Por favor... tengo miedo...

—*¡Carlotta!*

—No...

Pero fue devorada, atrapada en un remolino de deseo. Una fuerza de gravedad, una ley universal irresistible, la impulsó a disolverse en el abrazo. Miles de fuegos y centellas parecidos a mandíbulas le recorrieron los pechos y los muslos: rayos de luz explotaron detrás de sus ojos al ser penetrada, rasgada, llena como nunca antes.

—Ooooooooooh...

Los gritos de Carlotta, musicales e ininterrumpidos, reverberaron entre las estrellas; diversas formas se deslizaron ante sus ojos mientras ella se hacia cada vez más fría, ardiendo con un frío que ahora manaba de su propio interior. Y cada vez más rápido todo se desintegró, disolviéndose en el vacío hasta desaparecer por completo entre sus brazos. Tuvo una última conciencia de la luz y la oscuridad.

En el vacío —el último refugio hecho pedazos— Carlotta se fragmentó y se hizo menos que ella misma, transformándose en una sustancia ingrávida que escuchó decir, como si fuera el eco de un trueno agónico.

—*Mi dulce Carlotta...*

# EPÍLOGO

TRIBUNAL SUPERIOR DEL ESTADO DE CALIFORNIA  
PARA EL CONDADO DE ..... Los Angeles .....

El Pueblo del estado de California a

N.º 21121 .....

Sra. Carlotta Moran

Aviso de

.....  
Demandado

Notificación

La agencia autorizada para evaluar la prestación de servicios en el condado de ..... Los Angeles ..... ha analizado el estado de:

Nombre: Carlotta Moran Fecha de nacimiento: 8/3/44 Sexo: F  
Dirección: Kentner Street 212, Los Angeles, California  
Estado civil: Viuda Religión: Ninguna

Y por tanto, los abajo firmantes certificamos que la persona arriba nombrada es, a consecuencia de una enfermedad mental, o de un impedimento provocado por alcoholismo crónico:

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

\*(3) Gravemente incapacitada según se entiende en la subdivisión (h) de la sección 5008 del Código de Seguro Social.

\*Tache las clasificaciones que no son válidas.

La persona arriba nombrada ha sido informada de esta notificación, pero no ha podido, o no ha querido, aceptar los servicios de:

El Instituto Psiquiátrico de la Universidad de West Coast en calidad de interno voluntario

Nosotros, por tanto, certificamos que la persona arriba nombrada debe recibir tratamiento por un plazo que no exceda los 14 días a partir del .....<sup>28</sup> de .....<sup>mayo</sup> de 19.....<sup>77</sup> en la sección de tratamiento intensivo en

Instituto Psiquiátrico de la Universidad de West Coast

Certificamos, también, que una copia de esta notificación ha sido entregada hoy a la persona arriba nombrada, a la que se ha informado de sus derechos legales y a una revisión judicial del presente fallo mediante el recurso al Habeas Corpus, cuyo significado le ha sido explicado.

Fecha: ..... 28/5/77 .....

Firma: ..... Gary Sneidermann M.D. Psiquiatra residente .....

Refrendado por: ..... Richard Rowe M.D. equipo de psiquiatras .....

Representante de la Sección de Tratamiento Intensivo

Original: Tribunal Supremo

Copias: Demandado (se le entregará en persona)

Abogado del demandado/Defensor público

Abogado del distrito

Sección de Tratamiento Intensivo

Departamento de Salud Mental

Estado de California  
Departamento de Salud Mental  
Formulario MH-1536A  
Ref. Secc. 5250 C. del S.S.

CERTIFICADO DE NOTIFICACIÓN



## JUSTIFICACIÓN PARA EL INTERNAMIENTO

Nombre: Carlotta Moran

Dirección: Kentner Street 212, LA. CA. Teléfono: 445 1717

Fecha de nacimiento: 8/3/44 Sexo: F Estado civil: Viuda

Pariente o amigo/a próximo: Harriet Dilworth Relación: Madre  
Orange Grove Boulevard 743, Teléfono: 992 6464  
Pasadena, CA.

Razones y observaciones que justifiquen la incapacidad del paciente para proporcionarse:

alimentos                       ropa                       techo

(Marque los casilleros que correspondan)

(Vea más abajo)

Historia de su incapacidad, tratamiento actual y recomendaciones para el tratamiento del paciente:

El paciente sufre de esquizofrenia y durante las últimas semanas no responde cuando se le habla, no come, y debe recibir alimentación por vía intravenosa. Es preciso vestirla y no se preocupa del cumplimiento de ninguna de las funciones vitales sin una continua vigilancia. No ha respondido al tratamiento.



Diagnóstico y descripción del estado mental del paciente que justifique el diagnóstico:

Esquizofrenia de tipo catatónico

Razones para creer que el paciente está incapacitado, o no desea recibir tratamiento en forma voluntaria:

Parece no entender cuando se le pregunta si desea tratamiento voluntario, y no reacciona. La paciente no habla y, por tanto, no puede manifestar una decisión verbal respecto a un tratamiento voluntario. Tampoco responde por gestos a la propuesta de un tratamiento voluntario.

---

Yo, por tanto, recomiendo que se la declare temporalmente incapacitada y se le nombre un tutor.

Y también declaro bajo pena de perjurio que lo aquí señalado es verdadero.

Presentado el : 11/6/77

en: Universidad de West Coast, California

*Gary Sneidermann, M.D*

FIRMA DEL PROFESIONAL QUE HIZO LA EVALUACIÓN DEL CASO Y RECOMIENDA UN INTERNAMIENTO TEMPORAL DE ACUERDO A LAS SECCIONES 5352, 5352.I DEL C. DEL S.S.

*H. Weber, M.D. Supervisor*

FIRMA DEL PROFESIONAL A CARGO DE LOS SERVICIOS REGIONALES Y QUE HA EVALUADO EL TRATAMIENTO INTENSIVO Y QUE REFRENDA LA RECOMENDACIÓN DE INTERNAMIENTO, DE ACUERDO A LAS SECCIONES 5332, 5332.I DEL C. DEL S.S.

Durante los meses que siguieron a la decisión de internar a Carlotta, Sneidermann intentó analizar lo que había ocurrido la noche del experimento. Pero todas sus investigaciones en electrónica, sus estudios sobre trucos químicos, no produjeron ningún resultado satisfactorio: simplemente, no había explicación para esa sustancia que él mismo había visto flotar entre las paredes de la sala de experimentación. Tampoco la había para el poder, la fuerza, que terminó por destruir la personalidad de Carlotta, produciéndole el colapso final. Incluso Weber no creía que se hubiera tratado de una alucinación colectiva, y la pregunta rondaba a Sneidermann como un enjambre de abejas furiosas, sin respuesta alguna. Cualquiera que fuera la explicación, el hecho era que había precipitado a Carlotta en la esquizofrenia.

Ella se marchó a casa la noche aquélla, guiada por un instinto tal vez inconsciente, en busca de una realidad a la cual asirse, y que en su caso no podía ser sino su familia. Muchas veces Sneidermann reconstruía la escena: esa casa que ya no era un hogar, desprovista de cada cuadro en las paredes, de las toallas incluso, de todo lo que hubiera podido significar alguna ayuda respecto a lo que ella era, a quién era. Y no había encontrado más que una cáscara vacía. Hasta los niños estaban ausentes. Confusa, asustada, sometida a presiones terribles, explotó por dentro como un volcán en llamas.

Al llegar a Kentner Street temprano a la mañana siguiente, la había encontrado en cuatro patas. Estaba desnuda en el *living* y tenía los ojos vidriosos y una respiración muy lenta. La había cubierto con su camisa y llevado en su coche a la sección de Urgencias de la clínica. Primero la diagnosticaron como víctima de una violación, pero al verla incapaz de hablar se determinó que padecía de una catatonía y, tres días más tarde, la internaron.

Pasaron seis meses antes de que el doctor Weber y Sneidermann volvieran a dirigirse la palabra, y cuando lo hicieron no desapareció del todo un cierto malestar entre ellos. Sneidermann le escribió una carta para disculparse.

*Mi juventud me impulsó a tomar decisiones que en ese momento me parecieron ser las más apropiadas. Me movieron no tanto las razones de*



*orden médico como los impulsos de unos sentimientos que ahora sé no estaban limpios de motivaciones mezquinas. Tiene todo el derecho a negarse a mantener correspondencia conmigo, pero puedo asegurarle que mi impulso inicial se mantiene, así como el deseo de cumplir ese solemne juramento que me hice al abandonar la Universidad de West Coast.*

Sneidermann no volvió al Este. Se hizo cargo de una sección del hospital psiquiátrico estatal cerca de Santa Bárbara. Allí recibió un día una breve nota.

*Mi querido Gary, le ruego que perdone mi silencio. Fue la reacción típica de un viejo que ha olvidado ya las pasiones y errores de su propia juventud. ¿Querría visitarme en Los Angeles? Por favor, respóndame.*

La firmaba el doctor Weber.

Tres semanas más tarde el anciano psiquiatra moría. Sneidermann no pudo asistir al funeral, las obligaciones de su cargo no le permitieron ausentarse. Recortó una foto del doctor Weber del libro de profesores y alumnos de la Universidad, la hizo ampliar y enmarcar y la colgó detrás de su escritorio. Al mirarla una tarde, se preguntó si alguna vez se encuentra el camino para salir de los laberintos de la vida, y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Sneidermann supervisaba su sección durante el día; el hospital no tenía personal suficiente, muchos de los pacientes no tenían un diagnóstico verdadero, y el médico debía luchar contra la burocracia estatal para conseguir ayuda económica y reformas legislativas. De una manera sorprendente se las había arreglado, también, para mejorar las condiciones de seguridad del hospital. Su sección era la única en California del Sur en la que no se producían violaciones, palizas o intentos de suicidio. Muchas de las enfermeras se preguntaban por qué un médico tan brillante había ido a parar a un hospital del Estado.

Después de golpear, Sneidermann abrió la puerta.

—Buenos días, Carlotta.

—Buenos días, Gary —respondió mientras cerraba púdica la bata sobre el pecho.

Tenía arrugas alrededor de los ojos y en las comisuras de los labios, pero conservaba toda su vitalidad, esa gracia de animal sano que le era tan propia. Esa cara había aparecido miles de veces en los sueños del médico.

—Me han dicho que has tenido dificultades para dormir.

—Un poco. La píldora era demasiado suave.

—Quiero que duermas sin píldoras, Carlotta.

—Sí, pero es... que tengo miedo... un poco.

Sneidermann sonrió y la miró con sus brillantes ojos grises.

—Me gustaría verte después del desayuno —dijo—. Podríamos dar un paseo por el jardín.

—Encantada.

Cerró la puerta. Las dos enfermeras sonrieron. Todas rumoreaban que el doctor tenía una favorita entre las enfermas. Era tan estudioso, incluso brusco y cortante cuando fallaba la disciplina, cuando la sección no marchaba como él había ordenado, pero le bastaba abrir la puerta de la habitación 114-B, en la que dormía Carlotta Moran, una esquizofrénica paranoica, para que su cara se suavizara, iluminada por dentro como la de un niño, y se transformara en un hombre entusiasta, con sentido del humor.

Sneidermann se dirigió a su despacho; había un grupo de periodistas que deseaban inspeccionar el lugar. La mayoría de los psiquiatras se encuentra alguna vez a regañadientes con la prensa. Sneidermann, por el contrario, aprovechaba todas las oportunidades, incluso las buscaba. Quería que la opinión pública se enterara de las condiciones lamentables en las que se encontraban los enfermos mentales.

Antes del almuerzo se reunió con Carlotta.

—He recibido carta de tu madre —dijo.

—¿Sí?

—Tus hijos están muy bien.

—Qué bueno.

Parecía distraída. Por lo general, durante el día reaccionaba en forma normal; sólo al llegar la noche se ponía distante y se asustaba.

—¿Te gustaría verlos?

—Sí, pero cuando esté mejor.

—Puedo hacer que vengan a verte.

Carlotta sonrió mientras se protegía los ojos del sol con una mano. El césped era muy verde, regado por perezosos surtidores colocados en fila. Algunos niños jugaban al cuidado de enfermeras, y su risa resonaba clara y grata de oír.

—Pronto, tal vez —dijo Carlotta.

Sneidermann analizó ese rostro que no había acariciado nunca, ese cuello que jamás había besado y que, sin embargo, le era tan familiar ahora que se había convertido en su amigo íntimo, en una especie de ángel guardián.

—Me gustaría disminuir la dosis de los calmantes.

—No...

—Un poco, sólo un poco. Así ni te darás cuenta.

—Tengo miedo, Gary.

—Sabes que no hay nada de qué tener miedo. —Le tomó una mano y la mantuvo

en la de él—. ¿Me harás el favor de intentarlo, Carlotta, como un favor muy especial? Cada noche un poco menos. Así podremos ver qué pasa.

—De acuerdo —respondió ella sonriendo.

—¿Por qué sonríes?

—Porque te preocupas demasiado de mí.

Sneidermann se ruborizó.

—Bueno, soy tu médico, ¿no? Además... tú sabes...

—Pero no deberías preocuparte por mí. Ya ves lo que he hecho con tu carrera. Venir a terminar en este asqueroso...

—Me gusta estar aquí. Y me gusta mi trabajo, de veras.

—Hay algo en ti, Gary Sneidermann, que no ha crecido nunca. Todavía eres como un niño pequeño. Creo que deberías haberte casado.

El rubor del médico se intensificó aún más.

—Mi vida privada es... muy satisfactoria.

Rieron. Mientras el sol salpicaba de manchas doradas las hojas de los árboles, Sneidermann se preguntó si, de alguna manera inexplicable, no habría encontrado su felicidad en la Tierra, algo que ya casi nadie creía posible. Y la había encontrado en un sitio del que la mayoría huiría como si fuera uno de los círculos infernales. Sí, así era. Juntos, al menos durante el día, como ahora, no había ansiedades ni nerviosismos. Se conocían perfectamente el uno al otro, sin sutilezas ni engaños. Pero cada atardecer, él podía ver los cambios que se operaban en el rostro y cuerpo de Carlotta; miraba de un lado para otro, la obsesionaban las formas cambiantes de las sombras, se ponía nerviosa y daba la impresión de temer la proximidad de la noche.

¿O la esperaba?

Tarde, el doctor Sneidermann se encaminó, como era su costumbre, a la habitación 114-B.

—¿Cómo se encuentra?

—Un poco nerviosa, doctor —respondió la enfermera.

—¿Ha tomado las píldoras para dormir?

—Sí, señor. Pero sólo cinco miligramos.

—Bien, muy bien.

Inspeccionó las otras habitaciones; un niño con un grave caso de autismo se había herido la cabeza al golpearla contra la pared, y hubo que amarrarlo para protegerlo de sí mismo. Hacía tiempo que Sneidermann intentaba conseguir ayuda, un subsidio, para sacarlo de allí y poder ofrecerle los servicios especializados que necesitaba.

Volvió a la habitación de Carlotta.

—Duerme, señor, con un sueño muy ligero.

—Está bien. Ya puede usted marcharse.

Se aproximó a la pequeña ventana de la puerta y apretó la cara contra el cristal.

Carlotta estaba apenas cubierta por las sábanas; la luz de la luna iluminaba su rostro, bañándolo de suave luz; tenía el cabello desparramado sobre la almohada y mojado de sudor; agitaba las ventanillas de la nariz como si quisiera oler su presencia tras la puerta.

La mujer hablaba sola. Entreabrió la puerta para escuchar.

—Por favor... Por favor... oh... oh...

Emitía un sonido extraño. ¿Gemía de placer o era una protesta contra una violación?

—Ohhhhhh...

Tragó saliva y se obligó a seguir mirando, a observarlo todo. La mujer se movía con lentitud, inquieta, casi provocativa. Tenía una mueca en la cara ¿de gozo o de asco?

Transido, permaneció allí hasta que cesaron los movimientos y *él* se marchó.

Humillado, y loco de celos, se apartó de la ventana.

Miró la hora. Con sólo 5 miligramos la pesadilla había durado menos de diez minutos. Con gran esfuerzo había logrado que ella volviera a hablar y pudiera preocuparse de atender a sus necesidades vitales; y había recuperado toda esa gracia que, un día, destruyera la estabilidad de su frágil ego. Ahora también las pesadillas iban disminuyendo poco a poco.

Salió a fumar al jardín. La luna le iluminó las manos, guiando el mechero en dirección al cigarrillo. Se sentía especialmente emocionado esa noche. Estas pequeñas victorias eran lo único importante en su vida. Imaginaba a Carlotta, como lo había hecho tantas otras noches, sentada en alguna agradable cafetería, en algún lugar hermoso, y el encanto de sus modales constituían la envidia de todos. Eso le bastaría a él para ser completamente feliz. Pero ella oscilaba, todavía inasequible, en alguna zona misteriosa e inalcanzable, que parecía estarle vedada a él para siempre.

Inhaló hondo. Había sido un día como tantos otros. Estaba agotado. Volvió a analizar la situación: con sólo 5 miligramos de sedante había dormido mejor. Tomaría tiempo, pero si estaban juntos nada era imposible para ellos.

Caminó por el jardín mientras recordaba el día en que Carlotta había entrado temblorosa en su despacho. Así se había iniciado todo.

Fuera del hospital podía verse la autopista y, más allá, el césped seco que llegaba hasta el océano oscuro y lejano. Y Sneidermann se sintió contento.

# APÉNDICE

INVESTIGACIÓN POLIFACÉTICA SOBRE EL FÍSICO Y LOS COMPONENTES FÍSICOS DE  
UN ENTE INCORPÓREO

- Informe preliminar y observaciones.
- En preparación: Estudio cuantitativo, información, reducción y análisis.

Por

Eugene Kraft  
Joseph Mehan

Presentado para completar la tesis con que optan al grado de Licenciados en el Departamento de Psicología de la Universidad de West Coast.

A la doctora Elizabeth Cooley, Directora de la Sección de Parapsicología.

El estudio de los sucesos ha demostrado que el experimento realizado con la señora Moran se efectuó en condiciones tan restrictivas que es imposible proporcionar una evaluación definitiva e incontrovertible del fenómeno psíquico presenciado. Las descripciones de «hechizos», «apariciones»,

«fantasmas» y otros visitantes incorpóreos nunca habían sido analizadas en un laboratorio. Y, por tanto, toda esta área de la investigación parapsicológica ha sido siempre ignorada por los científicos, y no sin razón, ya que es difícil proporcionar una información seria, que haga verosímiles los resultados.

Nuestra investigación de cuatro meses, sin embargo, ha tenido éxito en su objetivo de lograr que un ente psíquico visitara un laboratorio, y nos ha proporcionado un rico material sobre la naturaleza del fenómeno.

La señora Moran era visitada por un ente, al que a veces acompañaban otros dos más pequeños. Con el propósito de estudiar el fenómeno, se la trasladó a un escenario a prueba de sonido (ver el diagrama que acompaña el texto). El escenario reproducía con toda exactitud su casa, salvo el techo, del que prescindimos para poder utilizar monitores y detectores sensoriales. Además, las paredes fueron protegidas con cubiertas especiales, para impedir que alguna interferencia electromagnética exterior pudiera entrar en el recinto.

La paciente vivió allí en su ambiente natural; rodeada de sus alfombras, cortinas, sillas, cama y utensilios, durante varias semanas. Durante todo ese tiempo no se observó cambio alguno a través de los monitores. Poco a poco, en la medida en que se acostumbraba a su nuevo ambiente, la señora Moran comenzó a manifestar el estado de ánimo que había tenido durante los meses anteriores al experimento. En ese estado de ánimo cabe destacar: suma ansiedad por su familia, ideas recurrentes sobre sus problemas personales con su novio, y recuerdos infantiles.

Lentamente, su cuaderno de apuntes empezó a llenarse de descripciones de sueños reiterativos que sugerían un paisaje que la aterraba; en varias ocasiones manifestó en forma oral que tenía la premonición de que la visita del ente estaba cada vez más próxima.

Al producirse determinadas variaciones emocionales, se obtuvo la primera información respecto a los cambios de concentración, distribución e intensidad de los iones de la atmósfera. La primera variación afectiva tuvo lugar con la ruptura definitiva entre la paciente y su novio. Esta experiencia traumática tuvo como consecuencia, ocho horas más tarde, notables fluctuaciones en la resistencia atmosférica (constante dieléctrica a la radiación ELF), que descendió a 40 ciclos por segundo, fenómeno característico de los seres humanos y de los animales. La segunda variación se produjo con la visita de la madre de la señora Moran. No habían tenido relaciones durante diez años, y el que la señora Dilworth se llevara con ella a sus nietos provocó la segunda modificación en la lectura de las grabaciones sensoriales.

Al aumentar el aislamiento de la paciente, se fue hundiendo cada vez más en sus propios recuerdos, fantasías, culpas y esperanzas de una vida mejor. Prácticamente había olvidado que se encontraba en el escenario de un laboratorio. Empezó a hablar sola o con personas que no estaban presentes, algunas de las cuales ya estaban muertas. En pocas palabras: comenzó a manifestar las características típicas de un receptor psíquico en estado de receptividad.

Durante un período de 42 horas se pudo registrar una serie de fenómenos perfectamente visibles, entre los que hay que mencionar en primer lugar el de una masa blanca que flotaba a lo largo de la pared, y que se convirtió en un globo de luz tres horas más tarde, permaneciendo allí inmóvil a escasos centímetros del suelo.

La paciente empezó a gritar a la aparición, y los insultos que le dirigía tenían como objeto aliviar el espanto de haber tenido que vivir aterrada durante casi seis meses; con cada una de las imprecaciones, la substancia del ente sufría dramáticas modificaciones, observadas por todos los testigos pero que, desgraciadamente, no fueron



registradas por ninguna de las cámaras ni grabadoras en acción en aquellos momentos, ni siquiera por el equipo de termovisión, el video y un hológrafo doble láser. Los cambios más significativos del ente fueron las transformaciones que experimentó hasta convertirse en una nube luminosa de color azul verdoso. Poco después, la nube se convertía en una musculatura, semejante a la que puede apreciarse en un embrión.

Inmediatamente antes de la aparición hubo cambios significativos y repentinos en la atmósfera electromagnética y termoiónica que rodeaba a la paciente.

No es posible, por el momento, determinar si estos cambios se debieron a la aparición o si la provocaron, o si tanto la aparición como estos cambios fueron causados por otro factor, aún desconocido.

La última parte del experimento, y la más importante, era un intento de analizar el mayor problema, y el más complejo, de las ciencias paranormales.

Se chorreó al ente con helio líquido, casi a temperatura cero absoluto, así como con un compuesto secundario hecho de una solución clara con partículas en suspensión. En el momento mismo en que se produjo el contacto entre el helio y el ente se escuchó un grito. Los testigos presenciales afirman que las palabras pronunciadas por el ente fueron: «Suéltense».

El ente fue visto por ocho personas a la vez, quienes vieron y escucharon las mismas cosas y en el mismo momento. Sin embargo, todas las grabaciones que se pretendía hacer mediante el sistema de longitud de onda, fallaron.

Podemos preguntarnos, entonces, si se trató de una alucinación colectiva, producto de las muchas semanas de fatiga, del trabajo constante y del deseo de poder ver al ente. Esta posibilidad está absolutamente descartada, ya que entre los presentes se encontraba el Decano, un miembro del

equipo de Psiquiatría y un médico residente, todos los cuales se mostraban muy escépticos respecto a la investigación. Queda también excluida la posibilidad de que tanto ellos como el disciplinado equipo de la doctora Cooley hubieran sido hipnotizados. Es imposible que todos los testigos hubieran informado exactamente lo mismo sin haberlo visto en realidad; por otra parte, hay que tomar en cuenta que muchos de ellos no se conocían entre sí y tenían poco conocimiento, y menor interés, en la parapsicología.

¿Cómo podemos, entonces, explicar el misterio? ¿Se trata, una vez más, de la famosa fábula, conocida durante más de cien años, del fantasma que no puede ser fotografiado?

La verdad es que el ente existía, independientemente de aquellos que presenciaron el experimento. Y esta realidad ha sido demostrada más allá de cualquier duda posible mediante las grabaciones de los cambios de temperatura, los contadores de concentración iónica y las fluctuaciones de la atmósfera electromagnética. Cabe preguntarse qué provocó los fallos de los equipos técnicos destinados a recoger oral y visualmente el fenómeno.

La energía psíquica, hacia la cual la paciente era extraordinariamente receptiva, se manifestó en forma violenta. Puede ser que los testigos presenciales la hayan percibido en forma física y que sus mentes, para traducir la experiencia a un nivel de conciencia, interpretaran los hechos como si los hubieran visto. En otras palabras, una tormenta de energía psíquica, puede que dotada de inteligencia, fue interpretada por mentes humanas como si hubieran presenciado los sucesos, cuando, en realidad, sólo recibieron la presencia del ente en forma psíquica. Eso explicaría la exacta correspondencia entre todas las declaraciones de los testigos.

Es obvio que había una inmensa energía en el laboratorio; provocó cambios en la estructura del

lugar, detuvo las agujas de casi todos los diales y, finalmente, provocó la destrucción de todo el laboratorio, lo que produjo graves heridas a Kraft. La naturaleza exacta de esta energía aún no es conocida, y no sabemos si fue electromagnética o si produjo ondas electromagnéticas sólo como efecto secundario. De hecho no hay ninguna teoría que pueda explicar el vasto campo de energías que pudo apreciarse durante el experimento. Bien puede ser que se trate de una forma de energía nueva y desconocida, que sólo ahora se empieza a investigar científicamente.

Una pregunta secundaria, el origen del ente, no tiene todavía una respuesta definitiva. Dado que la aparición existía independientemente del sujeto que la percibía, como está confirmado por los antecedentes ya proporcionados, queda por averiguar si se trata de un ente proyectado por el sujeto mismo o si proviene de fuentes espacio-temporales todavía por explorar.

Esta última hipótesis parece ser la más acertada, dado el alto grado de independencia demostrado por el ente psíquico ante la voluntad psicológica del sujeto. Es probable que un sujeto muy receptivo a este tipo de fenómenos pueda servir de intermediario entre los hechos observables y los distintos planos de la experiencia psíquica. Es imprescindible un mayor número de investigaciones y experimentaciones para resolver definitivamente este problema.

No se puede aceptar que se catalogue este experimento como alucinación colectiva o fraude. El hecho de que el fenómeno haya sido presenciado por numerosas personas, algunas muy reacias a aceptar lo que se estaba haciendo, demuestra, de manera concluyente, que el ente existía en forma independiente de los seres humanos, que ocupaba un lugar en el espacio y el tiempo, y que puede establecer interrelaciones con la materia física.

